

LOS ENTRAMADOS
DE LA DIVERSIDAD

Antropología Social de la Dehesa

Rufino Acosta Naranjo

colección **raíces**
DIPUTACIÓN DE BADAJOZ
Departamento de publicaciones
2002

*A mi padre
(in memoriam)*

LOS ENTRAMADOS DE LA DIVERSIDAD
Antropología Social de la Dehesa

Colección Raíces nº 16

© Rufino Acosta Naranjo

Depósito Legal: BA-53-2002

I.S.B.N.: 84-7796-103-4

Diseño y Maquetación: XXI Estudio Gráfico

Imprime: Imprenta Moreno. Montijo

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
I - MARCO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO	23
1- EL ÁREA DE ESTUDIO	25
Localización	25
El medio Físico	27
Reseña histórica	46
La población	51
Las actividades económicas	53
2- LA AGRICULTURA	
Y LA SOCIEDAD DE LOS AÑOS CINCUENTA	57
El regimen franquista en el campo	57
La política agraria franquista	64

La economía agraria	72
La situación de Extremadura, especialización agraria y dependencia	76
El sector agrario en el área de estudio en los años cincuenta	79
II - LOS USOS FORESTALES	95
3- LA ARBOLEDA	97
Los árboles en la dehesa	97
Las especies arbóreas y su presencia	99
La conformación de los bosques	105
Enfermedades y plagas	111
Entresaca y poda	113
La mano de obra	126
4- LAS ACTIVIDADES DE TRANSFORMACIÓN Y APROVECHAMIENTO DE LA ARBOLEDA	131
El carbón	131
El cisco	146
El alcornoque y la saca del corcho	152
Los pastos de vuelo: el ramón y la bellota	158
5- EL MONTE	173
El matorral en la dehesa	173

Manejo y aprovechamiento del matorral	177
La caza y la pesca	182
6- LOS PASTOS	179
Los pastos en la dehesa	179
Manejo y aprovechamiento del pastizal	195
III - LOS USOS GANADEROS	205
7- EL COCHINO. ANIMAL EMBLEMÁTICO DE LA DEHESA .207	
Omnivoro y omnipresente	208
Las economías del cochino	214
Los tipos de proceso de trabajo y la mano de obra	225
8- EL COCHINO. MANEJO EN LAS FINCAS232	
La cabaña y su reproducción	232
Del destete a la montanera	240
Comercialización y destino de los productos . . .	258
9- LA OVEJA263	
La presencia de la oveja en la dehesa	263
El manejo del ganado	274
El majadaleo y la vida en los chozos	301
10- LA CABRA309	
Ecología y Economía	309

El manejo del ganado	318
Pastoreo y cuidados	334
11- LA VACA Y LAS AVES	340
Ecología y economía de la vaca	340
El manejo del ganado	349
Las aves	364
IV - LOS USOS AGRÍCOLAS	377
12- EL GANADO DE LABOR	379
Importancia y presencia de las bestias	379
El manejo de los animales y el destino de los productos	388
13- LOS CULTIVOS	397
El cultivo en la dehesa. Importancia y economía	397
Los procesos de trabajo y el destino de los productos	413
Las huertas	442
V - SABERES Y RITUALES	445
14- EL CONOCIMIENTO LOCAL	447
Aspectos generales del conocimiento	447

El conocimiento del agrosistema en la zona de estudio	456
15- EL CONOCIMIENTO ACERCA DE LOS DISTINTOS ELEMENTOS DEL MEDIO EN LA ZONA	473
El territorio	473
El clima	487
El suelo	498
Las plantas	508
Los animales	516
16- ECOLOGÍA, SANTORAL Y CICLO FESTIVO	522
Agroecosistema y santoral	522
La fiesta en el campo	538
ANÁLISIS Y EVALUACIÓN DEL ESTADO DE LOS RECURSOS Y SUS FORMAS DE APROPIACIÓN EN LA DEHESA TRADICIONAL	545
Los valores ecológicos de la dehesa	547
Economía de la renovabilidad, economía de la desigualdad	563
Grupos sociales y relaciones sociales	573
EPÍLOGO	599
FOTOGRAFÍAS	605
BIBLIOGRAFÍA	625

INTRODUCCIÓN

Las formas de vida y sistemas de manejo de la dehesa son parte de la historia de Extremadura o, más aún, sobre ellas se construyó gran parte de la historia y la cultura de la región y se conformó su evolución y su situación actual. Las mujeres y hombres de estas tierras transformaron el ecosistema natural adaptándolo a sus necesidades, seleccionaron y ordenaron hábilmente sus recursos para crear un paisaje y hacer productivo un entorno con severas limitaciones de suelo y clima. Pero, a su vez, estos procesos de trabajo, las formas de apropiación del medio, dieron lugar a un sistema de interrelaciones cuyo resultado fue la cultura y las formas de vida de los pueblos de Extremadura. En esta misma línea, no podemos dejar de mencionar la importancia de la dehesa en el universo simbólico de los extremeños. Los encinares y alcornoques son considerados como el paisaje idiosincrásico de Extremadura y el carácter agrario de la región contribuyó a dar un fuerte contenido identitario a algunos elementos de este agroecosistema. Ahora bien, la palabra dehesa históricamente ha tenido también tintes oscuros y, más que a un sistema agrario, ha referido a un sistema de relaciones sociales con fuertes connotaciones de latifundismo, injusticia, absentismo, lujo de toros bravos embistiendo la miseria y el hambre de los desposeídos.

Si miramos el aspecto económico, la importancia de este agroecosistema, aún a pesar de la crisis de la dehesa tradicional, es de primer orden. La dehesa ocupa casi la mitad de la superficie de Extre-

madura, hecho que cobra mayor relevancia si tenemos en cuenta el carácter predominantemente agrario de su economía y la escasa importancia de las actividades secundarias en el medio rural. Son muchas las personas que trabajan en la dehesa o están en situación de paro en los territorios de dehesa y de ahí la necesidad de dar salida a la crisis por la que atraviesa este agroecosistema.

En este trabajo se pretende dar cuenta de manera pormenorizada de los elementos que componían el entramado de la dehesa tradicional y de las técnicas de manejo que la hacían posible. Se intenta, en definitiva, hacer ver paso a paso la urdimbre de la diversidad, la muy elaborada trama de usos y procesos de trabajo que dieron lugar a aquella obra de ingeniería cultural. Es preciso que los pueblos conozcan su historia y que en ella se reconozcan; y la dehesa de los años cincuenta para los extremeños es un espejo en el que mirarse, una obra en la que reconocerse, en la que constatar sus capacidades y sus limitaciones, en la que ver la luz de sus logros culturales y la sombra de la miseria, la injusticia y la dominación social, los elementos contradictorios que han configurado la historia de Extremadura.

Desde el punto de vista antropológico, las técnicas de manejo de los recursos naturales, las formas de vida y las manifestaciones culturales que se daban en la dehesa tradicional extremeña son una muestra de la variabilidad humana, de su plasticidad y su capacidad de adaptarse al medio y de adaptar el medio a sus propias necesidades. Estas características tienen un valor intrínseco, un valor de existencia, que dirían los economistas de los recursos naturales. Hoy en día, más que nunca quizás, resulta imperioso dejar constancia de la multiplicidad de culturas y formas de vida en el planeta. Esta necesidad, a mi entender, es más acuciante habida cuenta de la intensidad del proceso de homogeneización cultural. La homogeneización (en otros casos llamada modernización) no es otra cosa que la extensión del modelo de la cultura dominante a las culturas dominadas, en nuestro caso de cultura urbano-industrial respecto al medio rural. En España, lo traumático y vertiginoso del proceso de penetración de la economía y la cultura de la sociedad urbano-industrial en el campo, a diferencia de

lo ocurrido en otros países occidentales anteriormente, hizo imposible un ajuste gradual del sistema económico y social rural, llevando a un tremendo abismo entre el mundo rural y el urbano, a la crisis de la agricultura, la desarticulación del sistema social y el ocaso de la cultura tradicional en los pueblos y los campos (Sevilla y Pérez Yruela, 1981). El impacto fue apabullante en Extremadura, debido a su carácter eminentemente agrario, a su escasísima tradición urbana e industrial y a lo súbito del proceso de emigración desatado, que llevó al descalabro demográfico de los pueblos en pocos años. El abandono, o yo diría más, el desprecio de la cultura propia y las tradiciones que tuvo lugar en los pueblos supuso una ruptura violentísima y un alejamiento de lo propio que sólo en una mínima parte empezó a revisarse con la efervescencia de las identidades regionales en España y que, en un futuro, puede conectar con la creciente reivindicación de la diversidad cultural del planeta. En efecto, la diversidad es un valor en sí, por lo que supone de manifestación peculiar de un pueblo y es una garantía de futuro, de evolución divergente o paralela que permita distintas opciones para tiempos venideros y por ello es necesario defenderla y mirar hacia las raíces de los pueblos y sus formas de vida y de manejo del medio al que sabiamente se adaptaron.

Pero, además del interés antropológico e histórico de los procesos de trabajo en la dehesa tradicional, existe una motivación tremendamente importante para estudiarlos, su valor ecológico y agronómico. En efecto nos encontramos ante un paisaje específico del suroeste ibérico, ante una elaboración cultural a partir del bosque mediterráneo autóctono que consigue articular una serie de usos productivos en un agroecosistema que supera sabiamente las adversas condiciones edafoclimáticas, es una solución de compromiso entre producción y conservación, con una tremenda importancia para la estabilidad de los ciclos del agua y los nutrientes, la regulación de la temperatura y el mantenimiento de la diversidad vegetal y animal, de cultivos, especies forestales, flora y fauna. Por ello es necesario mirar a formas de explotación de los recursos como la que tenían lugar en la dehesa para intentar buscar una solución a los problemas ambientales generados

por las actividades humanas, tanto en la agricultura como en otros ámbitos de la producción y la vida.

De sobra son conocidos los problemas ecológicos del planeta: deforestación, lluvias ácidas, escasez y contaminación del agua, salinización y sobreexplotación de acuíferos, erosión y contaminación de los suelos, pérdida de suelo fértil, desertificación, pérdida de diversidad biológica, emisión de sustancias químicas a la biosfera, destrucción de la capa de ozono, calentamiento global del planeta, agotamiento de recursos minerales, etc. (Toledo, 1993b). Aunque algunos de estos fenómenos hayan existido de alguna manera a lo largo de la historia de la humanidad, las dimensiones y la rapidez con que hoy en día se dan han llevado al planeta a una situación que pone en duda la disponibilidad de recursos para las generaciones futuras. La apropiación de los ecosistemas por la humanidad ha supuesto que el ritmo y la forma de extracción de los recursos amenace la renovabilidad de los mismos, a la vez que los materiales extraídos y no repuestos se devuelven a la biosfera en forma de desechos y contaminación.

Por lo que refiere más concretamente a la agricultura, el proceso de degradación del medio ha corrido a cargo del modelo de la llamada revolución verde, basada en el empleo masivo de maquinaria, fertilizantes y energías fósiles. La teoría de la modernización aplicada al medio rural suponía el necesario paso de una agricultura tradicional, que se consideraba ineficiente, atrasada y basada en principios no científicos, a una agricultura moderna de altos insumos y grandes rendimientos por hectárea. Fueron muchos los sociólogos y antropólogos que se dieron a la tarea de conocer a los campesinos, pero no para aprender de ellos sino para transformarlos en granjeros y agricultores modernos. Pero en los tiempos que corren, la crisis de este tipo de agricultura se hace cada vez más evidente, así como sus nefastas consecuencias, algunas de las cuales se han reseñado más arriba y a las que se podrían añadir la ineficiencia energética (relación entre calorías invertidas y obtenidas en el proceso de producción), baja calidad de muchos de sus productos con alto contenido en producto químicos de síntesis, reducción de la biodiversidad, desaparición de explo-

taciones, continua necesidad de subvenciones para los agricultores y crisis rural en general. Los innegables problemas de la agricultura convencional han llevado en los últimos años a la proliferación de propuestas de agriculturas más respetuosas con el medio, con etiquetas como agricultura sostenible, agricultura de bajos inputs (National Research Council, 1992; Cadenas, 1992), agricultura ecológica, biológica u orgánica, permacultura, etc. (Guzmán, González de Molina y Sevilla, 2000), y cuyos planteamientos van de una simple sustitución de insumos a un cambio radical en las relaciones con la naturaleza y las formas de producir.

La dehesa es un agroecosistema que, en su modelo tradicional, estaba muy próximo a lo que podemos considerar agricultura ecológica y que en la actualidad quizás sea de los que menos distan de ella. La dehesa tiene un alto valor ambiental y cultural pero se ve contrarrestado por su fragilidad y por el hecho de que la alteración o degradación de alguno de sus elementos amenaza a los restantes y al conjunto. Mi objetivo ha sido comprobar de manera empírica las bases sobre las que se sustentaba la dehesa tradicional, y en todo ello hay un interés tanto teórico como práctico. Teórico desde el punto de vista de la acumulación de conocimiento acerca de la importancia de las cuestiones ecológicas en los estudios campesinos y, más concretamente, del papel que el desarrollo del capitalismo ha tenido en la transformación de las sociedades rurales y en la crisis ecológica; práctico en cuanto se trata del estudio de un agroecosistema de alto interés ecológico, económico y social para los pueblos del suroeste ibérico, con graves problemas de marginalidad y dependencia, que tienen en la dehesa su principal activo y su esperanza de futuro.

Para llevar a cabo la investigación he tomado como principal referente teórico y metodológico el enfoque de la agroecología, que considera el estudio de los agroecosistemas desde la perspectiva de su coevolución biótica y social y teniendo en cuenta sus dimensiones biológica, agronómica, económica, histórica y antropológica (Guzmán, González de Molina y Sevilla, 2000: 81-113). Más concretamente, una referencia fundamental para esta investigación son los

planteamientos de Eduardo Sevilla y Manuel González de Molina acerca del proceso de penetración del capitalismo en la agricultura y del papel de éste en la crisis ecológica (González de Molina y Sevilla, 1993). Las investigaciones hasta ahora realizadas desde enfoques de este tipo acerca de las formas de agricultura tradicional y las consecuencias económicas, culturales y ecológicas que ha supuesto su sustitución por la agricultura moderna han tenido como escenario a países del Tercer Mundo, principalmente América Latina, y las teorías acerca de la importancia del conocimiento y las formas de manejo de los recursos que llevaban a cabo las culturas campesinas presentaban por ello un sesgo hacia las condiciones sociales, económicas y culturales de esos países. Nosotros consideramos imprescindible el inicio de estudios de este tipo en España, de cara a un proceso de acumulación teórica acerca de los problemas ecológicos dentro el campo de los estudios campesinos y en el contexto de los países occidentales.

En este caso concreto, se pretende perfilar los elementos constitutivos de un modelo de desarrollo que, tomando como base la articulación de usos de los recursos naturales en el agroecosistema de dehesa tradicional, recupere y mejore aquel modelo con nuevas tecnologías específicas y sobre bases sociales equilibradas. Para ello es preciso previamente un conocimiento del agroecosistema y de los procesos que en él han operado, el establecimiento del modelo etnográfico de la dehesa.

Desde el principio ha habido una resuelta intención de realizar un exhaustivo inventario de los usos productivos y las técnicas concretas de la dehesa tradicional, pues muchas de ellas se han ido perdiendo. Esto es así porque la etnografía de este trabajo, que ha de servir de soporte a las interpretaciones posteriores, tiene un valor en sí misma en cuanto que catálogo donde los interesados en el manejo agroecológico de los recursos puedan encontrar las distintas prácticas en las que indagar para el diseño de nuevos modelos de agricultura o buscar la lógica ecológica y agronómica de los agroecosistemas tradicionales españoles.

En los últimos tiempos son cada vez más las investigaciones que

tienen por objeto la dehesa, pudiéndose obtener de todas ellas datos de interés para una aproximación agroecológica. Desde nuestro punto de vista, una aproximación agroecológica a la dehesa debe tener en cuenta los distintos aspectos que conforman el agroecosistema: ambientales, económicos, sociales, culturales y de conocimiento local. Debe dar cuenta de la coevolución biótica y social atendiendo a las especificidades locales y a la visión de las comunidades que han hecho posible su existencia y han creado el conocimiento necesario para su manejo, adaptado a las condiciones locales. A partir de esas premisas se puede realizar un diagnóstico del agroecosistema, identificar sus problemas y sus potencialidades para el desarrollo y abordar el diseño de técnicas específicas que tomen en consideración el manejo y el conocimiento tradicionales y adapten las tecnologías antiguas o inventen otras nuevas.

Con esta metodología se trata de estudiar de manera empírica las bases sobre las que se sustentaba la dehesa tradicional, la naturaleza de los procesos que llevaron al cambio y a la situación actual, y las consecuencias del paso de un modelo al otro¹. Para todo ello es preciso el conocimiento del agroecosistema y de los procesos que en él han operado, un exhaustivo inventario de los usos productivos y las técnicas concretas de manejo, el establecimiento de los modelos etnográficos de la dehesa tradicional y actual. Se impone el estudio tanto de los ciclos naturales como de los grupos que realizan la apropiación de los ecosistemas, y de la sociedad mayor, es decir, de aquellos elementos de la sociedad global que determinan las condiciones de la producción agraria (Guzmán, González de Molina y Sevilla, 2000: 81-113). Se requiere conocer tanto el manejo de los recursos,

¹ El presente libro está basado en la primera parte de mi tesis doctoral Agrosistema de dehesa y desarrollo rural endógeno (Acosta, 1997), que versa sobre la dehesa de los años cincuenta. La segunda parte de dicha tesis está dedicada a la dehesa de los años noventa, al paso del modelo tradicional al actual y a las potencialidades para el desarrollo de este agroecosistema.

del suelo, el agua y la materia viva, como el conocimiento necesario para llevarlo a cabo y el marco social en que todo ello se da.

La tarea fundamental, el eje vertebrador del trabajo, lo constituye la elaboración del modelo de uso de la dehesa. La obtención de la información y el conocimiento necesarios para la investigación tiene lugar a lo largo del proceso de fijación de dichos modelos. Los hallazgos y las conclusiones son también consecuencia de la indagación en dichos modelos, de la comparación entre ambos y del estudio de los procesos que llevan desde uno a otro. Los focos principales de interés, los hilos conductores de las indagaciones sobre los modelos, son los procesos de trabajo, las fincas y las comunidades locales. Los procesos de trabajo integran una serie de técnicas concretas y se relacionan entre ellos en un todo articulado. El estudio de los procesos de trabajo es fundamental, pues es a través de ellos como los grupos humanos se apropian de la naturaleza, dándose también a partir de éstos relaciones de diverso tipo que conforman la sociedad y la cultura de los grupos. No son sólo un medio para ir acumulando información de todo tipo a partir de ellos sino que, analizando éstos, su evolución y características, podemos conocer la naturaleza de los cambios operados y la realidad de la dehesa. En ellos se condensa y de ellos parten las diversas manifestaciones de la llamada crisis de la dehesa.

No obstante, hay otro tipo de informaciones, sobre todo relativas a la estructura social o a las categorías locales de conocimiento (suelos, botánica, zoología, meteorología, etc.) que, además de ir apareciendo en las charlas sobre procesos de trabajo específicos, conviene buscarlas a través de entrevistas concretas sobre esos temas. Las fincas, por su parte, son el marco en el que tienen lugar y se articulan los distintos procesos de trabajo, donde se plasma materialmente el manejo de los recursos, y nos permiten ver las formas concretas de organización económica y social, de ahí el interés por conocer su funcionamiento y tomarlas como unidades de observación. Junto a ellas, otro foco de interés son los pueblos, el espacio físico y social donde se asienta la fuerza de trabajo y donde tiene lugar la interacción social. La comunidad local es una de las bases principales del mundo campesino y ámbito por excelencia de la conformación y transmisión del conocimiento.

Sobre el período histórico en que se estudia la dehesa tradicional, los años cincuenta, hay que destacar que se eligió por ser el momento de pleno desarrollo productivo de la agricultura tradicional en España, una vez superados, desde el punto de vista de los medios materiales, los estragos de la Guerra Civil. Además, para conseguir el testimonio directo de los actores sociales convenía centrarnos en el momento más cercano posible, que no es otro que esa década, justo antes del vertiginoso cambio en el mundo rural como consecuencia del proceso modernizador espoleado hacia 1959 por el Plan de Estabilización Económica.

La investigación se llevó a cabo en las localidades de Pallares y Santa María de Navas, (pertenecientes al término municipal de Montemolín) y en Puebla del Maestre², todas en el sur de la provincia de Badajoz, enclavadas en Sierra Morena. Se quería contrastar la importancia de diversas variables, por lo que se eligió más concretamente como unidades de observación comunidades con distinta estructura de la propiedad (importancia de la pequeña y mediana propiedad en Puebla del Maestre frente a predominio del latifundismo en casi todo el territorio), con diferente orografía (áreas más montañosas en Santa María de Navas) y diversas formaciones vegetales (presencia del alcornoque y el quejigo en Santa María de Navas frente al predominio de la encina en el resto).

Las variables que se habrían de tener en cuenta en la elección de las fincas eran la pendiente y el tamaño, ya que la investigación realizada por Jesús Parra en el vecino municipio de El Real de la Jara, y en cuyo trabajo de campo participé, llegaba a la conclusión de que estos eran los parámetros que más determinaban el tipo de manejo de las explotaciones (Parra, J., 1992). Se eligieron en total seis fincas: pequeñas (entre las 20 y las 70 Ha) medianas (entre las 150 y las 300 Ha)

² Habitualmente nos referiremos a Puebla del Maestre y Santa María de Navas como la Puebla y Santa María, que es como las denominan las gentes de la zona.

y grandes (mayores de 700 Ha), y en cada uno de los grupos había una finca llana y otra con pendiente. Se hizo un seguimiento sistemático de éstas a lo largo de un ciclo agrario completo y se realizaron entrevistas a las distintas personas con ellas relacionadas. Igualmente, se reconstruyó el funcionamiento de las mismas en los años cincuenta.

De todos modos, la elección no pretendía en absoluto tener representatividad estadística sino que lo que se buscaba era ver plasmados en la práctica los distintos aspectos que se pretendían conocer en el estudio y detectar las posibles variantes de los mismos. Además de las relativas a esas fincas, se realizaron visitas y entrevistas acerca del manejo en general de las dehesas y de otras fincas repartidas por todo el territorio y, siempre que se consideró necesario, los datos obtenidos se fueron contrastando con lo que sucedía en general en todo el territorio. Así se pueden aprehender las particularidades que tanto interesan a los sistemas de investigación en finca, pero sin perder de vista la dinámica global de la zona, el modelo general.

Las técnicas empleadas fueron las propias de la antropología social: trabajo de campo (durante 16 meses), con observación participante, entrevistas formales e informales, tanto sobre temas generales como sobre procesos de trabajo concretos, y recorridos por el territorio y las fincas acompañado de informantes. Las entrevistas se realizaron tanto a personas conocedoras de fincas y procesos de trabajo concretos (porqueros, pastores, mozos, guardas) como a los propietarios de las fincas y a informantes conocedores de la realidad general de la zona, tanto antaño como ahora. Se trataba siempre de entrevistas abiertas semidirectivas. La investigación la orientaba un guión que a la vez podría servir de cuestionario y esquema de organización de la información.

Otras fuentes de información fueron los archivos (casi no existían los de las Cámaras Agrarias locales), los censos agrarios, la cartografía de distinto tipo y diversa bibliografía que sería prolijo detallar. Hubiera sido interesante localizar documentación de las fincas en aquella época, por ejemplo libros de contabilidad, pero no fue posible.

Con estos presupuestos teóricos y metodológicos y con las técnicas y fuentes que acabamos de referir nos enfrentamos a la tarea de dar cuenta de la dehesa tradicional extremeña, de su entramado de relaciones ecológicas, económicas y sociales y del conocimiento local, de la gran creación agronómica de las gentes del área de estudio en la Sierra Morena extremeña.

I
MARCO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO

1. EL ÁREA DE ESTUDIO

LOCALIZACIÓN

El área de estudio se localiza en el sur de la provincia de Badajoz, ya lindera con la de Sevilla, en las estribaciones de la Sierra Morena (Mapa 1). La conforma el territorio en torno a las localidades de Puebla del Maestre, Pallares y Santa María de Navas, pertenecientes estas dos últimas al municipio de Montemolín.

Sus límites serían las fincas con las que las gentes de estos pueblos han tenido una relación ecológica más intensa a través de los procesos de trabajo en el campo.

El término municipal de Puebla del Maestre abarca 74,2 km² y el de Montemolín 208,9 km². Santa María de Navas es un enclave del territorio de Montemolín dentro del de Monesterio, por lo cual está rodeado por dicho término municipal por todos lados excepto por el sur, en que hace frontera con la provincia de Sevilla, concretamente con el término de El Real de la Jara. En cuanto a las distancias por carretera, Pallares está a 9 Km de Puebla del Maestre y a 15 Km de Santa María de Navas, que dista 12 Km de Puebla del Maestre. Pallares dista 120 Km de Badajoz, 100 Km de Mérida y 103 Km de Sevilla. En los años cincuenta, ninguna de las carreteras que llegaban a estos pueblos estaba asfaltada.

Mapa 1



LOCALIZACIÓN DE LOS TÉRMINOS MUNICIPALES DE MONTEMOLÍN,
PUEBLA DEL MAESTRE Y MONESTERIO.

EL MEDIO FÍSICO

Geología y litología

Nuestra zona de estudio, al igual que las otras zonas de la Sierra Morena extremeña, pertenece a la unidad geológica de la Ossa-Morena del macizo hespérico, que se caracteriza por la existencia de amplias áreas en las que afloran materiales precámbricos y por una densa red de fracturas y zonas de cizalla subverticales con direcciones que varían entre W-NW, E-SE y NW-SE (CESEX- Junta de Extremadura, 1993: 41). En la Ossa-Morena, las rocas ígneas son frecuentes pero no son extensas. En la Sierra Morena predomina la tectónica de plegamiento y el relieve es de tipo apalachense, de montañas de formas suaves. Se da una erosión diferencial entre materiales duros y blandos, cuarcitas o granitos y pizarras (Gurría, 1985) y encajamiento de la red fluvial.

En nuestra zona de estudio, según el mapa geológico (Mapa 2), se diferencian claramente tres áreas:

Área precámbrica, al oeste de un eje que corta en diagonal la zona de estudio.

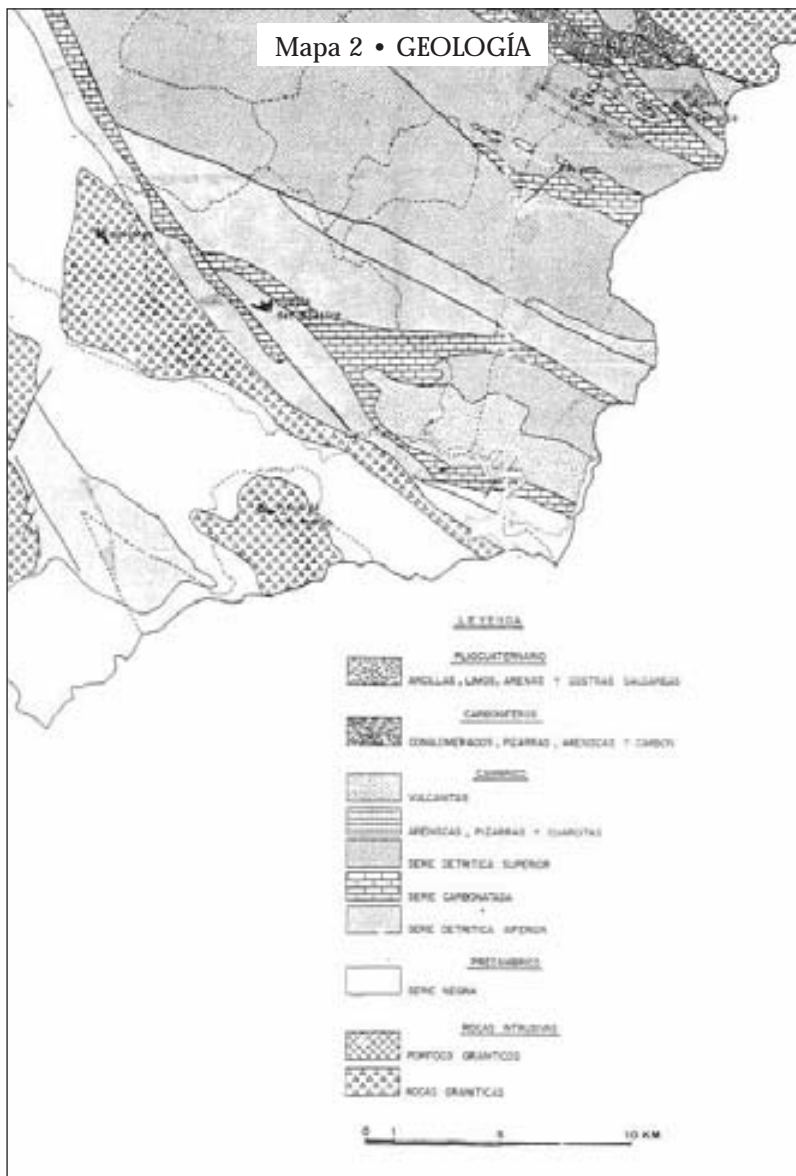
Áreas cámbricas. Al este de la zona precámbrica que acabamos de describir, abarcando todo el termino de Puebla del Maestre y la parte oriental del de Montemolín. Además, una pequeña área cámbrica aparece también al Suroeste de la zona de estudio.

Áreas de rocas graníticas: en los alrededores de Pallares con una estrecha banda que se prolonga hacia El Pintado; en la hoya en la que se sitúa Santa María de Navas; y al suroeste del área de estudio.

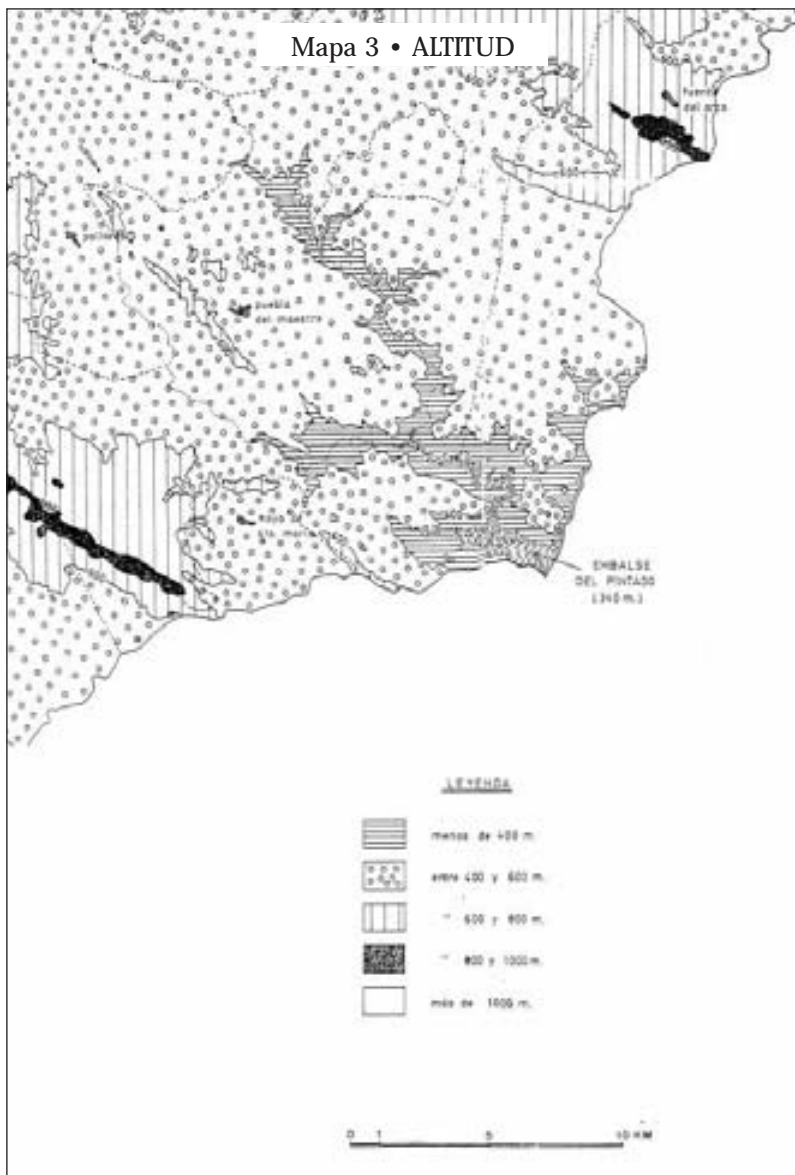
Topografía y relieve

La localidad de Puebla del Maestre se sitúa a 553 m de altura, siendo la cota máxima del término municipal de 676 m y la mínima de 380 m. Pallares se sitúa hacia la cota 530 y Santa María de Navas hacia la cota 460. En el Municipio de Montemolín la cota máxima es de 923 m, cerca de Santa María de Navas y la mínima de 380 m. En general, la mayor parte del territorio se encuentra entre los 400 y 600 m (Mapa 3), excepto algunas áreas extensas próximas a Santa María de Navas,

Mapa 2 • GEOLOGÍA

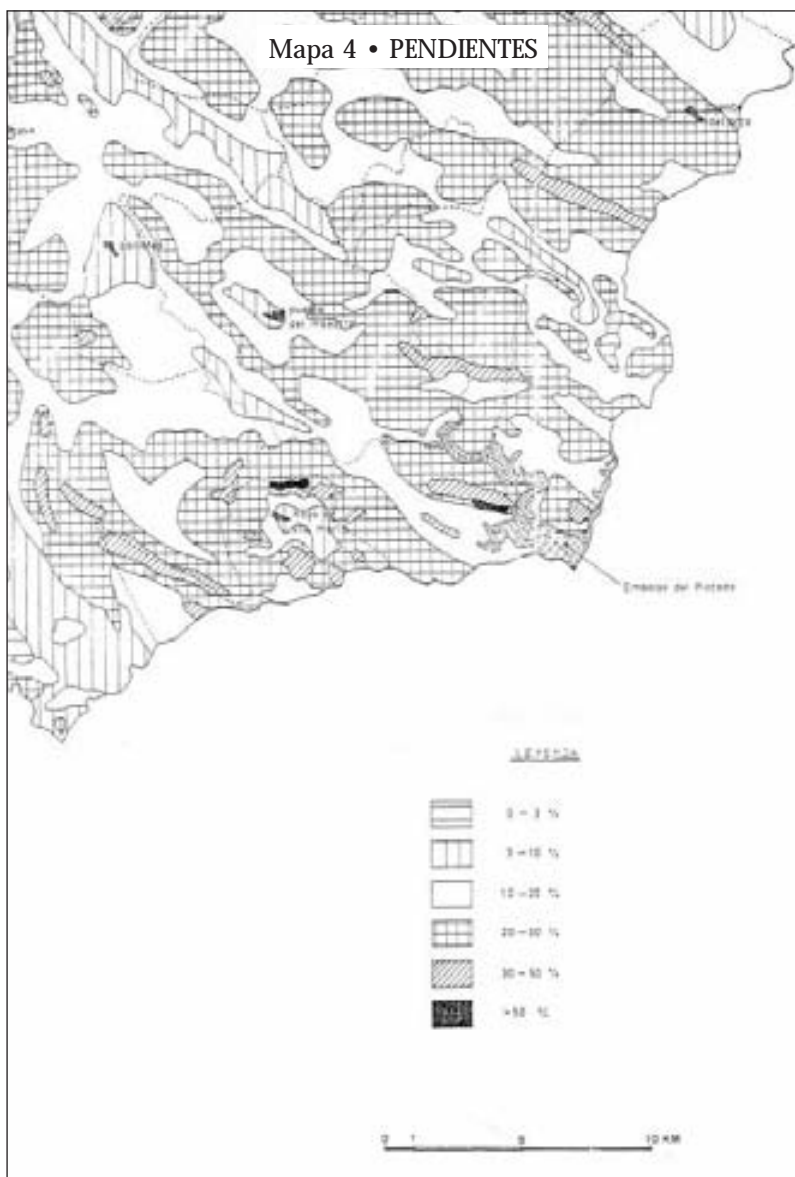


(Fuente CESEX-Junta de Extremadura, 1990)



(Fuente CESEX-Junta de Extremadura, 1990)

Mapa 4 • PENDIENTES



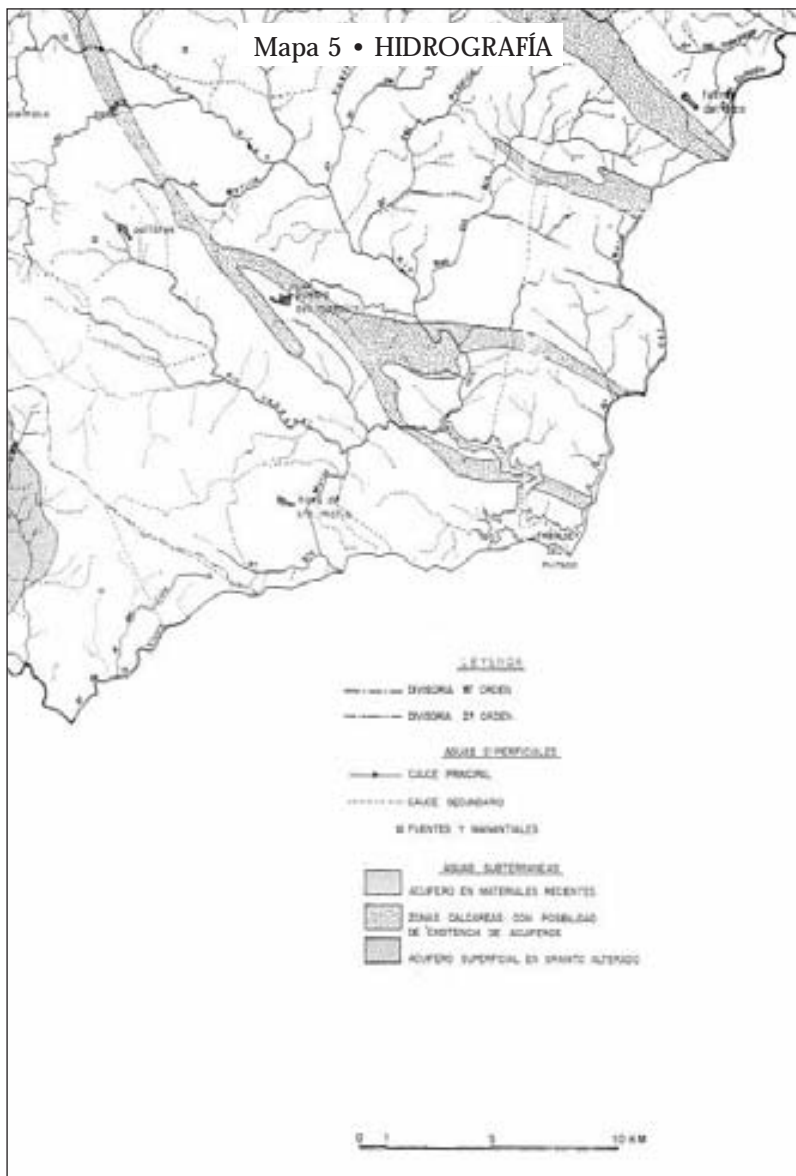
(Fuente CESEX-Junta de Extremadura, 1990)

tanto en la parte de los términos municipales de Monesterio y Montemolín como en el de El Real de la Jara, situadas entre los 600 y los 800 m., al igual que sucede al oeste de Pallares y en la cordillera situada entre Pallares y Puebla del Maestre. Cerca de Santa María de Navas existen también algunas áreas por encima de los 800 m. El carácter abrupto de la parte sur se hace más evidente si tenemos en cuenta que la diferencia entre cotas altas y bajas es mayor que en la parte más septentrional, pues a medida que vamos pasando de la meseta al valle del Guadalquivir, se va bajando en el escalamiento del terreno. Las áreas más bajas, menores de 400 m. las encontramos en torno al cauce del río Viar y en el Pantano de El Pintado, en que se alcanza la cota de 340 m, en término de Monesterio. Así, según el mapa de pendientes, (Mapa 4) la mayor parte de la zona de estudio presenta pendientes entre el 20 y el 30%, seguida de áreas entre un 10 y un 20%, sobre todo en el valle del Vendoval. Las zonas más llanas, de un 3 a un 10%, se encuentran en los alrededores de Pallares, en una franja en torno al río Viar al noroeste de Pallares y norte de Puebla del Maestre, y en el Vendoval a la izquierda de la carretera entre Pallares y Puebla del Maestre. Las mayores pendientes, entre el 30 y el 50%, se localizan en las sierras próximas a Santa María de Navas y en áreas puntuales del suroeste de Puebla del Maestre. Al norte y este de Santa María de Navas hallamos algunas sierras con inclinaciones de más del 50%.

Hidrografía

La red hidrográfica la articula el río Viar con sus afluentes, el principal de los cuales es el Vendoval, y que drena sus aguas hacia el Guadalquivir (Mapa 5). Estos dos ríos, en dirección noroeste-sureste, crean dos amplios valles flanqueados por cuerdas montañosas en la misma dirección. Esta cuenca hidrográfica está enmarcada por los plegamientos de la Sierra de San Miguel al este y el de la Sierra Morena al oeste y está drenada por un gran número de arroyos que han excavado profundos surcos y dado lugar a un paisaje quebrado y con grandes diferencias de altitud que se producen rápidamente. El Viar tiene aprovechamiento hidroeléctrico en el embalse del Pintado, que se

Mapa 5 • HIDROGRAFÍA



(Fuente CESEX-Junta de Extremadura, 1990)

extiende entre los límites de las provincias de Badajoz y Sevilla. Los ríos y arroyos se caracterizan por un régimen exclusivamente pluvial y una marcada estacionalidad, con largos periodos de estiaje y cauces desecados en el verano por la ausencia de lluvias (Ministerio de Agricultura, 1979). En cuanto a las aguas subterráneas, estas son escasas debido a la escasa pluviosidad y las malas condiciones hidrogeológicas de los materiales. Todo ello, unido a la pendiente, hace que exista una gran escorrentía que, junto al encajamiento de la red, ofrecen condiciones favorables para la existencia de represas y embalses, tan característicos de la Sierra Morena.

Suelos

Debido al tipo de roca madre, al carácter abrupto de gran parte del territorio y la torrencialidad de las lluvias, los suelos son pobres, ácidos, de poco desarrollo, muy lavados, con escasa capacidad de retención de agua y de franco-arenosos a francos. El contenido en caliza es prácticamente nulo, salvo pequeñas zonas sobre las calizas cámbricas, y el contenido en materia orgánica bajo (Parra, J, 1992:106). Siguiendo la información de la hoja del Mapa de cultivos y aprovechamientos (Ministerio de Agricultura, 1979), en la zona encontramos los siguientes tipos de suelo:

Tierras pardas meridionales sobre rocas metamórficas: suelos de escasa o media profundidad, de perfil A[B]C, generalmente asociados a litosuelos. Presentan un horizonte A de humus mull de unos 10 centímetros de profundidad, grumoso, del que se pasa al horizonte [B], pardo claro o limoarenoso, de estructura poliédrica muy poco desarrollada o inestable. Por debajo de este horizonte aparece la pizarra más o menos alterada, observándose formación de suelo incluso entre las láminas de roca. Son suelos que se erosionan con gran facilidad y con frecuencia alternando con pizarras se presentan bancos de cuarcitas que ocupan las zonas topográficamente superiores. El cuarteamiento físico de estas rocas origina una gran cantidad de canturreal, poco o nada rodado, que cubre el suelo en gran abundancia.

Tierras pardas meridionales sobre rocas ígneas: En dos enclaves en torno a las zonas graníticas antes descritas de Pallares y Santa María de Navas. Son suelos de perfil A[B]C, con una morfología que puede variar entre límites muy amplios. La profundidad del perfil oscila entre los pocos centímetros y el medio metro. Son suelos fácilmente erosionables, dando lugar a cárcavas muy profundas. El escaso desarrollo de la estructura y la poca estabilidad de los agregados origina suelos compactos, aunque sean de textura ligera.

Siguiendo otra clasificación, la americana, los suelos presentes en la zona serían:

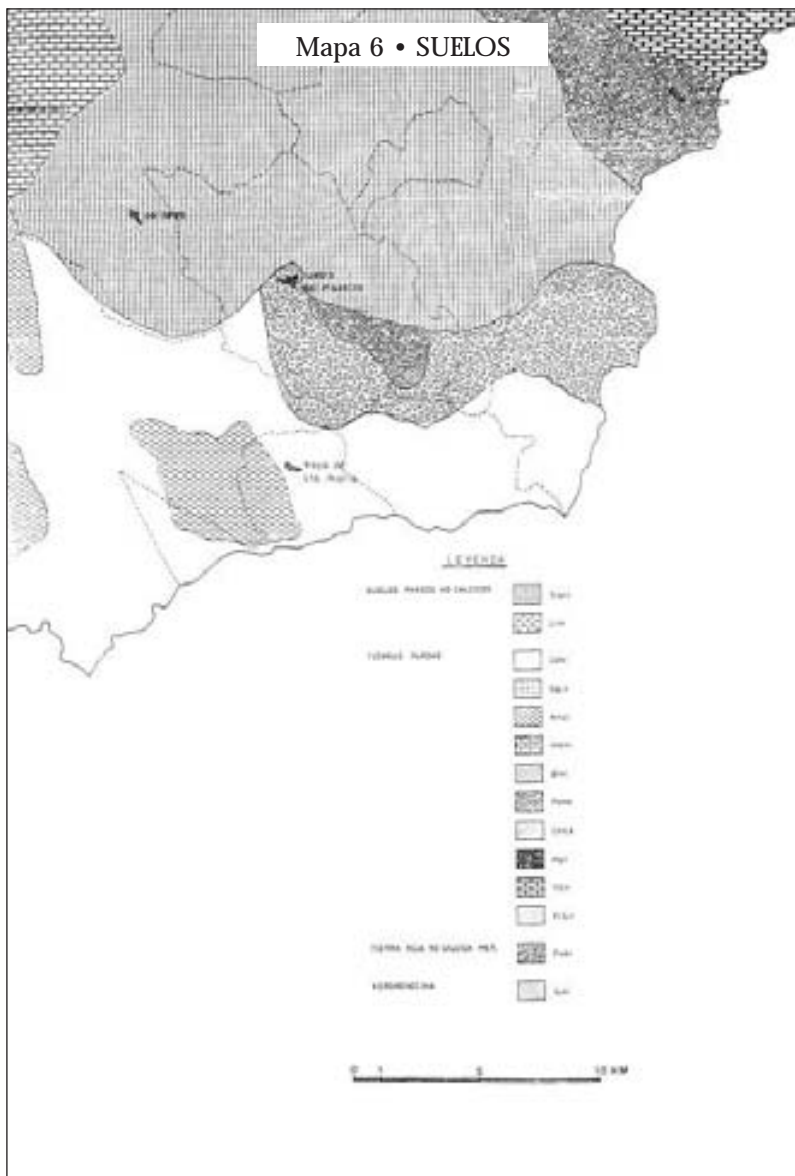
Entisoles: Suelos con un solo horizonte sobre la roca madre. Se sitúan en las partes superiores de las sierras, colinas, cerros y laderas, por lo que son muy erosionables, pobres y no utilizables para el cultivo.

Inceptisoles: ocupan la mayor parte de la zona. Son suelos pobres en materia orgánica y elementos minerales, de mediano desarrollo, ácidos y muy erosionables, sobre todo tras la eliminación de la vegetación autóctona para el cultivo. Se corresponden con las tierras pardas meridionales (Gestores del Medio Ambiente, 1994).

Alfisoles: los encontramos sólo en las proximidades de Pallares, al oeste. Son suelos muy desarrollados, con horizonte argílico formado por acumulación de arcilla iluviada. Se han formado a partir de rocas calizas. Son suelos profundos, ácidos y potencialmente ricos en elementos minerales. Se corresponden con las tierras rojas y suelos pardos lavados de otras clasificaciones.

Una caracterización distinta, siguiendo el mapa de Suelos del INIA de 1972, es la que nos ofrece el Estudio del CESEX (CESEX-Junta de Extremadura, 1990; MAPA 6) sobre la Comarca de la Sierra Sur que podemos ver en el siguiente cuadro.

Mapa 6 • SUELOS



(Fuente CESEX-Junta de Extremadura, 1990)

ÓRDENES	SUBÓRDENES	GRAN GRUPO	TIPO DE SUELO
Suelos zonales	Suelos de transición de la pradera al bosque	Suelos pardos no cálcicos	TrSrr
Suelos intrazonales	Suelos calcimórficos	Tierras pardas Tierra Roja no caliza meridional	CbVc. Mnst. Mntm. PbMs. FnAr.

(Fuente CESEX-Junta de Extremadura, 1990)

Clima

A la hora de describir el clima de la zona, me basaré fundamentalmente en la información que suministra el Estudio territorial de Sierra Sur de Badajoz (CESEX-Junta de Extremadura, 1990) y que toma como estaciones de referencia en cuanto a la temperatura la de Cabeza la Vaca, que es la más próxima a la zona que puede ofrecer datos de este tipo. En cuanto a las precipitaciones, los datos son de las estaciones de Montemolín y Puebla del Maestre y refiere a una serie de 30 años, de 1951 a 1981.

Por lo que refiere a las temperaturas, en el observatorio de Cabeza la Vaca la temperatura media anual es de 14,7° C, la medida de las máximas absolutas 25,64° C, la media de las medias de las máximas 19,26° C, la media de las medias de las mínimas 10,15° C y la media de mínimas absolutas 4,49° C. El mes más frío es enero con una temperatura media de 6, 79° C, una media de máximas absolutas de 14,41° C y una media de mínimas absolutas de -1,33° C. El mes más cálido es julio con una temperatura media de 24,93° C, media de máximas absolutas de 11,85° C. El período libre de heladas es de 225 días comenzando el 4 de abril y finalizando el 15 de noviembre. La duración del período estival es de 163 días, del 6 de junio al 16 de octubre (con temperatura media mayor de 15° C). No obstante, hay que hacer notar las características diferenciales del observatorio de

Cabeza a Vaca respecto a nuestra zona de estudio pues dicho observatorio se encuentra enclavado en plena Sierra Morena, a 759 m. de altura y más al este, más expuesto a las borrascas atlánticas. Según la hoja correspondiente del Mapa de cultivos y aprovechamientos (Ministerio de Agricultura, 1979) el clima variaría entre el Mediterráneo subtropical y el Mediterráneo continental, según situaciones. La temperatura media anual de la hoja sería de 14 a 17° C, la temperatura media del mes más frío de 6 a 9° C, la temperatura media del mes más cálido de 25 a 27° C y la duración media del período de heladas de 4 a 6 meses. Los inviernos serían de tipo avena, los veranos tipo algodón y el régimen de humedad Mediterráneo seco.

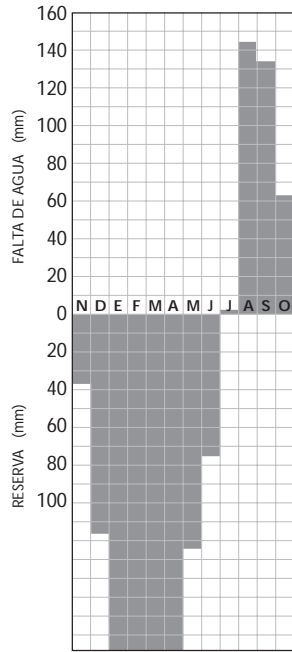
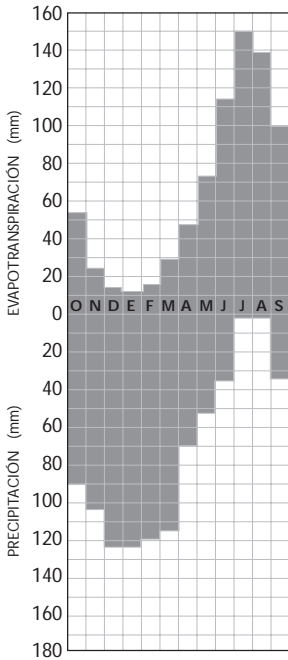
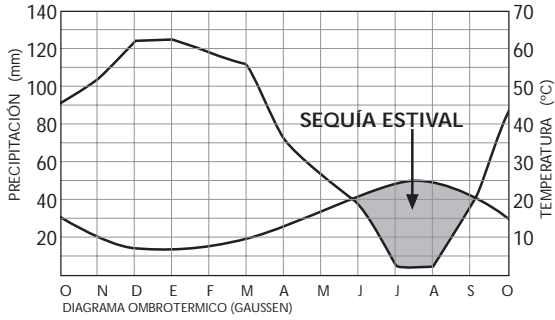
En cuanto a las precipitaciones, el estudio del CESEX nos ofrece una precipitación media anual de 543,33 mm. en Montemolín y 621mm en Puebla del Maestre, aumentando la pluviosidad mientras más nos acercamos a la Sierra Morena, por lo que los valores de la parte sur de la zona de estudio serían más altos. Según el Mapa de cultivos y aprovechamientos, las precipitaciones se concentran fundamentalmente en el invierno (38%), seguido de la primavera y el otoño (29% y 28%, respectivamente). La evapotranspiración potencial total del año para el observatorio de Cabeza la Vaca es de 782, 78 mm según el Estudio del CESEX y para la hoja del mapa de cultivos de 900 a 1000 mm, existiendo en ambos casos un gran déficit hídrico de junio a septiembre (Figura 1).

Desde el punto de vista de la influencia del clima sobre el agroecosistema habría que resaltar los siguientes aspectos (Parra, J, 1992:108):

- Altas temperaturas veraniegas, que coinciden con un largo estiaje, (Figura 2) que dan lugar a un *cuello de botella* debido a la alta evapotranspiración y el estrés hídrico, con consecuencias sobre el ciclo de la vegetación y la composición de los pastizales y su potencial pastoral. Se favorece a las especies cuyo ciclo se desarrolla antes del período de sequía, por ejemplo a aquellas que tienen capacidad de resistencia en forma de semillas duras. En general, al favorecerse a las especies de crecimiento rápido y ciclo corto, prevalecen las especies de

Figura 1 • TEMPERATURAS, PRECIPITACIONES Y EVAPOTRANSPIRACIÓN

OBSERVATORIO: CABEZA LA VACA



(Fuente CESEX-Junta de Extremadura, 1990)

bajo-medio valor pastoral. Tras las primeras lluvias del otoño se favorece, al menos en un primer momento, a las especies con mayor capacidad colonizadora. Asimismo se da un parón o al menos una ralentización vegetativa durante el invierno, debido a las bajas temperaturas, aunque también puede atribuirse a una parada biológica del suelo.

- Largo período con probabilidad de heladas e importancia de la probabilidad de las mismas durante la floración de la encina que puede afectar a la montanera (Figura 3).

- Importancia de la distribución de las precipitaciones. Debido a la textura de los suelos y su escaso desarrollo, el balance hídrico del subsuelo depende mucho de las lluvias. Por ello el potencial productivo depende más de la buena distribución de las lluvias a lo largo del año que del volumen total de las mismas. En general, son de gran importancia las primeras lluvias del otoño y las últimas de la primavera, que favorecen la prolongación del ciclo vegetativo, dando lugar a la otoñada o al mantenimiento del pasto verde.

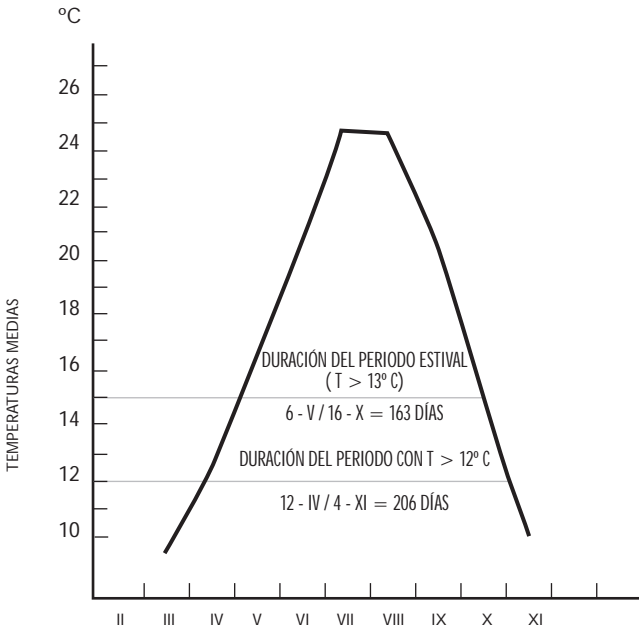
- Existencia de un gradiente pluviométrico de norte a sur con mayores precipitaciones a medida que nos aproximamos a la sierra.

No obstante, debido al relieve existe una gran variedad microclimática en la zona, e incluso dentro de las propias fincas. Así, el efecto umbría hace que sean más frescas las zonas expuestas hacia el norte. La cubierta vegetal, el matorral y la arboleda, hacen de regulador térmico, sobre todo frente al calentamiento estival. La localización diferencial en la ladera también tiene efectos microclimáticos, dando lugar, por ejemplo, al efecto hoya en las zonas bajas o valles poco aireados, con aumentos de temperatura por calentamiento que pueden dar lugar, incluso, a incendios forestales. Los cauces fluviales y las masas de agua también contribuyen a amortiguar las temperaturas. En el invierno, el desplazamiento de las masas de aire frío por laderas y su caída en valles puede provocar fenómenos de inversión térmica al desplazar a las masas de aire caliente, sobre todo en las primeras horas del día. Eso puede traer como consecuencia heladas locales en circunstancias concretas. La exposición diferencial a los vientos dominantes es otro elemento de importancia microclimática. El diferencial

Figura 2

OBSERVATORIO: CABEZA LA VACA

CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS DE LA ESTACIÓN DE VERANO

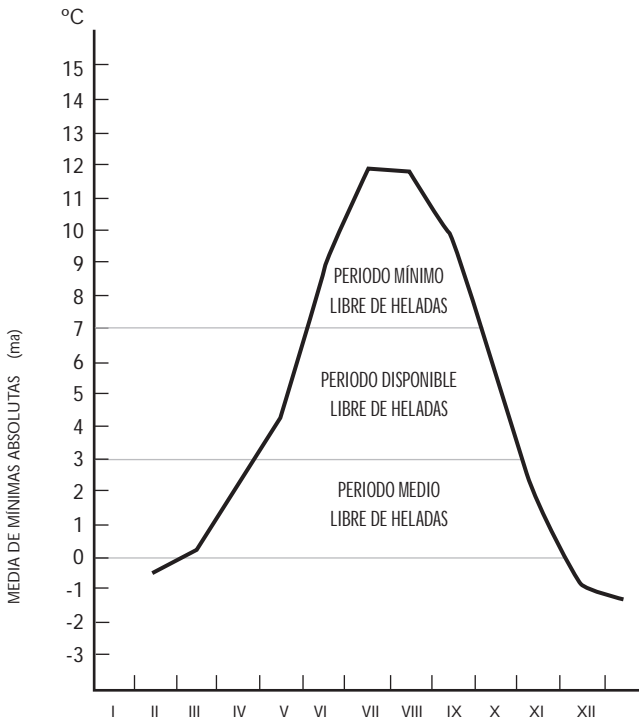


(Fuente CESEX-Junta de Extremadura, 1990)

Figura 3

OBSERVATORIO: CABEZA LA VACA

**CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS DE LA ESTACIÓN DE INVIERNO
(SEGÚN PAPADAKIS)**



(Fuente CESEX-Junta de Extremadura, 1990)

entre ladera y llanura también da lugar a diferencias en cuanto a la capacidad de retención hídrica de los suelos, que matizan la importancia de las lluvias en uno y otro lado, primando al pastizal en las zonas llanas y al matorral en las de pendientes debido a esa disponibilidad de agua. Esta diversidad, junto a factores de suelo y la red de drenaje, se manifestará en el potencial productivo de cada espacio y en su distinto valor estratégico, que junto a los distintos usos agrarios y ganaderos dan al paisaje una estructura en mosaico.

La potencialidad agroclimática de la hoja del mapa de cultivos correspondiente a la zona está comprendida entre los valores 10 y 20 del índice de Turc en secano, lo que equivale a 12 Toneladas de materia seca por hectárea en secano y entre 50 y 55 en regadío (Ministerio de Agricultura, 1979).

Vegetación

Dentro del esquema biogeográfico, la zona de estudio se describiría de la siguiente manera: reino Holártico, región Mediterránea, superprovincia Mediterráneo-Iberoatlántica, provincia Luso-Extremaduraense, sector Mariánico Mochiquense, subsector Araceno-Pacense y distrito Pacense (Ladero, 1993). La vegetación está compuesta por especies adaptadas a vivir en climas de veranos secos y cálidos e inviernos suaves, con lluvias en un corto período dividido entre la primavera y otoño. El dominio climático o vegetación potencial de la zona es el bosque mediterráneo o bosque esclerófilo, con especies del género *Quercus* de hoja dura y perenne, asociadas a especies de los géneros *Rhamnus*, *Olea*, etc. (Cesex-Junta de Extremadura, 1990: I-81). Las series que predominan son las termófilas (Pérez, J.L.1993). La vegetación es la clasificada como durilignosa, representada señeramente por los encinares, los alcornoques y el matorral de jara, jaguarzo, aulaga, tomillo, lavándula, lentisco, retama, etc. En algunas zonas, al disminuir la temperatura y aumentar la pluviosidad aparecen especies típicas de la formación aestilignosa, las quercíneas de zonas húmedas pero con verano seco, como son los quejigos. En algunos lugares como las vaguadas y riberas, con humedad edáfica alta, la vegetación climax puede ser otra, debido a las condiciones especifi-

cas del sustrato y así crecen los bosques galería de chopos, álamos o alguna especie de sauce. En vaguadas, en vez de formaciones arbóreas como esas crecen matorrales de ribera como los tamujos o adelfas. Como hemos apuntado, existen diferencias entre laderas y zonas llanas, con mayor presencia de matorral en las áreas de pendiente y de pastos en las partes llanas.

Como podemos ver en el mapa (Mapa 7), la mayor parte del territorio son dehesas, representadas por los símbolos Lp/Qi cuando existe cierto laboreo, aunque dilatado, y por P/Qi cuando no se laborean, cosa que aparece representada en la parte norte y noreste de la zona de estudio. En el municipio de Montemolín, la dehesa empieza al sur del Arroyo Corchero, que separa los encinares de las tierras semiesteparias de pastos y labor que buscan la penillanura. Aunque el mapa no da cuenta de los alcornocales, estos se encuentran en la zona sur de Santa María de Navas, en las umbrías sobre todo, y en una finca próxima al reculaje del pantano de El Pintado. Los quejigos, entreverados con encinas y alcornocales, aparecen también en la zona de Santa María de Navas, al sur del Arroyo de la Parrilla, zona más montañosa y de clima más fresco.

En medio de estas dehesas, y ocupando algunas zonas más montuosas, aparecen las áreas de matorral, solo (M) o en diversas asociaciones. Las tierras sin árboles de labor extensiva y pastos (Lp) no ocupan grandes extensiones y aparecen sobre todo en la margen izquierda del río Vendoval en la zona de la Solana de la Puebla y al suroeste de Pallares en la zona de La Romerosa, así como en la orilla izquierda del Viar, hacia el noroeste de Puebla del Maestre.

En las zonas próximas a los pueblos encontramos también olivares (Ol), sobre todo en Puebla del Maestre, en especial en un área relativamente amplia al sureste del pueblo, que llega casi hasta el límite del término municipal. Las tierras de labor intensiva (Lb) se encuentran en los ruedos, así como alguna mínima extensión de cultivos herbáceos en regadío (Ch). Son muy puntuales las repoblaciones de pinos o eucaliptos (eur), en las proximidades del embalse de El Pintado sobre todo. Sin que aparezcan representadas en el mapa encontramos

comunidades mixtas de encinas y acebuches en algunos puntos concretos, principalmente al noreste de Pallares.

Las principales diferencias entre el paisaje agrario de la zona en los años cincuenta y el que aparece cartografiado refiere fundamentalmente a los cambios en la dehesa y a la desaparición de algunos usos y biotopos. En efecto, respecto a la dehesa, su distribución espacial era más o menos la misma, si bien, como veremos, ésta ha ido avanzando algo sobre los terrenos linderos de pastos y labor sin árboles con la dejación de los cultivos, aunque sea poco perceptible en los mapas. Aunque la extensión de dehesa de quercíneas sea aproximadamente igual, otra cosa es la densidad de la arboleda, pues se clareó en alguna que otra finca en los años sesenta. También ha avanzado el matorral, tras la crisis de la dehesa y el abandono de ciertos usos, que hacen que aparezcan grandes extensiones ocupadas por el monte. En cuanto al estado de la arboleda, también ha sufrido deterioro como resultado de la dejación de prácticas tradicionales.

Del mismo modo, la extensión de olivares apenas ha sufrido grandes variaciones respecto a los años cincuenta, si bien su estado de abandono va dando lugar en algún caso concreto a la aparición de cierto matorral e incluso chaparros. Cuestión distinta es la de las viñas, ya que en la actualidad no existe ninguna y en aquellos años aún quedaban unas cuantas hectáreas de viñedo, solo o mezclado con olivos. Esta minúscula extensión, que desapareció ya en aquella década, era la reliquia de una antigua producción más esplendorosa que se remonta en Pallares a época medieval.

Las tierras de labor intensiva que aparecen en el mapa tenían antaño de una mayor extensión y se localizaban en un mayor número de puntos. Su laboreo era más intenso que el actual y se situaban sobre todo en los ruedos de los pueblos. Algunas manchas de herbáceos de regadío (alfalfa sobre todo) del mapa actual se correponden con antiguas tierras de labor intensiva y con huertas. Las tierras desarboladas de pasto y labor extensiva hoy son prácticamente de pasto. La desaparición de la casi totalidad de éstas últimas y el gran retroceso de las alamedas y choperas es uno de los principales cambios en los pai-

sajes agrarios de la zona, junto con el referido abandono de los cultivos y el avance en algunos casos del matorral. Finalmente, los escasos terrenos de eucaliptos no existían en los años cincuenta.

RESEÑA HISTÓRICA

Aunque la zona situada más al norte de Montemolín, hacia Fuente de Cantos y Bienvenida, sea objeto de disputas entre historiadores acerca de si eran territorio céltico o túrdulo (Berrocal, 1982), el área de estudio parecía englobarse en el territorio de la Beturia Túrdula. No obstante, en las riberas del Vendoval, en un punto situado entre los tres pueblos, parece haber sólidos indicios de la existencia de un castro celta³. Son pocos los testimonios arqueológicos o de otro tipo que nos puedan alumbrar acerca de aquella época en la zona, salvo un par de probables yacimientos del Hierro al oeste de Santa María de Navas y un yacimiento neolítico también cerca de Santa María pero ya en término de Cazalla. El principal interés de este territorio eran los metales y la ganadería.

En época romana, lo más probable es que la zona perteneciese a la Bética, o a un enclave de la Lusitania dentro de la Bética, como atestiguarían el Hito de Montemolín (Álvarez, 1985), encontrado cerca de Santa María, en la misma zona donde se acredita ocupación hasta época visigoda. En Pallares se han encontrado restos arqueológicos romanos, entre ellos algunas lápidas (García, B., 1991). Según Ortiz de Thovar (Ortiz de Thovar, 1988), Montemolín y Puebla del Maestre desaparecieron tras la época romana y se volvieron a levantar en la Edad Media. En el caso de Montemolín sería obra árabe, concretamente Thovar quiere que fuera el almohade Aben Jusef Mahomat Miramamolín, rey de Marruecos, quien en 1212, tras la batalla de las Navas de Tolosa, mandara fundarla y repoblarla con gentes venidas de

³ Agradezco al arqueólogo Jesús María Alonso Vasco la información sobre este particular.

Jaén, como baluarte fronterizo frente a las tierras cristianas. De esa época es su castillo, hoy bastante deteriorado. Restos de fortificaciones árabes se encuentran a lo largo de la cadena de cerros que flanquean el valle del Vendoval por el este.

La conquista cristiana de estas tierras la llevó a cabo la Orden de Santiago, al mando de su Maestre Pelay Pérez Correa, hacia el año 1246. Montemolín fue donada por Fernando III a la orden con un vasto territorio que llegaba hasta cerca de Zafra por el norte, Reina por el este, Fregenal por el oeste y por el sur hasta cerca de El Real de la Jara (Mota, 1969). En este término se incluía Puebla del Maestre y muchos otros lugares que luego se fueron desgajando y compitiendo con Montemolín por restarle territorio. Montemolín fue la principal localidad de los alrededores, sede de Encomienda santiaguista y capital de las cinco villas hermanas que tenían mancomunados sus pastos: Montemolín, Monesterio, Fuente de Cantos, Calera de León y Medina de las Torres. En 1608 Felipe III la enajenó a unos banqueros genoveses como marquesado de Montemolín, para obtener recursos destinado a las guerras de Italia, hasta que volvió a la Corona en el siglo XVIII.

Según Thovar, Santa María de Navas y Pallares fueron fundadas por Pelay Pérez Correa. La primera, que hasta el siglo XVIII fue más importante que Pallares, alrededor de la ermita de Santa María la Zapatera, a la que se asocia la aparición de la Virgen al maestre durante una batalla en la zona. Puebla del Maestre sería fundada hacia 1250 y perteneció a la Orden de Santiago hasta finales del siglo XV, en que fue otorgada a Alonso de Cárdenas, a la sazón último maestre de la Orden de Santiago, y en el señorío de sus descendientes, los condes de la Puebla del Maestre, siguió hasta la Desamortización, en que pasaron a tener la propiedad privada de enormes extensiones que antes tenían bajo su jurisdicción. Hay que señalar que el conde de la Puebla del Maestre no vendió sus fincas de la Puebla hasta 1973.

La conquista del territorio a los árabes a manos de la Orden de Santiago fue un elemento de suma importancia en la conformación de la estructura de la propiedad, ya que enormes extensiones de terreno pasaron a sus manos, extensiones que por diversas vías y conforman-

do grandes fincas terminaron cayendo en manos privadas. Hasta el siglo XIX incluso, algunas grandes fincas ribereñas del Viar eran propiedad del Ejército, para su yeguada.

Fuentes especialmente importantes para alumbrarnos acerca de la historia del área de estudio son el Interrogatorio de la Real Audiencia de Extremadura, de 1875 (Barrientos, 1995), la obra de López Estremadura, que es también una suerte de interrogatorio sobre los pueblos realizado por este geógrafo del rey (López, 1995), y el diccionario de Madoz (Madoz, 1845) que nos dan una idea de la situación de los pueblos y los campos a finales del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. En cuanto a los aprovechamientos y las características del agroecosistema, a través de estos textos podemos ver cómo una gran parte del área de estudio eran terrenos de pastos, gran parte de ellos baldíos, sobre todo hacia el sur. A esos lugares se dice que sólo llegaban algunos ganados de los vecinos de las cinco villas hermanas que tenían mancomunados los pastos. Esa soledad hacía que fuera tierra propicia para contrabandistas y salteadores y fueran frecuente los robos, por ejemplo de colmenas (Barrientos, 1995:704). Debían predominar abrumadoramente las dehesas y el bosque mediterráneo, en el que abundaban ciervos, venados, corzos, gamos y jabalís, siendo Santa María de Navas el lugar por excelencia donde tenían lugar las grandes monterías (Madoz, 1845:548). Los textos nos hablan de algunas plantaciones de encinas y de los problemas recurrentes de incendios, sobre todo a causa de las rozas de las tierras comunales por los vecinos (Barrientos, 1995:704).

El laboreo se centraba en el entorno de los pueblos, destacando sobremanera la importancia de la economía de las viñas en Pallares, de la que hay noticias ya en el siglo XV en los legajos de los archivos de Montemolín. A finales del XVIII, la población de Pallares era de nueve vecinos en el pueblo, en la Plaza, mientras que el resto, unos cuarenta, vivían en el campo, en las casas-bodega (López, 1992: 313). López nos habla de Pallares, sus viñas y bodegas, repartidas por cuatro valles, y de lo ameno de su entorno, que lo hacía especialmente atractivo para el recreo de la burguesía y la nobleza de los alrededores.

Ya desde finales del siglo XVIII estaba teniendo lugar una significativa expansión del olivar, muy importante ya en Puebla del Maestre en tiempos de Madoz y de cuyas plantaciones nos dan cuenta los textos y los archivos municipales del Puebla del Maestre. La expansión de los cultivos, el interés por el grano, relacionado con el crecimiento de población, fueron haciendo que aquellas antiguas tierras semibaldías y de monte fueran transformándose en las dehesas y tierras de cultivo que caracterizaron a estos pueblos en el siglo XX.

En cuanto a las dehesas, las de propios se repartían entre los vecinos de los pueblos para usos agrícolas y ganaderos. En ellas los más humildes podían obtener productos diversos y, por ejemplo, engordar su matanza por una módica cantidad, agrupándose los cochinos en varas del concejo. Los pastos de las villas comuneras, antes y después de la disolución de esta mancomunidad, eran aprovechados por los ganados de los vecinos. Puebla del Maestre también tenía en común los pastos de los baldíos con Montemolín. No obstante, una parte importantísima de las dehesas, tanto de las de titularidad pública como de las privadas, eran aprovechadas por los ganados trashumantes, de tal manera que según Madoz en las seis grandes dehesas privadas de Montemolín pastaban de 6 a 7.000 cabezas de ganado forastero (Madoz, 1845:546). Algo parecido sucedía en Puebla del Maestre, donde el conde arrendaba las yerbas de sus fincas a los mesteños y aún las de una de las dehesas de propios, cosa que era vivida como una usurpación por los vecinos. Era mucho el rechazo que el arriendo de las dehesas a los trashumante despertaba en Puebla del Maestre, y grande el quebranto para su economía, por lo riguroso de la imposición de sus prerrogativas y la ejecución de las penas. En este sentido, existía gran connivencia entre los mesteños y los regidores locales impuestos por el conde. De las arbitrariedades de los jueces de la Mesta en sus visitas a la zona nos da cuenta el informe de la Real Audiencia en el caso de Montemolín (Barrientos, 1995:807-808).

El mucho terreno disponible y la escasa población hacía que en aquella época no existiesen muchos jornaleros. A finales del siglo XIX,

los regidores locales de Montemolín se quejaban de la escasez de jornaleros, los altos precios que alcanzan los jornales en época de siega, el recorte de la jornada laboral (de 8 a 4 de la tarde), y la negativa de los jornaleros a aceptar destajos. Los problemas de escasez de mano de obra los atribuían no a que no hubiera gente con capacidad de trabajar, sino a la pereza de los naturales y al hecho de que muchos de los miembros de las clases humildes se dedicasen al contrabando (Barrientos, 1995:699). Los barrios jornaleros fueron surgiendo a finales del siglo XIX como consecuencia del crecimiento de la población, la Desamortización y la intensificación de la producción, cual es el caso de la calle de la Puebla en Pallares.

A lo largo del siglo XIX tiene lugar el proceso desamortizador y se venden a particulares los bienes comunales, las grandes dehesas de la zona. En el caso de Puebla del Maestre, el conde pasa a ejercer la propiedad sin restricciones sobre sus tierras, quedando sólo al pueblo el derecho de siembra de una de las fincas cada ocho años. Otro hecho singular en la zona es que los vecinos de ese pueblo consiguieron quedarse con una parte importante de las tierras comunales gracias a que se agruparon en una sociedad creada a tal efecto (Acosta, 1992). En el caso de Montemolín, las tierras de la Orden de Santiago habían pasado primero a la Corona, al Ayuntamiento y, finalmente, a particulares con la Desamortización. Así pues, la conquista y cesión a la Orden de Santiago y la Desamortización han sido los elementos fundamentales en la conformación de la estructura de la propiedad.

A lo largo del siglo XX, y hasta la crisis de la agricultura tradicional en los años sesenta, continuó el proceso de crecimiento de la población e intensificación de la producción. La estructura de la propiedad sólo se vio amenazada durante la República, en que con la Reforma Agraria se repartieron entre trabajadores del campo y colonos para la siembra las fincas de mayor tamaño. En estos pueblos que se decantaron por la izquierda, tras la sublevación fascista la represión fue brutal, con un gran número de asesinatos de hombres de izquierdas. La excepción fue Santa María de Navas, donde no hubo fusilamientos.

LA POBLACIÓN

La población de la zona fue creciendo de forma sostenida desde principios de siglo XX hasta los años cincuenta (hasta los cuarenta en Puebla del Maestre), para luego caer en picado con la crisis de la agricultura tradicional y aminorándose el ritmo de descenso en los tiempos actuales (Cuadro 1, Gráfico 1). A principios de siglo se registra en todo el país un aumento demográfico, debido a la mejora en las condiciones higiénicas y de vida de la población y a los avances de la medicina. En este contexto, la agricultura encuentra un campo de expansión para sus productos debido a las necesidades de un contingente demográfico cada vez mayor y, a su vez, la población encuentra más posibilidades de crecimiento con la mayor disponibilidad de productos agrarios. Aumentan así las superficies de cultivo y se precisa más fuerza de trabajo en el campo. Ello se unirá a las mejoras referidas para que el medio rural aumente también el número de habitantes.

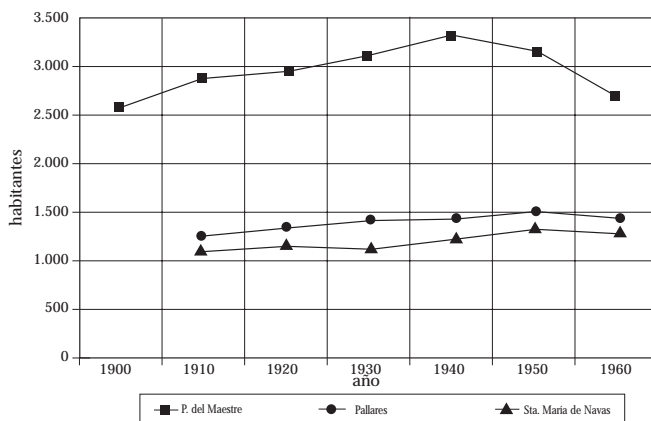
Este fenómeno lo constatamos en los tres pueblos, aunque carecemos de datos para Pallares y Santa María de Navas en 1900. En este último pueblo es donde encontramos una excepción al fenómeno, ya que en 1920 se constata un ligero retroceso. Se puede pensar en una mayor incidencia de la epidemia de gripe de los años veinte que afectó a muchos municipios de España. A pesar de las muertes producidas en la Guerra Civil, la mayor parte por fusilamiento de hombres de izquierdas, y de sus efectos sobre sus posibles descendientes en censos posteriores, el crecimiento sigue hasta la posguerra, con el momento cumbre de la agricultura tradicional, y se trunca con su crisis. Así sucede en Pallares y Santa María de Navas, que empiezan a retroceder en el censo de 1960, inmediatamente después de haber entrado en vigor el Plan de Estabilización e irse los primeros emigrantes. En los primeros momentos, la pérdida en ese censo es poca, al igual que sucede en el conjunto de la comarca. En el municipio de Montemolín, la población crece hasta 1960 y cae ya en 1970. En Puebla del Maestre, sin embargo, la pérdida comienza en el censo de 1950, antes de la crisis. De la magnitud del proceso migratorio nos dan cuenta el hecho de que los pueblos pierden más de la mitad de su población (52%) entre 1960 y 1981.

Cuadro 1 • Evolución de la población (1900-1960)

	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960
Montemolín	3.437	3.780	4.448	4.543	4.899	4.978	5.031
Pallares		729	821	950	961	1.008	945
Puebla del Maestre	2.526	2.848	2.978	3.093	3.277	3.122	2.641
Sta. María de Navas		646	701	703	814	893	867
Comarca de Tentudía	40.343	44.491	49.052	51.133	52.678	52.713	50.039

Elaboración propia a partir del Nomenclátor (INE)

Gráfico 1 • Evolución de la población (1900-1960)



Elaboración propia a partir del Nomenclátor (INE)

Según el Plan General de Ordenación Económico Social de la Provincia de Badajoz (Gobierno Civil de Badajoz, 1948), el municipio de Montemolín contaba con 4786 habitantes, que divididos entre las 20893, 84,37 hectáreas que atribuye al término supone 22 habitantes por km², y 4,36 hectáreas por habitante. Según el Nomenclátor de 1950 (INE, 1953), el municipio contaba con 4834 habitantes de hecho, de ellos 4318 habitantes en compacto y 516 en diseminado. La población de hecho en Pallares sería de 1008 habitantes. No aparece la población en disperso en torno a Pallares, salvo el dato del Valle Roldán, con 84 habitantes, pero es de suponer que la población dispersa es mayor que en el conjunto del municipio de Montemolín debido a la distinta distribución de la propiedad, ya que los muchos pequeños propietarios viven en los pueblos y se desplazan a sus tierras, mientras que muchos trabajadores residen en las fincas, especialmente en las dehesas. Lo mismo podemos decir de Santa María de Navas con 893 habitantes de hecho y 68 en la finca El Santo. Para el caso de Puebla del Maestre, el Plan General da una cifra de 3277 habitantes, que divididos entre las 7423,09, 27 ha arroja una densidad de 44,15 habitantes por km², y 2,26 hectáreas por habitante. Según el Nomenclátor de 1950, la población de hecho sería de 3122 habitantes, de los cuales 74 en diseminado.

En el Nomenclátor de 1960, la población de hecho del municipio de Montemolín es de 4756 habitantes, 441 de ellos en disperso. La de Pallares es de 945 habitantes en el núcleo y 50 habitantes en el Valle Roldán. En Santa María habría 867 habitantes, y 32 en El Santo. Todo ello supone un ligero retroceso respecto al último censo, debido al comienzo de la emigración a finales de la década. En Puebla del Maestre la población era de 2641 habitantes de hecho en compacto y 42 en diseminado, lo que también suponía una importante pérdida.

LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS.

De la actividad agraria nos ocuparemos ampliamente a lo largo de este estudio, refiriéndonos en este apartado al resto de actividades económicas del área, bastante escasas por otra parte al ser la agricul-

tura la base casi exclusiva de las economías locales. En cuanto a las actividades de transformación, eran bastante menguadas, limitándose a la existencia de molinos de aceite en todos los pueblos, incluso más de uno hasta principios de la década, en que desaparecieron, salvo en el caso de Puebla del Maestre

Los molinos harineros movidos por energía hidráulica que existían en la rivera de Santa María de Navas y alguna pequeña molineta en Puebla del Maestre fueron cesando en su actividad y siendo sustituidos en algún caso por molinos eléctricos instalados en las panaderías. Luego, el grano se terminó moliendo fuera de la zona. Aún a principios de los cincuenta se amasaba y cocía el pan en los hornos de algunas casas, pero ya era algo residual. Quienes tenían grano, entregaban en las panaderías un determinado número de fanegas de trigo y a cambio iban sacando el pan a lo largo del año. Panaderías existían en todos los pueblos y los dueños de alguna de ellas eran quienes suministraban la energía eléctrica al pueblo, con motor de gas pobre en principio y luego de gasolina/gasoil, hasta que llegó el tendido eléctrico ya en los años cincuenta.

El vino que todavía se producía en la zona, sobre todo en Pallares, era escaso, pisado por los propios dueños de las viñas y, en algún que otro caso, con ayuda de una prensa. Eran pequeñas producciones para consumo local, que se vendían en casa de los dueños o en las tabernas y no daban lo suficiente para abastecer a estos pueblos.

En Puebla del Maestre existía un pequeño horno de cal y en Pallares de tejas y ladrillos. El suministro de carne corría a cargo de los matanceros locales, de cochinos principalmente y, en menor cuantía de chivos y borregos, éstos últimos en verano sobre todo. Muy importantes para los pueblos, y muy especialmente para la agricultura, eran las herrerías o fraguas, dedicadas a la fabricación de algunas piezas y, sobre todo, a la reparación de distintos útiles, sobre todo aperos de labranza, cual es el caso de los arados, rejillas, etc. Así reza un conocido refrán: *"Los días de agua son de taberna y fragua"* pues cuando no se podían hacer labores por el mal tiempo se aprovechaba para reparar los aperos en las fraguas. Los arados, carros y otros aperos y ele-

mentos tecnológicos para el campo se fabricaban fuera, por ejemplo en Fuente de Cantos o en la fundición Díaz de Terán, de Zafra.

La mayor parte de los negocios de aquella época eran pequeños establecimientos, en las propias viviendas de sus dueños las más de las veces, dedicados a la venta al por menor de productos de primera necesidad y/o consumo diario, como las tiendas de alimentación o las tabernas. Alguno de los comercios vendía ropa, calzado y telas, sobre todo en Puebla del Maestre, que era donde únicamente había una cierta especialización, por llamarlo de algún modo, por ser un pueblo mayor y adonde acudían las gentes de los otros dos pueblos. Ocasionalmente aparecían vendedores ambulantes de productos diversos, sobre todo arrieros con cántaros y *espiches* (botijos), caleros, diteros, etc., así como lateros, que reparaban utensilios de lata y en algunos casos ponían grapas (lañas) a enseres de barro. En las tres localidades había estanco, pero no farmacia, pues sólo la Puebla contaba con ella.

En todos los pueblos existían carpinteros y albañiles. En el caso de otros oficios como parederos, herradores, zapateros, barberos, éstos no necesariamente estaban dedicados en exclusiva a esas tareas. En Pallares, el espartero hacía, entre otras muchas cosas, serones para las bestias y capachos para el transporte de la cosecha de aceituna. Algunas mujeres confeccionaban ciertas prendas de vestir, como pantalones, camisas, etc. pero como actividad complementaria de sus ocupaciones.

Médico, practicante, cura, cartero, municipal y maestro había en todos los pueblos, aunque en Pallares y Santa María de Navas éstos hubieron de dar clase en sus propias casas incluso hasta los años cincuenta, no así en Puebla del Maestre, donde existían unas magníficas instalaciones escolares construidas en los años treinta, al igual que la carretera que enlazaba con Llerena y Pallares, a expensas de un indiano. Veterinario sólo había en Puebla del Maestre, pues Pallares y Santa María estaban adscritos al de Montemolín. Lo mismo sucedía con el personal de administración del Ayuntamiento y con la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos, ya que sólo La Puebla tenía ayuntamiento propio y hermandad.

La carretera comarcal 413, que pasa por Pallares en su tramo de Llerena a la Nacional 630 (Mérida-Sevilla) fue construida a principios del siglo. La conexión de Puebla del Maestre a dicha comarcal, como dijimos, se construyó en los años treinta, al igual que la de Pallares a Santa María de Navas. Ya existía la de Pallares a Montemolín. Decir que eran carreteras, especialmente las de Montemolín y Santa María, es mucho decir, ya que se trataba de caminos vecinales de verdadero tormento, y así fue hasta los años setenta, en que se asfaltaron todas ellas. Sólo existía una línea regular de autobuses en la zona, la de Sevilla a Llerena, que tenía dos servicios diarios a su paso por Pallares. Eran contadísimos los vehículos particulares que existían en los tres pueblos, alguno que otro de un gran propietario y al menos uno de alquiler en cada pueblo, con algunos itinerarios más o menos fijos en algún caso, como el de Santa María de Navas a Fuente de Cantos y de Puebla del Maestre a Llerena, que era a su vez servicio de correos.

La gente que iba de paso o que por alguna razón había de quedarse un tiempo en los pueblos se alojaba en las fondas que había en cada uno de ellos. Ahora bien, este tipo de alojamiento estaba reservado para personas con cierta disponibilidad de dinero, mientras que los que contaban con menos recursos, como arrieros o trabajadores de otro tipo, se quedaban en la posada, en muchos casos sobre los serones o los aparejos de sus bestias en un pasillo o corredor amplio, como era el caso de la posada de Pallares.

Poco se puede decir del resto de actividades económicas, que se limitaban al servicio doméstico de las mujeres en algunas casas pudientes y a labores de blanqueo, lavado de ropa, etc. Aparte de las migraciones agrarias estacionales, de las que hablaremos más adelante, hay que reseñar, al menos para el caso de Pallares, la importancia de la emigración laboral que se registró a partir de 1956, cuando muchos trabajadores empezaron a desplazarse a distintos lugares de España, sobre todo a Andalucía y Extremadura en trabajos de tratamiento de plagas con la empresa Cruz Verde. Previamente, en los años cuarenta y principios de los cincuenta, la construcción del Pantano de El Pintado reclamó también alguna mano de obra de la zona.

2. LA AGRICULTURA Y LA SOCIEDAD EN LOS AÑOS CINCUENTA

EL RÉGIMEN FRANQUISTA EN EL CAMPO

La Guerra Civil y sus consecuencias constituyen elementos determinantes de la realidad de España y la zona de estudio en los años cincuenta. En efecto, la situación sería radicalmente distinta antes y después del triunfo del levantamiento contra el régimen democrático republicano, tanto en la economía como en la sociedad y la política, siendo el Estado surgido de la guerra un elemento conformador y vertebrador del resto de instituciones, determinante en la actividad productiva, el sistema social y la vida cotidiana en muchísima mayor medida de que lo que lo fue en otras formaciones sociales europeas debido a su omnipresencia controladora. Por ello, si en todo intento de aproximación inicial a una realidad social y a una zona la organización política es una referencia obligada para la contextualización, en nuestro caso lo es aún más.

El Estado representó un nuevo sistema de dominación social por parte de las clases vencedoras en la guerra, como reacción al intento de ruptura llevado cabo por las clases populares y segmentos progresistas de las clases medias urbanas que amenazó claramente su hegemonía y privilegios. Desde el punto de vista del campo extremeño, los terratenientes, activos alentadores del levantamiento militar en defensa de sus intereses amenazados por la República, volvieron a imponer su dominio sobre las clases populares, y ahora con más fuerza y menos limitaciones que antes. No olvidemos que uno de los proble-

mas principales que se afrontaron en época republicana fue el de la Reforma Agraria y que en los movimientos campesinos de signo revolucionario los obreros agrícolas y yunteros extremeños tuvieron gran protagonismo. El nuevo sistema de dominación garantizó la extracción de los beneficios de la fuerza de trabajo sobre la base de un sistema represivo de la mano de obra y la supresión de cualquier tipo de mecanismo de reivindicación y organización política y sindical de los trabajadores (Sevilla, 1979a:43). Sobre la base de un aparato político nuevo y con una dimensión fuertemente represiva, esta alianza de derechas se sustentó en las clases altas (burguesas y oligárquicas), en los sectores conservadores de las clases medias y en el Ejército y la Iglesia. Entre estos grupos se encontraban, evidentemente, elementos de clases campesinas acomodadas.

Evitando apreciaciones simplistas y etiquetajes fáciles, a la hora de abordar la naturaleza del Estado franquista, me parece que la caracterización más acertada es la que en diversos trabajos llevan a cabo Giner, Sevilla y Pérez Yruela (Giner, Sevilla y Pérez Yruela, 1978) que definen al franquismo como despotismo moderno reaccionario y en quienes se basa la caracterización que sigue. En los distintos regímenes despóticos modernos la dictadura surge en un contexto de pobreza, analfabetismo y predominio de la población rural, situación que contrasta con la existencia de una clase alta reducida que acumula el poder y privilegio. La burguesía progresista y liberal, hostigada y enfrentada al proletariado, se vería finalmente aliada con la aristocracia. En contextos periféricos, estos regímenes buscan cumplir con los imperativos de riqueza industrializada, grandeza nacionalista y poder militar. El despotismo moderno sería un régimen de pluralismo limitado, impuesto a la fuerza y que impide un sistema democrático de transacción, equilibrio o negociación entre distintas fuerzas políticas. De los distintos tipos de despotismo moderno (social-nacionalistas, autocráticos y reaccionarios), el franquismo sería de éstos últimos, en los que el partido único queda sometido a los intereses de las clases dominantes. La dominación de clase se configura como una coalición reaccionaria surgida en un momento de crisis grave que hace

armonizar los distintos intereses de las fracciones de clase dominantes. A esa armonización y arbitraje sirve el Ejército, que a cambio obtiene sus recompensas de poder. Algo característico es que la clase obrera y la intelectualidad progresista son dominadas, pero no se les exige una adhesión activa, sino obediencia pasiva. Así, el ámbito ideológico no es del todo restringido y se permite cierto juego político, en este caso dentro de la amalgama del Movimiento Nacional y las llamadas *familias* del régimen. Así, a lo largo del Franquismo, y atendiendo a diferentes coyunturas y momentos históricos, fueron teniendo distinto protagonismo la Falange, Acción Católica, los propagandistas, los técnicos o el Opus Dei, sin olvidar la presencia, más o menos simbólica de carlistas o monárquicos.

Unidas a la coalición reaccionaria y dependientes de ella están las clases de servicio, que serían *"...aquellos conjuntos de personas leales al régimen y que ocupan los escalafones intermedios de la cadena de autoridad, de modo que administran, siguen e interpretan las instrucciones que de ella dimanar. Su reclutamiento es por lealtad y cooptación de sus superiores: alcaldes, jefes de policía, jefes de negociados en ministerio, administrativos de los pseudosindicatos obreros, gobernadores, directores de escuelas..."* (Giner, 1977). Elementos también importantes dentro del régimen franquista serían el Ejército, como árbitro de los intereses de la coalición y como elemento de control y represión de cualquier amenaza contra sus intereses, y la Iglesia, como instancia legitimadora de gran importancia ideológica.

La defensa de los intereses y principios de las clases dominantes la lleva a cabo el nuevo Estado a través de un entramado de instituciones, políticas y elaboraciones ideológicas de las cuales sólo haremos referencia aquí a aquellas que tienen que ver con la agricultura. Para empezar, hay que decir que el régimen franquista intentó armonizar dos tipos de objetivos, contradictorios entre sí las más de las veces: la defensa de los intereses de las clases dominantes en el campo (los terratenientes) y, al menos en el discurso, el apoyo al campesinado modesto, a partir de la interpretación de

que había sido entre segmentos de este grupo social donde había encontrado apoyo popular en la Guerra Civil, sobre todo en el caso de Navarra, Castilla y en zonas del País Vasco (Sevilla, 1979a; Giner, 1977).

Antes de ocuparnos de las distintas instituciones del franquismo en el campo y de su política agraria, principalmente política triguera y de colonización, pasemos a ver primero esa elaboración teórica que Eduardo Sevilla ha denominado *ideología de la soberanía del campesinado* y que se fomentó sobre todo en la primera fase del nuevo régimen, como una base principal de lo que este autor denomina fascismo agrario. Con este discurso, lo que se pretendía era satisfacer al campesinado, siquiera como propaganda, y cooptarlo para el mantenimiento de la estructura de dominación social franquista. Esta ideología no iba dirigida únicamente al campesinado con tierras, sino también a los jornaleros y yunteros, cuya adhesión se pretendía con la promesa de tierras, con la idea del huerto familiar y la colonización, como veremos.

En general, los movimientos que buscan la recuperación de una identidad o un orden perdido o amenazado tienden a buscar en el pasado, en el campo, en las formas de vida que encarna la tradición, su referente, su modelo ideal. En este caso, el franquismo, nacionalista y reaccionario a la vez, no podía ser menos en su intento de exaltación tradicionalista campesina. No obstante, las raíces de esta elaboración ideológica habría que buscarlas en distintas fuentes. Por un lado está la influencia germano-italiana. El grito de "*Tierra para los campesinos*" fue empleado por Hitler y Mussolini para utilizar al campesinado en contra de sus propios intereses. Los campesinos ocuparon un lugar preponderante como portadores de las esencias de la raza y la vida campesina apareció como paradigma de virtudes sociales (Sevilla, 1979a: 141). Tuvieron también importancia las formulaciones agrarias falangistas y jonsistas, que pretendían potenciar el agrarismo y ruralismo tradicionalista, caracterizado por un orden rural estable y armónico, opuesto al capitalismo y la urbanización. Existiría una cultura campesina que habría que potenciar, resaltando su senti-

do religioso, hereditario y jerárquico, que se habría corrompido en las ciudades (Ortega, 1979:90). Otro elemento importante era el ya referido del apoyo del campesinado medio de ciertas zonas de España a los sublevados. Las propuestas falangistas eran, según Ortega, adecuadas a los intereses de los modestos propietarios que se consideraban amenazados (Ortega, 1979:115). Finalmente, tenemos el rechazo de los valores supuestamente urbanos asociados a la República. Obviando el problema de la lucha por la tierra tan trascendental en la República, los propagandistas del franquismo asociaban República y mundo urbano, por haber venido de él el impulso renovador y proclamarse tras una elecciones ganadas por republicanos y socialistas en las ciudades. Para algunos, el campesino se oponía al ciudadano, al burgués y a su réplica, el proletario (Ortega. 1979:92). Frente a los obreros industriales, paradigma para el franquismo de la España republicana, el campesino era ensalzado como ejemplo de las virtudes cristianas, el trabajo y el amor al orden social tradicional. No hay que olvidar tampoco que en esa primera fase del franquismo se fomentó la vida en el campo para no agravar el problema del hambre en las ciudades (Sevilla, 1979a:141).

Por todo ello, esta ideología sería la expresión ideal de las relaciones sociales dominantes que el franquismo presentaba al campesinado. Este esquema teórico de la realidad tenía como elemento clave *"la mitificación del campesinado considerado globalmente, la idealización bucólica de la agricultura, que deja de ser una actividad económica para presentarse como una forma de vida superior. La vida rural es, en los modos de pensamiento de esta ideología, la esencia de las virtudes étnicas y nacionales. Tal distorsión de la realidad tiene como misión subyacente la aceptación activa de las desigualdades sociales existentes"* (Sevilla, 1979a:14). La familia campesina se presenta como el modelo ideal. Honradez y fidelidad (eufemismo de sumisión) son virtudes primordialmente campesinas. La iconografía franquista es muy reveladora a este respecto, por ejemplo en los campesinos estilizados e idealizados de los dibujos de Sáenz de Tejada o de la publicidad de la Cajas Rurales.

Como hemos dicho, la ideología de la soberanía del campesinado tuvo su mayor importancia en la primera etapa del franquismo, la de la autarquía, el predominio falangista y la preocupación principal por el abastecimiento de una población carente de los productos más básicos, pero entraba en contradicción con otro objetivo principal del régimen, el de la industrialización, que cobraría mayor importancia a medida que se iban superando las estrecheces alimentarias y se iba produciendo la violenta acumulación de capital necesaria para el desarrollo industrial. Si en los primeros momentos de este nuevo proceso aún se siguió manteniendo de palabra, la ideología del campesinado pronto se vio sustituida por la de la industrialización, ya a finales de los años cincuenta.

Una vez considerado el manto ideológico de la política franquista en el campo, pasemos a ver las instituciones que le servían de apoyo en el medio rural. Tras la Guerra Civil, hacía falta una respuesta a la movilización campesina precedente. Para Eduardo Sevilla, el objetivo principal de la política agraria del nuevo régimen era el mantenimiento de las formas de dependencia que obligaban al trabajador del campo a entrar en un sistema de mano de obra controlado por los grandes propietarios, crear un sistema represivo de la mano de obra. El sistema de dominación política del franquismo, caracterizado como despotismo moderno, tiene en el campo la siguiente concreción (Sevilla, 1979a: 133). Las clases campesinas estaban legalmente controladas por la asociación vertical de los sindicatos, formando junto con las instituciones de control y represión un sistema represivo de la mano de obra. Los sectores de obediencia estarían integrados por la burocracia local, la Guardia Civil y ciertas capas de agricultores propietarios que, si tienen bastante tierra, arrastran verticalmente a algunos jornaleros. El franquismo no permitió la penetración de elementos del campesinado en sus asociaciones parapolíticas, si bien se atrajo a determinados miembros para mostrar una fachada de integración interclasista. En las sociedades campesinas en las que se daba un predominio de los estratos sociales de campesinado con tierras y con implantación del conservadurismo católico, en las sociedades agrarias

integradas (Sevilla, 1987), se produjo un cierto desarrollo de asociaciones religiosas, que realizaban una labor de socialización política. En las sociedades latifundistas, sociedades agrarias no integradas, donde la Iglesia se identificaba con los grandes propietarios, hubo un fuerte rechazo a la participación real, aunque no formal, del campesinado en la Iglesia.

Los pilares burocráticos se identificarían con los ayuntamientos y la organización sindical. Los ayuntamientos disponían de escaso poder real, los alcaldes eran nombrados por los gobernadores y los ciudadanos no tenían capacidad para elegir a los miembros de las corporaciones. En ellos estaban presentes los miembros de las clases dominantes o representantes de las clases de servicio mencionados. Durante el Franquismo, aunque este es un proceso que arranca ya de antes, los grandes propietarios, los miembros de las familias caciquiles tradicionales abandonaron los puestos en los ayuntamientos, dejándolos en manos de miembros de las clases de servicio por ellos controlados y así sucedió en nuestra área de estudio en los años cuarenta y cincuenta.

En el campo se creó un aparato de control a través de la Organización Sindical, en este caso de las Hermandades de Labradores y Ganaderos, organizaciones de participación obligatoria en que estaban encuadrados aparceros, arrendatarios, jornaleros, obreros fijos, pequeños y grandes propietarios. Prohibidas las asociaciones para la libre defensa de los intereses de cada grupo, se trataba de integrarlos en una organización vertical en la que se intentaba evitar la polarización entre propietarios y no propietarios, como instrumentos de conciliación de los diversos intereses y representación del gremio, dentro de la ideología corporativista del Movimiento. Las Hermandades de Labradores y Ganaderos, en realidad, tan sólo polarizaban la actividad de los medianos y grandes propietarios que alcanzaban ciertas cotas de poder. Para los pequeños propietarios y los jornaleros sólo tenían la utilidad de la tramitación. Ni que decir tiene que su funcionamiento no era democrático y en ellas tenían bastante poder los grandes propietarios y los funcionarios de las mismas. Sus funciones de control

de la producción y encuadramiento habían de completarse con la de supuestos mecanismos de conciliación y resolución de conflictos, como medio de encauzar las reclamaciones de los propietarios y trabajadores agrícolas, como válvulas de escape de las reivindicaciones obreras, pero en la práctica, y a través de mecanismos muy diversos, eran medios de control, para éstos últimos sobre todo, y con un carácter disuasorio en muchos casos (Pérez, Rubio, 1995: 325). El trabajo de las hermandades se completaba con formas represivas tales como la Guardería Rural, los Tribunales de Campos (institución de supuesta mediación y resolución de conflictos que era un instrumento más disuasorio que otra cosa), los guardas de las fincas o la Guardia Civil, que enviaba destacamentos a las fincas de los particulares, por ejemplo para evitar el robo de bellotas. A pesar de la función de filtro y bloqueo de las demandas campesinas de los organismos del sindicato vertical, Pérez Rubio insiste en el gran número de reclamaciones presentadas a través de ellos, lo que dejaría ver la mayor conflictividad encubierta que se dio en Extremadura con respecto a regiones limítrofes. A su vez, en Extremadura sería donde mejor organizados estarían estos aparatos burocráticos y donde se reprimirían con más dureza los delitos contra el ordenamiento establecido en el campo (Pérez Rubio, 1995:79).

LA POLÍTICA AGRARIA FRANQUISTA

Pasando ya al terreno de la política agraria, ésta presentó, al menos en los inicios, objetivos contradictorios entre sí, pues si bien estaba orientada al mantenimiento de del statu quo en el campo y la defensa de los intereses terratenientes, por otro lado se fomentaron, aunque más bien como amago o propaganda, medidas de defensa del campesinado y promoción de los trabajadores agrícolas y los yunteros. Uno de los pilares básicos de la política agraria franquista fue la llamada batalla del trigo, basada en la intervención del grano, el proteccionismo y la intensificación de cultivos. Se pretendía con ello garantizar el abastecimiento de la población, aumentar la eficiencia de la

actividad agraria y dar empleo a la mano de obra rural. En esta política triguera influyeron circunstancias diversas, desde el aislamiento exterior y la falta de maquinaria, abonos y animales de labor, hasta la dimensión agrarista y el elemento ideológico referido. El Servicio Nacional del Trigo (SNT) se creó en 1937, considerándose en general que con la intención de beneficiar a los pequeños propietario, y que los grandes se beneficiaron de ello a través de las rentas diferenciales, acumulando gran cantidad de capital gracias al estraperlo. El intervencionismo estatal era casi total: existía obligación de declarar la superficie sembrada y de entregar la mayor parte de la producción del cereal-base, el trigo sobre todo, al SNT que estaba obligado a comprar toda la producción a un precio tasado.

Las necesidades de abastecimiento durante la etapa de autarquía y las promesas de promoción social, de instalación en las fincas, de trabajadores de la tierra y yunteros dieron lugar a las leyes de Laboreo Forzoso de 1940 y de Intensificación de Cultivos de 1946 (Pérez, Rubio, 1995:57). No hay que olvidar en todo ello una cierta dimensión social, redentista a veces, de la Falange, en cuyas manos estuvo entonces de Ministerio de Agricultura. Según las condiciones de cada zona, se establecían planes de barbechera y sementera y se pretendía obligar a los propietarios a roturar las tierras y así aumentar la producción de cereal-base y dar empleo a la mano de obra. La invocación al abastecimiento de la nación debía servir para conseguir la colaboración de los terratenientes y la autoexplotación de los campesinos. Las Juntas Locales Agrarias, dependientes de las Hermandades Labradores y Ganaderos, las Juntas Agronómicas Provinciales y los Gobiernos Civiles serían los encargados de diseñar y hacer cumplir estas disposiciones. Sin embargo, y sobre todo en el caso de Extremadura, esta política fracasó por varios motivos, pero principalmente por el rechazo hacia ellas de los propietarios de dehesas. En efecto, el aumento de la superficie roturada y de la destinada al cereal-base iría en detrimento de la producción de pastos y cereal-pienso para el ganado de las dehesas. Las Juntas Locales y las Hermandades, controladas por los poderes tradicionales, cuando quisieron, poco pudieron hacer frente

al poder de los terratenientes. El control se limitaba muchas veces a la declaración jurada del propietario de la superficie sembrada, y la superficie de referencia era la de 1939, lo que no se correspondía con la realidad del laboreo. Existía por parte de los propietarios bastante ocultación y se aducían malas cosechas o falta de abonos para justificar sus resultados en cuanto al trigo. Sin embargo, parece ser que aumentó el cultivo de avena y otros cereales-pienso. Aunque se obligó a muchas grandes fincas a labrarse, parece ser que no se logró la intensificación (Pérez Rubio, 1995:57). Poco a poco, esta política de intensificación fue perdiendo fuerza y ya en los años 50 en poco era tenida en cuenta en las dehesas. Lo que Pérez Rubio llama formas de intervencionismo extremas, como la obligatoriedad de las escardas o el respiguo, con ese mismo fin, aumentar la cosecha de cereal-base y dar mayor empleo, tampoco habría surtido excesivo efecto por la actuación de los propietarios, que en muchos casos introducían el ganado sin respiguar.

Como hemos dicho, uno de los objetivos de la política triguera era el máximo empleo de la mano de obra. Sin embargo, a este respecto, los resultados de la intensificación de cultivos, el laboreo forzoso o la recién mencionada regulación de las escardas y el respiguo, fueron muy modestos, debido a la falta de colaboración, cuando no abierta oposición, de los propietarios, que veían cuestionada su forma de explotación de la dehesa e incluso su soberanía, el pleno ejercicio de su derecho de propiedad. Los alojamientos, la asignación de un determinado número de obreros por finca (*los hallaos*) establecidos en los planes de barbechera y sementera, o las normativas que buscaban el empleo de obreros en tareas de mantenimiento y conservación de las fincas apenas tuvieron virtualidad, debido a ese rechazo que hemos señalado. Normas de este tipo e indicaciones para evaluar el nivel de paro y tomar medidas que lo corrigieran fueron establecidas hasta mediados de los cincuenta incluso, en que ya las grandes fincas empezaron su proceso de mecanización. En el caso de los yunteros, cuya instalación en las grandes fincas era un objetivo explícito de estos programas, alentados por la Falange, no sólo no se llevó a cabo sino que

incluso tuvo lugar un proceso de expulsión, o *lanzamiento*, de yunteros, motivado entre otras cosas por el creciente interés de los dueños por el cultivo directo, debido a la rentabilidad que posibilitaban los bajos salarios y la demanda de granos, por el SNT o por el mercado negro (Pérez Rubio, 1995: 259).

Si de la producción pasamos a la comercialización, podemos ver uno de los principales efectos de la intervención y la entrega obligatoria de cosechas a un precio tasado: el *estraperlo*. En efecto, la gran demanda de productos básicos y el establecimiento de los precios de tasa por debajo de los de equilibrio hacía que se pagaran unos precios superiores a los de la intervención (el trigo se llegó a pagar a tres veces el precio de tasa), haciendo florecer un mercado negro que perduró hasta el final de la autarquía, ya en los años cincuenta (Barciela, 1987 y 1989;) y que tuvo gran importancia en la zona. En el *estraperlo* estaban implicados desde grandes propietarios a campesinos, obreros agrícolas que eran transportistas de pequeñas cantidades, almacenistas y funcionarios. La ocultación de superficie de cultivo y cosechas era una evidencia, como explica el supuesto retroceso de los cultivos en tiempos de intensificación del laboreo y demanda de tierras por parte de los colonos y aumento del precio de los arrendamientos (Barciela, 1987). Para las economías modestas fue una ayuda de cierta importancia, contribuyó a su mantenimiento, pero su excedente era poco. El gran negocio fue para los grandes propietarios, debido al mayor excedente disponible, mayores posibilidades de transporte y de ocultación de las producciones, conexiones con el exterior y con los aparatos del Estado y, en todo caso, mayor benevolencia por parte de los funcionarios, debido a su afinidad política (Sevilla, 1979a:166; Barciela, 1987). Esto fue especialmente importante en el caso del aceite, ya que los grandes propietarios disponían de molinos aceiteros, cual no era el caso de los pequeños. Según Barciela, las cantidades comercializadas ilegalmente superaban a las que se vendían por cauces legales en el caso del trigo y las igualaban en el del aceite. Asimismo, apunta que el valor de una la producción de un buen año en el mercado negro podía ser igual al precio de la tierra (Barciela, 1987). Las

grandes fincas del sur se beneficiaron del proteccionismo, del estraperlo, de las concesiones de abono y maquinarias, de las rentas diferenciales y de la baja remuneración de la mano de obra para acumular ingentes cantidades de capital (Naredo, 1981). Los grandes propietarios y comerciantes extremeños realizaban un estraperlo de gran volumen y larga distancia, en camión, a lugares como Madrid, Sevilla, Córdoba y Toledo (Pérez Rubio, 1995:105). Todo este mundo de empresarios agrícolas y comerciantes implicados en prácticas fraudulentas forma parte de lo que Eduardo Sevilla ha dado en llamar cleptocracia franquista (Sevilla, 1979a).

A pesar de todo ello, el franquismo, para lograr la adhesión de los campesinos, utilizó en su propaganda al SNT, que posibilitó la perduración del modo de explotación campesino durante las dos primeras décadas del régimen. Tras la autarquía, la protección del trigo con precios superiores a los del mercado internacional permitió la acumulación en la gran propiedad debido a las rentas diferenciales. Además, muchos latifundistas aprovecharon para producir en sus regadíos (muchas veces puestos en funcionamiento con cargo a fondos estatales) el trigo que luego compraría, sin riesgo ninguno, el SNT. Con el proteccionismo, el campesinado fue mantenido artificialmente y posteriormente abandonado al desarrollo capitalista sin posibilidad de defensa ni organización.

Otro de los pilares básicos de la política agraria franquista fue la colonización. Al igual que sucedía con la política triguera respecto al pequeño campesinado, con la promesa de asentamiento de obreros agrícolas y yunteros se pretendía integrar a estos segmentos del campesinado en el sistema político recién impuesto. Los inicios de esta política tuvieron lugar primero en el secano, sobre todo en relación con el asentamiento de los yunteros. Esta política intentaba ser la solución dentro del régimen al problema de la tierra tan claramente puesto de manifiesto durante la República, pero fue más bien una cortina de humo para ocultar el problema de la tierra, propaganda bajo la ideología de la soberanía del campesinado, o como dice Pérez Rubio para el caso de Extremadura, una forma de sublimar la conflic-

tividad soterrada que se estaba desarrollando entre yunteros y grandes propietarios por el proceso de desalojo de los primeros (Pérez Rubio, 1995:585). Se promulgó una ley de expropiación de fincas rústicas que en la práctica no se sustanció en nada (Ortega, 1978). El cultivo colectivo en el secano se impedía por las connotaciones políticas que ese tipo de explotación tenía con tiempos pasados. En el caso de Extremadura, los asentamientos tuvieron escasa importancia, en un proceso sin planificación y dependiendo de características concretas de las zonas, de pueblos o comarcas en que se diese cierta presión de los ayuntamientos y hermandades. Según Pérez Rubio, la iniciativa partió de los yunteros y Hermandades Sindicales, apoyados por excombatientes y falangistas. Las expropiaciones o compras de algunas fincas eran una especie de antidoto ante la conflictividad generada por los lanzamientos de yunteros (Pérez Rubio, 1995:585). Para Barciela, el fracaso de esta política de colonización de inspiración falangista se debió a la inadecuación a las circunstancias económicas de esa década, al ambiente social y político contrario a cualquier reforma agraria, a la ineficacia de la Administración y a la política agraria, sobre todo de bajos precios, que desincentivaba la inversión, amén de la inestabilidad política de esos años (Barciela, 1987).

Abandonados los conatos de colonización de secano, las promesas de redención de los labradores se cifran en la política de colonización de regadío, uno de los grandes núcleos propagandísticos del franquismo y que tuvo en Extremadura, con el Plan Badajoz, su principal exponente. Los objetivos eran aliviar el problema de la tierra, dar satisfacción al deseo de acceso a la propiedad de los trabajadores y labradores modestos, sobre todo de estos últimos, crear un nuevo segmento social, una especie de clase colchón, que amortiguara tensiones y fuera afecha al régimen (Ortega, 1979: 145), al tiempo que, junto a las nuevas explotaciones campesinas, surgiera una clase empresarial moderna y con criterios productivistas y de eficiencia en los nuevos regadíos. Ortega señala otra dimensión: el garantizar una reserva de mano de obra a las grandes explotaciones para su funcionamiento tradicional (ya se contaba con la emigración futura), por la

necesidad de las explotaciones campesinas de completar sus ingresos, al ser su tamaño insuficiente (Ortega, 1979:145). En efecto, los asentamientos se hicieron en zonas de grandes propiedades que, además, se beneficiaron de las obras de infraestructura. Los supuestos para la declaración de una finca como expropiable eran restringidos y se establecía tierras reservadas. Se suscitó un tremendo interés por parte de los dueños de tierras en reserva por los terrenos regables. Sólo un 26% de la superficie puesta en regadío hasta 1973 fue adjudicada a colonos, lotes familiares y obreros agrícolas (Ortega, 1979:229). La escasa dimensión de las propiedades, el pago de los plazos e intereses, el no acceder directamente a la condición de propietario y la supervisión técnica ponían al colono en una situación de dependencia. No se tuvo en cuenta la posibilidad de que los hijos pudieran establecerse como agricultores independientes.

Los mecanismos de selección de los colonos iban orientados a reclutar a los que se presumía menos conflictivos: pequeños arrendatarios y aparceros, hijos de labradores y obreros fijos, por este orden. Condiciones como la conducta moral, religiosa o política podían ser determinante. Además se establecían periodos de tutela y acceso, a veces con una especie de aparcería entre el colono y el INC. Se pretendía discriminar a los campesinos con cierta capacidad de desenvolvimiento autónomo, presumiblemente los menos conflictivos y más fáciles de integrar, todo ello en la línea de buscar esa clase de amortiguación para el equilibrio social (Ortega, 1979:151).

Una gran parte de los autores que abordan el tema de la colonización insisten en los aspectos negativos referidos, y en el hecho de que apenas hubo acceso a la propiedad por parte de los campesinos sin tierra. Aceptando ello, Barciela señala, no obstante, la magnitud del proceso, la puesta en riego de 200.000 hectáreas entre 1951 y 1960 (Barciela, 1987). El impulso colonizador de los años cincuenta decayó cuando se aceleró el proceso de desarrollo desequilibrado capitalista, con sus vertiginosos efectos sobre el campo: emigración y mecanización. En cualquier caso, en las zonas de regadío se añadió un nuevo segmento a la estructura social extremeña, de gran interés sociológi-

co, en una zona que ha alcanzado gran dinamismo económico, sobre todo en la Vegas Altas del Guadiana, a pesar de los aspectos negativos del proceso de colonización y del modelo de desarrollo de la agroindustria, del que hablaremos más adelante.

Finalmente, otros dos aspectos importantes de la política agraria franquista de este periodo son la política de concentración parcelaria y la forestal. La concentración parcelaria es posterior a la fase de colonización y tiene que ver con la necesidad de adaptar las explotaciones a la penetración capitalista y a la mecanización (Pérez Díaz, V., 1966: 63). Para el caso de Extremadura, la concentración apenas tuvo efecto, pues estaba dirigida a zonas minifundistas, con explotaciones cuyas dimensiones las hacían poco viables. En general, los resultados fueron escasos. La mayor parte de la concentración tuvo lugar en Castilla, y afectó poco a las zonas más minifundistas de la cornisa cantábrica. Sólo una minoría de agricultores se benefició de la concentración y no fueron los más precarios precisamente. Muchas explotaciones siguieron siendo insuficientes (Sevilla, 1979a:90).

En cuanto a la política forestal, la labor fue ingente, pues se repobló más de un millón de hectáreas entre 1950 y 1960 (Barciela, 1987), pero el planteamiento y muchas de sus consecuencias fueron nefastas por repoblarse con especies foráneas muy perniciosas desde el punto de vista ecológico, no adaptadas a las zonas en que se plantaron, como el eucalipto o ciertos pinos, y reemplazando a especies autóctonas de gran valor. Además, en muchos casos fue una casi absoluta privación de sus propiedades de muchos vecinos y ayuntamientos, con una orientación rentabilista inmediata que favorecía los intereses madereros industriales, pero no los de los habitantes de la zona. Además de la eliminación de ecosistemas autóctonos, de pastos para el ganado y de otras materias primas importantes para las economías locales, esta política se tradujo en devastación del terreno como consecuencia de frecuentes incendios forestales, tanto por la quema intencionada de los bosques por los propios habitantes o por los sicarios de los madereros como por ser masas arbóreas que ardían con cierta facilidad (Barciela, 1987).

Para terminar este apartado, y como resumen, las consecuencias de la política franquista en el campo extremeño fueron fundamentalmente la consolidación del proceso de dominación y dependencia, tanto del campesinado como de la propia región. En efecto, hemos visto cómo los intereses terratenientes prevalecen en el campo extremeño, no sin ciertas contradicciones a veces, como demuestra una cierta dimensión procampesina de los primeros momentos del régimen. A través del intervencionismo estatal y de los mecanismos de control políticos e ideológicos y de las distintas formas de encuadramiento, los campesinos modestos fueron sometidos a los intereses del Estado y la gran propiedad. Mucho más acusada fue la situación de dominación y dependencia económica, social y política de los trabajadores, privados también de mecanismos de representación propios y de defensa de sus intereses y sometidos a un sistema represivo de la mano de obra, con salarios tremendamente bajos.

LA ECONOMÍA AGRARIA

Pasando ya a los aspectos económicos, la agricultura española de los años cuarenta y cincuenta presenta una serie de características específicas que poco tendrán que ver con lo que suceda a partir de la década siguiente, cual sería la escasa capitalización, con el empleo de la tracción animal y la energía humana y alto reempleo, tecnología tradicional, fuerte intervencionismo y demanda muy estable de productos agrarios (Camilleri, 1981). No obstante existieron diferencias notables entre la primera y la segunda década. La de los años cuarenta, y hasta el año 1952 más o menos, está marcada por el estancamiento de la producción, las penalidades, el hambre, el bloqueo internacional, la autarquía y una política extremadamente intervencionista en el campo.

Si la década de los cuarenta fue de crisis en la agricultura española, no se debió fundamentalmente a los efectos de la Guerra Civil, que no fueron tan desastrosos para la producción como sostenían las autoridades franquistas. Los principales daños se debieron a la pérdida de

ganado de labor (un 8% aproximadamente) y, principalmente, de vidas humanas. Sin embargo, el exceso de mano de obra en el campo, una cierta vuelta al medio rural y el crecimiento demográfico dieron lugar a un aumento de la mano de obra agrícola. Con respecto al periodo republicano, disminuyeron la superficie cultivada, la producción y rendimientos, siendo el hambre una lacra generalizada en toda la década. Como hemos dicho, la explicación oficial de la crisis incidía en que ésta era debida a los estragos de la guerra, la falta de ganado de labor, escasez de fertilizantes y falta de maquinaria. Según Barciela (Barciela, 1987), las causas no eran esas, sino que habría que buscarlas en la política económica y agraria del franquismo, autárquica, intervencionista y fuertemente inspirada en los fascismos europeos. El aislamiento internacional supuso una fuerte limitación a los insumos (sobre todo de fertilizantes) y la intervención de los productos agrarios y la fijación de unos precios de garantía bajos trajo retraimiento de las producciones, escasez y surgimiento del mercado negro. Otro hecho significativo de este periodo fue un aumento del cultivo directo por parte de los grandes propietarios. Hubo una importante acumulación de capitales entre los beneficiarios del mercado negro y acaparadores de concesiones de maquinaria, abonos y semillas y un descenso de los salarios reales en el campo. Como hemos visto, esto último no pueda explicarse al margen de las relaciones de poder surgidas de la guerra. Además de la reducción de los salarios reales hubo una demanda de un trabajo más intensivo de los jornaleros. La existencia del salario mínimo no se fijó hasta 1961 y, aunque en los años cuarenta y cincuenta se establecieron tablas salariales, que en el caso de Badajoz se fijaron según una división en tres zonas, los salarios quedaron por debajo de ellas. En todo caso, prevalecieron las costumbres locales de contratación, que beneficiaban a los propietarios (Pérez, Rubio, 1995:71).

El fracaso de esta política llevó a un cambio a finales de la década que se sustanció definitivamente en un nuevo rumbo en el Ministerio de Agricultura en 1951. La nueva política optó por una cierta liberalización, eliminación de normas de intervención y elevación de los pre-

cios de garantía, creación de una red nacional de silos, apoyo financiero al sector, cierta apertura exterior, facilidades para la adquisición de insumos e impulso a las políticas de colonización en regadío y reforestación que ya hemos visto (Barciela, 1987).

En poco tiempo hubo una evidente recuperación del campo en cuanto a superficies cultivadas, producciones y rendimientos. Estamos ante lo que se ha llamado la etapa dorada de la agricultura tradicional. Veinte años después, se consiguieron alcanzar los niveles de alimentación de 1936. Los cultivos tradicionales siguieron protegidos y se mantuvo cierto estraperlo de trigo, vino y aceite. Hubo un claro abandono del sector ganadero y los cereales-pienso, en comparación al menos con la preocupación por los productos tradicionales pero, sin embargo, se alcanzó un cierto equilibrio entre producción y demanda. De esta etapa dorada de la agricultura tradicional se beneficiaron sobre todo los grandes propietarios, principalmente los cerealistas. Esta rentabilidad de la actividad agraria hizo que aumentara el interés por el cultivo directo, con tendencia a la intensificación y la sustitución del cultivo al tercio por el de año y vez con barbecho semillado.

En los años cincuenta se dio una ligera recuperación de los salarios, que volvieron a alcanzar los niveles de antes de la guerra. Las diferencias entre las tablas salariales y los salarios reales siguieron persistiendo, y en el caso de las dehesas de Extremadura incluso aumentaron en algunos casos. La mayor estabilidad en este caso fue la de los trabajadores fijos, gracias al pago en especie. En cualquier caso, los sueldos fueron de penuria, sin cubrir el mínimo vital, siendo absorbidos por los gastos de manutención (Pérez Rubio, 1995:276).

Aunque hubo un ligero aumento de los salarios en el campo español, la mano de obra siguió siendo barata, la fiscalidad tremendamente permisiva con los propietarios rurales y la oferta de medios de producción creciente y diversificada, en parte gracias a la apertura del mercado exterior. Los precios agrarios mantuvieron una tendencia creciente y los productos fueron absorbidos fácilmente por el mercado. El trigo, el vino y el arroz fueron comprados por el Estado a precios remuneradores y sin limitaciones de cantidad (Barciela, 1987). Como queda

dicho, en esta época aún se propugnó una política favorable a los grandes propietarios y campesinos, que más adelante se cambiaría por la de la industrialización y el desarrollo, a finales de los cincuenta.

Para finalizar este apartado, veamos el papel que la agricultura desempeñaba en el sistema económico global. Hasta los años cincuenta, la agricultura española era lo que Naredo denomina una economía natural *"En la que se reponía la casi totalidad de las materias primas y la energía de trabajo humano y animal empleados en el proceso productivo, sin necesidad de recurrir apenas a inputs externos"* (Naredo, 1986:455). Al comercializar una parte importante de sus productos y no emplear insumos, el sector agrario suministraba, además de mercancías y materias primas, un excedente monetario que sirvió de base al desarrollo industrial. La vuelta al campo de la mano de obra durante los años cuarenta para reforzar la producción de mercancías en tiempos de mucha necesidad, el aislamiento exterior que impedía la importación de insumos para la agricultura, los bajos salarios y el cultivo directo crearon unas condiciones muy favorables para la generación de esos excedentes monetarios y su transferencia para el desarrollo de la industria. A ello contribuía el carácter del sistema bancario español, muy centralizado y que permitía la rápida movilización del capital depositado hacia ese proceso. La gran propiedad también era un elemento a favor, por su mayor propensión al uso de la banca, así como el sistema de pago del Servicio Nacional del Trigo, mediante pagarés que eran aceptados por la banca privada. El sector agrario era también exportador de mano de obra para el despegue industrial pero, en esos momentos, sin detrimento de la fuerza de trabajo necesaria para la agricultura, ya que esa merma era absorbida por el crecimiento demográfico (Naredo, 1986). Hay que resaltar que ya en los años cincuenta se empezó a dar el proceso de cambio, con sustitución de mano de obra por maquinaria, empleo de insumos externos, emigración y algunos momentos de deterioro de las relaciones de intercambio entre productos agrarios e industriales. Pero esto sucedió sobre todo al final del periodo en que, no obstante, no cambió aún la política agraria.

LA SITUACIÓN DE EXTREMADURA. ESPECIALIZACIÓN AGRARIA Y DEPENDENCIA

Desde el punto de vista territorial, Extremadura quedó condenada cada vez más a desempeñar el papel de suministradora de productos agrarios, reserva cerealista y ganadera. El modelo de desarrollo capitalista que se implantó en la segunda etapa del franquismo, la de la industrialización y la agricultura moderna, supuso una dependencia de la agricultura de otros sectores económicos, que también tuvo una plasmación territorial concreta en el caso de España, ya que los centros de esos nuevos sectores hegemónicos estaban lejos de Extremadura, que vio agudizada así su condición de territorio dependiente.

El papel que a Extremadura le cupo al conformarse el mercado nacional fue el de la especialización agraria sin industrialización, el de abastecedora de producciones agrarias, sobre todo cereal y ganado. Como intuición, Zapata apunta que *"hubo por parte de quienes tenían capacidad de decidir sobre el empleo de los factores de productivos, una voluntad expresa de no desarrollar el sector industrial extremeño y de conformarse con la especialización agraria que ha caracterizado a la economía regional durante el siglo XIX y el XX"* (Zapata, 1996). Lejos de intentar hurgar en la teleología de las clases sociales y el papel que habría de desempeñar la burguesía en los procesos de desarrollo del capitalismo y la industria, una cosa parece evidente y es que, al igual que en el caso de Andalucía, el fomento de la industria, con la consecuente detracción de mano de obra agrícola, habría dado al traste con la economía de las grandes fincas extremeñas, basadas en la existencia de una mano de obra abundantísima retribuida con escasos salarios. Desde este punto de vista, la elevada rentabilidad de las explotaciones podría dar cuenta de la escasez de inversiones industriales en la región. Otras razones que se apuntan para explicar este fenómeno son el medio natural hostil, en cuanto a clima y suelo, el aislamiento geográfico (sin acceso al mar, a trasmano en un sistema radial de comunicaciones), la condición de frontera con un país más atrasado, la lejanía de los mercados, la pobreza de subsuelo, sin carbón ni minerales que atraigan inversiones, y la existencia de un sector agrario basa-

do en la dehesa, con volúmenes de producción discretos debido a las limitaciones edafoclimáticas, que sólo puede mantener a bajas densidades de población (Zapata, 1996). Estos son puntos de partida importantes sobre los que actuó la discriminatoria dinámica del desarrollo capitalista que agudizó los desequilibrios territoriales y, en nuestro caso, inhibió procesos de industrialización que rompieran la especialización agraria. Cuando en Extremadura tuvieron lugar tímidos procesos de implantación industrial ya se había conformado un mercado interior con centros económicos de poder territorialmente definidos y bien asentados que hicieron difícil la transformación de esa situación de dependencia regional.

Desde principios del siglo pasado, Extremadura fue perdiendo cuota industrial, no se sustituyeron las actividades artesanales por industrias manufactureras con nuevas técnicas. La industria era menuda, poco diversificada y centrada sobre todo en la transformación de materias primas agrarias, destacando durante la primera parte del siglo la industria harinera, aceitera y la vinícola y de destilados de Tierra de Barros, junto a algunas industrias taponeras y de electricidad. Todo ello en un contexto de dispersión, minifundismo y escasa especialización a escala nacional (Zapata, 1996).

Ese modelo llamado de especialización agraria sin industria funcionó con un éxito relativo desde el siglo XIX hasta los años cincuenta del XX, al socaire del desarrollo de la agricultura, la intensificación de las producciones, el proteccionismo y la demanda de productos agrarios por parte de una población en constante crecimiento. Sin embargo, terminó con la crisis de la agricultura tradicional, la industrialización y la emigración, y en ello tendría mucho que ver el hecho de estar basado en la dehesa, un agroecosistema con bastantes limitaciones productivas y dificultad de adaptarse a la tecnología y las formas de manejo que impone la agricultura industrializada y las demandas de la agroindustria (Zapata, 1996).

Para el periodo que nos ocupa, los años cincuenta, ese modelo de especialización agraria sin industria siguió en plena vigencia, y a mayor abundamiento por el proceso de ararización y ruralización de

la primera época del Franquismo. La intensificación de la política cerealista, la demanda de productos agrarios y los bajos precios hacían tremendamente rentable el negocio de la agricultura, frente a hipotéticas aventuras en otros sectores productivos por parte de un empresariado que no había mostrado nunca interés por las inversiones industriales. Según Llopis, la industria extremeña no creció menos que la del resto del país en los años cuarenta y cincuenta, pero se expandió debido no a transformaciones de la economía sino al bajísimo nivel de partida, al atraso acumulado antes de la Guerra Civil, al proteccionismo y al estímulo del estraperlo de harina y aceite y al Plan Badajoz (Llopis, 1996). Desde el punto de vista de la transformación de las producciones ganaderas, lo más destacable, por atípico y emblemático, fue la existencia del matadero de Mérida, que empezó a funcionar en los años treinta auspiciado por la Diputación Provincial, siendo la empresa industrial más importante de Extremadura durante el primer Franquismo (Llopis, 1996).

Habida cuenta de que, como acabamos de decir, el sector privado no apostó por la industrialización, el principal elemento dinamizador de la industria en esa época fue el intento del Estado de llevar a cabo una especialización agroindustrial en las zonas de regadío del Plan Badajoz. Ello no significó, en ningún caso, un proceso de industrialización y desarrollo económico regional, rompiendo la especialización funcional agraria regional, pues se limitó a actividades de transformación en las zonas de regadío, olvidándose de la creación de un tejido industrial en el resto de Extremadura. Además, se llegó a ello demasiado tarde, cuando ya se habían consolidado los centros hegemónicos nacionales de ese ramo y controlaban el mercado interior (Pérez Rubio, 1996).

La crisis de la agricultura tradicional puso de manifiesto lo pernicioso de aquella especialización y la inexistencia de un sector industrial capaz de absorber la mano de obra sobrante, dejando como única salida la emigración y haciendo entrar a la economía extremeña en un proceso de deterioro, pérdida de cuotas de mercado y paro, aunque las diferencias en producto o renta per cápita hayan descen-

dido desde los años cuarenta, entre otras cosas por la acción del Estado y la pérdida de población (Zapata, 1996).

EL SECTOR AGRARIO EN EL ÁREA DE ESTUDIO EN LOS AÑOS CINCUENTA

Para aproximarnos de manera general al sector agrario de la zona de estudio en los años cincuenta vamos a servirnos de los datos publicados que se recogen en dos fuentes, el Plan General de Ordenación Económico y Social de la Provincia de Badajoz antes citado (en adelante PGOES) de 1948 y El Censo Agrario de 1962 (INE, 1964), por ser las fuentes que contienen información segregada a escala municipal sobre el sector agrario. Como puede verse, ninguna de las dos fuentes refiere concretamente a los años cincuenta, sino a años inmediatamente anteriores y posteriores, pero creemos que la distancia no es mucha y puede servirnos como una buena referencia. Hay que hacer notar asimismo que los datos que se ofrecen en ambos no son del mismo tipo, no responde exactamente a los mismos rubros pero, a falta de otros, sirven para hacernos una idea de la situación del campo y, en cierta manera también, de su evolución a lo largo de quince años.

El PGOES fue elaborado por los ingenieros agrónomos del Estado en el marco de la política de intensificación de cultivos y colonización de secano a que nos hemos referido anteriormente, inspirada por la Falange y con una cierta dimensión social y de redención del campesinado, que en la zona no tuvo repercusión alguna desde el punto de vista del asentamiento de yunteros y obreros agrícolas, aunque en dicho informe aparezcan como susceptibles de colonización algunas de las grandes fincas de los términos y cuya explotación dejaba bastante que desear.

En lo referente a la estructura de la propiedad, en ambas fuentes existen cuadros sobre la superficie ocupada por las explotaciones según su tamaño (Ver Cuadros 2,3,4 y 5; gráficos 2, 3 y 4). Al no coincidir los tramos considerados en las dos fuentes, hemos elaborado los

cuadros estableciendo aquellos tramos comunes para ambas. Las diferencias en las cifras son evidentes, ya que los criterios utilizados para la confección de las tablas es distinta y entre uno y otro trabajo han transcurrido 15 años, por lo cual no podremos saber qué diferencia se debe a la forma en que se han recogido los datos y cuál a cambios en la estructura de la propiedad⁴. Hay indicios que apuntan en ambos sentidos. Por ejemplo, en las fincas mayores de 500 Ha, hay una diferencia de cerca de 200 Ha en Puebla del Maestre, cuando sabemos que en ese término sólo existe una explotación mayor de 500 Ha y que entre una fecha y otra no sufrió cambio alguno. Ahora bien, esa explotación está compuesta por dos fincas con distinto nombre pero contiguas y con una gestión unificada. Lo mismo podría haber sucedido en otro tipo de explotaciones. Sin embargo, otros cambios pueden deberse a que en 1962 ya hubiesen empezado a notarse las consecuencias del proceso emigración y crisis de la agricultura tradicional, como puede verse en los datos de población, que apuntan descensos ya en el censo de 1960, descenso de población que ya se dio en Puebla del Maestre en el anterior censo. Así se explicaría, por ejemplo, la mengua de la importancia territorial de las explotaciones más pequeñas, ya que los trabajadores y los campesinos con menos tierra son los primeros en emigrar y en sufrir las consecuencias de la crisis.

En cualquier caso, en las fincas menores de 1 Ha es donde aparecen diferencias más significativas entre una y otra fuente, con superficies siempre tres veces inferiores al menos, aunque sin ninguna importancia respecto al total de tierras de los términos municipales. Esas fincas podrían entrar a formar parte de otras explotaciones mayores, más viables y a las que tarda más en afectar la crisis. En el estrato de 1 a 10 Ha, no hay homogeneidad entre los términos, pues en Monesterio y Puebla del Maestre descienden dos o tres puntos porcentuales mien-

⁴ Sobre las metodologías utilizadas en las estadísticas agrarias y la poca fiabilidad de los análisis basados en la globalización de los datos por municipios véase el trabajo de Sevilla y Gámiz (Sevilla y Gámiz, 1971).

tras que en Montemolín suben. En el siguiente grupo (de 10 a 50 Ha) aumenta en algo, ya que por arrendamiento o compra puede absorberse a explotaciones más pequeñas. En el estrato de 10 a 50 se observa un aumento general y significativo entre 6 y 7 puntos en todos los casos. En las que tienen entre 50 y 100 Ha, en Monesterio y Montemolín tiene lugar un descenso de en torno a 7 puntos, mientras que en Puebla del Maestre sube casi 1 punto. Las situadas entre 100 y 500 Ha, descienden alrededor de 2 puntos en Monesterio y Montemolín y 1 en Puebla. No encontramos explicación a las diferencias de tendencia al alza y a la baja en los estratos intermedios, pues los márgenes en que se mueven por tamaño no dan idea de que puedan existir motivos de tipo económico (viabilidad, economías o deseconomías de escala) o sociológico (familia, herencia, matrimonio, etc.) que en unos casos las hagan aumentar y en otros descender. Finalmente, las mayores de 500 Ha suben alrededor de 5 puntos en Monesterio, de 2 en Montemolín y bajan 4 en Puebla del Maestre, aunque este dato es poco fiable, pues como vimos no hay cambios. Las grandes fincas son las que menos problemas de continuidad tendrán, por disponer de tierra abundante y reducir costes de mano de obra por diversas vías, desde la capitalización hasta la extensificación.

A pesar de las diferencias en las cifras, en líneas generales, ambas fuentes coinciden básicamente a la hora de ofrecernos los grandes rasgos de la estructura de la propiedad. Así, y analizando municipio a municipio, en Montemolín, (Gráfico 2) la mayor parte de la superficie censada, el 33,28% en 1948 y 35,82% en 1962, está ocupada por fincas mayores de 500 Ha, el 38,64% y el 35,40% corresponden a las que tenían entre 100 y 500 Ha, es decir, que las mayores de 100 Ha suponían el 71,92% y 71,22% de la superficie censada. Las fincas entre 50 y 100 Ha representaban el 11,63% y el 4,81%; las de 10 a 50 Ha el 11,19% y el 17,61%. Las de 1 a 10 Ha el 4,91% y el 6,26 %. Las menores de 1 Ha el 0,34% y el 0,10%. En Pallares y Santa María de Navas la estructura de la propiedad sería aún más latifundista, dado que este porcentaje estaría mediatizado por la existencia de un importante estrato campesino en el pueblo de Montemolín, mientras que

Cuadro 2 • Superficie ocupada por las explotaciones según su tamaño en 1962.

	S. Total (Has)	Has 0-20	% s/Total	Has 20-100	% s/Total	Has 100-500	% s/Total	Has >500	% s/Total
Monesterio	28.150	2.184	7,76%	5.126	18,21%	9.461	33,45%	11.424	40,58%
Montemolín	19.744	2.882	14,60%	2.801	14,19%	6.989	35,40%	7.072	35,82%
Puebla del Maestre	7.771	1.900	24,45%	2.560	32,94%	2.737	35,22%	574	7,39%
Total comarca	127.625	21.980	17,22%	30.899	24,21%	41.003	32,13%	33.743	26,44%
Total provincia	2.005.215	351.601	17,53%	351.472	17,53%	681.750	34%	41.389	32,43%

Elaboración propia a partir del Censo Agrario (Ministerio de Agricultura, 1964)

Cuadro 3 • Aprovechamiento de las tierras en Montemolín en 1948

Extensión Has	Secano			Regadío		Pastos	
	Sup. Total Has	Has	%	Has	%	Has	%
< de 1Ha.	69,15	41,04	0,43	27,61	67,06	0,50	0,005
1-10 Has.	987,49	856,69	8,98	13,56	32,94	117,24	1,12
10-50 Has.	2.247,62	1.571,72	16,48			685,91	6,53
50-100 Has.	2.336,02	1.477,11	15,49			858,91	8,18
100-500 Has.	7.759,11	4.741,99	49,73			2.981,13	28,38
> 500 Has.	6.681,92	857,58	8,99			5.824,34	55,49
		9.536,12		41,17		10.504,04	

Elaboración propia a partir del Plan General de Ordenación Económico y Social de la provincia de Badajoz (Gobierno Civil de Badajoz, 1948)

Cuadro 4 • Aprovechamiento de las tierras en Monesterio en 1948

Extensión Has		Secano		Regadío		Pastos	
	Sup. Total Has	Has	%	Has	%	Has	%
< de 1Ha.	96,78	75,2	0,23	18,38	0,06	3,20	0,01
1-10 Has.	2.067,86	1.821,51	5,52	5,2		241,16	0,73
10-50 Has.	1.845,48	1.430	4,33			415,48	1,26
50-100 Has.	5.400,3	3.200	9,70			2.200,30	6,67
100-500 Has.	12.189,82	5.150	15,06			7.039,82	21,33
> 500 Has.	11.400	3.200	9,70			8.200,00	24,85
	33.000,24	14.876,71		23,58		18.099,96	

Elaboración propia a partir del Plan General de Ordenación Económico y Social de la provincia de Badajoz (Gobierno Civil de Badajoz, 1948)

Cuadro 5 • Aprovechamiento de las tierras en Puebla del Maestre en 1948

Extensión Has		Secano		Regadío		Pastos	
	Sup. Total Has	Has	%	Has	%	Has	%
< de 1Ha.	98,2	36	1,16	10,20		52	1,06
1-10 Has.	1.306	531	17,16			775	15,81
10-50 Has.	1.392	558	18,03			834	17,02
50-100 Has.	1.369	810	26,17			559	11,41
100-500 Has.	2.900	1.160	37,48			1.740	35,51
> 500 Has.	940					940	19,18
	8.005,2	3.095		10,20		4.900	

Elaboración propia a partir del Plan General de Ordenación Económico y Social de la provincia de Badajoz (Gobierno Civil de Badajoz, 1948)

Cuadro 6 • Régimen de tenencia en 1948

	S. Total	Propiedad		Arrendamiento		Aparcería		Otros	
	(Has)	Has	%	Has	%	Has	%	Has	%
Monesterio	28.150	21.201	75,31	5.022	17,84	1.109	3,94	818	2,91
Montemolín	19.744	13.946	70,63	3.133	15,87	2.452	12,42	213	1,08
Puebla del Maestre	7.771	5.575	71,74	1.604	20,64	559	7,2	33	0,42

Elaboración propia a partir del Plan General de Ordenación Económico y Social de la provincia de Badajoz (Gobierno Civil de Badajoz, 1948)

Cuadro 7 • Estructura social agraria en 1948

	Cultivadores		Yunteros	Obreros	
	directos	personales		fijos	agric.
Monesterio	-	-	-	-	-
Montemolín	24,31	15,52	10,04	7,02	41,80
Puebla del Maestre	7,91	7,00	20,49	28,40	36,18

Elaboración propia a partir del Plan General de Ordenación Económico y Social de la provincia de Badajoz (Gobierno Civil de Badajoz, 1948)

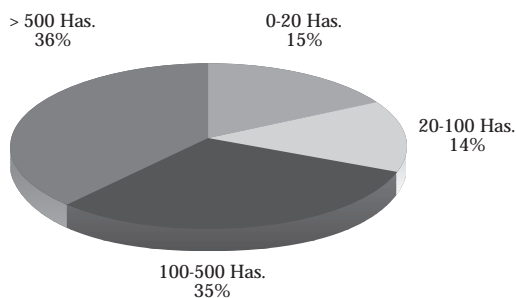
Cuadro 8 • Porcentaje de la superficie ocupada por los distintos aprovechamientos en 1948

	Huertas y Frutales	Olivos	Vid	Vid y olivo	Labor año y vez	Labor y pastos
Monesterio	0,07	1,45	0,15	0,29	14,51	21,33
Montemolín	0,23	2,67	0,04	0,09	14,39	39,62
Puebla del Maestre	0,13	17,16	0,09	0,02	6,98	18,61

	Pastizal permanente	Encinar	Alcornocal	Monte bajo	Pinos	
Monesterio	7,40	43,53	3,19	7,26	0,81	
Montemolín	1,76	39,53	0,17	1,52		
Puebla del Maestre	23,27	26,17		7,56		

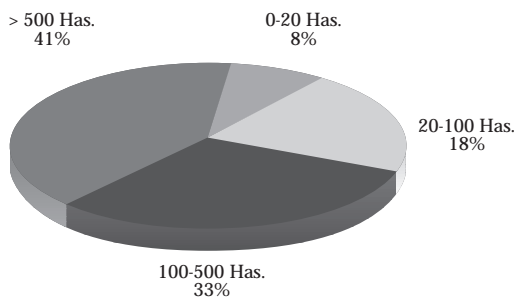
Elaboración propia a partir del Plan General de Ordenación Económico y Social de la provincia de Badajoz (Gobierno Civil de Badajoz, 1948)

Gráfico 2 • Superficie ocupada por las explotaciones según su tamaño en Montemolín en 1962



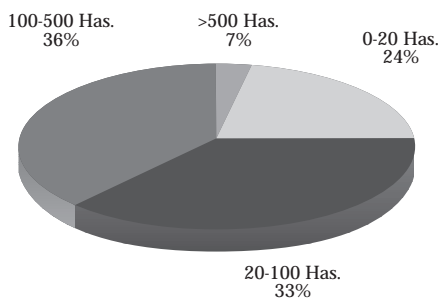
Elaboración propia a partir del Cuadro 2

Gráfico 3 • Superficie ocupada por las explotaciones según su tamaño en Monesterio en 1962



Elaboración propia a partir del Cuadro 2

Gráfico 4 • Superficie ocupada por las explotaciones según su tamaño en Puebla del Maestre en 1962



Elaboración propia a partir del Cuadro 2

Pallares y Santa María de Navas se enclavan en un entorno de fincas de gran extensión.

Como podemos ver, en Monesterio (Gráfico 3) predominan también las fincas de gran extensión. Así, las mayores de 500 Ha ocupan en 1948 el 33,55% y en 1962 el 40,58% de la superficie, las de entre 100 y 500 Ha representan el 36,94% y el 35,40%, las de entre 50 y 100 Ha el 16,36% y el 7,85%; las de entre 10 y 50 suponen el 5,59% en 1962 y el 12,82%; las de 1 a 10 Ha, el 6,26% y el 3,90% y finalmente las explotaciones menores de 1 Ha el 0,29% y el 0,09%. Según esto, se trataría del municipio donde mayor superficie ocupan las fincas mayores de 50 Ha, sobre todo en 1962, con el 40,58% de la superficie. Sumadas todas las mayores de 100 Ha, tenemos que el 70,49% en 1948 y el 70,03% en 1962 está ocupado por este tipo de fincas. Por lo que respecta a la parte de nuestra zona de estudio comprendida dentro del término municipal de Monesterio, que rodea a Santa María de Navas, y se acerca a Pallares y Puebla del Maestre, es bastante más latifundista que el conjunto del municipio de Monesterio, ya que la mayor cantidad de pequeñas explotaciones de Monesterio se ubica en lugares relativamente próximos al pueblo, mientras que hacia el sur y sureste del término no sucede esto, pues en él se asienta un gran número de grandes dehesas, en lo que antaño fuera la enorme dehesa de Calilla, perteneciente a las cinco villas hermanas.

Puebla del Maestre (Gráfico 4) presenta características muy diferentes a los otros dos municipios, pues sólo hay una finca mayor de 500 Ha que ocupa en 1948, el 11,74% y el 7,39% en 1962, cambio que, como vimos, no se corresponde con la realidad. Las explotaciones situadas entre las 100 y 500 Ha representaban el 36,23% en 1948 y el 35,22%, en 1962. Es decir, si sumamos estos dos segmentos, tenemos que las fincas mayores de 100 Ha suponen el 47,97% y el 42,61%, menos de la mitad del término, mientras que en Monesterio y Montemolín suponen casi las dos terceras partes de la superficie. Las de entre 50 y 100 representan el 17,10% y 18,07%; las de entre 10 y 50 el 17,39% y el 24,40%; las de entre 1 y 10 Ha el 16,31% y el 14,53%; finalmente, las menores de 1 Ha suponen el 1,22% y el

0,40%, la proporción más alta de la zona. La pequeña propiedad de este pueblo se localiza, sobre todo aunque no exclusivamente, en la zona de olivares, en buena parte de las tierras que los vecinos adquirieron conjuntamente en la Desamortización.

Como podemos ver, existe correlación entre tamaño de la explotación y aprovechamiento (Cuadros 3, 4, y 5). En efecto, latifundismo y dehesa van estrechamente unidos, pues en las fincas mayores de 500 Ha predomina este tipo de explotación. Así, en Monesterio, las fincas de monte y pastos representan el 24,85% de la superficie municipal, mientras que las de secano suponen el 9,7% de dicha superficie. En Montemolín dicha forma de aprovechamiento ocupa el 29%, por un 4,27% de las de secano. En Puebla del Maestre, la única finca mayor de 500 Ha es una dehesa, que supone el 11,74% del término. En el siguiente estrato, el de 100 a 500, sigue predominando el monte y pasto frente al secano en Monesterio, 21,33% frente a 15,6%, y en Puebla del Maestre, 21,74% frente a 14,49%, mientras que en Montemolín el secano ocupa el 23,61% y el monte y pastos el 14,85%, cosa que sucede en la zona norte del término, en la zona que bascula hacia la penillanura, fuera de nuestra área de estudio. En cualquiera caso, en el entorno de los tres pueblos estudiados, la correlación entre dehesa y gran propiedad es mayor, ya que apenas existen fincas mayores de 100 Ha que no sean dehesas, y todas las mayores de 500 lo son. En los estratos de fincas por debajo de 100 Ha, el secano sobrepasa al monte y pastos en Monesterio y, sobre todo, en Montemolín, por la importancia de las tierras de pasto y labor en torno al núcleo de Montemolín. En Puebla del Maestre, sin embargo, tiene mayor importancia territorial el secano en el estrato de 10 a 50, 10,12% frente a 6,98%, pero en los siguientes predomina la dehesa frente al secano. Finalmente, el regadío sólo lo encontramos en los dos estratos inferiores, pero sobre todo en las fincas menores de 1 Ha, y en Puebla del Maestre sólo en éstas. En cualquier caso, la importancia territorial de este estrato es pequeñísima, 0,06% en Monesterio, 0,14% en Montemolín y 0,13% en Puebla del Maestre, tratándose de las huertas localizadas en pequeñas vegas junto a algún río o arroyo o en tierras de

cierta profundidad bien provistas de agua de norias y, en menor medida, de algunas parcelas de frutales. En general, a menor tamaño de la propiedad se da un uso más intensivo de la tierra, como nos ilustra la importancia del cultivo intensivo de regadío en las más pequeñas, cultivo de secano en los estratos intermedios y uso extensivo de monte y pasto con labores extensivas en rotaciones largas en los estratos superiores.

En cuanto al régimen de tenencia (Cuadro 6), no existen grandes diferencias entre los municipios, en los cuales predomina el régimen de propiedad, entre el 70% y 75% aproximadamente. El arrendamiento se sitúa entre el 16% y 20%, mientras que en la aparcería sí que existen diferencias significativas, entre el 3,94% en Monesterio, el 7,2% en Puebla del Maestre y el 12,42% en Montemolín, en lo que quizás tenga que ver la mayor dedicación al cultivo en la cabecera del municipio.

Relacionada con la estructura de la propiedad está la estructura social agraria, de la que nos ofrece datos el PGOES (Cuadro 7). Los cultivadores directos y personales se dividen en suficientes e insuficientes. Desgraciadamente no disponemos de datos sobre este colectivo en el caso de Monesterio, que nos habría servido no sólo para caracterizar la estructura del municipio sino para contrastar con los otros dos, muy dispares entre sí. En el caso de Montemolín, los suficientes serían, tras los jornaleros, el grupo más importante, 470 cultivadores, que suponen el 24,31% de la población campesina. En Puebla del Maestre este colectivo sería menor, 61 cultivadores, el 7,91%. En principio resulta extraño este dato, teniendo en cuenta los datos recogidos en cuadros anteriores, aunque podría explicarse por el hecho de un gran número de propietarios y de fincas son de pequeñas dimensiones, en secano y montes y pastos, lo que las hace insuficientes. Sin embargo, el grupo siguiente, el de los insuficientes también es más menguado en Puebla del Maestre. Este grupo que engloba a los cultivadores cuyas explotaciones no les permiten absorber toda su fuerza de trabajo y han de recurrir a la aparcería o al jornal, en Montemolín acogería a 300 cultivadores, el 15,52% y en Puebla

del Maestro a 54, el 7%, casi 9 puntos menos. Cabe suponer que esas fincas pequeñas de Puebla del Maestro a las que nos hemos referido no daban como para considerarse una explotación, sino un complemento de rentas de otros colectivos, yunteros o jornaleros.

Los yunteros o colonos, por ello, serían un estrato importante en Puebla del Maestro, con 158 personas, el 20,49%, mientras que en Montemolín serían 200, el 10,04%. Como hemos dicho, al colectivo de yunteros habría que añadir buena parte del anterior, de cultivadores insuficientes. En cualquier caso, los yunteros que aparecen recogidos como tales tampoco tenían tierra suficiente, como demuestra el censo de población activa campesina, por lo menos para el caso de Monesterio y Puebla del Maestro, ya que de Montemolín no hay información.

Los obreros agrícolas fijos son bastante más numerosos en la agricultura que en la ganadería, pues son 120 frente a 35 en Montemolín y 161 frente a 58 en Puebla del Maestro. En conjunto, los obreros fijos suponen el 10,04% en Montemolín y el 28,4% en Puebla del Maestro. Estos datos son bastante más que discutibles pues, por ejemplo, aparecen 35 empleados en la ganadería en el municipio de Montemolín, cuando solamente en Pallares se sobrepasaba con creces esa cifra.

De todos los colectivos, el de mayor importancia tanto numérica como porcentual es el de los obreros eventuales, 800 en Montemolín, el 41,39% del total de la población campesina y 257 en Puebla del Maestro, el 3,33%. Sin embargo, a todos estos braceros habría que añadir en ocasiones otro colectivo, el de los eventuales mixtos de la industria, llegando así al 41,80% en Montemolín y 36,18% en Puebla del Maestro; Además se sumaría parte de otros dos colectivos: los insuficientes, aquellos cuyas explotaciones no les permiten emplear toda su fuerza de trabajo en las tierras propias y llevan aparcerías o se emplean como braceros; y los yunteros, algunos de los cuales no disponen de tierras suficientes en sus aparcerías.

En cuanto a los cultivos y aprovechamientos (Cuadro 8), las huertas y frutales suponen una superficie ínfima de los términos, 0,07% Monesterio, 0,23 en Montemolín y 0,13% en Puebla del Maestro,

cosa esperable debido al tipo de suelo y clima. El olivar es algo más significativo en Monesterio, el 1,45%, del cual prácticamente ninguno en el entorno de los pueblos estudiados. En Montemolín representa el 2,67%, pero una parte importante de él se encuentra en Pallares, siendo bastante menor en Santa María de Navas. La mayor importancia del olivar está en Puebla del Maestre, con un 17,16% de su término, una diferencia considerable con respecto a los otros dos municipios.

La vid ocupa también una superficie exigua, predominando en asociación con el olivo en Monesterio y Montemolín y en solitario en Puebla del Maestre: en Monesterio representa el 0,15% y 0,29%, de ella ninguna en el entorno de nuestros pueblos; el 0,04% y 0,09% en Montemolín, quedando en Pallares y Santa María en los años cincuenta alguna viña; y el 0,09% y 0,02% en Puebla del Maestre.

La labor intensiva, de año y vez, alcanza porcentajes similares en Montemolín y Monesterio, en torno al 14%, mientras que en Puebla del Maestre sólo supone el 6,98%. En Pallares y Santa María los porcentajes se aproximarían a Puebla del Maestre, por estar todos ellos en la zona de más pendientes, ocupada por dehesas y/o olivares, mientras que Monesterio y Montemolín basculan hacia la penillanura, aunque en distinta medida.

La labor extensiva, labor y pastos, supone el 21,33% en Monesterio, el 39,62% en Montemolín y el 18,61% en Puebla del Maestre, y en ella entran tanto tierras desarboladas como arboladas, es decir, dehesas, aunque aparezcan como encinar en otros apartados. Aunque la labor extensiva del municipio de Montemolín en tierras desarboladas se da más en torno a la cabecera del municipio, en la penillanura, y de ahí su mayor porcentaje, existen zonas desarboladas de pasto y labor cerca de Pallares, pero en término de Monesterio. En Puebla del Maestre, aparte de la presencia del olivar, habría que apuntar la mayor extensión de pastos, como veremos a continuación, para explicar su menor participación. En efecto, el pastizal permanente supone el 7,40% del término de Monesterio y el 1,76% del de Montemolín, mientras que en Puebla del Maestre representa el 23,27%, y en ello tendría que ver la escasa calidad de muchas de las tierras de

una importante zona del término. La superficie de pastizal permanente en torno a Pallares y Santa María sería bastante menor de lo que refiere a Montemolín.

El encinar supone el 43,53% del término de Monesterio y el 39,53% del de Montemolín, pero sus valores suben enormemente en torno a Pallares y Santa María de Navas. En Puebla del Maestre representa el 26,17%, si tenemos en cuenta la importancia del olivar y las tierras de pastizal o pastizal y labor. El alcornocal tiene poca relevancia, sólo en Monesterio alcanza el 3,19%, parte del cual está en las proximidades de Santa María de Navas, que es donde se localiza el 0,17% del municipio de Montemolín. El monte bajo representa algo más del 7% en Monesterio y Puebla del Maestre y el 1,52% de Montemolín. Los pinos que aparecen en Monesterio están lejos de la zona de estudio.

II

LOS USOS FORESTALES

3. LA ARBOLEDA

LOS ÁRBOLES EN LA DEHESA

Una vez que hemos conocido el marco espacial y temporal del estudio, podemos pasar ya a conocer el funcionamiento de la dehesa. Para ello nuestra aproximación consistirá en ir abordando cada uno de los diferentes usos productivos del territorio adehesado. La dehesa es un sistema de uso múltiple del territorio, pues articula una serie de aprovechamientos en un sistema global que busca la complementariedad entre ellos y los beneficios mutuos. Se integra así la ganadería, la agricultura y la explotación forestal y cada una de ellas con usos, actividades y especies diversas. Pero, ciertamente, los árboles conforman el estrato que más caracteriza a los paisajes adehesados. Aunque en un sistema agrosilvopastoral todos sus componentes son cruciales y sin ellos nos se explicaría el sistema como tal, es la arboleda lo que define y singulariza a la dehesa frente a otros paisajes. La importancia del estrato arbóreo es grande por variadas razones y sirve al conjunto del sistema también de formas diferentes. Los árboles son los elementos de madurez de la dehesa, la presencia más señalada del bosque mediterráneo original, que dota de mayor estabilidad al conjunto. Tienen evidentes funciones ecológicas en cuanto a control de erosión, regulación térmica, refugio de fauna y aumento de la diversidad de especies en el pastizal, como puede verse en otros apartados de este trabajo. Pero más concretamente desde el punto de vista productivo, los árboles servían al funcionamiento de la dehesa suministrando ali-

mento al ganado directamente en forma de bellotas, ramón y hojas e, indirectamente, mediante la mejora de los pastos por sus aportes al suelo, la dosificación del agua, protección frente a heladas, mediante la sombra y el mantenimiento de la humedad o frescura, alargando el verdor de la hierba, o haciendo más diversa la composición del pastizal y dotando de valor estratégico para la alimentación a ciertas especies vegetales. Además, su efecto atemperador y de refugio ante inclemencias, ya sean de frío, calor, lluvia o viento, era de gran importancia. Constituía también la fuente de energía por excelencia en la economía de aquella época, ya sea como leña para las candelas, carbón o cisco. En el caso del alcornoque, el corcho era también un producto de consideración. Igualmente, el arbolado ofrecía madera y ramas para la construcción y para usos muy diversos como palancas, aperos de labranza o enseres domésticos.

Los árboles, y muy destacadamente la encina, constituían el elemento más característico del paisaje en la zona, junto al relieve, y conformaban sus rasgos diferenciales frente a pastizales y tierras calmas de las tierras más al norte, de las campiñas. La importancia económica de la arboleda (y del matorral), por todo lo dicho, era capital, como veremos, y objeto de disputa y conflicto entre grupos sociales. Podemos decir que en torno a la apropiación de esos recursos era donde más claramente se manifestaban en aquellos años las tensiones sociales. Si en el manejo y apropiación del resto de recursos estaban implicadas las distintas clases sociales a través de los diversos procesos de trabajo, en el caso de la arboleda y el matorral las pugnas por conseguir una parte los mismos eran muy claras en algunos casos y, fuera del salario que podía aportar, la importancia económica del monte para las clases populares estaba fuera de dudas, por el uso de los productos del mismo en la vida cotidiana, a diferencia de lo que sucedía con el ganado o los cultivos.

Para los propietarios, la importancia económica de la arboleda no daba lugar a las dudas y tribulaciones de los tiempos actuales. La importancia patrimonial de los árboles era evidente: sobre suelos pobres y en un contexto de severas constricciones climáticas, la con-

veniencia del arbolado era indiscutible, como medio de diversificación de los recursos y como mecanismo de conseguir las producciones para las que el medio con más largueza se ofrecía. La regeneración y el mantenimiento de una arboleda en buen estado era el medio de capitalización a largo plazo más conveniente e incluso también a medio plazo en lo que a algunas producciones se refiere. La dificultad de sopesar el valor de ciertos beneficios, bien por ser indirectos (como los ecológicos, el efecto sobre el pasto, etc.), o bien por ser diferidos (mejora de la producción de bellotas, corcho, etc.) no se planteaba como un elemento determinante o disuasorio, habida cuenta sobre todo del bajo coste de las labores y de la fácil y rentable comercialización de las producciones. Por esa razón no se hacía un balance inmediato y detallista del rendimiento de una práctica concreta (poda, por ejemplo), ni se planteaba la posibilidad de no llevarla a cabo o postergarla, sino que formaba parte de un manejo canónico que no se ponía en duda, habida cuenta de los resultados positivos obtenidos a lo largo del tiempo y validados por la tradición local y familiar. De esta manera, el aspecto más problemático del manejo de los componentes de mayor madurez de los ecosistemas, la rentabilidad económica (monetaria más bien) inmediata, quedaba salvado en la lógica de la contabilidad tradicional.

LAS ESPECIES ARBÓREAS Y SU PRESENCIA.

Al haberlo hecho en el capítulo correspondiente a la caracterización del área de estudio, no volveré a tratar de la distribución de la arboleda y sus distintas especies en los tres pueblos, por lo que remito al texto y la cartografía ya referida. Lo que haré a continuación será tratar de las características de la vegetación de la dehesa y del manejo de las especies concretas.

Salvo en lugares muy precisos y excepcionales para el conjunto, la cubierta de la dehesa la caracterizan las especies de lo que Rivas Goday denominó vegetación durilignosa. Nuestras dehesas son un tipo de durisilva, de bosque de frondosas mediterráneo, aunque aparezca alguna especie de transición a la aestisilva con los quejigos.

Como respuesta al clima seco y caluroso, la durisilva presenta hojas esclerófilas, duras, pequeñas, coriáceas, con tonalidades del gris al verde oscuro, con estomas en el envés protegidos por pilosidades o escamas, y todo ello para controlar la transpiración y no perder humedad. Los troncos se ramifican pronto, no superando los 20-25 m de altura y dando lugar a formas globulares. Al ser el factor escaso no la luz sino el agua, a lo que tiende el árbol no es competir en altura, sino a proteger la mayor cantidad de suelo posible frente a la radiación del sol. En un contexto de aridez, su sistema de raíces es muy desarrollado, tanto en superficie como en profundidad (Rubio, 1989:35). Así, la encina tiene raíces de rápido crecimiento inicial y es capaz de brotar de cepa y de raíz. Los árboles de la durisilva acumulan aquello que sintetizan en forma de tejidos resistentes frente a frío, calor o sequía. Su madera es dura y mala de trabajar, difícilmente maderable, y presentan cortezas protectoras gruesas, cuyo ejemplo más sobresaliente es el alcornoque (Montoya, 1989:17). En la zona de estudio, la dehesa se presenta en su casi totalidad como bosque monoespecífico de encinas. En los lugares donde aparece el alcornoque y el quejigo, la encina está también presente, en mayor o menor proporción. La especie de encina extremeña es la *Quercus rotundifolia*, frente a la *Quercus ilex*, más propia del levante, de hojas más alargadas y bellota amarga.

La encina tiene una gran amplitud ecológica, pudiendo encontrarse desde el nivel del mar hasta los 2.000 m, en los diferentes pisos bioclimáticos mediterráneos, desde los 8 a los 17° C de temperatura media anual, y en ombroclimas tanto seco como subhúmedo y húmedo, es decir, desde los 350 mm hasta los 1600 mm de precipitación anual, aunque tenga dificultades en el primero por la aridez y sufra competencia de caducifolias en zonas del tercero, requiriendo allí de suelos que no retengan agua. Su óptimo se sitúa entre los 500 y 700 mm. En cuanto a suelos, se sitúa tanto en los ácidos como en los básicos, calizos o silíceos, aunque tiende a crear suelos neutros, descalcificando los calizos y enriqueciendo los ácidos. Es capaz de adaptarse a suelos pobres, huyendo de los salinos y encharcables (Montoya 1989:16; Rubio, 1989:39).

Todo lo que acabamos de referir, ese tipo de condiciones de suelo y clima, se da en nuestra zona de estudio y explica por qué la encina es la especie arbórea dominante en ella, exclusiva en casi toda la dehesa salvo en lugares muy concretos donde se entrecruza con el alcornoque y el quejigo. En efecto, el alcornoque se localiza en la zona próxima a Santa María, aunque algún ejemplar suelto pueda encontrarse en los encinares del resto del área. Participa el alcornoque de muchas de las características que acabamos de ver en la encina, por lo cual sólo reseñaremos aquellos rasgos más diferenciales. La explicación de su presencia o de su ausencia en unos u otros lugares del área no está tan relacionada, creemos, con condiciones de suelo sino de clima. En efecto, al estar la dehesa asentada en suelos silíceos, el que el alcornoque huya de suelos calizos no tiene gran valor explicativo, siendo su mayor requerimiento de humedad (su óptimo vegetativo se sitúa entre los 600 y 900 mm anuales) lo que explica que lo encontremos en la zona serrana de Santa María, en los pagos más frescos del área. Por eso, donde se da junto a la encina, prefiere las umbrías y los fondos de valles. Además, requiere suelos algo mejores, por eso la encina lo desplaza en zonas más rocosas y pedregosas. En cuanto a la coexistencia de ambas especies, Montoya apunta la complementariedad que puede suponer el que la encina tenga mayor aptitud para reciclar el fósforo mientras que el alcornoque lo haga con el potasio y que los sistemas radicales se sitúen a diferentes niveles, más en profundidad el de las encinas, más en superficie el del alcornoque, lo que reduciría la competencia por el agua (Montoya, 1980:44,102).

Respecto a las producciones, la bellota de alcornoque es amarga, de menor calidad y menos apetecible para los animales, además de ser más vecera. Ahora bien, tiene la ventaja de dar cosechas más repartidas en el tiempo, desde finales de septiembre hasta marzo incluso, como veremos. Por otro lado la gran ventaja del alcornoque es la producción de corcho, de ahí que a lo largo de la historia, dependiendo del mayor interés por la bellota o el corcho, la relación entre las distintas quercíneas haya hecho inclinarse por el incremento de los pies de encinas o alcornoques.

El quejigo se sitúa también en la misma zona que el alcornoque, hacia Santa María. Ahora bien, su presencia es considerablemente menor, limitándose a ejemplares salteados entre encinas y alcornoques en las sierras, sobre todo en las umbrías y fondos de valles. Las exigencias de humedad son las que señalan su ubicación, ya que se trata de una especie de la España subhúmeda. Su presencia también puede hablarnos en favor de un clima algo más frío, como evidenciarían sus hojas. Ahora bien, y sin dejar de considerar el motivo de la competencia de las otras dos quercíneas, la acción humana es la que explica la discontinuidad y rareza de su presencia en las áreas donde se dan las condiciones para su desarrollo. Ello es debido a que la calidad y cantidad de su producción han sido menos interesantes para las gentes de la zona ya que ni en cuanto a la bellota puede parangonarse con la encina, ni reporta los beneficios del corcho del alcornoque. Su principal ventaja está en lo estratégico de su fruto, más temprano que el de la encina. De esta forma, las gentes de la zona fueron limitando la presencia del quejigo frente a encinas y alcornoques. Ahora bien, la presencia de las tres quercíneas en esas zonas, estratégicamente planteada, tenía la enorme ventaja de conseguir diversificar las producciones y alargar en el tiempo las montaneras, como hemos de ver.

Los mestos, o híbridos de algunas de estas quercíneas como fruto de la polinización mutua, presentan troncos más lisos que las encinas y hojas más verdes. Son infrecuentes y constituyen por su singularidad poco más que hitos en las fincas, conociendo los lugareños su ubicación y sirviendo a veces de referencia espacial. Finalmente, la presencia del roble melojo es anecdótica en la zona de estudio, ubicándose algunos ejemplares en el camino entre Pallares y Monesterio.

En las dehesas había otras especies arbóreas distintas de las quercíneas. No vamos a ocuparnos de los árboles frutales de las huertas por considerar que tienen su especificidad, como algo aparte de la dehesa. Me referiré principalmente a la vegetación de las riberas. En efecto, muchos ríos, arroyos y barrancos eran acompañados durante parte de su recorrido por álamos y chopos que, en algunos casos, formaban hermosas y cuidadas alamedas, nombre que designaba por

igual a formaciones tanto de una como de otra especie, pues la palabra chopera era bastante menos usada. El interés de estos árboles era múltiple. Por una lado, eran una fuente de ingresos o materias primas porque suministraban madera, bien en forma de maderos o bien transformados estos en tablas. Por otro lado, eran una barrera contra la erosión: *"También los sembraban mucho porque antes llovía mucho y corría mucho la tierra"*. Finalmente, facilitaban sombra y comida al ganado en momentos críticos del verano.

En las alamedas se hacían cortas periódicas y se iban dejando renuevos, pero a veces se sembraban algunas extensiones o se resembraban en otras, haciendo un agujero en el suelo con una *aguja* de hierro. En un par de fincas entre Pallares y Santa María existía incluso la figura del guarda de chopos o del *chopero*, encargado de que ni el ganado ni la gente estropease los árboles desde que se sembraban hasta que eran lo suficientemente grandes, regándolos incluso cuando eran muy pequeños. No solía ser una persona que tuviese esa por dedicación exclusiva, sino más bien alguien de la finca, un empleado o hijo de un empleado, que podía simultanear esa tarea con alguna otra. Por ejemplo, uno de ellos, junto con su mujer y sus hijas, cuidaba los chopos a cambio de tierra para sembrar y además trabajaba eventualmente en otras labores de la finca. En otro caso, y siempre en el río Vendoval, llevaba la huerta.

La madera se usaba en las fincas y también se vendía a los carpinteros de la zona o a compradores de fuera. En algún caso hubo serradores o carpinteros que cortaron maderos o hicieron tablas a jornal o a medias con los dueños de las fincas. Además de para maderos y tablas, la madera del álamo era apreciada para elaborar las *madrinas*, las varas que conformaban la estructura de los chozos de los pastores. Por lo manejable y fuerte, también era buena madera para distintos aperos y como mango para diversas herramientas. Muy apreciado por lo duro de su madera era el álamo negro para la fabricación de carros, algunos de los cuales se hicieron en Santa María. Asimismo, también se cortaban ramas de álamo para las varas, cortas (*subideras*) y largas, que se precisaban para varear la aceituna y la bellota.

Como alimento para el ganado se recurría a los chopos y álamos en el verano, en que se podían llevar las cabras por las riberas y caer alguna que otra rama. Ahora bien, si se tenía interés en la madera, había que moderar estas podas: *"El chopo no se debe talar porque echa más chupones y es malo para la madera"*. En efecto, donde se produce el corte aparecen nudos que restan calidad a maderos y tablas.

Finalmente, entre los árboles de ribera tenemos el fresno, usado para hacer cazuelas, aunque su presencia era escasisima, reduciéndose a algún que otro ejemplar aislado. Aunque no se trate de árboles sino de arbustos, otras especies que se daban en algunos lugares junto a ríos y barrancos eran azao (de la familia de los sauces), mimbre, adelfa, nea y tamujo. Las dos primeras podían usarse ocasionalmente como alimento para el ganado y eran un buen material para tejer cestos y artesanías parecidas: de nea se echaban los asientos de sillas y el tamujo era especialmente adecuado para hacer escobajos. No eran pocas las personas que sabían hacer, por ejemplo, un cesto y no se trataba de artesanos profesionales sino de algunos jornaleros que, como actividad complementaria, hacían algún cesto o echaban el asiento a una silla, o incluso hacían la silla si se les encargaba.

Vista la distribución de los árboles y antes de pasar a describir el manejo de los mismos, conviene hacer algunas consideraciones previas sobre el estado de la arboleda y los problemas de su manejo pues durante aquellos años existían algunos problemas específicos. En efecto, no mucho antes de la década de los cincuenta, los bosques de quercíneas de esta zona y de muchas otras de España se habían visto sometidos a fuertes presiones. Por un lado, las necesidades de leña y carbón durante la Guerra Civil y una posguerra de carencia y aislamiento internacional se habían sustanciado en podas abusivas de la arboleda. Por otra, la intensificación de los cultivos tras la guerra, las leyes de laboreo forzoso, la política triguera, etc., suponían una innegable amenaza para la regeneración del arbolado por la mayor frecuencia de las roturaciones. No obstante, parece ser que los planes de barbechera no se cumplieron apenas. En cualquier caso, estos fenómenos, si bien especialmente llamativos, no eran sino una secuencia

más del largo proceso de acoso a los bosques que arrastraba de mucho tiempo atrás y tenía como trasfondo el aumento de población en el país, la expansión de los cultivos en detrimento de otras vocaciones productivas y la extracción de cantidades crecientes de energía para diversos usos.

LA CONFORMACIÓN DE LOS BOSQUES ACLARADOS

La dehesa es el resultado del ahuecado del bosque mediterráneo, mediante la eliminación del matorral y la supresión de ciertos pies de árboles. Acabamos de ver que los árboles de la durisilva buscan proteger de la radiación solar la mayor cantidad de suelo posible, y las copas buscan tocarse para tal propósito, favoreciendo su propia existencia y la proliferación de los arbustos que acompañan a los árboles. Con la eliminación de este cortejo arbustivo y de algunos pies se busca favorecer el desarrollo del pastizal para usos ganaderos, fundamentalmente, y agrícolas. El grado de cobertura que se consigue es variable y depende de las condiciones del propio terreno así como del interés en la explotación de pastizal y cultivos. De esta manera, en zonas llanas, de mayor interés agrícola, más ricos pastos, preferidas por el ganado y convertidas a veces en majadal arbolado, se da normalmente un menor grado de cobertura, mientras que en las laderas aparece, y es deseable que así sea, una cobertura mayor como consecuencia de características contrarias a las descritas, siendo además un medio de protección frente a la erosión, más intensa en las pendientes.

En cualquier caso, el aclarado, el grado de intensidad del mismo y la selección de los pies de encina supone una toma de decisiones guiadas tanto por criterios que están en el conocimiento y la tradición local como por otros que tienen que ver con las decisiones personales de los dueños y las características específicas de cada finca. Este proceso de ahuecado es el primero de toda una serie de actuaciones que tienen como objetivo la artificialización de ecosistema local, bosque mediterráneo en principio, para transformarlo en agroecosistema.

Si bien se toma como punto de partida la vegetación autóctona y sus procesos de regeneración, lo que se hace es romper continuamente el proceso de maduración del ecosistema para rejuvenecerlo y obtener energía en forma de materia animal y vegetal. Las estrategias de maduración y regeneración de las quercíneas son así manipuladas. La primera modificación fundamental es la de interrumpir la tendencia de los árboles a cubrir con sus copas el mayor espacio de suelo posible y hacer desarrollarse a su amparo todo el cortejo arbustivo del encinar. El aclarado, la eliminación de ciertos pies, es una de las técnicas fundamentales, la otra será la supresión del matorral, que veremos en un apartado posterior.

Esta eliminación de unos pies y la selección de otros tiene consecuencias diversas sobre el suelo, los pastos y arbustos pero también sobre el propio arbolado, pues supone una reducción no sólo del número de árboles sino también de la biodiversidad, de la variedad genética. No consideraremos ahora el proceso de selección conocido como entresaca, es decir, eliminación de árboles, que se verá al hablar de la poda puesto que se hacía con ocasión de ésta, pero sí nos referiremos a sus consecuencias en lo que toca a esta simplificación. En efecto, la selección, ya sea por supresión de pies o de matas de renuevo, supone favorecer a un cierto tipo de árbol frente a otro. Con el ahuecado disminuyen las posibilidades de polinización cruzada, de intercambio genético entre individuos diversos genéticamente, con lo cual los árboles próximos tienen el problema de un mayor grado de consanguinidad. Los humanos priman y contribuyen activamente a la proliferación de ejemplares con ciertas características comunes, cual es el caso de la producción de bellota, que hacen que se vaya eliminando material genético que no responda a este criterio y que los árboles que se dejen sean aquellos que provienen de otros con esas características, con lo cual terminará habiendo una cierta descendencia de las mismos troncos, y nunca mejor dicho. Con el aclarado y con la mayor distancia aumenta también la importancia de la autofecundación y fecundación con pocos árboles padres, que además suelen parecerse entre sí por ese aclarado (Montoya, 1989:12). Con todo

ello, en lo que quiero insistir es en que la dehesa, el monte hueco, es el resultado de una ingeniería del paisaje, de una manipulación genética, de una intervención humana con fuerte intencionalidad productiva, aunque en un principio pudiera parecernos que estamos ante pura naturaleza, en tanto en cuanto la comparamos con otros agroecosistemas más claramente creados por los humanos, y no tanto conducidos, guiados por los humanos, como es nuestro caso.

Pero pasemos a ver la regeneración de la arboleda y hagámoslo señalando que quizás por ser un proceso que no se hacía de golpe, sino dilatado en el tiempo, con ocasión de otras actividades y de forma bastante discrecional, no ha resultado nunca uno de los hechos más llamativos del mundo de la dehesa. No obstante, era una práctica capital de la cual dependía el funcionamiento de todo el agroecosistema. En efecto, sólo se conoce en el área de estudio un caso de siembra de una pequeña extensión de alcornoques, y fue antes de la Guerra Civil. Por tanto, la técnica casi exclusiva de regeneración de la arboleda era el resalveo, es decir la conformación de nuevos árboles seleccionando y guiando aquellos renuevos que naturalmente los árboles producían.

De manera natural, la encina posee una gran capacidad de regeneración y puede brotar tanto de raíz como de cepa o fruto. Las raíces superficiales tienen gran capacidad de rebrote, siendo además un sistema radical amplio tanto en profundidad como en extensión horizontal. La regeneración por bellota se da normalmente bajo la copa, en el goteo de árbol, aunque también puede darse fuera de él debido a los rebotes o la acción de los animales que las pueden transportar, sobre todo las palomas. En la dehesa, la colonización natural del suelo por la encina, por las carrascas, había de ser controlada mediante el laboreo, el pastoreo o la roza. Estos eran los elementos que podían impedir el desarrollo de los renuevos. Así, el aprovechamiento del fruto por los animales, a diente o tras la cosecha de la bellota, y en cualquier caso de forma intensiva, restaba posibilidades a la regeneración por fruto, aunque no la impedía pues siempre quedaban bellotas que podían germinar. Al no ser las cargas ganaderas muy intensas, no

suponían un excesivo problema de compacidad y dureza del suelo para la regeneración, aunque el ganado, sobre todo las cabras, sí podía atacar los renuevos. El laboreo también iba desenraizando y eliminando renuevos, pero removía la tierra y la hacía esponjosa, favoreciendo el enterramiento y la germinación, además de que, como veremos, se buscaba respetar ciertas matas al labrar. La roza actuaría contra la proliferación excesiva de matas. De esta forma, ponderando en cada práctica la necesidad de la reproducción de la arboleda, se procedía al final al resalveo.

Como ya decimos, no se daba la siembra de plántones ni de bellotas en un espacio concreto, destinado a la repoblación y vedado para tal menester. Tampoco era usual el que los dueños o empleados de las fincas esparcieran o enterraran bellotas en ciertos lugares, en rodales o claros por ejemplo, para que germinasen. Sólo nos aparece esta práctica en casos muy aislados, de algún ganadero que ocasionalmente enterrara alguna, con el garrote, por ejemplo. En estos casos se trataba de aquellas que viera mejores y de buenos árboles. Pero, insistentemente, era infrecuente y asistemático.

El proceso de resalveo era tal cual sigue. Allá donde la arboleda estuviera más clara, o en las proximidades de árboles de cierta edad o poca salud, se iban dejando algunos chaparros al desbrozar o algunas matas de las *machorreras* al roturar. Se llama *machorreras* a los brotes de matas que surgen del suelo configurando una pequeña formación en medio de los pastizales¹. En las roturaciones había de tenerse cuidado tanto de ir dejando resalvos como de no dañar los chaparros, o pimpollos si de alcornoques se trataba. En las fincas pequeñas, los campesinos ponían especial interés en garantizarse esta renovación y en ello coincidían con los grandes propietarios. Sin embargo, éstos últimos debían valerse de los guardas, sobre todo en las fincas donde existían colonos, pues intentaban aprovechar al máximo la superficie de tierra que les habían concedido para sembrar y, al no ser suya la

¹ Los técnicos suelen llamar briznales a los espacios colonizados por matas incipientes.

finca ni estar directamente interesados por la arboleda, podían llevarse por delante con el arado algún que otro resalvo. También los guardas y la propia Guardia Civil intervenían con frecuencia para impedir que los jornaleros arrancasen carrascos para leña o picón.

En las zonas montañosas, con gran cantidad de matorral, el problema de la regeneración era menor y el peligro venía fundamentalmente del sistema de roza y quema, hecho casi siempre por colonos o *pejualeros*, con el que se solía explotar agrícolamente cada cierto tiempo estos lugares. Aunque las matas arrancadas se juntaban todas formando una *rodeá* para ser quemadas en verano, el fuego también podía afectar a veces al resalveo, por accidente o por interés de los colonos en ello. Aunque el ganado era un enemigo potencial del renuevo, las relativamente bajas cargas ganaderas y el hecho de ir permanentemente custodiado el ganado hacía menos dificultosa la preservación de los resalvos.

Al llegar la época de la poda de los árboles ya formados, las tres o cuatro matas que se habían ido dejando crecer en algunos lugares se limpiaban un poco y se iban haciendo chaparros o pimpollos. Se dejaban varios ejemplares por si alguno de ellos, por distintas causas como enfermedad, ataque de animales, imprudencias con el arado, etc., no prosperaba. Además, eso permitiría luego elegir entre los que se considerasen más adecuados o bonitos. Cuando tenían al menos medio metro se les daba una poda de formación, que consistía en ir cortando los brotes inferiores de las ramas, ir *resubiendo* el chaparro, abriéndolo por el centro para, con el tiempo, dejarlo en dos ramas y hacerle una pequeña limpieza que lo hiciera crecer más y mejor. Se buscaba a la larga aplanar y extender la copa, para hacer más fácil la poda y el vareo y aumentar la producción de bellota (Montoya, 1989:106). Algunos señalan la conveniencia de dejar la *horcaja* o cruz más o menos "a la altura de tu barriga porque si es más abajo quedan muy bajas y, si no, le crece demasiado el tronco". Limpiar el fuste a más baja altura podría ser problemático al no poderse prever aun el desarrollo del árbol y poder romperlo el ganado al rascarse contra ese tronco, sobre todo el vacuno.

En el caso del alcornoque, las podas, tanto de formación como en menor medida de mantenimiento, habían de mirar también por la producción de corcho, de acrecentarla en cantidad y calidad. Había de procurarse dejar un fuste limpio y recto para que diera en el futuro buenas planchas de corcho. Tras la cruz u horcaja había también de procurarse ir dejando un espacio limpio en que se desarrollase también el corcho que podría sacarse, procurando que se pudiera ir resu- biendo la superficie de descorche lo más posible, pero sin excesos.

Aunque en terrenos especialmente afables, llanos y con suelos de mucho desarrollo, existiesen algunos árboles con tres ramas, la regla general era que todos tuviesen dos. Varias personas de la Puebla y Santa María, conocedoras del tema, señalan que se procuraba que las ramas que se dejasen estuviesen orientadas la una al saliente y al poniente la otra, para que crecieran mejor, debido a que el árbol estaría más soleado y recibiría antes el sol en los muchos días de duras heladas que se acostumbran en la zona y, además, estaría más resguardado de los aires nortizos, considerados los más malos. Dicen estos hombres que siempre las ramas orientadas al saliente "*tiran más*", son más grandes. Pero esa no es una opinión compartida por el resto de los entrevistados, que sostienen que la orientación hacia uno u otro lado no es algo significativo y que, además, no es posible dirigir su crecimiento ya que es el propio árbol el que echa los brotes hacia un lado u otro, y no siempre las ramas orientadas en dichas direcciones son las más buenas. Según ellos, se iban dejando sencillamente las ramas mejores. Incluso si se había dejado ya alguna rama y surgía un chupón, o brote nuevo, que fuera mejor, se suprimía aquélla y se dejaba éste. Lo que sí señalan como conveniente era que las dos ramas fueran orientadas "*como la besana*", perpendiculares a la pendiente, para que allí donde ésta fuera pronunciada no hubiese una altura excesivamente grande entre el suelo y las ramas del árbol situadas cerro abajo, ni demasiado pequeña cerro arriba. En el primer caso la razón sería el peligro agravado que dicha altura supondría para el *talaor* si sufría una caída al podar, en el segundo el daño que el ganado podría causar al árbol y los problemas para las labores bajo el

mismo, por la poca distancia, para el arado con bestias por ejemplo. Algo parecido sucedía con la altura a la que se debía dejar la *horcaja* del árbol, pues no debía ser ni tan elevada que creara dificultades para subir al árbol ni tan baja que impidiera el paso de personas y bestias y permitiera que lo castigara el ganado.

ENFERMEDADES Y PLAGAS

Una vez vista la regeneración, pasemos a ver aquello que podía suponer un problema para la continuidad de la arboleda ya formada, las enfermedades y plagas y su tratamiento. Como enfermedad sólo cabe consignar una patología de menor cuantía, la *Taphrina Krichii*, conocida como *escoba de bruja*, por asemejarse a una escoba, aunque en otros casos más bien pareciera un huso o globo colgante. Son estas unas ramas amarillentas que desarrollan algunos árboles y cuando son abundantes les quitan la fuerza, haciendo que no produzcan bellotas. Se trata de un hongo parásito que hace morir la rama en la que se forma y en algunos casos, si hay ataques de insectos, puede secar todo el árbol (Montoya, 1989:36). Si no proliferaban no se les hacía mucho caso y si era necesario se podían cortar con un hocino o con el hacha. Se solía aconsejar limpiar el hacha con que se hubiese cortado la *escoba* antes de dar otro corte, por transmitirse el hongo de esta forma, pero esto era cosa que no siempre se observaba.

El de las plagas era un asunto más importante. A principios de la década de los cincuenta las plagas de lagarta eran una continua desazón. Por este nombre se conocía a varios insectos: *Tortrix viridiana*, pequeña y de color verde o grisáceo y que era la más frecuente; *Lymantria dispar*, que en algunos sitios llaman lagarta peluda, de mayor tamaño; y *Malacosoma neustria*. Las orugas de todas ellas destrozaban las cosechas de bellota al comer los brotes. Unas u otras solían dejarse ver casi todos los años, si bien no en todos causaba el mismo perjuicio. Aunque en casos extremos llegaban a comerse incluso las hojas de las quercíneas, lo normal era que sólo atacasen los brotes, no suponiendo un problema para el árbol en sí, sino sólo para la

cosecha. Hasta mediados de los años cincuenta no se conoció tratamiento alguno contra la lagarta pero a partir de entonces se comenzó a fumigar sistemáticamente en la zona, primero con cuadrillas de hombres que iban de finca en finca y luego, ya metidos en los años sesenta, incluso con avioneta.

El trabajo en la fumigación fue un hito importante en Pallares, de donde un número considerable de jornaleros, una vez terminada la primera campaña en la zona, hacia 1956, marchó a Andalucía y otros lugares de España a trabajar de forma itinerante en fumigaciones durante bastantes años. Algunas fincas grandes adquirieron máquinas para sulfatar y en algunas más pequeñas las conseguían prestadas, alquiladas o cedidas por la organización sindical franquista. Se fumigaba en primavera, hacia el mes de abril, cuando aún no había nacido la bellota. Las consecuencias sobre la enfermedad fueron inmediatas y la lagarta dejó de ser un problema, pero los perjuicios para la fauna fueron considerables ya que murieron pájaros como gorriatos montesinos, herrerillos y acaburdones que, en el caso de éstos últimos, dejaron de verse bastante por estas tierras. Hay que tener en cuenta que la fumigación se hacía en la época crítica en que estas aves están criando en los árboles.

Otra plaga recurrente era la de unas orugas llamadas aquí *lobitos*, que se extendían a partir de nidos que aparecían en los árboles. Los quejigos solían ser los más afectados por ellos y en los que primero aparecían, y ello quizás se debiera al hecho de ser más temprano su fruto que el de las otras quercíneas. Pero del mal no se libraban tampoco las encinas y alcornoques, ni los frutales incluso. Al igual que sucedió con la largarta, las fumigaciones dieron cuenta de este mal, aunque con anterioridad se venían aplicando remedios algo más pedestres, cuales eran arrancar los nidos con un hocino o quemarlos con un trapo o un algodón impregnado de gasolina y metido dentro de una lata sujeta al extremo de una vara larga. Un problema menor lo constituían los gusanos (el *Balaninus*, por ejemplo), que podía dañar las bellotas pero sin llegar a afectar a cosechas enteras ni mucho menos, sino a algunos frutos.

Un hecho que se nos señala como importante en la producción de bellota era el del beneficio que aportaba el polvo que se desprendía en el laboreo, cosa que colateralmente se puede constatar en un refrán que reza: *"cuando vayas a ver una montanera no vayas por camino ni por carretera"*. Ello nos está evidenciando los efectos positivos del polvo sobre los árboles, relacionados con el papel que tienen al impedir las condiciones de desarrollo de las enfermedades, sobre todo en la bina, el pase de arado que se daba en primavera, tiempo crítico para el desarrollo de las plagas.

ENTRESACA Y PODA

Los árboles eran los elementos más maduros del ecosistema y, de no ser manejados mediante la poda o evitando con la entresaca su reproducción natural y consiguiente adensamiento, emplearían la mayor parte de su energía en sí mismos, por lo que con estas dos prácticas culturales se conseguía utilizarlos como proveedores, como exportadores de energía en uno de los procesos de rejuvenecimiento periódico del agroecosistema. Al eliminar los pies en entresaca, sus ramas se utilizaban para leña y ramón, y al podarlos se conseguían igualmente estos productos más una cosecha mayor de bellotas. Habida cuenta de los raquíuticos jornales y de los relativamente buenos rendimientos que se obtenían por leñas y carbón, además de los beneficios indirectos o diferidos obre otras producciones, estas labores culturales eran sistemáticamente realizadas.

La entresaca y la poda eran trabajos que se hacían al mismo tiempo. No quiere decirse que siempre que se podase se hiciese una entresaca sistemática, pero sí que cuando se pretendía clarear algo la dehesa se hacía con ocasión de la poda, aprovechando la misma. La razón era que los encargados de caer y aprovechar las encinas eran los carboneros, que hacían cada año su trabajo con las leñas de la hoja a la que cada año le correspondiera la tala, que es como en la zona se llama a la poda de mantenimiento.

De los efectos del clareo del arbolado ya hemos hablado algo al principiar este capítulo, así como de la cobertura y sus grados. Conviene añadir que el manejo de la cubierta arbórea tiene consecuencias sobre la producción tanto de bellota como de leña y también de pasto, tanto por la calidad como por la cantidad, por la masa como por la composición. Dependiendo de las características de las fincas, de los árboles y pastos, del interés productivo o estratégico de cada uno de los elementos, se determina la cubierta conveniente para cada espacio. La producción de pastos precisa de espacios relativamente abiertos y árboles de cierta altura, pero ambas cosas no en exceso porque a su vez pueden dar lugar a pastos pobres. La cobertura del suelo por las copas de los árboles en las dehesas puede ir de un 10% en los majadales y zonas más afables hasta incluso un 60% en zonas de fortísima pendiente. Una buena producción de bellotas, según Montoya, se asocia a coberturas de un 20 a un 30%, pues en pendientes superiores tiene muchas dificultades, pero la producción óptima de leña estaría más bien hacia un 60% (Montoya, 1989:93).

En la mayoría de las grandes fincas se llevaba a cabo regularmente la entresaca y en la hoja que se podaba cada año se cortaba alguna encina. En la entresaca se eliminaban los pies que se consideraban sobrantes, bien por estar demasiado espesa la arboleda, por estorbarse los árboles entre sí, por estar en malas condiciones, tener formas irregulares, etc. A la encina hay que *"darle su marco, que no esté apretada, que tenga suelo y le dé el sol"*.

La entresaca también refería a la eliminación de chaparros que se habían ido formando, para dejar definitivamente sólo algunos de ellos, como acabamos de ver. Lo habitual era ir entresacando algunos pies en las hojas de tala pero, a veces, en zonas densas de arboleda, se hacía la entresaca de toda una finca o parte de ella, independientemente de la tala. Hemos constatado algunos casos de entresaca en varias fincas inmediatamente después de pasar a manos de un nuevo propietario.

Como dijimos, este clareo suponía un proceso de selección (añadiendo al otro proceso selectivo del resalveo), primando árboles de ciertas

características, formas, producción frutera, calidad del fruto, etc. En este sentido se llaman castizos a los árboles (ya sean quercíneas, olivos u otros) que dan mucha bellota o lo hacen con más regularidad, con menos vecería. Para ello era importante el conocimiento lo más individualizado posible de cada árbol, cosa que venía favorecida por el conocimiento que de cada espacio y lugar tenían los campesinos o los muchos empleados de las fincas, lo que más adelante trataremos como conocimiento reticular. Así, por ejemplo, los porqueros o los *gorderos* que iban con el ganado en montanera sabía bien cuáles eran las encinas castizas, cuáles las más tempranas o tardías, las de bellota más dulce, etc. Lo mismo podía suceder con los guardas y con otros ganaderos.

Dependiendo de las fincas, era el dueño, el guarda o el manijero de la poda quien señalaba qué árboles se debían entresacar. La entresaca requería de autorización administrativa pero no siempre era debidamente controlada. En fincas muy grandes con gran cantidad de árboles o en las que no hubiese un buen control por la propiedad o los guardas, era frecuente que los carboneros, que eran quienes se encargaban de entresacar, cayesen ocultamente encinas, tapando de alguna forma los troncos serrados, por ejemplo, haciendo sobre ellos una carbonera. En las fincas pequeñas eran menos frecuentes las entresacas debido a que los dueños eran más respetuosos con los escasos árboles con que podían contar y a que, al existir más presión sobre la parcela por las necesidades del ganado, el resalveo era más difícil y había que cuidar más los árboles ya formados.

La deforestación por eliminación de toda la arboleda de una parcela no se conoció en los años cincuenta y los hechos anteriores de este tipo los sitúan los informantes alrededor de la Guerra Civil, refiriendo casi siempre a lugares no muy distantes de los pueblos. Estos terrenos fueron luego destinados a tierra de labor, olivar o alguna viña.

Vista la entresaca, pasemos a la poda de mantenimiento de la arboleda que, como dijimos, recibe en estas tierras el nombre de tala y así la llamaremos en adelante cuando a ella nos refiramos. Ante todo, hay que señalar que la poda es la forma de artificialización del árbol por excelencia, destinada a la extracción directa y periódica de

energía, en forma de ramón y leña, y un mecanismo a su vez para garantizar una mayor producción de energía en forma de bellotas y de más ramas nuevas, así como de corcho en el caso del alcornoque. Ya vimos cómo los árboles de la durisilva tienden a acumular en tejidos resistentes todo aquello que sintetizan, como una forma de adaptación a las difíciles condiciones ambientales, formando troncos y ramas duras y resistentes. Con la madurez, la cantidad de energía que se precisa para el mantenimiento del material maduro es proporcionalmente mayor que la que destina a producir ramas tiernas y fruto. Lo que persigue la intervención humana es conseguir que dentro del propio árbol haya una parte madura y otra más joven, que produce los excedentes más interesantes para el ganado. Para ello se necesita una inyección periódica de energía, la que se emplea en el proceso de tala. Esta artificialización hará que la vida media del árbol suele acortarse, sobre todo si las talas no son cuidadosas. El crecimiento en diámetro del árbol disminuye, y con él la capacidad de cicatrización. Los cortes son heridas por las que pueden penetrar las enfermedades (Montoya, 1989:106). A cambio, el árbol da mayor producción. Las podas de rejuvenecimiento apenas si se constatan en nuestro caso debido a que el cuidado de la arboleda y la sistematicidad de las labores culturales solían garantizar el buen desarrollo. Además, caso de toparse con árboles muy desmejorados, era preferible su entresaca y sustitución por resalvos, habida cuenta de la enorme potencialidad de regeneración de la arboleda en la zona.

La tala de esta zona puede considerarse como una poda de mantenimiento y una poda de producción a la vez. Al mismo tiempo que se iba podando el árbol para que se mantuviese en buen estado y tuviera aptitud para dar fruto y ramas, al talar se conseguía una producción de ramón y leña. Así, la tala atendía a varios propósitos. Desde el punto de vista del árbol, contribuía a darle una forma adecuada y a su desarrollo, eliminando ramas deterioradas o de poca producción y las que estorbaban o pudieran desdecir de la estética y equilibrio del ramaje. Por otra parte, suministraba ramón para el ganado y leña para uso directo como fuego en las casas o como materia prima

para el cisco y el carbón. Eliminando ramas y hojas, se hacía que la energía que el árbol recibe se concentrase más en la producción de bellotas y la cosecha fuera mayor. Finalmente, hacía que se soleasen mejor los barbechos y llegase más luz a los cultivos que habrían de crecer bajo los árboles.

El ciclo de tala de la arboleda se ajustaba al ciclo de los cultivos pues se tendía a podar aquella hoja que se iba a hacer de barbecho. Por tanto, el ciclo ideal de tala era de cinco años. Además, con una tala en un periodo más corto no se daría tiempo al árbol a recuperarse. Sin embargo, intervenía una serie de variables que hacían que no siempre, o no en todos sitios, esa norma se llevase a término. En algunas fincas o partes de fincas con suelos de menor desarrollo y peor calidad se alargaban las rotaciones de cultivos y también las talas, pudiéndose talar cada siete u ocho años. Hay que tener en cuenta que no se trata sólo de acompañarse con los cultivos, sino que en las tierras de peor calidad no sólo tiene menor beneficio la sementera sino también el propio árbol que, por tanto, tiene menos vigor, desarrolla menos sus ramas y da menos fruto. Es en fincas muy grandes donde se ha constatado especialmente un mayor espaciamiento y en ello incidiría también la mayor disponibilidad de tierra para cultivo, sobre todo para el cultivo directo. En este sentido, el manijero de tala de una gran finca refiere que, a veces, no se taló en la hoja que habían de sembrar los colonos, a diferencia de aquella otra que sembraba directamente el dueño, a la que no le faltaba la tala oportuna. En las fincas pequeñas en las que no se seguía el ciclo de rotación de cultivos típico, debido a que sus dueños eran a la vez colonos y sembraban en otras fincas, no se alargaban los ciclos de poda excesivamente, ya que precisaban de la leña para el consumo propio y, además, la producción de ramón y bellotas era crucial para mantener el poco ganado con el que contaban. La otra circunstancia que hacía variar los periodos de la tala era la necesidad de alimento para el ganado, debido fundamentalmente a las condiciones climáticas. Los años malos se talaban mayores superficies, volviendo a podar árboles que no hacía mucho habían sido talados.

Para los árboles, la época más adecuada de tala es aproximadamente de octubre a marzo, tiempo éste en que no corre la savia. En general, la tala tenía lugar de enero a marzo. En efecto, lo habitual era comenzar la tala tras las Navidades, una vez que la bellota hubiera caído y hubiese sido aprovechada en gran parte de la finca, ya fuera cosechada por las cuadrillas o consumida por los cochinos a pié de árbol, como veremos más adelante. El día de San José había de estar terminada la tala y hasta esa fecha se llegaba en las fincas grandes. Ahora bien, todo ello estaba supeditado también a las necesidades de comida del ganado. En años malos se empezaba a talar mucho antes, en septiembre u octubre si no llovía en otoño y escaseaba la hierba. Los años en que los árboles no daban bellota también era frecuente adelantar la tala para preparar los árboles podando las ramas innecesarias, *"para quitarle miseria y darle beneficio para el año siguiente"*. En casos extremos incluso se podían caer ramas menudas para ramón en cualquier época del año, siempre que se obtuviera permiso para ello.

Cuando de adelantar la época de tala se trababa, se empezaba por talar aquellos árboles que no hubiesen dado bellota, tuviesen poca o ya se hubiera aprovechado. Los años en que atacaba la plaga de lagarta eran muchas las encinas que se podían talar desde primera hora. Se procuraba adaptar la cantidad de ramón que se caía a la cabaña ganadera de la finca y esto ocurría, sobre todo, en las fincas más pequeñas, en las que podía talar una sola personas y, si era propietario, a ratos perdidos incluso o de forma discontinua, para ir dando tiempo a que el ganado comiese lo que se iba cayendo. También en explotaciones mayores, en vez de buscar muchos *talaos* y acabar pronto, podían recurrir a algunos menos pero alargando el periodo de tala.

En los años cincuenta las herramientas de poda eran exclusivamente las hachas, que variaban de tamaño según el tipo de corte de que se tratara: pequeñas para limpiar y cortar ramas pequeñas y chupones, hachas mayores para talar ramas de gran grosor. Los aspectos críticos de la tala se resumen en dos: el corte y la elección de las ramas que se han de cortar. De ellos dependerá la salud del árbol y su forma. En cuanto al primero, la regla de oro de los *talaos* de la

zona era que el corte no fuera plano, sino sesgado, "*de oreja de mula, para que corra el agua y resbale, porque si lo das plano se para el agua, se forma un agujero y se termina pudriendo*". Siempre que fuera posible se había de procurar también que la parte cortada quedara hacia abajo, para estar más protegida. El corte plano, además, presenta el peligro de que la rama se raje y de que la superficie no quede lisa. Lo mismo sucede si el golpe se da con demasiada fuerza.

A diferencia de otros árboles, como por ejemplo el olivo, y a pesar de su dureza y reciedumbre, la encina es vista respecto a los cortes como un árbol delicado y necesitado de muchas prevenciones. En la encina, los cortes en ramas de cierto grosor no *repurgan*, es decir, no sanan o cicatrizan y vuelven a brotar, sino que pudren: "*Todos los cortes pudren, si no por fuera, por dentro, y el árbol envejece más pronto*". De lo que se trataría, en definitiva, sería de moderar la aceleración inexorable hacia el envejecimiento y la muerte que supone la artificialización del árbol con la poda. Los cortes son puertas abiertas a las enfermedades y, así, mientras más pequeñas sean las ramas que se corten, menor el peligro de pudrición: una rama gorda cortada puede ser la muerte de la encina. Además, al cortar ramas grandes el árbol queda desproporcionado pues es mucho el tiempo que puede pasar hasta que otra rama venga a cubrir el espacio que ella deja, ya que el crecimiento de la encina es lento.

Lo que define a un buen *talaor*, lo que lo hace como tal, es saber dar forma al árbol, saber qué ramas son las que se han de cortar. A la hora de determinar esto, los informantes introducen referencias a la singularidad, habilidad e incluso al arte que cada persona tiene para ello. Hay quien alude al componente de capricho, de intuición o de estilo personal. Podemos encontrarnos con afirmaciones del tipo: "*Con el talaor pasa lo mismo que con el barbero, lo bonito está en saber cortar*". Independientemente de los estilos individuales, en cada pueblo solía haber un determinado estilo de tala, un canon, que marcaba qué tala era, en líneas generales, la correcta y a la que por tanto se consideraba bonita. No obstante, hay que señalar que lo que a continuación se dice refiere a la poda de la encina, y que en lo

tocante al quejigo y alcornoque se harán las matizaciones oportunas cuando haya diferencias significativas con las técnicas aplicadas a la encina.

Ya hemos dicho que la inmensa mayoría de los árboles de la zona tenían dos ramas principales, las *ramas de cruz*, de las que a su vez surgía un número variable de ramas secundarias, llamadas de *segunda cruz*. Lo que había que buscar en cualquier caso era dejar la encina redonda a la vista exterior, de tal manera que aunque al haber dos ramas pudiera quedar un espacio vacío entre ellas esto no ocurriera, ya que otras ramas que surgieran de estas dos principales vinieran a cerrar ese portillo, o espacio vacío entre ramas. No obstante, hay quien señala que antiguamente eso no ocurría siempre así, al menos en la Puebla pues en algunos casos *"no se quedaba redondo, sino como unas tijeras, porque lo que se quedaba redondo eran las dos ramas"*. En estos pueblos se buscaba siempre dejar las encinas cerradas y redondeadas por fuera pero abriéndolas por el medio; es decir, eliminando los *sombreros*, o ramas que crecieran verticales encima del tronco o aquellas que impidieran que por esa zona central del árbol entrase luz, que se solease y diese bellota. Además, si se dejaban ramas en el centro crecerían hacia arriba, creando dificultades para subir a podarlas posteriormente, aparte de estorbar a las ramas laterales. Otra razón añadida para suprimirlas es que las ramas que se desarrollan verticalmente dan muy poca bellota. Sólo donde era necesario se dejaba algún chupón o rama nueva y se procuraba derivar la fuerza del árbol hacia afuera.

En cuanto al resto de ramas, lo que había que procurar era que aquellas que habían crecido desde la última tala no estorbasen a las otras, no las *entrillasen*. Había que eliminar las que molestasen o se preveía que fuesen a molestar en un futuro y dejar aquellas otras que fuesen guiando al árbol y dejar también los chupones o renuevos que en un futuro cubrirían el hueco que dejasen otras que se previese fueran a morir o debieran terminar siendo eliminadas. Antes de limpiar las ramas que se iban a dejar, lo que se hacía era proceder a cortar las que se hubiese decidido eliminar, para que no molestaran en las operaciones.

Hemos señalado que había de evitarse a toda costa cortar ramas de cierto grosor pero, aunque era lo deseable, no siempre era posible por diversas causas: enfermedad, rotura, acción de los elementos atmosféricos o por el simple interés por la leña u otras razones. Aunque la mayoría de los *talaos* viejos ponen en cuestión su efectividad y la señalan más como una práctica propia del olivar, a veces lo que se hacía en estos casos era dejar una *tala* o renuevo situado unos centímetros más arriba del corte para que no pudriera tanto y a la larga supliese a esa rama. Cuadrar el árbol, darle la forma proporcionada, precisaba a veces de diversas perspectivas y había de mirarse desde arriba del árbol y desde abajo, para lo cual se podía contar, cuando era más de un *talaor*, con la ayuda de algún compañero y/o del manijero.

En la poda se limpiaba el árbol de ramas que no dieran buen fruto, que estuvieran secas o no en su pleno verdor, cual era el caso de las ramas inferiores, a las que menos les daba la luz y que podían estar también a merced del ganado, o por lo menos de las vacas en algunas ocasiones. Como queda dicho ya, se buscaba también eliminar ramas demasiado verticales, por los problemas que generarían respecto a la forma del árbol y por las dificultades posteriores para talar y varear, además de por dar menos bellotas.

La limpieza de las ramas y las copas era una operación más fácil, aunque también precisaba de la discrecionalidad del *talaor* a la hora de dejar ciertos chupones para suplir ramas y llenar los portillos que pudieran dejar ramas que se cortaran o se cayeran en un futuro. A este respecto, ya en aquella época existían discrepancias, que habrían de repetirse años más tarde, entre los *talaos* de la zona y los de otros pueblos. Por ejemplo, los *talaos* de Cabeza La Vaca, que trabajaron algunas temporadas en ciertas fincas de Pallares y Santa María, critican el tipo de tala que se hacía en estos pueblos porque dejaban completamente peladas las ramas, *las cañas*, desprotegidas totalmente, mientras que ellos las dejaban más vestidas y, además, esos renuevos darían más bellotas. Los lugareños replican que los de Cabeza La Vaca dejaban demasiados chupones que sólo servían para mortificar la

encina y que no es cierto que den más bellota sino que, por el contrario, chupan savia y se la quitan a aquellas ramas ya formadas que son las que dan bellotas. Además, el que las bellotas las diesen las ramas interiores crearía problemas a la hora de varearlas. Por tanto, los chupones se debían dejar donde era necesario para tapar posibles portillos y nunca encima de la caña del árbol, sino en los lados de aquélla.

Cuando se trataba de podar para ramoneo exclusivamente, la tala era más ligera, limitándose a limpiar las ramas. En algunos lugares vecinos, como El Real de la Jara, esta modalidad recibe el nombre de *tala cabrera*.

La tala del alcornoque presentaba diferencias, sobre todo en la forma de abrir el árbol. Así, no se le quitaban las ramas del centro, para que así hicieran de sombrero y protegiesen el tronco, donde se cría la corcha, que es como aquí se suele denominar al corcho. Con mayor motivo si cabe que en la encina, no se debían cortar las ramas cercanas a la cruz, pues hasta ellas se puede extraer corcho. Además, no se podía talar los alcornokes en los dos años anteriores y posteriores a la extracción del corcho, hasta haberse recuperado de esta crisis y poder afrontar las heridas de la poda. Al tener que respetarse ese principio, la poda de esta quercínea no podía acompasarse con la cadencia de tala de las hojas de cultivo, cada cinco años, ya que la saca del corcho se hacía cada nueve. Ahora bien, al tratarse de zonas de sierra y de suelos cortos, el laboreo en ellas no tenía esa periodicidad canónica del resto de la dehesa y podía ajustarse al ciclo de saca de los alcornokes. Finalmente, como otra especificidad, la poda del alcornoque precisaba de mayores precauciones por parte del *talaor* ya que sus ramas son bastante más endebles que las de las encinas y, por tanto, se rompen con facilidad al subirse sobre ellas.

Los quejigos requerían una poda que presentaba grandes diferencias respecto de la del alcornoque y la encina. A los dos o tres años de haber sido cortada una rama de quejigo ya vuelve a tener otra que además puede dar bellota pues, a diferencia de la encina, el fruto lo da más por el ramaje nuevo que por el viejo. Por tanto, se talaba *al*

desmoche, dejando las ramas nuevas y cortando las viejas por su nacimiento, volviendo a retoñar por ese corte. Algunos se llegaban a desmochar por completo.

Pasemos ahora a considerar los usos del producto de la poda, de los leños y ramas, pues del ramón y su aprovechamiento por los rumiantes hablaremos en otro apartado. En cuanto a la leña para combustible, la más utilizada tanto por su abundancia como por su calidad era la de encina. Es la de mayor poder calorífico, no sólo de la zona, sino de la de los árboles existentes en España. La leña de alcornoque era poca, de menor poder calorífico y, además, con el inconveniente de estar revestida de una capa de corcho, de bornizo, por lo cual, para utilizarla en la candela había que desprenderlo de la madera. No obstante, el aprovechamiento integral de los recursos en las economías campesinas y la menesterosidad de las clases populares hacía que en algún caso también se aprovechara esta leña, toda vez que el rebusco del bornizo era una fuente de ingresos para los jornaleros y con ocasión del mismo podían acceder a la leña. Su uso para candela y cisco era muy reducido, utilizándose, eso sí, para carbón, aunque no de la calidad del de encina. La leña de quejigo era un combustible endeble y enseguida se hacía ceniza, aunque daba buenas palancas.

En las fincas pequeñas, la leña se destinaba casi en exclusiva al autoconsumo, salvo en alguna que otra en que a veces se hacía algo de carbón. La leña gorda, es decir, el tronco de las ramas secundarias y terciarias, se consumía en la candela, del campo y del pueblo. La leña menuda o taramas también era para la candela y, en menor medida, para picón.

Al hacer la candela, en la parte de atrás se sitúan los leños más grandes, que pueden ser del propio tronco del árbol o las ramas secundarias. Ante ellos, y sobre aulagas (aquí llamadas *albulagas*), escobas o pasto seco que sirve como encendaja, se ponen las taramas, las ramas menudas sin palos ni leños, y sobre ellas y el tronco de atrás, palos de grosor creciente. Así, el combustible más ligero y que primero arde va encendiendo al más grueso. Las taramas que sobra-

sen se vendían o se daban a la gente de los pueblos a cambio de algunos sacos de picón, o para la candela.

Hay que señalar que en aquella época en los pueblos se consumía menos picón que actualmente, pues las gentes se valían más de la candela como calefacción de la casa, además de como medio de hacer la comida, calentar agua, etc. Alrededor de la candela o cerca de ella se sentaban las gentes, a charlar o incluso comer. En algunos casos, sobre todo entre los jornaleros, apenas se hacía uso de una mesa camilla, que en algunos casos no existía, mucho menos en las casas de los trabajadores que vivían en casillas, por ejemplo.

En las grandes fincas, la leña gorda tenía varios destinos. Una parte se usaba para el consumo de las fincas y las casas de los propietarios; alguna se podía dar o, más bien, vender a los empleados; otra cantidad se daba como pago en especie a los *talaores* y la restante era la que se destinaba a carbón. Lo mismo sucedía con la leña menuda, excepto que no se dedicaba a carbón sino a picón. En alguna finca se vendían a los vecinos de los pueblos *retazos*; es decir, la leña caída por los *talaores* que había sobre una determinada extensión de terreno. El guarda señalaba (*rayaba*) esa extensión a quien la quisiera y la leña debía ser retazada o troceada por aquellos que la compraban. Los *talaores*, si tenían leña de sobra con la que recibían como parte del jornal, podían vender alguna carga en los pueblos, a particulares o a panaderías.

De las ramas y troncos de las encinas se hacían asientos y tajos para partir y retazar, por ejemplo la carne o leña, así como palancas para sujetar parras, construir chozas y para otros menesteres. También era muy apreciada la madera de encina, una vez curada bajo tierra, para fabricar cazuelas y cucharas. Se hacían también piezas para ciertos aperos, como es el caso de arados o de cangallas, estructuras que se ponían sobre las bestias para transportar leña o haces. La madera del alcornoque se raja con facilidad y es también difícil de trabajar por lo que no era apreciada en carpintería u otros usos. Finalmente, de los quejigos se sacaban palancas, varaes para los carros y varas para aperos de labranza, ya que las había muy derechas.

Si las labores realizadas a la arboleda reportaban todos los beneficios consideramos más arriba, también tenían sus problemas. Los principales vinieron dados en aquella época por la presión del carboneo. Una frase de un *talaor* antiguo, que puede resultar paradójica, nos resume la situación: *"La encina se corta hoy menos que se cortaba antes, pero antes se talaba mejor"*. Vayamos por partes; la tala con hacha, a jornal o por los campesinos y no a cambio de la leña hacía que la tala fuese respetuosa con los árboles. Por otra parte, la sistematicidad de las labores de poda hacía que las ramas no alcanzaran un grosor desmesurado entre podas y, caso de ser necesario cortar alguna rama, no supusiese un peligro para el árbol, al tratarse de cortes de poco diámetro. La asiduidad de las podas hacía que existiese una mano de obra avezada en ese menester y con bastante conocimiento y habilidad. Sin embargo, y aunque quizás los hechos que vamos a referir se sitúen más bien hacia los años de la posguerra más inmediata que en los cincuenta, las necesidades de leña y, sobre todo, de carbón, hicieron que se castigase mucho la arboleda.

En este sentido, son recurrentes las referencias a talas en que se cortaron *ramas de cruz* en no pocas fincas², cosa que habría sucedido como norma casi general con aquellas encinas que tuviesen tres ramas, quedándose sólo en dos. De épocas mucho más lejanas, de antes de la Guerra Civil, se tienen noticias también de algunas fincas en que se deforestó una parte de encinas para destinarlas a usos agrícolas, sobre todo cerca de los pueblos, o a toriles para ganado y siembra. Otro fenómeno en absoluto infrecuente era el referido de entresaca clandestina de algunos pies por los carboneros. Lo mismo suce-

² No obstante, la magnitud del fenómeno se puede ponderar hoy en día si vemos el estado actual de la arboleda en la zona. En efecto al menos en relación a la forma de las encinas, los huecos y heridas producidos por podas antiguas, el estado de las encinas es bastante satisfactorio. Ello se hace especialmente evidente si lo comparamos con el encinado de la zona occidental de la comarca de Tentudía, en Segura de León y alrededores, por ejemplo, donde las encinas nos están denunciando los abusos pasados.

día con algunas chaparras que quedaran más a trasmano. También se conoce algún caso de manijero o *talaor* que cortaba ramas de bastante diámetro por connivencia con el carbonero, pero esto no era muy frecuente ya que en ello le iba su trabajo, como así ocurrió en algún caso. Hay que volver a insistir en que todo esto ocurría más bien en los años cuarenta, aunque posteriormente también siguiera existiendo de alguna manera. A pesar de que todo ello se consideraba una práctica incorrecta en el modelo de manejo de la dehesa, no por ello dejaba de existir como problema. Entre los campesinos no sucedió esto; es más, en las fincas pequeñas no se solía hacer carbón salvo en circunstancias muy especiales.

En aquellos años existía una normativa sobre podas que prohibía cortar ramas de *primera* y *segunda cruz*, así como descopar los árboles. En teoría, también se necesitaba un permiso para talar. Sin embargo, todo esto no impedía alguna que otra poda abusiva y ello por diversas razones. Por una parte, el agente forestal iba a caballo y había de cubrir varios municipios, algunos bastante extensos. Por otra, en ciertos casos se permitía cortar ramas que como norma estaba prohibido cortar, y se hacía porque estuviese enfermo el árbol, porque se obtuviese un permiso especial, etc. Ello daba pie a que la permisividad se extendiese a otros casos. Finalmente el forestal podía hacer la vista gorda o, en último extremo, el poder de los terratenientes hacía que éstos pudieran sustraerse a las sanciones de la Administración. Sin embargo, las regulaciones tenían su efecto y se dieron casos en que el forestal impidió la continuación de la tala de algunas fincas. Junto a estos controles, más o menos efectivos, era el interés de los propietarios el que mantenía la arboleda en buen estado, bien directamente en las fincas pequeñas y medianas o mediante los guardas y manijeros de tala en las grandes explotaciones.

LA MANO DE OBRA.

La realización de estas tareas requería de una especialización y pericia sin la cual sería imposible el cabal manejo a la larga de la arbo-

leda. De generación en generación, el conocimiento sobre los árboles y las técnicas de poda de los mismos era transmitido y puesto al día. No podía ser menos en una zona donde la encina era el pilar fundamental de la economía, de la vida de los pueblos y sus gentes. A diferencia de otras labores estacionales que hacía la generalidad de los jornaleros, como por ejemplo la recolección del grano, no todos sabían talar. No todos poseían la misma habilidad para dar el corte, ni tenían la intuición o discreción para saber qué ramas cortar. Ya dijimos que los lugareños le conceden al saber talar la condición de arte y gracia. La complejidad de la tarea tiene también que ver con lo esencial de la misma para el agroecosistema. La poda se hace en momentos dilatados en el tiempo y cruciales. Se trata de tomas de decisión críticas y a veces irreversibles, de una operación sobre un elemento, o un capital, como se quiera considerar, valioso productivamente, que tarda mucho tiempo en formarse. Las operaciones se hacen partiendo de la situación presente pero calibrando su evolución y desarrollo futuro, necesitando prever su posible desarrollo y comportamiento. Una incorrecta actuación sobre un animal puede tener consecuencias importantes sobre el mismo y, además, pueden verse a muy corto plazo y ser fácilmente cuantificadas en cuanto al quebranto económico que deparan. Pero sin desconsiderar su importancia, sobre todo si hablamos de una vaca por ejemplo, su reposición tiene lugar en un periodo relativamente corto. No sucede así con los árboles, con estos lentos y longevos pilares de la dehesa. La mala poda de un encinar, aunque a la larga, puede tener efectos devastadores e irreversibles. Por ello volvemos a insistir en la necesidad de contar con hombres conocedores y hábiles, pero sobre todo con un especial sentido para determinar el corte y la forma de los árboles. Si no todos habían de participar de esa afortunada condición, si debía haber en las cuadrillas algunos buenos *talaos*, reputados como tales.

El tipo de personas que realizaban la tala variaba según las fincas. Los miembros de las familias campesinas o algún *talaor* contratado eran los que podaban en las pequeñas explotaciones, en las medianas y grandes lo hacían cuadrillas de *talaos*. Incluso, cuando se trataba

de tala para ramoneo, podían ser los propios mayorales del ganado o los zagales los que fueran cortando alguna que otra rama, pero siempre ramas secundarias.

Los *talaos* eran jornaleros y, en algún caso que otro, colonos. El manijero solía ser el mismo cada año, o al menos varios años seguidos, y en algunos casos era también manijero de la finca en otras labores agrícolas. Era un *talaor* con conocimientos y habilidad reconocidos, en cuya familia solía haber antecedentes en el oficio.

En fincas grandes, podía tener a su cargo a cuadrillas de hasta veinte hombres. Cuando se trataba de cuadrillas grandes, no solía subirse al árbol a talar pues su cometido era supervisar la poda, ir dando indicaciones a los *talaos* sobre qué ramas cortar, bien por iniciativa propia o porque, ante la duda, los *talaos* se lo requiriesen. Esa dirección era en lo relativo a las ramas más importantes, que determinarían la forma y el desarrollo del árbol, pues las otras ramas y la labor específica de limpieza quedaban a la discrecionalidad de los *talaos*. El manijero señalaba también qué chaparros habían de eliminarse y, en ocasiones y junto al guarda, qué encinas entresacar. Se encargaban asimismo de cuidar de la candela y, a veces, estaban al tanto de los pucheros de los *talaos*, que se ponían a la lumbre. Por último, era quien decidía cuándo se paraba a descansar o se terminaba la jornada y controlaba el trabajo de los *talaos* teniendo, junto al guarda, la facultad de llamarles la atención y de decirle a alguno que no volviera al día siguiente si no respondía como se esperaba.

El guarda también tenía competencias en la dirección de la tala y la entresaca. Cuando se trataba de fincas no muy grandes, a veces asumía las funciones de manijero, o gran parte de ellas. Él era el encargado de pagar los jornales. En las fincas chicas, cuando se contrataba a alguien, eran los propietarios los que supervisaban la poda pues incluso podían ir talando ellos junto a aquel o aquellos a quienes contrataban. También el guarda podía buscar *talaos*, sobre todo cuando eran pocos y él hacía las veces de manijero. En fincas de cierto tamaño era muy frecuente que se buscara para talar a trabajadores a los que se solía llamar siempre que se precisaba mano de obra eventual para cual-

quier tarea, de tal forma que, aunque no fueran fijos, sí echaban gran parte de sus jornales en esas fincas. También podía contratarse, si en ese momento no tenían trabajo, a hijos de los empleados de las fincas

Debido a que la mayor parte de la superficie de la zona es de encinado y olivar, y a que las podas se hacían sistemáticamente, con la consiguiente demanda de mano de obra, existía una gran cantidad de personas que sabía talar, hecha la diferenciación anterior entre *talaor* y *talaor* reconocido o *talaor* de los buenos. La tala la hacía gente de los pueblos próximos a las fincas. Sólo en un par de casos tenemos noticias de una cuadrilla de un pueblo relativamente alejado que vino varios años consecutivos a algunas fincas de la zona. En las explotaciones familiares, los hijos menores aprendían la técnica desde pequeños, y en las cuadrillas se iba dando entrada continuamente a aprendices, que incluso cobraban el mismo jornal que los otros *talaores*. A cada árbol subía una pareja y al aprendiz se le ponía junto a otro compañero que conociera bien el oficio. Además, en algunos casos los hijos pequeños acompañaban a los padres al tajo.

La tala la realizaba siempre el dueño a jornal. Sólo en dos casos tenemos noticia de que algún dueño o guarda dejase a un trabajador echar un par de peones de tala a cambio de la leña o por hacer picón. Lo que sí era frecuente en la zona de Santa María era talar alcornoques a cambio del bornizo, el corcho de menor calidad que había en las ramas pequeñas o los trozos que quedaban en el suelo. Por lo demás, la retribución consistía en el jornal y, por lo general, una carga al día de taramas y otra de leña gorda a la semana, que además de consumir en sus casas a veces vendían. Ahora bien, no en todas las fincas se hacía esto último; en algunas sólo se daba la leña menuda y en otras nada más que el jornal. Se cuentan casos de fincas en las que se registraban las cargas de leña menuda de los *talaores* buscando alguna leña gorda escondida. El manijero cobraba lo mismo que los *talaores* y en algún que otro caso un poco más, pero no mucho. En algunas fincas en las que además realizaba otras labores a lo largo del año, algún manijero sí tenía ciertas ventajas, como un trozo de tierra para senara, melonar, etc.

La tala de encinas y olivos, que recordemos tenía lugar entre enero y marzo aproximadamente, no era una labor que empleara a la casi totalidad de los jornaleros, pero para un buen número de ellos era la tarea que los conseguía tener empleados en estos días de invierno en los que los cultivos sólo requerían de ciertos jornales en la escarda o *sacha*. Existía, eso sí, un cierto solapamiento inicial con la recogida de la aceituna.

Aparte de la propia dureza del trabajo y del riesgo siempre presente de caídas del árbol, el lado más negativo de la tala era que, cuando se talaba en fincas muy alejadas de los pueblos, los trabajadores habían de quedarse a dormir en ellas y volvían cada semana o cada quince días, a lo que llamaban ir *de vará*. En burro si lo tenían y si no a pie, habían de desplazarse al tajo. En los grandes cortijos existían *tribunas*, o salones corridos con una gran chimenea y estacas clavadas en la pared para colgar las manguadas pertenencias de los trabajadores y, en algunos casos, con poyos en su perímetro o en parte de él. Allí, en jergones, en míseros sucedáneos de cama o en el suelo, pasaban sus noches los temporeros y los mozos de mulas que iban a trabajar estacionalmente desde otras fincas que tuviesen los dueños. En algunas *tribunas* existía, eso sí, una pequeña dependencia para el *aperaor*. A diferencia de lo que ocurría con otros trabajadores, como los *esquilaores* de los que hablaremos más adelante, la comida y su preparación corría de la exclusiva cuenta de los *talaores*. Ya en el tajo, tanto si iban desde el pueblo como si se quedaban en los cortijos, llevaban la comida de sequillo en sus bolsos o ponían en la candela el puchero para que se fuese cociendo mientras talaban.

4. ACTIVIDADES DE TRANSFORMACIÓN Y APROVECHAMIENTO DE LA ARBOLEDA

EL CARBON

Con la leña resultante de la tala, la entresaca y, a veces, el arranque de algún matorral, se llevaba a cabo unos de los pocos procesos de transformación de los productos de la dehesa que tenían lugar en la zona. En efecto, el carbón y el cisco, también llamado picón, eran de los pocos productos transformados que generaban cierto valor añadido que repercutía en la economía de las gentes de estos pueblos. Era asimismo un componente de la renta de muchas familias jornaleras, una actividad muy socorrida en los tiempos de paro.

No podemos por menos que recalcar la importancia de esta actividad no sólo para la zona sino para un área más amplia, aquella a la que llegaba el carbón, pues era ésta una materia prima básica en aquella época y la leña y sus derivados un recurso estratégico, vital para la existencia de las gentes y para los procesos económicos. La cantidad de energía producida, consumida y exportada a pueblos mayores y ciudades podría compararse, salvando las distancias, a la importancia que hoy tiene el petróleo y sus derivados. El retroceso de los bosques ibéricos ha ido estrechamente vinculado al incremento de la población y la actividad productiva y esto es especialmente problemático en una zona árida y con pocos recursos de materias primas como el carbón mineral, cual es el caso de la España del sur. Habida cuenta de ello, la dehesa era un elemento crucial en el suministro energético de esta parte del país, a la vez que mantenía una masa

forestal de considerable importancia. En efecto, facilitaba una materia prima, el carbón, de alto poder calorífico y en plena disponibilidad para ser usada de manera eficiente, limpia de otros componentes que le restaran capacidad o supusieran pesos muertos, sobre todo en unos tiempos en que el desarrollo de los transportes hacía que se mirase mucho la calidad y el valor neto de aquello que se transportaba. Todo ello se conseguía gracias a las virtudes de la madera de las quercíneas de la dehesa y al proceso productivo del que vamos a tratar. El lento proceso de crecimiento y desarrollo de estos los árboles, su acumulación de energía en tejidos resistentes, los habilitarían para el posterior suministro de una energía concentrada y potente, cosa que se acrecentaba con el proceso de combustión de los materiales más volátiles y de menor poder que tenía lugar con la cocción o quema y conversión en carbón.

Para las fincas, la economía del carbón era sumamente interesante ya que, como veremos, apenas suponía coste, pues lo compartía con otros procesos productivos. En efecto, la materia prima, la leña era un producto, (o subproducto si se quiere) consecuencia de la práctica de la poda, operación que servía a su vez a otros fines y que había de realizarse para mantener la producción de los árboles y conseguir alimento para el ganado. Igualmente, el proceso de obtención del carbón en sí era encargado las más de las veces a carboneros que trabajaban a cambio de un tanto del producto. No requería del dueño inversión ni gasto corriente alguno. No precisaba de infraestructuras fijas y el gasto en tecnología corría por cuenta de los carboneros que habían de disponer de hachas, azadones, cuñas, machotas, sogas, sierras y animales de tracción.

El carboneo daba lugar unos procesos de trabajo, a unas formas de vida y a una profesión muy singulares por razones muy diversas, como vamos a ver, la de los carboneros. Pero eran muchos y muy diversos los actores sociales implicados en el aprovechamiento de los recursos para este fin, y existían unos nada desdeñables conflictos por el uso de los recursos naturales. Pero para llegar a la comprensión de todo ello empezamos por describir el proceso desde su inicio.

La leña gorda no se vendía fuera de la zona, así que una gran cantidad de ella se transformaba en carbón. Como hemos dicho, la mejor para ello era, sin duda, la de encina. La de alcornoque no era tan buena pero, cuando tocaba, también se hacía carbón, y llamaba la atención por su vistoso color azulado de tal modo que, cuando salía del horno algún palo entero de carbón de alcornoque, los arrieros que lo trasportaban solían ponerlo en la parte de arriba de la carga para su solo lucimiento: *"A veces, cuando salía un horno bueno, ponían los palos enteros en las seras, sin taparlos con monte, por ejemplo los de alcornoque, que azuleaban y hermo세aban mucho. Daba gusto verlos"*. Además de su vista, también gustaba el sonido de este carbón al golpearlo.

El brezo no prolifera en la zona, salvo en algunas fincas más montuosas del sur de Santa María, y con él se hacía también algún carbón. Cuando, como veremos más adelante, se rozaba el monte en esas sierras, había quien troceaba la cepa (raíz gorda) del brezo y hacía de ella carbón enterrándola en un hoyo: *"El brezo se parte mejor que el jamón, nada más darle, se estalla. Hay prados donde se cría mucho brezo, pero no se crían como las cepas de brezo de la sierra, se cría un repioncillo, una bolina chiquenina nada más y mucha maleza. Eso no vale para carbón. Así como la que se cría entre las marrales³ y eso sí tiene una cepa grande"*. Eran pequeñas cantidades las que se hacían, pero se trataba de un combustible de calidad que solía venderse para las fraguas. Algunos trabajadores que ocasionalmente hacían algún pequeño boliche, a falta de mejor leña, se valían de cepas de retama de cierta envergadura: *"El que tenga cepa no depende de que sea muy grande la retama. Donde siembras, rozas, y si lo haces a menudo, la retama, como no puede echar por arriba porque lo rozas, lo que hace es que va engordando la cepa"*.

³ Marrales se llama en estos pueblos a las rocas de gran tamaño, graníticas normalmente, que aparecen con frecuencia en la zona.

Volviendo al carbón de los árboles, la materia prima que interesaba al carbonero era la leña de encina, que era más interesante si de entresacas se trataba, al ser mas cantidad y de más grosor, lo cual se traducía en mayor rendimiento en carbón. Los carboneros empezaban su tarea unos días después de comenzada la tala, cuando hubiera ya alguna leña caída. Evidentemente, mientras menos tiempo transcurriese entre la poda y las labores de preparación de la leña para carbón, más verde estaría ésta y más fácil sería cortarla, pero también había que dar tiempo a que hubiese leña suficiente para no terminar adelantando a los *talaos* y quedándose sin leña que trocear. Al talar-se aquella parte que se iba a barbechar ese mismo invierno, convenía también ir dejando esa hoja limpia de leña de la tala, para que entrasen las yuntas a arar. Hay que tener en cuenta que mientras más verde estuviese la leña, peor ardía.

El proceso de preparación de la leña comenzaba con el *despalao*, consistente en separar las taramas, la leña más menuda que puede quemarse para picón, de aquella otra con la que se iba a hacer el horno. A pié de árbol se iba haciendo esta separación y se iba *picando* la leña, o sea, cortándola en trozos. Dependiendo del grosor, ésta se trabajaba con hachas pequeñas o grandes, o con serruchos, de una o dos manos según las personas que fueran necesarias para cortarla. Cuando se trataba de terreno abrupto, a pié de árbol sólo se hacía el *despalao*, para luego enganchar las ramas grandes con cadenas o cuerdas y, arrastradas por las bestias, llevarlas a las partes bajas donde se iba a hacer el horno, y allí se preparaba. A veces se hacía una *zorra* o *zorrilla*, que consistía en enganchar a las bestias unos palos largos, de las mismas encinas por ejemplo, y sobre los que se colocaban los troncos que se quería arrastrar. Para estos menesteres lo ideal era disponer de un caballo, el más ligero y de mayor fuerza de entre los animales de tiro, pero sólo algún carbonero con cierta capacidad económica disponía de él. Lo usual eran las mulas y, en el caso de los carboneros de menor capacidad o actividad más ocasional, los burros.

Cuando se hacía entresaca, eran los carboneros los encargados de caer el árbol y, según el acuerdo a que se hubiese llegado con el

dueño, se limitaban a serrarlo por la base o habían de descuajarlo y arrancar la *peana* o *asiento*, la base subterránea con raíces gruesas. Habida cuenta del potente sistema de raíces de las encinas, no era poca la cantidad de leña que podía obtenerse de *peanas* y raíces. Esta última operación era considerablemente más trabajosa en terrenos de peor calidad y muy pedregosos, debido a que en ellos las raíces han de desarrollarse más hacia abajo y en vertical, entre terreno más duro, mientras que en tierras más afables se desarrolla más en horizontal y en suelos más blandos, siendo más fácil descubrirlas. Para este trabajo se empleaban azadones y cuñas, además de machotas para golpear las cuñas y, por supuesto, el hacha. El proceso consistente en despedazar y trocear esta la leña recibía el nombre de *racheao*.

La palabra boliche, en sentido estricto, referiría a un horno pequeño, pero a veces se utiliza indistintamente horno o boliche para designar a las carboneras. Aunque en otros lugares no muy lejanos los boliche solían ser redondos, en nuestro caso se les hacía un *rabo* en la parte delantera, para prenderlos desde ahí. Se allanaba la tierra y luego se iba colocando la leña, la más gruesa debajo y las taramas arriba. Todo ello se cubría con monte, por ejemplo con *orgazo* (jaguarzo) y *chasca* u hojarasca de encina, formando una capa que sujetara la tierra que vendría encima, evitando que cayese al horno en la cocción. El boliche llevaba varias puertas en cada uno de los lados, normalmente entre cuatro y seis, y se tapaban con piedras grandes.

La parte más crítica y delicada de la elaboración del carbón era la cocción. Así, mientras que el resto de las operaciones las podía hacer, bajo cierta dirección o no, todo el personal de una cuadrilla, la quema del horno era tarea de especialistas, pues cualquiera no era un buen *quemaor* sino que se precisaba "*saber por donde iban los fuegos*", es decir, existía una *cultura del fuego*, una serie de saberes y habilidades en las que era indispensable ser iniciado.

La época ideal de quema era el verano, y no tanto porque estuviese la leña más seca y se quemase antes, pues la existencia de distintas puertas permitía regular, acelerar o decelerar la combustión, como veremos, sino porque en otra estación surgen problemas con la

lluvia y la humedad, de tal manera que la tierra, al no estar seca, no va bajando y filtrándose poco a poco, sino que va formando una bóveda, se va *encampanando* y haciendo que la leña se quemara más de lo debido, que se consuma mucha leña con menor rendimiento en carbón. Ello suponía además trabajo adicional, pues había que estar siempre cavando un poco en uno y otro sitio y resultaba muy trabajoso. Ahora bien, intervenían otros factores que podían hacer que se quemara en otra época. Así, aunque por lo general se hacían los hornos en barbecho, en los casos en que se había talado una hoja de erial, había que quemar antes de que la hierba empezara a secarse. Un carbonero que trabajaba fincas pequeñas y no contaba con demasiados medios, nos explica así por qué a veces no quemaba en verano, sino antes:

"A veces teníamos que quemar en otro tiempo porque, por ejemplo, no encontrábamos gente, porque estaban segando... En invierno el jornal es más barato. Además, si te sale una encina o algo, no vas a esperar al verano, lo haces según viene la cosa".

Como veremos más adelante, los trabajadores que ocasionalmente hacían carbón tenían que ir aprovechando las oportunidades que les surgiesen para conseguir leña en cualquier tiempo y en cualquier sitio, y por ello iban quemando más a salto de mata. Por contra, en las grandes fincas donde había *ranchos* o *rancherías* grandes, es decir, gran cantidad de leña talada, era frecuente estar quemando gran parte del año.

Una vez en marcha la combustión, había que vigilar continuamente el horno, ir *llamando el fuego*, es decir, dirigiéndolo hacia donde interesase. El fuego va *acotando*, va haciendo bajar el horno y hay que llamarlo hacia las partes que van quedando más altas. Esto se conseguía abriendo o cerrando las puertas, dándoles mayor o menor abertura o abriendo algún agujero incluso. Lo mismo se hacía para regular la fuerza de la combustión según conviniera y dependiendo de las condiciones climáticas, el tipo de leña u otros factores. Por ejemplo, se podía tener interés en quemarlo pronto por alguna razón, pero había que tener en cuenta que mientras más rápido se quemaba,

menos pesaba el carbón. A medida que se iba quemando, se iba *reciscando*, es decir, quitando la chasca y tierra con un *róo* (rodo) o un rastrillo: *"la tierra, cuando se pone caliente, se pone muy fina. Ese polvillo se va introduciendo en el carbón y lo va apagando y, a los dos días de estar reciscado, sale el carbón frío"*. Al salir apagado el carbón, era poca el agua que se necesitaba, sólo para algún que otro tizón que quedase ardiendo. Los carboneros se valían de cubas y traían el agua de fuentes, pozos o de pequeñas represas que pudieran hacer en los regatos o barrancos.

El tiempo de cocción, obviamente, era muy distinto según el tamaño del horno, la época, la clase de tierra y la fuerza que se le quisiera dar al boliche y, así, los había que se quemaban en un par de días y otros que podían tardar veinte o incluso un mes en algún caso. Además, según los *ranchos* y los carboneros que hubiera, podía haber un número variable de hornos ardiendo a la vez, por ejemplo cuatro o cinco.

El carbón se iba sacando con un rastrillo y luego se extendía y rastillaba, para eliminar los terrones. Al igual que con el cisco, se hacían hileras o cordones de carbón para que se fuese enfriando y que, en caso de que hubiera algún tizón ardiendo, el fuego no se extendiese a todo el carbón. Finalmente, se cogía el carbón con espuelas o esportones y se envasaba en seras de esparto, que podían ser de los compradores que las dejaban para ser llenadas, o bien se disponía en grandes montones, según cómo se fuese a transportar, si en camiones, en carros o en bestias. El pesaje se hacía en el campo, con romanas colgando de una cabria formada con palos o de la rama de una encina.

La cogida del carbón era más dificultosa y lenta cuanto más pequeño fuera éste y en los grande hornos podían estar trabajando tres o cuatro personas durante dos o tres días. Este trabajo lo realizaban las mujeres fundamentalmente, debido al menor precio de su mano de obra. Un carbonero intenta a duras penas justificarlo por otras razones: *"La cogida del carbón era cosa de mujeres, igual que arrancar algarrobos. El hombre no se adaptaba a coger carbón. En aquellas fechas no se adaptaba, parecía que era... no se. Nosotros sí, los hombres de la*

familia sí cogíamos, pero los hombres no lo cogían a jornal". En muchos casos, había gente, mujeres necesitadas u hombres en paro, que se dedicaban a rebuscar carbón o carbonilla entre la tierra de los boliches, con un sacho, para luego venderlo. A veces se trataba sólo de la *cascarilla*, o sea, del producto de la combustión de las cortezas, que en Santa María compraba el propietario del motor de gas pobre que producía la menguada corriente eléctrica que servía al pueblo. En otros casos se vendía en el pueblo, a algún particular para su uso en la cocina o para calefacción.

La producción variaba enormemente, desde los pequeños boliches de los jornaleros de unas 30 arrobas, hasta las enormes *rancherías* de las entresacas en grandes fincas o las 40.000 arrobas que manifiesta haber hecho alguno de los carboneros más fuertes. En este sentido, uno de los hechos que más se recuerdan de por aquellos tiempos es el arranque de todas las encinas en las tierras que había de ocupar el pantano de El Pintado, aguas abajo del río Viar, lindero entre las provincias de Badajoz y Sevilla, y adonde hubieron de acudir carboneros de diversos pueblos para hacer carbón toda la arboleda arrancada.

En las grandes *rancherías* el transporte solía hacerse en camiones y en las pequeñas se hacía con bestias, bien por los carboneros o por arrieros. Había veces en que, aunque lo recogiese un camión, éste no podía acceder al lugar donde se había quemado, y debían ser arrieros o los propios carboneros quienes lo sacasen hasta un lugar propicio para el camión. Las seras de esparto en que lo transportaban las bestias se tapaban con monte, salvo en el caso referido de palos buenos.

Los hogares de la zona utilizaban como combustible la leña y el picón, y en mucha menor medida, carbón para las hornillas, sobre todo en el verano en que no se hacía candela. El resto de carbón, la mayor parte de la producción de estos pueblos, se vendía fuera, a ciudades y pueblos de las campiñas de la penillanura extremeña o del valle del Guadalquivir donde no había arboleda o era muy menguada para los requerimientos del consumo. Los carboneros que producían cantidades notables lo vendían a intermediarios o remitentes de car-

bón de Sevilla u otras localidades grandes. También había en la zona una persona que, además de quedarse con *rancherías* y contratar personal para hacer el carbón, le compraba a los carboneros y vendía grandes cantidades a las carbonerías de Sevilla y a remitentes. No obstante, había carboneros que, aún vendiendo el grueso de su producción a grandes compradores, reservaban una parte para arrieros que venían de Fuente de Cantos, Bienvenida o Llerena; es decir, de pueblos más grandes de las campiñas de la Tierra de Barros y los Llanos de Llerena, donde había poca leña y apenas había carbón. Un antiguo carbonero de Pallares nos lo explica de esta manera: *"Había unos cuantos arrieros, que venían con siete u ocho bestias cada uno, y siempre se les reservaba una parte. Porque no iban a llegar y decirles que no para que se fueran de vacío"*. Aunque a veces era ésta una deferencia más bien forzada en épocas malas para el mercado del carbón, en que había que darle salida como fuera.

Hay que hacer notar que la palabra arriero podía referir a dos figuras distintas; de un lado, a los arrieros propiamente dichos, a transportistas con arrias de bestias, que llevaban de un lugar a otro aquella carga que se les encomendase, o como en el caso que hemos visto del carbón y veremos en el corcho, arribaban con sus bestias el material hasta el lugar donde se apilaba para ser recogido. Por otra parte, y esto es lo que nos interesa ahora, aludía a gente que se dedicaba a comprar productos de diverso tipo, desde fruta a carbón, para irlos vendiendo por los pueblos. Así, estos arrieros que venían por carbón eran gentes de esos pueblos de las campiñas, que lo compraban para irlo vendiendo por allí y en sentido inverso podían traer productos de las campiñas, a veces vino, melones, etc. Era a estas gentes a quienes vendían aquellos carboneros que producían poco o los trabajadores que conseguían juntar leña para un boliche e incluso, en algunos casos, eran los propios carboneros o trabajadores los que, cuando escaseaba el trabajo, iban con sus bestias a venderlo a otros pueblos.

Una vez visto el proceso de elaboración y venta del carbón, pasemos a hablar de las gentes que llevaban a cabo las tareas. El carboneo, salvo contadísimas excepciones, nunca lo realizaba directamente la

propiedad sino que, a través de distintos tipos de acuerdo, se le encargaba a un carbonero o, más raramente, a un negociante del ramo. El acuerdo más frecuente era aquel por el cual el dueño daba toda la leña al carbonero y recibía una parte del carbón. Normalmente iban a medias, aunque en los sitios menos favorables, en sierra, con mucho monte y donde hubiese que arrastrar la leña largos trayectos, era a la tercería: una parte para el dueño y dos para el carbonero. En las entresacas, que eran asunto de los carboneros como vimos, había que ajustar el arreglo según se tratara de serrar los árboles por la base simplemente o de descuajarlos de raíz, y de si esto último había de hacerse en terrenos malos y pedregosos o en tierras más afables. En todos los casos, las taramas eran siempre para el carbonero, que disponía de ellas según su conveniencia, vendiéndolas por retazos para leña o picón a quienes se la procurasen o, más raramente, haciendo algo de picón ellos. Inusual era tanto comprar la leña el carbonero como hacer el carbón *a la labra*, es decir, pagando el dueño una determinada cantidad por cada arroba hecha por el carbonero. En cualquier caso, los carboneros solían repetir en las fincas de un año para otro, o al menos durante bastantes años, dándose incluso por hecho el trato para el año siguiente en algunas de ellas. En La Puebla se constata algún caso de varios compañeros que hacían a medias con el amo una *ranchería* y luego, a su vez, entre ellos también iban a partes iguales en la mitad que les correspondía.

Pero, claro, la tipología de los carboneros variaba también según el tipo de finca, y por ello es necesario caracterizar los distintos perfiles con que nos encontramos. Por una parte, existían algunos contratistas que, además de comprar y vender carbón y/o cisco, se quedaban con *rancherías* y buscaban a trabajadores. Eran pocos de este tipo los que operaban por la zona en aquellos tiempos, no siempre de manera continua, y sólo uno vivía en uno de los pueblos. Disponían del equipo necesario y de medios suficientes para contratar trabajadores y ni que decir tiene que contaban con contactos en ciudades y pueblos grandes y movían una importante cantidad de carbón. Por otro lado estaban los que llamaremos carboneros en sentido estricto,

cuya profesión era esa y que hacían *rancherías* de cierta consideración, de hasta 40.000 arrobas de carbón, siendo su dedicación principal y en muchos casos casi exclusiva. Carboneros de este tipo había en la zona alrededor de una decena, más algunos otros de pueblos relativamente cercanos que ocasionalmente cogieron alguna *ranchería* de tala y/o entresaca. Varios de los carboneros locales pertenecían a dos familias de una zona próxima, que se asentó en Pallares y Santa María hacia los años treinta.

Al igual que los contratistas, debían disponer de una serie de medios: herramientas de diverso tipo ya mentadas, bestias (burros, mulas e incluso algún caballo) para el arrastre y transporte, etc. y además, o bien bastante mano de obra familiar o recursos suficientes para emplear trabajadores y, en ocasiones, ambas cosas a la vez. Al tener bestias, aperos, mano de obra y una relación continuada con las fincas, también tomaban alguna tierra a renta para sembrar. Así, entre otras cosas, podían completar el ciclo de trabajo anual, cubriendo los días de inactividad en el carbón, que siempre existían. De esta forma disponían adicionalmente de alimento para el ganado de trabajo y, en el caso del trigo y los garbanzos, de parte de lo necesario para la comida que en algún caso se daba a los trabajadores.

A diferencia de los contratistas, que se dedicaban sólo a la gestión del negocio, los carboneros trabajaban directamente en el tajo, salvo el caso de una mujer que continuó dirigiendo el trabajo de la familia tras la muerte de su marido. Junto a ellos trabajaban también los hijos y, en muchos casos, empleaban a otros familiares, como primos, sobrinos, yernos, etc. Sus hijas, y en menor medida sus mujeres, ayudaban sólo en la recogida del carbón. El padre era el que dirigía las operaciones, sobre todo la quema, que era la más delicada, se encargaba de buscar al personal y arreglarse con el dueño, y de la comercialización. Los hijos u otros familiares de confianza podían hacer las funciones de manijeros de los trabajadores, por ejemplo, cuando el trabajo estaba repartido en varias fincas porque las circunstancias lo requiriesen: "*A veces había varias cuadrillas, pero por el bien de las comidas y cosas de esas procurábamos que fuera una sola*". Asimismo,

se ocupaban de quemar cuando eran muchos los hornos o cuando estaban en lugares distantes, o había que quedarse de noche ya que requerían darles una vuelta cada cierto tiempo. Estas funciones podían cubrir las trabajadoras de confianza, con experiencia y que llevaban mucho tiempo en la cuadrilla. Los contratistas habían de recurrir a trabajadoras de estas características para dirigir el proceso de trabajo en las *rancherías* y hacer de manijeros de los otros trabajadores.

A medida que descendía la magnitud de la dedicación, mayores eran las actividades complementarias de los carboneros, hasta llegar al caso de las personas que sólo tenían en el carboneo un complemento ocasional de rentas. Como acabamos de ver, incluso carboneros de cierta envergadura eran también cultivadores en aparcería, empleando en ello a miembros de sus cuadrillas del carbón, además de a la mano de obra familiar. En otros casos, era sólo la familia, o al menos algunos de sus miembros, la que se dedicaba al laboreo de la sementera cuando hacía falta e, incluso, en algunos casos, se empleaban a jornal, sobre todo en la siega, aprovechando que el salario en esa faena era alto. Existían otros carboneros que iban alternando el carboneo con el trabajo a jornal en distintas faenas o con el cultivo a renta y, en La Puebla, los había que eran también propietarios de alguna pequeña parcela, sobre todo de olivar, y en la que trabajaban cuando llegaba el momento.

Había algunos que, cuando se hacía carbón en las fincas pequeñas, se ocupaban de hacerlo a jornal o en aparcería y que también podían trabajar a jornal en las cuadrillas de los carboneros que hacían el carbón de fincas mayores. Finalmente, estaban los jornaleros o los propietarios de muy menguadas extensiones para los que el carboneo era una actividad muy socorrida en las recurrentes y acuciantes épocas de paro. Según cuenta un hombre de La Puebla: *"Aquí, carboneros éramos casi todos, porque no había muchos jornales, y el que tenía un cacho de burro, malo o bueno, iba por una carga de leña, de raíces, de lo que encontrara, y hacía el carbón a la orilla del pueblo."* En efecto, eran gentes que, contando con alguna bestia, propia o incluso prestada, conseguían aquí y allá, en lugares tremendamente alejados

de sus pueblos a veces, alguna carga de leña, una encina seca, una rama caída, un asiento o algún chaparro o cepas de retama con que hacer un modestísimo boliche.

Acceder a estos recursos era cuestión problemática las más de las veces y se conseguía, o bien a través de relaciones familiares, de amistad o de clientelismo con los dueños, encargados, o guardas de las fincas, o bien en confrontación, más o menos estridente, con ellos. Hay que tener en cuenta que las propiedades comunales habían sido desamortizadas el siglo anterior y convertidas, las menos, en pequeñas propiedades y en latifundios la inmensa mayoría, salvo el caso antes referido de la sociedad creada en La Puebla. Así, tras la Desamortización los trabajadores del campo no podían acceder libremente a la leña y otros recursos del monte. Su único medio de aprovisionamiento era el favor de los dueños o empleados, el pago en especie como parte de un sueldo, el dar un tanto por el producto obtenido si se trataba de cisco o carbón o el aprovisionamiento furtivo.

En una sociedad rural con tan pavorosas diferencias sociales y tan desigual acceso a los recursos, los relatos acerca de las penalidades por las que pasaban los trabajadores a la hora de conseguir una carga de leña, y del trato inmisericorde que muchos de ellos recibían, son de los primeros de los que las gentes de estas tierras echan mano para hacer ver claramente lo injusto de la situación, la catadura moral de muchos de los propietarios y lo férreo de su aparato de poder. Son recurrentes las narraciones acerca de las amenazas y denuncias de los dueños y guardas y las palizas de la Guardia Civil a los trabajadores por llevarse una simple carga de carrascos. También hemos constatado en dos pueblos como relato paradigmático aquél que refiere cómo un guarda de una finca esperó durante horas a que un jornalero desenterrase y *rachease* el asiento de una encina que había sido hecha carbón para, sólo entonces, quitarle la carga. Historias parecidas a esta se repiten bastante, por ejemplo aquella que denuncia cómo obligaban a los trabajadores a llevar hasta los cortijos las cargas de taramas o palos que habían hecho furtivamente en grandes fincas. Los meno-

res problemas se daban en el arranque de cepas de retama y, en la zona más montuosa de Santa María, en el descepado de manchas de brezo, para lo cual solían dar permiso. En cuanto a los asientos que quedaban tras la entresaca o de las que encinas que se secaban, se suponía que era un bien el que se le hacía a la finca arrancándola y por eso se podían dar, pero también eran causa de problemas.

Aunque en los tres pueblos había pequeños carboneros del último tipo referido, era sobre todo en La Puebla donde más abundaban debido, sobre todo, a que al existir muchas pequeñas propiedades, había mucha gente que tenía alguna bestia. La época de mayor carboneo era aquella en que no había trabajo en el campo: *"Dependía del tiempo que tenías y del hambre que había. Unas veces podías juntar más leña, otras menos. Pero si había jornal, ibas al jornal"*. Los viejos jornaleros nos hablan de abril como un mes muy malo, de pocos jornales y en el que había que salir en busca de alguna carga. Pero era sobre todo en el veranillo, a finales de agosto y en septiembre, fin del ciclo agrícola y época de inactividad en la que, por eso mismo, se celebraban las fiestas patronales de los tres pueblos, cuando mayor cantidad de boliches se hacían, para poder tener, entre otras cosas, siquiera algo de dinero con que pasar las fiestas.

Solían asentarse los boliches en un ejido o en cercados próximo a los pueblos: *"Te dejaban quemar el boliche donde quiera, porque eso es bueno para la tierra. Les favorecía, si no, no te dejarían"*. En algunas tareas, y dependiendo del trabajo que hubiera, podían ayudar los miembros de su grupo doméstico, los hombres a preparar el boliche o sacar el carbón y las mujeres a cogerlo.

Como hemos podido ver en todo lo expuesto, mientras menores eran los medios materiales y humanos de que podían disponer los carboneros, menor era la magnitud de las *rancherías* con que se quedaban y el tipo de finca con el que se relacionaban. Así, las grandes fincas las hacían los contratistas y los carboneros más fuertes. Las fincas medianas también podían cogerlas si les venían bien, por proximidad, amistad u otras razones. En las fincas pequeñas, como vimos, se carboneaba menos y podían quemar la leña gentes que se dedicaban

ocasionalmente al carbón o hacerlo los dueños, a jornal incluso. En todas ellas, pero sobre todo en las grandes, en las que había más recursos y a veces resultaba más fácil pasar desapercibido, era donde intentaban los jornaleros hacer su pequeña carga para carbón.

El carboneo, por las distintas operaciones que requería y por los distintos tipos de personas que intervenían, hacía posible que fuera mucha la gente que pudiera, si quería, aprender a realizarlo. Así, el carácter familiar de su elaboración en muchos casos hacía que los hijos de los que trabajaban en él pudieran aprenderlo al lado de sus padres. Por otra parte, personas que eran contratadas para partes poco especializadas del proceso podían, al estar en las cuadrillas, familiarizarse con otras más especializadas. Por último, como hemos visto, era una práctica generalizada en las fincas y en los alrededores de los pueblos, que era posible llevar a cabo por gentes de muy diverso tipo. Cosa distinta era saber quemar los enormes hornos de las fincas más grandes, dominar a esta escala la *cultura del fuego* de la que hemos hablado.

A diferencia de otros procesos de trabajo, como la tala o la saca del corcho, por ejemplo, el de elaboración del carbón suponía la articulación de operaciones muy distintas que requerían cantidades bastante variables de mano de obra. Así pues, los grupos de trabajo, sobre todo en las grandes *rancherías*, variaban enormemente en el número de sus miembros a lo largo del año. De esta manera, la operación para la que se contrataban más trabajadores era el *despalao* y retazado de la leña. Luego, se prescindía de gran parte de ellos para el embolichado y aterrado, quedando sólo unos cuantos para la quema y alguno que otro para sacar. Al final, se volvía a buscar cuadrillas de mujeres para coger el carbón y, en algunos casos, no muchos, se llamaba a arrieros para transportarlo. El trabajo en el carbón terminaba por lo general en verano, y hasta el nuevo ciclo podía haber bastantes días baldíos que, si había otoñada temprana y la tierra estaba blanda, se podían ocupar en quitar la tierra y preparar las *peanas* que hubieran quedado y, cuando los carboneros eran colonos, en estercar y hacer la sementera.

Los carboneros que tenían cuadrillas grandes solían llevar de un año para otro a los mismos trabajadores, por lo menos en el caso de los más especializados, los que sabían embolichar y, sobre todo, quemar. Era gente de confianza que estaba casi todo el año con ellos, y la que se quedaba después de prescindir del grueso de los contratados para despalar y cortar la leña. Como vimos más arriba, los miembros de las cuadrillas iban en algunos casos a realizar las labores de los cultivos de los carboneros que también sembraban, o se contrataban a jornal en la siega por jornales más altos, por lo que el trabajo en el carbón se paraba o aminoraba durante la siega en algunas cuadrillas, no en todas. El caso al que aludimos anteriormente, de carboneros que no encontraban trabajadores porque se iban a la siega, refería más bien a carboneros que trabajaban pequeños *ranchos* y no podían ofrecer un trabajo continuo a los eventuales que, por tanto, preferían irse en busca del jornal más alto ya que no tenían la ventaja de un sueldo constante aunque fuese más reducido.

Los trabajadores habituales de las cuadrillas tenían las ventajas de un trabajo más o menos continuo durante parte del año, que completaban con las peonadas y recursos de otro tipo que, como el resto de los jornaleros, podían encontrar. Aquellos que más especialización y responsabilidad tenían ganaban algo más que el resto, por ejemplo los *quemaos*, que en algunos casos tenían además que trabajar de noche y dormir en el campo, cerca de los hornos. Aunque a veces, al igual que los *talaos*, y como les ocurría a los propios carboneros, cuando el tajo estaba lejos del pueblo, todos los trabajadores habían de dormir en las *tribunas* o, en el verano, al aire libre o bajo enramadas que construyeran. En algunas cuadrillas se les daba a los trabajadores y trabajadoras la olla, es decir, la comida de mediodía y/o alguna carga de leña, pero no era lo común.

El CISCO

La elaboración del cisco o picón era el otro proceso que completaba el aprovechamiento integral de los productos de la poda, el de

las ramas más pequeñas, una vez ramoneadas por el ganado. Con la semicombustión de las taramas se disponía de un material cuyo único destino era la calefacción de las viviendas mediante el brasero aunque, como queda dicho, para estos menesteres competía con las candelas.

Habida cuenta de su menor enjundia y volumen, era un asunto de las economías modestas. Los grandes propietarios no se ocupaban de esta actividad, salvo en lo que pudiera referir al aprovisionamiento de cisco para sus braseros, lo que en relación con la magnitud de sus fincas y capitales, era algo minúsculo. Ya dijimos que en los tratos de las *rancherías*, las taramas, materia prima del cisco, eran para los carboneros. Eran por tanto los piconeros que hubiera en los pueblos, los trabajadores o los pequeños propietarios los que hacían el cisco, para autoconsumo y/o para venta, según los casos. El evidente menor valor del producto, la simplicidad de la técnica de elaboración, los mínimos requerimientos de herramientas (hacha, horquilla, rastrillo, pala, cuba y poco más) y las necesidades para el autoconsumo hacían que pudiera ser cosa de jornaleros. Una vez más, constatamos cómo el acceso a los recursos forestales era un elemento importante de las economías de los asalariados, muy relacionado con el consumo doméstico y, a veces, una fuente de recursos monetarios no salariales.

Aunque se vendiera en los pueblos y sobre todo para fuera, la proporción destinada a la venta era mucho menor que en el caso del carbón. Una cuestión conviene apuntar en torno a este recurso y es que era también un motivo de interrelación entre los territorios de campiña y los de dehesa, entre la sierra y la penillanura, a la que iban los piconeros a llevar su cisco y de la que venían algunas gentes a hacer picón. Pero empecemos por ver el proceso de elaboración.

La materia prima por excelencia eran las taramas de encina. El picón de alcornoque era de inferior calidad y presentaba muchos problemas debido a la corcha, que no hace picón y, además, es difícil de apagar. No obstante, cuando tocaba talar la hoja, se hacía también de alcornoque. El de quejigo, al ser más flojo, se mezclaba con el de encina y el inconveniente que tenía era que las *baquitas*, o bolas que

cría en sus ramas, también eran problemáticas para apagar. Del matorral, sólo la jara se empleaba a veces para picón, cuando se rozaba una parte montuosa para siembra o cuando se arrancaba expresamente para cisco. Se consideraba que era buen picón, pero muy trabajoso el proceso de arrancar las matas. El picón de jara se hacía exclusivamente en la zona montuosa próxima a Santa María, que era donde proliferaba la jara. De olivo se hacía muy poco picón, ya que es también muy flojo, calienta poco y enseguida se vuelve ceniza, por eso había algunos que lo ligaban con el de encina si podían.

El cisco se hacía en el invierno y la primavera, una vez que el ganado hubiese aprovechado el ramón y los carboneros hubiesen *despalado*. Se empezaba hacia enero, cuando la tala, y a lo más que se llegaba era a finales de abril o principios de mayo, cuando apretaba la calor y, ya seco el pasto, había peligro de incendio, aunque lo normal era que se hiciese el cisco en la hoja de barbecho. Además, en esas fechas ya no se echaban braseros y era difícil dar salida al picón. Los problemas de esas estaciones venían con las lluvias, que impedían trabajar y dejaban la leña húmeda y en malas condiciones para arder.

Una vez separadas de los palos, las taramas se iban engavillando, poniendo unas encima de otras en haces. Las gavillas se disponían unas junto a otras formando rodeos cerca de los lugares elegidos para ir haciendo las piconeras de trecho en trecho. Para éstas se había de buscar un suelo más o menos liso, cerca de algún arroyo, barranco, regato, fuente o cualquier otro punto de agua, ya que el agua era imprescindible para apagar el cisco. El que fuera en invierno y primavera facilitaba las cosas, ya que solía haber bastantes aguas superficiales. El agua se acercaba a la piconera con garrafas o cubas y, si se disponía de ellos, se almacenaba en bidones. Cuando los regatos eran pequeños y poco profundos, con un zacho o azadón o incluso con una pala, se les hacía una poza de la que llenar los cubos de agua con mayor facilidad. Una vez engavillada toda la leña, empezaba la quema.

Las piconeras se empezaban a encender de madrugada, cuando no hace aire ni calor, y se continuaba quemando hasta que apretaba la calor, hacia las once o las doce. Había quien, en ocasiones, que-

maba incluso de noche. Las gavillas se juntaban en un montón, puestas de pie alrededor de un par de ellas confrontadas, y variando el tamaño de la piconera según distintos factores: la cantidad de leña caída, la distancia entre las encinas, lo dificultoso del terreno para el desplazamiento, la proximidad de los puntos de agua, el número de personas que interviniesen en el proceso y, en fin, el particular parecer de cada piconero. Evidentemente, había que procurar que la piconera no fuese tan grande que hiciese muy difícil y trabajosa su quema y manejo posterior. Cuando ya las taramas se habían quemado, los palitos y tizones gruesos que aún quedasen por arder se iban apartando y formando otra pequeña candela al lado del montón de cisco. Con la horquilla y la *hurga*, un palo largo y fuerte, se iban sacando aquellos palos que aún quedasen ardiendo dentro del montón de cisco. La *hurga* se metía horizontal u oblicua al montón y se iba levantando de un extremo, haciendo aflorar así los palos y tizones grandes. Todos estos se iban juntando con las puntas que quedaran por arder y formaban una pequeña candela al lado del montón de cisco, hasta que se quemaba del todo y se volvía a agregar a la piconera.

Una vez hecho el cisco como tal, era necesario apagarlo bien y se empezaban a apagar las brasas y tizones echando agua de una cuba, con la mano para ir mojando uniformemente y directamente de la cuba cuando había que apagar algún foco de llamas o brasas. Se iba volteando, echando paladas del montón hacia un lado, hasta formar el nuevo montón en ese sitio, un par de veces o las que se considerasen necesarias, y donde era preciso se echaba agua. Tras ello, se extendía el cisco y se separaba formando cordones para que se apagara mejor y, caso de arder, no se corriera el fuego a todo el picón. El tiempo que se dejaba enfriar el montón variaba, desde unas horas hasta el día siguiente, y luego se envasaba en sacos. Como hemos dicho, se dejaba de hacer picón a media mañana y hasta que terminaba la jornada se podía completar el día envasando, preparando las piconeras del día siguiente, acarreamo agua, etc. El transporte se hacía con bestias y, en algún caso, con un carro para desplazamientos a otros pueblos. De todas formas, si no se conseguía alguna bestia,

aunque fuera prestada, se podían transportar algunos sacos en unas parihuelas, es decir, poniéndolos sobre dos simples palos que dos hombres llevaban por los extremos.

En cuanto al destino de la producción, comparativamente con la época actual, era poco el picón que se consumía en las casas, pues se servían mucho de la candela para calentarse e incluso ésta producía brasas que podían utilizarse en el brasero. Además, tanto los dueños de las fincas como los carboneros, piconeros y gran parte de los trabajadores producían picón para autoconsumo. Visto esto, podremos comprender cómo era poco el que se vendía en los pueblos. La mayor cantidad iba a las localidades de las campiñas próximas, de las que también venían hombres a hacer picón. Eran los propios piconeros los que se encargaban de venderlo por las casas, como hacían los arrieros con el carbón, pues ya tenían sus veceros, sus compradores habituales, de un año para otro.

El piconero que más cisco hacía en Pallares, por ejemplo, lo llevaba en un carro a Llerena y lo vendía a sus clientes, llevando a algunas carbonerías el que le sobraba. El que disponía de algún cobertizo, guardaba el que sobraba en la temporada y, al llegar las primeras aguas de otoño y el frío, podía darle salida. Como ya dijimos, en Santa María había un tratante de carbones que también compraba cisco, pero algún otro venía de Sevilla y otros núcleos grandes. Debido a que, en cualquier caso, no eran grandes cantidades las que producía cada piconero, lo más frecuente era que, a diferencia del carbón, la mayor parte del cisco se fuese vendiendo en cantidades discretas a los consumidores y medianos tratantes de lugares no muy lejanos. Además, el poco peso en relación al volumen le hacía perder interés para los compradores de lugares lejanos a la hora de transportarlo.

La forma de acceso a los recursos en este proceso de trabajo era la que pasamos a describir a continuación. Lo corriente era que, tras el *despalao*, bien fuera para leña o para carbón, las taramas que no se fuesen a consumir en la finca las diese el dueño o el carbonero según distintos tipos de acuerdo. Así, se podía vender por *retazos*, es decir, cobrando en metálico por las taramas que se daban. Otro tipo de

acuerdo era fijar una determinada cantidad por cada saco de cisco elaborado por el piconero. Finalmente, se podía establecer una aparcería, quedándose el dueño o el carbonero con uno de cada tres, cuatro o cinco sacos hechos, según se estipulase, y dependiendo del tipo de relación con el dueño de la finca o de la leña y de lo favorable del lugar en cuanto a lejanía, orografía, disponibilidad de agua, etc. Incluso, en algunas fincas muy alejadas de los pueblos y montuosas, se daban las taramas a los piconeros de balde, a cambio de que las quemaran. En algunos casos de estos, los piconeros habían de quedarse en las fincas, al aire libre incluso. En cuanto al picón de jara, se permitía hacerlo a cambio de rozar las matas. Menos frecuente era, como apuntamos anteriormente, obtener leña a cambio de los peones de tala. En las fincas más chicas eran los propios dueños los que hacían algo de picón, aunque también lo podían dar a piconeros. Hay que tener en cuenta que, entre las taramas que se consumían en la candela y las que se hacían picón para sus casas, era poco lo que sobraba para que otros las quemaran.

Como hemos visto, el trabajo del picón duraba poco tiempo, dos o tres meses a lo sumo. No había, por tanto, profesionales dedicados a ello como actividad principal, sino algunos jornaleros que, cuando llegaba la época, eran piconeros. Podían ser cuatro o cinco en cada pueblo, ayudados por otros hombres de su familia, y eran ellos mismos los que lo vendían en sus pueblos y a veces iban a otros pueblos a transportar y vender el cisco. Algún piconero que cogía retazos considerables y hacía mucho picón sí llevaba a jornal a algunos hombres, al menos durante una parte de la temporada, pero no era eso lo frecuente.

Se constata también que en algunas ocasiones varios compañeros se juntaban para hacer picón y repartir las ganancias a partes iguales, vendiéndolo luego cada uno por su lado. A la zona de Pallares eran muchos los piconeros que iban de Montemolín, pueblo que, aunque con cierta parte de dehesa al sur, está entre tierras calmas y pastizales. Pero eran asiduos de toda la zona muchos piconeros de Fuente de Cantos, Llerena e incluso Bienvenida, que iban a fincas distantes de

sus pueblos hasta cuarenta kilómetros. Algunos de ellos no eran picos durante toda la época del cisco, sino jornaleros que hacían las cargas que necesitaran para sus casas y se volvían. Lo mismo ocurría con muchos trabajadores de la zona, que buscaban algún *retazo* de leña sólo para las necesidades de su hogar. Como ya hemos dicho, los carboneros también hacían su cisco y a veces, más bien pocas, vendían algo. En conclusión, la elaboración del picón era un proceso de trabajo que conocía y practicaba bastante gente, pues no era muy complicado, requería un equipo relativamente accesible y, de distintas formas, se podía acceder a las taramas.

EL ALCORNOQUE Y LA SACA DEL CORCHO

La saca del corcho, tan importante para la economía de otras áreas de Extremadura, no tenía mucha relevancia en ésta, debido a la poca extensión de alcornoques. Sólo en unas pocas fincas cercanas a Santa María había alcornoques y se hacía la saca. Además, como veremos, ni allí siquiera había especialistas del corcho a los que poder entrevistar. Las gentes de la zona tenían un conocimiento escaso de este proceso por no participar, salvo casos contados, directamente en él ya que lo realizaba gente de fuera y cada bastante tiempo. Por todo ello, este apartado será necesariamente corto, ya que sólo daremos un somero repaso al proceso de trabajo, la economía y la mano de obra en torno a la extracción del corcho.

Para las pocas fincas que contaban con alcornoques, y dentro de éstas para las que tenían un número de árboles de cierta consideración, los ingresos eran enjundiosos. Los cuidados que requerían los árboles para ponerlos en producción eran los mismos que los de las encinas, es decir, no suponían gastos adicionales. El equipamiento necesario tampoco era mucho, ya que lo básico eran las hachas que, además, las aportaban los *descorchaos*, los hombres encargados de la pela. Las bestias para el transporte eran, o bien de la propia finca, o bien de arrieros o gentes que tuvieran bestias y se contrataban a tal fin. Así pues, los gastos importantes eran los de mano de obra y en

ocasiones ni eso, pues podían correr por cuenta del comprador. Si para las economías de las fincas los ingresos eran claros, para la gente de la zona no sucedía tal pues, como hemos visto, por la poquedad de esta arboleda y lo dilatado en el tiempo de su saca, no había especialistas que pudieran recibir los buenos jornales que el descorche deparaba. Los beneficios del alcornocal para los trabajadores venían, y sólo en el caso de Santa María, del rebusco del bornizo a partir de cierta fecha, como veremos, y eran ingresos marginales.

Para empezar a hablar de la saca del corcho, primero hay que conocer el árbol. El alcornoque es un árbol que en sí muestra una producción muy diversificada, más que el resto de las quercíneas. En este sentido, se aviene bastante mejor que el resto con la lógica productiva de la dehesa, producciones modestas de recursos diferentes. En este caso se trata de las bellotas, el ramón, la leña y el corcho. Los tres primeros en menor cantidad y calidad que los de la encina y ello debido en parte a que el alcornoque destina una parte considerable de la energía que procesa a criar esa capa de células protectoras que es el corcho. Este último, además, se obtenía tras largos periodos entre una saca y la siguiente, nueve años.

De las bellotas y el ramón se habla en otro apartado, así que pasaremos directamente al asunto del corcho. Como hemos dicho, la mayor singularidad del alcornoque, aunque no la única, es precisamente la capa que recubre su tronco y ramas. Esta no es sino otra manifestación más, la más representativa quizás, de los mecanismos de adaptación de las quercíneas y de este tipo de vegetación en general, a las duras condiciones climáticas del entorno mediterráneo. Se trata de una gruesa capa de células muertas que actúa como aislante frente al duro clima y que, por ejemplo, es una importante defensa frente a los incendios, para los que ofrecen condiciones tan propicias estos ambientes secos.

El grado de modificación que sufre el alcornoque es mayor que el de la encina ya que no sólo se seleccionan los ejemplares, se les da forma y se les somete a podas sino que también se descorchan. Entre la casca, o película que queda recubriendo al árbol tras desprenderle

el corcho, y las otras capas interiores que se interponen con la madera, irá creciendo de nuevo el corcho, en el proceso conocido como suberificación. Es esta capacidad de regenerarse la que hace posible las extracciones periódicas, siempre que se mantenga y respete esta casca. Tras el despojamiento del corcho primero o bornizo y con las sucesivas sacas la cantidad y calidad del corcho producido por el árbol va mejorando. El precio que hay que pagar por ello, como sucede también con las podas, es el acortamiento de la vida del alcornoque o su puesta en peligro por las heridas, reducción del crecimiento y mayor desprotección frente al fuego y enfermedades (Montoya, 1980:77).

Los primeros descorches se recomienda que se realicen a partir de los 25 años y de ellos se obtiene el bornizo, corcho primero y de poca calidad. Lo que se buscan con ello es ir preparando al árbol para posteriores peladas, en la que se irá ampliando, subiendo por el cuello cada vez más la superficie que se descorcha. El corcho de los alcornoques se extraía en esta zona cada nueve años, que es el turno en que suele hacerse en el resto de España.

El descorche debe realizarse en una época muy precisa, en tiempo de actividad vegetativa del árbol, en que cuente con capas de células nuevas y blandas que hagan que el corcho pueda *darse*, es decir, ceder del tronco con facilidad. Además, una vez arrancado debe existir una savia lo suficientemente densa y difícil de secar para evitar que se seque la capa madre. Eso no lo permite la savia de primavera, más ligera. Además tiene que darle tiempo al árbol de desarrollar una capa, aunque sea pequeña, para proteger el tronco pelado del frío (Montoya, 1980:78). Dependiendo de las zonas de la Península, las fechas oscilan algo pero siempre desde principios de verano hasta mediados de agosto. Los informantes nos señalan que era entre los meses de mayo (si el verano venía adelantado y caluroso) y agosto, aunque lo más frecuente era que tuviera lugar desde junio, a mediados. Ni antes ni después se *daría* bien.

Como faenas previas que se realizaban cuando tocaba la saca de una masa hay que señalar que, ya que, los alcornocales de estas tie-

rras suelen estar en las sierras, sobre todo en las umbrías, cuando había mucho monte en ellos se debía previamente desbrozar al menos una parte bajo los árboles y hacer caminos para llegar a ellos.

El proceso de descorche o saca en sí requería de muy poca herramienta, únicamente un hacha de filo no recto sino curvado, algo prolongado y con un mango o cabo con bisel con la finalidad de poder introducirlo entre el corcho y el tronco y desprenderlo haciendo palanca. Además, un palo más largo también aguzado o en bisel servía para ayudar a desprender las planchas de corcho, sobre todo de las partes más altas. Las hachas eran propiedad de los *descorchaos* o *sacaos*.

Con el hacha había que ir dando golpes y trazar las líneas que delimitarían las planchas que se iban a sacar. Este era el momento más problemático y difícil de todo el proceso, ya que requería de gran pulso y precisión, y era el secreto de todo buen descorchador. Era esta también la razón de la especialización de los trabajadores y su relativamente alta retribución. En efecto, había que tener cuidado de no herir más que la corcha, sin llegar a la corteza del árbol pues éste se resentiría y, además, con el tiempo daría lugar a una especie de bultos que harían que las planchas que crecieran para la siguiente saca mostraran protuberancias, que irían en detrimento de la calidad de las propias planchas y, además, dificultarían su arranque, al quedarse más pegadas al árbol. Las heridas, como las de la poda, serían también puertas abiertas a la entrada de enfermedades.

Una vez *dadas* las rayas se metía el palo aguzado o el propio cabo del hacha para ir haciendo que se desprendieran (Foto 1). Se empezaba esta operación por el tronco para terminar desprendiendo los *aparejos*, o planchas que quedaban sobre las *horcajas* y en las *ramas de cruz* del árbol, de tal manera que en ellas se situaran los hombres que cortaban desde arriba y no resbalaran. Se cortaba desde unas cuantas cuartas más arriba de la cruz, y cada año se iba subiendo un poco más, con el crecimiento del árbol. La corcha de la parte inferior del alcornoque, la que pega con la tierra, se llamaba *zapata* y para arrancarla había que echar mano de un azadón. Su corcho era de infe-

rior calidad, pero el proceso serviría para que la saca siguiente hubiera planchas de mayor longitud y menos desecho.

La saca comenzaba en cuanto llegara la primera luz del día, para aprovechar lo más posible el fresco y, con él, que se pudiera *dar* el corcho. Por esa misma razón había que cesar después del mediodía, de la hora de comer. Además a ello se añadía la proliferación de hormigas en los troncos. No obstante, en algunas cuadrillas y en otros pueblos constatamos jornadas mucho más prolongadas.

Cada árbol lo descorchaba una collera de *sacaores* o *descorchaores*, que normalmente iban alternándose para subir a la cruz y desde allí descorchar las partes altas. Las distintas colleras también solían repartirse los alcornos de manera más o menos paritaria, ya que el grado de dificultad y esfuerzo variaba según su tamaño, grosor o forma.

Tras los *sacaores* iba el *rajaor*, que se encargaba de rajar la corcha, cortándola con un cuchillo curvo en planchas más planas, más cortas, de las que salen al desprenderlas del contorno del árbol. (Foto 2) Los *juntaores* cogían estas planchas y las sacaban de debajo de los árboles hasta el lugar a donde pudieran cargarlas en bestias y llevarlas hasta el lugar donde se apilaba y pesaba el corcho. Aunque para este menester se podía buscar a un trabajador que llevase bestias de la finca, lo más corriente era buscar a arrieros o a gentes que tuvieran alguna bestia, ya que con las de las fincas no había suficiente. Las planchas se colocaban sobre unos *angarillones* de hierro o madera a lomos de las bestias (Foto 3).

La pila de corcho se ubicaba en lugar llano, accesible a los camiones y en ella había otro hombre al cargo de la misma, para apilar las planchas, clasificarlas y separarlas si era el caso (corcho o bornizo, mejor o peor calidad) y, a veces, mojar el corcho para que no se resecase. A la hora de pesar las planchas, cosa que se hacía con una cabria de palos y una romana, estaban presentes representantes del comprador y el vendedor.

Además, había otros trabajadores que se ocupaban de ir quitando con el azadón las *zapatas* antes mencionadas. En todas las cuadrillas

había un *aguaor*, imprescindible en esa época y, además, en ese tipo de terreno. Ir como *aguaor* era una forma que tenían los más jóvenes de iniciarse en el oficio de *descorchaor*, cogiendo el hacha algunos ratos. Al trabajar en colleras, el más experto iba enseñando al novato.

Como sucedía en la poda, un manijero dirigía y supervisaba las operaciones y se encargaba también de ordenar el inicio y el final de cada revezo de trabajo. A veces el manijero podía ser el guarda. En cualquier caso, también el guarda tenía una función de supervisión, sobre todo cuando era el comprador el que contrataba a la cuadrilla. Al buscar el comprador la mayor cantidad de corcho posible, podía existir el riesgo de llevar a cabo sacas incorrectas, por cortar más de lo debido si el bornizo tenía buen precio, o por pelar demasiado poco si los precios eran malos (Montoya, 1980:87). Finalmente, en cada tajo solía haber un rancharo, encargado de preparar las comidas.

Habida cuenta de la poca extensión de alcornoques y lo dilatada en el tiempo que era la saca, en la zona no había mano de obra especializada en el descorche, por lo que había que recurrir a cuadrillas de otros lugares, como Monesterio, El Real de la Jara, o incluso de pueblos de la Sierra de Huelva. Eso hacía también que con bastante frecuencia los dueños no se ocupasen de buscar la mano de obra para la saca y llevar a cabo la labor, sino que vendían la corcha *en el árbol*, es decir, el comprador pagaba al dueño una cantidad por la producción de corcha, que en ese momento pasaba a ser suya, y se ocupaba de todo el proceso. Muchas veces, este comprador ya tenía su cuadrilla de un año para otro, con la que hacía la saca de varias fincas. Si no era así, el propietario hacía la saca y la vendía al comprador después de pesarla, para lo que éste último ponía a un hombre de su confianza para controlar el pesaje.

En Santa María, como hemos dicho, no había *descorchaores* y sólo ya metidos en los años sesenta, un hombre de El Real de la Jara que se afincó allí enseñó a descorchar a unos cuantos jornaleros. En el pueblo, por tanto, sólo había trabajo para los que tenían algunas bestias y se contrataban para el acarreo de la corcha y los que, a veces, iban a arrancar las *zapatas*.

Aunque los compradores pudieran ser de distinta procedencia, de pueblos cercanos como Monesterio o más alejados como Fregenal de la Sierra o localidades de la Sierra de Huelva, la salida habitual del corcho era Santa Olalla de Cala, pueblo de la provincia de Huelva limítrofe con el área de estudio y en el que había un cocedero de corcho.

LOS PASTOS DE VUELO: EL RAMÓN Y LA BELLOTA

Los alimentos que las quercíneas brindaban al ganado, los pastos de vuelo, eran el ramón y la bellota. En cuanto al primero, en los apartados correspondientes se hablará del aprovechamiento que cada especie en concreto realizaba. No obstante, hay una serie de cuestiones generales que conviene considerar.

El ramón, las hojas verdes de las quercíneas, era un subproducto de la tala, aunque a veces era el producto principal que se perseguía cuando lo que se buscaba era dar de comer al ganado en épocas climatológicamente adversas. En esas ocasiones se talaban encinas fuera de su época habitual o se iban cortando de ciertos árboles algunas que otras ramas como método socorrido de ir capeando la penuria de alimento. Además del ramón de las podas, los árboles aportaban también como alimento del ganado las hojas que iban cayendo de manera natural o por la acción del viento, el agua, el granizo o como consecuencia del vareo.

En todos los casos, aunque menguado en cuanto a calidad, el ramón tenía un alto valor desde el punto de vista estratégico. En efecto, como señala Montoya, todo el ganado es capaz de ingerirlo sólo hasta cierta parte de su ración: el 90 % en la cabra, el 50% en la vaca y el 20-30% en la oveja, por lo que en la mayoría de los casos es necesariamente un complemento de otros alimentos. Su calidad varía dependiendo del tamaño de las ramas, mejor y más tierno en ramas pequeñas, y de la posición en el árbol, mejor en zonas altas o bien iluminadas. Asimismo es más apetecible si se corta a finales de primavera y principios de verano, pero eso puede dañar al árbol y, además,

en ese tiempo el ganado dispone de hierba, por lo que cuando lo consume es en otoño e invierno. Además, mientras más frío hace más lo apetecen los animales (Montoya, 1983:120).

Ya vimos las distintas maneras de intentar programar las podas y acompararlas a las necesidades y ritmos de consumo de los animales. Una vez caídas las ramas, se dejaban un tiempo en el suelo para que los diversos animales las fueran aprovechando, cosa que se lograba de manera exhaustiva debido a la conducción que hacían los pastores. Tengamos en cuenta que el ganado no consume tan intensamente el ramón si no va custodiado y que no lo hace del mismo modo en cercas grandes que en pequeñas, como se ha podido comprobar en los tiempos actuales en que han desaparecidos los pastores, cabreros y vaqueros.

Pasando a considerar el otro tipo de pasto de vuelo, en torno a la bellota giraba toda una serie de procesos de trabajo, actividades económicas y relaciones sociales de primera magnitud en las tierras de dehesa: era el mundo de la montanera. Este término de tan honda trascendencia en Extremadura refiere a varios significados. Por un lado, alude a la cosecha de bellotas, a la producción de los árboles en sí misma y, así, se dice "*este año hay montanera*" o "*hay una buena montanera*". Por otro lado, refiere a la época de la bellota, de septiembre a enero-febrero, según los casos. Finalmente, y de forma más restrictiva, se usa para el aprovechamiento de la bellota por los cochinos a pie de árbol, a "*entrar en montanera*".

Como sabemos, la montanera era la producción más singular de la dehesa. Sobre su aprovechamiento se asentaba, a su vez, la explotación del animal emblemático de la dehesa, el cochino. Como con tantos otros usos productivos de este agroecosistema no había técnicas de cultivo únicamente encaminadas a la obtención de bellota, sino que las montaneras, la producción de cosechas de bellota en cantidad y calidad, eran consecuencia de diversos procesos de trabajo que atendían a diferentes fines. En efecto, la base fundamental eran los propios árboles, su selección, regeneración y poda pero, como queda dicho, no era la bellota la única producción de los mismos.

Como hemos visto, uno de los objetivos de la poda de la encina era garantizar una producción sostenida de bellotas. Al podar se consigue un árbol con una menor cantidad de ramas y una menor necesidad de energía para mantenerlas, en beneficio de una mayor producción de bellotas. Se rejuvenece el árbol y produce más excedente *"La encina por donde echa es por lo nuevo"*. Ahora bien, el primer año, al quedar el árbol desnudo, al existir menos ramas a partir de las que nazcan bellotas, la producción descendía, para aumentar al año siguiente, cuando ya estaba el árbol vestido.

Por otra parte, el laboreo y desmonte también contribuían a eliminar la competencia de otras especies, favoreciendo la producción de bellota, a lo que también ayudaba el estercado por el ganado. De esta forma, los procesos de trabajo encaminados específicamente al aprovechamiento de la bellota eran la conducción de los cochinos para su aprovechamiento a diente, que consideraremos al hablar del cerdo, y la recolección o cogida a mano de la bellota.

Pero para hablar de la montanera empezamos por el propio fruto, por la bellota. La plena puesta en producción de bellota de una encina suele darse hacia los 30 años. La floración de las encinas tiene lugar entre abril y mayo, de ahí que rece el refrán *"La bellota que no veas en mayo, no la ves en todo el año"*. Son por tanto las heladas tardías una de las principales amenazas para la bellota, al acabar con la flor. Esta es una de las razones por las que, a pesar de ser los árboles poco veceros, en zonas como la nuestra las cosechas abundantes no tienen una cadencia anual. También influían en este hecho otros factores, como los ya referidos ataques de lagarta (en menor medida los gusanos), las sequías y otros fenómenos meteorológicos como vientos, lluvias fuertes o granizo (Montoya, 1989:85). En cualquier caso, la vecería es menor que la del olivo.

Tanto la vecería como la cantidad de bellota varía de un árbol a otro. La variabilidad de los pies de encina en cantidad y calidad no deriva sólo de razones genéticas, sino que también influye el manejo que hayan tenido, el porte, la ubicación, los suelos o la exposición, siendo más productivas las de porte amplio y las que se sitúan en bue-

nos suelos y en solana, cosa que también afecta al momento de maduración del fruto. Los árboles dan su cosecha más importante hacia finales de octubre pero sobre todo ya en noviembre, aunque haya bellotas que se adelanten en algo a estas fechas y otras que caigan sin haber madurado bien, las llamadas *melosas*.

La mejor bellota, la más dulce y apetecida por los animales es la de encina. Además de ser más amarga, la de alcornoque es también más vecera, pero tiene la ventaja de estar más repartida su producción a lo largo del tiempo. En efecto, la floración del alcornoque tiene un periodo más amplio y difuso, dándose en abril y mayo pero pudiéndose extender también al principio del verano, e incluso hay alcornoces que florecen en otoño, aunque sea más raro. Esta amplitud hace que, por ejemplo, no le afecten tanto las heladas o se amortigüe la acción de otros fenómenos meteorológicos (Montoya,1989:21). Lo difuso y prolongado de su floración tiene su obvio correlato en la maduración, de tal manera que hacia finales de septiembre aparece la bellota temprana de alcornoque, la *breva*. La cosecha fuerte sería la de octubre-noviembre mientras que hacia enero sería el tiempo de las tardías. Las gentes suelen decir que el alcornoque tiene dos cosechas, la de la *breva* y la del *higo*, enfatizando la importancia, estratégica, de lo tardío de la última cosecha.

La existencia en algunas áreas, en nuestro caso en torno Santa María, de encinas quejigos y alcornoces, alargaba el periodo de aprovechamiento de la bellota pues se sucedía y solapaba la producción de las cosechas de estas tres quercíneas. Así, ya entrado septiembre, daban su fruto los quejigos; posteriormente venía la que se consideraba primera cosecha de los alcornoces, la *breva*, para luego venir la de la encina, hacia noviembre y, finalmente, la cosecha tardía del alcornoque. Ahora bien, al ser la de la encina la producción preponderante con diferencia y estar su bellota bien hecha o *curada* en noviembre, se marcaba simbólicamente el inicio de la montanera con la festividad de Todos los Santos, aquí llamada *Los Tosantos*.

A toda la variabilidad según especies hay que añadirle la variabilidad individual según los factores anteriormente expuestos, cosa tre-

mendamente importante para organizar el disfrute de la montanera por el ganado, articulando periodos, espacios y árboles concretos en el pastoreo, en el aprovechamiento a diente.

La maduración de la bellota, su plena llegada a buen término depende en esta época final de factores meteorológicos tales como que haya otoñada, que llueva, de tal manera que se complete el proceso de crecimiento y que la falta de agua y el calor no hagan "*aflojarse el cascabullo*", o cúpula que soporta la bellota, y caiga la bellota sin madurar. Las heladas o los fuertes temporales y ventoleras también pueden dañar la bellota. El exceso de agua puede también ser dañino para la bellota una vez en el suelo, por el mayor nivel de humedad y por tanto la mayor pudrición. Por todo ello, en la montanera lo ideal es una climatología en que se vayan alternado días de sol y de lluvia.

La bellota tiene un contenido alto en hidratos de carbono (hacia un 46%) y bajo en proteínas, grasas y celulosa (sobre el 2 y 3%) lo que explica que sea el cochino el más apto para su aprovechamiento, ya que no digiere bien la celulosa y sin embargo tiene la más alta capacidad de transformación de los hidratos de carbono en grasa. El aprovechamiento que hacen los rumiantes (vacas, cabras y ovejas, por este orden) es muchísimo más bajo, ya que precisan mayor cantidad de celulosa y proteína (Montoya, 1980: 125).

Por todo ello, la mayor parte de la montanera la aprovechaban los cochinos a pie de árbol, como veremos en el apartado de la ganadería, pero había otra parte que se cosechaba. En efecto, en bastantes fincas, tanto pequeñas como grandes, se cogían bellotas para *rematar* a los guarros, es decir, para terminar de engordarlos. Las razones para esta práctica eran diversas. Por un lado, los cochinos cuando ya están muy gordos tienen dificultad para desplazarse, sobre todo a los cerros. Por otro, había partes en las que interesaba coger la bellota, por ejemplo por estar sembrada esa hoja, o por dejarlas libres para que entrase otro ganado a las yerbas, ya que la bellota se dedicaba al cochino. En ocasiones, y en fincas muy grandes sobre todo, si había mucha bellota podía llegar a estropearse en el suelo incluso.

También había fincas, pocas desde luego, que vendían la bellota, o al menos una parte, por no disponer de cochinos suficientes o por tener arrendado el suelo pero no el vuelo. Un pequeño campesino nos dice que cogía bellota a veces porque venía una borrasca, se caía mucha y podía estropearse. Finalmente, un hecho que movía en algunos casos a coger bellota era evitar que se la llevase la gente. Así pues, las partes de las fincas que más se solían cosechar eran los sembrados y aquellos lugares donde hubiera más bellota. Los sembrados se cuidaban mucho, para evitar que el ganado los estropease, sobre todo si llovía y había barrizal. Eso no quiere decir que los cochinos no entrasen nunca a la bellota de los sembrados, pues podían hacerlo siempre que no estuviera alta la sementera y el terreno estuviera seco. Normalmente los cochinos no entraban a los sembrados tras el día de la Inmaculada, aquí conocida por La Pura o también, aunque en menor medida, por la Virgen de la montanera.

Aparte de esto, donde se solía coger la bellota era donde más hubiera, donde más castizas fueran las encinas o donde más cargaran (más tuvieran en un año concreto). En las fincas pequeñas, a veces, se iban buscando aquellas encinas con más bellotas. En las fincas grandes, sobre todo, era muy frecuente hacer guardados, zonas vedadas al ganado, en aquellas partes de mucha carga, "*donde hubiera buenas parvas*", para que la cogida fuera más productiva, fácil y rentable. En algunas dehesas también se cogían preferentemente los barrancos, para que las riadas no se llevasen las bellotas caídas, y las lindes de las fincas, expuestas a que se las comiesen los ganados de los linderos o las robase la gente. En algunas fincas montuosas a veces cogían las partes altas, donde a los cochinos les era más difícil subir. Salvo excepciones, la bellota que se cogía era la de encina, ya que en todas las fincas en que había alcornoques había también encinas y su bellota es de mayor calidad.

A partir de noviembre podía empezar a cogerse la bellota, pues ya estaba *curada*. Los dueños podían tener prisa por empezar a cosecharla por alguna de las razones arriba apuntadas, por ejemplo por dejarle terreno libre al ganado. En estos casos había que varearla, pues

la mayor parte aún estaba en el árbol. Más adelante, la bellota iba cayendo por su propia maduración y porque las heladas aflojaban el cascabullo. Lo normal era terminar la cogida hacia enero como muy tarde, aunque a veces se prolongó hasta febrero en alguna finca, cosa poco aconsejable ya que el fruto se pudre, retoñece en el suelo o se hiela. Esto último sucede sobre todo donde no hay hierba que proteja la bellota.

Coger la bellota en diciembre y enero resultaba interesante sobre todo donde hubiera gran cantidad, porque se ahorra el vareo y, así, era frecuente que se cogiese hacia el día de la Pura. En algunos casos, y cuando la tarea se hacía a jornal, podía pararse la recogida de la bellota y continuarla tras la de aceituna, debido al menor precio de los jornales. Además eran bastantes menos los días de trabajo en la bellota ya que, como hemos dicho, sólo se cogía una parte de las fincas, y lo que interesaba a los trabajadores era ir a un tajo donde se pudieran echar muchos días. Era muy extraño, salvo en fincas muy grandes, que estuvieran más de veinte días o un mes como mucho cogiendo bellota y lo hacían cuadrillas de cuatro o cinco mujeres, a lo sumo diez.

Cuando se vareaba, se usaba una vara larga con una cuerda en su extremo a la que a su vez iba atado un palo, el *trangallo*. Si la cogida se hacía con asalariados, los hombres iban delante vareando y tras ellos las mujeres, pudiendo ir un hombre por cada cuatro o cinco mujeres. En las fincas pequeñas, los hombres de la finca podían alternar el vareo y la cogida, mientras que las mujeres, de la familia o contratadas, iban cogiendo. Si era a destajo, a veces podían coger tanto hombres como mujeres.

Al igual que en la aceituna, las *cogeoras* usaban para proteger sus dedos unos dedales, los *deiles*, hechos con la cáscara de la bellota, e iban de rodillas una al lado de otra, hasta cubrir toda la parva de la encina, procurando ir todas al mismo ritmo. Por eso no era extraño que se afease el comportamiento de la que iba demasiado adelantada o retrasada. Una práctica habitual era ir rotando de tal modo que cada vez fuese una distinta la que se pusiese en las *raberas*, las partes

exteriores, las menos agradecidas por estar la bellota más dispersa, en un mayor radio y tener que ir desplazándose y alejándose para cogerla. Se evitaban así suspicacias, aunque no por ello dejaba de surgir alguna discusión de tarde en tarde.

"La que iba en el medio y cogiera mucha bellota [fuera buena cogeora] iba la veredita alante como las liebres y tú te quedabas atrás en la rabera, que te reventabas. Si no te echaban una mano pues te quedas atrás, enrabá. En la bellota, hay que ir cogiendo a un lado y a otro, como un piano. Pero había quienes se iban derechas al troncón y no le daba mano a lo que venía al lado y la quedaba atrás, y entonces te decían: ¡la ver, que estás enrabá!! Nos peleábamos si se terciaba. Por ejemplo, Josefita iba por una aceituna o una bellota al fin del mundo".

El fruto había que cogerlo limpio de tierra, *cascabullos* y *horascas* (hojarascas), y no dejar atrás bellotas, por lo que el manijero, que era normalmente el guarda, iba vigilando para que se cogiesen también las bellotas más pequeñas. Estas eran más entretenidas y fastidiosas de coger y, así, cuando se cosechaban los sembrados, veces había en que las *cogeoras*, hundiéndolas, enterraban algunas por no cogerlas. La bellota se iba echando en un cesto y, cuando estaba éste lleno, se llevaba al costal, ocasión que se aprovechaba cuando hacía frío para calentarse un poco, sobre todo las manos ya que, si no, no podrían seguir cogiendo. En las grandes fincas era el guarda, o a veces algún mozo de mulas u otro empleado, el encargado de abrir los costales para que las mujeres echaran la bellota, y de atarlos. A veces también los transportaban hasta el cortijo, en bestias o en un carro.

El guarda hacía de manijero: solía buscar a las cuadrillas, pagaba los jornales, indicaba cuándo se paraba y se comenzaba el trabajo, preparaba la candela, vigilaba que no se quedara bellota atrás, que no llevase suciedad, *chinotes* (chinos), tierra o cascabullos y, a veces, llevaba el agua para los trabajadores. Especialmente cuando se pagaba según sacos cogidos, se ocupaba de que éstos estuviesen bien llenos. En muy pocas fincas grandes se contrataba a un hombre espe-

cíficamente como manijero. En las fincas pequeñas, las funciones estaban más superpuestas, la bellota se podía coger incluso a ratos perdidos por algunos miembros de la familia aunque, como hemos señalado, también había quien contrataba *cogedoras*.

La bellota que se iba a guardar para rematar los guarros gordos se extendía en los llanos delante de los cortijos. En algún caso, se hacía un *bellotero*, un trozo de tierra rodeado de estacas con las que se tejía un cerco de monte, pero esto no era usual. A esta bellota había que ir dándole vueltas frecuentemente con una pala, haciendo a veces cordones para ir volteándolos, con el fin de que se solease y no retorciera ni se pudriese, ya que la bellota suda y cría humedad. Luego, cuando ya estaba dura, o bien se iba echando a los guarros o se guardaba en naves o salones. Aunque en nuestra área de estudio no se constata nada parecido, en la zona de Almadén de la Plata, más hacia el sur, en la Sierra Morena andaluza, nos hablaron de un sistema por el que la bellota era puesta sobre unas superficies de cañas en las que iban recibiendo el calor de candelas que se hacían bajo ellas, para luego entorjarlas. Este mismo sistema, para el caso de la castaña, recibe el nombre de *zarzo* en otros pueblos de la comarca de Tentudía, como Cabeza la Vaca.

En cuanto a los trabajadores relacionados con la bellota, los guardas debían extremar la vigilancia en estos tiempos, como hemos de ver. Además de ellos, en fincas grandes se buscaba a guardas de bellota, uno o varios dependiendo de la extensión de las fincas. Eran jornaleros con frecuencia relacionados con el personal fijo de las fincas. Unos y otros, además de vigilar para impedir el hurto de los frutos, habían de tirar cohetes con los que espantar a los bandos de palomas que podían mermar la cosecha.

Los *vareadores* eran jornaleros de los pueblos o hijos u otros familiares de empleados de las fincas. Lo mismo sucedía con las mujeres, jornaleras y, en algunos casos, mujeres de colonos. Era frecuente que mujeres o hijas de empleados de la finca trabajaran en la bellota y que esta tarea, junto con la arranca de los cultivos, fuese el único trabajo asalariado que realizasen. Los guardas o manijeros avisaban a las

mujeres que ellos considerasen, bien por parentesco, amistad, vecindad, por trabajar bien o por continuidad de un año para otro. En algunos casos eran mujeres de explotaciones campesinas próximas a fincas mayores las que hacían la cogida. La explicación que dan, sobre todo algunos hombres, al empleo de mujeres es parecida a la que daban para coger el carbón: *"es que la mujer se adaptaba más que el hombre a arrancar, a coger bellota y aceituna y a esas cosas y una mujer cogía el doble que el hombre"*. Las cogeoras señalan más directamente: *"cogíamos más y nos pagaban menos"*. En efecto, los hombres cogían bellota únicamente cuando era a destajo. Las mujeres empezaban a coger desde muy jóvenes, con trece o catorce años y algunas, en un principio, lo hacían para comprarse algo o ir haciendo el ajuar. Luego, su continuidad dependía de su situación económica y del ciclo reproductivo de la familia una vez casada, del cuidado de los hijos, etc., como veremos más adelante con las temporeras que trabajaban en la recolección del cereal.

Las condiciones de trabajo en la bellota eran duras, sobre todo para las mujeres, que debían estar agachadas y moverse a veces sobre terrenos mojados y embarrados, los dedos ateridos por el frío: *"En el sembrado estaba todo helado, blanco del todo, se te helaba la mano. Cuando estaba más tierna la tierra, te hacía menos daño en los dedos, pero los pies te los ponías llenos de barro"*. En esos duros días del invierno, con ropas y calzado de tan poco abrigo como aquel del que podían disponer las gentes humildes, el medio que usaban para calentarse era poner junto al fuego un trozo de teja, liarla en un trapo y colocársela en los riñones o la espalda. También ponían junto al fuego piedras con las que luego calentarse las manos.

La retribución era el jornal en metálico. En muy pocos casos se les dejaba que llenaran de bellotas el bolso de la merienda, por lo que acostumbraban a llevarlo bastante grande, sobre todo comparado con la poquedad de las meriendas en aquellos duros tiempos. Los sueldos, como hemos dicho, eran menores que los de la aceituna y, sobre todo, de la siega y así una mujer recuerda que mientras en la bellota ganaba 9 pesetas en la siega eran 17. Un tipo de acuerdo que tam-

bién se daba, aunque en mucha menor medida, era coger la bellota "a los sacos" o "a costales". El dueño pagaba una cantidad por cada costal de bellotas que se cogiese y, aunque al hacerlo de este modo se quedase inevitablemente alguna bellota atrás, no era demasiado problema porque la aprovechaban luego los guarros. Por esta clase de acuerdo iban a coger bellotas personas del mismo tipo que hemos caracterizado para la cogida a jornal pero también cuadrillas compuestas por hombres, mujeres y a veces niños de una familia; por grupos de compañeros que iban a partes iguales o por gente que lo hacía individualmente.

A la hora de decidirse a coger bellota de esta forma, los trabajadores tenían muy en cuenta el sitio del que se tratara y la cantidad de bellota que tuvieran las encinas, para ver si les compensaba trabajar de esta manera. A *los sacos* se cogía la bellota que estuviese caída. Si había que caerla, se vareaba a jornal y las mujeres la cogían a *los sacos*. No obstante, en una finca de Pallares hemos constatado cómo una cuadrilla compuesta por hijos de algunos empleados vareaban y cogían la bellota a *los sacos*. Una forma mixta era a *tarea*. En efecto, algún día de fiesta, de muy mal tiempo, por lluvia o frío, o ante algún otro tipo de imponderable, el manijero podía decir a las mujeres que estaban a jornal que cuando cogiesen una determinada cantidad de bellotas, un número dado de sacos, podían irse. Así, iban también algunos hombres, a los que les fijaban, por ejemplo, dos costales.

Pero existía una forma alternativa a éstas en la cogida de la bellota: *el corriqueo* o *corrico*, que no era otra cosa que el robo de bellotas por los trabajadores. A los que iban por bellotas les llamaban belloteros en Pallares y Santa María y *corriqueros* en La Puebla. *Corriqueo* es una palabra que se aplica al ganado, más concretamente a los cochinos cuando, sobre todo al principio de la montanera en que hay muy poca bellota en el suelo, recorren toda la finca buscando de encina en encina alguna bellota caída. Podríamos decir que corricar es ir aprovechando o cogiendo al paso, de un lugar a otro sin apenas parar, cuando se aplica a personas, por lo general inquietas. Se emple-

aba la palabra *corriqueo*, sobre todo en La Puebla, para referirse a las incursiones de la gente que iba a robar bellota, a veces en lugares muy lejanos y teniendo que recorrer bastante terreno. Aunque en los años cincuenta hubiese descendido en intensidad respecto a la mucho más difícil década anterior, el robo de bellotas era una práctica muy generalizada entre los jornaleros cuando había necesidad, que solía ser cada tercer día y el de en medio: "*Aquí íbamos casi todos. Menos los curas...*". Ya hemos hecho referencia más arriba a los guardas de bellotas, encargados en exclusiva de intentar impedir el *corriqueo*. Además, en algunos de los grandes latifundios estaban destacadas parejas de la Guardia Civil durante parte de la época de la bellota. En algunos de estos aún sigue conociéndose por el *cuarto de los civiles* la habitación donde paraban los guardias. A Santa María, donde no había cuartel, a veces enviaban una pareja por ese tiempo.

Los *corriqueros* o belloteros solían coger la bellota en las grandes fincas. Lo hacían preferentemente en las de los alrededores del pueblo porque eran las más próximas o en otras más lejanas por razones diferentes: porque estuviesen menos vigiladas; hubiera más bellota o sólo allá quedase; por suponer menos compromiso para ellos si los cogían allí, etc. Las fincas próximas a los pueblos estaban castigadas, además, por los cochinos del pueblo, los que se criaban en las casas, a los que sacaban sus dueños a comer a las cunetas, cañadas y ejidos, pero que con harta frecuencia *rafeaban* lo que podían, es decir se comían aquello que no era suyo, en este caso las bellotas de las lindes o incluso de encinas de más adentro.

Aparte de las fuentes orales, los archivos municipales dan cumplida cuenta del hecho y de las denuncias que los guardas ponían por ello. Además, eran muchas las personas que, de vuelta del trabajo, por el camino cogían bellotas a escondidas, como por ejemplo las mismas *cogeoras* de bellotas. Lo mismo hacían las mujeres que iban a lavar a los arroyos próximos a los pueblos, que escondían las bellotas bajo la ropa, en las cubas y en las paneras, o cajones en forma de artesa que se usaban para lavar. Los *corriqueros* unas veces iban solos y otras en grupos de compañeros. Cuando se trataba de ir lejos o de

noche, eran los hombres casi exclusivamente los que salían, y si no había mucha bellota caída llevaban varas que, al igual que algún cesto, podían dejar escondidas en el campo a veces. Cuando se percataban de algún peligro también dejaban la bellota escondida y volvían por ella cuando la ocasión fuera más propicia. Aunque nos han referido algunos casos en que iba a por bellotas gente con bestias incluso, esto no era usual.

Abundan los relatos en los que se pretende dar cuenta de las proporciones tan exageradas que alcanzaba el *corriqueo*, de las cotas de descaro con que se hacía o de las artimañas de las que se servían algunos. Este tipo de robo contaba con la aceptación moral, o al menos de la comprensión y la disculpa en muchos casos, de la mayoría de la comunidad local, habida cuenta de las grandes desigualdades sociales y la situación de necesidad de los trabajadores. Los propios guardas, por participar de esa consideración y por sus relaciones con las gentes, en muchas ocasiones hacían la vista gorda, por ejemplo dejando que el bellotero se llevase la bellota que había cogido, o una parte, y diciéndole que no volviera más, llegando a pedirselo como favor. La comprensión y tolerancia eran especialmente frecuentes en el caso de los guardas de bellota, que eran jornaleros, y que no se complicaban la vida en exceso.

Un guarda de bellotas nos cuenta la de veces que, al sorprender a cierto vecino del pueblo subido en una encina vareando, tenía que ayudarle a bajar con toda clase de cuidados y precauciones por lo dificultoso que le resultaba al hombre, llegando incluso a tener que echarle una mano para cargarse el saco. Otro nos refiere cómo, cuando podía, hacía la vista gorda ante los que iban a por bellota e incluso, cuando el guarda de la finca le hizo correr tras un par de ellos, fingió que no podía darles alcance. También existía connivencia en algunos casos por parte de algunos empleados de las fincas, que podían no decir nada cuando veían a alguien cogiendo bellota. Ahora bien, no en todos los casos era así.

En Pallares forma ya parte de la literatura oral la historia que cuenta un antiguo guarda de bellotas:

"Aquella vez vi a E. agachada debajo de la encina. Al verme se levantó y empezó a andar. Yo sabía de más lo que estaba haciendo pero le digo:

- ¿Dónde vas por aquí?

-Pues mira, que venía de la viña de mi tía y me he enajenado.

-¿Y qué hacías ahí agachada hace un momento?

-!Uyh, querido!, pues que se me ha perdido la llave del arcón y no la encontraba

-Pero eso no es la llave del arcón, eso son bellotas, ¿no?.

-Anda, hijo mío, déjame, que ya me faltan muy poquitas para el cuartillo.

-Pues venga, aligera y vete corriendo".

Muchos campesinos o medianos propietarios compraban incluso bellota robada, o hacían la vista gorda ante las incursiones de los belloteros en latifundios vecinos. Algunos grandes propietarios eran en cierta manera permisivos y, así, se cuentan en Santa María casos en que los propios dueños o los guardas, alguna vez que cogieron a algún *corriqueo* le hicieron llevar la bellota al cortijo y se la pagaron, o le dejaron que se llevara una parte. El caso paradigmático de todo esto era un enorme latifundio próximo a Santa María, de gestión poco ortodoxa por su dueña, que gracias a su largueza en la permisividad a prácticas como el *corriqueo*, el rebusco de bornizo y otras similares, mitigó en algo las muchas penas de los trabajadores del pueblo.

Ahora bien, todo ello no debe distraernos de la defensa que los propietarios hacían de estos recursos. Como hemos visto, era mucha la vigilancia que se disponía, en el campo existía un miedo atávico a la Guardia Civil y no faltaban las denuncias y alguna que otra paliza, a veces por una simple cuartilla de bellotas.

La bellota que cogían los dueños de las fincas era para rematar sus guarros, salvo en algún caso concreto en que no hubiese cochinos suficientes, estuviesen arrendados los aprovechamientos de pastos o cultivos, o excepcionalmente hubiese mucha bellota. Con la llegada de la peste porcina africana, al final de la década de los cincuenta, en fincas que sufrían la epidemia y tenían que sacrificar los cerdos tam-

bién se cogía la bellota, antes de que se disparasen los salarios. Los dueños que vendían bellota lo solían hacer a compradores de fuera, que podían tener en los pueblos a alguna persona, un corredor, encargado de comprar para él la bellota. Ocasionalmente, pero con menor frecuencia, podían vender a otro propietario que no tuviera. La bellota robada se vendía a gente del pueblo que tuviera cochinos en casa, a pequeños y medianos propietarios que no tuvieran la suficiente o que, sencillamente, preferían alimentar sus cochinos con esa bellota ya que su precio era bajo. Además, aunque en menor medida, en los pueblos había gente que se dedicaba a comprarla para negociarla. En ocasiones alguna de ella siguió la ruta del estraperlo de granos a cargo de trabajadores que disponían de alguna bestia, pero esto no fue lo más usual. Un caso recurrente es el de algún pequeño propietario de finca con encinas que entregaba a algún comprador de bellota robada, o a un estraperlista, un papel en el que declaraba haber sido él quien le había vendido esa carga. Pero es más, hasta algunos terratenientes locales de uno de los pueblos compraba bellota robada, como nos dice un matrimonio de jornaleros:

"Se las vendían hasta a los mismos patronos de aquí que no tenían. Parra⁴ no tenía bellotas un año y le tenía puesto un puesto a una mujer que las compraba para él. La entrábamos en su cerca y allí tenía cien cochinos. Veinticinco o treinta costales se traían todas las noches. Vino la pareja, pero esa mujer tenía hecho un papel que decía que se las había comprado a Paco Caballos, el suegro de Parra. La Guardia Civil no podía hacer nada. Un día que yo venía con costales me dijo Manuel Zapata que tirase para su casa, que él me los compraba, pero lo vio Parra y hablaron entre ellos. A Manuel le quitaban mucha bellota de noche".

Todo ello nos da cuenta de hasta qué punto estaba inserta en la sociedad local, en todos sus grupos, esta economía alternativa de la bellota.

⁴ Los nombres que aparecen en la cita son todos figurados.

5. EL MONTE

EL MATORRAL EN LA DEHESA

Como hemos dicho, la dehesa es el resultado del ahuecado del bosque mediterráneo para mantener un estrato arbóreo aclarado asentado sobre un estrato herbáceo, y esto se consigue suprimiendo el estrato arbustivo, el matorral o monte. Por tanto, en la dehesa no debería haber monte y esto era lo deseable en nuestro caso. A satisfacer tal demanda acudían prácticas como el pastoreo y el laboreo, que dejaban unas dehesas limpias, es decir, libres de monte. Ahora bien, habida cuenta de las características del relieve en el área de estudio, de la existencia de laderas de cierta pendiente y escaso desarrollo, poco aptas para el cultivo y ásperas para el ganado, en algunas fincas proliferaba el matorral y se hacía necesario el arranque del monte y las rozas cada cierto tiempo. Ocurría esto principalmente en las Sierras de Santa María, más cuanto más metidas hacia las lindes de Andalucía. Además sucedía siempre en fincas grandes, ya que en las pequeñas, más necesitadas de tierras para labor y pastos, no había ocasión para la proliferación de maleza.

Aunque, allá donde proliferaba, el monte supusiera una pérdida del potencial pascícola, aparte de los beneficios ambientales, era una

fuente de recursos muy diversos para las fincas y para las gentes de las comunidades locales, como habremos de ver en las páginas que siguen. Por lo que respecta al ganado, sobre su aprovechamiento del monte hay que hacer algunas matizaciones ya que el grado en que era apto para el consumo era muy variable según la especie de matorral de que hablemos. Pero su bajo interés pascícola en general se veía contrarrestado por el carácter estratégico que podía llegar a tener en ciertos momentos del año.

Por las características del agroecosistema, y por la naturaleza de las producciones del monte, éste ofrecía materias diversas, era una fuente de bienes de uso, y también de cambio, para las gentes de los pueblos, sobre todo para las más necesitadas que, de una u otra forma, continuaban con las prácticas históricas de aprovechamiento de los montes comunales que se habían mantenido hasta no hacía demasiado tiempo, hasta la privatización de los bienes públicos con la Desamortización, y que eran referente, experiencia histórica y memoria colectiva que guiaba la acción de estos grupos, ya fuera considerada legal o ilegal por el régimen jurídico-político imperante, con las consiguientes consecuencias de conflicto social, abierto o latente.

En torno al arranque o corta de monte había dos economías, por un lado la de su control, la del arranque y rozas por parte de los propietarios, que requería de mano de obra y era fuente de trabajo para los jornaleros o colonos y, por otra parte, la de su aprovechamiento por los no propietarios. El matorral, salvo en el uso medicinal o como condimento en el caso de algunas especies, no era apto para el consumo humano. El uso como alimento para el ganado hemos visto que tenía serias limitaciones. Como combustible no podía compararse con los productos de la arboleda. Todo ello tenía como consecuencia que el valor que le daban los propietarios fuera relativamente escaso. Lo óptimo para ellos era que no hubiera matorral en las dehesas. Ante la imposibilidad de su control por el laboreo o el pastoreo, su eliminación por arranque o roza suponía un gasto específico, un coste en absoluto compensado con el valor de los subproductos que, en el desmonte, se quemaban. Los beneficios de la limpieza sobre el pasto y la

arboleda no eran directos e inmediatamente tangibles y mesurables. De esta forma resultaba un recurso marginal para las fincas, si no un problema, y por eso daba mayores oportunidades para su aprovechamiento por las clases populares a las que, en las recurrentes malas épocas, les resultaba interesante como fuente de ingresos o como bien de uso en una sociedad que aún no era de consumo sino en parte de autoconsumo.

Pero para entender todo ello precisamos conocer antes algunas características del matorral mediterráneo. La vegetación mediterránea, para hacer frente a la circunstancia diferencial más importante de este tipo de clima, es decir, es estrés hídrico veraniego provocado por la coincidencia de altas temperaturas y ausencia de precipitaciones desarrolla estrategias diversas que ya hemos considerado en parte. La esclerofilia es la más destacable de todas. La vegetación esclerófila desarrolla hojas duras, recubiertas de escamas, pilosidades y otras formas de recubrimiento. Asimismo fabrica resinas, ceras y aceites muy aromáticos, como medios de evitar la pérdida de agua por contacto con el aire. Para hacer frente a las condiciones adversas, sobre todo de falta de agua, los árboles desarrollan hojas duras, con varias capas, abundancia de lignosa y complejas estructuras que permitan evitar la transpiración. Es esta fuerte inversión energética lo que hace que, para rentabilizarla, las hojas tengan que durar varios años. La compleja estructura y acumulación de tejidos estructurales o de sostén hacen que, en contrapartida, las hojas sean pobres en nutrientes, encargándose de su almacenamiento y procesamiento otras partes del árbol, como las raíces y troncos. En un contexto difícil y de situaciones cambiantes y extremas, otra estrategia de la vegetación es desarrollar mecanismos de defensa de los herbívoros tales como espinas y pinchos, además de los referidos aceites y resinas, que hagan su masa poco apetecible, sobre todo en el caso del matorral que va apareciendo cuando se modifica el bosque mediterráneo originario (Parra, F. 1989:39).

Habida cuenta de todo lo hasta ahora dicho, podemos hacernos una idea de lo relativamente poco interesante del matorral para el ganado, salvo en el caso de la cabra. Ahora bien, como dijimos, no

todas las especies de matorral eran apetecidas o desdeñadas de igual forma por los animales y así, las matas de quercíneas y de monte noble en general eran las de mayor aprovechamiento, apetecibles en parte en ciertos momentos del año, sobre todo ante escasez de otros alimentos. La vegetación serial era menos interesante, salvo en casos concretos en que la cabra comiera algo de su masa. Además, ya vimos que salvo el caprino, la cantidad de monte que pueden ingerir los rumiantes al día es limitada, necesitando complementación.

El monte noble sería el del sotobosque que acompaña al monte alto, a los árboles del bosque mediterráneo. Sería indicativo de mejores condiciones ecológicas, de complejidad y calidad de suelos. Entre las especies de este tipo de monte tenemos el carrasco (mata de encinas y alcornoques), coscoja, madroño, acebuche, cornicabra, lentisco, torvisca, *galapero* (peral silvestre), o *tilero* (espino blanco o majuelo). El monte serial corresponde a etapas de degradación y pertenecen al grupo el brezo, labiadas como el tomillo, romero, orégano y cistáceas como la jara y el *jaguarzo*. Las leguminosas como escobas, retamas y aulagas ocuparían una posición intermedia entre el matorral noble y el serial, participando de características de ambas. La presencia de cistáceas, sobre todo jara y *orgazo* nos dan cuenta de una degradación acusada, siendo especies oportunista y colonizadoras, por ejemplo tras incendios. El mismo nivel de degradación se asocia a los brezos, que además incrementan la acidez del terreno con el aporte de sus hojas. También indicativos de estas situaciones son el matagallo, y la ardivieja. El máximo nivel de degradación lo constituye la presencia de labiadas como tomillo, o romero (Parra, F. 1989:57; Montoya, 1980:53).

Dicho todo esto, veremos cómo el matorral noble, los grandes arbustos, no conformaban manchas de vegetación sino que se presentaba como ejemplares aislados. El matorral serial sí que daba lugar a formaciones más extensas, sobre todo donde el terreno era quebrado y había sido sometido a laboreo, y era contra el que más había que luchar.

MANEJO Y APROVECHAMIENTO DEL MATORRAL

Entrando ya en el manejo concreto del matorral en nuestras dehesas, en líneas generales se podría decir que no formaba parte del ciclo productivo de una buena parte de las fincas. Las explotaciones campesinas solían estar limpias de monte y en el resto, salvo en las zonas de más pendiente del sur, hacia Santa María, el matorral no era algo significativo, y ello debido al laboreo continuo y la presencia del ganado. En esas fincas próximas a Santa María era donde más se precisaba limpiar el monte cada cierto tiempo. En efecto, había partes de fincas en las que ni las cabras podían entrar y, por ejemplo, para sacar la corcha de algunos alcornoques debían ir antes unos hombres abriendo veredas entre el matorral. Estas manchas tenían importancia como refugio de ciertas especies pero, además, suponían una fuente de recursos para la gente más necesitada, como combustible, bornizo y materiales de diverso tipo.

Lo fundamental de la eliminación del matorral era optimizar la producción de pastos y permitir o mejorar su aprovechamiento por el ganado, así como el de bellota y leña, además de hacer posible el cultivo. También eran un medio de evitar incendios forestales y de aumentar la producción de bellotas, leña y ramón (Montoya, 1980:54,102; Montoya, 1989:76). A la inversa, como venimos repitiendo, el pastoreo y el laboreo contribuían al control del matorral.

Como puede comprobarse hoy en día en que los cultivos han retrocedido enormemente, por casi todo el territorio se puede encontrar carrasca, retama, aulaga, tomillo, jaguarzo, matagallo, escoba y torvisca. La jara pringosa, *jarilla* y *aracepa* prolifera más bien hacia el sur del área de estudio, que además es la única zona donde abunda el brezo, ya metidos en tierras de Andalucía. Es allí donde aparece el madroño con más frecuencia, pues en el resto se limita a muy pocos ejemplares aislados entre encinas u olivos. En distintos puntos puede encontrarse asimismo romero, coscoja y *aracepa*. El orégano se encuentra casi exclusivamente en algunas sierras próximas a Santa María, al igual que la murta. Salteado en algunas partes aparece algún

que otro acebuche, que en algunos puntos del este del área llega a conformar comunidades mixtas con las encinas y a cuyo arrimo se asientan esparragueras blancas.

Los términos con que se suelen referir en la zona a las prácticas de eliminación sistemática del matorral son roza y desmonte. Aunque no en todos los pueblos aparece claramente esta distinción, hay quienes emplean la palabra desmonte para la práctica de arrancar de cuajo las matas, mientras que para la simple eliminación del matorral usan la palabra roza, aunque rozas puede tener también la connotación de quema del matorral arrancado. Dependiendo del tipo de matorral, de la densidad y el desarrollo de las matas, se cortaba con un *calabozo*, se arrancaba con azadón o sencillamente lo descuajaba el arado. El *calabozo* es una herramienta muy característica del desbroce que consiste en un brazo de metal o más corrientemente de madera que sujeta por su extremo no a una hoja de metal sino a una pieza curva de hierro con filo. Aquellas matas que hubieran desarrollado un tronco de cierto grosor había que cortarlas con hacha, pero había otras pequeñas y más tiernas que se podían arrancar con la mano. Así, podían arrancarse matas mayores cuando la tierra estaba *harta de agua*. Por tanto, el tiempo idóneo para este tipo de labores era la época de lluvias, cuando la tierra estuviera húmeda y blanda, y el monte verde. Eso no quiere decir que la gente que tuviera necesidad no lo hiciera en cualquier otro tiempo.

Las especies de matorral que más se combatían eran las cistáceas, porque son las más colonizadoras, sobre todo por su tipo de semillas. También era recurrente la invasión del brezo en las zonas citadas de Santa María. Cuando se limpiaba una extensión de matorral denso (casi siempre hacia la zona citada), se hacían *rodeás*, es decir, se iban echando las matas en montones, en lugares más claros de arboleda, y luego se araba el resto de terreno que había quedado clareado, las *colás*.

En el verano, sobre el mes de agosto, se solían juntar los colonos de la finca para quemar juntos las *rodeás* de todos ellos y evitar la propagación del fuego. El terreno de la *rodeá* no había sido labrado, pero

las cenizas lo hacían ya bastante fértil. Las especies que más proliferaban en las rozas eran las cistáceas, como jaras u *orgazos*, las más adaptadas al fuego por su resistencia y por su capacidad de colonización del terreno tras las llamas. Igualmente el brezo, índice también de degradación de estas pendientes laboreadas y de presencia de rozas, menudeaba en la zona antedicha.

El destino de las matas arrancadas era diverso; podían venderse a los hornos de pan, tejas o cal si se trataba de carrascos, coscojas, jaras o retamas. No era frecuente que los dueños o colonos lo hicieran, más bien lo hacían los jornaleros que iban por ellas. En general, los productos del monte eran o bien para cubrir las necesidades de las propias fincas y de las casas, tanto de los colonos como de los trabajadores que fueran por ellos, o bien eran los jornaleros los que se dedicaban a vender aquello que tenía alguna demanda en los pueblos. La jara, como dijimos, se empleaba a veces para cisco y los raigones de brezo y retama para carbón. Esos raigones también se podían usar para la candela, al igual que la leña gorda que se sacaba de las zonas de monte alto de Santa María.

En alguna finca cercana a ese pueblo, pero sobre todo ya más metidos en el término de El Real de la Jara, se hacía leña de las madroñeras. Las ramas de madroñera, al ser fuertes, también se empleaban antiguamente en la construcción de algunas de las casas más humildes, como sustituto de las tablas que se colocaban sobre los maderos para sujetar las tejas. Con monte de diverso tipo, según el sitio, se cubrían también las chozas de palanca que se usaban como zahúrdas o majadas para los cochinos y algunas chozas de porqueros y cabreiros. Las aulagas se empleaban para chamuscar los cochinos en las matanzas, hacer prados en que solear la ropa, ya que no se usaba la lejía, y como bardas de las tapias. Para esto último también servían las escobas así como para escobajos con que barrer, que también podían ser de culivieja (*clavellina*).

Las otras especies mencionadas se usaban en bastante menor medida y con fines medicinales para personas y animales (*aracepa*, romero, torvisca), o de condimentación (tomillo, orégano, tomillo sal-

sero⁵. Menor interés tenían el jaguarzo, el matagallo y la cornicabra. De entre los grandes arbustos destacaba el *tilero*, nombre que se da en estos pueblos al espino majuelo, por el uso de sus flores para infusiones, y el *galapero* (peral silvestre) del que a veces se tomaba alguna rama para injertarla con frutales, ya que en condiciones climáticas tan adversas como las de estas tierras, su fortaleza ayudaba al frutal a salir adelante, aunque luego hubiera que volver a hacer injertos para ir eliminando la reciedumbre, la aspereza que el *galapero* daba a la fruta. No olvidemos que también la encina, las cocciones de su corteza y sus bellotas, también tenía propiedades medicinales, concretamente como astringente debido a sus taninos. Los acebuches eran apreciados por su madera, la mejor para fabricar las porras de los vaqueros y también muy usada para bastones.

La zarza era un enemigo siempre a combatir y de ella tomaban los niños sus moras como golosina. A éstos se les advertía mucho del peligro de comer los *revientabueyes*, nombre gráfico de por sí con el que se designa a los rosales silvestres. Los helechos, que encontramos en zonas frescas de sierras de la parte sur, los usaban gentes de Santa María como recubrimiento de alguna choza o de un horno de carbón y en un caso se nos dice que lo usaban para envolver los quesos frescos cuando los transportaban a otros pueblos.

Se dice que, a diferencia de lo que ocurre actualmente, los espárragos no eran una especie muy codiciada y apenas se vendían, y en ello coinciden gentes tanto del área de estudio como del resto de la comarca. No obstante tendemos a pensar que al decir esto lo hacen comparando con la época actual, en que hay mucha presión sobre este recurso pues son muchos los que, por ocio sobre todo, van por espárragos. Dudamos que, habida cuenta del aprovechamiento que se hacía de plantas como las más arriba mentadas, se hiciera poco

⁵ En la zona se conoce por tomillo a la lavándula o cantueso, mientras que se denomina tomillo salsero a la especie que en otros lugares llaman almoraduz o mejorana.

caso a los espárragos, además del hecho constatado de que había algunos jornaleros que iban por espárragos para venderlos.

Entrando ahora a considerar el asunto de la mano de obra que el manejo del monte requería, hay que empezar diciendo que en las fincas en las que había monte lo más frecuente era ceder ese terreno a *pejualers*, es decir, personas que lo podían cultivar sin pagar renta alguna, a veces durante dos años seguidos, a cambio precisamente de desbrozarlo. En alguna ocasión no había renta el primer año y el segundo era baja, por ejemplo, la cuarta parte de la cosecha. Bastantes familias de Santa María se fueron en los años treinta a arrancar monte a la zona de Castiblanco de los Arroyos (Sevilla), al otro lado de Sierra Morena, donde daban tierra en condiciones muy favorables. En algún caso lo que daban a cambio de rozar era el bornizo del terreno desmontado, pues era bastante malo para siembra. En fincas donde, aún sin formar manchas, había bastante monte, lo que se hacía era poner una renta más baja de la normal a los colonos que, para sembrar, debían antes quitar las matas. Finalmente, aunque era poco corriente, en algunas fincas o en partes de ellas que eran *viciosas* de monte, de cuando en cuando los dueños desmontaban a jornal, con cuadrillas bastante numerosas a veces. En ocasiones se trataba de ir quitando una cuadrilla matas pequeñas que iban saliendo, lo que en otros lugares llaman *descollar* (Montoya 1989:70).

El monte era un recurso socorrido para los jornaleros que, cuando la falta de jornales acuciaba, salían al campo a buscar alguna carga de carrascos, jara, aulaga, retama, brezo, escoba, etc., según cayera o hiciera falta, bien para sus casas o bien para la venta. En efecto, la mayoría de los trabajadores buscaba en el monte los recursos de este tipo que precisaran y fueran accesibles en las fincas de sus pueblos. Además, había algunos jornaleros que se dedicaban a vender algunas cargas, bien a los hornos o bien a particulares. Algunos disponían de algún burro y podían hacer cargas mayores y en sitios más lejanos, pero otros no.

El acceso a estos recursos era más fácil en Santa María, donde había mayor abundancia. En general, no había demasiados problemas

para arrancar monte, aunque hiciera falta, cuando menos, no tener una relación hostil con los dueños o los guardas. El conflicto surgía alrededor del *monte negro* o *mata prieta*, de matas de encina, alcornoque y quejigo, que era lo más codiciado por los jornaleros y los dueños. En las rozas y desmontes, los colonos o los jornaleros que lo pidiesen se aprovisionaban para sus casas de aquello que necesitaran y podían hacer alguna que otra carga para venderla, pero la mayoría se quemaba en las *rodeás*. Hay que tener en cuenta que muchas de estas se hacían en la zona de Santa María, en fincas algo alejadas a veces. Además, no todo el matorral era aprovechable. En el resto de fincas, el laboreo y pastoreo no permitía la proliferación de matas de mucho desarrollo y, por tanto, de interés para su uso.

Para terminar este apartado del matorral, queremos hacer una referencia a arbustos que no surgen entre las encinas y sobre los pastizales, y a otras especies que no son arbustos pero participan de ese mismo carácter de recurso del *saltus*. Como arbustos de las riberas tenemos los tamujos que crecían al lado de algunos ríos y barrancos y que eran muy apreciados para hacer escobajos con los que barrer, por ejemplo, los corrales. Asimismo la mimbre era bien apreciada para la artesanía de los cestos, como también el *azao*, un tipo de sauce.

LA CAZA Y LA PESCA

Continuando con las actividades de aprovechamiento de especies silvestres, conviene que hagamos una referencia a las especies animales, de campos y cauces de agua. En los agroecosistemas de la zona la caza era abundante en todas las especies que hoy se conocen, salvo en el caso de los jabalís y venados, ya que las manchas de matorral no ocupaban superficies demasiado grandes, a diferencia de lo que ocurría en los siglos pasados. Al participar la dehesa de la condición de ecotono, de espacio de contacto entre distintos ecosistemas, disfrutaba de una interesante diversidad de especies, también por supuesto en el caso de las cinegéticas. Así encontramos animales más propios de los bosques (torcaces, conejos) y otras de las áreas abiertas (liebres, perdices).

En los años cincuenta eran pocas las escopetas que había en la zona y también relativamente pocas las de fuera, entre otras cosas por el poco desarrollo de los transportes y la escasa generalización y popularización de la caza como deporte entre las clases media y obrera de las ciudades, cosa que cambiaría a partir de los años sesenta. La presión sobre las especies cinegéticas era, por tanto, escasa.

Pasando en primer lugar a dar un repaso a la caza como actividad económica, cabe decir que no eran muchas las gentes dedicadas a vender la caza. No existía ningún cazador profesional como tal pero sí que había un número de 15 ó 20 jornaleros entre los tres pueblos que alternaban el trabajo a jornal con la caza y la venta de las piezas cobradas. En cualquier caso, siempre que hubiera jornales, la caza pasaba a un segundo plano, saliendo al campo sólo cuando no había trabajo y la época era propicia.

Los medios con que contaban estos hombres eran por lo general precarios: una escopeta no demasiado buena ni nueva y poca munición, de tal manera que había que asegurar bien el tiro para no desperdiciar el cartucho. En Pallares aún se recuerda la escopeta de alguno de aquellos cazadores, sujeta con el asa de una cuba. Por aquella época ya casi habían desaparecido las escopetas de pitón. En muchos casos los cartuchos eran recargados de forma artesanal, con perdigones fabricados fundiendo plomo y dejando caer las gotas en un recipiente con agua fría.

La caza que menos medios requería era la de las liebres con garrote, aprovechando el hecho de que la liebre se camufla y aguarda encamada para no ser vista, echando a correr sólo cuando se está muy encima de ella. La vista y rapidez de reacción del cazador eran lo decisivo en esta práctica. Las más de las veces no es que se fuera expresamente a cazar liebres con garrote, sino que si se llevaba, como por ejemplo sucedía con los pastores, se le podía tirar.

En cuanto al acceso a la caza, no solía ser mucho problema, por lo menos hasta muy cerca de los años sesenta, ya que no existían cotos de caza como tales. Los dueños solían cazar en sus fincas sobre todo cuando llevaban invitados pero no tenían necesidad de vedarlas para

ello. Ahora bien, en alguna de ellas daban instrucciones a los guardas para que no dejaran cazar, apoyándose en motivos diversos, como por ejemplo que fuera tiempo de veda o que los cazadores no tuvieran licencia de caza o no contaran con permiso de armas, cosa bastante frecuente. En su defecto, sencillamente hacían valer su condición de propietarios y personas influyentes para de una u otra forma impedir la caza. Aunque existía la veda y la reglamentación sobre caza y armas aludida, la Guardia Civil no era demasiado rigurosa sobre estos particulares, siempre que los cazadores tuviesen un mínimo de discreción. Hay que tener en cuenta que las piezas no tenían interés económico para los propietarios y la práctica de la caza por las gentes de los pueblos no menoscababa el posible disfrute recreativo de la misma por parte de los dueños. Además, tampoco faltaba el regalo de alguna pieza a guardias civiles por parte de los cazadores. A veces esto sucedía no por propia iniciativa y de grado, como nos refería un cazador en cuya casa se presentó un guardia a comprar una liebre el día de Nochebuena, viéndose forzado de alguna manera a no cobrársela. Tampoco eran infrecuentes los regalos a propietarios u otra gente importante.

Las especies que más se cazaban eran liebres, conejos, perdices, palomas, tórtolas y zorzales. Cuando eran piezas menores, como algunos pájaros, las podían consumir las familias de los cazadores, pero las liebres y conejos solían ser casi en su totalidad para la venta, obteniendo con su importe productos de primera necesidad. De vender se encargaban las mujeres de la familia, que las iban ofreciendo por las casas de gentes con posibles, que también podían ir a casa de los cazadores o mandar a alguien a procurarlas. Existían asimismo recoveros que compraban por la zona y llevaban la caza, junto a huevos o pollos a veces, a pueblos grandes y, sobre todo, a Sevilla.

Generalmente la caza se hacía en solitario a no ser que se tratase de miembros de una misma familia, cosa por otra parte frecuente. No obstante, los cazadores cuentan anécdotas de caza con otros compañeros e incluso se constata cierta familiaridad y hospitalidad entre cazadores de La Puebla y Santa María.

Además del dinero obtenido por la venta de las piezas, la caza también facilitaba ingresos como pago por acompañar a los dueños de fincas o sus invitados en las cacerías que estos daban, como expertos conocedores del terreno y de los pasos de los animales o como *jucheaores*, es decir, ojeadores. No es que fueran muchos los jornales que así conseguían, pero sí solían ser bien pagados, tanto en metálico como en especie. Estas cacerías daban ocasión a muchas relaciones sociales de tipo vertical, en un ambiente distendido y donde existía una supuesta camaradería entre los *señoritos* y los trabajadores, en una actividad de ocio en que se valoraban los mayores conocimientos y habilidades de los cazadores y la “*cooperación*” con los propietarios o sus amistades. A través de las cacerías, los trabajadores establecían relaciones con estas gentes de las que podían obtener además algunas ventajas en cuanto a trabajo o ayuda en caso de apuros, por ejemplo con la autoridad, debido a la influencia de los amos. Para los propietarios, además de un ocio de clase, suponía una ocasión para hacer ostentación de su riqueza y establecer o fortalecer relaciones dentro de su propio grupo social, invitando a cazar en su finca a amigos o gente influyente.

Gente de los pueblos que tuviera escopeta y cazara por deporte había poca, solo unos cuantos pequeños y medianos propietarios, por mediación de algunos de los cuales llegaba algún que otro forastero a cazar, por lo común alguien de las clases medias de pueblos grandes próximos.

Había además otros trabajadores que aunque no tuvieran escopeta se valían de lazos, trampas o cepos para cazar, aunque esto último era más bien propio de algunas gentes de Monesterio. Este tipo de medios es el que solía utilizarse para la captura de lo que se consideraban alimañas, como zorras, jinetas, gatos monteses, papardillas, etc. que podían matar al ganado o a las aves de corral. Cuando algún cazador mataba un lobo o una zorra podía ir por los cortijos mostrando su piel u orejas y esperando por ello una recompensa.

Otro tipo de caza era la de pájaros con costillas, pequeña trampa de madera con un muelle metálico que se disparaba al picar el pájaro en el cebo. Se hacía en otoño-invierno, cuando había poca comida en

el campo para las aves insectívoras y granívoras, con insectos tales como *alúas* (hormigas con alas), lombrices, gusanos o aceitunas, con lo cual el tipo de pájaros que caía era bastante diverso, pero destacando el interés por los más grandes, como zorzales, mirlos o tordos. A esto último se dedicaban también algunos niños. El producto se destinaba al autoconsumo y también a la venta a recoveros o a gente del pueblo. Los niños, además de con costillas, cazaban también con tirachinas y mostraban un amplio conocimiento de los distintos tipos de aves y sus características.

La caza de ejemplares de perdiz para reclamo era muy singular en Santa María, con unas trampas de madera con muelles que se abrían con el peso de los animales. Se daba el hecho de que sólo tenían valor para la venta los perdigones que se cazaban en un determinado lugar, la Solana del Espartal, por tener fama de buenos pájaros de canto y ser valientes, debido quizás a lo agreste del terreno, aunque hay quien lo achacaba al agua o al tipo de comida de la zona.

La pesca la practicaba menos gente que la caza, entre otras cosas por la menor abundancia de ésta en los ríos y arroyos de la zona, poco caudalosos y sometidos a fuerte estiaje. Los lugares de pesca eran sobre todo los charcos de los ríos Viar y Vendoval y la rívera de Santa María, donde se capturaban barbos principalmente y, en menor medida, bogas y lampreas. La pesca se hacía en primavera y verano, desde abril a agosto. Se nos dice que en abril era cuando subían los peces desde el pantano de El Pintado, ya lindero con la provincia de Sevilla, y que suponía un corte, un obstáculo para que los peces fueran más abajo, siendo una reserva de los mismos. En julio o agosto la práctica totalidad de los charcos se secaba.

En cada pueblo había algún que otro pescador, que siempre era un jornalero que pescaba en días en que no había trabajo. Tenía como artes de pesca las redes, que eran de diverso tipo y, así, la manga consistía en una red que formaba una bolsa cuya ancha embocadura estaba sujeta por dos palos que hacían que se pudiera ir abriendo o cerrando en distintos grados según se fuera aproximando a las pesca. Hacer una especie de nudo en su fondo permitía que los peces cogi-

dos no se salieran y poder continuar la pesca en el charco sin tener que salirse a depositar las piezas en la cuba o el cesto. Este arte se empleaba para las partes más profundas y para charcos pequeños. El paño o trasmallo era un lienzo de red más largo, que se ponía para cubrir el río o los charcos, conduciendo hacia él los peces. Se cogían los peces que cayeran, tanto grandes como pequeños, éstos últimos conocidos como *gaspacheros*, y que eran bastante apreciados.

A veces se podía buscar los peces con las manos, en las cuevas de los charcos. El *verdolobo* (gordolobo) se utilizaba muy poco como método de aturdimiento y, a diferencia de algún pueblo cercano, no se conocía la técnica de golpear con una marra en las rocas de los charcos, para que su sonido aturdiere a los peces. Otra técnica muy simple consistía en coger los peces en los correntones, los lugares donde se producen pequeños rápidos al estrecharse el cauce y ser poco el caudal que por él transitaba, entre piedras. Allí se podían capturar incluso a pedradas. Pero esto no era medio propio de pescadores asiduos, de los semiprofesionales, sino algo más bien ocasional de otras gentes. También se nos habla del uso que alguna vez se hizo de una suerte de embudo de cañas, también en lugares donde se estrechaba la corriente, o en charcos que se cortaban.

Los pescadores vendían por las calles o iban las gentes a sus casas a comprar. En Pallares, un pescador iba de madrugada en burro a Monesterio a vender en la plaza de abastos los peces que había pescado la tarde antes.

Los pescadores se dedicaban igualmente a coger ranas, aunque la pesca de éstas últimas era también una forma de diversión de grupos de amigos que luego las comían juntos, y de los niños. De los galápagos se nos dice que se hacían buenas sopas y, aunque se constata su consumo, era algo muy poco frecuente. La pesca de la rana se hacía de noche, alumbrándose con una linterna de carburo para coger las ranas con la mano. Luego se les cortaba la cabeza y se les quitaban las tripas quedando sólo las ancas, que se solían ensartar con juncos. En Pallares, aunque se vendían por las calles, también era frecuente que el pescador cogiera ranas por encargo. El demandante era por lo

común una persona pudiente. El regalar una o dos docenas de ranas era una forma de agradecimiento a gentes con las que se estaba de algún modo en deuda, por ejemplo un propietario de fincas que permitiese hacer picón sin cobrar nada.

6. LOS PASTOS

LOS PASTOS EN LA DEHESA

La importancia del pastizal en la dehesa viene dada porque es el principal sustento del tipo de uso más sobresaliente de este agroecosistema, el uso ganadero. Aunque la complementación era una base fundamental para la dieta de los animales, no cabe duda de que el aporte principal eran los pastos, por lo menos en el caso de los rumiantes. Además, el cochino también comía hierba, que en primavera era casi su única comida. Ya hemos visto cómo el fomento y mantenimiento del pastizal era el objetivo fundamental del adhesionamiento históricamente. Así, como sucede hoy en día, puede haber dehesas sin cultivos pero, por definición, no hay dehesa sin pastos.

El pastoreo de los pastizales es la solución productiva idónea para el mantenimiento de una producción constante y regular en una zona con las características de suelo y clima como la nuestra. El pastizal es un estrato de gran plasticidad, que se adapta a las condiciones tan cambiantes del medio. Se trata de un punto intermedio entre, por un lado, el bosque originario, poco interesante desde el punto de vista de la producción de excedentes, de la apropiación de la energía del medio debido a la madurez y autoinversión de energía de los ecosistemas maduros, y por otro, la extracción de grandes cantidades de energía por intensificación agraria, imposible a la larga en semejante entorno, pobre y seco. Así, el pastizal suministra cada año una discre-

ta cantidad de biomasa vegetal, que es transformada por el ganado en una proteína de alta calidad pues su consumo directo por los humanos no es posible.

De la producción de hierba, de que hubiera un buen o mal año como consecuencia de las condiciones climáticas, dependía en parte la economía de las fincas, aunque todo ello lo atemperaba el uso múltiple que se daba en la dehesa. La variabilidad de las producciones era menor que en el caso de los cultivos y mayor que en la de la arboleada, al situarse en ese medio camino entre juventud y madurez que caracteriza a los pastos frente a los cultivos y la arboleada y al ser menos vulnerables las especies silvestres a las inclemencias del tiempo y las enfermedades. El pastizal tenía pues un altísimo valor económico, como históricamente se demostró en el caso la Mesta y la defensa que de los derechos sobre los pastos de las dehesas extremeñas hizo esta institución a lo largo de la historia. Ahora bien, difícilmente se podía ponderar su valor monetario total, ya que los costes de su producción se repartían entre diversas labores (siembra, roza o desmonte, *majadaleo*, poda, etc.) y el rendimiento era indirecto, a través del consumo que hacían los animales. Se podía hacer una estimación como sucedía en el caso del arrendamiento de las hierbas, o ponderando los kilos que ponían los animales en ese aprovechamiento de una finca, o de la hoja en que pastasen. Pero existía otra dificultad derivada del hecho de que, al complementarse la dieta con otros aportes, el cálculo no era cabal. Otra medida aproximada podía ser la cantidad de heno obtenido en la siega, cuando se hacía. De todos modos no había un cálculo economicista o econométrico del valor de los pastos, aunque ello no quiere decir que no se ponderase este valor. Salvo en el caso, poco extendido, de la siega de heno, tampoco había una mano de obra ocupada en labores específicas relacionadas con el manejo del pastizal, de ahí que se tendiese a considerar que era una suerte de bien sin coste, de producción espontánea de la naturaleza, cuando en realidad no era así, como veremos. El aprovechamiento por los animales y su economía entraba en el ámbito de los usos ganaderos, de ahí que los consideremos en los capítu-

los correspondientes, limitándonos aquí a hablar de los pastos, de sus características y manejo en sí.

Entrando en la caracterización de los pastizales de la dehesa, éstos son una respuesta a las condiciones antedichas de sequía estival y oligotrofia, de pobreza de los suelos, sobre las que actúa un importantísimo elemento, cual es la presencia de la arboleda. Junto a ello hay que tener en cuenta para nuestro caso de estudio la existencia de un relieve accidentado que unido a todas las características anteriores dota al medio de una alta diversidad, de la que dará cuenta el pastizal en su conformación y variedad.

La coincidencia de altas temperaturas veraniegas y ausencia de precipitaciones trae como consecuencia fuerte estrés hídrico, dando lugar a una estación crítica para la vegetación. Tenemos por tanto un efecto embudo, un parón estival en respuesta al cual predominan las especies anuales y están escasamente representada las vivaces. Las plantas son de escaso desarrollo y porte, debiendo completar su ciclo antes del verano, por lo que tendremos pastos agostantes y fugaces. El agostamiento del pasto en verano supone una reducción del valor alimenticio del pasto reseco (Montoya, 1989:70). El otro gran elemento condicionante es la pobreza del suelo y su carácter por lo común ácido, que deviene en existencia de plantas frugales y, por ende, de poco valor nutritivo para el ganado. Son por tanto pastos abiertos, de débil producción, con una fuerte estacionalidad y picos de producción en primavera y otoño, y en menor grado a principios de invierno. Falta en él vivaces que adelanten la otoñada o atrasen el agostamiento, al igual que leguminosas de interés pascícola que aporten las proteínas necesarias al ganado (Montoya, 1989:47,73; Joffre, 1986).

Si lo quebrado del relieve da lugar a interesantes microclimas debido a la diferente exposición al sol y a los vientos, otro elemento que contribuye sobremanera a la mosaicidad de la dehesa de la zona es la presencia del arbolado, que condiciona fuertemente la composición del estrato herbáceo y establece singulares diferencias entre la hierba que crece bajo la influencia de las copas y la de los espacios abiertos. Montoya resume las influencias de la encina sobre el pastizal hablán-

donos de sus efectos sobre los factores ecológicos y sobre la fenología de los pastizales (Montoya, 1989:65). Según este autor, entre el primer tipo de efectos tendríamos los de tipo físico: interceptación de las radiaciones lumínicas y térmicas con un efecto de sombra y abrigo frente a heladas y recalentamiento; frenado del viento; y efectos sobre las precipitaciones por irregularización de la distribución superficial de la lluvia, interceptación de parte de la precipitación y producción de precipitaciones horizontales y ocultas. Entre los biológicos tendríamos los efectos de la transpiración hídrica, con el consiguiente consumo de agua y efectos alelopáticos o controles químicos sobre el sotobosque. Los efectos mixtos, (físicos y biológicos), serían: reducción del espacio disponible para el pasto a causa de la presencia de troncos, matas y acumulaciones de hojarasca; efectos sobre el suelo y, sobre todo, reducción de erosión, fortalecimiento de la estructura, disminución de las variaciones de temperatura del suelo y mejora de su contenido en nutrientes y actividad biológica. La influencia de todos estos factores será mayor, más visible y de mayor importancia relativa mientras más extremo sea el clima, más pobre el suelo y más deficiente o excesiva la densidad y distribución de los árboles. La forma de las copas también tendrá sus efectos, con mayor acumulación de hojarasca si la copa es baja.

Los efectos fenológicos se resumirían en germinación más temprana de las especies anuales, mayor crecimiento en el periodo frío, retraso de la floración y agostamiento más tardío. La consecuencia de la presencia de encinas sobre la composición específica bajo su copa sería mayor abundancia de gramíneas (aunque alguna leguminosa concreta se vea beneficiada), de ciertas vivaces y de especies exigentes en humedad edáfica (Llorente, 1985)

Como conclusión global tendríamos una cierta estabilización de la producción tanto intraanual (con mayor producción en invierno y principios de verano), como interanual (mayor producción en años malos y menor en los buenos que si no existieran los árboles). Mejorarían además las condiciones de estancia para el ganado contra el frío, el sol, la lluvia, el viento y los insectos nocivos.

La existencia de árboles es un factor de primer orden en la mosaicidad del tapiz vegetal cuyo valor para el ganado no hay que verlo tanto desde el punto de vista del valor productivo, de la cantidad y calidad de hierba bajo los árboles, sino considerando el valor estratégico de esos pastos, su oportunidad en épocas de escasez, por otoñar antes y agostarse después por ejemplo, lo que permite una buena ordenación y complementación de los usos ganaderos. Si por lo apetecible no es buscado cuando hay otro pasto, es en cambio una importante reserva cuando los pastos abiertos y más apetecidos escasean (Llorente, 1985).

Una función parecida a la de la arboleda ejerce el matorral respecto al pasto, aunque a menor escala. No obstante, la variedad de influencias es grande debido a la diversidad de especies. Las cistáceas inhiben, al menos en un principio, el desarrollo de otras especies y en nuestro caso producen junto con las labiadas los peores pastos. Cosas bien distinta sucedería con el monte noble y con las leguminosas. El matorral es una evidente competencia con las hierbas, y por ello se elimina, pero puede a veces tener un gran valor estratégico, en formaciones más o menos densas o a través de ejemplares aislados en el pastizal. Así, por ejemplo, pueden proteger de la helada, permitiendo no sólo el surgimiento de hierba sino también permitiendo que el ganado, por ejemplo la oveja, la aproveche a primera hora de la mañana de invierno, cuando no puede hacerlo en otros pastos.

Entre las especies arbustivas más alabadas por sus bondades estratégicas en la dehesa tradicional, y más denostadas hoy en día por ser su proliferación excesiva sinónimo de abandono, tenemos a la retama. En efecto, un dicho muy conocido en estos pueblos y cuya interpretación es controvertida es el que reza "*Cada retama un borrego*". Unos lo atribuyen al hecho de que, a su arrimo, la oveja puede amamantar al borrego protegiéndose de cualquier inclemencia del tiempo. Otros creen que por ser un buen amparo de las crías frente a depredadores, sobre todo rapaces. Hay también quien alude al hecho de que las semillas de la retama las podían aprovechar algunos borregos que se vendieran tarde. Finalmente, se apunta asimismo a que bajo la retama

crecen las primeras hierbas del otoño, cuando hay poco alimento, y que de ellas pueden comer las madres, e incluso las crías. Ello se debería a que la retama proporciona humedad, incluso un campesino nos recuerda que al ser leguminosa cría bien la hierba. Se insiste en que la hierba que se cría bajo la retama es de peor calidad, por no estar soleada, pero es la primera que nace y la que más tarda en secarse. Lo mismo se dice de la hierba que crece bajo la encina pues, en efecto, se desarrolla menos porque sufre la competencia de los árboles por la luz y los nutrientes.

Pasando a otros elementos del terreno, como hemos señalado, lo quebrado del relieve da lugar a microclimas pero también a la existencia de suelos con abundancia de piedras y rocas de diversa magnitud. Ese relieve introduce variabilidad microtopográfica y microclimática en la dehesa de la zona.

Pero detengámonos en otro elemento esencial de la dehesa que contribuye a la diversidad del pastizal, la presencia del ganado. El pastoreo, la apetencia o no de unas especies frente a otras supone una selección, así como el momento en que se realiza el aprovechamiento, pues unas especies se desarrollan en unos momentos y otras en otros, completan su ciclo o no antes de la acción del diente de los animales. Hay que tener en cuenta además que los pastos se vuelven más bastos, de menor calidad, cuanto menos se aprovechan, aumentan en fibra poco digestible para el ganado, cosa que hay que evitar con un pastoreo adecuado, que tampoco llegue a la sobreexplotación (Llorente, 1985: 127). De ahí que haya que resaltar mucho que no estamos ante una vegetación espontánea, salvaje o inalterada, sino que tiene una fuerte modificación por la acción de los humanos, a través del manejo del campo con el ganado.

Dicho esto, hay que referirse al papel de los excrementos de los animales sobre las hierbas. En efecto, el abonado orgánico era un elemento importante a la hora de explicar las diferencias de vegetación herbácea, pues no era uniforme en zonas llanas, en laderas, en zonas más pastadas o menos, en los lugares donde estaban las querencias del ganado y en los que no y, sobre todo, en los sitios concretos

donde se *majadaleaba*, donde se ponía la red para que las ovejas pernoctaran, dando lugar a los pastos más interesantes y ricos de la dehesa, los majadales.

La mejora en fertilidad y en estructura del suelo depende en mucho del grado de incorporación al suelo de los excrementos, que a su vez está influida por diferentes factores bióticos y abióticos, como nos señala Llorente (Llorente 1985: 119). Así, las boñigas, sobre todo la de vaca, influirían de múltiples formas, como el efecto de esponja, absorbiendo gran cantidad de agua que luego cede lentamente al suelo, siendo una reserva para la actividad biológica que luego se desarrollará sobre ella y en su entorno inmediato. También por su tamaño y compacidad protege contra la erosión, el lavado de los suelos y la insolación. Como o sucede con otros rumiantes, a través de sus excrementos se dispersan semillas de plantas que los animales han ingerido y que su aparato digestivo pone en la mejor situación para que germinen. La presencia de excrementos puede crear también microclimas (por ejemplo protegiendo de las heladas a especies como la tagarnina) y a través de sus nutrientes favorecer, aunque sea puntualmente, el desarrollo de ciertas especies.

MANEJO Y APROVECHAMIENTOS DEL PASTIZAL

Comencemos este apartado tratando de la acción humana que más influencia tiene sobre los suelos y que modifica el pastizal, cual es el laboreo. A la larga, y junto al pastoreo y la roza, el laboreo era lo que permitía la existencia del herbazal, evitando el embastecimiento o la matorralización de los pastos. Sin embargo, conllevaba también, sobre todo en ciertas zonas, una pérdida de suelo, una degradación en su estructura y fertilidad. En zonas áridas, el laboreo supone combustión de la materia orgánica, con la consiguiente pérdida de la misma. El problema de deterioro es mayor en zonas de pendiente, más erosionables y, además, poco *majadaleadas*, donde la pérdida de nutrientes de la labor no se compensa con aporte de abono animal. Todo ello influirá sobre el tipo de hierba, su densidad y duración.

Igualmente, la eliminación del tapiz favorecerá en un principio a las especies más colonizadoras y de menor valor pastoral, cosa que se irá corrigiendo con el proceso de maduración del pastizal, dando lugar en el siguiente año a mejores pastos. Ese mismo proceso de sucesión hará necesario al tiempo volver a roturar para evitar el embastecimiento de las hierbas.

A pesar de que en la dehesa tradicional había articulación de usos más que competencia propiamente dicha, lo cierto es que a la hora de decidir la extensión y el lugar en que sembrar había que sopesar, bien que de manera muy genérica, el coste de oportunidad entre cultivo y producción de pastos, aunque al calcular ese coste fueran múltiples los factores a tener en cuenta, no sólo el valor total de la producción, sino cuestiones más estratégicas también. El cultivo suponía sustracción de una superficie a la alimentación del ganado pero, a su vez, parte de la producción agrícola era para los animales. Había aspectos en que el cultivo iba en detrimento de los pastos y otros en que era en su beneficio. El detrimento era la eliminación del pasto con las sucesivas labores de reja durante el barbecho, y con la siembra y escarda. El beneficio era la mejora de la calidad de los pastos tras el laboreo y la rotación de especies, sobre todo la que suponía la introducción de las leguminosas, con su capacidad para fijar nitrógeno. Con el laboreo se rompía la sucesión ecológica y la marcha hacia la madurez, pero se aireaba la tierra, tomaba agua, se hacía más porosa y apta para la proliferación de especies que comía el ganado. Además, el laboreo suponía eliminación del matorral, que de otra forma terminaría compitiendo con la hierba y reduciendo la superficie pastable.

Las sucesivas labores de reja, entre otras cosas, inhibían el crecimiento de hierba en los barbechos, pero alguna surgía, especialmente en determinados terrenos con buenas condiciones. No todas eran útiles para el ganado, como el *zurzón* o el *maestranto*, que son propias de sitios húmedos, pero algunas de ellas sí eran muy apetitosas para los animales, sobre todo las hierbas de verano, como la enredadera, grama, verdolaga, etc., que crecen cuando todo el erial o posío es pasto seco. No obstante, un pastor nos advierte: "*Los barbechos se*

ponían muy verdes, pero eso era en las tierras gordas, en las campiñas de Fuente de Cantos y eso, donde iban de agostadero, aquí no."

La preferencia del ganado por estas hierbas nos la recalca también un campesino: *"El ganado prefiere la yerba de los labrados, será que es más dulce. Tú tienes una tierra de corteza [sin roturar varios años], con mucha yerba, y un labrado, que echa poca, y se va corriendo a los labrados mucho mejor que hartándose en lo otro"*. En cualquier caso, la producción de hierba era, evidentemente, muy menguada, a pesar de la importancia estratégica que puntualmente pudiera tener. Otra cosa era ya la producción en las tierras que pasaban a ser erial, como nos hace ver un antiguo pastor de una gran finca de Pallares *"Los rastros crían muy buenas yerbas y se dejaban para la primavera, antes de pesar los borregos, para que pusieran"*. No en todos sitios se constata esta práctica, pero nos resalta el valor de esos pastos.

Los diferentes tipos de pastizal no venían dados sólo por la rotación de los cultivos, sino por los otros elementos del terreno antes considerados y por la acción del ganado, dando lugar a diferentes denominaciones, a nombres que, como hemos de ver más adelante, llevaban asociada información sobre los recursos e incluso orientaciones sobre su vocación y manejo, como vemos para el caso de umbrías, solanas, cañadas, *ojetales*, prados o majadales.

Así, las plantas que reciben más luz, las más soleadas, son consideradas las mejores, de ahí la oportunidad de talar la hoja que se iba a sembrar y el aprecio por las solanas, como recoge el dicho *"A cagar que te pongas, ponte en solana"*, indicando que para cualquier cosa es mejor sitio el de esa orientación. Ahora bien, esto no es del todo cierto, como no nos cansaremos de repetir, porque en la dehesa muchas dicotomías, más que oposición, generaban complementariedad y la alternancia de zonas más llanas y más onduladas o quebradas daban cierto juego, pues en las umbrías encontraba el ganado resguardo en verano y los últimos pastos frescos incluso en el mes de junio, cuando estaban ya secos los de llanuras y solanas. Esta misma función cumplían también las zonas más húmedas próximas a cursos de agua, los valles, cañadas y *ojetales*.

Mientras que en las partes altas hay mayor erosión, menos suelo y menor retención de agua, en las bajas ocurre todo lo contrario y puede crecer más la hierba. Así sucede, por ejemplo, con las cañadas, que son vaguadas, tierras bajas, el punto más bajo entre dos elevaciones del terreno, generalmente entre cerros no muy pronunciados. Aunque el relieve no dé lugar a barrancos, las cañadas suelen acompañar cursos de agua de magnitud variable, la mayoría de ellos intermitentes a lo largo del año. Por su humedad, y por ser tierra algo más llana que el resto y con suelos de cierto desarrollo, son más abundosas en hierba que, además, mantiene por más tiempo su verdor. En la zona de estudio no podemos encontrar un equivalente exacto a lo que en otros lugares llaman *vallicares* (Montoya, 1989:55), prados de vallico en zonas con agua algún tiempo. Aquí el vallico, llamado *vallisco* es una de las hierbas más ponderadas, pero que no llega a conformar prados de cierta extensión.

Los *ojetales* u *ojeros* son extensiones de tierra en zonas bajas y llanas que en tiempo de lluvias se encharcan, se *enguachinan*. Se corresponden con los bonales de otras tierras (Llorente, 1985: 123; Montoya, 1989:55). En los *ojetales* u *ojeros*, al igual que en algunas cañadas, pueden crecer especies como el junco, el *zurzón*, el poleo y el *maestranto* y también dan lugar a *plaos* (prados), término que se emplea aquí en sentido restrictivo para las extensiones de tierra con pasto cerrado, hierbas de altura media y de cierta calidad. Hay que tener en cuenta que en muchos de estos lugares llanos y húmedos la hierba no sufría la competencia de las encinas, que huyen de las zonas demasiado húmedas o inundables debido a lo que se conoce como *efecto vaguada*. En general, al lado de los cauces de agua buscaban en verano los animales sombra y comida, como por ejemplo la grama.

Ahora bien, los pastos más productivos de la dehesa eran los majadales, los lugares donde de manera itinerante habían ido pernoctando las ovejas y que habían sido, por tanto, bien estercados. Además, en las fincas donde había partes llanas y otras montuosas, aunque el manejo ideal suponía el estercado rotatorio de toda la finca, por lo general eran las llanas las que más continuamente se *majadaleaban*.

Esto se debía a distintas causas, como la dificultad de asentar el ganado en zonas de mucha pendiente o el mayor interés en las tierras llanas para el cultivo, tras el pertinente abonado con el *majadaleo*. La concurrencia del abonado y de suelo de mayor desarrollo en las zonas llanas hacía que los majadales fuesen más productivos que otros pastos de la finca, que el resto del erial o posío. Ahora bien, debido al pisoteo y al estercolado presentan una composición menos diversificada que otros tipos de pastizal (Llorente, 1985). Montoya nos presenta el majadal como:

"un pasto cerrado, con abundancia de vivaces geófitas y anuales, muy corto (el más corto del encinar), agostante y no fugaz, apto para ganado menor, y de muy alta calidad nutritiva, en el que la vivaz geófito *Poa bulbosa* y el anual trébol subterráneo, a partes iguales, se reparten el 90% de la superficie del majadal; repartiéndose el resto otras especies como *Erodium botrys*, *Bellis annua*, *Plantago lagopus*, etc. (...)"

"En el madajal, la vivaz geófito *Poa bulbosa*, con su temprano rebrote otoñal y alto valor nutritivo facilita la alimentación del ganado durante una época, crítica, el fin de verano-principio de otoño, cuando el resto del pastizal, a base de terófitos, está aún en proceso de germinación. Tras un frenado invernal de la producción más o menos intenso por efecto del frío, viene la primavera y, durante ella, sustituyendo a la *Poa bulbosa* que entra tempranamente en reposo vegetativo, el trébol subterráneo nutre en cantidad y calidad al ganado..." (Montoya, 1989:58).

En efecto, según los lugareños, los majadales tenían la gran ventaja de que con poca agua que les cayese enseguida se vestían de hierba y, por eso, se otoñaban⁶ enseguida, siendo la primera hierba en

⁶ El campo semántico de otoñarse no refiere en estos pueblos a decadencia sino todo lo contrario, a inicio de nuevo ciclo de vida. Otoñada significa llegada de las lluvias y, consiguientemente, nacimiento de las plantas y, así, otoñecer los majadales quiere decir nacer en ellos la hierba. Lo que más se le aproxima es el término retoñecer

nacer al llegar la otoño, y la única disponible al principio de esa estación. En los majadales crecían las *yerbas gordas*, tales como la *lengua de vaca*, *lechugueta*, *cerraja*, *tenedores* o *segadores* y el *carretón* entre otras. La *Poa bulbosa*, de pequeño porte y no tan llamativa por su forma como las otras especies mencionadas, no recibe aquí ningún nombre específico.

Ahora bien, estas hierbas no eran del gusto de todo el ganado, sino más bien de los cochinos. Cuando se pregunta por el motivo de este rechazo; la explicación que se da es que las hierbas de los majadales son muy dulces. Por eso, en primavera, cuando abundaba otro tipo de hierba, no querían la de los majadales, pero sí en otoño, cuando era la única que había.

Otro tipo de estercado era el de los toriles, las pequeñas cercas que había en algunas fincas para recoger las vacas en ciertos casos. Estos se aprovechaban a veces para sembrar, tanto cereal como leguminosas e, incluso en algunos casos, patatas. Sin embargo hay quien niega la fertilidad de los toriles y, por el contrario, sostiene que el estiércol de vaca es muy malo, por eso los toriles estaban pelados y sólo echaban yerbajos, ortigas, cenizos, etc.

Para terminar este apartado de los pastos hay que referirse a la cosecha de los mismos, a la siega de heno que se daba en algunos lugares. Hay que resalta sobre ello que de manera sistemática sólo se segaba hierba para heno en unas pocas fincas del sur del área, hacia Santa María, y esta práctica era más frecuente mientras más hacia la sierra se avanzaba, pues era allí donde podía haber pastos más frescos y de cierto porte. Constatamos también la siega en alguna que otra finca del resto de la zona, por ejemplo en Pallares, hacia el Viar, pero de manera puntual. Se trataba de fincas en que había vacas y se segaba porque en primavera había mucha hierba que se estropearía con la otoñada y, almacenándola, se reservaba para el otoño, cuando hubiera poca comida.

En algunas fincas, no muchas, relativamente grandes de la zona de Santa María y el sur de La Puebla, se hacían guardados. A partir de enero o febrero, más o menos, se impedía que entrase el ganado a

algunos terrenos especialmente buenos para hierba y llanos y hacia el mes de mayo o finales de abril se segaban con guadaña. En algunas fincas la toponimia aún nos delata el antiguo uso de estos espacios, y así en varias de ellas se sigue denominando a algunas cercas *la henera*. Cuando era preciso, se preparaba el terreno, quitando las piedras y chinicos que pudieran dificultar la siega y mellar las guadañas. En algunas otras fincas, casi siempre de esa misma zona, únicamente se segaba heno en alguna cañada con mucha hierba y en las eras. Esto último se hacía en todas las fincas del área, pero la mayoría de las veces estando el pasto ya seco. En ciertos casos se segaba heno en algún toril.

La siega del heno se hacía "*cuando el pasto estaba verde pero ya hecho, amarillito*" cuando tuviera semillas ya granadas, que fueran de más alimento para el ganado. La siega se hacía con guadaña, salvo en una finca en que había una máquina para segar, tirada por una mula, aunque las partes menos llanas de la *henera* había que terminarla con guadaña.

En cuanto a la mano de obra que se empleaba en estos menesteres, en las fincas donde se segaba mucho heno con cuadrillas de varios hombres se contrataba también a mujeres y más raramente a zagalones, muchachos ya mayores, que fueran tras ellos *engavejonando*, liando lo segado, una vez seco el pasto. Luego, el heno se transportaba en algún carro o en bestias con cangallas y se encerraba en algún pajar o nave.

La siega con guadaña era un trabajo muy duro, de mucho pulso y resistencia, que castigaba mucho la cintura. Además, requería de gran precisión, sobre todo cuando se trataba de hierba fina, como la de las eras, y quien no sabía dar bien el corte lo único que hacía era peinar o doblar la hierba. Si a ello le unimos que era poco lo que se segaba para heno, podemos comprender que sólo unos cuantos hombres en Santa María y La Puebla supieran guadañar el heno, aunque hubiera otros más que segasen alguna veza o especies similares. Por eso era frecuente que fueran a segar heneras, eras y algún toril guadañeros de pueblos de Sierra Morena con climas más frescos y donde se segaba

más hierba, como Cabeza la Vaca, en Badajoz, o incluso en alguna ocasión Aracena y Alájar, en la Sierra de Huelva. El sueldo que recibían era relativamente alto por la resistencia y pericia a la que aludíamos antes, y en bastantes casos solía dárseles también la comida.

Finalmente hemos de hacer referencia a algunas especies herbáceas que tenían un uso diferente al consumo por el ganado. Así, la nea servía para echar asientos de sillas y para vestir los chozos de los pastores, en lo cual también se podían emplear los juncos y juncias, que además suplían a cuerdas y guitas a la hora de atar, de hacer haces.

Había también otro tipo de especies vegetales propias de los pastizales que la gente recogía para autoconsumo o para la venta. Durante la amarga época conocida como el año del hambre (hacia 1946) gran parte de la población tuvo que recurrir a las plantas silvestres como último recurso y comer especies que nunca antes ni después se habían comido. En los años cincuenta, la situación no era ya tan desesperada, pero habida cuenta de los largos periodos de paro, la poquedad de los salarios y lo limitado de la dieta, en la alimentación de muchas familias tenían una cierta importancia las plantas silvestres, tales como collejas, *tagarnillas* (tagarninas), berros, *acerones* (acederones) y *romanzas* (romazas), llamadas estas últimas en La Puebla *cocina verde*. El acceso a estas plantas no suponía problemas y era una tarea fundamentalmente de mujeres, sobre todo de familias muy necesitadas que las recogían para venderlas por las casas. Los hongos y setas no se consumían en aquellos entonces pues existía un temor generalizado a los envenenamientos y las gentes no tenían apenas ningún conocimiento sobre los distintos tipos, como el que sí tienen ahora algunas personas.

Otro tipo de plantas silvestres usadas en aquella época por las gentes eran la manzanilla y el poleo para infusiones y el hinojo como aderezo culinario. El poleo venía incluso gente de fuera a segararlo a unas cuantas fincas, por ejemplo en ciertos lugares llanos junto a un par de cortijos de Pallares. En alguna ocasión anduvieron por estos campos forasteros que recogían ciertas hierbas y las cocían en calderas para extraer esencias. Alguna que otra vez los jornaleros recogieron cargas

de distintas especies vegetales para vendérselas, pero todo esto era algo puntual y esporádico.

La raíz de la *orzoya* (arzoya) y el *zurzón* se usaban cocidos para algunas enfermedades de las bestias y también en forma de cataplasma. Con la ruda se hacía un cocimiento para friegas contra ciertos dolores, de igual forma que se recurría a la *yerba del padrejón* para el dolor de apéndice, aquí llamado *padrejón*. En La Puebla había quien recurría al beleño como medida preventiva de enfermedades tras la castración de los cochinos. Como hemos dicho, el *verdolobo* alguna vez se utilizó para pescar pues, machacando sus hojas se conseguía un líquido con el que se atontaba a los peces al echarlo en charcos que se habían cortado⁷.

Como puede imaginarse ya, salvo las excepciones apuntadas, no existía un mercado para este tipo de plantas, sino que se recogían cuando era su tiempo o cuando se necesitaban para el autoconsumo y sin haber restricciones para su recolección.

⁷ En otros lugares el verdolobo se llama gordolobo o verbasco. La Real Academia habla del término envarbasco para definir esta acción. En estos pueblos no se usa ese verbo para la pesca pero se llama envarbasco al charco que está cortado, sin que le entre ni salga agua, indicando la mala calidad del agua.

III
LOS USOS GANADEROS

7. EL COCHINO: ANIMAL EMBLEMÁTICO DE LA DEHESA

Antes de acercarnos al mundo del cochino conviene hacer algunas consideraciones generales acerca de la ganadería de la dehesa y de su gran importancia. En efecto, el ganado era un elemento estratégico y articulador en el manejo de la dehesa. Debido a su movilidad, a través de él se conseguía un aprovechamiento muy minucioso de los recursos de las distintas partes de las fincas y de las distintas fincas de las que se componían algunas explotaciones. La custodia y conducción por los ganaderos contribuía a este buen aprovechamiento. Era, a su vez, un nexo de relación entre recursos, al comer la masa vegetal y devolverla, en parte, en forma de estiércol para la tierra, para los pastos y los cultivos. Las especies presentes en la dehesa eran el cochino, la oveja, la vaca, la cabra, los animales de labor y algunas aves de corral. No quiere decirse que en todas las dehesas hubiera todas las especies, como veremos, sino que estas eran las que se podían encontrar en las distintas fincas de la zona. En todos los casos se trataba de especies muy adaptadas al terreno, el clima y la producción vegetal del entorno, consumían fundamentalmente unos recursos que no eran aptos para el consumo humano y los transformaban en carne, leche, huevos, lana o pieles. Salvo en el caso de algún tipo de grano, el ganado no competía con la alimentación humana y dependía poco de alimentos de fuera de las fincas, muy al contrario de lo que sucede hoy en día. Por otra parte, la ganadería,

las construcciones para el ganado, las viviendas de los ganaderos y el propio pastoreo, contribuían grandemente a la creación de un paisaje singular y diverso, dando unas pinceladas y matices de color y efervescencia humana a los campos.

OMNÍVORO Y OMNIPRESENTE

El cochino ha sido el animal más importante para los extremeños. Y quiero subrayar especialmente esto último de *para los extremeños* por una razón. En efecto, pueden existir dudas acerca si ha sido la oveja o el cochino quien ha tenido históricamente la preeminencia en Extremadura. Aunque en algún momento de la historia el número de ovejas pudiera ser superior al de cerdos, no debemos olvidar que la mayor parte del ovino permanecía en Extremadura sólo una parte, aunque muy importante, del año y que se trataba de rebaños castellanos que en poco beneficiaban a la mayoría de los extremeños y, desde luego, no alimentaban al pueblo extremeño más que en una pequeña parte. El cochino, sin embargo, era de ganaderos autóctonos y constituía, junto con las aves, el principal aporte de carne en la meneguada dieta de las gentes, estando presente en todas las fincas, pequeñas o grandes, incluso entre los que sin tener tierra se daban traza y modo para conseguir criar algún guarro, en las distintas formas de las que se da cuenta en este libro.

El cochino es sin duda el animal más emblemático de Extremadura. La importancia en su historia y su cultura, la asociación del cerdo y sus productos con la región, que podemos ver plasmada en la literatura, por ejemplo en los relatos de Ford (Marcos, 1989) entre otros muchos, viene dada por su gran adaptabilidad económica y ecológica, lo que le ha hecho proyectarse a todos los ámbitos de la vida extremeña. Por una parte se aviene con los distintos tipos de economía, de fincas, siempre en las pequeñas y, en ciertos agroecosistemas, también grandes explotaciones. Cada tipo de explotación ha enfatizado y articulado algunas de las múltiples características de esta especie. El cerdo es relevante, por motivos a veces distintos, tanto en la econo-

mía doméstica como en la economía política. Desde el punto de vista del medio natural, Extremadura ha ofrecido para el cochino las ventajas comparativas de sus agroecosistemas, sobre todo la dehesa, pero también los castañares y las huertas, los higuerales y, en muchísima menor medida, olivares y tierras calmas (Acosta, Amaya y Díaz, e.p.).

Con el cochino han estado relacionados todos los grupos sociales del campo, todas las clases, estratos y economías, todas las formas de producción, todas las casas, todos o casi todos los agroecosistemas. Evidentemente ha habido una relación diferencial, un acceso desigual a sus productos y beneficios (tocino y longaniza como comida de pobres, jamón sólo para los ricos), diversas han sido las lógicas y a todas ellas se ha prestado el cochino, omnívoro y, en parte por ello, omnipresente. Su explotación ha tenido siempre el rumor de fondo de diferencias y enfrentamiento de clases.

El cochino no es simplemente un capítulo destacado en la producción agropecuaria extremeña. Su importancia ecológica, económica y social se ve rubricada en el universo simbólico extremeño por el ensalzamiento de la dehesa, la bellota y el cochino como elementos que identifican y singularizan a Extremadura, sobre todo tras la instauración de la democracia y la autonomía y en el contexto del furor identitario en España. Históricamente, y habida cuenta de su gran significación, los hitos del manejo del cochino no han podido por menos que ritualizarse, aunque con una gradación en su intensidad e importancia: castración, pesaje y matanza

El cochino, a la vez que en algunos casos era el principal ingreso económico, aparecía como la fuente de proteínas animales por excelencia en la dieta de las familias, de ahí la importancia de su sacrificio. En efecto, la matanza sella, compacta y sublima este campo de significados a la vez que constituye un ritual de reafirmación y solidificación del grupo doméstico y su entramado de relaciones de vecindad y amistad (Marcos, 1989) traspasando en los últimos tiempos ese ámbito de las relaciones sociales y convirtiéndose en parte también en ritual y referente de identificación de los extremeños, en el ámbito local, regional y nacional. Henos por tanto ante el sacrificio del animal

emblemático y ante la comunión y reciprocidad como condición de la reproducción, antaño primordialmente económica, pero hoy también social e identitaria. Si todo ello ha significado el cochino no puede ser por casualidad. Muy al contrario, sólidas y profundas han de ser las bases de tal construcción cultural, y bien asentadas en el medio, como pasamos a ver ahora.

Debido a las características climáticas, de relieve y de producción de biomasa del entorno mediterráneo, las especies más adecuadas para este medio serían la cabra y la oveja, de labios y dientes pequeños, aptas para hierbas cortas y matorral y que soportan bien el calor y la sequedad del pasto, ya que los rumiantes, al tener una bolsa antes del estómago y bacterias que consumen celulosa, pueden digerir hojas, hierba seca y otros elementos con gran cantidad de celulosa y transformarla con más eficiencia que otros mamíferos. El cerdo es monogástrico y por ello no está tan capacitado para digerir la celulosa, pero tiene la virtud de transformar granos, bulbos, tubérculos y frutos en una proteína de gran calidad con más eficiencia que los rumiantes, además de consumir lombrices, gusanos o ratones, cosa que no hacen otros animales (Montoya, 1983:84). Por todo ello, en los contextos de selvas húmedas en que las condiciones son favorables, es un animal de tremenda importancia ecológica reflejada en el ritual, como atestiguan los trabajos de Rappaport entre los tsembaga maring, ejemplo de sociedad porcófila (Rappaport, 1987).

Sin embargo, en la cuenca mediterránea, esta especie presentaría algunos inconvenientes que en el caso del Próximo Oriente serían los que llevaron a la prohibición judía y musulmana de comer carne de cerdo. Se puede pensar en principio en la transmisión de enfermedades como razón de dicho tabú, pero las que padece el cerdo no tienen tan tremendas consecuencias para los humanos como las que acarrearían otros animales, por ejemplo el carbunco o la brucelosis. Las razones de la prohibición habría que buscarlas en que el contexto ecológico apropiado para el cerdo son las tierras de bosques y riberas, con sombra y humedad donde, además de hierbas frescas continuadas, encuentra frutos, alimentos pobres en celulosa, como nueces,

frutas, tubérculos y, sobre todo, granos, siendo esto último lo que hace que sea un competidor de los humanos y un peligro en contextos ecológicos de poquedad de recursos y presión demográfica. Recordemos, además, que presenta problemas de regulación termodinámica por carecer de pelo. Si la gruesa capa interior de grasa, de tocino, le defiende del frío, a la vez le impide sudar, por lo que soporta mal las altas temperaturas, contra las que precisa de sombra y humedad, de ahí su gusto por los charcos y el barro y, en su defecto, por revolcarse en sus propias excrecencias. Al no digerir bien los alimentos con alto componente de celulosa, no ser fuente de leche y no ser apto para los desplazamientos a larga distancia, los pastores nómadas apenas crían cerdos. Si tenemos en cuenta que la expansión demográfica del periodo en que aparece la prohibición judaica de comer cerdo llevó a presión sobre el medio y deforestación, vemos cómo el problema de la cría de cerdos se agrava y aconseja evitarla (Harris, 1986:37). También las muy altas temperaturas no permiten la conservación de sus productos. Habida cuenta de la pertinencia ecológica de la prohibición, nada mejor para hacerla efectiva que fiarla al ámbito de lo sagrado (Rappaport, 1985), hacer de origen divino el tabú, al ser la tentación grande por lo jugoso de esta carne.

Ahora bien, las condiciones del medio no son las mismas en el norte que en el sur del Mediterráneo, sobre todo en cuanto a temperaturas y masas forestales, lo que hizo que en el Mediterráneo cristiano no se prohibiera comer cerdo. El consumo de carne de cerdo en el norte del Mare Nostrum se constata de antiguo, baste referirnos en la literatura a los puercos de Circe o al adagio que nos queda de que la verdad es la verdad la diga Agamenón o su porquero, si al mundo griego nos referimos o, en el caso de Roma, al gusto por las piernas de puerco. En la Hispania romana tenemos la referencia a los jamones ceretanos. Ahora bien, no sería hasta la Edad Media, asociado con la expansión de los pueblos del norte, del mundo de los bosques y la caza, cuando se ampliase e intensificase su consumo. Para los pueblos del norte, el cerdo, doméstico o silvestre, tiene un lugar privilegiado en su imaginario, y con la expansión de estos grupos humanos pasa a

ser un componente básico de la dieta del sur de Europa, como principal aporte de proteínas animales en muchos casos. A cambio, con la cristianización de los bárbaros llega al norte el consumo de vino y pan (Braudel, 1986). En tiempos medievales, a los reyes y abades se les pagará con jamones.

En cuanto a Extremadura, la existencia de bosques de fagáceas, de quercíneas muy mayoritariamente, ámbito de sombra y frutos, le brindan cobijo y posibilitan su amplia expansión por la región en orografías muy diversas pues, aunque el cochino prefiere terrenos llanos o suavemente ondulados y poco pedregosos, se adapta también a terrenos difíciles (Montoya, 1983:86), sobre todo las razas rústicas como la ibérica. Si bien la cría de gran cantidad de cerdos no será propia de pastores nómadas o trashumantes (en nuestro caso la Mesta) y tampoco se verá favorecida en las campiñas cerealistas de los secanos, el cerdo estará siempre presente en mayor o menor medida en las fincas por ser el animal más interesante como fuente de proteínas animales. Como hemos dicho, es eficiente en la transformación de los recursos, alcanza gran peso en un periodo relativamente corto, presenta gran flexibilidad en su proceso de producción, gran elasticidad para recuperar la cabaña tras situaciones de crisis (Montoya, 1983:85), su carne es sabrosa, es omnívoro y puede aprovechar recursos muy diversos (desperdicios domésticos, raíces, tubérculos, frutos, granos, lombrices e insectos), que puede buscar incluso bajo tierra con su poderoso y alargado hocico, ejemplo de lo cual será en la zona de estudio la *centenilla*. El aprovechamiento de su carne es exhaustivo: "*del guarro se aprovecha todo*" o "*del guarro me gustan hasta los andares*", lo que lo hace especialmente apropiado para el autoconsumo familiar, sobre todo si se tiene en cuenta el gran desarrollo de las técnicas de conservación, embutido y salazón (y el frío invernal). Caso de no tener salida en la venta, se puede consumir sin demasiado quebranto, cosa que no sucede con otros animales, cuyo coste de producción es además superior. Añadido a ello, su tamaño, su prolificidad, coste por cabeza y corto periodo de tiempo que se requiere desde el nacimiento hasta la madurez reproductora, hacen que la pérdida de algún

animal, ante posibles muertes, accidentes o bajas de diverso tipo, no sea tan traumática como en el caso, por ejemplo, de la vaca, y su reposición resulte relativamente fácil y rápida, lo que lo hace apto para economías modestas. Ya sabemos que las explotaciones campesinas huyen de riesgos o intentan la diversificación, también en el número, para amortiguarlos. Es más arriesgado centrarse en unos cuantos grandes animales de alto valor por unidad que en varios más pequeños. La condición de omnívoro del cerdo, su capacidad de aprovechar una gran cantidad de recursos casa bien con la lógica campesina de la diversificación y de complementariedad entre usos y recursos, algunos de ellos a veces marginales (Toledo, 1993a).

Pero, saliendo de las economías modestas, había grandes propiedades donde también la diversificación y complementariedad (a mayor escala) eran la base del funcionamiento del sistema, y este es el caso de las dehesas. En ellas será la producción de bellota la que haga al agroecosistema idóneo para el cochino. En cualquier caso, en todos los tipos de explotaciones y por las características arriba expuestas, el cochino era el animal más singular en las fincas y se diferenciaba en su manejo del resto de animales. El cochino podía aprovechar productos de todos los agroecosistemas, entrar en algún momento en los ciclos de las campiñas, olivares, castaños, huertas, melonares o higuerales. Era esto lo que le hacía un elemento de comunicación, un acumulador móvil de energía y materiales que optimizaba el funcionamiento de los geosistemas.

Como ya hemos señalado, el cerdo prefiere las zonas de bosques donde haya sombra y frutos y este es el caso de las dehesas, de los bosques aclarados de encinas, alcornoques, quejigos y robles, de los castaños e higuerales. Aunque otros animales comen bellotas y castañas, el índice de transformación del cochino es superior. En el caso del higo, para los rumiantes no deja de ser problemático y requiere de ciertas prevenciones, mientras que el engorde de cochinos con higos ha sido bastante común en Extremadura y la base económica de muchas explotaciones, por ejemplo en lugares de la comarca de Tentudía como Monesterio o Segura de León antes del ocaso de la agri-

cultura tradicional (Acosta, Amaya y Díaz, e.p.). En los olivares como tales, la presencia del ganado era mínima, pero sólo los cochinos entraban en ellos a aprovechar el huesillo pues no dañaban los árboles y, en cualquier caso, las familias campesinas que basaban su economía en el olivar criaban, aunque fuera en zahúrdas, cochinos para autoconsumo. Igualmente, las huertas facilitaban desperdicios y restos de cosecha que permitían criar algún cochino (Acosta, Amaya y Díaz, e.p.). En las tierras calmas, el cochino tenía menos ventajas debido a la menor disponibilidad de recursos para su alimentación, al hecho de que competiría con los humanos en su alimentación, pero también era importante para el espigueo. En las dehesas de Pallares, La Puebla y Santa María el cochino disponía de una gran variedad de recursos a lo largo del año: la bellota, las hierbas, la espiga de las hojas de siembra, el grano de las hojas de cultivo y otros recursos menores de los que también se servía, como veremos.

LAS ECONOMÍAS DEL COCHINO

Empecemos nuestra aproximación considerando el papel del cochino en las economías campesinas. Lo primero que conviene resaltar es que la importancia del cerdo era vital porque proveía a las familias de la principal fuente de proteínas animales para todo el año. La carne fresca que se consumía tras la matanza lo era en una cantidad considerablemente menor que la que se iba consumiendo a lo largo del año en forma de embutidos o salazones, en torno a lo cual existía un denso acervo de conocimientos, una cultura de gran calado en lo que se refiere al arte de conservar los derivados del cerdo para irlos consumiendo durante meses. La sal, la pimienta, el ajo, el perejil y las tripas eran las materias básicas para estas elaboraciones, a las que se unía, por ejemplo, la calabaza, para mantener fresca la morcilla. Pero una cuestión básica era el dominio del frío, las técnicas para sacar partido de las condiciones de temperatura locales y de manejar los microclimas de las casas, crear las condiciones necesarias de luz, ventilación y temperatura. El uso de la candela y el humo era también asunto de

primera importancia a lo largo del proceso (Catani, Amaya y Díaz, e.p.). Con todo ello, las casas disponían de un repertorio de productos como tocino (de panceta, de papada, para comer en crudo o cocinado), salchichón, chorizo, morcón, morcilla, longaniza o huesos. En las economías algo más desahogadas se podía dejar el lomo y jamón, cosa que no ocurría en las más precarias, donde eran producto de lujo y, en su lugar, la carne que se destinaría a estas piezas era picada y mezclada con otras de inferior calidad y con otros productos para conseguir así un mayor volumen de embutidos. Los más pobres, un día sí y el otro también, tenían que conformarse con el tocino, añejo e incluso rancio muchas veces, como única grasa con que matar el hambre o amenizar platos de componentes muy pobres. Ese grasiento recuerdo aún persigue a varias cohortes de extremeños.

En esa búsqueda de la mayor provisión de alimento, hay que significar que se buscaba matar el guarro cuando hubiera puesto mucho peso, de ahí que el sacrificio de lechones fuera algo excepcional, relacionado con momentos rituales y, así, el guarrito frito ha constituido uno de los platos emblemáticos de estos pueblos, pero sólo consumido durante las fiestas locales o con ocasión de alguna celebración familiar, siempre en torno al verano o finales de primavera, no en los meses en que aún había reserva de productos de la matanza. El tiempo del verano y los calores (por mor de la temperatura y de los insectos) no era buen momento para el sacrificio de animales de mucha carne y largo tiempo para consumir, sino todo lo contrario, aconsejaba matar animales pequeños, de consumo rápido y en fresco, tratándose a veces de cochinos con algún defecto. El *torreznero*, el cochino de medias carnes, sacrificado antes de la montanera, era casi privativo en la dehesa de grandes fincas, a diferencia de lo que sucedía en los higuerales.

En definitiva, el cerdo era el principal aporte cárnico de la dieta, complementada a veces con las aves, las gallinas y pollos, animales pequeños y criados en casa, de ahí que la exquisitez en las fiestas o celebraciones familiares fuera el gallo o pollo, casi siempre con arroz para que cundiera más, "*arroz y gallo muerto*" se decía, a veces iróni-

camente, para significar que algo era digno de celebración. La omnipresencia del cerdo contradice en parte, sólo en parte, la idealización de la tan ensalzada dieta mediterránea. La escasez de grasas no es la característica de esta carne y de productos de tanta difusión y tan buscados, sobre todo entre las clases populares, como el tocino o el chorrizo, aunque fuera una búsqueda obligada por el rigor de la necesidad.

Como hemos dicho, el engorde del cochino para consumo propio se daba en las pequeñas explotaciones no sólo de la dehesa sino de todos los agroecosistemas de la zona y de zonas próximas, siendo especialmente importante el ciclo del cochino en higuerales y castañares así como el engorde principalmente con cebada en las tierras de cultivo (Acosta, Amaya y Díaz, e.p.). En la dehesa, además de las propietarias, otras familias tenían interés en el cerdo. Por un lado estaban los empleados a los que se admitía como retribución complementaria al salario algún cochino que podían alimentar en la finca. A este tipo de ganado que los trabajadores podían tener se les llamaba escusas y las tenían por ejemplo los guardas o caseros. Los porqueros también tenían derecho a algún animal, pero no como escusa estrictamente sino que se trataba de algunos de los ejemplares de la piara la finca que se les entregaba para la matanza, cosa que también podía suceder con otros empleados como los citados anteriormente o, por ejemplo, algún contable, encargado, etc.. En efecto, en los tratos de algunos empleados se establecía la entrega de un determinado número de arrobas de carne, siempre de cerdo por supuesto. Menos frecuente era permitir escusas a pastores, cabreros o vaqueros, aunque algunos de ellos tuvieran algún cerdo propio que alimentaban, pero de su cuenta.

Para conocer de una manera más completa el papel del cochino en las economías de pequeña producción de la dehesa es necesario dar cuenta de la cría y engorde de guarros por campesinos sin tierra. Estas gentes criaban los cochinos en sus casas y los sacaban a las cunetas, caminos y ejidos. En Santa María tenían la ventaja de que hasta avanzados los cincuenta no hubo guarda de campos que les llamase la atención, sólo los guardas de las fincas. En ese pueblo existía

la figura del *concejo*, una persona, en este caso un muchacho, que cada día recogía los cochinos del vecindario y los llevaba por esos lugares que hemos señalado a cambio de una pequeña retribución por cabeza. Algo parecido sucedía en la Puebla. En Pallares, lo que se hacía era más bien que quien tenía algunos cochinos ponía con ellos a algún niño al que pagaba poca cosa, a veces sólo algo de comida, por custodiar los guarros. Pero esto no era exclusivo de Pallares. En muchos casos, las gentes alimentaban a los cochinos furtivamente de las grandes fincas, bien con ocasión de incursiones con los cerdos en las propias dehesas, como nos evidencian tanto los relatos de los informantes como la documentación sobre denuncias en los archivos municipales (A.M.M.), o bien a través del robo de bellotas de los latifundios que ya hemos visto.

Pero la carne para el autoconsumo no era el único fin de las economías modestas. Incluso los sin tierra que criaban en las casas, si tenían una cochina, destinaban los lechones que no podían engordar a la venta, al igual que hacían los campesinos que no tenían cabida de bellotas u otros alimentos para los cochinos, entre ellos los guarros *atravesaos*, aquellos que nacían en una fecha a contrapelo del ciclo ideal del cochino para montanera. Una pléyade de chalanes, tratantes, marchantes y compradores-vendedores ocasionales andaba alrededor de este mundo de cochinos para venta y algunos de ellos medraron, y no poco, en los años cuarenta y cincuenta en que tanto se movió ese mercado. Algunos eran lugareños y otros venían de lejos, como por ejemplo los *guarros*, provenientes de la Zarza de Alange, cerca de Mérida, que compraban lechones a pequeños productores y los transportaban en unas banastas a lomos de bestias. Esta venta suponía algunos ingresos monetarios que para algunos eran cruciales, al menos en momentos puntuales, de mucho apuro.

Como ya dijimos, si no era de lechones, en la dehesa no era deseable la venta de cochinos antes de completar su ciclo, pues ello supondría haber mantenido a un animal, a veces en momentos críticos de escasez de comida, y deshacerse de él antes de que aprovechara el recurso que rentabilizaba más y mejor que cualquier ganado,

la bellota. No quiere decirse que ante un año en que la falta de recursos fuera importante, o de poca bellota, no se echaran fuera cochinos. También la versatilidad del cochino permitía, en previsión de situaciones difíciles, castrar los reproductores y dedicarlos sólo a engorde, recortando la producción del año siguiente. En cualquier caso, lo ideal era engordar los cochinos que se criaban y rematarlos con la bellota, lo cual suponía un importante ingreso económico con la venta, aparte de la matanza doméstica. Si los precios eran bajos o no había mercado, ante la merma de ingresos quedaba a las pequeñas fincas aumentar la cantidad de carne destinada al autoconsumo, hacer mayores matanzas, lo que era un verdadero colchón que amortiguaba las fluctuaciones del mercado. Era este un mecanismo de defensa dentro de las estrategias campesinas de reproducción simple y satisfacción de las necesidades del grupo, y en la que se combinan los valores de cambio en el mercado con los valores de uso de los recursos naturales destinados al autoconsumo, dentro de su doble relación con la naturaleza y con el sistema social que apunta Toledo como definitiva del modo de apropiación campesina de la naturaleza y que le lleva a velar por la renovabilidad de los recursos naturales como base del autoconsumo y la reproducción del grupo (Toledo, 1993a).

Ahora bien, si el cochino tenía esa tremenda importancia en el autoconsumo, más que ninguna otra especie, a la vez era una fuente nada desdeñable de ingresos monetarios. Se puede decir incluso que era el ganado más sujeto a los avatares del mercado, a la dinámica del capitalismo, como nos dicen en Pallares, "*es el que te hunde o te da perras*"⁸. En cualquier caso, en las fincas modestas lo que se buscaba era el empleo de recursos de la propia explotación, huyendo de la compra de insumos y utilizando intensivamente la fuerza de trabajo doméstica. La orientación del cochino en las grandes fincas era clara-

⁸ No obstante, esta aseveración conviene matizarla pues quizás esté muy mediada por la experiencia reciente del informante, por lo atribulada de la lógica de los mercados y los ciclos de los cochinos desde los años sesenta.

mente comercial y este carácter queda bien ejemplificado con las grandes cochineras con capacidad hasta para 80 cochinas, lugares en que se engordaban hasta 400 cochinos, si atendemos a una de las explotaciones de la zona. El volumen de ventas era grande no sólo en cochinos gordos, sino también cuando se vendía alguna partida de lechones. Incluso, en algún caso había varias fincas, no muchas, donde se compraban y vendían cochinos para negociarlos.

Aún así, y a diferencia de lo que sucedía con los rumiantes, una parte de la producción porcina, aunque pequeña comparada con el volumen de cerdos vendidos, sí tenía como destino el consumo de los distintos actores sociales de las fincas. Ya hemos aludido a las economías domésticas de los empleados, las escusas, y las matanzas como parte del salario, pero hace falta hablar también del sacrificio para consumo de las familias propietarias de las fincas que, como vimos, dejaban un número considerable de las piezas más nobles, jamones y lomos, para su consumo. Por todo esto, los grandes propietarios procuraban disponer en sus explotaciones de producción propia de las materias primas para las comidas, en nuestro caso los derivados del cerdo, de ahí que por ejemplo mataran algún *torreznero* hacia noviembre para atender estas necesidades de principio de temporada y en gran parte para consumo en fresco.

Pero, como hemos repetido, era una economía muy comercial, incluso azarosa a veces, por el carácter cíclico de las tendencias del mercado. En efecto, la fluctuación, la vecería de las montaneras, los nada desdeñables problemas de lagarta y la rápida inundación del mercado de cochinos debido a su prolificidad y rápida reproducción que podía ser acicateada en caso de un año bueno, hacían variar los precios. Como bien señala Montoya, las ofertas masivas a final de la montanera a veces han sido utilizadas de manera abusivas por los compradores (Montoya, 1983:85). De ahí vendría en parte ese adagio de que el cochino es el que te hunde o te levanta. Ahora bien, insistimos en que la estabilidad era considerablemente mayor de lo que lo sería posteriormente, sobre todo con la llegada de la peste porcina africana y la plena penetración de la agroindustria.

Como siempre sucede en la dehesa, una cosa es el carácter comercial de las producciones animales, la orientación hacia el exterior de la producción de ganado, y otra muy distinta la lógica productiva de las fincas, con una gran autonomía productiva no sólo en las explotaciones campesinas sino también en los latifundios, teniendo como base fundamental la bellota, las hierbas y el grano de las hojas de cultivo.

Para terminar con la economía del cochino en los latifundios hay que abordar una cuestión que singulariza sobremanera la explotación del cerdo. Por ciertas características de la especie, el cochino se prestaba a una producción en masa orientada al mercado y a procesos de organización del trabajo más acordes con la racionalidad capitalista que los que se daban en ningún otro uso productivo. Si a esto unimos fincas de gran extensión y un ecosistema como el de dehesa, que crea condiciones de clima y recursos alimentarios propicias para el porcino, tenemos ante nosotros las mayores extensiones del país de tierras orientadas a la producción de cerdos.

En efecto, el cochino, al igual que el pollo y el conejo, son especies monogástricas y muy prolíficas, con una gran cantidad de crías por parto y mayor número de partos en menor periodo de tiempo que otros animales. Los rumiantes o poligástricos digieren mejor la celulosa, pero por ello presentan un consumo elevado de materia seca frente a su escasa producción. Por todas estas razones, la estabulación (salvo en el caso de la producción de leche) se da más en los monogástricos (Montoya, 1983:73). Estos animales son por tanto especialmente propicios para la intensificación, para la maximización de la producción tan querida por la dinámica económica del capitalismo. Se facilita y se hace rentable la estandarización y las economías de escala de la estabulación y el manejo en granjas. Este modelo fordista, de gran inversión en infraestructuras de larga amortización es posible porque se puede intensificar esa producción en serie, a bajo coste por unidad y destinado a un amplio mercado, al consumo de masas. Son las carnes más populares y baratas. El cochino permite gran intensificación al poder llegar, tras una gestación relativamente corta (tres meses y veinte días) y en un año hasta a 200 kilos si se le alimenta con piensos.

Además de la importancia estratégica de las hembras reproductoras en cuanto al número de partos al año y número de crías en cada uno de ellos, otra cuestión importante es la rapidez con la que llegan a la condición de reproductores los animales de las tres especies referidas. Una cochina, aunque no sin riesgos, puede quedar preñada de marrana, hacia los 6 meses de vida, igualmente un marrano tiene capacidad de procreación a esa edad. Su desgaste es mayor que el de los rumiantes, pero también mayor ha sido su rendimiento en crías. El ciclo de cría y engorde es más rápido. Todo ello apunta a una alta circulación de animales, lo que se compadece grandemente con la velocidad de rotación de capitales y la rentabilidad de dicha velocidad de rotación para el capital circulante. Además, el cochino permite amplios márgenes de discrecionalidad pues los animales pueden salir de la finca en cualquier momento, teniendo siempre un mercado específico, tanto de lechones, marranos, gordos o reproductores. La cochina de cría o el verraco, si no son buenos o tienen problemas, se capan y engordan sin desmerecer mucho del resto de cochinos destinados al cebo desde un principio, lo que da gran flexibilidad a su economía.

Todo ello se pondrá de manifiesto con la plena penetración del capitalismo en la agricultura y la dependencia de las fincas de la agroindustria, pero características más capitalistas que en el manejo de otras especies encontramos ya en los años cuarenta y cincuenta en nuestra área de estudio. Dentro siempre de los límites que la dehesa impone, el cochino ha sido el animal que ha llegado a los mayores niveles de acomodación a la lógica del capitalismo en cada una de las fases por la que éste ha pasado. Si bien la penetración del capitalismo en la dehesa tradicional tenía más que ver con un proceso de subsunción formal por parte de la economía capitalista, que se apropiaba del resultado de los procesos de trabajo preexistentes sin modificarlos sustancialmente, en el caso del cerdo encontramos similitudes con el modelo de especialización taylorista y la cadena fordista (Alonso y Conde, 1994). En efecto, en fincas grandes donde la escala lo permitía y lo cuantitativo pasaba a cualitativo, la cría y engorde del cerdo mostraba una clara especialización, con diversos procesos de trabajo

encomendados a especialistas en cada una de las fases de una cadena dentro de la propia finca, como veremos algo más tarde. Es también en el cochino donde encontramos las infraestructuras más asimilables a las de la industria, las cochineras, edificaciones con zahúrdas y corralillos en serie que supusieron una importante inversión en capital fijo de larga amortización, junto otras infraestructuras como las casillas de los porqueros y los *zahurdones*. Aunque menos frecuentes, los cocederos de *chochos*, con calderas y albercas, también eran un elemento tecnológico peculiar.

Con todo ello tenemos un sistema de explotación bastante racionalizado y especializado, con cierta inversión en infraestructuras de larga amortización y una producción de grandes cantidades de carne orientadas a un consumo que no era de masas en aquellos tiempos de penuria, pero que iba sentando las bases de ese protoconsumo de masas, siendo la del cerdo la carne de más generalizado consumo por las clases populares. No obstante, no hemos de perder de vista que todo ello se daba en un agroecosistema de uso múltiple, basado en los recursos de las fincas principalmente y con explotaciones campesinas contemporáneas de estas forma de producción con parámetros y procesos de trabajo distintos y con gran importancia del autoconsumo.

Salvo raras excepciones, el del cerdo era un manejo de ciclo completo y en extensivo. Sólo unas cuantas explotaciones cogían cochinos a *reposición* durante la montanera a gente que no tenía bellota o tenía poca. La reposición consistía en engordar los animales de otro propietario y cobrar una determinada cantidad de dinero por cada arroba que hubiese puesto en la finca. Lo hacía algún pequeño o mediano propietario de encinar que disponía del recurso más abundante, la mano de obra. En la Puebla había una gran finca que algunos años dejaba entrar a los cochinos del pueblo cobrando una cantidad fija por cabeza, independientemente del peso que pusiera. Algo parecido sucedía en Reina, un pueblo de los alrededores.

Era raro que fincas de dehesa se limitasen a vender la montanera y no tuvieran cochinos propios. Los casos que constatamos son los de algún latifundio donde la gestión dejaba bastante que desear y la lógi-

ca era la de conseguir una cantidad de dinero, aunque fuera modesta, sin demasiada inversión o gasto corriente, lo que se ha asociado siempre con comportamientos de tipo absentista.

En muchas fincas pequeñas, sobre todo en la Puebla, era frecuente engordar sólo unos cuantos cochinos, los que se podían criar con la poca bellota que hubiera, a veces los imprescindibles para la matanza de casa, y vender el resto de las crías, de tal modo que era considerablemente mayor el número de los animales que se vendían que el de los que se engordaban. Todo ello estaba, evidentemente, en función de la cantidad de bellota que hubiera o se previera, cosa que estaba sujeta a la incertidumbre de la variabilidad anual y de las plagas de lagarta.

Los propietarios que tenían varias fincas en la zona o en comarcas próximas, por lo general, criaban los cochinos en una de las fincas y luego los distribuían según las necesidades, la vocación de las fincas y las estaciones. Aunque en cada una de ellas, al menos en las de dehesa, siempre había alguna piara permanente que seguía su ciclo hasta el final, a veces algunas partidas podían ir estacionalmente a otras fincas a aprovechar algún recurso (hierbas, espigas, montanera). Dentro de las fincas grandes, como veremos, también iban cambiando de un lugar a otro y pasando de un porquero a otro. Pero como antes se señaló, en la mayoría de los casos los cochinos permanecían en la finca desde su nacimiento hasta su engorde y venta para el sacrificio.

El ciclo completo de los cochinos, el que más generalmente se observaba, suponía contar con cochinas de cría, que los parían en cochineras de la propia finca, saliendo de ella al final de la montanera del siguiente año, por tanto, entre 18 y 24 meses y con unas 11 ó 12 arrobas. En ese tiempo se alimentarían con los recursos de la finca o de otras fincas o parcelas del mismo propietario.

Podía haber cochinos sobrantes, como lo eran a veces los de la cría de invierno, por el inconveniente de tener que pasar por dos veranos, época la más crítica para la alimentación del cochino, como se verá. Estos eran los guarros *atravesaos* que, como vimos, los vendían sobre todo pequeños propietarios a los *guarros*.

Como se ha dicho, algunos lechones se vendían en el verano para ser consumidos como tapa en las fiestas, desde la romería de San Isidro, en mayo, hasta las fiestas patronales, en septiembre. No existía así solapamiento en el consumo de carne de cerdo pues hacia el verano se había consumido ya gran cantidad de la carne y embutido de la matanza y no había empezado aún el sacrificio de los primeros cochinos, de los *torreznos*. Se daba así un escalonamiento en el tipo de cochino sacrificado: guarrito en verano, *torreznos* o de verdeo en otoño y guarro gordo en invierno. En cualquier caso la cantidad de carne de guarrito era bastante poca. No se iban a eliminar, como ya dijimos, las crías que más adelante podían convertir en carne una gran cantidad de energía. El guarrito para autoconsumo no estaba al alcance de todos. La venta del guarrito en el mercado, para las economías más modestas, suponía unos ingresos con los que adquirir productos de primera necesidad. Así, los lechones que se sacrificaban o vendían para sacrificio eran los sobrantes o aquellos que tenían alguna contra, como los cojos o los quebrados.

En cualquier caso, la venta antes de terminar la bellota no era frecuente, salvo en algún caso en que la montanera no fuera suficiente para engordar a todos los cochinos que se tenían. Ya vimos que una solución a esto podía ser la reposición o el arrendamiento de alguna montanera. En distintos lugares se daba la compra de guarros cuando se acercaba la montanera, porque hicieran falta algunos o porque no se hubieran criado. Existía un cierto mercado de cochinos para engorde, por ejemplo en la feria de Zafra. Hay que señalar que, aunque se vendían cochinos llamados de medias carnes, es decir, de un peso inferior a las ocho arrobas con que solían entrar en montanera, eran éstos, sobre todo, los criados con higos o algunos de las casas, siendo infrecuente en la dehesa, pues supondría haberlos criado justo hasta antes del momento en que podían disponer de bellota. Como ya queda dicho, sólo en algunas fincas grandes de dehesa se solía matar un *torreznos* para el consumo de los dueños y el de los empleados y el de algunos empleados.

LOS TIPOS DE PROCESOS DE TRABAJO Y LA MANO DE OBRA

Como hemos visto, condicionantes ecológicos y socioeconómicos orientaban el sistema de explotación y el ciclo, y lo mismo sucedía con el resto de aspectos del proceso de producción. Las diferencias en cuanto al terreno y al tipo de explotación darán como resultado una pluralidad de economías y de formas de manejo del cochino, variadas maneras de articular los distintos factores y recursos, por lo que no se puede establecer un modelo único para toda la zona. Lo hemos visto respecto a la orientación económica y al tipo de ciclo, pero lo mismo sucede con las infraestructuras, el manejo del ganado, la clase de alimentación, las técnicas o el tipo de mano de obra. En un extremo tendríamos, por ejemplo, pequeñas fincas, en las que el encinar era una de las varias minúsculas parcelas de una familia; disponían de una misera choza de palos y ramas como cubículo donde una cochina paría varios guarros, de los cuales la mayor parte se vendería de lechones y los pocos que quedasen se alimentarían con toda suerte de recursos, a veces muy marginales; en ellas el ganado de diversas especies podía estar junto, sin nadie dedicado específicamente al cochino; se hacían incursiones furtivas en tierra de linderos con mayor extensión; durante un tiempo los cochinos vagaban a su libre albedrío; no había control de parideras, ni tenían verraco propio y se orientaba la producción hacia el autoconsumo. En el lado opuesto tendríamos los vastos latifundios con imponentes infraestructuras, con cochineras preparadas para hacer criar a decenas de cochinas, que podían surtir a una o varias fincas, con *zahurdones* y casillas repartidas por toda la finca o por varias de ellas por las que se repartían las diversas partidas de cochinos; el ganado estaba al cargo de un importante contingente de hombres con dedicaciones especializadas a lo largo del proceso; había movimiento de cochinos a largas distancias, a las campiñas extremeñas o incluso al valle del Guadalquivir a aprovechar rastroje-ras; se hacía acopio de gran cantidad de fanegas de grano propio o comprado con que suplementar al cochino; y finalmente deparaban formidables ingresos monetarios con la venta del ganado. El tratarse la dehesa de un sistema de uso múltiple, con gran variedad de usos y

recursos, y con mayor diversidad al ser por lo común de terreno de sierra, añadía aún más variabilidad a cada caso, debido a las innumerables posibilidades de articulación de prácticas y usos y de las diferencias espaciales dentro de la zona. Es difícil, por tanto, establecer un modelo de manejo y gestión, pero no obstante, intentaremos definir las principales líneas comunes y sus divergencias.

En las grandes fincas, el ciclo del cerdo era el que más se aproximaba a un proceso de producción en cadena, con diversas fases y procesos de trabajo especializados y ensamblados, con especialización de cada uno de los trabajadores en un tipo de ganado y manejo, con una mayor diferenciación de espacios, con una mayor inversión en infraestructuras específicas que lo que sucedía en el manejo de ningún otro animal. En el extremo opuesto estaban las pequeñas fincas donde una persona estaba al tanto de todo el ganado, de diversas especies y otros menesteres. En ocasiones, la custodia de los cochinos se encomendaba a un niño o adolescente, que iniciaba así su ciclo laboral trabajando sólo por la comida y poco más. En las cabañas de algunas fincas muy pequeñas, el ganado a veces estaba mezclado, sin separación de verracos y cochinas o cerdos de distinta edad. En algunos casos, bien constatados en Pallares, es muy llamativa la imagen de puntas de cochinos de pequeñas fincas, vagando en el veranillo por los campos, más allá de toda linde, y buscando cualquier cosa que comer, porque en ese tiempo "*se les daba pelota*", es decir, se les dejaba a su albedrío. Entre esos extremos se movía el mundo del cochino.

En una gran finca de dehesa tendríamos una cadena de cuidado del cerdo compuesta por los mayores, los porqueros y los *gorderos*. En primer lugar encontramos a los mayores de cochinas, los que mayor especialización tenían y que habían de tener unos conocimientos muy precisos ya que la cría era la fase más complicada del proceso de producción del cerdo, debido al alto número de crías por cochina y la mayor dificultad de la lactancia de esta especie.

Los mayores solían vivir en casillas junto a las cochineras, majadas o ahijaderos, que de todas estas formas se conocía a las instala-

ciones donde criaban las cochinas. Lo mismo sucedía con las los porqueros. Dependiendo de las fincas, su vivienda podía ser una choza de palancas, quizás de piedra y tapia hasta media altura y el resto de palos, de madera y monte. Cuando se trataba de *chozones* de monte, estaban algo retirados de las zahúrdas.

Un hombre de Santa María que fue zagal en una de las grandes fincas de por allí nos describe de esta manera la vivienda de un porquero: *"El porquero aquél se quedaba en el Cerro del Peral, que había una majada, en un cacho de chozo de monte enterrado que parecía el nido de una perdiz"*.

No obstante, en los años cincuenta, como veremos, se habían construido majadas y casillas de mampostería y, caso de ser de tapia (Foto 4), lo eran completamente y cubiertas de maderos, tablas y tejas. Solían tener una sola habitación, a veces dos, con un tabique de bóveda separando el espacio donde estaba la candela y se hacía la vida en el otro habitáculo que servía de dormitorio, y todo ello en apenas 15 ó 20 metros cuadrados. Sólo había puerta, ventana, chimenea, y una exigua alacena empotrada. En este espacio vivían el mayoral o el porquero y su muchas veces larga y siempre menesterosa prole.

Normalmente, el mayoral y los porqueros tenían hijos u otros familiares de zagales. A veces, si eran varios los hijos, estaban de zagales con otros porqueros o pastores, o se empleaban en otros menesteres de las fincas, como fijos o eventualmente. Cuando se trataba de hijos pequeños o mayores pero que en ese momento no estaban contratados, también solían ayudarle al padre de alguna manera, aunque no cobrasen, de ahí que algún informante señale que a los dueños les interesaba que los ganaderos tuvieran hijos, porque por el precio del padre trabajaban todos. En algún caso, en fincas grandes, varios de los porqueros eran de la misma familia y cada uno tenía a sus respectivos zagales, pero no tenía por qué ser así siempre. Si no tenían hijos, los mayores y porqueros se buscaban a alguien en el pueblo, normalmente algún adolescente o zagalón, que solía convivir con la familia del porquero.

La mujer, además de atender la casa y los hijos, se ocupaba de las gallinas y, si era el caso, de algún otro animal que se tuviera. Durante el tiempo de la montanera, al igual que las mujeres e hijas de otros empleados, las de los mayores y porqueros eran las primeras que se buscaban para la cogida de la bellota de la finca, así como para las faenas de arranca de algunas leguminosas en la hoja de cultivo. Eso por lo que se refiere a trabajos pagados porque, por ejemplo, las mujeres podían ayudar a sus maridos en algunas tareas, como barrer los corrales, echar agua o alguna comida a los lechones, etc.

Los ganaderos se ajustaban con el amo por año, de San Miguel a San Miguel, como todos los empleados. Además del sueldo en metálico, la retribución de los porqueros tenía otros componentes. En algunos casos, no en todos ni mucho menos, el mayoral llevaba un porcentaje sobre los lechones que sacase. Tener parte en la producción hacía que el trabajador se esmerase más en el cuidado del ganado y que se identificase con los intereses del amo y la finca.

En otros casos, aunque no era excluyente de la fórmula anterior, tenía alguna cochina suya y se le dejaba criar un determinado número de cochinos como escusa, alimentándolos de la finca y vendiendo los lechones que no iban para engorde. A veces podía tener un guarro que había de alimentar a su cargo, lo que, al menos en algún caso que hemos conocido, daba lugar a la picaresca de echarlo a comer con los del amo.

También se le podían admitir gallinas y, más raramente, algún otro animal, como por ejemplo una cabra. Caso de engordar guarros, los vendía junto a los del amo. Otra posibilidad era recibir algún cerdo una vez engordado, lo que se conocía como tener derecho a un determinado número de *arobas de carne* o a una matanza. Junto a ello encontramos también los *cundíos*, pago en aceite, vinagre, garbanzos, etc. En ningún caso todas estas fórmulas se daban juntas, sino que eran alternativas o bien podían combinarse varias de ellas.

Aunque la vida de los mayores y porqueros no era el ideal de los trabajadores, es más, el cuidado de los cochinos se ponía a veces como ejemplo de actividad poco noble (*¡parece que has estado guar-*

dando guarros! o ¡Ese ha estado toda la vida guardando guarros! utilizado de forma despectiva para recriminar o desmerecer a alguien), tenían la ventaja de un trabajo y un mínimo de comida fijos y la posibilidad de emplear de forma continuada, o al menos con cierta asiduidad, a miembros de la familia. En tiempo de penuria alimentaria, tener asegurado un mínimo era mucho, de ahí que dijera los versillos escuchados en Fuente de Cantos: *¡Qué primor de ser porquero en el tiempo [de] las morcillas/ abril y mayo vaquero, cuando nacen las novillas,/ y, pa rematar el año, estar de guarda de viñas!* Refiriéndose al hecho de que quienes tenían esas ocupaciones podían disfrutar de chacina y carne, leche y calostros y uvas respectivamente.

Tras los mayores de cochinas estaban los porqueros, encargados de cuidar los animales desde que salían de las ahijaderas hasta que entraban en montanera. En la dehesa, la custodia del ganado era algo crucial entre otras cosas porque no existían apenas cercas. Al dividirse el ganado en diversas partidas solía haber más de un porquero, en ocasiones de la misma familia, que vivía junto a los *zahurdones* o *chozones* de los guarros, también en casillas o chozas de palancas y, caso de haber diferencias en las condiciones de habitabilidad entre mayores y porqueros, era en detrimento de estos últimos. Cuando los *zahurdones* y chozas eran de monte y palanca habían de quemarlas pasados unos años, debido a que se cuajaban de chinches. Por ello y porque el lugar donde estaban los cochinos debía variar con la rotación de hojas de cultivo, con frecuencia cambiaba también la residencia de los porqueros, aunque no era todos los años. Sus condiciones de vida, laborales y económicas eran muy parecidas a las de los mayores. Al igual que éstos, solían tener un zagal y su retribución era también similar, salvo que no solían llevar un porcentaje en las crías porque ellos no criaban. Los zagales, tanto de mayores como de porqueros, muchas veces eran familiares, pero no siempre. Estos solían cobrar un salario, que era menor que el de su superior, y algún *cundío*, que a veces se le daba al porquero o mayoral porque su mujer era la encargada de hacerle la comida. Al cabo del tiempo podían terminar ocupando el puesto de porquero o mayoral.

Los últimos eslabones en la cadena del cochino eran los *gorderos*. A éstos sí que los encontramos en todas las fincas al llegar la montañera. A veces podían ser *gorderos* algunos porqueros o zagales, que cogían alguna de las *varas*, o pequeñas partidas de cochinos, pero siempre se solía contratar eventuales, gentes que tenían una relación recurrente con las fincas. Éstos únicamente recibían una determinada cantidad de dinero como sueldo, sin *cundios* o escusa algunos. En ocasiones se quedaban en las fincas, en casillas o en el cortijo, y si la finca no estaba lejos del pueblo iban a diario a ella.

En las fincas pequeñas el esquema de organización de las partidas de cochinos y de la mano de obra no era tan claro y definido, pues al ser el grupo doméstico la base de la fuerza de trabajo, la composición de éste era la que determinaba la organización de las tareas. El mayor o menor tamaño de la finca y la cabaña ganadera era otro factor clave. Fincas había en que una persona estaba más al tanto del ganado, por ejemplo el padre si era de edad avanzada, mientras que los hijos se dedicaban a la labor.

Algunas explotaciones de cierto desahogo podían tener a una persona contratada para cuidar de los cochinos. Era muy frecuente que las pequeñas explotaciones contratasen a adolescentes o incluso niños para estar al cargo de un número reducido de cerdos, a veces acompañados de algún otro animal. El único cometido de estos muchachos era el pastoreo de los animales. Ellos se dedicaban a sacar los cochinos al campo, a veces a los terrenos públicos o a meterse furtivamente en los privados, mientras que las tareas que requiriesen de cierta habilidad o conocimiento, como el ahijamiento, las hacían los propietarios, en un rato de cese de otra tarea que estuviesen realizando. Esta era la forma de iniciarse en el mundo del trabajo de muchos hijos de jornaleros, sobre todo de familias en una situación de bastante penuria. Los hijos dejaban la escuela a edad muy temprana, las más de las veces trabajaban sólo a cambio de la comida, y los padres tenían así una boca menos que alimentar. Por ello, era poco el tiempo que solían durar en las fincas, dando paso enseguida a otros muchachos, y así sucesivamente.

A veces no eran zagales sino personas mayores, viejos o personas cuya fuerza de trabajo se consideraba de poca calidad en el mercado laboral, pero que por la baja remuneración que recibían y por lo que de ellos se exigía se les contrataba en estas fincas. En alguna finca de Santa María, en que el grupo doméstico no contaba con suficiente mano de obra, los cochinos de la finca los guardaba un hombre que también tenía cochinos suyos y cuya retribución era precisamente el poder tenerlos en la finca.

8. EL COCHINO. MANEJO EN LAS FINCAS

LA CABAÑA Y SU REPRODUCCIÓN

Una vez descritas las cuestiones generales de economía, ciclo productivo y organización de la fuerza de trabajo, pasemos a ver el proceso de producción de los cochinos, empezando por el tipo de animales.

En las dehesas se buscaba tener animales duros, rústicos, adaptados al terreno y las condiciones climáticas y de producción de alimento de esta zona mediterránea interior. Se trataba de animales de canales ligeras y poco requerimiento de comida, aptos tanto para mantenerse con recursos escasos en momentos críticos como para campar por terrenos a veces quebrados. Así, los cochinos eran de raza ibérica y dentro de ésta predominaba con diferencia la variedad retinta, que era rojiza y, a veces, tirando a canosa. En bastante menor medida, en algunas fincas grandes hubo otros cerdos ibéricos, negros y con bastante cerda, que fueron traídos de Portugal. Más raros, exóticos, eran los cochinos *cinchados*, con una especie de listas a modo de cincha de arriba abajo y de color más claro que el resto del cuerpo.

En la zona se preferían, por considerarse mejores, los cochinos con orejas grandes y caídas. En Pallares gustaban más de los que tenían el hocico corto, y consideraban feos a los *aguzaos*, de hocico afilado o cuartos traseros de punta que, según decían, eran más propios de la Puebla, de ahí el dicho de *"eres más feo que los guarros de la Puebla"*.

En cuanto a la composición de la cabaña porcina de las fincas, los nombres que recibían los animales que la conformaban eran los siguientes: cochinas de cría, el grupo estratégicamente más importante; verracos o sementales; lechones, o crías no destetadas; marranos, o cochinos ya destetados; y guarros gordos, los que estaban engordándose, los que estaban en la montanera. A su vez, se diferenciaba entre los guarros gordos, que iban al sacrificio, y el ganado de vida, el resto del ganado que quedaba en la finca. En las explotaciones pequeñas, donde había pocas cochinas de cría y, por tanto, mantener un verraco no era rentable, se apañaban con algún hijo de las cochinas, un marrano, o se pedía prestado a un amigo o lindero, siendo bastante frecuente este tipo de intercambio. Para evitar problemas de consanguinidad y deterioro de la cabaña, al menos en las fincas grandes, se solía renovar el ganado reproductor. Cada cierto tiempo, cuatro o cinco años por ejemplo, al desviejar se traía algún marrano para semental de otras explotaciones, en lugar de ir dejándolo siempre de las propias crías. En las fincas pequeñas esto era menos habitual, pues hay que tener en cuenta que en ellas el préstamo de sementales era más frecuente. Los animales que se desviejaban se castraban y engordaban como el resto de la piara de engorde.

El ciclo del cochino como tal empezaba con la cubrición. Al menos en las fincas grandes y medianas, existía un sistemático control de las parideras, en fechas más o menos establecidas, para lo cual se tenían separados a los verracos de las cochinas. Los sementales, en el tiempo que habían de estar aparte de las cochinas para que no se preñasen, se echaban con el ganado de vida, se tenían en alguna cerca o se encerraban en alguna majada o corral. En las fincas pequeñas el control de las parideras era bastante menos estricto, no se engordaban todas las crías, sino que se vendían algunas al destete y por tanto había menos necesidad de adaptarse al ciclo de la bellota. Ello no quiere decir que, siempre que se pudiese, no se buscasen las parideras en las fechas más adaptadas a ese ciclo de la montanera. Las fincas pequeñas tenían poco ganado, no podían distribuirlo en varias piaras a cargo de distintas personas y no solían disponer de muchas cer-

cas, corrales y majadas para distintos usos y necesidades. Por eso, a veces el o los verracos y marranos con capacidad reproductora que tuviesen iban con las cochinas y se cogían, se cubrían, a su albedrío. En otras ocasiones, como hemos visto, el verraco era prestado y, si tenía que cubrir a las cochinas de quien lo prestaba, las cochinas del que recibía el favor habían de esperar. Al ir juntos verracos y cochinas, éstas se cogían muchas veces inmediatamente después de ser destetadas, a los dos o tres días. Al dejar de amamantar, a las cochinas se les corta la leche, lo que se conoce aquí como *retieso*, y entran en celo, por lo que el macho las puede ya coger. Para referirse a ello en la zona se utiliza la expresión *cogerse al retieso*. La gente considera a éste un método muy efectivo de cubrición, de tal forma que según los lugareños era altamente probable que las hembras se cogieran en los primeros días. En las fincas en que había de transcurrir cierto tiempo entre el destete y la cubrición, el único método que se empleaba, y no en todas desde luego, era aumentarle algo la ración de alimento, una especie de choque alimenticio mientras se estaban cubriendo, para que se cogiesen mejor. De lo contrario, pasados los dos o tres días que dura el celo, hay que volver a esperar otros veintiuno. En alguna finca pequeña, aunque la cochina estuviese con el verraco tras el destete, también se le seguía echando de comer a veces.

Entrando ya a considerar la paridera, el número de crías por parto era de cuatro o cinco, de ahí que ante cualquier contingencia o enfermedad hubiera veces que algunas cochinas sacaran adelante uno o dos *guarrinos*. Las parideras, por regla general y teniendo en cuenta las matizaciones sobre su control que hemos hecho, solían ser hacia finales de febrero-marzo y hacia finales de agosto-septiembre, más o menos, teniendo en cuenta el tiempo de lactancia y los tres meses, tres semanas y tres días que según la reza la tradición de estos pueblos dura la gestación del cochino. Ahora bien, en algunas fincas grandes, no muchas, tenían dos barajas o juegos de cochinas, es decir, las cochinas de cría estaban repartidas en grupos que se iban turnando en las criaderas, por lo que se hacían más de dos crías al año.

Las parideras en febrero-marzo y agosto-septiembre eran deseables por varios motivos. Se evitaban tanto los fríos como los calores extremos en la paridera y la lactancia; las crías de invierno y sus madres podían aprovechar la hierba de primavera, y la segunda cría los restos de la montanera que dejaran los guarros gordos. Se consideraba que la mejor cría era la de agosto porque esos cochinos, que aprovecharían los retales de la montanera de ese año, serían los apropiados para entrar en la montanera del año siguiente, ya bien formados. En cualquier caso, se desaconsejaba la paridera en la montanera, pues ésta sería la cría más problemática, debido a que si la madre comía bellota los lechones tendrían problemas de *jumillo*, una enfermedad provocada por la bellota que hacía que la leche fuera fuerte y causase diarreas a las crías, algunas de las cuales llegaban a morir. Por ello se procuraba evitar que, avanzada la gestación y al principio de la lactancia, las cochinas entrasen a la bellota. Los de invierno-primavera eran más problemáticos; demasiado nuevos para la montanera de ese año y demasiado grandes para la del siguiente y, sobre todo, muy costosos por tener que pasar en la finca dos veranos, época en la que no pueden comer del campo y deben ser alimentados con grano. A estos y a otros cochinos que nacían en épocas del año que no cuadraban con el ciclo de los recursos de las fincas, era a los que se llamaba guarros *atravesaos*. Así pues, en las fincas pequeñas, con mayores dificultades y menores márgenes de maniobra en la alimentación, esta cría, una vez que había ido creciendo y había aprovechado, al menos sus madres, las hierbas de primavera, se solía vender, al menos en su mayor parte: *"Si se podía, se vendía siempre la cría de primavera, porque es un guarro terciado, porque ni es cochino ni es lechón cuando llega la bellota"*.

En muchas fincas medianas y grandes se vendían pocos lechones, aunque hubieran de pasar dos veranos, pues la gran cantidad de grano de las siembras permitía mantenerlos. Esto era especialmente significativo entre los grandes propietarios que tenían varias fincas y criaban en alguna de ellas ya que los repartían entre los distintos predios y, además, tenían mayor disponibilidad de grano si alguna de ellas era de campiña.

La cría se hacía en las cochineras, también llamadas majadas de las cochinas o criaderas, que solían estar relativamente cerca de los cortijos. En la mayoría de las fincas pequeñas eran construcciones hechas de palancas de madera y monte. Bastantes de ellas tenían una pared de piedra o tapia por la parte inferior y por la superior iban cubiertas de monte (Foto 5). En aquellas que no tuvieran pared de piedra o tapia por abajo, se aterraba esa parte, es decir se le echaba tierra o barro para hacerla más compacta. En algunos casos, las criaderas eran de tapia o piedra y una cubierta de juncos, a la que en ocasiones se le ponía también una capa de escobas sobre los juncos. El interior estaba dividido en compartimentos donde entrar a cada cochina con sus lechones, y estos apartadizos eran de monte, piedra, tapia o adobe, según los casos. Además, en el interior había también un espacio común a donde salían las crías cuando iban siendo más grandes. En el corral exterior que existía en algunas majadas podía haber algún sombrero para resguardar a los animales del calor cuando salieran, a comer y beber por ejemplo. A medida que aumentaba el tamaño de las fincas y la capacidad económica del propietario, las majadas eran mejores y de mampostería en lugar de monte o tapia. En efecto, las había también con una base de obra y una cubierta de madera y tejas, y los apartadizos podían ser de madera.

Entre los años cuarenta y cincuenta se constata la generalización de las cochineras de bóveda o maderos y teja con corralillos (Fotos 6 y 7). El modelo que vamos a describir era el propio de las grandes fincas, pero cochineras parecidas, aunque con variantes, terminaron implantándose en muchas explotaciones campesinas y aún hoy en día sigue siendo la instalación que se usa para la cría en muchos casos. Se trata de una construcción rectangular, de piedra y cal o cemento, suelo de baldosas, cubierta por una bóveda o por tejado de maderos, tablas y tejas, con un pasillo central y, a sus lados, sendas hileras de hasta veinticinco apartadizos o chiquerías de aproximadamente un metro cuadrado o metro y medio (Foto 8). Estos compartimentos tenían una puerta hacia el pasillo central y, en el lado opuesto, una pequeña abertura rectangular de unos cuarenta centímetros

de alto que daba al exterior, en donde había un corralillo de las mismas dimensiones o algo más pequeño que la chiquera de dentro (Fotos 9 y 10).

Este corralillo era descubierto, y cerrado por los laterales, y disponía de un pequeño bebedero adosado al pie de una de las paredes. A él salían los lechones a beber, hacer sus necesidades, solearse, airearse y a comer cuando llegaba el momento. Las puertas de las chiqueras eran tablas que se subían o bajaban corriendo por unas hendiduras verticales en los lados de la pared que formaban el vano. La puerta del corralillo era una pieza de chapa que corría también vertical pero sobre una especie de rieles adosados al filo de los vanos, por el exterior. Algunas de estas majadas, pero más bien pocas, tenían también un *enjugaero*, un espacio a la entrada donde dejar que, en los días de lluvia, se secaran las cochinas que llegaban mojadas, para evitarles enfriamientos a ellas y a las crías, e impedir que éstas últimas se *cocieran* en las chiqueras con la humedad y el calor de las madres.

Una de las variantes de este modelo eran las cochineras con una sola hilera de chiqueras y corralillos, que en este caso se procuraba estuvieran orientados hacia el sur, buscando el sol y huyendo a las umbrías. En general, en todas las majadas se buscaba la ubicación en alguna leve elevación, en terreno más sano.

Algunas majadas no tenían corralillos y eran una nave grande, en ocasiones techada con madera y tejas, con chiqueras que a veces podían estar formadas por tablas. En las fincas pequeñas las cochineras más parecidas a este modelo eran las que estaban formadas por varias chiqueras, cubiertas por una bóveda y que daban a un corral delantero con suelo de piedra o baldosas, donde había bebederos. No existían corralillos y las puertas eran de un metro de altura aproximadamente, de madera y con un sistema de rieles como el de los corralillos antes descrito.

Algunas de las cochineras de mampostería que conocemos datan del primer tercio del siglo, pero una parte considerable de ellas se construyeron en los años cincuenta, estando algunas en pie y aún en buen uso. Como vimos, esa década fue la del auge de la agricultura

tradicional en España y los bajos costes y/o buenos precios en los mercados supusieron unos notables beneficios que se tradujeron en una mejora de las infraestructuras, muy principalmente las del cochino, que fue abandonando los rudimentarios cobijos de antaño y mejorando con ello las condiciones sanitarias del ganado. Ver algunas de estas cochineras nos evidencia las potencialidades del cochino para un manejo más industrial y estandarizado, si atendemos a esa estructura capitalizada y a la disposición repetitiva de las construcciones. Las explotaciones más modestas seguían basándose en materiales de las propias fincas y en instalaciones menos perfeccionadas y especializadas.

La complejidad de la cría del cochino y la necesidad de infraestructuras más complejas que separen cada cochina y sus crías deriva de la prolificidad de la especie, del hecho de que la cochina necesita unas determinadas condiciones para amamantar, debiendo estar tumbada y tranquila para que le venga el apoyo, el raudal de leche. Si se tiene en cuenta que son varias crías a la vez las que han de mamar, y en ese periodo de tiempo en que la cochina se apoya, se comprenden los problemas de la cría y del ahijamiento. El de mayoral de cochinas era uno de los trabajos que más especialización y conocimiento requería, sobre todo en fincas donde hubiese muchas cochinas criando a la vez, pues debía conocer a cada una y a sus crías, para poder ahijarlas y/o apartarlas en cada chiquera si las sacaba a un corral todas juntas durante el día. Asimismo, precisaba conocer cuántos lechones tenía cada cochina por sí, al apoyarse, al tumbarse y darle el apoyo, alguno de ellos quedaba atrapado bajo el cuerpo de la madre y se asfixiaba. Había de estar pendiente del amamantamiento y de colocar en su teta a los cochinos que por distintas razones no se pusiesen a mamar. En las chiqueras había que prepararles camas de *paja blanca* (de cereal), que absorbieran y secaran la humedad del orín y los excrementos, y cambiarlas con cierta frecuencia. Esto debía hacerse a diario los primeros días y, si se trataba de majadas sin corralillos, todos los días. Había también quien usaba en las camas ceniza o tierra, polvillo sobre todo, como remedio contra el *jumillo*.

Los primeros dos días, las madres permanecían con los cochinos todo el día, luego se las sacaba por la mañana y volvían a mediodía a darles el apoyo, y salían de nuevo hasta por la noche, salvo cuando los cochinos eran ya grandecitos y los días eran muy cortos, en que no volvían a mediodía. El zagal, que solía ser un familiar del mayoral, era el encargado de salir con las madres, mientras el mayoral se ocupaba de limpiar corrales y chiqueras y echar agua o comida cuando fuera preciso. Cuando los lechones tenían unos veintitantos días ya empezaban a comer algo, a *chascar*, y se les echaba comida en la chiquera o en el corralillo, según las instalaciones con que se contase. En algunos casos en que se disponía de ello, se les sacaba a todos juntos al espacio común para toda la cría y allí se les echaba comida y agua, de pozos o barrancos próximos, para luego volverlos a apartar en sus chiqueras respectivas.

Durante la lactancia, sobre todo cuando el parto era en tiempo en que no había comida en el campo, a las cochinas se les podía ayudar con distintos piensos. La alimentación de la madre podía consistir en *chícharros*, trigo, cebada, garbanzos o habas. Estas últimas han sido siempre un alimento muy reputado para la cría de todo tipo de animales pues se dice que *las habas son muy lecheras*, hacen dar a las madres mucha leche. La cebada, en cualquier caso, seguía siendo un alimento bueno para las cochinas, y era con lo que, caso de necesidad, se alimentaba el ganado reproductor a lo largo del año. También se usaban garbanzos negros en algunos casos.

Durante todo el año se procuraba tener a la cochina bien mantenida y sin engordar, ligera, para que cuando llegara la hora de la gestación y el parto no tuviera demasiadas carnes, estuviera sin grasas, porque según se decía *"Mientras más gorda está la cochina, más mala es la cría"*.

Para esa alimentación de mantenimiento las hierbas del eriazo eran lo más apropiado, ayudándola en tiempos de escasez con cebada sobre todo. La estética de los animales era una variable de su utilidad productiva, de ahí que mientras que un cochino en la montanera, un animal para el cebo y venta, era bonito si era gordo y redondeado,

la cochina bonita debía ser más bien delgada, estilizada. Los verracos, que no habían de pasar el trance de la gestación y parto, habían de estar más fuertes, pero ligeros para la monta, de ahí tuvieran más carnes pero no demasiadas.

La alimentación de la madre repercutía en el lechón y no eran infrecuentes algunos problemas como el *jumillo* o la diarrea, que podían ser provocados, por ejemplo, por la bellota, razón por la cual se impedía que la madre la comiera, por lo menos en los primeros tiempos. Como vimos, el *jumillo* se atribuía a la fortaleza de la leche de la madre, a ser demasiado *fuerte*.

Para los lechones, lo ideal era el trigo, el triguillo, cosa que no todos podían permitirse. A estos se acostumbraba darles el grano que quedaba en el suelo tras finalizar las labores de la era: se barrían las *soleras* de las parvas y se limpiaba y oreaba el grano para los lechones. Si no se les echaba triguillo, en su defecto se usaba cebada o avena, variando según las fincas y los pueblos. En las fincas en que se hacía queso, el suero era un alimento destinado principalmente a los lechones.

DEL DESTETE A LA MONTANERA

Los cochinos se destetaban con unos cuarenta días. En las fincas pequeñas en que no se podían hacer distintas pjaras, las crías se dejaban encerradas unos días tras el destete, hasta que las cochinas se quedaran sin leche, se secaran o *enjugaran*. Luego, podían volver a estar juntos madres e hijos. En explotaciones mayores, como hemos dicho, pasaban de manos del mayoral de cochinas a un porquero, en la misma finca o en otras del mismo propietario, que los cuidaba hasta que llegaba la montanera. A veces, el mayoral o el zagal sacaba a los lechones al campo para que se fuesen campeando, haciendo al campo. Incluso podían seguir con ellos después del destete, hasta que estuviesen un poco desarrollados, *fuera de culero*. Los ganaderos reiteran la importancia de sacar los cochinos al campo: "*Después de destetados se echaban fuera los guarros porque, si los dejas dentro de la*

majada de chicos, se empellejan, se ponen muy delgados y feos. Si les das de mano y les echas un roción de comida se ponen muy bonitos".

Las cochinas, que a los tres días del destete estaban secas, ya podían ser pisadas por los verracos y todo el ganado reproductor conformaba una piara al cargo del mayoral, como única dedicación suya hasta la siguiente cría. Los lechones, que ya pasaban a ser marranos, conformaban una o más piaras al cargo de porqueros o estaban con otros animales de la finca si de una pequeña se trataba. La hierba y la cebada serían la base de su alimentación en los primeros momentos.

Este ganado de vida se recogía de noche, en *chozones o zahurdones*, próximos a la casa en las fincas pequeñas o repartidos por distintas hojas o lugares de la finca en los latifundios. La calidad y características de estos habitáculos eran de una gran variabilidad, al igual que hemos visto sucedía con las cochineras, por lo cual no vamos a insistir en las motivaciones y diferencias según tipo de fincas.

Los *zahurdones o chozones* eran, por lo regular, construcciones de planta rectangular y sin división interna alguna. Los más antiguos eran de palancas, a veces con una pared de tierra o piedra como base, del mismo tipo que las cochineras o ahijaderas de monte que hemos descrito, y como hemos dicho habían de quemarse cada cierto tiempo debido a la infección de chinches.

El otro tipo de construcción arquetípica, que aún podemos encontrar en pie en las dehesas, es el *zahurdón* de tapia o mampostería, con bóveda y a veces una pequeña puerta de no más de medio metro de altura y con dos ventanas por los lados cortos del rectángulo como única ventilación. Estos *zahurdones* solían tener delante un corral de piedra y, normalmente, comederos. En los años cincuenta se data la construcción de bastantes de ellos. Otra modalidad consiste en una nave también rectangular, techada con madera y teja, sin bóveda. En cualquier caso, solían tener adosada, o exenta pero cercana, una casilla de obra para el porquero. Cuando se trataba de *chozones*, la habitación del porquero también era de monte.

Tras el destete, había que ir manteniendo al cochino con los recursos de la finca y preparándolo para el engorde en montanera. El marra-

no se iba desarrollando, pero no se trataba de que pusiera el mayor número de kilos posible, pues eso se daría en la fase final del engorde. Recuérdese que algunos cerdos habían de pasar por dos veranos antes del pleno engorde y, en cualquier caso, antes de entrar en montanera habían de sortear esa época crítica para la alimentación con recursos de las fincas y de fuerte calor que es el verano, por lo cual no era conveniente que llegaran a él con mucho peso y unas carnes que habrían de perder en parte en esos meses. No interesaba tener animales de mucho peso y, por tanto, de mucho requerimiento de comida para mantenerlo. Se trataba de que fueran creciendo pero dentro de unos límites de carnes.

Pero entre el destete y el engorde había que realizar con el ganado de vida dos operaciones, la castración y el anillamiento. La primera tenía como objetivo evitar el apareamiento entre machos y hembras, y hacer que los cochinos cogieran más peso. A diferencia de otras especies, el cochino no se vendía al destete y animales de distinto sexo con plena capacidad reproductora habían de estar juntos en la finca durante bastante tiempo. De estar entero, el cochino andaría más inquieto y, además, la carne tendría cierto mal sabor o *chero*.

Se capaban machos y hembras con unos tres, cuatro o cinco meses, cuando estuviesen desarrollados: "*Hay que caparlos grandecitos, porque así acollan más*". *Acollar* o *descollar* se utiliza en el sentido de haber desarrollado el aparato reproductor. Si se capasen cuando ya fuesen muy grandes se preñarían las hembras y, además, la castración sería más peligrosa al estar más desarrollados y gordos, y las *brinces*, los conductos que hay que cortar, serían más duras. Los animales tendrían más problemas de enfermedades, más complicaciones y, si muriesen, la pérdida sería mayor, se habría perdido trabajo y comida. Los únicos que se capaban grandes eran los verracos y las cochinas de desvieje, con cuatro o cinco años, que luego se engordaban.

Las fechas ideales para la castración eran marzo y finales de agosto, épocas en que no hace demasiado frío ni demasiado calor. Si en

marzo venía tiempo malo y lluvioso se podía hacer en abril. Uno de los principales temores era la infección por la mosca. Hay quien comenta, refiriéndose a fechas anteriores a los años cincuenta que "*Los antiguos decían que lo mejor era el menguante de marzo y agosto*", probablemente debido a la relación que se establece entre la luna y la circulación de la sangre, siendo mayor la fuerza de la sangre en creciente, y por tanto mayor el peligro de hemorragias. Algo parecido se oye a veces con relación a que si una persona se corta el pelo en menguante le tardará más en crecer. También hay quien previene contra la castración cuando hay viento solano. Por otra parte, en un caso hemos constatado el uso de una planta, el beleño, para las heridas de la castración por sus cualidades desinfectantes, aunque tendemos a pensar que también tuviera que ver con ello el efecto paliativo del dolor que puede tener esta planta solanácea.

La castración de los machos, más sencilla, la hacían los mayores o porqueros en las fincas grandes y los propios dueños o algún hombre con experiencia en cochinos en las pequeñas explotaciones. Las hembras las castraba un *capaor*, que en esta zona era un hombre de El Real de la Jara, aunque en varias fincas grandes lo hacía a veces un veterinario.

La castración era un momento importante en el ciclo anual, sobre todo en las grandes fincas, pues requería del concurso de un cierto número de personas, algunas de ellas ajenas al cochino. La participación en una tarea colectiva, cíclica y perfectamente pautada le daba al hecho cierto carácter de ritual y me atrevería a decir que de ritual sacrificial. En efecto, tenemos un animal al que en muchos casos se preparaba haciéndolo ayunar o con una comida no habitual. En el caso de las cochinas había un especialista, con unos conocimientos y habilidades singulares. El acto era cruento, se derramaba sangre de la víctima. Tenía una función primera que era la de hacer que el animal fuera apto para el engorde pero, a su vez, tenía la función de reforzar la solidaridad entre los miembros del grupo. En unos casos era la familia campesina, los linderos, vecinos o amigos, en otros casos empleados de la gran finca, que se ayudan. Como compensación de esa

ayuda, o como demostración de buena relación aunque no se hubiese participado, se distribuían entre los allegados o empleados las turmas de los machos, las criadillas, o se comían acompañadas de vino, considerándose un plato exquisito.

Un parte del animal o de una parte representativa de la cabaña era repartida. Al animal se le amputaba una parte de su cuerpo que era consumida por el grupo. Al tratarse del intercambio de un don, como es la carne del animal, era de mucho más valor al ser algo extraordinario y más aún no procediendo de intercambio en el mercado, pues lo hacía más apto para una economía moral. Se trataba de moralizar las relaciones sociales. La cosa no es baladí especialmente en un contexto de grandes divisiones de clase, como las que había en los pueblos y en el interior de las fincas. El carácter cruento acrecentaba el valor del bien, pero la violencia debía ser ritualizada. El animal era sometido a un acto cruel y era traído de la reproducción física para destinarlo a la producción pero, a su vez, se traía de la reproducción natural y contribuía a la reproducción social, del grupo y también de la estructura de clases, y al funcionamiento de las propias fincas..

Otra dimensión que puede resultar significativa es la del género y el sexo. Los que participaban en la castración eran hombres, y en algunos casos la comensalidad se realizaba entre hombres, por ejemplo en alguna taberna en caso de algún pequeño o mediano propietario⁹. Delgado y otros nos apuntan sobre el valor genésico y erótico de los genitales del toro y de cómo los varones buscan participar de su condición de macho tocándolos una vez muerto (Delgado, 1984). En este caso se trataría del consumo de los testículos. La castración de la hembra tendría menos simbolismo, pues no se consumían los ovarios. No es tampoco casualidad que la capa del macho, aunque sólo fuese en el consumo de sus turmas, fuera más ritualizada, pues la castración de

⁹ Hay que dejar muy claro que no es fueran los hombres los únicos que consumían las criadillas, ni mucho menos. Me refiero al hecho de que en algunos casos se daba comensalidad exclusivamente masculina, cosa frecuente en la zona, por ejemplo en las calderetas.

machos, y además en gran número y sistemáticamente, aunque sea de animales, no parece que sea algo intrascendente para una sociedad patriarcal.

La otra operación que había que hacer con los cochinos y que antes apuntamos era el anillamiento. Al ser el cochino animal inquieto y muy dado a hozar en el suelo levantando tierra y hierba a troche y moche, el anillamiento era una práctica indispensable, y exclusiva del cochino. Con una especie de alicate o tenaza, a los cochinos se les ponía en el hocico una suerte de grapa metálica, la anilla, para que no hozasen y estropeasen la hierba al voltear el suelo en que ésta había de crecer. También se evitaba así que el animal "*se viciase sacando lombrices, hormigos y otros bichillos y luego no comiese bien*". Se anillaban cuando iban a salir al campo si era tiempo en que la tierra estuviese blanda, a partir de septiembre y hasta marzo más o menos. Se anillaba cada pira que saliese al campo y luego se iba repasando y colocando anillas a aquellos animales que la hubieran perdido. Cuando más hozaban los cochinos era en las primeras aguas, en que no tenían comida en el campo, había muchos hormigueros y tras la lluvia las hormigas sacaban el grano afuera. También hozaban en el sembrado buscando el grano y los bichos. Llegado abril, la tierra estaba más dura y la hierba crecida, por lo que no tenían necesidad de hozar. En el verano solían estar sin anilla y podían buscar algo de comida, lombrices, insectos, raíces, o *centenilla*, como hemos de ver. La única dificultad que presentaba el anillamiento era sujetar al cochino, por lo que lo hacían los dueños o empleados de las fincas con ayuda de otros.

Como hemos dicho, los porqueros se encargaban de cuidar a los marranos, de hacerlos cochinos y prepararlos para ser guarros gordos en la montanera. En este tiempo se trataba de que crecieran pero sin engordar, con una alimentación que era de crecimiento y, sobre todo, de mantenimiento. En cuanto a la comida, el cochino tenía una gran ventaja y un gran inconveniente respecto al resto del ganado, a los rumiantes. La ventaja era la capacidad de transformación de la bellota en carne y el inconveniente no comer pasto, con lo cual había de

atravesar un periodo muy crítico durante el verano. Ahora bien, la siembra rotatoria de la dehesa proveía de grano de diverso tipo para el ganado. Pero veamos cuál podía ser el ciclo de alimentación de los cochinos a lo largo del año.

En primavera se mantenían de las hierbas, que aprovechaban también en invierno y otoño, buscando especialmente los majadales, que eran los primeros en dar hierbas en la otoñada. En la hierba, con la suplementación necesaria en su caso, encontraban una comida de mantenimiento y las proteínas necesarias para su desarrollo. En otoño e invierno podían complementarla los marranos con algo de bellota, pero poco, pues estaba destinada a los guarros gordos, como veremos, y además no era lo más conveniente pues la abundancia de hidratos de carbono no convenía a animales que aún no habían completado su ciclo de desarrollo.

La primavera era tiempo agradecido para los cochinos por su generosidad en hierbas y para los porqueros por el sosiego del ganado debido a ello. Era un pastoreo descansado que permitía al porquero y el zagal, si iban los dos en una piara, estar juntos la mayor parte del tiempo y volver a la casilla a comer todos los días, pues el ganado no se iba a recorrer la finca en busca de alimento, ya que lo tenía por demás. A diferencia del ganado de rumio, la hierba, los hartones de la misma, no suponía para los guarros problemas de basquilla o congestiones de diverso tipo, a lo más alguna diarrea que otra cuando la hierba era mucha o tenía mucho componente de agua. Lo mismo podemos decir del efecto de la helada sobre la hierba, que tantos problemas daba a las ovejas. En el caso del cochino no importaba que salieran bien temprano en tiempo de fríos.

Las hierbas preferidas de los cochinos son las *yerbas gordas* como el *carretón*, la *lengua de vaca*, la *lechugueta*, los *tenedores* o *segadores*, etc.. Esto no es ninguna excepción porque otras especies también las prefieren. Ahora bien, los majadales son abundosos en este tipo de alimento y son los cochinos los que más gustan de ellos. La oveja, por ejemplo, los rechaza, dicen que huye del olor de su propio orín. Los majadales, así como los posíos viejos, la tierra que ha llevado muchos

años sin roturarse, además de su valor productivo tenían un valor estratégico de primera magnitud. En efecto, en tiempo de otoño, cuando aún no hay hierba, con las primeras aguas, "*con cuatro gotas*", son los primeros en echarla.

Como hemos señalado antes, también se llevaban cochinos a los olivares a aprovechar los restos de cosecha y la hierba. Algunos pequeños propietarios, sobre todo de la Puebla, tenían incluso alguna zahúrda en los olivares. Esto sucedía durante poco tiempo y era poca la cantidad de hierba ya que el olivar se laboreaba mucho para, entre otras cosas, evitar que la hierba compitiera con el árbol. Ahora bien, en la primavera, tras la cosecha y antes del primer hierro de labor, se les hacía aprovechar no sólo la hierba sino también el huesillo, los restos de aceitunas que hubiesen quedado tras la cosecha, incluida la que se hubiese caído antes de madurar. Otro tiempo en que podían entrar era a partir de agosto, cuando ya se empezaba a caer alguna aceituna, que era todo hueso, pero antes de la cosecha. Nos dicen las gentes que a los cochinos se les notaba cuando entraban al huesillo, que "*se les ponía un pelo muy bonito*". Esto no se ha de tomar sensu estricto, como mejora en el pelo, que además en los cochinos era poco, sino que quiere decir que adquirirían buen aspecto, presencia, pues la aceituna y la hierba les aprovechaba mucho. Se han constatado algunos casos, sobre todo en la Puebla, en que echaban orujo a los cochinos, a veces con algo de sal para que tuvieran más apetito o para entrojarse. Cuando se acababa la hierba de primavera, podían quizás aprovechar la poca que saliera en los barbechos, como amapola, grama, enredadera, etc.

Como ya hemos dicho, la hierba era para los cochinos, incluidos verracos y cochinas de cría, un buen aporte que los ayudaba a ir adelante y los tenía mantenidos, pero con ella no ponían demasiado. Era un sustento barato, sin coste podríamos decir, para el ganado de vida. Cuando se secaba la hierba venía el gran problema para los cochinos, por la dificultad de digerir la celulosa del pasto. Aquí también tenían valor estratégico los pastos de lugares más umbríos, de las cañadas y *ojetales*, así como los del goteo de las encinas, que al preservarlos del

sol mantenían más tiempo la hierba verde. En cualquier caso, estas hierbas no tardarían mucho en secarse. El único alimento en verde que quedaba a los cochinos era el de las proximidades de los lugares con agua. En verano, los cochinos buscaban los barrancos, arroyos, riveras y ríos, en parte porque soportan muy mal el calor al no sudar debido a su capa de grasa, el tocino. Gustaban de meterse en el agua o embadurnarse con el barro para refrescarse, de ahí el dicho "*disfruta más que un guarro en un charco*". Junto a los lugares húmedos encontraban también vegetación de ribera, algunas hierbas y grama, hozando si era preciso para encontrar raíces.

En el verano, el cochino era el primero que entraba en el rastrojo, al espigueo, para aprovechar los restos de la cosecha y, de paso, la poca hierba de verano que saliese. Los grandes propietarios llevaban sus cochinos a otras fincas de las campiñas, mientras que los pequeños a lo más que llegaban era a aprovechar el rastrojo de algún vecino, bien por arrendamiento o bien por cesión, pero todo ello no era muy recurrente. También se daba el caso excepcional de una gran finca que repartía a reposición varias piaras de cerdos por las campiñas del Guadalquivir tras la siega, para aprovechar la espiga.

En el rastrojo solían estar hasta media mañana, en que se recogían o se llevaban a algún barranco o sitio fresco, para volver a entrar a la espiga por la tarde. El espigueo podía durar un mes en el mejor de los casos, tras lo cual venía el período crítico del cochino, en que debía ser suplementado con el grano proveniente de los cultivos.

En cualquier caso, al tratarse de una alimentación sobre todo de mantenimiento (recordemos que algunos animales tenían año y medio antes del engorde en montanera) no era mucha la cantidad de comida que se les echaba. Las fincas buscaban hacer el menor gasto posible en grano porque la productividad de las tierras para el cultivo no era mucha y las compras de fuera de la explotación se restringían al máximo. A este propósito servía la raza ibérica, de canales ligeras y poco exigente en comida, apta para sacar el máximo rendimiento a pocos recursos alimentarios, muy rústica y adaptada a las condiciones locales de clima, relieve y comida. En economías bastante menes-

terosas, pero también en medianas y grandes fincas de propietarios bastante mezquinos, algo que no era ni mucho menos infrecuente, los cochinos presentaban un aspecto famélico en tiempos de verano.

Algo que aparece recurrentemente en nuestras conversaciones con las gentes del campo es que por haber estado los cochinos mucho tiempo acostumbrados a comer, poca comida desde luego, luego aprovechaban mucho la montanera. Por eso mismo se valoraba la capacidad de los llamados guarros *reviejos*, esos guarros más viejos, que más tiempo llevaban comiendo, porque luego eran de más rendimiento en la bellota. Evidentemente, como hemos dicho, se huía de tener los cochinos más tiempo del preciso, sobre todo de pasar dos veranos, como era el caso de los guarros *reviejos*. Ahora bien, cuando se compraban guarros de fuera, mientras más *reviejos*, mejor.

Los grandes propietarios que tenían fincas en las campiñas recogían una gran cantidad de grano, que se sumaba al recogido en las dehesas, por siembra directa o a través de colonos. Los pequeños propietarios contaban con el producto de sus fincas y en algunos casos de aquéllas en las que estaban de colonos. Del grano recogido, el trigo no se empleaba casi nunca para el cochino, salvo algo de triguillo para los lechones. La cebada era grano muy socorrido para buen número de propósitos. Ya vimos que se le daba a las cochinas de cría y también se echaba mano de ella como alimento para todo tipo de ganado cuando no había otra cosa y cuando se trataba de *abrir los cochinos para la montanera*, cosa que se hacía ya a partir de septiembre. *Abrir los cochinos* quiere decir ir desarrollando su estómago para que fueran comiendo más y pudieran, por tanto, poner más kilos durante el engorde, que es cuando interesaba que comieran.

El resto del tiempo lo que se procuraba era que crecieran pero, sobre todo, que simplemente se mantuviesen. En este sentido también se apunta que si la cebada era remojada *abría* más, por lo que era lo habitual en los cochinos caseros. Además se argumenta que de esta forma digerían mejor la cebada, no la cagaban entera. En el campo no era esto lo habitual, aunque se hiciese en algunas fincas, y para ello se aducen dos razones: que no es cierto que la defequen entera o que,

aún siendo así y sirviendo para abrir los cochinos, sería mucho el trabajo que requeriría remojarla cuando se trataba de echar de comer a un número grande de animales. La cebada solía echársele en verano cerca de algún barranco donde tuvieran agua. En algún caso, cuando no había comida y aún no se había sacado el grano en la era, había veces en que se le echaban incluso algunos haces de cebada, pero esto no era usual y sólo lo hemos constatado en alguna finca pequeña. El grano molido no era empleado casi en ninguna finca, salvo un par de ellas que eran de las más modernas por aquel entonces y que a finales de los cincuenta empezaron a llevar parte del proceso de engorde del cochino en cebadero y molían cebada principalmente.

Una especie muy adecuada para el mantenimiento del cochino en el verano y, sobre todo, para *abrir* el cochino, eran los *chochos* o *hachuelos* que es como se conoce por estas tierras al altramuz. Era un cultivo de segundo año que se sembraba en bastantes fincas pero que había de ser cocido ya que se trataba de una variedad amarga y, de no ser cocido, hinchaba en el estómago del animal y podía llegar a morir por ello. En las fincas donde se usaba para el cochino, se endulzaba en la propia finca o se daba a maquila, es decir, se llevaba a uno de los cocederos que había en la zona y, como pago, había que entregar una cantidad determinada de altramuces por cada fanega que se endulzara. La mayoría de las fincas no tenía cocedero o endulzadero de *chochos* y, en cualquier caso, no pasaban de la decena en los tres pueblos. Para endulzar había que tener una hornilla y una caldera, además de una alberca o similar en que echar los altramuces después de cocidos e ir cambiándoles el agua. Para sacarlos de la caldera se usaba una especie de gran espumadera. Luego se extendían. Eso se hacía desde que se acababa la era hasta que se veía que iba a llover. Habida cuenta de todo ello, no eran todas las fincas las que usaban el altramuz como pienso.

El *chícharro*, un tipo de guisante cosechado una vez seco, también cumplían la misma función que el altramuz, pero no se sembraba en todas las fincas. Las habas podían usarse como alimento del cochino, aunque no era frecuente y se destinaban más bien a ovejas y cabras

cuando se precisaba. De la avena se decía que era un alimento flojo para los guarros y echaban mano de ella, sobre todo, explotaciones con pocos recursos, por ejemplo como sustituto del trigo o la cebada para alimentar a las cochinas durante la cría. Los *algarrobos* (algarrobas) no se usaban apenas para cochinos porque, según se dice por aquí, son agrios para ellos. Como mucho, los comía el ganado de vida porque *"los guarros gordos son muy delicados para comer y están sólo a la flor, sólo se comen lo bueno."* Muy raro, aunque no desconocido, era el empleo de los garbanzos negros.

Algunos pequeños propietarios llevaban sus cochinos a las higueras en agosto y septiembre y suponían un alivio en esos tiempos de poquedad en la comida. Esta era una práctica generalizada en tierras de mucha higuera como, por ejemplo Monesterio, donde existía un ciclo del cochino que terminaba con el engorde de higos. Pero los higos tenían inconvenientes, según nos apuntan varios entrevistados: *"El cochino con los higos no pone carnes. Los higos son muy malos, la chacina está mala, agria. Es lo mismo que el pienso compuesto, que se seca mucho la chacina. Además, con los higos se emborrachan a veces"; "Luego pierden peso de los higos a la montanera"*. Algunos pequeños propietarios y dueños de cerdos domésticos dejaban secar higos en las paseras, superficies de tabla, cartón o pasto y se los echaban a los cochinos cuando tuvieran necesidad. El cualquier caso el cochino de la dehesa no solía entrar en los higos.

Lo que se procuraba, en la medida de lo posible, era que el ganado comiera sólo del campo y ello era especialmente visible en los meses de verano. Hay una expresión popular que se aplica ya no sólo en el mundo del cochino sino también, metafóricamente, a las personas y que es la de estar *a centenilla*. La *centenilla* es una planta que existe en la zona, especialmente en las sierras, y cuya semilla es *"como una porretilla"* que los cochinos buscaban bajo tierra en el verano cuando no tenían otra comida. En efecto, tanto en fincas grandes como pequeñas, se les echaba de comer lo menos posible, y a veces llegaban a pasar verdadera hambre, entre el final de la rastrojera y la época anterior a la montanera en que empezaban a *abrirlos*, comien-

do apenas la mentada *centenilla*. De ahí que *estar a centenilla* sea sinónimo de estar escualido.

Un antiguo zagal de Santa María, para referirse a los cochinos en el verano, decía: "*No tiene comparación con ahora, estaban como tablas, sólo tenían orejas*". Durante gran parte del verano, los cochinos vagaban por los barrancos y lugares frescos, huyendo del calor y a la busca de cualquier brizna de grama o algo de *centenilla* y, a veces, entretenidos sólo con una ración de grano que se les echaba junto a los barrancos, en ocasiones para acostúmbrales a acudir a él y poder recogerlos por la tarde. Esto era así ya que el porquero no estaba todo el día con los cochinos en el verano sino que a mediodía o bien los encerraba o los dejaba junto a algún sitio fresco hasta por la tarde. En grandes fincas por economía (que algunos llaman también miseria o avaricia) y en fincas pequeñas por necesidad, era bastante usual ver escenas de este tipo. Ello no quiere decir que no hubiese dueños, cuyos nombres señalaban las gentes, que tuviesen el ganado bien asistido.

En Pallares encontramos entre los pequeños propietarios una práctica que consistía en dejar los cochinos sueltos, *a pelota* y durante el día, de tal manera que campeaban por doquier buscando algo que comer, sobre todo las bellotas verdes que se cayesen. Hay que tener en cuenta que esto sucedía a final de verano, cuando se habían levantado las mieses y no quedaba nada en el campo, con lo cual los cochinos no podían menoscabar recursos importantes, toda vez que el pasto, comida de los rumiantes, no lo comen. Cuando ya empezaba a haber bellota madura, *curada*, se había de poner fin a esta permisividad.

El momento culminante del ciclo del cochino, el aprovechamiento y el tiempo paradigmático, era la montanera, en su múltiple acepción de tiempo de la bellota, de engorde con bellota y de cosecha de bellota. La montanera es lo que da sentido final a la importancia del cochino en Extremadura. En general, para Europa, ha sido la producción de los bosques de fagáceas, hacia el otoño-invierno, la que ha servido de pilar básico al mundo del cerdo. La imagen que automáticamente se viene a la cabeza al hablar de cochinos en Extremadura es la de las pjaras de cerdos ibéricos bajo las encinas en brumosos

días de noviembre a enero. La montanera simboliza y culmina la cultura del cerdo en Extremadura. En función de ella se manejaba la arboleda buscando la mayor producción posible de bellota, se talaban los árboles. El desmonte y laboreo también ayudaban, como hemos visto. Los momentos de cría, el número de cochinos y el ritmo y componentes de su alimentación eran también variables dependientes de ese cebo final. En fin, los procesos de trabajo en torno al cochino cobraban sentido por la montanera.

Como dijimos, aunque la presencia de otras especies, aprovechamientos y usos presentasen cierta discrecionalidad según las fincas y dueños, el aprovechamiento de la bellota por los cochinos era irrenunciable. Sería una excepción tremendamente llamativa una dehesa en la que los cochinos no aprovecharan la bellota, la negación de la dehesa. Otra cosa eran las maneras en que se accediera a ello. Como vimos, las fórmulas eran el aprovechamiento por los cochinos de la propia finca, la reposición y el arrendamiento del encinar en montanera. Sobre este último aspecto hay que destacar una cuestión importante, la del precio del arrendamiento, que tenía como base la tasación y el aforo. En efecto, la valoración no se podía hacer por la extensión del terreno o el número de encinas, sino por la cantidad y calidad de la bellota que ese año hubiera. Los acuerdos se formalizaban cuando ya era posible ponderar, dentro ciertos límites de incertidumbre, la cosecha de ese año, por eso era hacia la feria de San Miguel, a finales de septiembre o primeros de octubre, cuando se hacían los tratos, como tantos otros que tenían lugar en ese momento del ciclo festivo y agrario.

Para aforar la bellota, gente conocedora del asunto, los propios compradores o personas de confianza por ellos enviadas iban a la dehesa en cuestión a ver la montanera, que en este contexto refiere a cosecha de bellotas en los árboles. El reconocimiento podía ser más exhaustivo o menos. Evidentemente en grandes fincas no se podía recorrer palmo a palmo todo el terreno, sino que se escogían ciertos lugares representativos, pues verlo en un solo lugar podría llevar a engaño ya que ni la arboleda ni su producción son las mismas en

todos sitios. Es por ello que el refrán diga: "*Si vas a ver una montanera, no vayas por camino ni por carretera*", porque, como vimos, la mayor producción junto a éstos induciría a engaño al estar más sanos y tener mejor producción los árboles al lado de los caminos por efecto del polvo que levanta el tránsito por ellos.

Pero pasemos ya al aprovechamiento por el ganado. Los cochinos empezaban a aprovechar primero la bellota *melosa*, aquella que primero cae al suelo y que, aunque a veces por fuera parezca *curada*, aún no lo está. En el caso del quejigo, la primera bellota caía hacia mediados de septiembre y luego se iban sucediendo la del alcornoque, hacia San Miguel, y la de la encina, en octubre. Entonces, los cochinos iban *corriqueando* toda la finca, de una encina a otra buscando algún fruto. Como vimos, en Pallares era casi una costumbre de los pequeños propietarios *darle la peseta* a los guarros, es decir dejarlos sueltos para que campearan por los encinares vecinos. La expresión tendría su raíz en la antropomorfización del comportamiento del animal, como si se les diese una pequeña cantidad de dinero y se les dejase que hiciesen con ella lo que quisieran, pero teniéndoselas que arreglar como pudiesen. Así nos lo cuentan los dueños de una pequeña finca: "*En septiembre se les daba la peseta, y andaban sueltos hasta los Tosantos, buscando la bellota que se caía. No te decían nada pero, cuando llegaba Tosantos, que no vieran un guarro suelto...*"

En los encinares, la montanera como tal, el aprovechamiento de las parvas por los cochinos y en piaras, empezaba en *Tosantos* y se prolongaba dos, tres o cuatro meses, dependiendo de cómo viniera el año. Donde había quejigos y alcornoces, la duración era mayor y había que procurar que los guarros se comiesen la bellota de quejigo y alcornoque, de menor calidad, antes de entrar a aprovechar la de encina, porque de lo contrario ya no se la comerían, pues el guarro gordo *sólo quiere lo bueno*. Los cochinos entraban con unas seis o siete arrobas y podían salir con unas once o doce. Como referimos páginas atrás, el cochino era el que mayor eficiencia mostraba en convertir en carne los hidratos de carbono de la bellota, pero para ello había de tratarse de un animal que ya hubiese completado su ciclo de

crecimiento y no tuvieran problemas con la carencia de proteínas de la bellota. Sus necesidades proteínicas las solventarías con un pequeño complemento de hierba que, además, le servía para *refrescarse la boca*.

Los rumiantes sí necesitarían un aporte importante de hierba o ramón para completar su dieta, además de no tener esa capacidad de transformación de la bellota. Se procuraba que ovejas, cabras y vacas comiesen la menor cantidad de bellota posible, por lo que se les llevaba a los lugares donde hubiese menos, se hubiese cogido por las cuadrillas o la hubieran aprovechado ya los cochinos. En cierta manera, había una prelación a la hora de salir el ganado por la mañana. Así, los cochinos salían los primeros, de madrugada y daban la *corricá* por toda la finca o por gran parte de ella, comiendo la bellota que hubiera caído durante la noche. A continuación podían entrar otros animales. Ello no obstante, podían existir algunos problemas, aunque más bien anecdóticos, por lo que hemos podido constatar. Un pastor de Pallares refiere uno de estos casos:

"La bellota se le reservaba más para los guarros, pero las ovejas también la comían y teníamos algunas peleillas con los pastores de la misma finca. Nosotros teníamos ovejas nuestras y mi hermano llevaba un tanto por ciento en los borregos, así que nos interesaba que las ovejas comieran. Por eso, si había hecho aire la noche antes, caían bellotas y sacábamos las ovejas más temprano. Los porqueros lo que hacían era que tenían que salir más temprano todavía".

Pero no sólo se limitaba el acceso a la bellota de los rumiantes y, así, como vimos, se procuraba que las cochinas de cría comieran lo menos posible la bellota, por los problemas de *jumillo* que acarrea a los lechones si estaban criando y porque no convenía que engordasen. El ganado de vida, los otros cochinos que entrarían en la montañera siguiente, lo que aprovechaban eran los retales, los restos de las parvas que iban dejando los guarros gordos. En efecto, estos cochinos no habían completado su ciclo de crecimiento, por lo que no podrían

aprovechar bien la bellota. Además, al tener gran movilidad podrían quemar sin problemas el exceso de hidratos de carbono que aportaba el fruto de las quercíneas (Montoya, 1989:125)

Los guarros gordos se repartían en varias *varas* o *piaras* de unos veinte o veinticinco cochinos, custodiados por dos hombres, los *gorderos*. Lo que se pretendía con ello era que los cerdos aprovecharan mejor el fruto, ya que es un ganado muy delicado, necesita estar tranquilo y centrado para que coma bien la bellota y no la parta o retace sin comérsela, estropeando mucha. También es bueno que se le haga acostarse. Los *gorderos* se ocupaban de eso y de irles vareando las encinas, sobre todo al principio de la montanera. Cuando la bellota aún no había caído al suelo en cantidad, la tarea fundamental de los *gorderos* consistía en varearla, buscando sobre todo las encinas que tuvieran el fruto más adelantado. A veces no se trataba estrictamente de varear sino de "*llamarles para que comieran*". El porquero buscaba las encinas donde hubiera bellota para comer, daba algún golpe al árbol y llamaba a los cochinos, que acudían.

Por la mañana daban la *corricá*, como hemos dicho, llevándolos en primer lugar a las lindes y a los alrededores de las majadas de las ovejas y cabras. Uno de los *gorderos* podía quedarse en el *zahurdón* barriendo. Luego empezaban a varearles las encinas con la vara y el *trangallo*, que no era otra cosa que una cuerda o tira de cuero que a su vez sujetaba a un palo o vara más corta, todo lo cual se añadía cuando conviniera a la larga vara del *gordero* para poder llegar a las partes más altas de la encina, adaptándose a la forma de las copas. El vareo se hacía a principios de montanera y cesaba cuando ya toda la bellota, por su propia maduración, hubiera caído al suelo. A mediodía los encerraban en la majada y los volvían a sacar por la tarde. Al principio de la montanera convenía llevarlos a los lugares más montuosos o alejados, a los que difícilmente irían cuando ya estuvieran gordos y torpes, y varearles las encinas hasta apurarlas. Lo mismo sucedía con los sembrados cuando no se cogía la bellota en ellos. Si el suelo no estaba mojado, el cochino entraba en ellos hasta la Pura, el 8 de diciembre.

Cuando ya estaban gordos y torpes, o cuando se acababa la bellota que había en el suelo, los cochinos se recogían en un corral o majada, o bien se quedaban alrededor del cortijo y se les echaba, en comederos o en el suelo, la bellota que se había recogido. Era bastante la que se le echaba cada día, en algunos sitios "a hartura", o sea, toda la que quisieran. En ciertos casos, sobre todo en fincas pequeñas, se les machacaba alguna bellota a los lechones. Comiendo la bellota recogida podían estar hasta un mes y luego se vendían. Si bien la duración de la montanera era variable, y con ella la fecha de salida del cochino de la finca, ésta solía ser alrededor de mediados de enero.

La montanera no terminaba con la venta de los guarros gordos. Los *retales*, es decir, la bellota que quedaba tras el paso de éstos, y la bellota más tardía, por ejemplo la segunda cosecha del alcornoque, la aprovechaban cochinos más atrasados o los lechones, que se engordarían la montanera siguiente. Hay que tener en cuenta que el guarro gordo es sumamente delicado y, por ejemplo, una vez prueba la bellota buena, la de la encina, no quiere la otra, que sí aprovechan los que van detrás.

Este sería el ciclo ideal del cochino, pero algunas contingencias como las enfermedades podían truncarlo. Pasemos, por tanto, a ver las principales patologías de los guarros. La peste porcina africana supuso el mayor descalabro de la ganadería porcina en estas tierras. Ante este mal no había remedio alguno una vez que se manifestaba y los cochinos habían de ser sacrificados. Pero esta epizootia, procedente de las colonias africanas de Portugal, no apareció hasta finales de los años cincuenta, por lo cual el mundo del cochino no se vio afectado apenas en la década que nos ocupa. Las dos enfermedades más temidas en aquel tiempo eran la peste clásica y el mal rojo. Ambas presentaban características similares pues eran contagiosas y causaban gran mortandad, pero se podían curar en algunos casos en que no estuviese muy avanzado el mal, pues existían fármacos inyectables. No obstante, los ganaderos recuerdan lo traumático que era ir al corral y encontrar alguna vez muy enfermas o muertas pjaras enteras que el día anterior parecían sanas.

La pulmonía era una patología muy frecuente en cochinos y era debida a enfriamientos. Para evitarla se procuraba que las cochinas no entraran a las cochineras con las crías cuando estaban mojadas, cosa que era más fácil de hacer cuando se contaba con un *enjugaero* de los descritos. Otra enfermedad muy frecuente era el citado *jumillo*. Como medio de contrarrestarlo, al igual que sucedía con cualquier otra diarrea, se le solía dar de comer cebada. Para evitar enfermedades y que la cría fuera más sana ya vimos cómo en las camas de las cochinas se solía echar tierra o ceniza, siendo ésta última especialmente indicada precisamente cuando había problemas de *jumillo*. La tierra y la ceniza eran mejor cama que el simple suelo de baldosas, que es más frío.

COMERCIALIZACIÓN Y DESTINO DE LOS PRODUCTOS

En todas las fincas se dejaban cochinos para la matanza. En las pequeñas porque los productos del cerdo eran una parte importantísima de la dieta y el principal aporte de proteínas animales. Como también quedó dicho, en las fincas grandes se hacía tanto para el consumo de los dueños, sobre todo de los productos más conspicuos, como para tener una parte de la retribución en especie de los empleados, ya fueran los *cundíos* o ya fueran las comidas que se daban en algunas explotaciones a ciertos trabajadores. La matanza se solía hacer entre diciembre y enero, cuando más frío hiciera, con el fin eludir la presencia de insectos y también para que los embutidos se curaran bien, pues el calor perjudica el proceso. Como vimos, en algunos casos también se mataba hacia noviembre el *torznero*, no tanto para embutidos sino para tener ya algo de carne y tocino fresco, por ejemplo para las *meriendas*, es decir, la comida fiambre que se echaba cuando no se volvía a casa o al cortijo a comer.

Por lo que respecta a la cría que las fincas hacían a finales de invierno y principios de primavera, a los guarros *atravesaos*, éstos se vendían para fuera. Así, de la Puebla del Maestre, pueblo campesino de la zona por excelencia, eran asiduos visitantes los referidos *guarros* o compradores de lechones para cría, fundamentalmente de

la Zarza de Alange, que iban con sus blusones negros, sus bestias y sus banastas, o jaulas para transportar las crías que compraban, tanto los guarros *atravesaos* como los que sobraban para las posibilidades de las fincas. También los compraban tratantes de pueblos cercanos. Algún que otro lechón se podía vender también cuando llegaban las fiestas de los pueblos, como ya vimos. Las fincas grandes, que movían cantidades considerables de cochinos, los vendían también a negociantes de lugares más alejados, de Córdoba incluso. Otra salida que tenían algunas de las crías de invierno-primavera era dejar hembras para renuevo si era necesario. Aunque no era demasiado importante en cuanto a volumen de ventas, sí se constatan algunas ventas de cochinos de vida para la bellota por San Miguel, por la feria de Llerena y, sobre todo, de Zafra, el mercado de ganado más importante de la zona, todas las cuales eran a finales de septiembre. A estos se les llamaba *cochinos de feria*, que se llevaban hasta las dos o tres arrobas. En algún caso se apartaba alguna partida para ello o simplemente se daba salida a algunos cerdos que sobrasen, sobre todo en grandes fincas. Pero la venta más importante, la venta por excelencia era la de los guarros gordos, de montanera. Los de las grandes fincas eran los que solían venderse a lugares más distantes, a través de corredores y tratantes que los llevaban al matadero de Mérida o a mataderos de la sierra de Huelva principalmente. Los tratos solían hacerse incluso antes de la montanera, por ejemplo en la feria de Zafra, y se fijaba la fecha en que habrían de ser pesados los cochinos, por ejemplo, para el 20 enero. En algunos casos, alguna partida se vendía a carniceros de pueblos relativamente cercanos, de los Llanos de Llerena o la Tierra de Barros, que sacrificaban una cantidad relativamente importante de cerdos. El precio por arroba variaba según el peso y, así, si pasaban de las catorce arrobas, por ejemplo, cada arroba se pagaba algo más que la arroba de los cochinos inferiores a ese peso. A medida que disminuía el tamaño de las fincas, menor solía ser la distancia del lugar a que se vendía y el tipo de comprador. Así, los pequeños ganaderos vendían a carniceros de sus pueblos o los alrededores, a particulares para la matanza o a algún corredor que conseguía juntar una partida

comprando aquí un par de cerdos y allá otros. Un informante nos cuenta: *"Es casi mejor la hembra que el macho, en calidad y también en cantidad. Por eso, si comprabas una matanza para tí buscabas una hembra capada en leche"*, es decir, no una tetona o cochina de cría castrada después de varios partos, sino una capada con poca edad para engorde.

Los cerdos que iban a lugares lejanos se transportaban en camiones, pero cuando se trataba de los alrededores, algunos cochinos se llevaban a pié, *harreaos*, incluso a distancias de más de cincuenta kilómetros a veces, al igual que sucedía con los que se llevaban a la feria de Zafra o a los espigaderos de las campiñas.

Una cuestión interesante era el pesaje de los guarros, el momento de celebrar el peso, pues era un acontecimiento importante que se ritualizaba en muchos casos. En primer lugar suponía la coronación exitosa del ciclo del cerdo y la entrada de unos ingresos considerables para la finca. Además, era una tarea que necesariamente requería de la colaboración de personas que no estaban dedicadas a los cochinos, porque habían de cogerse en peso y subir a la romana animales de hasta 14 arrobas, es decir más de 150 Kg. En el caso de fincas pequeñas se echaba mano de familiares, amigos o vecinos. A veces no sólo por la necesidad técnica de ayuda, que también, sino porque se convertía el peso en un acontecimiento social, como vamos a decir. En las fincas grandes, aparte los porqueros, mayoresales y zagales, ayudaban los otros empleados. A veces, tanto en fincas pequeñas como grandes se podía buscar a alguien a jornal, pero no era lo habitual. Los amos también invitaban a veces a sus amigos a la celebración.

No quiere decirse que en todas las fincas se celebrase el peso de la misma manera. De la simple copa de aguardiente y alguna que otra perrunilla a la buena caldereta con abundante vino y borrachera media una amplia variedad de formas de celebrar este evento. En algunas fincas apenas se celebraba, por ejemplo donde sólo eran algunos cochinos los que se vendía. Grandes propietarios había que eran bastante tacaños y no se prodigaban en fasto alguno cuando llegaba el peso, pero también eran criticados por ello.

Los campesinos modestos podían ser ayudados por amigos y vecinos, linderos, en la tarea, con los cuales no mediaba ninguna obligación laboral ni salarial. Si los que ayudaban en las grandes fincas eran asalariados y durante el tiempo que estaban ayudando en el peso no hacían el trabajo habitual por el que se les pagaba, el compromiso del dueño para con ellos, aunque existiese, era menor que en las medianas explotaciones, en que había que llamar a un cierto número de personas que no tenían obligación laboral alguna, y había de agradecerse de algún modo su ayuda. Los que un día recababan ayuda serían dadores de la misma cuando tocase pesar los guarros de uno de sus iguales. En esta economía moral de intercambio de trabajo se insertaba el don y el ágape, la comunión, la comida en común que tanto ahonda en sociabilidad y estrechamiento de lazos en la comunidad local. En el caso de las grandes fincas, más que de una economía moral, que exige igualdad y reciprocidad, se trataba de una forma de establecimiento de lazos verticales de sociabilidad entre los *señoritos* y los empleados. Se trataba de uno de los pocos momentos, yo diría que el único en el ciclo anual pautado, en que los amos y los trabajadores compartían comida y bebida, participaban en "hermandad" de un momento de diversión y disfrute, con ocasión de un trabajo desde luego. El peso era la expresión magnificente del poderío de los dueños, de la consecución de unos ingresos notables. Se celebraba la culminación de un largo proceso, de una empresa en la que, en la lógica de la integración vertical, habían participado todos. Otra cosa era que los beneficios de esa tarea se repartieran entre los que la habían hecho posible. Aquí el reparto era sólo ritual, comida y bebida, ocasión de identificación con los intereses de la finca, de la casa.

Para finalizar este apartado hay que consignar que los cochinos no generaban apenas subproductos de interés. Su excremento servía de abono al suelo pero, al no ser un estiércol de calidad, el que se generaba en las majadas y *zahurdones* no se esparcía por la dehesa. A veces, quienes no disponían de un estiércol mejor, usaban algo de éste para los huertos, pero eran pocos los que lo hacían. Las únicas cualidades de las que nos han dado noticia son los beneficios de su

uso en el cultivo de la cebolla y el ser un buen medio de curar la madera que se utilizaba para hacer cazuelas y algunos otros útiles y enseres, como las cangallas. La explicación que se da es que, al ser muy fuerte este estiércol, mata las posibles larvas que puedan dañar la madera.

9. LA OVEJA

LA PRESENCIA DE LA OVEJA EN LA DEHESA, ECOLOGÍA Y ECONOMÍA

La oveja ha estado históricamente ligada a la dehesa y, en parte, la importancia que los pastos de las dehesas tenían para el ganado ovino de la Mesta hizo que durante siglos se conservara este agroecosistema. Este ganado tenía un papel crucial para las fincas por su función fertilizadora del suelo, a través de la técnica del majadeo o *majadaleo*. Pero, además, en torno a esta técnica se desarrolló un complejo cultural interesantísimo desde el punto de vista antropológico, una forma de vida muy distinta de las otras que se daban en las fincas: la de los pastores que vivían en los chozos.

La oveja es el animal de mayor presencia en el Mediterráneo, por ser el que mejor se adapta al aprovechamiento de sus pastizales. Su condición andariega hace que la oveja sea el mejor medio para hacer uso del pasto mediterráneo, corto y disperso. Las características de su hocico y dientes le permiten aprovecharlo a ras de suelo, cortándolo a menos de un centímetro de altura. Igualmente se puede permitir el pastoreo en zonas de pendiente, por su envergadura y las características de sus patas (Montoya 1983:75). Al ser rumiante puede digerir sin problemas la hierba cuando se agosta en la prolongada estación seca de este dominio climático. Su capacidad de andar ha sido un factor tremendamente importante a lo largo de la historia para permitir articular el uso de los diversos espacios ecológicos a que dan lugar los

contrastes geográficos mediterráneos. En efecto, el nomadismo y la trashumancia han sido formas de aprovechamiento, modos de vida e hitos culturales de nuestro entorno. A través de ellos, europeos, africanos y asiáticos en torno a este mar han salvado las limitaciones del agotamiento de hierbas en unas zonas mediante el traslado a otras, han llevado sus rebaños desde las áreas frías y de montaña, que sufren el parón invernal de la vegetación, a tierras más cálidas de las zonas bajas, o se han trasladado con sus animales en busca de los escasos y preciadísimos lugares donde hay agua en la estación seca (Braudel, 1986; Davis, 1983).

Aunque son recurrentes las referencias al enfrentamiento entre pastores y agricultores a lo largo de la historia, (más bien a disputas entre nómadas y sedentarios, trashumantes y estantes), la oveja es la especie animal que más se aviene al acoplamiento con las prácticas agrarias pues, además de poder aprovechar los agostaderos y las tierras que queden en descanso de los cultivos, ha sido el fertilizador natural por excelencia de las tierras de labor.

Estas características y la diversidad de productos que la oveja ha ofrecido fueron la base económica de muchos pueblos y dio a la oveja un lugar privilegiado en sus culturas y así, junto a la vid, el olivo y el trigo, la oveja, o más concretamente el cordero, son elementos fuertes en el simbolismo mediterráneo, animales emblemáticos y especialmente aptos para el sacrificio en las tres grandes religiones monoteístas. En el caso de España, no vamos a insistir en la importancia de la oveja a lo largo de su historia, en la tradición ganadera bereber, en las disputas entre cristianos y musulmanes por tierras de pastos, en la importancia de la oveja y la lana como motor de la economía castellana y base de su expansión, o en el papel crucial de la Mesta en España y, más concretamente, en Extremadura (Barrientos, 1994). Todo ello no sería explicable si no lo refiriésemos a las características del ovino y a las condiciones ecológicas del medio.

En nuestra zona de estudio la oveja atendía a las consideraciones ecológicas hasta ahora expuestas, pero a todo ello hay que unir un asunto crucial en el caso de la dehesa, como es la complementarie-

dad del ovino con el cultivo. La oveja tenía un papel fundamental en la fertilización de las hojas de cultivo y, como se ha apuntado, aprovechaba mejor que ningún otro animal las rastrojeras. El hecho de que estuviera presente o no en las distintas fincas de la zona respondía, por lo general, no a su capacidad de utilizar los recursos, sino a la presencia de otras especies que resultasen más interesantes por razones de carácter económico, de estructura de la propiedad, de tipo de explotación, como veremos. Sólo en el caso de las zonas de mucho matorral tendría la oveja problemas.

Desde el punto de vista económico, la oveja es un animal que se regenera con rapidez, con un periodo de preñez corto y que puede llegar, como sucede hoy, a tener tres partos en dos años. Además tiene gran capacidad de reproducción porque puede parir a los 18 meses. De esta forma son pocos los animales improductivos, en espera para renuevo. Todo ello hace que los rebaños, ante circunstancias de diverso tipo, se recuperen o se conformen con cierta rapidez (Montoya, 1983:75). El ser animales medianos hace que la pérdida de alguna cabeza no sea tan traumática económicamente como la de una vaca, por ejemplo. El tener muchos animales de tamaño medio en lugar de pocos de gran envergadura hace que se diversifiquen los riesgos, además de permitir la más pronta recuperación de la cabaña. Si a ello le unimos que su capacidad para los desplazamientos le permite responder a las variaciones de un medio tan cambiante como el nuestro y aprovechar recursos situados en lugares diferentes, en agroecosistemas diversos, vemos que es un animal que da bastante flexibilidad. En cuanto a su producción, además de los corderos suministra lana, muy cotizada antaño, pieles y el preciado estiércol para la fertilización, tan valorado que se dice que *"la oveja tiene un culo de oro, vale más que la oveja"*.

La economía de la oveja era, por lo que refiere al destino de los productos, bastante comercial. Corderos, lana y, en menor medida, pieles, reportaban ingresos significativos a las fincas. La inversión que requería su producción era menor que, por ejemplo, la del cochino pues no atravesaba una larga época de ausencia de comida y podía

comer, en mayor o menor medida, de lo que la finca proveía. La suplementación con grano era menor y basaba su dieta en los pastos naturales, los rastrojos y el ramón. Las fluctuaciones en la producción y en los precios eran menores que en los guarros también, aunque no se llegase en momentos punta a obtener los altos ingresos que éstos reportaban. No había un mercado tan movido como en los cerdos, prueba de ello es que los chalanes apenas tocaban el palo de la oveja. La menor prolificidad de la oveja y la menor dependencia de las montaneras y sus vecerías explican en gran medida todo esto.

Tampoco la inversión en infraestructuras era mucha. Es más, podría decirse que era el animal que menos requería de ellas ya que el rebaño se recogía de noche en un redil, una pequeña cerca hecha con una red de cuerdas. La cuerda, las estacas y la maza para clavar las estacas eran casi lo único que se requería para ofrecerle cobijo al ganado. En donde no se redileaba, cualquier pequeño corral servía. El grano que consumían, si era preciso, se guardaba en las dependencias de los cortijos. Lo mismo sucedía con la paja, aunque era frecuente hacer *niales* (nidadas, montones de paja cubiertos de monte para preservarla de la lluvia) para cuando se precisase esa ración en otoño. De requerir algún comedero para echar algún grano se trataba de panerones, pero muy pocos en número. Las viviendas de los pastores, los chozos, no era gasto alguno para los dueños, pues eran estos trabajadores quienes las construían y buscaban los materiales necesarios para ellas en el campo. Incluso los campanillos y correas eran propiedad de los pastores, así como la aguja para coser la red y el gancho para coger las ovejas.

El principal coste de producción del ovino era la mano de obra, pues la oveja requiere de mucha atención, en tareas diversas. No obstante, con las ovejas no se precisaban tantos empleados y con comeditos tan diferentes, como en el caso del cochino. En las grandes fincas había varios empleados dedicados exclusivamente a las ovejas: mayoresales, zagales y temporales. El mayoral, que es al que se reservaba también el nombre de pastor, era el responsable de las ovejas de cada manada. En explotaciones muy grandes, con varias manadas y en

distintas fincas, en las que había varios mayoresales, había un mayoral principal, que entendía de los asuntos del manejo global de la cabaña de ovejas y lo supervisaba. Dos zagales que trabajaron en explotaciones de este tipo nos ilustran las funciones de esos mayoresales:

"Si había algún problema con el ganado, a todas las majadas iba él, y si había alguna cosa, pues era él el que daba la cara, por ejemplo para echarle de comer al ganado, cuando había que decirle al amo que el ganado necesitaba comida; era el mayoral de todo el ganado, el que dejaba los borregos de renuevo y, si se ponía malo el ganado o había algún problema, venía él".

Aparte de eso, cada mayoral era el responsable de su manada y no había ninguna otra jerarquía entre mayoresales. Dentro de cada finca el mayoral organizaba el trabajo de los demás empleados que estaban con las ovejas, de los que estaban con él custodiando un rebaño y de los que estaban al cargo de otras partidas o atajos. Si había animales que se tuvieran que quedar en la majada, por ejemplo las ovejas que estuvieran pariendo, era él quien se quedaba y mandaba al zagal con el resto del ganado. Sobre todo en familias en que había varios hijos, el mayoral solía estar más suelto, más libre para cualquier cosa que hiciera falta: ir al pueblo a algún asunto, atender cualquier contingencia, etc.

Un número considerable de mayoresales eran a su vez hijos de mayoresales y habían empezado de zagales con sus padres. Otros empezaron también de temporales o zagales con algún pastor que no tuviera hijos en edad de trabajar o donde hiciese falta más mano de obra. Algunos de los pastores no eran naturales o no descendían de estos pueblos sino que, al tener el dueño con el que trabajaban alguna finca por esta zona, se habían venido a ella. Al correr de los años, unos se quedaron por aquí y otros volvieron a sus pueblos de origen o siguieron a otros lugares.

Como en los otros trabajos, los pastores se acomodaban de San Miguel a San Miguel, pero normalmente continuaban, duraban años, y alguno de ellos llegó a jubilarse en la misma finca en la que trabaja-

ban sus padres. No obstante, había cierta movilidad, motivada fundamentalmente por la lejanía de algunas fincas o, sobre todo, por la retribución que obtenían. Los pastores ganaban el sueldo, que solían cobrar mensualmente, y los *cundíos* de trigo, garbanzos, chacina, aceite, vinagre u otros. Conviene aclarar que no en todas las fincas se daban los mismos productos como *cundíos*, sino que dependía de los acuerdos. Eso sí, siempre había algún tipo de *cundío*. El trigo, normalmente una fanega al mes, o su equivalente en harina, se solía entregar en las panaderías a cambio de pan. Si se disponía de horno en el cortijo, podían ser las mismas mujeres de los pastores las que hiciesen el pan. Más que entregar una cantidad determinada de garbanzos, lo que solían hacer los dueños era sembrarles esa cantidad, normalmente una cuartilla, debiendo los pastores encargarse del resto del proceso de laboreo y recogida. En algunos casos, y ya al final de la década sobre todo, sí se entregaba un número dado de kilos. A veces, se permitía al pastor coger la leña que necesitara, pero otras debía pagar la superficie que le *rayasen*. Los pastores también aprovechaban la carne de las ovejas que morían y que no eran un peligro para el consumo. Otra retribución menor eran los rabos cuando se desrababa.

Un aspecto importantísimo de la economía de los pastores eran las escusas, o animales que se les permitía alimentar de la finca. En efecto, la inmensa mayoría de los pastores tenía un número variable de ovejas de su propiedad, en algunos casos hasta sesenta. A estas ovejas se les llamaba la piara, mientras que a las del dueño se les llamaba la manada. De la piara obtenían ingresos tanto por los borregos que criaran como por la lana y, en su caso, por las pieles aquellas que se morían. Cuando no se permitían escusas, el pastor llevaba un tanto por ciento, a veces el 6%, sobre los borregos que se vendiesen. En un caso hemos constatado cómo un pastor que no disponía en ese momento de las ovejas que le admitían como escusas, se las cogió a medias a un ganadero y las tuvo en la finca hasta que de ellas fue dejando borregas y formó su piara.

Las escusas y el porcentaje en los borregos no eran sólo un elemento importante para la economía de los pastores, sino que también

tenían interés para los dueños, puesto que hacían que el pastor se implicase más en el cuidado de todo el ganado, como nos cuenta un pastor: *"Te levantabas de noche a la red, te matabas, pero no por el señorito, sino por lo tuyo, porque allí estaba tu capital"*.

Además de ovejas, las fincas solían admitir algunas cabras, para el gasto de leche de los pastores, de las que obtenían también chivos, pieles y queso. Ciertas explotaciones permitían a los pastores tener un cochino, o les hacían un pago en arrobas de carne, como vimos, por ejemplo nueve arrobas, y si pesaban más, habían de pagar el peso excedente. Como era poco frecuente que el cochino entrara en el trato, algunos pastores lo tenían aún sabiendo que no debían; y algunos recurrían a la picaresca para criarlo: *"No nos permitían ningún guarro y tuvimos que hacerle un chozo y una pila de taramas alrededor tapándolo, para que se creyesen que eran para el gasto nuestro de la candela."* Como apuntamos más arriba, los pastores solían tener también un burro, que en ocasiones era de la finca, y todos tenían gallinas que, si bien su alimentación corría de su cuenta, en gran medida comían también del campo, sobre todo en la época de la bellota. Las aves eran para el autoconsumo y también para la venta, sobre todo los huevos.

Los ciclos de vida y trabajo de los pastores se comprenden mejor vistos desde la perspectiva de los grupos domésticos. Los pastores, respecto a los jornaleros, tenían la ventaja de estar empleados todo el año pero, además, podían emplear en las fincas a parte o a todos los hijos varones. En efecto, los pastores tenían por zagales a sus hijos, si estos tenían edad para trabajar, y si eran varios y había mucho ganado tenían la posibilidad de que estuvieran también con ovejas o se empleasen en otras tareas de la finca. De esta forma, aquellos que tenían bastantes hijos procuraban acomodarse en fincas grandes, donde hubiese mucho ganado, o al menos se requiriese bastante mano de obra en las diversas actividades. Dentro de la lógica del grupo doméstico estaba establecido que cuando había varios hijos empezasen los mayores de zagales y luego, al ser sus hermanos mayores y estar en disposición de trabajar, los de más edad dejasen el pues-

to a los que les seguían y se ocupasen ya de alguna manada en la finca o en otras fincas del mismo dueño, o saliesen de la finca, bien con ovejas o a realizar otro tipo de trabajo. Es por eso que un pastor nos dice: "*Yo estuve siempre con mi padre hasta que mis hermanos me echaron fuera*". Otra ocasión de hacerse cargo de alguna manada, con el mismo dueño o con otro, era el matrimonio. Al casarse, los hijos recibían de los padres algunas ovejas para que fueran formando su piara y, en algunas ocasiones, se independizaban.

Las hijas ayudaban a las madres en las tareas domésticas y, al igual que las de los otros empleados de la finca, iban a jornal con ocasión de la arranca o la cogida de la bellota y la aceituna. Las mujeres de los pastores se ocupaban de la casa, del chozo, y también trabajaban a jornal cuando no tenían que cuidar a los hijos. Cuando tenían hijas mayores, eran éstas preferentemente las que iban a jornal. Unas y otras ayudaban a veces a los hombres a recoger el ganado, y cuidaban de las gallinas, el cochino o las cabras cuando se quedaban junto al chozo y, a veces, las pastoreaban. Igualmente eran las que se encargaban de hacer el queso. A hacer la compra al pueblo iban las mujeres si no estaba muy lejos, al igual que por el agua. Las mujeres o los hijos pequeños eran los encargados de llevar a veces la comida a los pastores cuando no volvían a mediodía, pero esto no era siempre, pues solían comer *de sequillo* en el campo.

Aunque a veces vivían en el chozo los padres del pastor o de su mujer, no era esto lo frecuente, sino que más bien estaban en el pueblo y tenían abierta la casa, en la que solían pasar las mujeres el verano, sobre todo en las fincas en que los hombres salían de agostadero a las campiñas.

Los zagales, como hemos visto, solían ser los hijos de los pastores, o algún familiar también. Cuando el pastor no tenía hijos o estaba empleado con algún rebaño y se precisaba un zagal, se solía buscar a un muchacho, desde los catorce o quince años, que se quedaba en el chozo de *alreor* (alrededor), el que se desplazaba siguiendo la red, y comía con la familia del pastor. Otras veces, aunque menos, eran hombres mayores solteros y también podía haber hombres casados,

con sus familias, pero esto sucedía pocas veces. Los muchachos no solían durar mucho en el mismo sitio como zagales y con el tiempo terminaban de ganaderos o volvían al pueblo a trabajar como jornaleros.

La función del zagal era salir al campo con el pastor a custodiar el rebaño, o conducirlo él sólo cuando el pastor había de quedarse en la majada o ir a algún sitio. Cuando se hacían atajos, el zagal se ocupaba de uno de ellos. En un caso del que tenemos noticia, cuando las ovejas se acarraban en el verano, el zagal seguía pastoreando las cabras a cambio de alguna compensación. La retribución del zagal era el sueldo y los *cundíos*, que el amo daba al mayoral para que le diese de comer. Escusas no solían tener aunque en varios casos sí se las admitían. Más corriente era que llevaran un tanto por ciento en los borregos.

El temporil, como hemos visto, se contrataba para la paridera y hasta que se vendían los borregos. Podía ser alguien de la finca o buscarse en el pueblo y normalmente se trataba de algún muchacho o zagalón. Se acostumbraba a asignarle el ganado horro o, en todo caso, el menos problemático, como las ovejas que ya tuviesen borregos grandes. Su retribución eran el jornal y los *cundíos* y, al igual que el zagal, se quedaba en el chozo de *alreór* y comía con el pastor de sus *cundíos*. El *camerero* tenía un perfil parecido al temporil, aunque a veces era un hombre mayor. Al decir de un mayoral, en la finca donde él estuvo muchos años *"El camerero era siempre un pelagatos. Le daban nada y menos y cambiaba mucho, casi todos los años había uno nuevo"*.

En las fincas pequeñas no existía esta diversidad de funciones que hemos descrito; a lo sumo había un pastor, sin zagal, normalmente un hombre soltero o sin hijos. Cuando no había pastor, de las ovejas se encargaba algún miembro de la familia, pues preferentemente había alguno que se dedicaba más a ellas o a los animales en general. Era frecuente tener mano de obra de baja calidad, un muchacho, casi un niño a veces, o un hombre viejo, que se encargase del poco ganado, a veces cabras y ovejas juntas. Los dueños, cuando no estaban muy ocupados en otras faenas, como la labranza, podía ayudar y llevar las tareas más

complicadas, como la paridera y el ahijamiento. En algunos casos se contrataba a alguien eventualmente, cuando se acumulaba trabajo y no se podía atender las ovejas. A veces, al igual que sucedía con los cochinos, los muchachos trabajaban sólo por la comida y paraban poco en la finca. Si no en chozos, los pastores y muchachos se quedaban en los cortijos, en alguna pequeña dependencia, a veces en la cocina.

Si todas estas características ecológicas y económicas hacen a la oveja interesante para cualquier tipo de explotación, hay otros factores que juegan en contra de su presencia en ciertas fincas. La oveja la encontramos en la práctica totalidad de las fincas grandes, aunque su número era mayor en aquéllas situadas en terrenos más afables y limpios de monte, como los de los alrededores de Pallares y la parte oriental de la zona de estudio, donde confluían una orografía suave, poco matorral y grandes propiedades. En las zonas más montañosas se defendía peor por lo quebrado del terreno, sobre todo cuando estaba criando al borrego. Allí proliferaba más el matorral y además topaba con la cabra, reina del montarral, y con la que entraba en competencia por los pastos ya que ambas prefieren los pastos cortos. La vaca, aunque también es propia de terrenos parecidos a los de la oveja, suponía menos competencia ya que gusta de hierbas más altas y bastas y además la oveja repela o *ateza* más, es decir, apura más el pasto, es capaz de comer el pasto más ralo, hasta dejar casi pelada la superficie y por tanto puede ir tras la vaca y apurar el pasto o hierba que ésta va dejando.

A diferencia de lo que ocurría con los otros animales, la oveja comportaba problemas en cuanto al aprovechamiento de los pastos por animales que fueran detrás pastando. Es decir, según los ganaderos de la zona, un terreno en el que haya permanecido la oveja durante cierto tiempo es evitado por las vacas y cabras. Aquí se utiliza la expresión *guardar la linde* para referirse al hecho de que el ganado se queda justo en el límite del terreno en el que han estado pastando las ovejas, sin entrar en él a comer. Ello se debería, según los ganaderos, no tanto al hecho de que la oveja *ateza* o repela mucho la hierba o pasto, sino a que apesta el terreno, por el *chero* o mal olor.

En cuanto a las fincas pequeñas, no todas tenían ovejas. Hay que tener en cuenta que las explotaciones campesinas tenían más limitadas sus opciones sobre la elección de especies porque no solían disponer de tanta mano de como para especializar a sus miembros en las distintas tareas, como sucedía con los latifundios. Esto sólo era posible cuando funcionaban las economías de escala y el tener un gran número de cabezas de una especie compensaba el que hubiera alguien dedicado a ellas. Mientras que, por ejemplo, la opción por el cochino en los encinares era casi incuestionable por ser el animal que mayor y mejor rendimiento sacaba a este fruto, las hierbas las podían aprovechar las ovejas, las cabras y, mientras estuvieran verdes, los cochinos. A diferencia del cochino, si no se vendían los animales de borregos, solía suponer una carga para las fincas, pues se vendían con mucha más dificultad y a peor precio. El autoconsumo no era una salida deseable ya que la carne de cordero se consideraba un lujo y, frente al cochino por ejemplo, era bastante menos lo que se podía aprovechar. Además, mientras que del cochino se obtenían productos para el autoconsumo, como carne, chacina y embutidos, y la cabra daba leche para consumo directo o para queso, los productos de la oveja (borregos y lana) eran para el mercado, si exceptuamos la lana necesaria para los colchones cada cierto tiempo y la carne de algún animal que moría por algún accidente o enfermedad que no supusiera peligro para el consumo. También los dueños podían sacrificar algún borrego para dar una caldereta a la familia o amigos. La caldereta ha sido y es toda una institución en la comarca, una celebración y forma de sociabilidad en torno al plato más exquisito de la zona, la caldereta de borrego pero era un hecho excepcional. En cuanto a la leche, por el tipo de pastos de la zona, pobres en general, la raza de oveja predominante era la merina, de poca producción de leche, y menos aún en estas tierras. Por todo ello, la oveja no se ordeñaba, ni para leche ni para queso, pues la que diera habría de servir para criar al borrego. En las fincas pequeñas, donde no había ovejas, la fertilización del escaso terreno se podía hacer con el estiércol de las bestias o las cabras pero hay que tener en cuenta además que en muchos casos

era poco el cultivo en el propio predio, pues se tomaban tierras en aparcería en fincas grandes.

Estas cuestiones hay que tenerlas en cuenta ya que en las economías campesinas el autoconsumo y el uso y aprovechamiento múltiple de los recursos ha sido una estrategia capital. Todo ello no significa que en las explotaciones campesinas no hubiese ovejas, pues eran más aquellas que explotaban el ovino que las que no lo hacían, sino que la ausencia de esta especie en bastantes de ellas era explicable en parte por todo lo que acabamos de exponer. Muy indicativo también de la relación negativa entre pequeña producción y ovejas es el hecho de que los *piareros*, los ganaderos sin tierras, lo eran de cabras, raramente de ovejas. Para terminar con la cuestión de la presencia del ovino en la zona, hay que consignar que los ganaderos trashumantes, aquí conocidos con el nombre genérico de *sorianos*, no solían arrendar dehesas para sus ovejas por estos pueblos y sólo pastaban al pasar por una senda que, por la parte oriental, cruza de norte a sur la zona de estudio, desde la penillanura extremeña hacia el valle del Guadalquivir.

EL MANEJO DEL GANADO

Entremos en el manejo del ovino en la zona comenzando por el tipo de animales. Tanto en la oveja como en los otros animales de la dehesa sucedía lo que en otras zonas mediterráneas, que predominaban las razas de canales ligeras y con poca grasa. En efecto, la práctica totalidad de las ovejas era de raza merina, una oveja rústica y fuerte, pequeña y ágil, muy adaptada a las condiciones del terreno y el clima: *"Aquellas ovejas eran muy valientes, se metían en terrenos fragosos y arimadas a una albulaga criaban un borrego"*. Necesariamente habían de ser fuertes si tenemos en cuenta la orografía de la zona, la climatología extrema y el hecho de que el rebaño se quedaba de noche en el campo y al aire libre, arrojando fríos y temporales. Aunque con un índice de conversión del alimento relativamente bajo, tenía unas necesidades de comida relativamente bajas también y, además, daba una gran cantidad de lana: *"Al borrego, si lo abandonaba la*

madre y estaba un tiempo sin mamar, lo cogías, le daba un chupetón y salía adelante enseguída". La leche que producía era poca, la suficiente para criar al borrego. Por ello, la oveja merina no se ordeñaba en casi ninguna finca y en las que se hacía era durante pocos días tras el destete, haciendo con la leche algo de queso.

Dentro de la merina, los lugareños sólo distinguen de aquella época a las *"chiqueninas y renegrías"*, que eran la inmensa mayoría, de algunas más grandes y claras que había en ciertas fincas. En casi todos los rebaños, al menos en los grandes, solía haber alguna oveja basta, de mucha lana y muy apreciada para los colchones. Aún hoy en día, cuando alguien lleva tiempo sin pelarse se le dice *"tienes más lana que una oveja basta"*. Estas ovejas eran más bien de las piaras de los pastores, de las escusas. Algunos pastores sostienen que las ovejas bastas *"eran más valientes y andaban la sierra como las cabras"*, aunque se procuraba evitar la cruce de bastas y finas, de la cual salían ovejas casconas. Los nombres que se les daba a los animales a medida que iban creciendo eran: borrega, hasta que echaba los dientes; borra, tras echar los dientes y hasta parir; primala, tras el primer parto; cuatroña, al año siguiente; y oveja propiamente dicha a partir de ahí. En los machos, de borros pasaban a carneros.

Salvo algún caso aislado de una finca pequeña que alguna vez compró borregas y las vendió de borras, todas las fincas tenían ciclo completo. Eso sí, en algunas grandes explotaciones que constaban de varias fincas podía especializarse a alguna de ellas en cierto tipo de ganado. Por ejemplo, en una gran finca de Santa María sólo había ganado horro, es decir, unas ochocientas borregas y borras que se iban a dejar para renuevo de toda la cabaña ovina de su dueña, que tenía varios miles de ovejas en otras fincas de dehesa y campiña. En otra gran finca de Pallares lo que había eran borras y primalas, mientras que el resto del ganado estaba en otras fincas. Pero, por lo general, y aunque hubiera muchas ovejas y fincas, en cada una de ellas solía haber ciclo completo ya que, por ejemplo, la cría no precisaba de infraestructuras específicas, como sucedía en el caso de los cochinos.

Donde la cabaña ovina era considerable, ésta se repartía en distintas manadas a cargo de diferentes personas. El mayoral se ocupaba de las ovejas de cría, pero éstas a veces estaban divididas en dos manadas, estaban a *dos manos*, aunque era poco frecuente. Al cargo de las borras y borregas para renuevo podía haber una persona, y lo mismo sucedía con los borregos, borros y carneros. Por último, cuando nacían los borregos se iban haciendo distintos atajos o partidas, de unas 200 a 300 ovejas con sus borregos y, tras el destete, podían estar los borregos aparte si no se vendían al quitarles la teta. A medida que descendía la magnitud de las fincas y la cabaña, estas diferenciaciones iban desapareciendo hasta llegar a las fincas más pequeñas en que todo el ganado ovino estaba junto.

El número de ovejas por cada carnero era de entre 15 y 20, pero la proporción bajaba en las fincas pequeñas, en las que no era rentable mantener un animal que sólo tenía un uso puntual y para cubrir un número bajo de ovejas. Por eso, al igual que sucedía con los cochinos, los pequeños ganaderos recurrían frecuentemente al préstamo de sementales de los vecinos, grandes o pequeños propietarios, o de algún carnicero incluso. También era frecuente que fuera un borrego grande, antes de venderlo, el que pisara a las ovejas.

En las grandes fincas se renovaban los reproductores sistemáticamente cada cierto tiempo, a los 6 ó 7 años de vida normalmente, y todos los años se desviejaban algunos ejemplares. El criterio no era tanto la edad como el estado de la dentadura. El tipo de terreno influía en el desgaste del ganado, ya sea por lo quebrado o por la clase de suelo y, así, se comenta que algunos dueños que tenían ovejas en ciertas tierras arenosas habían de desviejarlas antes que a las que tenían en otras tierras porque, cuando el pasto o la hierba eran más malos, los dientes se desgastaban más con esa arena. Pero el ganado no se renovaba sólo por la edad y el desgaste, sino también porque no diese buen resultado en la cría o la cubrición, o por algún daño o enfermedad que padeciese. En las fincas más pequeñas era más probable que se tardara más en deshacerse del ganado viejo y se procuraba aguantar algo más.

El renuevo de la sangre con ejemplares de fuera de la manada, aunque se daba, se hacía en largos intervalos de tiempo y era sobre todo una práctica de las grandes fincas, que compraban o cambiaban borregas o borregos cada cierto tiempo. En las fincas pequeñas era menos habitual, pero hay que tener en cuenta el préstamo de sementales. *"Si comprábamos una oveja era vieja, porque no teníamos dinero"*, nos dicen unos pequeños propietarios de Pallares, que a veces compraban ovejas de esas en latifundios cercanos. Según un viejo pastor *"las ovejas viejas se vendían antes de que se secase la yerba, porque entonces se secaban ellas. Mientras haya yerba, está la oveja gorda, aunque no tenga diente"*. A la hora de seleccionar a las crías que habrían de sustituir al ganado viejo se dejaban los ejemplares mejores, por la lana y por el peso, y se tenía en cuenta si sus padres habían sido buenos también (*"de tal ayo, tal tallo"*), tanto por los partos y las crías que habían tenido como por la capacidad para cubrir, la propia constitución física, la carne que pusiesen, la cantidad y calidad de la lana, etc. Un criterio estético es que tuvieran la cabeza gorda y el pescuezo corto. Aunque en el caso de los machos fuese más difícil saber quién era el padre, los buenos pastores lo podían conocer por la pinta. Se eliminaban sistemáticamente las ovejas negras, por el menor precio de la lana, lo cual contribuía a que estéticamente se consideraran negativamente porque afeaban el rebaño. Por esa razón se descartaban incluso los machos que tuvieran una simple lista o raya negra en el cuerno, en la creencia de que podían engendrar borregos con pintas o lunares. Por razones estéticas algunos pastores también buscaban que tuvieran buenos cuernos, porque *"aumentaban más, y eran más bonitos"*. Los carneros habían de ser *"dobles, largos y con lana"* y se tenían en cuenta los testículos, por ejemplo, que no fueran *gallos*, es decir, que no los tuvieran metidos hacia adentro.

Pensando en la cantidad de lana, también se dejaban animales que tuvieran mucha goja, especie de repliegue de la piel que cuelga del cuello de algunos animales y que tiene mucha lana. Otro criterio seguido en algunas fincas era dejar borregas que fueran de collera, pensando en que a su vez pudieran parir colleras. La oveja merina

daba poca leche y, además, en aquella época apenas se le echaba de comer, por lo que les resultaba difícil a las madres sacar adelante dos borregos. Esta consideración de un pequeño campesino puede darnos una idea del hecho "*Si tenía dos crías, la oveja casi que no podía con ellas. Si nacía tardío le teníamos que matar el borrego, porque no iban a servir ni el borrego ni la madre*". Sin embargo, en las grandes manadas, en que siempre había ovejas a las que se les morían las crías, era bueno tener algunos borregos de más para que los criasen.

Vista la composición de la cabaña y el renuevo, pasemos a hablar de la reproducción. Las ovejas tenían un solo parto por año, hacia el otoño. Con ello se conseguía que cuando el borrego empezase a comer del campo hubiera hierba y se engordase en la primavera, que era cuando más comida había en la finca, ya que el borrego empezaba a comer hierba a los dos meses, más o menos. Por eso, se les echaba la simiente, es decir, se dejaba estar a los careros con las ovejas para su cubrición, desde mayo hasta octubre, en que empezaban a parir. La fecha emblemática para echar la simiente era el día de la Cruz, el 3 de mayo. La retirada de los sementales podía ser hacia San Miguel, el 29 de septiembre; pero ésta no era ya una fecha pautada, pues dependía de cuándo se preñasen las hembras y de los partos. Según el saber popular, la oveja puede entrar en celo un mes después de parir, y el celo dura un día o dos, cada veintidós días. Los celos eran tres, el más fuerte de los cuales era el de mayo. En julio tenían otro celo, conocido como navideño porque las ovejas que por esa fecha se cogían venían a parir por Navidad. El último celo, el tardío, era el de septiembre. Al decir de los pastores, no eran muchas las ovejas que se quedaban vacías, que no se preñaban. Un mayoral que estaba al cargo de 700 ovejas de vientre, calcula en unas 30 ó 40 las que no quedaban preñadas, salvo años malos, en que no había comida y sobrevenían muchos abortos.

En las fincas grandes, los careros se apartaban de las ovejas desde octubre a mayo, y estaban al cargo de un *camerero*, que podía ser un muchacho. Se procuraba también evitar que los careros finos cogie-

ran a las ovejas bastas, por lo que a la hora de echarles la simiente, se apartaban las bastas, echándolas con las cabras por ejemplo. En aquellas explotaciones que constaban de varias fincas se formaba una manada con todos los carneros. En ocasiones podían echarse también con las cabras o, si existía, tenerlos en alguna cerca. En las fincas pequeñas se recurría también a estas dos últimas prácticas e incluso alguna pequeña finca de Pallares echaba su carnero a un *piarero*, que llevaba una punta de cabras suyas por caminos y cañadas. Otra solución podía ser tener juntos los de varios linderos, un tiempo en cada una de las fincas, aunque esto no era muy usual. Era frecuente, eso sí, no tener siempre carnero, sino dejar que fuera un borrego grande el que cogiera a las ovejas, o pedir un macho prestado a otros ganaderos o a los carniceros que tuvieran algún borrego grande. Pero lo más frecuente en las fincas con pocas ovejas era *enmandilar* a los sementales, es decir se les ponía un mandil, hecho de una estera de goma o de una tela fuerte, tipo loneta, colocado delante de los genitales, de tal manera que no pudiese montar a la oveja, aunque a veces ocurría que los machos perdían los mandiles y las cubrían.

Ahora bien, en las fincas pequeñas, en las que no había muchas ovejas, no existía un control de parideras tan preciso como en las grandes y en muchas de ellas machos y hembras estaban juntos continuamente, por lo cual podía haber partos durante todo el año. Y es que en estos casos era demasiado el enredo que suponía llevar un control de parideras para las ventajas que de ello se iban a obtener, dada la marginalidad de los recursos que aprovechaban y el número de cabezas. Concentrar las parideras era más interesante cuanto mayor fuera la finca, cuando se pudiese contar con personal especializado en las distintas funciones y cuando al concentrar los partos resultase más conveniente para la venta. Así nos lo cuenta un campesino:

"Ya cuando tuvimos muchas ovejas sí buscábamos que parieran todas a la vez, porque si teníamos que vender cincuenta borregos, sí que se los llevaba todos juntos un comprador, pero para seis o siete los íbamos vendiendo a los carniceros".

Las ovejas solían parir un solo borrego y, salvo las borregas y borregos que se dejasen para renuevo, las crías se destinaban a la venta como corderos. La paridera empezaba en octubre y era la época de mayor trabajo. El ganado, salvo en pequeñas fincas en que se encerraba en algún corral o *tinaón* (tinado), pernoctaba dentro de un redil formado por una red de tomiza, de cuerda de esparto, y el pastor había de estar pendiente de día y de noche de las ovejas que estuvieran a punto de parir. En efecto, durante la noche se levantaba para ir a la red a sacar fuera a los borregos que hubiesen nacido y a sus madres:

"Cuando paría una oveja, había que sacarla de la red para que no la pisaran las otras. Como haya dos ovejas paridas juntas en la red, ya está el lío formado. Luego viene otra que va a parir y peor todavía, lame al borrego y quiere al hijo de la otra, se engorronea. Engorronearse quiere decir que, cuando tiene dolores de parto, ve berrear a un borreguino y le da un lametón. Sabe que no es el suyo, pero luego viene con los dolores cada vez más grandes, hasta que ya lo quiere a ese. Pare el suyo y el otro ya está respingando y la mama y todo y al suyo no lo quiere. Por eso el pastor tiene que estar siempre en la red. Que hay tres, pues las saca y las deja fuera y otra vez se acuesta. Era muy enredoso."

Las ovejas que habían parido de noche ya salían al campo con su borrego ese mismo día, aunque algunas más débiles podían quedarse en la red el primer día, junto a aquellas que se viera iban a parir inmediatamente. Pero muchas parían en el campo con la manada. En las fincas pequeñas se podían dejar en algún corral o cobertizo. Al día siguiente, si no había complicación, la oveja iba normalmente al campo, con su borrego. Para que las ovejas con los borregos pequeños no tuvieran que hacer grandes desplazamientos y dispusieran de comida en los alrededores, era frecuente hacer un guardado, reservar pastos, en la zona donde iba a hacerse la paridera.

Uno de los requisitos fundamentales de un pastor que se preciase de tal era conocer a cada oveja y cada cría, para poder ahijarlas, cues-

tión a veces difícil cuando se trataba de piaras grandes, por ejemplo de 700 ovejas de vientre con sus borregos. Algunas de las ovejas, incluso, tenían nombre. Aparte de los borregos que se extraviaban y de aquellos otros que podían quedarse sin comer porque otros más grandes y espabilados mamasen de las madres de otros pequeños, estaban también las ovejas que no querían a sus hijos, los borregos que al principio no eran capaces de tomar la teta de la oveja, etc. A los borregos que habían de ahijarse con otra oveja se les llamaba *mamantones*. Cuando se quería ahijar a una oveja con un borrego que no era el suyo porque éste hubiera muerto, se untaba al borrego con la piel del que había muerto o se le ponía la piel encima, amarrándolo junto a la nueva madre.

En manadas grandes, se iban haciendo atajos con las ovejas que iban pariendo y sus borregos, por lo que en muchos casos había que contratar a algún temporil, a una persona que se ocupase de alguna pira durante la paridera, lactancia y engorde de los borregos. Así, el atajo temprano era el que se formaba cuando ya había un número suficiente de ovejas paridas y borregos, mientras que en la manada quedaban las que aún no habían parido y las recién paridas, a cargo del mayoral.

El tiempo de la paridera coincidía con la mayor escasez de alimento en el campo para la oveja, pues la hierba era todavía pequeña y aún no había comenzado la tala. El pasto duraba hasta el otoño, porque se lo comía el ganado y también porque con el agua se empezaba a estropear. Además, con el suelo mojado el ganado no lo comía y lo que hacía muchas veces era estropearlo con el pisoteo, ensuciarlo con la tierra, *enterreguzarlo*.

La preferida de la oveja es la *yerba gorda* o *basta*, que tenga semilla, como la *lengua de vaca*, *cerraja*, *lechugueta* y, sobre todo, *carretón*, *margaza*, *uña de gato* o *cornejuelo*. La hierba de los majadales, aunque gorda, no la quería la oveja el primer año, dicen que por lo dulce, pero en otoño, cuando no había otra hierba y ya despuntaba la de los majadales, sí que la buscaban. En cualquier caso, una vez seca, comían la semilla.

Bien entrado el otoño y en invierno las ovejas salían al campo tarde, hacia las diez de la mañana, pues con la helada y el rocío la hierba podía causar problemas, de *cagalera* sobre todo. Por eso, las primeras hierbas que se aprovechaban por la mañana eran las más bañadas por el sol, las de las solanas. La explicación que dan los científicos es que durante la noche pululan por la hierba pequeños animales y microorganismos que pueden causar daño al ganado al comer la hierba.

La poquedad de pastos otoñal y la necesidad de las ovejas de producir leche para sus crías hacían que se las hubiera de ayudar con algo de alimento. Como vimos, el heno que se cosechaba era poco pero, de echársele, se le daba en otoño también, aunque éste solía ser preferentemente para las vacas allí donde las hubiera. Cuando había que suplementar al ganado con algún alimento, lo más frecuente era hacerlo con la paja procedente de los cultivos. La *paja blanca*, la del cereal, se le echaba preferentemente a las bestias, mientras que cabras, ovejas y vacas comían la paja del grano gordo, de las leguminosas. La paja se almacenaba en pajares o naves en los cortijos, pero en algunas fincas grandes se hacía con ella una *niá*, especie de almiar, cerca de los chozos y se le iba echando a partir del otoño. La preferida de la oveja era la paja de garbanzos, *algarrobos*, habas y *chicharos*. Por la mañana, antes de salir la oveja al campo era cuando se le solía echar "*para que no anduvieran todo el día inquietas esperando a que les echasen de comer por la tarde*". Ahora bien, al igual que sucedía con el grano, como veremos, si era posible no se le echaba de comer a todo el ganado, sino a aquel que lo necesitara y si, por ejemplo, había ovejas horras, no se les echaba si no era absolutamente imprescindible.

A la suplementación se recurría siempre en caso de necesidad, como hemos dicho, y el grano era el recurso último, cuando era casi inevitable para el ganado que más lo necesitase, como las ovejas que estuviesen criando, las que estuviesen más flojas, viejas o enfermas. Hay que tener en cuenta que, sobre todo en las pequeñas explotaciones, el grano era un recurso escaso ya que, además de alimento

para el ganado, era una posible fuente de ingresos monetarios. Eso no quiere decir que no hubiese ganaderos que se preocupasen más por tener bien alimentado al ganado y no esperasen a que la situación fuese crítica para darle de comer.

Volviendo al tema, al grano se recurría en otoño e invierno, cuando se hubiese acabado el pasto y aún no hubiese crecido la hierba, o cuando los años viniesen especialmente malos y no hubiera otra cosa. Normalmente, sólo las fincas de cierto tamaño compraban algún grano, porque tenían mayor disponibilidad de dinero. Ahora bien, la cosecha de grano en estas fincas era relativamente importante, entre lo que reportaba el cultivo directo y la senara de los colonos, y mucho mayor en los casos en que los dueños tenían fincas en las campiñas, de mayor producción agrícola.

Las ovejas no probaban el trigo y difícilmente la cebada. Este era grano de mucho valor que se destinaba a la venta o a ganado como el cochino o las bestias, que lo aprovechaban mejor, al menos en proporción a su valor. El pienso más recurrente para la oveja eran el *algarrobo*, las habas y la avena, normalmente ligados entre ellos o con paja. Este pienso se daba sobre todo durante la paridera, en raciones de como mucho un cuarto de kilo por cabeza y se le solía echar por la mañana en unos panerones de madera junto a la red o en el suelo. De la cebada se decía incluso que era mala para la oveja, porque se *zuraba*, es decir, le daba *cagalera*, con excremento acuoso. Sin embargo era empleada a veces. Las habas se consideraban un pienso muy bueno porque eran muy lecheras, daban mucha leche. Los *algarrobos* también eran una comida muy buena tanto para las ovejas como, si hacía falta, para los borregos. En algún caso se experimentó con algún otro tipo de grano, pero con resultados negativos, como nos cuenta un pastor: "*Un año le echamos chochos sin cocer, pero les entraban mareos y se daban porrazos*". Como un caso también excepcional nos encontramos con una finca mediana que metía las ovejas en una parte sembrada de cebada antes de que ésta granase y luego dejaba que siguiese creciendo.

Como ya dijimos, en la montanera se procuraba apartar a la oveja lo más posible de la bellota y reservarla para el cochino. Un campesino

no de Puebla del Maestre, que procuraba tener la oveja en terrenos que no fueran de dehesa hasta que pasara la montanera, nos da estas razones:

"Las traíamos a los agostaderos y entre eso y los eriazos de la Solana estaban hasta después de la montanera porque, si no, se ponían locas con la bellota, porque se ponen cansinas y no comen nada. Lo mismo cogían una bellota aquí que en el fin del mundo. Cuando hay mucha, que se hartan, se tranquilizan".

Sin embargo, alguna que otra bellota sí comían, aunque poca, salvo en fincas que excepcionalmente no tenían cochinos y no vendían la montanera o cosechaban la bellota.

Un recurso de cierta importancia para la alimentación de la oveja era el ramón de las talas. Aunque la oveja no tenía tanto aprecio por él como, por ejemplo, la cabra, y si tenía mucha comida no le hacía demasiado caso, cuando ésta era escasa o se le obligaba a ir al ramón, lo terminaba comiendo. Recordemos también que el frío era un acicate para que los rumiantes acudiesen en busca de las hojas de las quercíneas. Aparte del ciclo normal de la tala, en años malos se adelantaba la tala o se iba cayendo ramón al ganado para que fuera comiendo, evitando tener que recurrir a echarle otra comida de la que a veces no se disponía. Las fincas más pequeñas, sobre todo, iban talando muy poco a poco para que el ganado aprovecharse mejor el producto de la poda. Pero no sólo era el ramón de encina el que aprovechaban. Aunque los rumiantes no entraban en los olivares, por temor a destrozos de la arboleda, era muy frecuente, sobre todo en fincas pequeñas, que la oveja o la cabra aprovecharan el ramón de la tala de los olivos y para ello se les llevaba en bestias o en carros, si se disponía de ellos, y se les echaba dentro de la red. El ramón provenía de olivares propios en unos casos o de los de algún familiar o amigo al que se le pedían o, en mucha menor medida, se compraba. Esto era especialmente importante en la Puebla del Maestre, con grandes extensiones de olivar y pequeñas propiedades. Menos frecuente era que aprovecharan las varetas cuando se *chuponaban* los olivos, cuando se le quitaban los

chupones, porque era menor cantidad, con mucha madera y poca hoja. A pesar de la prevención a que entrasen en los olivares, hemos encontrado un par de casos en que las ovejas entraban a aprovechar los chupones y las aceitunas que se caían hacia el final del verano.

El pastoreo variaba estacionalmente y así, como hemos dicho, en invierno las ovejas salían tarde, hacia las diez de la mañana y estaban todo el día en el campo. Si la finca era pequeña, la recorrían entera, y en ocasiones varias veces. En las fincas grandes, algunos pastores procuraban que por la mañana fuesen al careo más lejano, al lugar más alejado que pensarán recorrer, para por la tarde estar ya cerca de la majada. El pastor debía evitar las zonas encharcada o heladas y el rocío y, en los días fríos y los lluviosos, buscar las abrigadas huyendo de los malos aires porque, según dicen los pastores, lo que más daño hace a las ovejas no es el agua, sino el aire. El otoño era tiempo de mucho trabajo y no sólo por la paridera ("*estás más atareado que un pastor en la paridera*") sino también porque, al igual que el invierno, era tiempo de comida menguada en que había que ocuparse en dar pienso a las ovejas en algunos momentos y, ya en el campo, resultaba más dificultoso el pastoreo porque al haber poca comida recorrían mucho terreno, iban corriendo en busca de cualquier bellota que se cayese o cualquier brizna de hierba.

La primavera era estación de abundancia y, cuando ya eran días largos, se recogían las ovejas en la red a la siesta pues, una vez bien comidas, lo que harían serían andar y estropear hierba. También era la primavera época de mucha prevención debido a los posibles males que acarrea la abundancia de hierba, como *aventamiento*, basquilla, etc. que le venían a la oveja de comer mucho o hacerlo en lugares problemáticos como ciertos prados, por lo que los pastores habían de evitar en lo posible que entrasen en ellos de golpe o durante mucho tiempo.

El mayor alimento está en la hierba verde que, además, es la que hace poner peso, de ahí que fuera un factor crítico en el engorde de los borregos, pues una vez seca la hierba se *empastan* y no ponen peso. Para el ganado reproductor no era problema, pues lo único que

se pretendía era que se mantuviese, no que pusiera peso. Las hierbas mejores eran, desde luego, las de los rastrosos, las tierras labradas que pasaban a ser de *eriazos* y, en algunas fincas, las reservaban para meter en ellas a los borregos antes de pesarlos, pues con ellas ponían bastante.

La práctica del destete era variable, según las fincas y el mercado. En algunas fincas iban *de la teta a la romana*; es decir, se destetaba al venderlos, hacia abril o mayo (se decía que *"la carne de leche pesa más"*), y en otras se apartaban un tiempo antes de la venta, hacia abril o incluso marzo, para *beneficiarlos* más, llevarlos a buenos pastos y que engordasen. En cualquier caso, había que procurar que estuvieran destetados en mayo, cuando se le echaba la simiente a las ovejas y, así, muchas de ellas se cogían poco después de quitarles el borrego, *al retieso*. En las fincas pequeñas, cuando se les quería destetar, en lugar de tenerlos aparte de las madres, lo que se hacía era ponerles un betijo en la boca, un palito sujeto con una cuerda que se les ponía por encima de la lengua, para que pudiesen pastar pero no mamar. Otra alternativa era embarrar a las madres, es decir, untar sus ubres con excrementos o barro. Pero en muchas de estas fincas lo que se hacía era venderlos cuando aún estaban mamando o, en unos cuantos casos, dejarlos que se destetaran solos, que dejaran de mamar cuando eran ya grandes.

Aparte del cuidado y el pastoreo, las operaciones que había que realizar con la oveja eran el desrabe, el herraje y la esquila. Las respuestas de la gente cuando se le pregunta el motivo del desrabe son variadas y algunas personas reconocen incluso que, aún siendo una práctica habitual, no aciertan a saber cuál era su función. La argumentación más común es que de esta forma el ganado no acumulaba cascarria, suciedad reseca en el rabo debido a los excrementos. Esto suponía un posible foco de atracción de moscas y enfermedades. Hay quienes, aún reconociendo que esto pueda tener cierta importancia, insisten en que era más bien una cuestión estética: *"Eso es porque los bichos con rabo están muy feos. Un carnero con rabo es la cosa más fea que hay"* o *"Se desrababa porque eso era mérito para el borrego, se*

veía gordo y precioso". Pero esto más bien sería la consecuencia, el valor estético creado para reforzar dicha práctica. Otros insisten en que, al desrabarse las hembras, los machos tenían menos problemas para cubrirlas. Había incluso quien decía que *"el rabo le tiraba mucho al borrego"*, es decir que le quitaba de poner peso. Aunque en muchos sitios se desrababan sólo las hembras que se iban a dejar de renuevo, en muchos otros se les cortaba el rabo a machos y hembras de renuevo e incluso a los que se iban a vender, aunque esto último no era lo general. En muchas fincas no se desrababan los borregos que se iban a vender, entre otras cosas porque *"pierden sangre, pierden peso"*. En algunos casos, se desviejaba al desrabar.

Cuando se desrababa, las ovejas no solían salir al campo, entre otras cosas porque no se desangrasen por ahí, pero también porque era día de celebración. En efecto, esta operación se hacía siempre el día de San José y llegó a dar lugar a un ritual bastante interesante en algunas fincas, pues a ello acudían los empleados, a ayudar en la faena y a comer y celebrarlo. Iban también los dueños, familiares y a veces sus amistades. Se mataba un borrego y se hacía una caldereta; había aguardiente y vino. Además, los rabos se consideraban un manjar exquisito y en algunas fincas los pastores, además de los rabos de sus escusas, tenían derecho a una o dos docenas de rabos, con los que hacían escabeche ese día. También era frecuente que los dueños regalasen alguna docena a sus amistades. En varias fincas el desrabe era la ocasión en que el dueño contaba el ganado y sabía cuantos borregos tenía ese año. Se podría decir que nos encontramos ante un ritual de comensalismo para subrayar esta práctica, pues aunque a veces se desrabase el ganado que se vendía, lo que sucedía era que se cortaba el rabo al ganado que pasaba a engrosar la manada de la finca, a conformar el capital del dueño que, entre otras cosas, era la visualización palmaria de su riqueza. El animal pasaba a ser parte de la finca, del ganado de la casa y era ello reforzado a través de un ritual cruento, de un sacrificio, tanto sobre el propio cuerpo y la propia sangre del animal desrabado como del borrego que se sacrificaba para la caldereta. Asimismo era ocasión de reforzar la sociabilidad, tanto entre los

dueños y empleados de la finca como entre los dueños y sus amistades, era una confluencia de relaciones tanto verticales como horizontales que salían con ello reforzadas.

Desrabadas las borregas, seleccionadas para renuevo y ya pronta a secarse la hierba, se vendían los borregos, en abril o mayo, poco antes de esquila y echar la simiente a las ovejas y con un peso de entre 40 y 60 libras normalmente (de 25 a 60 kilos más o menos). En algunos casos se vendieron borregos tempranos en marzo y, si el mercado estaba malo, el precio era bajo o no se encontraba comprador, podía aguantarse un poco más, hasta junio, pero había que disponer de algún alimento como rastrojeras o grano, ya que con el pasto el borrego no ponía peso. En aquel entonces no era mucho problema que fueran muy grandes los borregos a la hora de venderlos, ya que los compradores se los llevaban sin mucha dificultad. Las crías de las grandes fincas se las llevaban compradores de fuera de la zona, para el matadero de Mérida o para lugares muy diversos, desde la comarca de La Serena a Sevilla, Madrid y otras ciudades. La figura del corredor era aquí también importantísima. Las pequeñas partidas y animales sueltos se vendían a tratantes de la zona y comarcas limítrofes, algunos de los cuales juntaban una partida entre diversas fincas. En las fincas más pequeñas los compradores eran normalmente tratantes o carniceros de la comarca y comarcas vecinas, de Llerena, Calzadilla de los Barros, Fuente de Cantos, Bienvenida, etc. Los pastores que tenían escusas tenían dos opciones, o vender las crías junto con las del amo o venderlas a los carniceros. En el primer caso tenían la ventaja de que los compradores las pagaban en el acto y se las llevaban todas juntas, mientras que a los carniceros, si eran muchas las crías, quizás no les interesaban o no podían llevárselas todas juntas. Pero podía tener sentido venderlas a carniceros o tratantes modestos si a los pastores les apremiaba conseguir dinero y no podían esperar a vender cuando el amo.

A los carniceros se vendían también las ovejas que se quedaban cojas y las modorras, enfermas de modorra. Las ovejas de desvieje podían tener destinos diversos. Algunas las podían comprar alguien

que tuviera una *pitarilla*, unas cuantas cabezas, y pocos posibles, para sacarles al menos una o dos crías. Otras se las llevaban los mismos compradores de los borregos u otros que las buscaban expresamente, parece ser que algunos de ellos para lugares o instituciones de consumo masivo, como algún cuartel. Se cuenta que muchas ovejas viejas iban para zonas mineras, como Riotinto. Por último, una parte iba también a los carniceros.

Otro momento importante en el ciclo de la oveja, ya con las ovejas de vientre y carneros, era la esquila, que se solía hacer por mayo o junio, cuando aprieta la calor. Además de obtener lana, se consigue que el ganado esté más fresco, e incluso que la cubrición se haga mejor, al estar el ganado más suelto, más ligero. Se pelaba todo el ganado reproductor y de renuevo y, en algunos casos, los borregos grandes, si no se habían vendido. Un pastor nos apunta la conveniencia de no pelar demasiado tarde.

"Para que una parte del beneficio del alimento del campo en la primavera la coja la oveja y la otra la lana. Si la pelas al final de la primavera, la oveja ya no se pone gorda, porque en primavera es cuando coge sangre, peso. Además, la lana hay que cogerla en su punto porque, si se pasa, tampoco peso lo que debiera".

Sin embargo, si se pela cuando ya ha hecho calor, la oveja ha sudado y la lana pesa más. En un caso nos hablan de la práctica de meter las ovejas en el barbecho para que allí cogiera tierra la lana y así pesara más. Cuando se le refiere esto a los pastores, la mayoría nos dice que eso no lo hacían ellos, es más, lo evitaban, entre otras cosas porque en los barbechos, con el polvo y la tierra, la lana se reseca y pierde peso.

La esquila la hacían a tijera cuadrillas de *esquilaos* de los propios pueblos o de los pueblos donde los dueños tuvieran otras fincas, normalmente de la campiña, donde había gran cantidad de ovejas. En estos casos, las ovejas de las dehesas se llevaban a esos pueblos, donde se pelaba todo el ganado del dueño. Si había varias fincas de dehesa, se acostumbraba a pelar en una de ellas. Los *esquilaos*

durante el resto del año eran jornaleros y en las casas de los grandes propietarios estaban largas temporadas esquilando, cerca del control de los dueños, que disponían allí de báscula y lanera, o almacén para la lana: una habitación a la que se le ponía madera en el suelo, para evitar la humedad.

Los pastores y zagales eran los encargados de llevar las ovejas a los corrales o *tinaones*, de irlas cogiendo y atando, de recoger los vello-nes y de limpiar el suelo. Uno de los *esquilaores*, normalmente un muchacho, hacía de *morenero*, encargado de ir dando en los cortes que se le hiciera al ganado el *moreno*, polvo de carbón de fragua normalmente, para que no se infectara la herida. Con este mismo fin se podían meter las ovejas recién peladas al sestil en los barbechos, donde levantarán polvo que secura y cicatrizará los cortes. Las ovejas propias del pastor, las escusas, las solía pelar él mismo. En las fincas pequeñas pelaban *esquilaores* locales, salvo que viniera alguna cuadrilla de fuera a una finca vecina y aprovecharan para esquilar.

La lana se la llevaban compradores de fuera y gran parte de ella la compraba una familia de Llerena que también se dedicaba a las pieles. Los pastores solían vender su lana con la del amo, salvo aquella que se quedaban para sus colchones o para vender en el pueblo, sobre todo a los nuevos matrimonios. A ello se destinaban los vello-nes de las ovejas bastas, por ser más larga la lana y no formar pego-tones. Cuando se casaban los hijos de los pastores, como parte del ajuar se les daba la lana del colchón. Las pieles de los animales que morían se las llevaban los pellejeros que iban por los campos procurándolas. El dueño y el pastor vendían las suyas respectivas y, en algún caso, las pieles de los borregos que morían durante la cría, pues éstas eran del pastor mientras duraba la cría.

Para evitar problemas de robo o extravío, todo el ganado se marcaba de una u otra forma. En las fincas medianas y grandes se *repegaba*, se le ponía un *repego*, o marca hecha con un hierro caliente impregnado de una especie de lacre o pintura, quemando la lana pero sin que llegase apenas a la piel. Esto se hacía todos los años, unos días después de esquiladas. Algunos de los propietarios que tenían pocas

ovejas, o algunos pastores que tenían unas cuantas escusas, no herraban el ganado. Ahora bien, otros pastores tenían su propio hierro para sus ovejas. Además, todo el ganado, de fincas grandes o pequeñas, tenía en la oreja una señal característica de cada casa, un tipo de corte (*revisaco*, *horqueta*, u otros, según la forma) o, en algún caso, un agujero. Cuando moría un animal, el pastor había de presentar las orejas, con sus señales, para justificarlo, aunque en algunos casos no se le exigía esto, y es cosa que suelen referir ellos como ejemplo de confianza en su honradez por parte de los dueños. En algunas fincas grandes, a la vez que se señalaban los borregos también se almagraban "*para que tuvieran más vista*".

La castración sólo se hacía cuando se querían tener mansos, cabestros, para manejar y conducir el ganado. Había dos formas de hacerlo, a cuchilla o a vuelta. En el primera caso cortando los testículos, siempre en cuarto menguante, y en el segundo dándole vueltas a éstos hasta romper sus conductos y atándolos con una rama de torvisca. El hecho de que usaran una torvisca quizás tuviera que ver también con fines curativos, para prevenir infecciones, ya que esta planta se usa también como repelente de insectos y parásitos. Al cabo del tiempo, los testículos, secos, terminaban cayendo por sí solos. Otra forma de castrar era ciñendo fuertemente la parte superior de las turmas con una goma, que se dejaba puesta hasta que los testículos se secasen y cayesen igualmente. Estas operaciones las hacían siempre los pastores.

Pasada la esquila y la primavera llegaba el tiempo de los agostaderos, del aprovechamiento de las rastrojeras, que a veces conllevaba desplazamientos hasta sitios bastante distantes. Las ovejas entraban en los rastrojos una vez que los cochinos hubiesen terminado el espigueo. Como hecho puntual hemos constatado en una finca que los borregos que se vendían tarde, después de la esquila, se entraban en el rastrojo de los *algarrobos* porque ponían con ello mucho peso, pero tampoco era algo que se hiciera todos los años. Lo que comían mejor las ovejas en los rastrojos era el *maojillo*, las hojas que cría el cereal antes de echar el tallo o caña. El que mejor se comían era el de grano

gordo y el de cebada. Además de los restos de la cosecha, las ovejas aprovechaban las hierbas de verano que en el rastrojo se daban, sobre todo la grama en las tierras mejores de las campiñas, pero también la enredadera, la verdolaga y otras.

Los rebaños iban preferentemente a los rastrojos de las propias fincas o de otras del mismo dueño en que hubiese comida para ellas. Los pequeños ganaderos, como mucho, las sacaban a rastrojeras cercanas que les arrendaban o cedían. Pero los grandes propietarios desplazaban sus ganados a lugares relativamente lejanos, yendo algunos rebaños incluso a las campiñas de Córdoba y Sevilla. No obstante, los agostaderos más frecuentes fuera de la zona eran los de las campiñas de la Tierra de Barros y los Llanos de Llerena, bien porque en ellas tuvieran los dueños otras fincas o porque era una práctica institucionalizada que los ayuntamientos o Hermandades de Agricultores y Ganaderos sacasen a subasta las rastrojeras, los conocidos como lotes. Se desplazaban los rebaños enteros, incluidas las ovejas de vientre ya que para esa fecha, hacia julio, hacía tiempo que los borregos se habían vendido y con ellas estaban los carneros. En el mejor de los casos, las ovejas podían estar en las campiñas hasta finales de septiembre y volver para la paridera. Los agostaderos de las campiñas suponían un alivio en los meses de verano y un descanso para las dehesas, pues permitían no apurarlas demasiado y que, con las primeras aguas del otoño, empezase otra vez su ciclo.

En el verano, el trabajo del pastor era menor ya que, aunque había que salir más temprano con las ovejas, éstas, al apretar el calor, sobre las once de la mañana, se acarran, es decir, se juntan en grupos y se quedan quietas, protegiendo sus cabezas del sol las unas bajo las otras si no tienen sombra que las ampare, o tumbadas bajo algún árbol. Ya pasado el calor más fuerte, después de la siesta, volvían a comer. El pastor no necesitaba siquiera recogerlas en la red, porque no se movían, salvo en algunos agostaderos próximos a melonares o huertas, porque en ese tiempo no había otros cultivos. Así, el pastor podía descansar hasta por la tarde. Un trabajo añadido, en los lugares donde no había agua, especialmente en las rastrojeras de las campiñas, era sacar

al ganado agua de los pozos, que no era faena de poca monta cuando se trataba de grandes rebaños. Sin embargo, en la mayoría de las dehesas solía haber barrancos u otros puntos de agua, por lejanos que fueran, donde abrevar el ganado. Con las primeras aguas y la otoñaba comenzaba de nuevo el ciclo.

En las distintas épocas la manada solía ir custodiada por el pastor y el zagal, que debían darle los careos que más convinieran según la estación, la hora del día y el tiempo que hiciese. Los pastores habían de estar atentos porque *"la oveja es un bicho muy tonto, que si se cae y se trastumba puede quedarse en el suelo berreando y no es capaz de levantarse, y algunas hasta se mueren así"*. También era importante hacerlas comer y no que fueran andando o corriendo sin comer, haciendo veredas y estropeando la hierba. Para evitar que hicieran vereda era preciso que no fuesen juntas una detrás de otra, sino abiertas. En época de poca comida era más trabajoso sujetar al ganado, que se inquietaba y andaba ligero, incluso corriendo, buscando una *mijina* de alimento donde quiera. Además de situarse los ganaderos en distintos sitios para sujetar y conducir la manada, se servían de piedras y, sobre todo, de los perros. Para el pastoreo se tenían perros de agua, muy vivos y lanudos, aunque muy fríos, al decir de algunos pastores, no tan duros como los perros sorianos que proliferaron posteriormente. Con el perro había que tener cuidado porque inevitablemente castigaba al ganado, por eso había que saber sujetarlo y hacer uso de él cuando fuera estrictamente necesario, cuando se desmandase más de la cuenta el rebaño o algunas ovejas, o cuando hubiera que encerrarlas. A los perros los enseñaba el pastor, recompensándolos o riñéndoles según los casos, pero también era importante que hubiera otros perros más viejos que los enseñasen en la lidia con el ganado. Como perros guardianes los pastores tenían mastines, que no se apartaban de la red y avisaban de cualquier contingencia.

Como ya hemos señalado, en algunas fincas con grandes rebaños, que en ocasiones habían de realizar desplazamientos, había algunos mansos, es decir, machos castrados y convenientemente adiestrados en la obediencia a los pastores, y a los que seguía el resto de la mana-

da. Con ellos se conducía al ganado cuando había que desplazarse, por ejemplo a la esquila o los agostaderos de las campiñas, o para hacer entrar el ganado en un determinado sitio o pasar un barranco u otro lugar sobre el que las ovejas tuvieran cierta prevención. En los desplazamientos largos se podían llevar los mansos atados a un burro, por ejemplo.

Los campanillos, esquilas y piquetas eran también una ayuda para los pastores, pues les indicaban en todo momento dónde estaba el ganado y les avisaban de distintas situaciones, por ejemplo si alguna oveja estaba trastumbada, o acosada por algún animal peligroso, enredada en la red, etc. Los campanillos no se le ponían a todo el rebaño sino a aquellas ovejas que estuvieran más fuertes, a las más bravas, que siempre iban delante y también a las más problemáticas: *"Siempre hay una más poderosa, más libertosa, más rafera, que se va al sembrado"*. A éstas últimas, en algunas manadas, les ponían los peores campanillos pues, al estar acostumbradas a irse, podía quitárselos alguien. Pero los campanillos tenían otros valores que no eran sólo los puramente utilitarios de instrumentos para el pastoreo y la custodia, sino que rezumaban estética e incluso ostentación. Un viejo mayoral nos ilustra así el asunto:

"Campanillos, mientras más tengas mejor. Eso depende del gusto que tenga el mayoral, de si tiene gusto y tiene dinero, porque valían perras y eran del mayoral. ¿Tú sabes lo que son diez o doce docenas de piquetas chicas y un pastor que sea cantaor, que va la oveja más alegre y contenta que la mar?"

(...) "Los campanillos se tenían porque unos buenos campanillos hermosean mucho una ganadería".

Los pastores arreglaban sus campanillos y debían saber golpearlos, para conseguir el sonido adecuado, que dependía de su personal gusto (palabra que aparece en distintos contextos y con distintos sentidos al hablar de estar cosas). En cierta medida, golpearlos era afinarlos como si de un instrumento musical se tratara (y mucho de ello te-nían, ciertamente) y les daba un sonido que singularizara su ganadería, para distinguirla de otra con fines tanto de pastoreo como estéticos. Eran tanta la

agudeza de oído y la atención que prestaban algunos pastores que por el campanillo conocían a cada oveja que lo llevara y en qué trance podía encontrarse.

En cuanto al componente de competencia y ostentación, sírvanos esta cita de un zagal de entonces: "*¿Campanillos?! Bueno...!, aquello era a ver quien tenía más. Cuando salían las ovejas en la primavera, se los ponían a ver cuál sonaba más*". En efecto, los campanillos eran del pastor pues, entre otras cosas, era un medio del que él se servía para realizar mejor su trabajo: "*¿al amo qué le importaba si la campanilla sonaba de noche?*" Era asunto del pastor, al igual que los perros. El tener buenos campanillos era motivo de orgullo, no sólo porque a ello se asociaba la idea de buen ganadero, preocupado por los animales y su custodia, sino porque también implicaba una capacidad económica, ya que los campanillos de cobre y las correas de piel suponían un gasto y, en algunos casos, un gasto conspicuo ya que con menos campanillos o de peor calidad podían cumplirse igualmente las funciones que se requerían de estos útiles. En algunos casos era un capital que se transmitía de padres a hijos, con la dimensión tanto económica como afectiva que ello comporta.

Todos estos elementos que denotan profesionalidad, saber hacer, ser un buen mayoral no es extraño que se asocien a cuestiones estéticas. En el campo era frecuente subrayar un manejo correcto con conceptos de belleza, gusto, etc. Ya hemos visto cómo una oveja sin rabo se consideraba fea, al igual que un cochino aguzado, o una encina mal podada. Del segador que segaba con eficiencia y buenas maneras se dice "*¡qué bonito era segando!*" Ello es así porque en esta cultura hay una intensa relación entre lo instrumental y lo expresivo, fijándose en cánones estéticos las formas de manejo de los recursos que se consideran las deseables y que se han de preservar. Ello se consigue mejor inscribiéndolas en el ámbito de lo incontestable, lo intangible, en el mundo de lo estético y lo emotivo, para su mejor preservación, al igual que en otras culturas se inserta en el mundo del mito, como nos demuestran los trabajos de, por ejemplo, Roy Rappaport (Rappaport, 1987 y 1975).

Ahora bien, esta cuestión de la profesionalidad, del prestigio del buen mayoral, tiene no sólo una dimensión ecológica y de conocimiento local sino que también andan implicadas las relaciones de clase. En efecto, al igual que *ser bonito* segando o talando, el blasonar de buen ganadero, de levantarse de noche a la hora que fuera para atender a las ovejas o de tener buenos campanillos era una manera que tenían los trabajadores de reforzar su autoestima, de hacer valer sus capacidades ante los otros y ante los amos, ensalzar el valor del trabajo. Esta dimensión expresiva era utilizada también instrumentalmente por los dueños, pues era un medio de acicatear para un buen rendimiento. Al igual que nos dejó bien sentado Juan Martínez Alier en su gran obra *La estabilidad del latifundismo*, el cumplir en el trabajo era una manifestación de la cultura de clase de los trabajadores rurales que servía para garantizar el rendimiento en el sistema socioeconómico latifundista (Martínez Alier, 1966:168).

Una vez visto el pastoreo pasemos a ver las enfermedades de la oveja, el conocimiento local acerca de ellas y su tratamiento. En aquella época eran inusuales los tratamientos preventivos con fármacos y sólo se trataba a algunos animales cuando ya estaban enfermos, pero no siempre. Aunque la raza merina era fuerte y adaptada al medio y las duras condiciones del clima y el terreno, tropezaban con no pocos padecimientos. De entre las enfermedades que más bajas causaban en aquel entonces las más frecuente quizás fueran la basquilla y la bacera. La basquilla, según los pastores, es una subida de sangre, una especie de congestión, por la que la sangre ahoga a las ovejas: *"Es una cargazón que se le viene a la cabeza. Se sabe por las figuras que hace, empieza a temblar, a dar vueltas y hacer movimientos con las orejas"*. También rechinan los dientes y dan vueltas. Esta enfermedad solía producirse en la primavera, debido a la mucha abundancia de comida. La oveja, que durante el otoño e invierno había pasado por una época de escasez, se ponía muy gorda al llegar la primavera, se hartaba de hierba verde y recuperaba sangre. Por eso eran especialmente peligrosos los *plaos* y cañadas, abundosos en hierbas verde y alta, y los cenci-

os o lugares en los que no ha entrado el ganado y le resultan especialmente apetitosos. Las cañadas y prados eran lugares también peligrosos a veces: *"Cuando está el campo seco hay cañadas que están verdes. Les hace mucho daño porque eso es un fuego, se empican, se atracan y mueren de bacera, o también malparen"*. Pero también hay quien dice que el rocío y la helada podían producir basquilla. El remedio era sangrar al animal rápidamente, realizándole un corte en el lagrimal o en las orejas. Aunque muchas morían, había otras que conseguían salvarse. También existían algunas inyecciones contra este mal.

En la zona se considera que la basquilla es muy parecida, al menos en su etiología, a la bacera. Ésta última se debería también a una subida de sangre, más o menos por las mismas causas que la basquilla. La diferencia la establecen en el lugar en que se localiza la enfermedad, en la cabeza si es basquilla, en el bazo, *"por los riñones"*, si de bacera se trata. La bacera la asocian también con el carbunco (de hecho es una enfermedad carbuncosa, carbunco sintomático): *"Hay bacera blanca y bacera negra, la negra es la más mala. El bazo, que es como una asadura, se le inflama. Se les nota en que se hinchan, pierden también la vista y, cuando le topas, orina sangre. A la que le cae, no tiene salvación. Es lo mismo que el carbunco negro, se pone negra"*; *"El carbunco es cuando la bacera es muy fuerte, le salen unos bultos. Había que desollarlas y enterrarlas"*, o quemarlas. Según el decir de la gente, a veces era la tierra la que daba el carbunco, y unas tierras eran más propensas que otras: *"En los Endrinales morían muchas cabras de carbunco y descubrieron que había una parte que criaba una yerba que lo producía, sólo en una parte, y la evitaban"*. Contra el carbunco ya desarrollado no había remedio alguno. Además era muy peligroso por el posible contagio a las personas ya que era una enfermedad mortal y cuyo tratamiento a veces suponía quemar la parte afectada con un hierro candente. Un remedio menos traumático para casos menos graves era la hierbabuena machacada con sal, para que quemara la tumoración. Los antiguos atribuían también el carbunco, además de a la hierba, a la gordura del animal.

La comida acarrea también otros problemas, como la diarrea, producida por ejemplo por la rociada o la helada. La diarrea podía hacer incluso que muriesen los borregos. El aventamiento era una hinchazón del aparato digestivo por una comida excesiva o desequilibrada, llegando a morir algunos animales. Como remedio se le daba algún purgante, como sal y aceite o bicarbonato. También morían ovejas de algún hartón en las hierbas de los barbechos y en las de los agostaderos, sobre todo de algunas campiñas, de buenos suelos y hierbas.

Contra las hierbas que se tenía gran prevención era contra aquellas por las que hubiese pasado una eriza en celo, en los prados especialmente, pues *"va dejando un zumaque que es venenoso y el bicho que lo come se muere. Por eso hay que esperar a por la tarde, o a que el sol la bañe"*. Según algunos veterinarios, la explicación estaría en que la eriza puede comer los animales muertos de carbunco que hayan sido enterrados. Mortal podía resultar también la ingestión de los bulbos de una planta aquí conocida como *batata*, una cicuta, que tras las grandes riadas quedaba al descubierto en las orillas de los barrancos. Pero no sólo era peligrosa para los animales, pues en los años del hambre también murió algún chiquillo por comerla. En algunas fincas se solía salir con un saco después de las avenidas a recogerla y quitarla de en medio. El remedio, cuando se cogía a tiempo el animal, era hacerle vomitar, con aceite por ejemplo. Otra planta que traía problemas, aunque menores y menos frecuentemente, era el garbanzuelo *"parecido a los habichuelos, son matas sueltas que se crían en las tierras altas. Yo he visto morir vacas de eso."*

La pulmonía no era un mal extraño en las cabañas, si tenemos en cuenta la exposición permanente a los elementos, aunque los veterinarios la atribuyen a un parásito. Por una parte, las noches en la red con temporales y, sobre todo, aires fríos hacían que los animales enfermaran. Otra causa que aducen los ganaderos es el agua de los pozos, por lo fría y por el contraste de temperatura en primavera o verano. Por eso se consideraba conveniente que, si había que sacársela de pozos, se solease el agua antes de que bebieran los animales. Igual-

mente, había que procurar no dejar beber a las ovejas cuando estaban muy caldeadas. Una vez enfermas se podían curar con penicilina.

Otro problema muy frecuente en las ovejas era que salieran modorras. Según la explicación popular, a las ovejas modorras "*se le vuelven los sesos agua*". Los pastores lo atribuyen al orín y el excremento de los perros en las hierbas que luego come la oveja. Según los veterinarios se debe a un parásito. Esa enfermedad era propia de las borregas y borras, siendo poco habitual una vez pasada esa edad, y se daba con mayor frecuencia en verano. Era enfermedad que no tenía cura y se conocía en que el animal daba vueltas sin cesar y no comía. En estos casos lo que se solía hacer era avisar a un carnicero para que se la llevase y la matase. Algunos pastores señalan que convenía quitarla cuanto antes porque podía contagiar a otras.

El verano era tiempo de *coqueras*, o *bicheras*, que surgían cuando en las zonas genitales o en alguna herida que tuviera el animal cagaba la mosca (*cocos*) y surgían gusanos que iban comiendo la herida. La *coquera* podía traer muchos problemas, como nos ilustra este comentario: "*Si se perdían con bichera, se la comían los bichos*". La coquera se suele atribuir a la sangre, y la padecerían más los animales que tuvieran "*la sangre dulce*". Para sanarlas se empleaba *Zotal* y había que examinar al ganado continuamente. Con la hierba seca surgían también problemas con las *pergañas* o *aragüelles*, especie de espinas, de pequeños pinchos o también bolitas, que se desprenden del pasto seco y se pueden clavar en la vista o las orejas de los animales, pudiéndolos dejar ciegos o haciéndolos enfermar. Al detectarlas había que quitárselas cuanto antes.

El *pedero*, con el que criaba *porquería*, enfermedad entre la pezuña, era propio de las épocas de temporales. Con una enfermedad conocida como la pezuña se le reblandecían los dedos al ganado, por ejemplo si se la sacaba al campo muy temprano, con helada o rociada. Poco frecuente era la roña, infección que afectaba a la piel del animal y que haciendo criar una especie de caspa le producía picores y le provocaba la caída de la lana. Se empezaba a detectar porque el animal se mordía la parte afectada. El remedio era pelar las ovejas y

bañarlas con Zotal, o también con otro producto químico en polvo que se disolvía en el agua. Hemos tenido referencias de que en épocas anteriores se utilizaban para bañarlas algunas plantas, pero quien nos lo contó no acertaba a acordarse de cuáles eran. Cuando se infectaba alguna piara, era un trabajo muy latoso, sobre todo si las ovejas tenían mucha lana, pues había que bañarlas un par de veces. Además, como se rascaban contra los troncos de las encinas, en ellos dejaban lana que contribuía a extender la infección.

También eran frecuentes los abortos, que en algunos casos se atribuían al tiempo, al frío y la lluvia, y en otros a las aguas que bebían, que podían estar malas, por ser aguas paradas que, como vimos, se llaman *envarbascadas*. Según se decía, la vaca, su pezuña, envenenaba el agua de los barrancos, y podía ser causa de abortos.

Si, al malparir, no echaban las pares fuera, se le podía poner algo de peso en el extremo de las pares y un collar de torvisca. La torvisca, como vimos en la castración, era una planta recurrente en la farmacología de los pastores y de ella también se hacían collares para repeler las pulgas en los perros. Asimismo se empleaba también cuando los animales cogían sanguijuelas.

Los pastores debían saber entablillar a la oveja cuando sufría algún accidente. Por ejemplo, para una pata rota se usaba retama, vinagre y sal. Unas hijas de un pastor cuentan cómo, cuando un lobo arrancó la piel a una oveja, le curaron la herida con aceite y la cosieron.

Además de las enfermedades, otra causa de mortandad eran los animales dañinos, como el zorro y el lobo, ante el miedo a los cuales se recogía el ganado de noche. Eran muy temidas las lobadas, las carnicerías hechas por el lobo en la red, como una que tuvo lugar a principios de los cincuenta en una finca de las Sierras de Santa María, en que mataron a más de cincuenta animales. Aunque en los años cincuenta había menos lobos que en épocas anteriores, de cuando en cuando no dejaba de acudir alguno por la zona. Al decir de los pastores, su estrategia era espantar a las ovejas para que salieran huyendo, seguir las, conducir las lejos y matarlas. El zorro sería más peligroso que el lobo, por lo astuto, y procuraba llevarse los borregos engañan-

do a la madre. Para guardar a las ovejas y avisar a los pastores estaban los mastines. Además, los pastores podían tener escopetas y, en algunos casos, usaban cohetes para espantar a los lobos. También tenemos noticias de que en tiempos más lejanos usaban unos faroles de aceite. La captura de zorros y lobos era gratificada, por el Ayuntamiento o por algunos particulares.

Las rapaces, en general, no eran problema para el ganado, aunque el cuervo a veces intentase algo con los borregos. Ahora bien, si había alguna oveja trastumbada y perdida, podía ser víctima de alguna de estas aves. La víbora causaba problemas puntualmente, ya que no abundaba demasiado y, en todo caso, para hacer daño al animal había de picarle en las ubres o la cabeza, donde tenía menos lana y era más vulnerable. La parte donde sufrían la picadura se hinchaba y los pastores, si lo cogían a tiempo, podían salvarlo punzándole con una lezna tras pincharla en una cabeza de ajo o mojarla en aceite o, en su defecto, con una navaja, para hacerle echar el veneno. Las que se salvaban podían perder la lana, pero al año siguiente les volvía a crecer sin problemas.

EL MAJADEO Y LA VIDA EN LOS CHOZOS

El majadeo era una técnica que daba lugar a todo un complejo cultural, a un conjunto de elementos y formas de vida que hacían tremendamente peculiar la vida de los pastores y que hemos preferido considerar al final, como colofón a éste capítulo, por su singularidad e importancia. El gran producto de reemplazo era el estiércol y tenía una importancia vital en el ciclo productivo de la dehesa. A diferencia de los otros animales, a la oveja es posible mantenerla de noche en una pequeña cerca formada por una red de tomiza sujeta con estacas, de tal manera que todo el excremento que produzca quede en ese espacio como estiércol. A la noche siguiente, o dos o tres noches después, según la época, la red se puede mudar a otro lugar, de tal manera que se va estercando poco a poco toda una parte de la finca. Para cambiar la red, se dejaba uno de los lados que conformaban el redil y

se movían los otros, salvo que por alguna razón no se *majadalease* el espacio contiguo al ocupado esa noche. Esta práctica de estercado itinerante es la que se conoce como majadeo, *majadaleo* y, en otros lugares, redileo. Si las ovejas estuvieran sueltas de noche, además del evidente riesgo que ello comportaría por la existencia de lobos y otros peligros, no sería posible este abonado sistemático ya que el ganado tiende siempre a buscar las mismas *quedás* (quedadas) todas las noches y, salvo el cochino, en sitios altos. Aunque la lluvia pudiera arrastrar luego el estiércol a partes bajas, sería en lugares muy concretos y, probablemente se iría por los barrancos.

En el ciclo ideal de manejo de la dehesa, la red se iba poniendo cada año en la hoja que se talaba y barbechaba para sembrar al año siguiente. De esta manera se abonaba el terreno de la siembra. Ahora bien, esto no siempre era exactamente así, pues no toda la finca se terminaba estercando por igual al final del ciclo, o al menos eso no sucedía en todas las fincas. En efecto, y sobre todo donde había colonos, se tendía a estercar más sistemáticamente, o de forma más intensa, la zona más apta para el cultivo, la más llana, de mejor suelo y más limpia de monte, que era evidentemente aquella que el propietario sembraba directamente. Lo peor, el *hueso*, se dejaba para los colonos. Así, era más frecuente *majadalear* las partes llanas y afables, mientras que en el terreno de pendiente se ponía menos la red y en algunas fincas más montuosas no se ponía.

Como hemos dicho, la frecuencia con que se cambiaba la red variaba según la estación y dependiendo del tiempo que hiciera. En tiempo lluvioso se mudaba todos los días, por el barrizal que el pisoteo del ganado formaba. Lo mismo sucedía en primavera, en que al comer mucha hierba y estar fresca, el ganado producía más excremento y con ello más barrizal también: "*En primavera, si la red era chica y había mucho ganado, cambiábamos la red dos veces, por la mañana y en la siesta*". En tiempo seco y de pasto se dilataba más la mudanza y se hacía cada dos o tres noches "*porque cagan poco y lo que cagan es cagaluta, no boñigo, que es con lo que se embarran y, si la dejas dos o tres días, los borregos se ponen muy asquerosos*".

El pastor había de tener cuidado a la hora de colocar la red, para reservar al ganado de las riadas, los aires y los temporales. Especialmente cuando había borregos *chiqueninos*, se debía buscar algún tipo de abrigo, el resguardo de algún cerrillo, por ejemplo, o bajo alguna encina, de tal manera que a veces no se ponía la red contigua al espacio donde estuvo el día anterior, sino que se iba estercando por cuadros, para más tarde ir completando todo el terreno si se podía, aunque fuera trabajoso. En tiempo lluvioso había que huir del terreno que tuviese muchos regatos, buscando las zonas más altas y sanas. Todo ello no evitaba que, cuando hiciera mal tiempo o, por ejemplo, hiciera mucho aire y cambiara de dirección durante la noche, el pastor tuviera que levantarse a cambiar de sitio la red. Aunque ello dependía también de la diligencia e interés que pusiera cada pastor. Los chozos, como veremos, se mudaban de año en año, excepto el de *alreór*, que era pequeño, y en el que se solía quedar el zagal, y que seguía a la red cada noche.

A veces, la red no se ponía en el erial que se iba a barbechar sino que, si no había dado tiempo a hacerlo antes, se *majadaleaba* lo que acaba de ser arado. El barbecho también lo podían estercar las ovejas durante el día pues era muy de su gusto para el sesteo. Cuando se salía de agostadero a las campiñas a aprovechar rastrojeras de distintos propietarios que se subastaban en un solo lote, los dueños de cada uno de ellos tenía un evidente interés en que las ovejas estercasen la parte suya, como nos relata un pastor: *"A todos no se les podía poner la red y muchos reñían, pujaban como en una subasta. Nos pagaban por ciento de ovejas y ganábamos más con eso que con el jornal"*.

En muchas fincas pequeñas no se *majadaleaba* porque las ovejas no pernocaban en la red sino en algún corral, *tinaón* o resguardo que hubiera cerca del cortijo o casilla. Si era poco el ganado que se tenía, corta la extensión de tierra y no había una persona expresamente dedicada a las ovejas, se recogían de noche cerca de la vivienda. En algunos casos se recogían en la red o en un corral o cobertizo dependiendo de la época y el tiempo que hiciera. En algunas de estas fincas no usaban una red de tomiza sino de cancellas o especie de verjas de

madera, ya que el redil era pequeño, y no eran grandes distancias las que había de ir estercando, porque tanto las fanegas como las ovejas eran pocas. En ciertos casos, había una especie de mampara de escobas en uno de los lados de estas cancellas, para reservar del viento. Los corrales para las ovejas solían ser de piedra, pero también los había de monte, al igual que el cobertizo que amparaba al ganado. En algunos casos había pequeños *tinaones* de madera y teja. Cuando se limpiaban los corrales o *tinaones* se iba echando el estiércol a un montón y cada cierto tiempo se le daba vueltas para que cociese y se hiciese bien. Cuando llegaba el veranillo se esparcía en los barbechos o se usaba para los huertos. Había incluso quien lo vendía y, en un caso del que hemos tenido conocimiento, se cambió algunos años por aceite.

Además de ir rotando las ovejas por la finca y de salir a los agostaderos, cuando un propietario tenía varias fincas o parcelas también podía hacerlas desplazarse para aprovechar ciertos pastos o hierbas, o para reservar la bellota para el cochino. Pero también era frecuente que cambiasen el ganado según la época, sobre todo en la zona de Puebla del Maestre, donde había propietarios que tenían parcelas en las tierras cercanas al pueblo de El Encinar y la Dehesa de Abajo, y también en la zona de Clavijo. En efecto, al igual que sucedía con la vaca, la oveja solía pasar el invierno en la parte de arriba, la próxima al pueblo, más cálida y abrigada (*"estaban mejor aquí sin comer que allí comiendo"*), mientras que al llegar tiempo más bonancible iban al otro pago, donde la hierba verde duraba más y, en verano, tenían el agua de la que no disponían en el Encinar y la Dehesa de Abajo.

El tener que ir rotando por la finca continuamente hacía especialmente adecuado un tipo de vivienda como los chozos, viviendas circulares hechas de materiales vegetales, fácilmente transportables de un lugar a otro. El proceso de construcción de los chozos era el que a continuación se describe.

En primer lugar, se clavaba una estaca en el suelo y se medían los pies que se quería dar al chozo. A continuación, con una cuerda y un palo se trazaba una circunferencia en el suelo, sobre la que se clava-

ban 16 estacas equidistantes, que solían ser de encina, procurando que todas tuvieran la misma altura. Lo ideal eran 16, pero podían ser menos, sobre todo en chozos pequeños. Alrededor de ellas, con unas varas se iba trenzando un aro, atado a las estacas. El otro aro principal iba arriba y entre ellos unas varas llamadas *latas*, que iban cosiendo el pasto. Otros aros secundarios servían de refuerzo y para coger las varas. En cada estaca se ponía una *madrina* o vara grande que se unía a todas las demás *madrinas* arriba, en el centro del chozo. En el aro de arriba se ataban también las *madrinas*. Para *latas* y *madrinas*, las mejores varas serían las de castaño, pero no los había en estos pueblos, por lo que se usaban de álamo, mimbre, adelfa y retama. Esta última tenía la ventaja de que no criaba polilla. Era conveniente dejar que las varas se oreasen unos días después de cortadas, pero sin que llegasen a secarse, pues no se podrían doblar con facilidad y darles forma. Las varas y estacas se ataban con tomiza, con cuerda de la red de las ovejas. De las *madrinas* partían las *cruces*, otras varas que se iban cruzando hacia cada sentido y se recogían en el aro de arriba. A esta labor se le llamaba *empalar*. Al chozo, al menos al de *alreór*, se le ponían por dentro dos largueros desde la puerta a la parte contraria, que sobresaliesen por el exterior una cuarta más o menos, para que cuando hubiese que mudarlo lo pudieran coger entre dos personas.

Una vez *empalado*, había que vestirlo, ayudándose de una aguja de palo o tabla. El mejor material para vestirlo era el bálago, o caña del centeno. El centeno se sacudía con unos palos hasta quitarle la semilla y se *enmanojaba*, se hacían con él manojos. La nea se trabajaba bien, pesaba poco a la hora de trasladar el chozo y era muy abrigada, pero no la había en todos sitios y, según algunos, hacía que en el chozo hiciese mucho humo, por lo que a veces se ponía por abajo pero no por arriba. A falta de otro material, los chozos se podían vestir de junco pero con algunos inconvenientes, tales como que se resbalaba al coserlo, se clareaba mucho y dejaba entrar más el frío. Después de cortado, el junco se dejaba orear una semana. Se tratara de un tipo de material u otro, a fin de cuentas en el chozo siempre hacía humo (corrientemente se utiliza la expresión "*hace más humo que en*

un chozo"), ahora bien, mientras más alto fuera, menos humo haría, de la misma manera que mientras más abrigado fuera, más humo acumularía.

La puerta tenía dos mamparas, una que era la propia puerta de madera, que se abría y cerraba, y otra segunda mampara que se movía y se colocaba en un lugar u otro ante la puerta según vinieran los aires, y que podía ser de escobas. Las puertas no debían ser altas, para que no entrara mucho el aire y frío. Se orientaban hacia el sur, como las de todos los cortijos y casillas, para que las bañase el sol de mañana. Sin embargo, un pastor nos asegura que se orientaban hacia el saliente porque, aunque los aires solanos sean muy malos, no castigan tanto, no son dominantes.

El número de chozos dependía del tamaño de la familia de los pastores. Por regla general solía haber un chozo para el matrimonio, otro para las hijas y un tercero para los hijos. La mayor parte de la vida se hacía en el chozo de la candela, donde se reunía la familia, se cocinaba, se comía y las mujeres llevaban a cabo las distintas tareas domésticas. En su centro había una o varias lanchas sobre las que se hacía la candela y del techo pendían unas llares, o cadenas con gancho de las que colgar los calderos o cubas para cocinar o calentar agua. Ahora bien, cuando no hacía mal tiempo, el fuego se hacía fuera y sobre él se colocaba un trípode. En el chozo de *alreor* se quedaban el zagal y, cuando lo había, el temporil. En ocasiones había un chozo para las gallinas y otro para los chivos o las cabras. Asimismo, podía haber una zahúrda para un guarro que se tuviera o un *burro*, un cobertizo para el burro, pero de palancas y monte si acaso.

Para emplazar el chozo había que buscar lugares altos, secos y sanos: *"Se colocaba siempre en un cerrito, que tenga siempre vertiente para los lados y corra el agua. Para que no entrase el agua se le hacía también un regajo alrededor"*. Además, desde un cerrito se oye mejor que si se está metido en algún valle, y se puede estar más al tanto del ganado. Era importante también que estuviera cerca de alguna fuente o arroyo en el que aprovisionarse de agua para beber, asearse y lavar, pero no siempre era posible y había veces que se precisaba recorrer

distancias considerables para acarrearla. Los chozos, sobre todo el de la candela, solían separarse unos de otros, para disminuir el riesgo en el caso de que saliese ardiendo alguno. Para huir de los rayos, algunos procuraban no ponerlos muy cerca de las encinas.

Los chozos se mudaban hacia la primavera, y más al principio que al final, porque había que arar la hoja. En esa época ya había menos trabajo para los pastores pues los borregos estaban grandecitos y las ovejas, al tener comida, paraban más. Dependiendo de la distancia que hubiera de salvarse, los transportaban los hombres o se echaban en un carro. Dependiendo de la envergadura y la distancia también se desvestían o no. Por lo general no se desvestían, salvo la parte de abajo, para aligerar el peso, dando de paso más visibilidad a quienes debían llevarlo en peso, pues al tener el chozo delante tenían dificultades para ver por dónde pisaban.

En el verano no se solía vivir en los chozos, y los motivos son varios. En primer lugar, era mucho el calor que hacía dentro de ellos. Además, muchos pastores salían de agostadero y, por ejemplo, cuando iban a las campiñas lo que hacían era construir un sombrero para quedarse, llegando en algún caso a llevarse de las dehesas los palos con que construirlo. Tanto en estos casos como en algunos otros en que se quedaban en los agostaderos de la finca, la familia del pastor se iba al pueblo durante el verano y los pastores mudaban sus pertrechos bajo alguna encina y allí hacían la vida. Lo que sí solían era llevarse el chozo de *alreor*, por si venía alguna tormenta. En las fincas pequeñas, bien fuera porque no se *majadaleaba*, o se hacía sólo en alguna época, o bien porque la casilla estaba en el centro de una extensión pequeña, no se vivía en chozos sino que la vida la hacía el pastor en el cortijo o casilla, valiéndose a lo sumo de un chozo de *alreor* para quedarse de noche junto a la red.

En cuanto al resto de la infraestructura necesaria para el proceso de trabajo, la red era del amo y a veces existían tiranteces pues el pastor había de pelear para que comprara una red nueva, o una parte, cuando estaba deteriorada. Los pastores habían de tener una aguja grande de hierro para ir cosiendo la red cuando se rompiera. Para

colocar la red se precisaba una maza, de madera de encina normalmente, y se empleaba sobre todo en tiempo seco en que costaba bastante trabajo clavar las estacas. En algunos casos había panerones, comederos de madera, para el tiempo de otoño-invierno sobre todo. También era parte del equipo del pastor el gancho, una vara de un metro o metro y medio que en la punta llevaba una pieza de hierro curva, para coger a la oveja por una de las patas cuando era necesario hacer con ella alguna operación. Los pastores señalan que muchas veces no se necesitaba echar mano del gancho pues antiguamente era mucho más fácil coger a las ovejas que en la actualidad, debido quizás a que éstas estaban muy familiarizadas con los pastores, por el contacto continuo, y no los rehuían y así, por ejemplo, se podían coger sin problemas en campo abierto para curarles las *bicheras*. Finalmente, los pastores tenían por regla general algún burro y en algunos casos era el dueño de la finca quien se lo proporcionaba.

10. LA CABRA

ECOLOGÍA Y ECONOMÍA

La cabra es una especie muy propia de las zonas serranas mediterráneas debido a su maniobrabilidad, a su capacidad de adaptarse a terrenos difíciles y quebrados, de llegar a aprovechar la materia vegetal de riscos y enseñorearse de agriles imposibles. Por otra parte, es animal especialmente propicio para aprovechar el tipo de vegetación más recurrente en el Mediterráneo, de ahí que sea España, tras Grecia, el país de Europa donde mayor número de cabras encontramos, principalmente en las áreas subdesérticas, debido a lo quebrado del relieve, a la aridez del clima y a la vegetación rala y a menudo leñosa (Montoya, 1983:83). Rebaños de cabras hallamos en toda la ribera mediterránea y desde época histórica, uno de cuyos máximos exponentes en la tradición cultural sería su referencia para la metáfora en el Cantar de los Cantares o el mito de Eneas amamantado por la cabra Amaltea.

La cabra está presente en zonas subdesérticas, semideforestadas a veces, y ha tenido a lo largo de la historia que soportar el estigma de deforestadora. Recordemos sin ir más lejos las invectivas contra esta especie como motivo del atraso de España y de la degradación de los bosques, tan caras a algunos regeneracionistas. Para Montoya, la cabra es causa y efecto de la degradación del medio mediterráneo (Montoya, 1983:81), es la única especie que pasta en lugares de pastizales muy degradados, en entornos fuertemente secos y erosiona-

dos. Su predilección por ir escogiendo los brotes y cogollos del matorral, de los arbustos y rebrotes, su capacidad para subirse y atacar a los árboles, hace que sea un peligro para la conservación y regeneración de los bosques. Ahora bien, con el manejo adecuado puede servir para mejorar pastizales y para controlar la invasión del matorral.

La cabra, como rumiante, aprovecha los pastos secos, tan abundantes en estas tierras debido al largo estiaje, y el matorral y las leñosas en mucha mayor medida que ninguna otra especie, por su capacidad para digerir la lignina, consumiendo más mientras más frío es el clima. La cabra, pues, come una gran cantidad de especies vegetales que para otros animales no son palatables, pues además del matorral consume las herbáceas más vastas, algunas de ellas venenosas para ovejas y vacas. Pero no es sólo eso sino que, como vimos, su dieta puede componerse en un 90% de ramón. Todo esto la habilita para atravesar los periodos más críticos, de temperatura alta y mengua de comida en el campo, sin necesidad de ser suplementada con productos de las cosechas. Por esto apenas existe trashumancia de caprinos en España, cosa que por su condición andariega no sería difícil como demuestra la trashumancia o incluso el nomadismo del área mediterránea y del Próximo Oriente. Si la vaca prefiere hierbas altas y la oveja es capaz de apurar hierbas cortas, repelando el terreno, la cabra prefiere el matorral y las flores y cogollos de las hierbas. Al consumir material leñoso y especies de las que las ovejas y vacas no gustan, puede pastar conjuntamente con ellas y mejorar así los pastos. Según Montoya, se puede introducir cabras en un pastizal en el equivalente a un 10% de carga inicial sin que por ello se resienta en nada la alimentación de ovejas y vacas (Montoya, 1983:81).

En cuanto a su tolerancia al clima, al menos en sus variantes del sur de España, soporta bien el calor, prueba de ello es que durante el momento de máximas temperaturas de la siesta no cesa en su deambular por los campos, como reza el dicho: *"La cabra y coja no quiere siesta/ y a la que la duerme, caro le cuesta"*. Esta adaptación al calor y la sequedad tiene su contrapartida en su poca querencia a la lluvia: *"Qué llueva, aunque la cabra se muera."*

Una cuestión también importante es la de su capacidad de producción de leche, que la hace especialmente relevante para todas las fincas, grandes y, sobre todo, pequeñas, habiendo sido hasta bien entrado este siglo el principal aporte de leche para los extremeños (Zapata, 1983: 673,703). Ello fue así porque la vocación de la vaca en Extremadura, en el Mediterráneo en general, es la cárnica, aunque haya algunas razas autóctonas interesantes desde el punto de vista lechero. No abundan aquí los altos y siempre verdes pastos del norte que sustentan allí a las vacas de leche. Por contra, la cabra, aunque en cantidades individualmente discretas, y más aún entre las razas de la zona, de poca producción de leche aparte de la que suministra a los cabritos, producía lo necesario para el consumo de las fincas tanto en leche como en queso. Además, los *piareros*, podían atender en algo las necesidades de leche de la población local.

La cabra suministra leche, queso y cabritos. Por su tamaño, por su valor por unidad, presenta menos riesgos ante desgracias que la vaca, al igual que vimos con el cochino y la oveja. Su capacidad de reproducción es menor que la del cochino, lo mismo que la de regeneración, aunque el hecho de que a veces tenga partos dobles y la posibilidad de lograr un primer parto a los doce meses le den cierta ventaja para reponer efectivos (Montoya, 1983:81). En cualquier caso permite más rapidez y flexibilidad que la vaca y, en menor medida, que la oveja. Ya vimos que, en ciertos contextos, su demanda de suplementación es mínima, con una amplio espectro de especies vegetales que echarse a la boca. Al igual que la oveja y las bestias, su estiércol es caliente, muy bueno como abono. Es por todo ello que veremos cabras en un número considerable de explotaciones, prácticamente en todas las dehesas, grandes o pequeñas, aunque su número varíe, yendo de un par de ejemplares para suministro de leche a grandes *piaras* de 300 cabras. También encontramos cabras formando *puntas*, pequeños rebaños al cargo de los *piareros*, los ganaderos sin tierras.

Como decimos, en la dehesa la cabra estaba presente por doquier. En las fincas pequeñas se procuraba tenerla debido a su aptitud para el autoconsumo y al suministro de leche, materia prima tam-

bién de queso fresco o añejo, además de los cabritos. La cabra tenía gran margen de maniobra por la diversidad de recursos que podía aprovechar y porque los chivos se podían vender más tarde que los borregos, se podían tener más tiempo en la finca si no se vendían, pues no perdían tanto cuando se secaba hierba, podían seguir aprovechando el monte y el pasto: *"Cuando se secaba la hierba, se secaba el borrego, pero el chivo no"*. Si a todos estos productos sumamos el aporte de estiércol, además de la piel en su caso, vemos cómo es un animal que se presta mucho a las estrategias de diversificación de las economías campesinas. Como ya decimos, en escaso número no compite con la oveja o la vaca porque su bocado es distinto, más corto y floreando, prefiriendo distinto tipo de comida. En bastantes casos la o las cabras iban junto con otro ganado, solían estar con las ovejas o, en menor medida, con los cochinos, pero a veces se separaban y, aún yendo más o menos por el mismo sitio, iban distantes.

En las grandes fincas también encontramos cabras para la producción de leche, tanto para los dueños como para los empleados o para algunos de ellos, cual es el caso de los caseros o guardas. Los pastores también tenían cabras, tanto para su consumo de leche como porque era interesante para amamantar a algún borrego que no pudiera ser alimentado por su madre debido a causas de diverso tipo. No a todos los pastores se les dejaba tener cabras como escusas, pero sí a bastantes. Entre los porqueros no era tan habitual

Ahora bien, grandes rebaños de cabras con cabreros al cargo de ellos se encontraban sólo en fincas de monte, en su doble acepción, de sierra y/o matorral, por lo general latifundios, que era donde se podía dar la proliferación del estrato arbustivo, por menor intensidad del aprovechamiento. Si la oveja era interesante por el estercado del suelo y el cochino aprovechaba mejor que cualquier otro animal la bellota, la cabra era incuestionable en el aprovechamiento del monte y era la que mejor controlaba su proliferación en las zonas más viciosas, como eran las de relieve accidentado. Además, aunque la cabra aguanta mal los temporales, en los terrenos accidentados, con recovecos y monte, puede encontrar abrigo frente a ellos. Son prover-

biales los nombres de fincas de sierra como Los Endrinales y El Santo, cerca de Santa María de Navas al sur del término de Monesterio y Montemolín. En general, toda esa zona, limítrofe con el término sevillano de El Real de la Jara, con latifundios que contaban con miles de hectáreas en varios casos, era percibido como el dominio de la cabra.

Finalmente, en torno a la cabra giraba un mundo muy singular, el de los *piareros*, gentes sin tierras, a veces zagalones u hombres mayores, antiguos cabreros o pastores, pero también adultos en plena capacidad productiva, que tenían su pequeña punta de cabras, e iban por los caminos, ríos y cordeles con su ganado y, en ocasiones, con alguna que otra cabeza que le arrimara un vecino o un pequeño propietario. Como sucedía con los otros ganaderos sin tierras, iban dando *picotazos* en las lindes, pastoreando más allá de los metros que tenían los cordeles y caminos. Algunos de ellos iban por las calles con sus cabras y las ordeñaban a las puertas de las casas a las que vendían la leche. Aunque también había *piareros* de ovejas, la mayoría lo eran de cabras, precisamente por mayor adaptación a economías modestas, que gustan de la diversificación, la carne y la leche, siendo los *piareros* importantes suministradores de leche a quienes no tenían cabras, a los trabajadores de los pueblos. Además, la cabra se adaptaba mejor al aprovechamiento de recursos marginales, al comer tanto hierbas, algunas de ellas no queridas por otros bichos, como monte. La cabra, más ágil y ligera que la oveja, era más apropiada para el continuo desplazamiento, para largos recorridos diarios y por toda clase de terreno.

En cuanto a la economía de la cabra, como se infiere de lo dicho, sucedía en parte lo que con el cochino, que en todos los casos tenía un componente de autoconsumo, que iba decreciendo proporcionalmente a medida que aumentaba el tamaño de las fincas y las pjaras. En fincas pequeñas, con sólo alguna que otra cabra, toda la leche era para consumo propio, mientras que en las grandes la mayor parte del queso se vendía, cosa que apenas sucedía en las pequeñas. En unas y otras, los cabritos o chivos eran para la venta.

La importancia del autoconsumo en los productos de la cabra era notablemente diferente de los del cochino, porque se trataba de consumo de leche y no de carne. El de la cabra era un suministro de leche diario o casi diario, alternando el ordeño de distintas madres. El del cochino era un suministro continuado pero gracias a la transformación de su carne. En el caso de la cabra sólo la elaboración y conservación del queso se parecía en algo a los embutidos y salazones. De la cabra lo único que se consumía era la leche y su derivado ya que la carne de chivo, de cabrito, era un manjar prohibitivo, debido al precio que adquirirían en el mercado los animales. Sólo algún accidente, alguna muerte por enfermedad que no afectase a los humanos hacía posible que se consumiese su carne. Incluso los animales viejos se vendían. No quiere decirse que los grandes propietarios no matasen alguna vez un chivo para una caldereta, pero ni eso era frecuente, pues en tal caso lo que sacrificaban solía ser un borrego. En los pueblos sí se consumía alguna carne de chivo, sobre todo de animales grandes, que mataban algunos carniceros. Es lógico, por tanto, que en el repertorio gastronómico de la zona no abunden los platos basados en el cabrito, salvo los revoltillos, lo más barato, y la falda, también barata, para la *pringá* del cocido. De comer carne, se buscaba siempre las más baratas y abundante, la de cerdo sobre todo. En estos pueblos la carne de caprino no se ha considerado una exquisitez, es más, hay mucha gente que tiene cierta reluctancia a su sabor u olor a *chero*. Este es olor no de la carne de cabrito sino del macho adulto, pero si tenemos en cuenta que eran precisamente los adultos los que se consumían, no es de extrañar que se asocie chivo a *chero*.

Desde el punto de vista económico, se trataba de la especie que menor gasto tenía, o mejor dicho, la que menos demandaba granos u otros productos distintos de la vegetación espontánea. Como hemos visto, su capacidad para consumir biomasa con componente leñoso y el ser palatables para la cabra muchas especies vegetales que no lo son para otro ganado hacían que se resintiese menos de la estacionalidad, de tal forma que los periodos críticos eran menores, casi inexistentes,

sobre todo en su hábitat natural, el monte. En efecto, con alimento de cualquier tipo, y no mucho, daba chivos y leche. Optimizando los recursos, consumiendo aquellos que eran marginales y en los que no tenía competencia, garantizaba un uso integral de los mismos y se mantenía sin apenas coste de alimentación, sin necesidad de trabajo humano para suministrar alimento. Ni que decir tiene que, si no competía con otros animales por el alimento, mucho menos lo hacía con los humanos. Por todo ello, el único gasto corriente de la cabra era apenas la mano de obra. En bastantes casos, las cabras iban entreveradas con otros animales, al cargo de la persona que cuidaba de ellos. En este aspecto vale lo dicho para los cochinos en cuanto a la mano de obra de las pequeñas explotaciones, es decir, las cuidaba algún miembro de la unidad doméstica campesina o por personas contratada, a veces un chiquillo o un hombre que por cualquier circunstancia resultase marginal en el mercado de trabajo. En Santa María de Navas era frecuente, entre pequeños y medianos propietarios, una aparcería por la que las cabras del dueño de la tierra eran cuidadas por otro hombre que no tenía tierras y, a cambio, éste último podía tener otras tantas de su propiedad. En fincas medianas y grandes de zonas llanas, sin monte, no solía haber rebaños al cargo de un cabrero.

En fincas pequeñas, las instalaciones que requerían eran también mínimas, por el escaso número de cabezas. Cualquier apartadizo en un corral o nave, un pequeño corral hecho de piedra o quizás de taramas podía valer para recogerlas de noche, encerrarlas para el ordeño o apartar los cabritos. En las grandes fincas, la persona encargada de las cabras variaba según la magnitud de la cabaña. Cuando era una punta de cabras solían estar al cargo del casero, que era quien las ordeñaba y podían ir acompañando a otros animales. A veces un chiquillo, el hijo de algún empleado, podía custodiarlas. Ahora bien, al cuidado de las cabras con rebaños que podían llegar a las 300 cabras en algún caso es donde encontramos a los cabreros, trabajadores fijos que se ajustaban por año, de San Miguel a San Miguel y, si había conformidad, continuaban. En cuanto a la retribución, era parecida a la de los otros ganaderos: el sueldo, *cundíos* y las escusas. Podían llevar un

porcentaje en los chivos y en queso, aunque esto no siempre era así. En cualquier caso, tenían sus propias cabras y hacían su queso, parte del cual podían vender. También vendían los cabritos de sus cabras. A veces, las escusas en cabras eran una alternativa al porcentaje en los cabritos, no se daban a la vez.

En cuanto al trabajo de los miembros de su grupo doméstico se puede decir lo mismo que se refirió en el caso de los porqueros y pastores, algún hijo podía ser el zagal y otros estar empleados, como fijos o eventuales, en la finca. La mujer, además de alguna tarea temporal, las más de las veces era la encargada de hacer el queso de la finca, si no lo hacía la casera. En cualquier caso hacía el queso suyo, en lo que también solía participar a veces el cabrero. Al cabrero lo solía auxiliar el zagal, que no tenía escusas, sólo *cundíos*, y en tiempo de chivos, el *chivero*, eventual que recibía sólo el sueldo.

Puesto que las cabras, como veremos, se solían recoger de noche en algún corral, el cabrero tenía su morada junto a ellas, cerca del cortijo por lo común, y a veces en el cortijo mismo. Al no tratarse de un lugar de recogida itinerante, como el de las ovejas, ni dividirse la cabaña en distintas pjaras, como en el caso de los cerdos, el corral era siempre el mismo, por lo que se procuraba que estuviera junto al cortijo. Por eso mismo, en el caso de los cabreros no era frecuente que se quedasen en chozas, sino en las citadas casillas, de mampostería, como las casillas de los porqueros, y en cualquier caso de reducidas dimensiones.

Las razones para recoger a las cabras eran varias. Por una parte, por su propia etología no son animales que se puedan tener recogidos en una simple red como la oveja, pues la saltarían o romperían. Por esa razón y por la inferior calidad de su estiércol no se redileaba con ellas. Por otra parte, los informantes nos apuntan que la cabra es más endeble para las inclemencias del tiempo al raso y de noche, sobre todo para el frío y, muy principalmente, el agua, como nos recordaba el mentado refrán de "*Que llueva aunque la cabra se muera*".

Sueltas, evidentemente, tampoco podían estar por su carácter inquieto y andariego, ni aún donde hubiera cercas. Además, estaba el

problema de los lobos. Aunque algún informante nos cuenta que las cabras se quedaban sueltas, era harto infrecuente, al menos durante todo el año, porque en algún caso más tenemos constancia de que se quedaban solas en el monte de noche en verano.

Los cobijos más frecuentes eran de dos tipos. Uno de ellos eran las naves o *tinaones* (Foto 11), estancias amplias con techumbre de maderos, tablas y teja vana. En muchos otros casos, valía un corral, con pared de piedra o de tapia lo más alta posible y un techado, en ocasiones de teja pero en muchas otras un cobertizo de palos y taramas en que guarecerse en noches malas. El corral solía estar junto al cortijo, sobre alguna de las paredes exteriores o en el interior de algún corralón. Las paredes solían ser de piedra o tapia y el suelo de tierra, pero al estar muy pisoteado y de tanto barrerse lo que quedaba eran afloraciones de piedra o *tosca*, una arenisca muy compacta. Si sólo había un corral, se solía dividir mediante una mampara o pared de monte, tablas u otro material, para apartar los chivos. En alguna finca, las cabras estaban en un corral y los chivos en algún cobertizo, una cuadra o similar. Los pastores hacían junto a los chozos o a alguna encina un corral de monte, de *orgazo* o escoba para los chivos, y algunos tenían incluso un chozo para ellos. Para las cabras también podía haber algún corralillo. Algunos pequeños propietarios quedaban las cabras de noche en los corrales de sus casas o en un corral o pensadero de que dispusiesen.

Los pensaderos, llamados *espensaeros* en la Puebla eran, y son aun, muy característicos de ese pueblo, y se trata de inmuebles independientes de las viviendas, muchos de los cuales están en las traseras de algunas calles, o incluso conforman calles en sí, en los que guardar aperos, grano, paja, y tener algunos animales. Constan de una parte cubierta y un corral.

En este pueblo, como veremos, era frecuente que pequeños propietarios cuyas tierras no estuviesen muy distantes tuviesen las cabras en sus fincas durante el día y volviesen con ellas al pueblo de noche, quedándose en estos pensaderos.

EL MANEJO DEL GANADO

Vistas las infraestructuras y la mano de obra necesaria para la cabra, empezamos por el manejo de la misma, comenzando por los animales en sí, por la raza. Como vimos que sucedía con otras especies en la dehesa, se buscaban animales rústicos, de canales ligeras, poco exigentes en comida y que fueran capaces de transformar recursos marginales. Puesto que no se trataba de animales estabulados o con abundancia de comida, pastando por lo común en terrenos afables, sino todo lo contrario, las razas de cabras eran rústicas, no grandes productoras de leche, salvo la precisa para sacar adelante a los chivos. Habían de ser poderosas, capaces de meterse por entre el matorral y encaramarse a lugares escarpados e inhóspitos a veces. A esto respondían las cabras del país, llamadas en general serranas, castellanas o *de monte*, según los sitios. Sin embargo, aún llamándose del mismo modo, su fenotipo variaba. En cuanto al pelo, las capas eran diversas y encontramos cabras blancas, cárdenas o negras, incluso algunas llamadas *zuritas*, tirando a azulonas o cenicientas. Por aquel entonces no era extraño ver alguna cabra *jarropa*, que no era nombre para una raza sino para una característica: cabras y chivos con mucho pelo en el pecho y las patas.

La cabra serrana era fuerte y grande, de patas largas y poderosas y ubres relativamente pequeñas comparadas con las lecheras. Entre otras cosas, las ubres habían de ser pequeñas, recogidas y fuertes pues de lo contrario tendría muchos problemas de lesiones en medio del montarral. Se buscaba que las cabras fueran *bolsicúas*, es decir, que la parte final de las ubres y los pezones no cayesen en vertical, sino más bien al sesgo, recogidos hacia adelante, buscando la horizontalidad, para evitar roces. En zonas más llanas la cabra podría ser menos rústica. Como decimos, no eran grandes productoras de leche pues su vocación fundamental era sacar adelante al chivo, sin embargo, una vez éste empezaba a comer bien, el aporte de leche era bastante interesante, sobre todo de cara al queso. Tenemos por tanto animales rústicos orientados no a una producción intensiva y especializada, sino al manejo en extensivo y la doble aptitud, cárnica y lechera, buscando una cría al año.

El manejo de la cabra presentaba en muchos aspectos bastantes similitudes con el de la oveja, por ello seremos menos prolijos en su descripción, incidiendo más bien en los rasgos diferenciales. Así, los machos, que es como se llamaba a los sementales, y al igual que sucedía en el caso de las ovejas, existían donde había piaras grandes mientras que los pequeños propietarios, si no los tenían, se servían de algunos prestados o de los propios hijos de las cabras.

En cuanto al renuevo de la cabaña, parece constatarse una mayor duración de la cabra que de la oveja, 7 u 8 años, aunque el tener alguna problemas en el ordeño o flojear en la producción de leche hacía que se precipitase la renovación. En este sentido, una cabra que fuera buena de leche, que diese muchos litros, era probable que *"hubiese que desviejarla antes, porque se quedaba cansina"*. Al elegir las chivas y chivos de renuevo tenía una gran importancia la producción de leche y por ello se miraba mucho la calidad de las madres en este sentido y la condición de las ubres, tanto de las madres como de las chivas nuevas. Se procuraba que las tetas fueran buenas y no demasiado grandes, ya que en la sierra se destrozaban, aunque debían ser lo suficientemente grandes para ordeñarlas bien. Como ya dijimos, era interesante que, para la sierra, fueran *bolsicúas*, pero esto no tenía por qué ser así en todas las fincas, al menos en las llanas.

Los machos mejores se consideraban aquellos que fuesen anchos y fuertes, *"que tuvieran costillas"* y que fueran largos. Así darían buenos chivos, grandes y con peso. Se buscaba que tuvieran el pelo bueno y fino, y aunque había piaras en que podía haber una mezcla de pelajes, sobre todo en las más pequeñas, en algunas se buscaba que la cabrada tuviera más o menos el mismo pelo, por razones estéticas: *"Que fueran iguales, como cortadas con una tijera"*. Pero a veces, detrás de las razones estéticas había otras más prácticas, pues se asociaban ciertas características, como el pelo o la construcción de una determinada parte del cuerpo, con la calidad de los animales. Por ejemplo, un cabrero prefería las cabras negras porque según él las coloradas eran más duras para espelechar y daban peores pieles. Un criterio estético personal de otro cabrero, y del actual encargado de una finca que fue zagal suyo, era que los machos tuvieran el hocico

acarnerao, es decir, parecido al de un carnero. Otros cabreros, sin embargo, no tenían esto en cuenta. En cuanto a los cuernos, se buscaba que los machos tuvieran una buena cornamenta y que las cabras los tuvieran hacia atrás.

El ciclo de la cabra, según se mire, iba de otoño a otoño o de primavera a primavera. Me explico. Si hablamos desde la cubrición a la venta, iba de mayo a mayo; y si es de un parto a otro, hablamos de octubre a octubre, más o menos. Ahora bien, como siempre o casi siempre, eso sucedía en los rebaños de ciertas dimensiones donde se controlaba bien la cubrición y el parto, no en las *pitarrillas* (grupo de pocos animales) o puntas de cabras, en que podía suceder lo mismo que con los cochinos, que estaban juntos machos y hembras y los partos podían tener lugar a lo largo del año. En éstas fincas a menudo no existía semental y eran los de algún lindero o amigo los que montaban a las hembras. A veces los propios chivos, las crías, pisaban a las madres antes de venderse. Como en el caso de la oveja, caso conocemos en que un carnicero local prestaba algún macho para ese menester.

Donde había piaras de cabras, los machos se echaban aparte en el tiempo en que no debían cubrir, cuando ya empezaban a parir las cabras. Una alternativa era enmandilarlos, ponerles un mandil de lona, esparto o material, con una correa atada a la espalda (Foto 12), de modo que colgase delante de los genitales y así, al intentar montar a la hembra, el mandil se interpusiera. Con los mandiles había que tener cuidado ya que al ser los chivos animales inquietos y meterse por entre el matorral podían romperlos y perderlos.

La cubrición empezaba en mayo, siendo una fecha emblemática para ello el Día de la Cruz, el 3 de mayo, fiesta muy celebrada entonces por estos pueblos. A partir de entonces, o bien se quitaban los mandiles o bien se echaba los machos a las hembras. Se buscaba así que la paridera empezara en octubre, de tal forma que se hiciera coincidir el momento de máximo desarrollo de los chivos, de mayor consumo de alimento, con la época de máxima disponibilidad de biomasa y de mayor alimento de la misma, la primavera. Igualmente, para

ese entonces los chivos ya estarían destetados por lo general y las madres convertirían esa abundante hierba en leche para el consumo humano.

Los celos eran los mismos que los de la oveja: temprano, navideño y tardío. El celo les dura a las cabras un día, así que los pastores que tenían cabras y las tenían junto a los chozos, cuando salían en celo, las llevaban a los chivos, ya fuera a los de la casa o a los de los alrededores. Ahora bien, a diferencia de otros animales, los machos, aún no estando la cabra en celo, intentan cubrirla y, a veces, hacían que salieran en celo. A diferencia de lo que sucedía con el ovino, se precisaban pocos sementales por cada hembra y así con dos o tres machos había suficiente para piaras de cien cabras.

Por tanto, de mayo a octubre machos y hembras estaban juntos y durante ese tiempo se cubrían. Teniendo en cuenta que la preñez de la cabra es de cinco meses, en octubre empezaba la paridera (*"en octubre hace la cabra ubre"*), que podía durar hasta enero o febrero en el caso de las cabras que se cogieran más tardías, pero éstas eran las menos, alguna que otra *soltiza*.

El de la paridera era el tiempo de mayor complicación para el cabrero, pues había de cuidar de las madres e hijos, de ahijarlos, de hacerlos mamar. En el corral se hacía un apartadizo y se iban metiendo los chivos que iban naciendo. A veces se apartaban las cabras que estaban a punto de parir. A algunas las dejaban en el corral hasta un par de días después del parto pero normalmente, si parían de noche, a la mañana siguiente salían al campo y el chivo se quedaba en el corral. La cabra, a diferencia de la oveja, solía parir más de día que de noche y por eso los cabreros tenían menos trabajo de noche, pero era frecuente que los cabreros y zagales llevaran en brazos al corral los chivos recién paridos en el campo.

Al igual que sucedía con la oveja, una cuestión crucial en la paridera de la cabra era el ahijamiento. Aunque en los rebaños de cabras había menos cabezas que en los de ovejas y los chivos se apartaban, la cabra tenía algunos problemas adicionales pues *"el chivo es muy delicado para ahijarlo, no como la oveja, que pare y el borrego va*

detrás de la madre. La cabra tiene que estar metida en el corral". El chivo había que cogerlo en brazos y echárselo a la madre para que mamara cuando ésta venía del campo. En las cabras resultaba algo más fácil conocer a las crías y distinguir las porque su pelo, con frecuencia, presenta más diferencia entre ellas que la lana de la oveja, y así cualquier mancha de pelo o tonalidad podía singularizar a los animales. No obstante, era necesario poner atención y saber distinguir, cosa de la que se vanaglorian muchos viejos cabreros: *"Estando acostado me han llevado los zagales chivos recién nacidos y he sabido de qué cabra eran"*.

También podía suceder que porque muriese algún animal, por un parto doble o porque la madre no pudiera amamantarlo, había que ahijar a un chivo con una cabra que no era su madre. Lo más frecuente en los casos de rechazo por parte de la madre era amarrarla a una estaca para que la cría se amamantara. Era cosa habitual que se muriera alguna cabra y, de no haber otra que hubiese perdido a su cría, había que ir dándole al chivo de mamar en distintas cabras. Como vimos, las cabras también ayudaban a criar los borregos cuya madre hubiera muerto o se hubiera quedado sin leche.

Aunque la cabra es capaz de arrostrar más fácilmente los tiempos de escasez de comida en el campo, sobre todo de hierba, que otros animales, veces había en que debía ayudársele, sobre todo en el tiempo de la paridera, y esto por dos razones. La primera era que en este tiempo de parto o gestación avanzada necesitaba estar fuerte y tener leche para el chivo. La segunda era que todo ello coincidía con un tiempo crítico en la dehesa, cuando la hierba escasea al principio del otoño. Aunque la cabra tiene en ese tiempo la defensa del matorral, a veces se la ayudaba con un pienso. Parece que había cierta tendencia a dar algo más de comer a las cabras que a las ovejas poco antes de parir y en la paridera. No quiere ello decir que se hiciera así siempre, pero sí con más frecuencia que a las ovejas. Por ejemplo, algunos empleados que tenían escusas en cabras y que iban en la cabrada de la finca, las dejaban a veces más a mano junto a su vivienda, *"por darles mejor de comer"*. El pienso más recurrente eran habas, *algarobo* y

avena, solos o ligados. En mucha menor medida se les daba paja de leguminosas y más raramente todavía, en menos lugares, algún heno. Sin embargo, lo mejor eran las habas, que como hemos visto son muy buenas para dar leche.

Los *algarrobos* eran preferentemente una comida para cabras, se decía que eran muy fuertes y se les echaba especialmente cuando iban a parir. Aunque, como acabamos de ver, también se usaban panerones, alguna comida como las habas se les echaba en el suelo. A las cabras era también frecuente echarles de comer de manera más individualizada que a las ovejas, en unas pequeñas latas o incluso en morrales, pero esto último más bien en fincas pequeñas. A veces se debía a que eran pocos animales, por ejemplo los de los pastores o pequeños propietarios, y en el caso de rebaños más grandes porque se les diera de comer sólo a algunas. Las habas se les echaban limpias y el pienso menudo en unas vasijillas o latas, y tenía el cabrero la paciencia de ir dándosela y saber a cuál darle, a la más mala, la más endeble. Quizás el darle de comer en recipientes pequeños también se debiese a que a las cabras no se les solía echar apenas paja, ni sola ni mezclada con otro pienso. Finalmente, en una gran finca hemos constatado que se le echaban coles en el invierno, hacia el mes de diciembre.

Después de nacer, los chivos no acompañaban a las cabras al campo, sino que se quedaban encerrados en el corral, donde sus madres los amamantaban cuando se recogían. Cuando ya podían comer hierba salían con las cabras y seguían pastando junto a ellas y durmiendo juntos en el corral. *"Los chivos a los 20 ó 30 días empiezan a comer y ya cuando tienen 40 días pues ya va con su madre"*. Si se querían sacar a comer aparte de las madres, aún sin destetarse, se ponía a un *chivero* que los sacase al campo. En las cabras no se hacían distintos atajos de chivos con sus madres sino que, de salir con las cabras, todas estaban juntas

A los chivos no se les echaba pienso alguno, sólo se alimentaban con la leche y la hierba. A la hierba que hubiera durante el otoño se unía en la dieta de la cabra el monte, el matorral. Durante este tiem-

po, las cabras iban dando un bocado aquí y otro allá de las ramas y hojas que hubiera, aunque fuesen algo duras, pues en este tiempo eran su principal sustento. Recordemos que la cabra come toda clase de hierbas y matorral, *mata prieta* (renuevos de encina, alcornoque, roble y quejigo), coscoja, jara, romero, aulaga, retama, escoba, tomillo, ardivieja, *orgazo*, *galapero*, tamujo y otras. No quiere decirse que se comieran las hojas de todas estas plantas, sino más bien los renuevos, los tallos tiernos y las flores pero, de una forma u otra y en mayor o menor medida según la especie, las aprovechaban. Con la aulaga la cabra era la única especie que se atrevía, bien es verdad que sólo con los renuevos tiernos y con las flores que, al decir de los cabreros, daban una leche muy dulce, al igual que la flor del romero. En Pallares nos dan cuenta del siguiente refrán: *"Al llegar el mes de abril/ y la flor del galapero/ le dice el chivo al chivero/ ve y cómete tú la yerba/ que la flor es lo que quiero"*. El comer monte evitaba a las cabras el inconveniente que tenían las ovejas de no poder salir a pastar hasta tarde en tiempo de hielos, cuando ya la hierba no estuviera helada, con lo cual disponía de más tiempo durante el día para buscar su sustento.

Aunque la bellota estaba destinada al cochino, no por eso dejaban las cabras de coger alguna de la que hallaban a su paso, aunque poca. En la montanera la cabra se llevaba preferentemente a zona de monte, pero donde no hubiera mucha bellota. En esa época solían estar más recogidas en algunas fincas, pequeñas sobre todo, que incluso las encerraban parte del día.

Llegado el invierno, ya hacia diciembre y enero en que empezaba la tala, una ayuda no pequeña la constituía el ramón de las encinas que se talaban. No era sólo en ese tiempo cuando lo aprovechaban, pues en épocas de escasez, pero siempre y cuando no corriera la savia, los cabreros a veces le caían alguna que otra rama de encina o alcornoque, siempre aquellas que menos o ningún fruto tuvieran y que estorbasen. También podía tratarse de algún chaparro. Pero, llegando la tala, tenían ramón en abundancia, que para eso el cabrero las conducía a él.

Con las cabras se tenía aún mucha mayor prevención que con las ovejas en los olivares, ya que la cabra es muy dada a atacar los árboles, y no entraban en ellos salvo en algún caso muy concreto y cuando hubiese ramón en el suelo. Ahora bien, se le podían sacar fuera los ramones. Los pequeños propietarios que tenían olivar solían hacerlo y también era muy frecuente que gentes con cabra y sin olivos consiguieran, por ejemplo pidiéndolo a los dueños de olivar con quienes tenían confianza, ramones de olivo que se llevaban a sus fincas. En este sentido, el aprovechamiento era integral, pues también se aprovechaban los chupones en verano, aunque esto era sobre todo por parte de los más menesterosos y los propietarios más pequeños. Las grandes cabradas no solían aprovechar el ramón de olivo, pues recordemos que la mayor parte de los olivares estaba en manos sobre todo de pequeños y medianos propietarios y los dueños de grandes propiedades, de tener olivares, no los solían tener juntos a las fincas de sierra.

Las cabras y los chivos, si había buena otoñada, comían hierba en otoño e invierno, aunque fuera poca, y llegada la primavera gustaban de ir pastando de flor en flor. Los cabreros y amantes de las cabras suelen decir que no son tan dañinas como las pintan, incluso que hacen menos daño que, por ejemplo, la oveja porque no esquilma, no agota la hierba, no la apura, al ir escogiendo un bocado aquí y otro allá, floreando. Además, comían las hierbas que comían las ovejas, pero los tallos y las flores preferentemente. La mayor calidad de la hierba de los labrados se notaba en la leche y, así, el hijo de un campesino de Puebla del Maestre cuenta cómo su padre sabía por la leche dónde habían estado las cabras, si en la zona de El Encinar, que era tierra de erial de varios años, o en La Solana, más laboreada.

Como hemos visto, la gran preferencia, y la gran ventaja de la cabra, era el matorral. Aunque resultaba más estratégico en tiempo en que no hubiera hierba, en la primavera también era de mucho alimento y, sobre todo, hacía que la cabra no compitiera tanto por las hierbas con las ovejas, vacas y cochinos. Cuando ya empezaba a haber hierba en cantidad, cuando las cabras tenían leche abundante y de sobra y los chivos comida, era cuando comenzaba el ordeño.

Esto solía suceder a principios de primavera, hacia marzo. No obstante, siempre se comenzaba a ordeñar algo antes. Desde el otoño se empezaban a ordeñar algunas cabras, pero muy poca cantidad, pues los chivos eran pequeños y sólo se sacaba leche para el gasto diario. En estos casos se solía ordeñar por la mañana, antes de que mamaran los chivos. Cuando iban siendo más grandes las crías y había más comida en el campo de la que ir tirando tanto las madres como los hijos, era mayor la cantidad de leche que se sacaba y siempre con el mismo método, apartar los chivos de noche. No obstante, esto solía hacerse para obtener muy pequeñas cantidades, para ir teniendo leche para el consumo, de alguna que otra cabra que fuese más abundosa y adelantada.

Cuando empezaba la época de ordeño, el manejo de los chivos variaba según las fincas. En unas no pernoctaban en el mismo corral madres e hijos, para poder tener leche por la mañana a la hora de ordeñar. En otras dormían pero no pastaban juntos, pues chivos y cabras iban en piaras distintas durante el día y se les daba de mamar por la tarde. Ahora bien, esto último sucedía sobre todo antes de la plena producción de leche porque, ya entrada la primavera, se solían apartar de noche. El proceso de apartar los chivos era previo al destete, si es que se destetaba. En cualquier caso, para ordeñar había que apartar. Lo común era que cabras y chivos fueran en distintas partidas al campo y luego se les diera de mamar, pudiendo volverlos a apartar durante la noche.

Dependiendo del tamaño de las fincas, los chivos podían pastar junto a otros animales, caso de las pequeñas explotaciones, o conforman piaras al cargo de un zagal o del *chivero* en las grandes fincas. Este eventual comenzaba su trabajo cuando se apartaban los chivos para salir solos al campo y se despedía al juntarse de nuevo la manada. En cualquier caso, la presencia del *chivero* era menos frecuente que la del temporil de las ovejas, pues su función podía cumplirla el zagal. Cuando tras el destete llevaban bastante tiempo separados y los chivos no mamaban a las madres, podían volver a ir juntos cabras y chivos. Era la época de mayor obtención de leche.

El interés por la leche hacía que en muchos casos los chivos se destetasen antes que los borregos, por ejemplo hacia marzo. En las fincas grandes lo que se hacía era separarlos de las madres y llevarlos los primeros días a lugares distantes de aquellos a donde fueran las madres porque, al oír los campanillos, los chivos buscaban a las cabras. Ahora bien, no en todas las fincas se destetaban las crías, sino que se vendían aún mamando pero con muchos meses. En ocasiones dejaban de mamar ellas solas debido a lo avanzados que estaban.

Una alternativa a la separación era el uso del betijo, que se daba sobre todo en fincas pequeñas donde no se podían hacer piaras aparte. Como también vimos en la oveja, la otra posible forma de evitación era embarrar las ubres de las madres. No era muy frecuente y solía hacerse en puntas pequeñas como último recurso si no funcionaba el betijo.

En plena primavera, el ordeño se hacía en distintos momentos y, así, en algunos casos era por la mañana, antes de salir las cabras al campo. En otros nos dicen que era hacia mediodía, que traían las cabras al corral para ordeñar y poder hacer entonces el queso. A continuación, las cabras volvían al campo, *de repasto*. Cuando los días eran ya largos las cabras salían temprano y, si había suficiente comida, se ordeñaban dos veces, hacia las 11 o las 12 de la mañana y por la tarde, a la recogida. La época de ordeño fuerte era de marzo a junio, pues ya en esa época, con el calor, el queso empezaba a ponerse agrio enseguida, se aupaba y le salían *saltones*, agujeros. Entre San Juan y San Pedro se cortaba el ordeño y, a los dos o tres días, se le *daba el retieso* a las cabras hasta que se secaban. *Dar el retieso* no era otra cosa que ir dando un ordeño cada vez más espaciado, para dejar de ordeñar, pero evitando que la acumulación de leche en la ubre produjera enfermedad. Hay que tener en cuenta que en mayo se empezaban a coger las cabras y las que quedaban preñadas, al poco tiempo, al mes o los dos meses, dejaban de dar leche. No obstante, siempre quedaba alguna cabra que había parido más tarde o que no quedaba preñada y a la que se seguía ordeñando con el fin de tener leche para el gasto diario.

Como hemos podido ver, el encargado de ordeñar era siempre el cabrero, ayudado por el zagal siempre que éste no tuviera que estar con los chivos si no se encerraban. En fincas grandes donde había pocas cabras solía ser el guarda el que ordeñaba y en las explotaciones campesinas lo hacía aquel que estuviera más al tanto de este ganado.

Como hemos señalado, la cabra era la que suministraba la leche en gran número de fincas, al no haber vacas de leche. En los pueblos tenía la competencia de las vacas de los hortelanos u otros pequeños propietarios que tenían vacas lecheras. No era frecuente que los campesinos vendieran la leche de sus cabras en los pueblos, pero también se daban casos. Los *piareros* sí lo hacían. En muy pocas de las grandes fincas se llevaba la leche al pueblo para venderla pues, aparte de la del gasto, el resto se hacía queso.

Los encargados de hacer el queso variaban según los sitios. En las pequeñas explotaciones y entre los empleados que tenían alguna cabra solían ser las mujeres las encargadas de ello, aunque no por eso dejaban algunos hombres de hacerlo. Cuando se trataba de la punta de cabras de una gran finca era tarea de la guardesa y el guarda o la casera y el casero. Donde había cabreros, éstos y sus mujeres se encargaban de la labor, aunque casos conocemos en que los cabreiros sólo hacían su queso, mientras que el de la finca era cosa de los guardas.

Para elaborar el queso, ya en aquellos años, se utilizaba cuajo en polvo, un producto comercial que había sustituido al tradicional, que no era otro que el líquido del estómago de algún chivo o borrego lactante. Aunque algunos informantes nos hablan de que en épocas anteriores se utilizaron como cuajo algunas plantas, no aciertan a precisarnos más sobre el particular.

La leche había de templarse un poco junto al fuego, procurando que no se enfriara, pues entonces no cuajaría. A la leche con el cuajo había que darle vueltas hasta que se hiciera la cuajada, que se colaba para separarla del suero y, luego, se iba echando en los cinchos, unos aros metálicos con agujeros a lo largo de su superficie para ir dando

salida al suero y el agua que tuviera la cuajada. Unos alambres en un extremo del aro enganchaban en alguno de los agujeros del otro extremo, cerrando así el aro. El queso podía ser mayor o menor dependiendo del tamaño del aro y del agujero en el que se cogiera el alambre, que servía para darle mayor diámetro. Los cinchos de esparto, propios de los pastores de la zona de La Serena no se usaban por aquí. El cuajo se iba apretando con las manos y sacándole el suero que tuviera, hasta dejar el queso compacto. La cantidad de cuajo y de cuajada que se echara, lo apretado que se hiciera el queso y la cantidad de sal eran criterios de cada uno, y contribuían a darle a cada pieza su gusto y textura particular. El suero que resultaba se le daba a los animales, a los perros y a veces a los lechones, pero en tiempos de mucha penuria iban por los cortijos gentes muy necesitadas, mujeres sobre todo, a pedir que les dieran el suero para poder dar algo de comer a sus hijos o para ellas mismas. El queso se ponía en alto sobre en unas tablas para que se secase, y al día siguiente o los dos días, según el tiempo, se le quitaba el aro. Luego, podía venderse o consumirse fresco o dejar que se curase, bien para consumir así o para meterlo en aceite. Oreado tenía más interés porque valía algo más y, además, era más fácil de transportar. En cualquier caso, queso añejo en aceite no se solía vender, sino que era algo que la gente hacía para conservarlo y consumirlo, tanto los pastores como quienes compraban el queso.

Para hacer el queso se precisaban las cubas en que calentar la leche, cinchos, colador y un entremijo, o tabla rectangular de tamaño variable pero no mayor de unos cuarenta centímetros de ancho, con un pequeño reborde en los laterales y que se va cerrando al final para conducir el suero que caerá a un recipiente abajo. En algunos casos, en los cortijos, era como una mesa, con patas más altas por un lado para que corriese el suero, en otros era simplemente la tabla, que se levantaba un poco por uno de los lados. Pero no en todos sitios existía este instrumento y, en algunos chozos, se hacía el queso sobre alguna tabla o mesa. En los cortijos grandes existía una quesera, o dependencia destinada expresamente a la elabora-

ción y curación del queso. En los chozos se podía poner el queso a orear en el chozo de la chacina o en el de la candela. Había que tener cuidado con los aires, pues algunos de ellos podían aupearlo y echarlo a perder.

El destino de los quesos era, en primera instancia, el autoconsumo, de los propietarios de fincas y de los empleados. No sólo se abastecían los dueños y los trabajadores fijos en sus casas sino que también era parte de la comida que se daba a algunos eventuales y a los mozos como parte de su salario. Al conservarlo en aceite se tenía queso para el consumo todo el año. El queso sobrante era para la venta, en los pueblos en el caso de las pequeñas producciones, a los vecinos directamente o a los comercios, y a mayor escala en las grandes fincas. Una vez oreados, asentados, muchos quesos salían de las grandes fincas de la sierra con destino a las casas de los grandes propietarios en los pueblos de la comarca o en otros mayores donde residían. Allí se podían vender en la propia casa o se los llevaba un comprador. En algunos casos, había intermediarios que los iban comprando por la sierra y los llevaban a otros pueblos y ciudades, como por ejemplo es el caso de Santa María, en que un comprador local los llevaba envueltos en hojas de helecho para venderlos a Berlanga, en la campiña de los Llanos de Llerena.

El tiempo obsequioso en hierbas, flores y retoños del matorral traía gran producción de leche y hacía que los chivos cogieran peso, de tal manera que se pudieran vender a finales de primavera, cuando la comida menguaba. No obstante, la venta de los cabritos no era tan perentoria como la de los borregos, pues si éstos cuando se acaba la hierba verde se *empastan*, y no ponen kilos con el pasto, no le sucede lo mismo a los chivos, por sus propias características biofísicas y por disponer del matorral. Así, se podían vender chivos bien entrado el verano. Ya vimos cómo en ocasiones se castraban incluso. Pero, en general, los chivos empezaban a venderse en primavera, hacia mayo, y principios de verano. Se vendían más machos que hembras pues sólo quedaba algún chivo para semental, mientras que eran muchas más las chivas de renuevo.

Dependiendo de la envergadura del rebaño, así eran los destinos y canales de comercialización. Los chivos de las puntas o las *pitarras* eran para el mercado local, los compraban los carniceros de los pueblos, siendo esta la carne fresca que se consumía durante el verano, tanto la carne y las vísceras como los revoltillos. Hay que hacer notar que no se trataba por lo común de cabritos pequeños sino de animales ya de gran envergadura, a veces los de desvieje. Recordemos que los carniceros podían ser en algún caso quienes suministrasen chivos grandes para sementales a pequeñas puntas donde no los había. Las partidas grandes se vendían para el mercado de las ciudades, para Madrid, Barcelona, Sevilla, muchas veces a través del matedero de Mérida. Se compraban a través de corredores o intermediarios que, en ocasiones, juntaban partidas comprando aquí y allá para conformar un lote grande.

Para vender los chivos se pesaban, pero aquí era menos raro que en los cochinos venderlos a ojo. No existía celebración alguna, no se precisaba más manos que las del cabrero, el zagal o el propietario y su familia. Sobre la forma de pago nos queda el refrán que reza "*Chivo fuera del chivero y cinco duros al sombrero*".

Una vez hecho el desvieje e incorporado el renuevo, la cabrada seguía su ciclo, con los machos y hembras juntos y apareándose. Si aún lo había, el *chivero* era ya despedido y no quedaba más que la mano de obra habitual. El ordeño iba tocando a su fin y, con la seca de la hierba y las flores, también cambiaba el tipo de alimentación de las cabras. No dejaban de comer pasto, pero cobraban mayor importancia relativa otros recursos, como el matorral, sus hojas y ramas. Aunque en menor medida que los cochinos y ovejas, las cabras, o las de algunas fincas, aprovechaban algo de los rastrojos, no mucho desde luego. Si aún quedaban chivos, eran muy agradecidos con algunas rastrojeras, en las que ponían un peso interesante. En cualquier caso, la cabrada solía echar pocos días y no se desplazaba a las fincas de las campiñas pues tenía otros asideros alimentarios. Únicamente en un par de explotaciones que tenían varias fincas hemos constatado que las cabras, que estaban la

mayor parte del año en las tierras más montuosa, iban en el verano a otra en la que había más siembra a aprovechar parte de los rastros y algún ramón de chopo.

Del monte seguían comiendo aunque ya no hubiera flores ni retoños tiernos. Algo muy apreciado para las cabras son los *repiones* de la jara, la bolita que le queda una vez caída la flor y donde está la semilla fecundada: "*Esos repiones le dan una fuerza que se ponen como mulas de gordas*". También gustaban mucho de la grana de la retama, de la semilla que echa en el verano y que a los chivos les hacía poner buen peso. Alimentándose con éstas y otras plantas, si seguían ordeñándose las cabras, no es que dieran mucha leche, pero era de muchos grados y, por tanto, de bastante rendimiento en queso.

De mucho acomodo en el verano era la vegetación de ribera, juncos, juncias, arbustos e incluso árboles, si se les talaban algunas ramas. Esto sucedía por ejemplo con los chopos y álamos al final del estío. Ahora bien, la poda de estos árboles era problemática pues de podarse mucho se resentiría la calidad de su madera. Ya vimos cómo podían sacarles los chupones de los olivos, que se quitan hacia agosto.

En tiempo en que no abundaba el verde, los cabreros habían de tener cuidado de que las cabras no se fueran a los melonares que pudiera haber en algunos barbechos de la dehesa. Ahora bien, los restos de melonares y huertas eran un recurso de circunstancias para las cabras, sobre todo en fincas pequeñas, en puntas. Con la llegada de las aguas de otoño, quedaba atrás el tiempo seco y comenzaba otra vez el ciclo de la hierba y de la cabra toda, con la paridera.

Durante el ciclo que hemos descrito, sólo dos operaciones había que hacerle a las cabras, la marca y, en algunos casos, la castración. Para identificar y reconocer al ganado, o más bien a los propietarios del mismo, se hacían en las orejas unas señales peculiares de cada casa, unas rajadas. Esto sucedía sobre todo allá donde había un cierto número de cabras, pues en *pitarras* o cabras sueltas se conocía bien a cada animal. No obstante, un cabrero muestra su desdén por esta

práctica con este comentario: *"Allí, las cabras no tenían marca ninguna. Ahora sí hay muchas cosas de esas, porque no entienden"*. En caso de extravío servía para su identificación pero también cuando se moría una cabra en una gran finca el cabrero guardaba las orejas y las presentaba al dueño o encargado como justificación de esa baja.

Al señalar a las cabras, al igual que sucedía con el desrabe de la oveja, la incorporación de un animal reproductor a la cabaña de la finca implicaba una operación de cruenta, aunque a diferencia del desrabe de los borregos y castración de los cochinos no implicaba amputación de un miembro. De todos modos, no daba lugar a un ritual o celebración alguna.

En cuanto a la castración, el chivo sólo se capaba si se quería dejar alguno de manso, cosa que no siempre se hacía. A diferencia de las ovejas, con las cabras no se solían hacer desplazamientos pautados a otras fincas, para esquilas o aprovechar rastrojeras. Sólo en algunas fincas con grandes piaras hemos encontrado mansos. Como hecho poco frecuente, pero que constatamos en diferentes lugares, se castraban los chivos si llegado el tiempo de la venta ésta no se había podido hacer o se prefería esperar un poco y vender chivos con más peso. Hacer un atajo con los chivos supondría tener que emplear a alguien, pues si se dejaban con las madres las preñaban al ser ya grandes. Los chivos *"se capaban para que no cogiesen a las cabras y para que se pusieran gordos, limpios y no echaran cuenta de las cabras"*. La castración la solían hacer los propios cabreros, aunque no todos se daban traza para ello y recurrían a alguno que supiera, alguna persona mayor con experiencia. Las dos modalidades de castración eran a cuchilla y a vuelta.

Las que acabamos de ver eran operaciones muy puntuales, que requerían alguna que otra hora al año como mucho. De diaria realización era tarea de barrer el corral, con escobón de tamujo por lo regular, rodo, pala y esportón o a veces carrillo con el que echar a la esterquera lo que había de ser estiércol para la labor, aunque fuera más flojo, de peor calidad que el de oveja.

PASTOREO Y CUIDADOS

La gran tarea del cabrero, como no podía ser menos, consistía a lo largo de todo el año en la custodia, en el pastoreo del ganado, labor más ardua que la de cualquier otro animal pues la cabra no descansa nunca, como reza el refrán: *"La cabra y coja no quiere siesta y a la que la duerme, caro le cuesta"*. Esta era la penitencia del cabrero que, por contra, tenía noches más sosegadas que el pastor, porque las cabras estaban a resguardo y no solían parir de noche.

Lo fundamental del trabajo era pastorear al ganado, llevarlo a los pastos y al agua, quehacer este último más importante en verano, en que había que buscar la poca agua que hubiera en los cauces y, en caso extremo, sacarla de algún poco. Mientras el mayoral barría el corral y sacaba el estiércol, el zagal salía con el ganado. En tiempo de primavera, en cabradas grandes, era mucho el tiempo que podía echarse en el ordeño. En ese tiempo, cuando el cabrero hacía el queso, el zagal salía con las cabras, aunque a veces era la mujer del cabrero quien elaboraba el queso.

El cabrero no se podía permitir fácilmente dejar las cabras y volver a su casa, como hacía el pastor, por ejemplo en verano. A lo sumo podía alternarse con el zagal en algún caso, y no siempre, si era una cabrada grande. Entre otras cosas, era mucho el terreno que recorrían las cabras a lo largo del día, eran largos los careos y por lugares incómodos las más de las veces. En invierno, las horas de sol eran pocas y el trabajo, por tanto, menor, pero las inclemencias podían ser muchas. En verano, invariablemente había de soportar calores, pero a veces podía descansar, sin que las cabras se movieran de junto a los manos. En verano, en que la oveja se acarra, la cabra, por contra, no tiene siesta. Por eso había de pastorearse sola o recogerse en algún corral. Lo mismo ocurría con las cabras de los pastores que solían ir con las ovejas, a las que algún zagal o un muchacho cuidaba en las horas de más calor, llevándolas al monte, a algún río o barranco. Pero en algunas fincas las cabras de los pastores, o de otros empleados que las tuvieran como escusas, iban con la cabrada durante el día y se recogían por la noche en algún corral cerca del chozo o de la vivienda del

empleado. Para ilustrar la dureza del trabajo, sírvanos esta pincelada que nos da este cabrero de una finca junto a Santa María:

"Me levantaba a las cinco de la mañana y estaba todo el día con la alforja a cuestas. A mediodía me iba debajo de alguna encina, pero me comían los hormigos y las garrapatas. Me tenía que meter hojas de jara en las llagas porque me salían ampollas y, así, se me ponía el pié muy duro. Luego, no tenía ganas de comer, llegaba caldeado al agua caliente".

Al igual que sucedía con la oveja, el cabrero buscaba las abrigadas los días de mal tiempo. Por ejemplo, algunos pequeños propietarios que tenían fincas cerca de Santa María, que recogían las cabras de noche en los corrales de sus casas y tenían varias parcelas cerca del pueblo, las llevaban a unas u otras según la comida que hubiera y las condiciones del clima y, así, un campesino nos cuenta que los días de mal tiempo llevaba las cabras a la parcela que tenía en la zona de encinar, con cerros y recovecos, donde el ganado encontraba más abrigo y estaba más reservado. Cuando el tiempo venía bueno tiraban para La Solana, tierra más llana y sin árboles.

En fincas pequeñas y medianas recorrían todo el terreno, salvo los sembrados, pero en las grandes extensiones se procuraba darles cada día un careo distinto *"porque parece que les gusta que le cambien la pastoría"*. En cualquier caso, su lugar natural era la sierra, y el matorral su preferencia. De una gran finca de Santa María, con grandes sierras pero también con terrenos llanos, nos cuenta un antiguo zagal: *"La cabra estaba siempre en el monte porque el llano estaba más castigado por las ovejas y la cabra, si huele oveja, se va"*. Por esa misma razón, en otra finca vecina, pero más pequeña, aunque las cabras recorrían todo la finca, en primavera, si se podía, se le reservaba un trozo sólo para ellas, porque la cabra es muy *escrupulosa*. Aunque, como hemos visto, necesariamente tenían que compartir pastos y, a veces, ir en la misma piara, pastorear juntas cabras y ovejas era complicado a veces, por la distinta etología, pero también se podían buscar medios para hacerlo más fácil, como nos refiere un zagal:

"Cabras y ovejas no hacen liga, porque las cabras andan más y en verano no se acarran. Pero cuando las acostumbras a las voces y al ganado, ellas mismas se guardan y se ve vienen en busca de las ovejas. Se alargan pero luego vuelven cuando llegan a la linde y había veces que venían sólo por las tardes".

Otra diferencia en el pastoreo del caprino respecto del ovino es que la cabra, al ser más individualista e inquieta, se ataja más, se quedan unas cabras o grupos de ellas cortados y separados de otros. Por eso, según un cabrero antiguo, *"Hay que estar pegado a ellas. Ahí está la vista del tío, en no darle pelota, en estar encima. El ganado varía mucho de estar custodiado a no estarlo. Si se te hacen dos atajos, doble trabajo"*. Otro cabrero abunda en ello: *"Tienen que ir a su gusto, pueden coger una pastoría grande, pero que vayan unidas. Además, abiertas no hacen carriles"*.

La custodia del ganado día y noche, con frío, calor o lluvia, se hacía más penosa si tenemos en cuenta que lo frecuente era ir por sierras y montarrales, tras animales inquietos, que gustaban de lo nuevo, lo arriesgado, no doblegaban ante riscos, barrancos, agriles y monte espeso y que no rechazaban tentación alguna de comida, sobre todo en sitios donde no había cercas y todo era linde, tanto con fincas próximas como con las hojas de cultivo de dentro de la propia dehesa. De ahí la necesidad y recurso continuo al garrote. A las cabras que no estaban manseadas, eran trabajosas de pastorear, y que requerían estar todo el tiempo encima de ellas y tirarles a veces el garrote se les llamaba cabras *garroteras*.

Pero no sólo del garrote vivía el cabrero, también contaba con la ayuda de otros colaboradores aparte del zagal, situado en otro extremo de la cabrada o junto a él si la situación lo permitía. Estos auxiliares eran los mansos y los perros. Ya vimos el proceso de castración de machos para mansos, sigamos ahora con su función. Hay que recordar que no en todas las cabradas había mansos, sólo en algunas de gran envergadura. La razón no es otra que el coste de mantenimiento que tenían unos animales que no daban producción alguna, sobre todo teniendo en cuenta que no estamos ante el caso de las ovejas,

que se desplazaban a otras fincas o lugares para el esquila, los agostaderos, etc. Entre otras cosas, además de la conveniencia para manejar una cabrada grande, sólo se encontraban mansos en grandes rebaños, donde un par de animales improductivos no querían decir nada entre un número tan alto. Servían, eso sí, para conducir el ganado por la propia finca, cosa que podía hacerse en muchos casos sin su ayuda.

En cuanto a los perros, lo más frecuente era encontrar perros de agua para la conducción, para buscar a algún animal que se salía de madre o para hacer volver a alguna cabra díscola que se iba por donde no debía, por ejemplo a un sembrado, cuando al cabrero no le daba ya tiempo a alcanzarla.

Otra ayuda en el pastoreo y custodia eran los campanillos, que eran propiedad de los cabreros, no de la casa y sobre los que no existen muchas diferencias en cuanto a lo dicho sobre la oveja. Servían para tener controlado al ganado, para saber por dónde andaba y para que estuviera junto. Además, por el sonido se podía saber si un animal se encontraba en una situación de dificultad, si venían lobos u otros animales dañinos, o si surgía un problema durante la noche. En comparación con las ovejas, en las cabras los campanillos resultaban más necesarios al ser animales más inquietos, tenían un campeo más largo, andaban más y, al estar en el monte, a veces se les podía perder de vista. Por eso era necesario ponérselo a las cabras más díscolas, además de a los cabestros y a otras.

La pastoría de las cabras a veces implicaba picaresca. Era muy evidente en el caso de los *piareros*, que entraban en las fincas ajenas cuando era preciso, pero también se daba entre algunos pequeños propietarios, de menguado terreno y necesidad de alimento para sus cabras. Esto lo constatamos en todos sitios donde existían pequeñas propiedades junto a latifundios. Algunos pequeños propietarios hacían estas incursiones o instaban a hacerlas a quien tuvieran empleado, algún muchacho, por ejemplo.

El repertorio de tareas y el acervo de conocimientos que para realizarlas precisaba el cabrero eran grandes. En este oficio había de saber de todo, por ejemplo, hacer las veces de veterinario cuando enfermaba

algún bicho o de matarife cuando era obligado matarlo o desollarlo. Las enfermedades que más atacaban a las cabras eran parecidas a las de la oveja y, así, podían padecer de basquilla, bacera, pulmonía o *pedero*, y tener problemas con las batatas, *pergañas*, víboras, lobos, etc. Sin embargo no tenían problemas de modorra y las *coqueras* en la cabra no se conocían como tales, pues a lo sumo podían tener algún problema si se les infectaba alguna herida. Tampoco tenían problemas con la hierba helada, como vimos, pues mientras dura la helada, mientras está la hierba mojada, van comiendo monte, que se hiela bastante menos o no se hiela toda la mata, o comen hierba de las partes más abrigadas, con lo que evitan enfermedades como la pulmonía. Por eso, por la mañana podían salir a la sierra y por la tarde al llano, donde por la mañana habría helada, y alternaban así el matorral, la hierba y el ramón.

Sin embargo las gentes insisten en que la cabra tenía muchas enfermedades o que las sufría a menudo. Recordemos lo mal que soporta la cabra el agua y la nieve, a diferencia de la oveja, lo que se traduce en padecimientos tales como la *chamberga*, pulmonía, sarna, etc. Muy problemática era la brucelosis, las conocidas como *calenturas maltas*, muy frecuentes en la cabra, con la agravante del contagio a los humanos. Por el tamaño y sensibilidad de las ubres, en un animal echado al monte también había problemas provocados por los arañazos y desgarros que producían *ubrero*, pudiendo perder con ello los pechos y provocando fiebres que podían llevar al animal a la muerte. Un cabrero nos hace esta distinción:

"Eso era de que se entrillaban los pechos, se le entrillaba alguna vena... Hay dos clases de *ubrero*, el negro y el blanco. El negro es más malo, se le cae hasta el pecho y se morían muchas".

Las *pergañas* o *aragüeyes* no eran tanto problema para el caprino, que no tiene lana sino pelo fuerte y resbaladizo. Un viejo cabrero nos da motivos adicionales: "*Pergañas cogen pocas. Algunas saetas de esas que se meten en la vista, pero pocas, porque la cabra va todo el día en el monte con la cabeza levantada*".

La basquilla era menos frecuente en el caprino que en el ovino, pero también podía sufrirla, por hartarse de comer en el verde de los *plaos*. Respecto a la basquilla nos dicen: "*A la cabra se le nota enseguida porque se le ponen los ojos mirando para el sol y le rechinan los dientes*". El remedio era el mismo que en la oveja, la sangría.

Finalmente, la pulmonía provenía de un enfriamiento, bien porque la cabra se mojara o cogiera frío o bien por beber un agua mala, por no estar soleada o por haberla emponzoñado algún animal o los humanos. Ya nos referimos a que la cabra aguanta mal el agua y puede coger pulmonías por enfriamientos con cierta facilidad. *Chamberga* llamaban a un tipo de enfriamiento, de resfriado, que a veces se hacía crónico.

11. LA VACA Y LAS AVES

ECOLOGÍA Y ECONOMÍA DE LA VACA

Para el vacuno valen las mismas consideraciones generales que hicimos al comenzar a hablar sobre el caprino y ovino, pues existen muchas semejanzas en cuanto a su ciclo general, a la alimentación y al acompasamiento con usos ganaderos y forestales de la dehesa, por lo que sería repetitivo relatar cuestiones de las que ya se habló. La presencia de la vaca era menor que la de los animales anteriormente estudiados y además su manejo era más sencillo. Por todo ello, la caracterización del mundo de la vaca será menos extensa que la de las otras especies, como veremos enseguida.

En efecto, la vaca era el animal menos representado en la dehesa y buena prueba de ello ha sido la dificultad para encontrar vaqueros que nos pudieran dar detalles del mundo de la vaca en los años cincuenta. Esta escasa presencia se explica porque el vacuno precisa pastos altos, cosa que no es la más frecuente en esta zona, de suelos cortos y escasa humedad. En general la vaca no es animal muy mediterráneo, sino atlántico, propio de los prados del norte, lugares de precipitaciones continuas y gran producción de hierbas y de heno. Debido a su volumen, el vacuno demanda gran cantidad de comida y, por su hocico ancho y labio grueso, no consigue aprovechar pasto de menos de 2 ó 3 cm, prefiere pastos altos y densos, de entre los 10 y 25 cm, cosa no la más habitual en el Mediterráneo, salvo en ciertas zonas de transición a otros climas, atlánticos o de Centroeuropa (Mon-

toya, 1983:78), y en microclimas de alguna humedad por precipitaciones o por proximidad a zonas húmedas, como ríos, riveras, etc. Además de los suelos, por lo común pobres, el factor limitante es el agua, la humedad, que desaparece durante el periodo estival en que la muy negativa evapotranspiración rompe el ciclo vegetativo de las hierbas de mayor desarrollo y altura, favoreciendo sólo a plantas de ciclo anual, corto y de escasa talla. Durante el estío aparece un periodo crítico para el vacuno, que difícilmente puede ser suplementado con reservas de hierba de la primavera por su escasez y poca altura. La siega de heno sólo tenía lugar puntualmente, en algunas zonas altas y con cierta pluviosidad y no en todos los lugares de ellas. Pero no es sólo el verano el tiempo crítico sino que también lo es el invierno en parte, en cuanto a hierba se refiere. Durante el otoño nace la hierba pero sufre un parón vegetativo en cuanto aparecen el frío y la helada, con lo cual no hay hierba abundosa y de altura para el vacuno, cosa que sólo sucederá en primavera. El pasto del verano puede ser alto, pero desde luego no de mucho alimento por estar seco.

Otro elemento limitante es la pendiente. La vaca es animal poco andariego y además, por su corpulencia y volumen, poco ágil, de modo que no se encuentra excesivamente cómodo en pendientes superiores a un 30-35% (Montoya, 1983:78). En el área mediterránea abundan las montañas y aunque en la Sierra Morena las pendientes no son muy pronunciadas, las sierras tampoco favorecen la presencia de las vacas. En nuestra zona de estudio vemos cómo es en la zona este de Pallares, por su proximidad al Viar y por ser latifundios, pero también por ser terrenos más bien llanos u ondulados, donde se da la mayor presencia de vacuno. La vacada más importante de la zona de Santa María era la que, pasada la primavera, pacía junto a una de estas fincas del Viar.

Ahora bien, una distinción importante a la hora de hablar de presencia de vacuno es la de vacuno de carne y vacuno de leche. Si en el entorno mediterráneo no encontramos gran cantidad de vacas, mucho menos encontramos vacas lecheras, por las razones antes expuestas. La vaca de leche necesita más aún pastos abundantes y

frescos y es por eso que el vacuno mediterráneo, de haberlo, sea de carne, extensivo, produciendo apenas la leche precisa para amamantar al becerro. Ahora bien, como veremos, en algunas fincas y en casi todas las huertas existía algún ejemplar lechero, casi únicamente de raza foránea, la frisona o suiza. Las huertas son agroecosistema fuertemente antrópicos, donde el estrato herbáceo es totalmente creado y que surte de comida a la vaca haciéndole salvar los periodos críticos.

El vacuno de carne, el retinto y negro como veremos, no estaba presente, ni mucho menos, en todas las fincas. En algunos pueblos de dehesa estaba relegado a lugares puntuales. Las variables que dictaban su presencia eran de tipo ecológico y económico y eran la existencia de hierbas altas, asociadas a cauces de agua, y el tamaño de las fincas. Si la vaca gusta de hierbas altas y terrenos relativamente llanos, los podemos encontrar sobre todo junto a los cauces de agua de cierta importancia, donde abunda la vegetación de ribera. No se trata tan sólo de que la vegetación sea de cierta altura sino también de que la frescura de las riberas la haga perdurar en el verano.

Así, las manadas de vacas de carne las encontramos en la zona oriental de Pallares, al arrimo del río Viar y la Rivera de los Molinos. Una vez el río Viar entra en la dehesa, por la zona de Los Baldíos, en todo su recorrido va flanqueado por vastos latifundios en donde se hallaban las más importantes vacadas, algunas de ellas de 80 y 100 animales adultos. Aunque en general el terreno del sur es accidentado, la parte más llana de Santa María cercana a su rivera y otros buenos barrancos y arroyos que corrían gran parte del año también era tierra donde pastaban vacas. A orillas del río Vendoval, que avena el área de estudio por su parte interior, también existía algún vacuno en sus riberas adeshadas.

La estructura de la propiedad es también un elemento condicionante, aunque no determinante, como veremos, de la presencia del vacuno o de los distintos tipos de vacuno. La vaca es animal de gran volumen, por tanto de gran requerimiento de comida, y si esto sucede en terrenos donde la hierba no es abundante, quiere decirse que precisa de mucho terreno, más que ningún otro animal. Para tener una

manada al cargo de una persona se requiere una gran extensión. Ante periodos críticos de comida, intra e interanuales, se necesita un remanente de la misma, de capital en definitiva, para afrontarlos. Por otra parte, la vaca presenta poca flexibilidad, por su gran demanda de comida pero también por su tardía reproducción, haciendo falta al menos tres años para el primer parto y no soliendo llegar a un parto al año. Esta falta de flexibilidad la hace poco adaptable a climatologías irregulares intra e interanualmente, como es nuestro caso, sobre todo para economías modestas. El riesgo en la vaca es mucho mayor que en la oveja y la cabra, tanto por posible ausencia de producción de crías, y de leche si es el caso, como por avatares diversos como enfermedad o muerte. El riesgo que supone la baja de una vaca o becerro es mayor obviamente que el de cualquier otro animal. A la pérdida económica que supone la baja del animal hay que unir el largo periodo hasta su reposición por otro nuevo, dado lo prolongado de la gestación y el periodo improductivo hasta que las novillas pueden parir.

Si es vacuno de carne supone una especialización fuerte, su beneficio es la carne únicamente, no se presta al autoconsumo, ni de carne ni de leche. Incluso, como subproducto, el estiércol tiene poco interés. Es por ello que tradicionalmente en el Mediterráneo el vacuno (de carne, insisto) ha sido más bien cosa de adinerados, no se ha prestado a las estrategias de diversificación campesina sino que, bajo ciertas condiciones ecológicas, se ha dado en las grandes fincas, de las que serían señero ejemplo esas vastas dehesas junto al río Viar.

En las fincas pequeñas no solía haber vacas, salvo alguna suiza para la venta de leche. Eso sucedía sobre todo en la Puebla y quizás se debiera a que estaban semiestabuladas a veces y a la existencia de parcelas cercadas en los alrededores del pueblo, que hacían posible tener alguna vaca sin necesidad de alguien que la cuidara, ya que la vaca se custodia ella sola estando en un cercado. La existencia de muchas cercas de piedra es la razón que arguye también un informante de Santa María para explicar la existencia de muchas vacas históricamente en El Real de la Jara. También en la parte occidental de la

comarca de Tentudía encontramos la relación entre vacas, cercas y mediana propiedad, aunque con mayor peso del factor ecológico, del tipo de hierbas (Acosta, Amaya y Díaz, e.p).

Al igual que sucedía con otras especies, había algunos propietarios de vacas suizas, con poca o ninguna tierra y que iban por los ríos y riveras, pero eran bastantes menos que los *piareros* y eran sobre todo de la Puebla. El vacuno de leche lo encontramos fundamentalmente en esas pequeñas explotaciones antedichas y en las huertas, algunas de ellas dentro de dehesas, donde los cultivos herbáceos, coles, forraje y restos de otras hortalizas proveían de lo necesario para su sustento. El factor abundante en estas explotaciones, la mano de obra familiar, permitía una explotación más intensiva de la vaca, con el ordeño. En la dehesa, no era habitual encontrar vacas lecheras en fincas de pequeño y mediano tamaño, sino en alguna que otra finca grande, y sólo algún ejemplar. Si las necesidades de comida de la vaca son grandes, las demandas del vacuno lechero son aún mayores. Se trataba, cuando lo había, que no era tan habitual, de alguna que otra vaca suiza para el gasto de leche de una gran finca. No obstante, como vimos, esa función de suministradora de leche la cumplía también la cabra, y con menores necesidades de alimentación y menos riesgo, por lo que las razones para la presencia de vacas disminuían y muchas dehesas no tenían ninguna.

En aquella época, el uso de las vacas y bueyes como fuerza de trabajo, como ganado de labor, era algo residual. Se trataba siempre de animales de doble aptitud, cárnica y de labor, ganado de renta que ocasionalmente se uncía para la labranza, cuando era necesario. El ganado de labor era siempre de razas de carne, rústicas. Se trataba del ganado habitual de la dehesa que, en alguna ocasión, se empleaba en la labor.

En los años cincuenta, según nos cuentan los informantes, el vacuno de labor era testimonial, limitándose a una par de fincas en Santa María. La sustitución de vacas y bueyes, por mulas sobre todo, va aparejada al avance de los cultivos, al desarrollo de la agricultura en general, con mayor especialización y producción y se da principalmente a

partir del siglo XIX (Zapata, 1983:620). En muchos lugares de España la sustitución se produjo antes de la guerra y en nuestro caso denota un rezago en las técnicas agrícolas que en nuestra época de estudio ya se había superado con la plenitud de la agricultura tradicional de esos años.

Por las razones expuestas, y con las salvedades también apuntadas, el vacuno en la dehesa era propio de las fincas de cierto tamaño, por el terreno que se precisaba, por las necesidades de capital en momentos críticos y por capacidad de asunción de riesgo. La vaca es la especie que menos mano de obra requiere. Su manejo no presenta apenas complicación, ni en la paridera y lactancia ni en el pastoreo y alimentación. Estando en cercas, se guarda y cuida completamente sola. En aquellos tiempos esto no sucedía en la zona de estudio, pues apenas había cercas. Este hecho se ha revelado más evidente con el correr de los años, pues en la dehesa actual la vaca es el animal que más ha aumentado sus efectivos, tras alambrar las fincas, y todo ello buscando la supresión de mano de obra. Por esa razón, en las explotaciones de cierta envergadura donde se podían asumir sus desventajas en cuanto a falta de flexibilidad, a riesgo y capital, y siempre que se dieran las referidas condiciones ecológicas, el ahorro de mano de obra hacía que se optase por la vaca. Las explotaciones de menor extensión no tenían tanto capital, preferían no asumir riesgos, optaban por especies de mayor versatilidad y la mano de obra era, comparativamente, el factor de producción más abundante, por la sobreexplotación de la fuerza de trabajo doméstica. De existir vacas en pequeñas explotaciones, cosa excepcional, solían ser de razas lecheras, las que más mano de obra precisaban, por el ordeño y el cuidado que requerían, tenían una doble aptitud, de carne y leche, con su derivado el queso, además del estiércol que producían en los establos. Además, siempre aparecían junto a otras especies animales, en la lógica de diversificación de las economías campesinas que podía suponer la gestión de distintos espacios productivos también.

La alimentación de la vaca era cuestión más delicada, por la gran demanda de comida y, sobre todo, por la necesidad de afrontar esta

exigencia en momentos críticos. Como venimos repitiendo, a ello podían hacer frente con solvencia las grandes explotaciones, por disponer de muchos pastos, grano y paja, así como de capital para adquirirlos si menester fuera. La diversidad de usos y recursos de la dehesa podía ayudar en algo, con la alternancia de pastos, forraje (a veces heno), ramón, grano y paja, que se veía aumentada en el caso de existir huertas en la finca o en otras parcelas del mismo dueño. En las pequeñas fincas el recurso a alimentos distintos de los pastos era más necesario, sobre todo a los productos y subproductos de huertas y otros espacios productivos y al forraje.

En cuanto a las infraestructuras, las vacas camperas eran capaces de soportar bien las inclemencias del tiempo, como la hacen hoy en día al raso y de noche. En la mayoría de los casos, no estaban bajo techo pues, como nos dice un antiguo vaquero: *"La vaca del país no ha necesitado resguardo, se pega a la pared o al tronco de una encina y aguanta un temporal y no pasa nada. Al becerro lo llama y lo protege con su cuerpo"*.

No obstante, de noche se recogían, para que no se fueran lejos, por resguardarlas junto a alguna pared y por tenerlas encerradas frente a animales dañinos o estampidas. Además, tras el destete, había que tener aparte los becerros. Por lo común se recogían en toriles, en cercas de piedra o tapia de reducidas dimensiones, normalmente cerca del cortijo, pero no siempre (Foto 13) Los toriles solían ser redondos, y ello debido a las razones que nos aduce este ganadero: *"Cuando hay un toro encelado o una vaca con mala clase y se violenta, si el toril es cuadrado, en un rincón puede matar una vaca a la otra"*.

Para manejar las vacas en cualquier operación, como herraje, curación, poner campanillos, embarques, etc., las fincas mayores y con mucha vaca disponían de cercas adicionales, pero no existían embarcaderos ni *mangás* (mangas, espacios entre talanqueras que van convergiendo). En un toril, cerca o corral, junto al cortijo por lo general, podía haber un poste hecho de mampostería, de piedra y cal, para amarrar a las vacas cuando había de hacerse alguna operación que requiriese su inmovilización. A veces era una encina lo que había en

el corral. De no haber nada en éste, se recurría a alguna encina próxima. Cuando no era una rebaño demasiado grande, o para tener solo algunas de las vacas, en grandes fincas existían *tinaones*, o naves. En fincas pequeñas, como cobijo tanto para las de leche como para las de carne, valía cualquier cobertizo, cuadra o nave.

En grandes fincas solía haber pilares para vacas (Foto 14), al menos en algunas hojas o cercas. Aunque en alguno existiese una bomba manual, era raro, y lo que tenían era una cuba o, en el mejor de los casos, llegaba el agua por gravedad. En su defecto, había pozos con alguna pila. Como hemos visto, la vaca se asociaba a arroyos y ríos, pero de no haber agua resultaba un problema mayor que en otros animales y era de gran trabajo para el vaquero, por la cantidad de agua que precisaba cada animal.

Para guardar la comida de las vacas sólo alguna finca de Santa María tenía una *henera*, una nave grande donde se almacenaba el heno o la paja. Ahora bien, esta instalación podía valer para almacenar diversas cosas y servir a diferentes animales.

Las casillas de los vaqueros solían estar cerca del cortijo, a veces eran una dependencia del mismo, en algún corralón, o en casillas o chozas próximas a los toriles si éstos estaban alejados del cortijo. Sus características eran las mismas que las de las viviendas de los cabreros, por ejemplo. En muy pocos casos vivían en una choza, de piedra o tapia y de monte, y sólo hemos constatado el uso de un chozo de pastores por un zagal. Veces había, sobre todo si se desplazaban a alguna finca distinta, que se quedaban en casillas que allí hubiera y servían de alojamiento tanto a ellos como a cabreros o porqueros.

La mano de obra, insistimos, era poca. El manejo de la vaca era quizás el menos complejo de todos: no tenía especial trabajo en la paridera; todo el ganado iba junto, a una sola mano, excepto cuando se apartaran los becerros tras destetarlos y esto no durante mucho tiempo; no había que esquilarse, ordeñar o cambiarle de sitio cada noche; y se trataba de un animal tranquilo que no daba excesivos problemas para el pastoreo. Los principales problemas venían cuando había que

hacer alguna operación con un animal y era necesario cogerlo y amarrarlo. En general no era un ganado peligroso y, salvo un caso concreto en que un toro cogió a un vaquero, no hemos tenido noticias de accidentes con el vacuno.

En la finca pequeña en que hubiera vacas eran atendidas por los miembros de la familia. El ganado de leche en las grandes fincas no tenía asignada una persona específica para el menester, sino que era alguno de los empleados fijos, el guarda o el casero, por ejemplo, quien las cuidaba cuando se requería, pues estaban en los alrededores del cortijo o en alguna cerca próxima. A veces, las vacas de leche eran del hortelano. Cuando se trataba de vacuno de carne extensivo, si era en grandes fincas, había vaquero. Entre los vaqueros se constata un menor peso de la tradición familiar que entre otros ganaderos, como también menor era la presencia de varios miembros de la familia dentro de las fincas. Hay que tener en cuenta que era poco el trabajo que había con la vaca en una finca, y que el vaquero no siempre tenía un zagal si la pira no era muy grande, ya que el trabajo era menos complicado que con otros animales. Las tareas más problemáticas eran esporádicas y para ellas contaba con la ayuda de otros empleados de la finca. La retribución del mayoral era similar a la de otros ganaderos: sueldo, *cundíos* y en alguna finca algún becerro como escusa, pero no en todas.

Los zagales, de haberlos, eran preferentemente de la familia, pero se constatan muchos casos en que no era así, por no tener hijos los vaqueros o ser muy pequeños para el trabajo. Los zagales iban siempre con los vaqueros custodiando la manada, pues no tenía que quedarse ninguno barriendo corrales, cambiando la red o cuidando de crías pequeñas en las majadas. Sólo cuando se apartaban los becerros podía haber trabajo en dos pjaras distintas. Lo que sí podía suceder era que, en algún caso, se quedara uno solo con las vacas mientras el otro iba a comer, por ejemplo, o tenía que hacer cualquier otra cosa. Por supuesto, los temporales eran algo inusitado, y sólo los hemos constatado en algún latifundio con una gran vacada y de manera muy esporádica.

EL MANEJO DEL GANADO

El sistema de explotación del vacuno en extensivo se orientaba a la consecución de crías que habrían de venderse con unos 300 a 400 Kg. No obstante, tenemos informaciones que apuntan a distintas edades. Unos nos dicen que se vendían de erales, con dos años. En otras fincas, por ejemplo al este de Pallares, eran añojos, con año y medio, aunque también con dos años. Incluso había quienes los vendían de becerros, de terneros.

Evidentemente, la aptitud del ganado iba a dictar, o mejor dicho condicionar, la raza. Así, si el ganado de renta predominante en la dehesa era el de carne, el tipo de animal predominante había de ser rústico, poco exigente en comida, capaz de afrontar tiempos de poquedad en alimento, buen aprovechador del ramón, que soportase las extremas condiciones climáticas al raso y, dentro de lo posible, capaz de andar y pastar por terrenos con alguna pendiente. Esos requisitos los cumplía mejor que ninguna la raza retinta (Foto 15). No era de mucha producción de carne pero era poco exigente en comida y bastante dura. La vaca retinta sólo daba la leche necesaria para criar al ternero y no se ordeñaba. Al ganado retinto no se le conocía aquí por ese nombre sino que se le designaba por su color, vacas *colorás*. Menos corriente era la designación de vacas castellanas, que con frecuencia hemos oído en El Real de la Jara y la zona occidental de la comarca de Tentudía, y que también se aplica a cabras del país. En la zona de Santa María se constata la existencia de algunas vacas negras, también rústicas y del país. Sólo en un caso hemos tenido noticia del cruce de retinta con suiza en una manada de una finca.

En cuanto a las vacas lecheras, su finalidad era obvia, el autoconsumo y venta de leche, además del ternero. La única raza lechera de que tenemos constancia es la suiza. Obviamente era vaca más delicada, de más carne y mucha leche, para sacar adelante bien a los terneros y dar para ordeño. Exigente en comida y nada andariega, era gustosa de terrenos llanos, apacibles.

Las manadas eran de diferentes tamaños, pero no pasaban de las 100 vacas en el mejor de los casos y muchas de ellas tenían entre 20

y 60. Sementales podía haber entre un solo ejemplar y 4, uno cada 20 o 25 vacas más o menos, aunque en rebaños pequeños que lo tuvieran, necesariamente cabían a menos. Las fincas con muy pocas vacas no tenían semental y, o bien se valían de alguno de los hijos antes de venderlos o, cuando la vaca salía en celo, la llevaban a algún toro que hubiera en una finca próxima o de alguien con quien se tuviese confianza. Las otras fincas era muy frecuente que contasen siempre con algún animal joven (eral) de renuevo que, en algunos casos, se podía vender para reproductor si no surgían problemas con los toros. En ese caso se iba dejando otro de renuevo. Esto había de ser así debido al tiempo que tardaba un animal en llegar a tener capacidad reproductora y a que, en manadas no muy grandes, podía ser un gasto excesivo mantener a varios animales destinados sólo a la reproducción. Además, el reproductor tenía un precio de venta superior al de un becerro para carne y siempre se acostumbraba a traer de fuera algún semental para cambiar la sangre del ganado. Un vaquero y el dueño de una finca, que se muestran bastante escépticos acerca de los problemas que la consanguinidad pueda causar, insisten en que en su caso no se traían sementales de fuera. En cualquier caso, en todas las manadas había siempre novillos y novillas para ir renovando el ganado, que solía durar en la finca alrededor de los 12 ó 14 años. Los criterios para dejar novillas y novillos de renuevo seguían líneas similares a los que hemos visto para las otras especies, es decir, las características de los padres y de los propios animales.

Por regla general, machos y hembras estaban juntos todo el año, excepto las novillas, que se apartaban hasta que tuvieran al menos dos años para que no las cogieran los toros, pues el parto sería muy problemático y podrían morir en él. No obstante, en algunas fincas se apartaban a veces los toros durante un tiempo, por ejemplo los dos o tres primeros meses tras el parto. En ese caso, los toros se tenían en una cerca. Hay que tener en cuenta que la gestación de la vaca dura nueve meses y que, amamantando al becerro y con poca comida como solía haber a finales de invierno, era poco probable que quedase preñada.

Por lo dicho anteriormente, y aunque hubiera partos a lo largo del año, la vaca venía a parir normalmente entre enero y mayo, siendo febrero mes de muchos partos, de tal manera que en la primavera el becerro pudiera aprovechar la hierba y la vaca tuviese mucha leche para amamantarlo. Ahora bien, hay que anotar que esto no podía ser algo tan pautado como la cría de los otros animales, pues en algunas fincas vacas y sementales estaban siempre juntos, con lo que la cubrición podía darse en distintas fechas. El celo de la vaca es muy peculiar, de corta duración, por lo que si no quedan preñadas las hembras habrá que esperar hasta el siguiente celo. La mucha demanda de comida y la irregularidad de la misma influyen notablemente en las posibilidades de preñez del bovino y ya sabemos de la irregularidad climática y de producción de hierba en la dehesa.

Aunque se apunta que la mayor fecundidad se daba en primavera *"Cuando están más gordas y les hierve la sangre"*, hay informaciones algo contradictorias acerca de la paridera y, así, al preguntar a un pastor por la fecha de la misma en la finca en la que él trabajaba, éste echó mano de los ya citados versos para intentar fijarla: *"Qué primor de ser porquero en el tiempo [de] las morcillas; / abril y mayo vaquero, cuando paren las novillas; / y pa rematar el año estar de guarda de viñas"*. De todas formas, hay que tener en cuenta que la cita refiere a las novillas y no a las vacas, y el ganado nuevo no necesariamente empieza a ser reproductor con el mismo ciclo que el adulto, como también sucedía con la cabra.

La paridera de la vaca, salvo alguna complicación en el parto, no era muy dificultosa o trabajosa para los vaqueros: *"Cuando va a parir se le nota en los genitales, se le descuelgan y el vaquero se da cuenta, no es como la oveja, que sorprende"*. el becerro enseguida sigue a la madre y no tiene apenas problemas de ahijamiento, aunque *"la vaca, cuando pare, esconde el becerro y sabe dónde está pero, a veces había que ver dónde estaba porque muchas perdían el sitio y no lo encontraban"*.

La lactancia del becerro era la más sencilla y menos problemática de todos los animales de renta y difícilmente había que ahijarlo. Recién nacido, como vimos, la vaca campera ocultaba al becerro unos

días y allí, tras una encina, matorral u otro lugar apartado de la vista, lo amamantaba. Luego, volvía al rebaño con él y éste le seguía allá donde fuera hasta el destete. Aunque también se podía amamantar a la cría con leche de alguna cabra, el ahijamiento con otra vaca había que hacerlo cuando alguna vaca muriera o se quedara sin leche.

Al destete se procedía hacia los siete meses más o menos. Para entonces la vaca estaba ya avanzada en su nueva gestación, convenía que se repusiese y no había mucha comida en el campo. Al destetarlos, durante algún tiempo estaban separados de las madres, pastando solos en una cerca o en campo abierto acompañados del zagal, por ejemplo. En muy pocos casos hemos constatado la contratación de un chaval para estar con ellos. Algunos becerros se vendían mamando y en un caso tenemos noticia del uso de una especie de betijo: *"Cuando daban castigo, que las madres estaban preñadas, les ponían un cacho de tablilla redonda en la nariz. Yo las he hecho y tiene que caer sólo el dedo porque si es más grande se cae."*

Entre las vacas de campo toda la leche era para el becerro pues no se ordeñaban por regla general, salvo a veces alguna vaca que tuviera mucha leche, fuera mansa e interesara por alguna razón obtener algo de leche. Evidentemente, entre las vacas de leche sucedía lo contrario, el ordeño era continuo, aunque el becerro debía estar bien alimentado,

Volviendo al ciclo anual de la vaca, en las grandes fincas que hemos visto, donde la comida era fundamentalmente la hierba, donde se procuraba que a los becerros los criase el campo, lo que se buscaba era que las vacas parieran de tal forma que empezaran a aprovechar los becerros alguna hierba en el otoño-invierno y, sobre todo, la primavera siguiente. La alimentación de la vaca se basaba fundamentalmente en los pastos de la finca, preferentemente hierbas altas. Además gustaba de las hierbas gordas, carretón, *lengua de vaca* etc., y del *vallisco*. Debido a esa preferencia por las hierbas altas y a que la oveja *ateza* o repela la hierba, en algunas fincas grandes se procuraba dejar algún guardado para las vacas, aunque no en todas se hacía. La vaca buscaba también la hierba en las umbrías, aunque en tiempo frío

tenía allí el problema de las heladas más que en ningún otro sitio. Según varios informantes el refrán "*Que hiele aunque la vaca se pele*", que trajimos a colación más arriba, más que a la vulnerabilidad ante el frío refiere al hecho de que la vaca no puede comer hierba cuando está helada.

La abundancia de hierba hacía más descansado el pastoreo e incluso, en algunos casos, permitía ir a comer a la casilla a mediodía, si no el vaquero y el zagal, al menos uno de ellos, ya que el ganado no solía irse lejos o a los sembrados buscando alimento.

Los que tenían alguna vaca lechera, una o dos por ejemplo, solían sembrarle algo de forraje, pero en fincas grandes no era habitual. Un mediano propietario nos cuenta que solía sembrar cerca del cortijo un forraje de avena y cebada y, en ocasiones, de un centeno temprano, de tal forma que tenía forraje de febrero a abril.

Cuando se secaba la hierba de los eriales, la buscaba en los ríos y en barrancos, donde había hierbas altas y especies como el junco, la juncia o la nea. La vaca era también amiga de cañadas, *ojeros* u *ojetales* y vegas, terrenos todos ellos donde ha habido agua, retienen humedad y dan mucha hierba, y a veces también juncos. De una finca próxima a Santa María con una parte de sierra, un zagal de entonces nos cuenta lo siguiente: "*Las vacas siempre andaban por las riveras esas de La Parrilla y por los barrancos, y también se iban a la sierra porque hay muchos valles, unos pastos de valle muy buenos en las cañadas aquellas, que echaban poleo y unas yerbas muy verdes. En el verano estaban siempre allí*".

Un vaquero matiza esta predilección de las vacas: "*Las vacas iban por esos ríos pero cuando llegaba la primavera y había yerba, al ganado le gustaba menos la yerba de las orillas cuando había fuera yerba verde. Pasa igual que en las cañadas, en los bajos, que es por mayo cuando empiezan a comerla*". En efecto, a partir de entonces y durante el verano, solían andar por cañadas, barrancos y ríos, que era donde más tiempo se mantenía verde la hierba. También buscaban la hierba en las umbrias. En alguna finca en cuyos arroyos había chopos, a veces se les caían ramas, pero no era algo significativo en el conjunto

de la dehesa. Esta práctica era propia también de los que no tenían tierras e iban con su vaca o vacas por los ríos y cañadas.

En una explotación compuestas de varias fincas, la manada se trasladaba hacia la que tenía ríos o arroyos a pasar el estío, de la zona de Santa María a los márgenes del Viar, por Montemolín. A la hora de volver a la dehesa podían demorarse también debido a que las hierbas de la dehesa son más tardías que las de las zonas desarboladas.

De todas formas, la vaca seguía aprovechando la hierba seca de los eriales. En los agostaderos entraba poco la vaca, pues en ellos se metía a otras especies. Aunque un propietario nos apuntó que la vaca se come muy bien el rastrojo que trilla la oveja, era poco lo que solía dejar y además, lo *apestaba*. Sólo en una explotación, en que las vacas pasaban temporadas en distintas finca, a veces entraban un tiempo en agostaderos de campiñas, pero no era lo frecuente.

Algo que conviene señalar para la época del calor es que variaba el pastoreo, pues había que salir muy temprano con el ganado para que estuviese comido hacia el mediodía, cuando aprieta la calor y rondan las moscas. Las vacas causaban complicaciones, *daban mucho castigo* cuando les entraba la *cuca*, es decir, cuando les picaba la mosca y empezaban a correr y brincar, y se alejaban del lugar en que pacían. Por eso se procuraba que hubiesen comido y estuviesen descansando a esa hora, o que pudiesen meterse en los ríos o barrancos para, mojando el rabo en el agua, espantarse las moscas. En algunos sitios, incluso, se las recogía hasta por la tarde. En estas horas, los vaqueros estaban más descansados y podían irse a la casilla a comer o echar la siesta, si no caía lejos. Por lo demás, el pastoreo en verano era descansado, al no tener que atender las lindes de los sembrados, e incluso había fincas, grandes sobre todo, en que las vacas podían quedarse sueltas de noche.

Cuando llegaba el otoño, la vaca se encontraba con especiales dificultades. En efecto, si bien para la oveja y la cabra también escaseaba la hierba, nada más salir ésta empezaban a comisquear, pero para la vaca era bastante más dificultoso aprovechar la hierba tan corta, debido a su dentadura y hocico. En este tiempo la primera suplementación

era la del heno y la paja. Hay que tener en cuenta que por sus características la vaca precisa de una importante ración de volumen, para lo que el heno y la paja vienen bien. Era preferible el heno por ser de mayor alimento, ya que es la planta entera y contiene semilla, además de ser más blando y digerible. De todas formas a lo largo del día se le solía dar heno y paja.

Ahora bien, en muy pocas fincas se podía disponer de heno, aquellas que por determinadas características microclimáticas, de suelo y de relieve podían destinar a *henera* alguna que otra cerca, y así sucedía cerca de Santa María. Como vimos, el heno se segaba en la primavera, cuando la hierba empezaba a secarse, a *arrepentirse*. Una vez segado, se *engavejonaba*, se recogía y se guardaba en las *heneras* o pajares, para ir dándoselo al ganado en otoño. Heno y paja era frecuente que se alternaran y así en algunas fincas se podía echar heno por la mañana y paja por la tarde. Nos insisten los ganaderos en que se les daba sobre todo paja de grano gordo, de leguminosas, siendo raro el uso de la paja blanca.

Grano se le echaba lo menos posible, sobre todo cuando iban a parir, durante la paridera y la lactancia si no había comida en el campo, al igual que a los animales que estaban débiles. En los pocos casos en que se empleaba la vaca como ganado de labor, siempre se le echaba de comer cuando trabajaba. El grano más empleado para la vaca era el *algarrobo*, normalmente molido y a veces ligado con avena o habas y, en menor medida, cebada. A esta mezcla de cereales molidos le llamaban en algunos sitios cebo. Normalmente el grano se mezclaba con paja. La explicación de un propietario sobre la práctica de utilizar grano molido es esta: "*A la vaca no se le puede echar grano gordo porque, si no se muele, lo caga igual, no lo digiere*". Este grano se le molía en los molinos de agua que existían en la rivera de Santa María o ya en molinos eléctricos que había en los pueblos o en pueblos próximos, y solía hacerse a maquila. Unos cuantos grandes propietarios disponían también de molinos en los pueblos de la campiña pero en la dehesa no existían y sólo constatamos uno a finales de los cincuenta.

Otra comida propia de vacas eran las coles, que se les podían echar en otoño e invierno. Era propio de algunos pequeños propietarios pero poco frecuente en el resto, salvo en algunas de las fincas que tuviesen buenas huertas, por ejemplo en las que hubiese un hortelano que la llevase a medias y tuviese que dar de renta una parte de la cosecha.

En invierno había que buscar las abrigadas, procurar llevar al ganado donde no hubiera helada y hacerle aprovechar el ramón de las encinas. En efecto, en tiempo de tala, o antes si venían años malos y de poca comida, aprovechaban el ramón de las encinas e incluso, cuando no tenían mucha comida, intentaban comer de las bajeras de los árboles, los barbeaban. Ni que decir tiene que las vacas no entraban nunca en los olivares. En cualquier caso, el volumen de ramón tenía un límite, ya que la vaca necesita completar en mucho su dieta con otros alimentos. Las vacas también comían algo de monte, como carrascos, coscojas y tomillo en flor o tierno, pero más bien en caso de necesidad.

Una cuestión importante en este tiempo anterior a la hierba alta era que coincidía con la montanera y había que reservar la bellota para los cochinos. La vaca no comía bellota por lo general pues, además de que era para el cochino, que la aprovecha mejor, podía ser problemática en ciertas circunstancias, como nos dicen los informantes. En las explotaciones que disponían de terrenos donde no había encinas, era allí donde se podían llevar. Este era el caso de algunos propietarios que tenían varias fincas, por ejemplo. Si no, se llevaban al encinado donde menos bellota hubiera. Se procuraba también aprovechar pronto con los cochinos alguna zona para tener en ella a las vacas, suplementándolas con lo que hiciera falta. Luego, a medida que el guarro apuraba el fruto en distintas cercas u hojas, se iba abriendo campo a la vaca. Ahora bien, a diferencia de las otras especies, la vaca no era animal que corriese por la finca detrás de una simple bellota.

Terminado el invierno comenzaba otra vez la rueda de los días y las estaciones. Aparte de los traslados que hemos vistos, se podían aprovechar las condiciones microclimáticas, de relieve, suelos, o vege-

tación de las fincas para ir sosteniendo a las vacas, aunque en general los movimientos de las vacas entre fincas no eran muchos. Como caso sumamente excepcional, alguna vez las vacas de una gran propietaria fueron al Norte de Castilla y a Navarra durante el verano, en años de sequía. Al igual que sucedía con otros animales, las vacas de algunos propietarios de la Puebla con tierras cerca de Santa María, hacia el pantano de El Pintado, pasaban el verano en las zonas bajas, próximas al río Vendoval y al pantano, mientras que en invierno se iban a las tierras de El Encinar o la Dehesa de Abajo, más abrigadas y cálidas. De ello nos da cuenta un campesino:

"En invierno solían venir a la Jesa Abajo y El Encinar porque eran menos fríos. La vaca sola te decía cuando tenía que venirse, cuando te dabas cuenta se venían, cuando empezaba el frío. Pasaban todo el invierno y parte de la primavera aquí porque aquello era más tardío y aquí se secaba la yerba antes. En verano no hacía por venir para acá, porque esta tierra tiene muy mala huella, mucha piedra. Allí tenían más agua en abundancia".

Aparte de esto, a lo largo del ciclo el trabajo del vaquero variaba pero no cambiaban tanto las tareas como las de otros ganaderos. En general era un trabajo más tranquilo, sin la preocupación nocturna de los pastores, la inquietud y vigilancia continua de los cabreros o la intensidad durante la paridera que se daba en la oveja, la cabra y el cochino. Todo el ganado iba junto, a una sola mano, excepto cuando se apartaran los becerros tras destetarlos, y esto no durante mucho tiempo. También podían apartarse en alguna cerca o corral vacas que estuviesen enfermas o flojeasen. No había que esquilar, ordeñar o cambiar de sitio cada noche. Como problema podría citarse que la vaca sufriera algún accidente, se cayera por algún barranco o lugar complicado, y entonces sí que era más difícil de ayudar que cualquier otro animal. A diferencia de las ganaderías de bravo o de lo que era costumbre en otras zonas, los vaqueros, salvo en algún enorme latifundio, iban a pie pastoreando el rebaño, que solía ir más abierto y coger más terreno que el de las otras especies, salvo que hubiese que

recogerlo algo más por la proximidad de algún cultivo. Algún caballo o burro se empleaba cuando había que trasladar el ganado a alguna finca. La honda y la porra (un palo terminado en un saliente redondo, de acebuche principalmente) eran característicos de los vaqueros.

En general, se trataba de un manejo tranquilo, por ser ganado manso. No obstante algún incidente se daba esporádicamente cuando algún animal especialmente arisco embestía o daba alguna patada. Por la envergadura y fuerza de los animales podía ser problemática la tarea de reducirlo, por ejemplo para herrarlo, sangrarlo, etc., sobre todo teniendo en cuenta que no había *mangás*.

Para pastorearlas y localizarlas, algunas de las vacas llevaban cencerros, campanillos, de cobre con correas de piel, lo que suponía un considerable capital que, en este caso, no era propiedad de los vaqueros, sino de la finca, por su alto coste. Los campanillos, entre otras, los llevaban las vacas *madrinas*, los cabestros. En nuestra zona no se tenía como cabestros a los toros castrados, como sucede en las ganaderías de bravo, sino a alguna de las propias vacas de cría que se adiestraban para ello.

La operación extraordinaria que había que hacer era marcarlas, ponerles el hierro de la casa y un número al ganado que se dejaba para renuevo, para reproductor, vacas y toros. Dependiendo de cuándo se vendieran se podían marcar de becerros, de erales o de añojos. Se solía hacer hacia marzo, por San José, sin frío ni calor, para que cicatrizase bien la herida. Era esta una operación problemática porque no existían *mangás* para conducir y sujetar a los animales, sino que metiéndolos en algún toril o cerca pequeña había que tirar al suelo a los añojos y ponerles el hierro candente. Por ello se requería del concurso de otros empleados de las fincas

Ya sea por esto último o por el carácter festivo que solía revestir este acontecimiento, distintas gentes acudían a él, como nos ilustra el zagal de las vacas de una gran finca: *"Aquel día nos hartábamos de carne y había borrachera, porque al amo le gustaba eso, y mataban dos o tres borregos. Se invitaba a los ganaderos, por ejemplo al mayoral de las ovejas, como había dos con ellas, venía uno de cada sitio"*. Aunque

no en todas las fincas hubiera una celebración de estas dimensiones, sí se marcaba ritualmente de algún modo, por lo menos en ganaderías de cierto tamaño.

Las razones de la celebración ritual son parecidas a las que vimos con el desrabe de las ovejas¹¹ o la castración de los cochinos. Se herraban los animales de renuevo que serían los toros y vacas reproductores. Este ingreso en la ganadería de la finca, esta confirmación o aumento del capital de la casa, afirmación y demostración de la propiedad de los animales, era señalada a sangre y fuego, de forma cruenta sobre el animal. Suponía un acto de dominio en todos los sentidos, de los humanos sobre los animales, en una lucha dura, que culminaba con la marca a fuego sobre el cuerpo de los becerros. En las culturas ganaderas, esta forma de dominio, de lucha contra un animal fuerte no queda reducida al ámbito de las propias fincas, de los procesos de trabajo concretos en el campo, sino que trasmite e impregna otros aspectos de la cultura. Recordemos, por ejemplo el mundo gauchesco, que resulta especialmente sugerente en la obra de Güiraldes *Don Segundo Sombra*, donde se explicita esa concepción de la vida como acto de dominio. Otro caso sería el Oeste de los Estados Unidos, una sociedad de vaqueros, lucha y dominación también. En el caso de los toros en la cultura ibérica, en los toros populares y las corridas de toros vemos también algo de ello, aunque la cantidad de significados desborda esa consideración, por ser un fenómeno rico y de lectura varia. En el caso que nos ocupa, ese acto de dominación sobre el animal no es sólo la constatación de la primacía del hombre sobre el animal, sino de los propietarios sobre la naturaleza. Es la demostración de su hacienda y su poder dentro de la sociedad, en una sociedad con pavorosas diferencias de clase en la que ante los

¹¹ En el caso de las ovejas, el ritual no se hace con el herraje, con la marca a fuego, sino con el desrabe y en todo ello intervienen dos factores. Por una parte el herraje no es algo definitivo, sino que hay que volverlo a hacer cada año. Por otra no es cruento, o al menos tan cruento como el desrabe, que sacrificialmente y ritualmente es por ello más apropiado.

inferiores y también frente a los iguales se hace ostentación de su riqueza en forma de ganado. El animal poderoso, tras el sacrificio, ostenta el hierro y el nombre del propietario, que se enseña así de la dehesa.

En este acto convertido en ritual participan los empleados de las fincas. Necesariamente ha de contarse con la colaboración de otros aparte del vaquero y el zagal, debido a las características del animal y del proceso y al igual que el peso de los cochinos esa participación en tan significativa tarea común de la finca se celebrará con comida y bebida.

La castración de toros era algo sumamente inusual pues, como vimos, no se utilizaban como cabestros. Los datos que tenemos sobre la capa de los machos refieren más bien a los animales de labor y tiro, y a los tiempos más lejanos de nuestra época de estudio. La capa se podía hacer tanto a vuelta como a cuchilla.

Aparte de estas operaciones a veces había necesidad de coger las vacas para curarles alguna herida o sangrarlas si tenían algún padecimiento que requiera tal. Entramos así en el apartado de las enfermedades y su cuidado, señalando que la vaca no parecía tener tantas enfermedades como las cabras y ovejas, pero había una que, siendo infrecuente, era muy peligrosa, la más peligrosa de las que el ganado transmitía, y que no era otra que el carbunco, temido por su posibilidad de contagio a las personas, a veces con efectos mortales. Había quien lo atribuía a las hierbas, a las de ciertas cercas, y por eso convenía el traslado de las vacas a otras. Sin embargo, en general, se consideraba que lo transmitían las moscas que andaban en animales muertos. Con esta enfermedad surgían tumoraciones, la carne se ponía negra y había que darles cortes a las vacas, por ejemplo en la vulva, para sangrarlas. Contra el carbunco era casi contra lo único que se empleaban inyecciones o vacunas. Sin embargo, muchas vacas habían de ser sacrificadas y, siempre al morir, quemadas, para no contagiar a las personas.

La ranilla consiste en cuajársele en los intestinos cierta cantidad de sangre que no puede expulsar, y era de los males más frecuen-

tes. Según las gentes sería el equivalente a la basquilla en los rumiantes menores, una congestión, una subida de sangre debida a la mucha comida, a la mucha hierba. El remedio era parecido, sangrarlas:

"De lo que más morían era de ranilla. Si era delantera, le atacaba a la vista, no veían, se arrollaban con cualquier cosa. Si era atrás, se le ponía la natura hinchada que parecía un melón. Había que darle unos cortes atrás, debajo del rabo para que sangrara. Si era alante, había que meterle dos palos aguzados por las narices. Había que caerlas al suelo o amarrarla al tronco de una encina".

Por lo demás podían presentarse males como los de otras especies, tal es el caso del pederero, el reblandecimiento de la pezuña, que se curaba con Zotal. Evidentemente enfermedades como la tuberculosis y la glosopeda, frecuentes hoy, o por lo menos hace unos años, existían, aunque no se les diera ese nombre.

Al igual que con otros animales, había problemas de abortos, por aguas atajadas u otros motivos, y los partos complicados eran especialmente problemáticos en la vaca. Cuando las vacas se *aventaban* por una comida excesiva o desequilibrada se les solía hacer tragar bicarbonato o se les echaba aceite por la nariz o la boca, pero era peligroso y había que tener pericia en el asunto. Debido al alto valor por cabeza, para atender a las vacas se solía llamar al veterinario en caso de problemas de cierta importancia, a diferencia de lo que ocurría con otras especies en que era infrecuente.

Aunque al estar recogidas de noche y ser animales de más envergadura los lobos y zorros no le atacaban, se constatan algunas muertes, de un becerro y de una vaca que cayó en un barranco, en una finca próxima a Santa María. Como sucedía con otros animales, el rastro de la eriza en celo era también pernicioso para el bovino. La mosca, como vimos, era sólo molesta, aunque podía transmitir enfermedades. La planta dañina, al igual que sucedía con los otros bichos, era la batata o cicuta.

Este era el manejo y el cuidado que tenían las vacas en la dehesa. El último paso antes de salir el ganado de la finca, los becerros, era el acto de pesarlos, que por lo que nos cuentan era un asunto bastante rutinario y no tenían celebración alguna. Para no festejar el peso había dos motivos, y valga el retruécano, de peso. Uno era que la gran celebración era el herraje, aunque quizás eso fuese consecuencia más bien. La verdadera razón era que no existía el pesaje como tal. Me explico. Hasta ya bien avanzados los cincuenta, o más bien los sesenta, no existían básculas en las fincas. Por tanto, no se hacía el peso. En el campo no se pesaba sino que, a lo sumo se aforaba, es decir, se vendían, en bruto, a ojo. Se buscaban animales de unos 300 o 400 kilos y existían personas expertas, con más ojo, que podían calcular sin equivocarse mucho el peso del animal, sobre todo el peso en canal. En otras ocasiones se podía pesar en el matadero. Esto lo hacían los grandes propietarios que vendían en cantidad y por el volumen de la venta y su capacidad podían permitirse enviar a alguien varios días, pues los animales podían tardar tiempo en ser sacrificados.

Los becerros de los pequeños propietarios, o las pequeñas partidas de animales de grandes fincas, por ejemplo, se vendían a compradores, chalanes que venían por la zona, recogiendo aquí y allá animales para juntar una partida. Famoso fue en la zona uno de Salteras (Sevilla), que llevaba estos animales y los de desvío al matadero de Sevilla. En la Puebla había un ganadero que compraba becerros y los cebaba para venderlos después.

La fecha de venta preferida era al final de la primavera, cuando hubieran aprovechado las hierbas. Pasadas estas, los animales no ponían peso apenas, se *empastaban* y sólo se mantenían del campo, consumiendo pero sin engordar más. El destino de los animales era Sevilla o Mérida, sin que haya mención a ningún otro lugar.

En el caso de alguna gran finca, y sobre todo en tiempos más próximos a nosotros, podían ir los becerros o erales en un camión pero por lo común los llevaban a pie los *harreaores*, salvando unas distancias bastantes grandes en varios días. En la Puebla había un hombre dedicado a conducir los becerros a pie a Sevilla. Cada cierto tiempo

recogía los becerros que los compradores adquirirían por la zona y, en tres días de camino, los dejaba en el matadero.

Además de las crías, la leche y el queso ya mencionados, los otros productos o subproductos que ofrecían las vacas eran el estiércol, la piel, los cuernos y el pelo, aunque todos éstos últimos eran algo marginal. El estiércol de la vaca es de muy mala calidad, utilizándose las boñigas secas por ejemplo en las huertas, para las cebollas. Sólo cuando las vacas se estabulaban y sus excrementos se mezclaban con paja el estiércol pajizo tenía algún valor, aunque era el más flojo de todos. Sin embargo, éste no se daba en todas las fincas, en muchas no se aprovechaba sino que más bien era la excepción. Al ser corrales o cercas grandes no era necesario barrerlos e, insisto, era un estiércol de mala calidad como nos dice un zagal de la zona de Santa María:

"El estiércol de vaca es muy malo. En la cerca de las vacas sólo se criaban cenizos y ortigas. Debajo de los alcornos y quejigos, que paraban mucho las vacas, había un montón de boñigas secas y yerbas malas".

La boñiga fresca servía para darle a los suelos de tierra, que eran el piso de muchas casas modestas o de partes de ellas, y tenían la función de asentarlos para que no se levantara. Pero esto era algo sumamente marginal. Había algunas personas muy necesitadas, mujeres sobre todo, que iban por ellas: *"Pero eso era ya demasiada desgracia"*, apostilla un entrevistado.

Cuando moría algún animal o cuando se le cortaban los cuernos, estos servían para labrar con ellos cucharas o cazos y también para hacer aceiteros, recipientes donde se contenía el aceite y el vinagre para llevar al campo, por ejemplo a las eras, incluso se podían llevar aceitunas. A los cuernos huecos se les hacía con metal una embocadura en la que ajustar un tapón de corcho, uniéndose los dos cuernos con una cadena para cogerlos y colgarlos. También se podían hacer recipientes para otros usos, por ejemplo para contener la pólvora. La piel de los animales muertos era la mejor para curtir y se vendía a los pellejeros o la mandaban a curtir los dueños a la vecina Guadalcanal.

LAS AVES

Las aves participan de muchas de las características que hacen del cerdo un animal tan singular, aunque la importancia de las aves se diera fundamentalmente en las economías domésticas y no tanto en las grandes explotaciones. Así, son animales monogástrico que no aprovecha la celulosa, el pasto, pero que sacan gran rendimiento de una gran variedad de productos, muchos de ellos no aprovechables por los humanos, como la hierba, las lombrices, gusanos o insectos de los que tanto gustan. En la dehesa encontraban un ámbito adecuado por ser un agroecosistema de usos extensivos, con amplios espacios abiertos en torno a los cortijos o casas y producciones a las que por lo común no hacían daño o si lo hacían era en escasa cuantía. Así, las aves campeaban por los alrededores de los lugares de habitación, por eriales y barbechos o, a lo sumo, entraban en la hoja de labor que ese año cayese cerca del cortijo o casilla. Los chozos de los pastores vimos que estaban en hojas que no eran ese año de labor.

Se daba pues una relación simbiótica entre las personas y las aves pues éstas últimas mantenían “limpios” de insectos y otros pequeños bichillos los alrededores de los cortijos, casillas y chozos. Apuraban también los restos de comida y desperdicios que dejaban los humanos, por ejemplo vagabundeando por los estercoleros, y también sacaban partido de hasta la última pizca de grano que dejara el ganado. Las aves, a su vez, encontraban en todo ello una fuente de alimentos, al igual que en la bellota, en los retales de la misma o incluso en los restos de cosecha de las rastrojeras. En la dehesa, si no se quedaban en gallineros u otras estancias, a veces tenían en las encinas su cobijo nocturno, sobre todo las aves de los pastores.

La de aves y huevos no era una producción llamativa por su volumen pero tenía gran interés para algunas economías, sobre todo las más modestas, como fuente de proteínas y también de ingresos, bien fuera en metálico o a través del trueque. Al tratarse de animales pequeños, que no requerían mucha atención, de fácil y rápida reposición, escasa demanda de alimento, que podían comer todo tipo de recursos y que de continuo suministraban huevos, encontrábamos

aves en absolutamente todas las fincas y en la mayoría de las casas de los pueblos. Al ser el animal de menor envergadura y valor por unidad, era el pollo o el gallo el único cuyo sacrificio se podían permitir, al menos en alguna ocasión ritual, todas las familias. De hecho, era el plato exquisito de las celebraciones familiares o comunitarias, como bodas, quintas, Nochebuena o fiestas patronales. Tan es así que aún hoy en día para significar, a veces irónicamente, la importancia de un acontecimiento, para decir que sería digno de celebración se exclama: *!Entonces, arroz y gallo muerto!*

En todas las dehesas, y en mayor número que en ningún otro agroecosistema, encontramos aves, sobre todo gallinas, ya fueran propiedad de los dueños o de los empleados y así las hallamos en cortijos, casillas y chozos, en fincas grandes y pequeñas, desde un par de gallinas de los pastores hasta bandos de hasta 70 en algunos latifundios. Los pavos eran menos frecuentes, encontrándose sobre todo en las grandes fincas, en alguna de las cuales llegaron a venderse algún año más de 200 ejemplares. La razón de esta presencia diferencial hay que buscarla en su importancia económica ya que el precio por unidad, y por tanto la pérdida en caso de muerte, era mayor en el pavo, que además era más costoso de mantener. Sobre eso hay que tener en cuenta que el pavo es más delicado y enfermizo, con mayor número de bajas. Además es menos apto para el autoconsumo, pues las familias modestas no consumían pavo debido a su alto valor y la existencia alternativa de pollos y gallos. Los huevos, más aptos para el autoconsumo, no eran considerados de menor calidad y valor que los de gallina.

En lo tocante a las razas, las gentes nos hablan de la presencia de gallinas de diverso plumaje, *colorás*, *jabás* (habadas), blancas y negras y de gallinas del *pescuezo pelao*. Anecdótica, sin duda, era la presencia de otro tipo de aves, cual es el caso de los pavos reales o las gallinas de guinea, de escasa producción y más bien por capricho de los grandes propietarios. Los patos, salvo casos excepciones de algún gran cortijo con estanque o similar, no tenían acomodo en la dehesa. Palomas había en bastantes cortijos, donde se tenían

también por capricho de los amos o para disfrute de los chiquillos y por lo general sólo unos cuantos ejemplares. No obstante, en unos pocos casos se encontraban grandes bandos de palomas, de más de cincuenta por ejemplo, que se quedaban en palomares y cuyas crías se vendían. La cría de estos animales era más propia de la zona de los Llanos de Llerena, de Usagre, Villagarcía de la Torre o Valverde de Llerena.

Como ya decimos, la importancia de las aves era distinta según el tipo de economía y explotación. En las fincas más grandes no suponían un volumen de venta digno de consideración y la separación entre autoconsumo y venta no era tan grande. Por las razones apuntadas, tamaño, exigencia de alimento, poco cuidado, capacidad de transformación de recursos variados y muchas veces marginales, las gallinas estaban en todas las casas, en los corrales, cuadras, e incluso vagando por la calle. A veces sus productos, los huevos, no eran para el autoconsumo, pues podía resultar un lujo (*!Cuando seas padre comerás huevo!*). En este contexto, los huevos eran un medio de pago de las familias humildes, que los trocaban en los comercios por productos de primera necesidad y más baratos, como legumbres, arroz, azúcar, etc., tasando mucho su consumo en casa. Lo mismo podía suceder con los pollos y hasta con las gallinas viejas. En la dehesa este tipo de economía de las aves era la de los empleados, caseros, guardas y ganaderos, gente que vivía permanentemente en las fincas y a las que se les permitía tener gallinas, bien corriendo la alimentación de cuenta del empleado o bien como escusa, alimentándose de la finca.

Cuando era el empleado el que había de alimentar sus gallinas, algún roción de cebada era el casi exclusivo suplemento y, en cualquier caso, se podían sustentar de cuanto hubiera en los eriales de alrededor. En el caso de las aves de los ganaderos, se trataba siempre de unas pocas gallinas, pero este número era mucho mayor para el casero o el guarda. En efecto, los caseros eran los que estaban al cargo de las aves de la finca, de las del dueño, que les permitía tener las suyas propias o disponer de una parte del producto del bando de

la finca. Razones tenían los amos para darles esta ventaja e incluirla dentro de la retribución ya que, por un lado, evitaban la picaresca de una situación que terminaría dándose, la de que aunque fuera a hurtadillas, comieran o vendieran los huevos o algún animal, como nos explican varios informantes: «*Pues mira, tú te comes huevos porque te lo vas a comer, pero que sepas tú que yo sé que tú te comes dos huevos para comer*». Otra razón era que de esta forma cuidarían con más esmero y dedicación las gallinas y, sobre todo, los pavos, que requieren más cuidado. No obstante, los conflictos y tensiones acerca de las aves existían en algunas fincas, sobre todo cuando la generosidad no era la virtud más sobresaliente del amo.

Como decimos, el producto de las aves era una ayuda para las economías más precarias, pues eran una fuente de productos básicos a través del comercio o trueque. Así, los recoveros que iban por los campos pagaban en metálico por los huevos y pollos y por las gallinas viejas. En las tiendas se pagaba incluso con huevos la cuenta pendiente, lo que se daba fiado o a la dita. Entre los empleados, los huevos y, sobre todo, la carne no eran muy habituales en la dieta, pero su importancia era mayor entre los caseros. Había fincas donde estaba estipulado que estos dispusieran de huevos para su consumo, al igual que algún pollo, entre otras cosas porque a diferencia de los ganaderos no tenían participación en los beneficios del ganado, o dicho de otro modo, su ganado eran las aves, además de algún cerdo.

Entre los pequeños propietarios el consumo de huevos y pollos era mayor, aunque una buena parte de los productos de sus aves se destinase a la venta. Los bandos de las grandes fincas, además de destinarse en parte a los guardas o caseros, subvenían las necesidades de las casas de los grandes propietarios a los que se les hacían llegar huevos y pollos a través de los empleados, concretamente del *rapa* (mandadero) si lo había. Ni que decir tiene que su consumo de carne era mucho mayor, siendo casi los únicos que comían pavos. De estos bandos salían las grandes partidas de pollos, gallos y pavos que recogían los recoveros.

El cuidado de las aves era un trabajo que hacían fundamentalmente las mujeres, por estar los animales contiguos a la casa o cortijo, aunque en algún caso el casero pudiera también ocuparse de algunas cuestiones relacionadas con las gallinas. Además de realizarse en la proximidad a la casa, donde tenían lugar las tareas asignadas a las mujeres, se trataba de tareas que no requerían una dedicación plena, sino que se podían compaginar con el resto del trabajo doméstico, pues consistían en sacar y encerrar las aves, echarles algún ración de comida o dar de comer a animales pequeños o delicados, echar las gallinas a incubar en el nidal, coger los huevos o atender a los polluelos junto a la chimenea. Aunque nos han llegado referencias de la existencia de paveros, de hombres dedicados en exclusiva o casi al cuidado de grandes bandadas de pavos, siempre se los sitúa en otros pueblos, sin decir cuáles, a veces en Andalucía. Esto tendría sentido ante un gran número de animales, por el trabajo que los pavos requiere y por el hecho de que se alejan mucho, a veces kilómetros del cortijo, pero luego no vuelven solos. En cualquier caso, lo más parecido a un pavero lo hemos encontrado cerca de Pallares, en que un miembro de la familia de la casera tenía mayor dedicación a los pavos, pero no era su tarea exclusiva ni mucho menos. En el asunto de los pavos, por ese mayor alejamiento a veces, sí que aparecen más referencias a la intervención de hombres, del casero concretamente, yendo a buscar pavos que se alejaban kilómetros y a los que localizaba por el sonido de una campanillo que se les ponía.

El ciclo anual de las aves iba de invierno a invierno, de la incubación a la venta. En las fincas no se compraban aves de fuera para criar, sino que las crías salían de los huevos de las gallinas propias o de algún intercambio con vecinos. En las fincas donde había pavos, a veces era la pava la que sacaba los huevos de las gallinas, por poder incubar un mayor número debido a su tamaño, aunque tenía el peligro de poderlos romper por el mayor peso y fuerza de sus patas. Al estar echada la pava con muchos huevos, se dejaban libres gallinas para seguir poniendo. Se buscaba echar las gallinas o pavas a finales del invierno, cuando hubiera pasado el más riguroso frío, con miras a

sacar las crías para la Nochebuena. Esto sucedía sobre todo en el caso de los pavos, que se vendían por Navidad. De todas formas, podía haber pollos más tempranos, de los que reza el refrán: "*El pollo de enero se sube con la gallina al gallinero*". En el caso de los pollos y gallos había dos momentos punta de sacrificio, el de los pollos *tomateros*, hacia septiembre (el tiempo de los tomates) y el de los gallos para la Nochebuena.

La incubación y los primeros días de las crías eran los momentos más críticos y los que requerían mayor atención. Antes de todo ello había que tener cuidado con las gallinas que salían cluecas cuando no convenía echar huevos. Para quitar la cloquera se las encerraba y las mojaba con agua.

Cuando existían dificultades para conseguir que la hembra, sobre todo la pava, se echara a incubar, una técnica con bastante buen resultado era la de emborracharla dándole de comer pan mojado en vino. Una vez nacidas las crías, las que más atención requerían eran las de pavo, por tratarse de animales más fríos y delicados. Recién nacidos los polluelos o los *pavinos*, en tiempo aún frío, se les solía tener unos días cerca de la candela, en algún cajón, hasta que se hacían un poco más grandes y podían defenderse y andaban tras sus madres en el gallinero y el campo. El gallinero podía ser una construcción específica o sencillamente valerse de una cuadra o una nave cualquiera, con unos palos atravesados de pared a pared para que se subieran.

En el caso de pastores, porqueros y cabreros, cualquier lugar podía servir de cobijo a las gallinas, unos haces de taramas o las propias encinas, como vimos. Entre los pastores, podía haber un chozo dedicado a las gallinas y se debía tener cuidado de que estas no revolvieran la ceniza de las candelas y se llevaran a los chozos o a cualquier otro lugar restos incandescentes que provocaran incendios.

Las palomas solían quedarse en cuadras, gallineros o similares. Excepcionales eran los casos en que había palomares, construcciones cuadradas, altas y blancas, de paredes lisas en la base y con algún agujero en la parte alta por donde entraban las palomas (Foto 19). En las paredes interiores tenían nichos donde cobijarse y poner los huevos.

Durante el día las gallinas y pavos deambulaban por los alrededores del cortijo o lugar de habitación, sin alejarse demasiado, salvo el caso referido de los pavos, y se recogían de noche por el miedo a las alimañas. Aparte de echarles de comer y buscar los huevos, poco trabajo requerían las aves. Sin embargo, a veces había que buscar los huevos no en los lugares esperables, en los ponederos del gallinero, sino en *niales* que las gallinas hacían en el campo, entre el sembrado, los haces de taramas o los ramones. Además de no encontrarlos nunca, otro problema podría ser hallarlos cuando ya estuvieran huevos o estropeados.

Los principales problemas que se les presentaban a las aves eran la peste y las alimañas. La más temida epizootia era la peste bubónica, conocida en muchos pueblos como *morriña*, y alguna otra enfermedad a la que los informantes no aciertan a dar nombre. Como hemos dicho, los pavos eran muy problemáticos. Eran fríos cuando pequeños y muy delicados. Se decía que si venía un mal aire se morían, siendo muy malo para ellos el solano.

De entre las alimañas destacan las zorras que merodeaban por los gallineros y por las encinas donde se quedaban las gallinas, bailándoles alrededor del tronco para asustarlas y hacerlas caer. También eran grandes enemigos las jinetas y las papardillas, siendo estas más atrevidas, ya que por su tamaño podían entrar fácilmente dentro de los gallineros. Para cazarlas se ponían lazos y cepos con los que, además de eliminar un peligro, se conseguían a veces algunos ingresos por sus pieles, siendo muy cotizada sobre todo la de papardilla. Las culebras atacaban sobre todo a los huevos y los polluelos.

En las economías más apuradas se procuraba mantener a los animales con el menor gasto posible, restringiendo el grano al mínimo preciso. La hierba, lombrices, insectos y toda suerte de pequeños bichos eran el alimento que día a día buscaban por doquier. El uso del trigo era algo sumamente excepcional, así que el pienso casi exclusivo era la cebada, algún roción que otro, y preferentemente al atardecer para hacer que los animales acudieran al gallinero. Aunque era más frecuente en la alimentación de las gallinas de las casas, donde

disponían de menos grano, en aquellas explotaciones en las que se sembraba, otro tipo de aporte era el que ofrecían los restos de la molienda del grano, el afrecho.

Ni que decir tiene que las aves aprovechaban el grano que quedaba en el suelo de las rastrojeras cuando la hoja de labor caía cerca del cortijo. Los últimos restos del grano de las eras también se podían aprovechar, aunque conviene recordar que los suelos de las eras se barrían y el grano se le podía echar, por ejemplo, a los lechones. Como dijimos, también apuraban el pienso que se le echaba al ganado.

Al ser ganado endeble, los pavos eran ayudados de chicos con cosas que resultaban una exquisitez, como es el caso del huevo cocido: *"A los pavinos se les echaba amargaza y ortigas con huevo cocido, se picaba con unas tijeras. Luego cuando eran mayorcitos comían afrecho."* La *margaza* o *amargaza* es un tipo de hierba parecido a las margaritas. Junto a ello se les podía echar pan o harina.

Un alimento importante y que daba carnes y huevos de gran calidad era la bellota que las aves buscaban a pie de árbol. Para los pavos la bellota era más frecuente y no sólo porque la comen mejor entera sino también porque se alejaban más en el encinar, pero también a veces les echaban bellotas machacadas.

Las palomas se alimentaban del campo y sólo se les suplementaba a veces con algo de cebada, entre otras cosas para que volvieran a su lugar de acomodo. La bellota era un recurso importante para ellas pero durante la montanera habían de competir con los grandes bandos de palomas campestres que venían a la zona y a las cuales los guardas u otros empleados se afanaban en espantar con cohetes, pues podía ser mucha la bellota que se comían.

Dentro del ciclo de las aves hay que distinguir tres tipos de animales. Por un lado estaban las gallinas y pavas reproductoras y ponedoras que permanecían en la finca hasta que eran viejas. Las gallinas eran apreciadas para el caldo, que se daba por ejemplo a las mujeres que habían dado a luz o a los enfermos. Estos animales podían venderse a lo largo de todo el año, cuando se les viese ya deteriorados. No obstante, el fin de la temporada de puesta de huevos podía ser un buen

momento para el desvieje y venta. El tiempo en que más ponían las gallinas era en la primavera, tras la cual bajaba mucho la puesta en el verano para ir decayendo más adelante aún, como quiere el refrán: "*Por la vendimia vende tu gallina y por Navidad vuélvela a comprar*". Mientras que se dejaban algunas pollitas y pavas para renuevo, sólo algún que otro ejemplar de gallo o pavo se quedaba de semental, el resto se vendía o se comía.

Como hemos dicho, la carne para consumo doméstico era relativamente poca, sólo en ocasiones señaladas del ciclo vital o del ritual festivo: las gallinas para caldo de personas delicadas, los pollos y gallos para bodas y días de fiesta. Los pavos sólo los consumía en Navidad los ricos y alguna que otra familia con ciertos posibles.

Hay que tener en cuenta que los dos momentos más fuertes del ciclo apuntado coinciden con momentos importantes del ciclo festivo, a saber, los pollos *tomateros* hacia septiembre, cuando se celebran las fiestas patronales de los tres pueblos. La comida del día de esas fiestas tenía como elemento central el pollo, con arroz para que diera más de sí, o en salsa en la que mojar mucho pan. Lo mismo sucedía con la cena de Nochebuena. Otro momento importante del ciclo vital eran las fiestas de quintos, éstas más bien hacia la primavera y donde había caldereta o arroz con gallos, que aportaba cada uno de los quintos después de criarlos en casa. En esta ordalía masculina el gallo tenía una dimensión importante como símbolo de masculinidad.

Aunque una parte de los animales de las fincas que se vendían eran para los pueblos, la mayoría salía fuera de la zona. Hay que tener en cuenta que el mercado de este tipo de productos era estrecho en los pueblos, por la penuria económica y porque los que se consumían eran criados, como se podía, en las casas. Para dar salida a estas aves, periódicamente recorrían calles y campos los recoveros, de los propios pueblos o de pueblos limítrofes, que compraban huevos y aves para otros compradores y remitentes o los llevaban directamente a mercados cercanos. La existencia de línea de autobús desde Llerena a Sevilla pasando por Pallares servía para dar pronta salida a la

mercancía, amén de algún que otro vehículo del que se sirviesen los compradores. Esto era especialmente importante para el caso de la caza, palo que algunos recoveros también tocaban, pues al tratarse de animales muertos debían llegar rápidamente a los mercados, concretamente al de Sevilla. Recoveros importantes encontramos asentados en Monesterio, Fuente de Cantos, Llerena y la Puebla. El caso más singular y llamativo es la red de recoveros que tenía como lugar de origen Malpartida de la Serena, basada en un sistema de relaciones familiares y de paisanaje sin los cuales no hubiera sido posible montar un entramado tan eficiente y organizado como el que hacía llegar las aves y huevos del más arcano lugar de las sierras de Santa María hasta los mercados de Madrid¹².

Los recoveros, a caballo los más fuertes de ellos, otros en burro, recorrían los campos provistos de angarillas con tela metálica, para recoger animales vivos sin que se asfixiasen, y también huevos. En el caso de los pavos, que recordemos solían conformar grandes bandos en los latifundios, en lugares accesibles y de gran cantidad de pavos, incluso podía ir el comprador a recogerlos en un camión. Era más frecuente llevarlos andando desde los cortijos a los pueblos, desde donde se mandaban fuera.

Los huevos también los recogían los recoveros, teniendo mucho cuidado en su transporte, protegiéndolos en paja. Pero, además de vender a los recoveros, al igual que sucedía con las gentes de los pueblos, las del campo también llevaban huevos a las tiendas, donde los entregaban como pago de productos básicos. Los ganaderos o los caseros solían llevar los huevos a los comercios cuando iban a hacer la compra para los días que fueran necesarios. Cuando se trataba de hacer llegar los huevos a los amos de las fincas solían ser los *rapas* los encargados de tal menester.

¹² La descripción de esta red podrá verse en el trabajo sobre agroecosistemas de la comarca Tentudía que publicará próximamente el Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía. (Acosta, Amaya y Díez, e.p.).

En el caso de las palomas, aparte del consumo ocasional en las fincas, un destino solía ser la venta para el tiro de pichón en las ferias de los pueblos. De la zona de los Llanos de Llerena acudían también pellejeros u otros compradores en busca de los pichones. Un subproducto de las palomas muy apreciado por los hortelanos era el estiércol, el palomino, que al ser muy fuerte había de ser empleado en muy pequeña cantidad y con el que se conseguía que se adelantase la producción de pepinos. En cualquier caso, el volumen que se requería para las huertas era poco. El estiércol de gallina también era fuerte y, caso de emplearlo, por ejemplo para los tomates, se hacía mezclado con el de otros animales.

IV
LOS USOS AGRÍCOLAS

12. EL GANADO DE LABOR

IMPORTANCIA Y PRESENCIA DE LAS BESTIAS

En la dehesa tradicional, en la agricultura tradicional en general, nos encontramos con esa economía natural de que nos habla Naredo en que los factores de producción se obtienen del propio medio. Uno de los más claros exponentes es el de la fuerza de trabajo necesaria para los procesos de producción pues ésta se extraía de la energía humana y animal. En aquellos tiempos, la energía obtenida de motores era insignificante, limitándose a algún coche propiedad de los amos y destinado al transporte de los mismos. En ocasiones, para el transporte de ganado tras la venta, o para traer algún grano, llegaba algún camión. En los años cincuenta apareció para uso en las fincas algún vehículo tipo Land-Rover. También entonces se constata la existencia de algunas máquinas trilladoras, varias de ellas en los cuarenta incluso, pero eran muy pocas en cualquier caso. Los tractores habrían de venir después. Las bestias, y en mucha menor medida el vacuno de labor, eran la única fuerza de trabajo aparte de la humana.

Además del trabajo en la labor, como animales de tracción y carga en diferentes tareas, las bestias se utilizaban para cargar producciones muy diversas, leña, cisco, carbón, corcho, bellota, cántaras de leche, queso, grano, paja, heno, agua, piedras, etc. El transporte podía ser en carros y carretas, a lomos del animal o con ciertos artilugios. Había lugares difíciles a los que sólo las bestias tenían acceso para ciertos trabajos, por ejemplo en la saca del corcho o el arrastre de troncos.

Para el tiro se podían enganchar a carros, como en el caso del transporte de grano o paja, aunque aquí no abundaban tanto los carros de varas y llanta metálica como en la campiña porque la labor era menor. Los carros se usaban también para cargar el pienso para el ganado, llevando la paja o el heno en barcinas. A veces estas tareas se podían hacer a lomos de las bestias, ayudándose de serones, aguaderas o cangallas. Para arrastrar leña, los troncos, se usaban sogas o cables de los que tiraban bestias y, a veces, se echaba mano de la citada *zorra* o *zorrilla*, un par de palos o troncos por ejemplo, a veces con algún travesaño, de los que tiraba la bestia y sobre los que se echaba aquello que se quería arrastrar.

Pero no sólo fuerza ofrecían las bestias, también suministraban estiércol, más importante cuanto menos ovejas o cabras se tuvieran y, algo muy importante, las crías para la venta, que tenían un mercado en continuo movimiento y eran fuente de muy interesantes ingresos y no poco desahogo, sobre todo para explotaciones modestas.

Si todo ello era lo que la dehesa podía precisar de las bestias, también tenía bastante que brindarles. Aunque menos abundosa en granos y paja que la campiña, la dehesa ofrecía a las bestias gran extensión de pastos en el erial, donde podían alimentarse sin coste alguno, al menos mientras no estaban trabajando. Siendo herbívoros monogástricos no rumiantes, los equinos hacen la digestión en el intestino grueso y por ello son capaces de digerir la celulosa, por lo que están a medio camino entre los monogástricos estrictos y los rumiantes. El aprovechamiento de la celulosa los diferencia del cerdo, por eso no les afecta el estiaje como a éstos. Sin embargo, no llegan a utilizar la celulosa tan bien como los rumiantes, sobre todo cuando está más lignificada, a partir de un 15% de celulosa. Por contra, utilizan mejor las leguminosas que los rumiantes (Montoya, 1983:83).

Además, las bestias comen algunos tipos de hierba que otros animales suelen desdeñar, hierbas altas y finas, duras a veces, o algunas que otros animales comen cuando están verdes pero no secas. Igual sucede con la caña del cereal en los rastrojos, que por su dureza la

pueden aprovechar mejor con su poderosa dentadura. Los caballos, y más aún los mulos y burros, limpian el pastizal de cardos, juncos, carrizos, hierba secas y otras especies, y lo mejoran. Aunque por la conformación del hocico y la dentición se asemeja al vacuno, el equino es más selectivo y busca pastos distintos, no compite con él, no afectando a su pastoreo si es en una proporción inferior al 10%. Para nuestra zona, el equino está bien adaptado a los suelos pedregosos si es el caso. Su manejo era más sencillo que el de otras especies, más simple y uniforme en el año, con pocos problemas sanitarios y, de ser necesario, podría pasar el año perfectamente al aire libre. Su estiércol es caliente, mejor que el de vaca y cerdo, pero su regeneración es lenta, pues la gestación de la burra es de doce meses y apenas se consigue un potro por yegua cada dos años (Montoya, 1983:83).

De noche, las bestias se recogían en las cuadras, pero una vez pasada una época en que hubo robos, las bestias de muchas fincas se quedaban de noche amarradas en el erial, sobre todo en verano, en que hacía mejor tiempo y se habían recogido las mieses. Lo mismo sucedía con las bestias de colonos o jornaleros en los ejidos de los pueblos.

En las grandes fincas había cuadras, estancias amplias con pesebres para cada bestia. Las cuadras habían de contar también con pajar, aunque en fincas grandes podía ser una dependencia en sí. Los empleados, como los pastores por ejemplo, podían tener algún chamizo de palos y taramas para cobijarla el burro, un *burrero*. La cuadra, de menores dimensiones, también existía en las fincas pequeñas y en las casas de algunos trabajadores, que como pajar habían de utilizar a veces el pequeño *doblaio* que pudieran tener. Los pequeños y medianos propietarios, que solían vivir en los pueblos, se llevaban las bestias a su casa o a su *espensaero* de noche, entre otras cosas porque eran su medio de transporte. También en los pueblos los grandes propietarios podían tener instalaciones para las bestias, donde las cuidaban los mozos de mulas, que incluso comían en la casa de noche, antes de irse a su casa.

Donde no había puerta trasera o puerta falsa, en las casas más modestas, las bestias habían de pasar por en medio de la casa, razón por la cual el pasillo difería del resto de la solería, estando, por ejemplo, empedrado para que no resbalasen las bestias. A la puerta, en la fachada solía haber también clavada una argolla de hierro donde amarrar las bestias si había que entrar en la casa y dejarlas fuera. Esto sucedía sobre todo donde no había rejas en las ventanas.

El ganado equino no requería ninguna mano de obra específica para su cuidado. Perfectamente podía estar suelto durante el día en un erial si había comida abundante en el campo o quedarse en alguna cerca. Cuando había cultivos y/o la extensión donde pastaban no era muy grande, se le solía atar a una estaca o amanear. Por tanto, y pasando a la alimentación, cuando no estaba trabajando, pastaba en los eriales y rastrojos. Para su alimentación era atendido por los dueños o los empleados que más relación tuvieran con las tareas que el equino desempeñaba, por ejemplo el *aperaor* o los mozos de mulas, el casero o el guarda. Sólo en los casos de existir cobras de yeguas podía haber una persona a su cargo, el yegüero o yegüerizo, pero en nuestra zona sólo se daba un caso, y era de una explotación que tenía grandes extensiones de tierra en las campiñas.

Como consecuencia de todo lo dicho, por necesidad de las fincas y por aptitud de las mismas, las bestias estaban presentes en todas las dehesas. En todo ello habremos de considerar dos aspectos, el del ganado de los dueños de las fincas y el de los trabajadores. Pero vayamos viéndolo según las distintas especies y empecemos diciendo que había una correlación entre el tipo de ganado que se tenía y el estrato económico al que se pertenecía.

Si empezamos por los animales de más alta jerarquía, el ganado caballar era el que menos abundaba. El caballo es animal de alto valor, ligero en la labor, pero para uncirlo al arado había de ser castrado porque de lo contrario no es dócil. Al castrarlo se le resta una de las potencialidades económicas, la cubrición para cría de potros o muleros, con lo cual resulta un lujo tenerlo. En este tipo de terreno duro y pedregoso el caballo es menos resistente que las mulas, siendo propio

de tierras mejores, como por ejemplo las huertas de Valencia o Cataluña. En nuestra zona no había prácticamente caballos para la labor. Los que se tenían eran animales enteros que sirvieran para la cría, como sucedía en muchas fincas, sobre todo en las de más labor. También los había castrados para tiro y silla, cosa que sólo los grandes propietarios tenían, para su uso y también para el de los encargados o guardas, que habían de recorrer las fincas. Coches de caballos en aquella época eran pocos los que se constatan, pues los propietarios los habían ido sustituyendo por vehículos a motor, para lo cual disponían a veces de un chófer y en ellos iban a las fincas desde sus casas en los pueblos.

Como vemos, los caballos estaban asociados a la gran propiedad, a los *señoritos* o a los que más directamente velaban por sus intereses, encargados o guardas. También iba a caballo a veces la Guardia Civil. Por eso el caballo ha sido tan importante en la simbología, en el imaginario de esta sociedad, como símbolo de preeminencia y de dominación. Señoritos a caballo, en lo alto del animal por encima de los demás, plasmación clara del gran abismo social y de las formas opresivas de mantener el poder en estas tierras. *Señoritos*, encargados, guardas y guardias civiles a caballo, persiguiendo y avasallando, *echando encima los caballos* a las gentes de las clases populares cuando transgredían los límites de la propiedad, de los bienes y sus usos. Era sumamente característica la imagen del propietario o el guarda montado y, junto a él o delante, el trabajador andando hacia el cortijo, el otro gran símbolo del poder y la dominación, a rendir allí cuentas o a entregar una carga de leña o de bellotas que hubiese recogido clandestinamente en la finca.

Aparte de ellos, caballo no tenía casi nadie, si acaso algún propietario acomodado o algún carbonero muy solvente, que cogía gran cantidad de *rancherías* y disponía de mucha mano de obra. Su función era importante sobre todo para el arrastre de algunos troncos, por la fuerza y ligereza del caballo, por su aptitud para subir y bajar pendientes. Siguiendo con la importancia del caballar, hay que decir que yeguas había más que sementales, evidentemente, y al igual que los

caballos cubrían burras, los burros cubrían yeguas. Yeguas había en todas las grandes fincas para abastecerse de ganado de labor, de mulas. Donde hubiera un caballo, o donde se le echara, de otros propietarios o de la remonta militar, se sacaban potros. Por la poca presencia del caballo antes aludida, por el menor uso y partido que se le podía sacar, las potras tenían mejor venta que los potros. En las grandes fincas, a algunos empleados se les admitía una yegua como escusa, por ejemplo al encargado, al guarda o casero, que obtenía con las crías unos curiosos ingresos. También entre los labradores, sobre todo los más desahogados, había yeguas.

Además de como reproductoras, las yeguas podían utilizarse como animales de tiro, silla y labor, pero esto era poco frecuente, sobre todo lo último ya que, si acaso, eran para la trilla solamente. Aunque había muchas fincas que tenían un buen número de yeguas para labor y para criar las tan necesarias mulas, no encontramos las cobras de yeguas de la campiña, salvo en las explotaciones que teniendo tierras en esa zona de labor las llevaran a la dehesa, cosa en cualquier caso poco frecuente.

Algunos propietarios, como vimos, tenían fincas en la dehesa y la campiña y desplazaban sus caballos, yeguas y mulas a las fincas atendiendo a los requerimientos de trabajo o buscando el mejor acomodo en la comida, hierbas, etc. En grandes explotaciones era frecuente que las temporadas en que no trabajaban, las bestias se llevaran a una de las fincas, normalmente a una dehesa en la que se sembrara poco y, así, había bestias de las campiñas en las dehesas. Unos grandes propietarios de Montemolín llevaban su ganado a una finca entre las sierras de Santa María cuando aflojaba el trabajo en la sementera.

Las bestias más abundantes en las fincas eran las mulas, a las que junto a las yeguas se les llamaba bestias mayores. Las mulas eran indispensables para un laboreo de envergadura, por su fuerza y dureza en el arado y la carga, y las encontramos en todas las fincas grandes y medianas y en muchas de las pequeñas. Únicamente las más modestas se debían apañar con algún burro, pero sólo si la situación económica era muy apurada.

Mulas también tenían los colonos ya que su dedicación principal era la labor y sin este ganado poca tierra se podía cultivar. Los más modestos se habían de conformar con algún burro o con tener burros y mulas. Algunos colonos, así como pequeños propietarios se empleaban a *huebra*, es decir, echaban días de trabajo con sus bestias en el laboreo de tierras ajenas. Otra modalidad era la *tornahuebra*, el trabajar con las bestias para un amigo cuando lo requiriese y recibir ese trabajo cuando fuera preciso, aunque esto último no era muy frecuente.

El ganado mular era de distinto tipo según la cruce que se hiciera entre asnal y equino. De una yegua y un burro salía un mulo o mula castellano, de una burra y un caballo una mula o mulo burrero. No era indiferente que fueran burreros o castellanos, cotizándose de distinta manera y teniendo distinta aptitud según para qué tareas, pues valían más los mulos burreros, más apropiados para estos terrenos y, según decían, eran menos exigentes en comida.

Las bestias eran un medio de producción enormementepreciado en una sociedad como aquella, y hay que tener en cuenta el alto precio de, por ejemplo, una mula en aquellos años pues en algún caso podía equivaler a la mitad del precio de una vivienda muy modesta. A eso habría que añadir el coste de su mantenimiento, sobre todo para los que no tenían tierras. Por eso, el pueblo donde más bestias tenían los vecinos era la Puebla, donde la tierra estaba más repartida.

Los burros eran el ganado propio de los más humildes, de los trabajadores, pero no sólo de ellos. En todas las fincas, las más grandes incluso, solía haber algún burro, que resultaba de mucho acomodo para la carga, por ejemplo de agua, leña, cántaras de leche u otras muchas cosas, para la noria si había huerta o para el uso en la finca por algunos empleados, a los que se les dejaba para ciertas tareas, o incluso se le tenía dejado durante el año, como era el caso de algunos pastores, para uso de su chozo, acarreo de comida al ganado, traslado de la red o el chozo, etc.

Los tenían también los pequeños propietarios que no podían disponer de mulas y algunos trabajadores. Hay que tener en cuenta que, además de animal de trabajo, era el único medio de transporte de

mucha gente. Era más barato y más ligero (*alegre*) que las mulas. La cuestión de las distancias era más importante para los trabajadores por cuanto estamos en una zona latifundista, de población trabajadora eventual concentrada en los pueblos, que había de desplazarse a veces a muchos kilómetros a los latifundios. Los trabajadores que vivían en el campo y los miembros de su familia también habían de ir al pueblo cada cierto tiempo. Para los pastores era muy conveniente ya que habían de mudar el chozo cada año y el burro ayudaba en el transporte, tanto de los chozos como de los enseres. También servía para mudar la red cuando era a cierta distancia. Asimismo lo podían usar los porqueros y mayoresales de cochinas para el transporte de grano.

En los pueblos también había muchos burros, pues los tenían incluso algunos jornaleros. A ellos les servía para su desplazamiento, como acabamos de ver, y también como animales de carga, a la hora de buscar complementos para su renta salarial, materias primas de diverso tipo, como bornizo, leña para su candela, para hacer carbón o picón, para las panaderías y hornos de teja. Para los socorridos melonares también era un compañero conveniente.

El burro era menos fuerte pero más barato y, sobre todo, de menor coste de mantenimiento que las mulas porque demandaba menos comida. La paja o el grano se podían comprar, pero a veces también la daban algunos colonos, o se echaban con éstos últimos algunos peones de siega a cambio de la paja. Los *lejios* (ejidos), cunetas y lindazos de caminos, carreteras y vías pecuarias permitían a los animales pastar y, en algunos casos, eran los dueños los que iban con un hocino y un saco a segarles forraje en ellos, hierba. A veces, los trabajadores habían de vérselas con guardas de las fincas o guardas de campo por meter al burro donde no debían. Tampoco era extraño que pequeños propietarios dejasen que sus bestias se metieran en latifundios linderos. También algunos colonos aprovechaban su trabajo en las fincas para dejar comer allí a las bestias.

Aunque menos frecuente, si tenía burro padre o burro macho, como se llamaba al animal entero, al semental, su dueño podía cobrar

por el salto, en dinero o también en especie, por ejemplo una determinada suma en metálico y cebada. De las crías, las de menor precio eran los machos, porque enteros tenían mala lidia, y castrados no podían dar burros o mulos. Debido a que el burro era la bestia de menos valor y a que a quienes ya los tenían les suponía un coste su mantenimiento, era el único animal que alguna vez, aunque fuera excepcionalmente, se sacrificaba de burranco. Además, era la única carne de equino que se consumía cuando al sacrificarlo se daba en caldereta, casi siempre en contextos de celebración y comensalidad entre varones. Si lo que se tenía era una hembra, le podían echar un caballo o burro y sacar una cría que aportase algo de dinero. El estiércol del ganado de quienes no tenían tierras a veces lo vendían a hortelanos del pueblo, aunque en otras ocasiones se daba a cambio de limpiar la cuadra.

En la posguerra, los burros servían a los trabajadores y algunos colonos para estraperlar grano hacia el interior de la Sierra Morena, a pueblos de Huelva y Sevilla. Menos frecuente era el uso de bestias para el *corriqueo* de bellotas. Todo ello viene a mostrarnos que el salario no era la única condición reproductiva de la fuerza de trabajo jornalera, sino que sus fuentes de aprovisionamiento y renta eran diversas, aunque el medio esencial de reproducción y subsistencia del grupo doméstico fuera el trabajo en la tierra, que es la razón que lleva a algunos a conceptualizarlos como campesinos, aunque sin tierras (González de Molina y Sevilla, 1993).

Además, había quienes se ganaban la vida con el transporte en bestias, los arrieros, a veces revendedores de aquello que transportaban. En ocasiones iban a trabajar a las dehesas cuando el ganado de las mismas no bastaba, como vimos por ejemplo en el acarreo del corcho, aunque ahí más bien se empleaban mulas. A transportar el carbón también iban arrieros.

El tipo de bestias que se tenía era evidente exponente de la hacienda del amo, y el cambio era sinónimo de progreso. El mucho afán en el trabajo, o el estraperlo por ejemplo, ayudó a bastantes trabajadores o colonos a tener mejores bestias y, por tanto, mayor capacidad de

trabajo y senara. El siguiente relato de un colono nos ilustra de la progresión en su capital y la relación de este con las bestias:

"Cuando el estraperlo compré un burro, luego, cuando acabó, los burros los cambié a burras. Me criaron unos pocos de muleros, vendí un mulo y compré sesenta olivos."

EL MANEJO DE LOS ANIMALES Y EL DESTINO DE LOS PRODUCTOS

Empecemos a hablar del manejo de las bestias tratando de la cubrición. Para ésta, allá donde había sementales eran los caballos y burros enteros los que montaban a las bestias. Como vimos, caballos sólo tenían por lo general las grandes fincas, que con ellos cubrían a sus yeguas y burras. Como favor podían cubrir sus caballos a las bestias de otras fincas, de linderos, por ejemplo, además de las de gentes relacionadas con las explotaciones, por ejemplo los pastores, cabreros, colonos, etc. En ocasiones, por probar, por cambiar la simiente, se podía echar sementales de otras fincas, razón por la que también se compraban animales fuera.

Fuera de las fincas, ya vimos que algunos dueños de burros, jornaleros, tenían algún burro padre, y cobraban por el salto, cosa que también podían hacer los dueños de fincas. El que se cobrase o no por el salto del semental dependía de la relación con el propietario del mismo y de la calidad del animal. De Pallares iban a la zona de Los Molinos, en Llerena, algunos pequeños propietarios a echar a sus burras los sementales de una finca que daba ese servicio y tenía animales afamados. Mantener machos reproductores era algo que resultaba una carga para explotaciones modestas y esa falta de sementales era la que venía a remediar la llegada cada año de la remonta del Ejército, que llegaba a los pueblos vecinos de Monesterio, Fuente de Cantos y Llerena.

La cubrición de las yeguas era distinta a la de las burras, porque los celos son distintos, en la burra es más continuo, a cada luna, y las yeguas salen más en la primavera, pero la evidencia del celo es clara

en ambas, lo que permitía ir a buscar al semental para ponérselo caso de que no estuvieran juntos

Los campesinos nos apuntan el interés que había en que las bestias se cogieran en primavera pues, además de ser más propicio el celo, por la estación y la hierba, si quedaban preñadas en esa fecha, a finales de invierno, diez meses después, nacerían los muleros y al llegar la feria de San Miguel se podrían vender con unos seis meses en Llerena o Zafra. Pero aunque en las yeguas pudiera haber mayor sistematicidad en los partos por esa mayor propensión a la cubrición en primavera, no era algo que se controlase tanto como en otro ganado. Las crías de las bestias podían nacer en todo tiempo, aunque era preferible, como siempre, que aprovecharan la primavera antes de venderse.

En el caso de las bestias, de las burras sobre todo, la gestación era larga, doce meses, de ahí el refrán: *"Tarda más que el parto de la burra"*. Salvo excepciones, el parto de las bestias no tenía complicación, parían solas, en la cuadra o en el campo, y solas se asistían, de manera muy parecida a las vacas. Como hemos dicho, las crías tenían gran interés, tanto para venta como para trabajo y servicio en las fincas. Para ello había que desbravar y enseñar a trabajar al ganado, cosa que hacían los mozos de mulas.

La castración era extraña en el caso de los caballos, pues eran pocos y ya vimos que sólo grandes fincas podían permitirse tener machos inhabilitados para la reproducción, pero era muy corriente en los burros y, en todos los casos, en los mulos, ya que no tiene sentido mantener enteros e indóciles a animales que no pueden reproducirse. De la castración se encargaban sobre todo los herradores. En el caso de ganado de más valor, de los caballos, intervenían veterinarios. Podía haber capadores de otros animales que también capasen bestias, y también lo hacían otras personas que lo hubiesen aprendido. Era un proceso complicado sobre todo por el tamaño y la fuerza del animal, y por la dificultad para derribarlo y sostenerlo. La castración era a cuchilla o a vuelta.

Otras operaciones que había que realizarle a las bestias cada cierto tiempo eran el herrado y la esquila. A las bestias mayores se les po-

nían herraduras cuando se les gastaban las viejas, para que no resbalaran. Había que quitar parte de la uña y poner herraduras nuevas. A los burros sólo se les herraban las manos. Para este menester había en los pueblos *herraores*, aunque no necesariamente dedicados a ello de manera exclusiva. De pelar las bestias se encargaban los *esquilaores*, que no eran los mismos, o no necesariamente, que los que esquilaban las ovejas. En estos pueblos el *esquilaor* solía ser un hombre de Montemolín. Cada *esquilaor* tenía su estilo y dibujos propios, además de una suerte de firma con la tijera sobre el pelo del animal.

Como ya dijimos, en la dehesa las bestias disponían de recursos amplios, como las hierbas de los rastrojos y los eriales, sin apenas competencia con otras especies, y también el grano y paja de los cultivos, amen del ocasional ramón. En los eriales de las fincas, en los ejidos de los pueblos y en las cunetas y cordeles las gentes que no tenían tierras aprovechaban las hierbas, amen de la vegetación de ribera. Como queda dicho, las bestias eran las que mejor aprovechaban las hierbas más finas que crecen en las cañadas y que otros animales no comen apenas, así como la caña del cereal. Estaban amaneadas o sueltas, esto último sobre todo cuando abundaba la comida y no hacían por irse a los sembrados. Para que los animales, entre ellos las bestias, no atacasen las sementeras se sembraba alguna almerga¹³, alguna tira de centeno en las lindes, más ácido y de menor calidad que el cereal y que muchas veces se segaba como forraje para las bestias.

A las bestias, a diferencia de lo que podía pasar en algunos casos como el del cochino o la oveja, rara vez se las sometía a estrecheces de comida, puesto que al ser ganado de labor había de estar bien ali-

¹³ Una *almerga* (almeiga) es el espacio que queda entre dos líneas que se trazan en la tierra con el arado o con un tronco o palo arrastrado por una bestia y que tiene una distancia como aquella que puede cubrir de grano un hombre tirándolo al voleo con la mano hacia ambos lados, por tanto se trata de varios metros. *Almergar* (almergar) o *hacer almergas* es trazar dichas líneas de demarcación para servir de guía en la siembra.

mentado, sobre todo cuando trabajase. En este caso, la persona que las tenía trabajando era la encargada de suministrarle una ración conveniente de grano o paja y podía ser el dueño, el colono, los labradores, los mozos de mulas o el *aperaor* de las grandes fincas. En su defecto, podía hacerlo el casero o el guarda. La suplementación a las bestias se les daba sobre todo cuando escaseaba el pasto y la hierba, en otoño e invierno, pero la estacionalidad en este aporte era menor que en otros animales pues como decimos a los animales que trabajaban siempre se les ayudaba con algo de grano y paja. A los animales se les echaba de comer en la cuadra de la casa en el pueblo o en la de las fincas, en los pesebres. Cuando estaban trabajando en el campo, al parar se les daba grano en morrales que les ponían en la cabeza, para mejor aprovechar. Las bestias de los trabajadores, cuando estaban en el campo, se dejaban sueltas o amarradas en los eriales o, cuando no se lo permitían, en los barbechos.

Lo que se les echaba de comer, sobre todo al ganado que estaba estabulado, era paja y grano, más de lo primero que de lo segundo entre los más modestos. Para las bestias la buena es la paja blanca, de trigo, cebada y avena, que se le solía echar ligada con cebada. Cuando había poca paja blanca, se le podía ligar alguna de *algarrobo* o incluso de garbanzo. Con esta última había que tener cuidado porque podían *zurrase*.

Como hemos visto, la paja era el alimento más fácil de conseguir. Muchos colonos, aunque tenían derecho a una parte de la paja, veces había, y no pocas, en que dejaban parte de ella en la era. Esto sucedía sobre todo cuando tenía lejos la senara. Para los requerimientos de sus bestias tenían de sobra con una parte de la paja de sus cultivos y para la sobrante no tenían otros animales a los que echarla, a diferencia de lo que ocurría con los dueños de fincas y ganado. Por esa razón, a veces segaban el pasto, la caña del cultivo, alta, para así ahorrar trabajo en la siega y en la era. Como dijimos, los que no tenían tierras ni senara podían comprarles paja, aunque a veces había quienes se la regalaban a aquellos con quienes tuvieran amistad. Más raro era el mentado trueque por peones de siega.

El forraje era una ración muy frecuente, sobre todo entre los pequeños y medianos propietarios, que reservaban una pequeña extensión para sembrarle a las bestias. En las grandes fincas no era frecuente, pero a veces se hacía en terrenos próximos a los cortijos y en las huertas. Los colonos podían hacerlo, pero menos. Como veremos, en algún caso se cedía tierra para forraje a cambio del estercado. El forraje era una comida fresca, buena para las bestias y que estaba disponible cuando aún no había crecido la hierba en la dehesa, a partir de febrero. Forraje era también la hierba verde que se segaba para consumo inmediato, y era algo que hacían tanto algunos pequeños propietarios como algunos empleados de fincas para sus animales e incluso los colonos y jornaleros, en las cunetas y similares. En algunos casos, como hemos dicho, se aprovechaba para forraje el centeno sembrado en las lindes de los cultivos.

Otro cantar era ya el grano, que los que no tenían senara habían de comprar y suministrar con parsimonia y, las más de las veces, con cicatería, de ahí que los burros de los jornaleros, por lo menos de bastantes, a veces tuviesen aspecto más bien desmejorado, por no decir otra cosa. Los que tenían tierras y/o labraban no pasaban por lo común por esas apreturas. La cebada era el grano por excelencia para las bestias y se le echaba a lo largo del año, sobre todo cuando estaba trabajando, sola o ligada con paja. La avena era también muy utilizada, pero más bien como entretenimiento y en tiempo de verano, por barata y fresca. Cuando los animales estaban en el campo trabajando, en algún descanso se les ponían los morrales con el grano y luego se les dejaba que comieran algo de hierba o pasto.

Entre los pequeños propietarios, si tenían parcelas diversas y en distintos agroecosistemas, cosa frecuente, se recurría a complementar la alimentación del ganado con una más varia suerte de recursos, aunque de menor importancia que los citados. A uno de ellos ya nos hemos referido en parte, las forrajeras que se producían en las huertas. Con los higos había que tener cierta precaución porque podían traer problemas a los rumiantes y se les daban pasados, lo que permitía administrárselos en tiempo en que no había hierba.

Como ya hemos apuntado, el equino es ganado por lo general sano, que no padece muchas enfermedades. Hay que tener también en cuenta que estaba más cuidado individualmente que otros animales, aunque también es cierto que se sometía a más esfuerzo. Al ser animales valiosos y fuerza de trabajo para sus amos, el veterinario los asistía en caso de enfermedad complicada con más frecuencia que a otros bichos. La enfermedad que más comúnmente le afectaba era el resfriado, para lo cual existían remedios locales tales como los vapores con hojas de diverso tipo, entre ellas de eucalipto.

Muy frecuentes, sobre todo en animales viejos y en mal estado, como era el caso de muchos de los burros de los jornaleros, eran las mataduras o heridas, que a veces devenían en auténticos agujeros. Estas heridas eran producidas por caídas, golpes o por el roce de las cinchas, el aparejo u otros atalajes y a veces llegaban a provocar problemas mayores. Para curar a los animales se recurría a emplastes, por ejemplo con cocciones de cáscara de encina, malva, *zurzón*, *aracepa*, *raíz de la orzoya*, o *hierba de la gitana*, entre otras, plantas todas ellas propias del entorno.

Como animales dañinos hay que destacar siempre en las zonas más alejadas al temido lobo, que junto al miedo a los robos, que alguna vez se dieron, hacía que se procurara recoger las bestias, por lo menos cuando no estaban cerca de los cortijos o los pueblos.

La venta de las crías reportaba unos muy interesantes ingresos en metálico. En efecto, allí donde había burras o yeguas se solía sacar alguna cría todos los años. Si tenemos en cuenta que el renuevo de las bestias se producía tras bastantes años por la larga vida de estos animales, que podían llegar a vivir hasta 30 años, casi todos los años había burrancos y, sobre todo, muleros para vender. Este ingreso en metálico era especialmente preciado allá donde el metálico abundaba menos, en las explotaciones más pequeñas y entre los que no tenían tierras. La venta de las crías era algo que se esperaba cada año, era una forma de ahorro y dejaba francos unos ingresos que sacaban del paso de muchas situaciones apuradas o eran la forma de ahorrar o de conseguir una buena suma para compras importantes.

También se vendían los animales viejos y, por aquellos años era muy sonado un matadero de La Algaba, en la provincia de Sevilla, a donde iban a parar muchos de los burros viejos, comprados por tratantes de toda laya, por los pueblos o en las ferias. Pero, además de la venta también se estilaba mucho el cambio, el trueque de unos animales, de la misma o distinta especie, por necesidad de algo distinto o por mejorar. A resultas de todas estas transacciones nos encontramos con un mercado de bestias muy movido y con toda una pléyade de tratantes, chalanes, corredores, intermediarios de todo tipo, gitanos y payos, de la zona o forasteros, de pueblo en pueblo, de finca en finca, avezados en la compra, la venta, el trueque y el regateo de animales nuevos y viejos. El mundo de los tratantes, sobre todo de los arraigados en los pueblos, tenía sus propios códigos de conducta y el valor de la palabra se tenía a mucha gala, así como el no desdecirse una vez empeñado en un acuerdo, entre otras cosas porque de su seriedad y predicamento pendía la solidez y alcance de su ámbito de relaciones comerciales. No obstante, también abundaba la picaresca, sobre todo en el intento de *vender la burra*, de conseguir vender muy por encima o comprar muy por debajo del valor cabal de una bestia y, así, se cuentan casos en los que se ridiculiza a alguno que al volver a su casa con una bestia recién comprada pudo comprobar que se trataba de la misma que había llevado a vender o vendió tiempo atrás, pero debidamente esquilada, acicalada y, a veces, teñida.

Aunque también podía hacerse en los pueblos y fincas, a cargo de tratantes y corredores, la venta de las crías solía realizarse en las ferias de los pueblos más grandes. En los alrededores de nuestra zona había ferias por el veranillo, antes de comenzar el ciclo agrícola y ganadero anual y, así, los tratantes y las gentes de campo iban de las ferias de Monesterio y Llerena, hacia el 28 de septiembre y a la célebre Feria de San Miguel de Zafra, que empezaba hacia el 29 y duraba varios días. Esta última era la más importante por su magnitud y ámbito de influencia, pero para el caso concreto de las bestias las otras eran también significativas.

Los más modestos solían vender las crías al destete, algunas mamando incluso, para no tener que mantenerlas en casa o en fincas pequeñas, no correr riesgos y obtener dinero pronto. Algunas grandes fincas podían tenerlas más tiempo por disponer de recursos, y venderlas más grandes, cuando tuviesen más valor, cuando ya serían para el trabajo, incluso domadas a veces, aunque no era lo frecuente.

El subproducto más importante de las bestias era sin duda el estiércol. Este cobraba especial importancia entre los propietarios que no tenían ovejas o cabras y entre los colonos. El estiércol de bestias, aunque de inferior calidad al de estas especies, es estiércol caliente y, si ha sido producido en las cuadras mezclado con paja blanca, es de gran calidad. Recordemos que, además de alimentar al ganado, había que echarle paja en el suelo como cama y tenérsela limpia, no maleada por sus propias excrecias, con lo cual había que echar camas continuamente.

Los que no tenían senara, como los jornaleros, o algunos propietarios o colonos que tenían las tierras muy alejadas del pueblo y no lo llevaban hasta allí, podían vender el estiércol a hortelanos o darlo a cambio de que les sacasen la cuadra, de que se la limpiasen. Los colonos y algunos pequeños propietarios tenían sus esterqueras a la salida del pueblo, en algún ejido, adonde iban para echar el estiércol en su montón y darle vueltas de cuando en cuando, para que se hiciese. Sacar la cuadra era tarea que se realizaba cuando no había otra cosa que hacer, por ejemplo, cuando el día salía lloviendo y los mozos, o los dueños, no podían ir a la labor. No obstante, en algún caso hemos constatado que se limpiaba a diario la cuadra y se echaba al montón todo lo que había de ser estiércol. La pala, el azadón a veces si el estiércol estaba duro, en ocasiones una carretilla, un carro o el serón de las bestias era lo que se solía utilizar para tal menester. Una vez en la esterquera, había que darle vueltas para que *curtiera*, para que fermentara y así se hiciera buen abono.

El estiércol no era el fertilizante básico en las dehesas donde hubieran ovejas, por lo que se destinaba más bien a parcelas más intensivas,

como los trozos donde se sembrase forraje o las huertas si había. Los olivos eran el destino preferente del estiércol de muchas pequeñas propiedades que los tuvieran. Entre los colonos, que a menudo tenían la senara lejos, había muchos que no se lo echaban a sus cultivos de cereal y leguminosas, sino a los garbanzos si es que los sembraban.

En los ruedos de los pueblos había algunos cercados, con suelos de cierta calidad, que se sembraban todos los años, sin apenas descanso, para lo cual necesitaban estiércol. Los que tenían estas parcelas destinaban a ellas el estiércol de sus cuadras del pueblo y, al igual que los dueños de huertas, a veces compraban estiércol o sacaban cuadras de otros a cambio de él. En Santa María, todos los años se dejaba que gente del pueblo sembrase parte de estos cercados, de forraje casi siempre, y sin cobrarle por ello otra renta que el estercado de los mismos.

Hemos constatado casos, y no pocos, de colonos que no utilizaban el estiércol de sus cuadras en la senara. A veces, se apañaban con el redileo de las ovejas, aunque lo mejor y más estercado solían quedárselo los dueños de las fincas para el cultivo directo, donde preferentemente echaban también su estiércol. No obstante también había fincas en que, si no se echaba en la huerta, no se empleaba para casi nada. Como último tributo, las bestias que se morían en los pueblos se tiraban a un muladar, prestando su postrer servicio al ser alimento de carroñeros como los buitres y cuervos, sin que su piel tuviese utilidad alguna.

13. LOS CULTIVOS

EL CULTIVO EN LA DEHESA. IMPORTANCIA Y ECONOMÍA

Terminaremos nuestra descripción de las formas de manejo de los recursos en la dehesa hablando de los cultivos. Si la extensión que se le dedica en este trabajo pudiera resultar inferior a la de otros usos ello es debido no a que revistan una menor importancia, sino a que bastantes de los asuntos relativos al cultivo ya han sido desarrollados en apartados anteriores, debido al íntimo entrelazamiento entre usos y aprovechamientos en nuestro agroecosistema de estudio.

En efecto, el laboreo y cultivo de la tierra era una práctica crucial en la dehesa que se complementaba con los otros usos del territorio y perseguía varios fines a la vez. Por un lado se cosechaba grano para alimentación del ganado y para la venta, así como paja. Por otro servía para controlar el matorral, para evitar el embastecimiento del pastizal y para dar beneficio a la arboleda, en la producción de bellotas y corcho. Según las gentes, aunque no dicho con esas palabras, con el laboreo se rompía la estructura del suelo, se hacía más poroso, evitando que se compactara (*criara corteza*), con lo cual era más agua la que podía retener, se oxigenaba más, producía mejores hierbas y también beneficiaba a la arboleda, *le daba más vida*. Los otros usos productivos también podían servir para beneficiar a los cultivos, por ejemplo los aportes de materia orgánica de la arboleda o de estiércol del ganado. Las podas de la arboleda se acompañaban con los ciclos de labor, buscando dejar entrar más luz a los cultivos.

La vocación principal de estos suelos pobres y relieves accidentados no es la del laboreo, sino la forestal y pastoral. En algunos lugares concretos, más llanos y de mayor desarrollo de suelos, el cultivo con cierta intensidad era posible con la ayuda de la fertilización con estiércol. Pero esa aptitud era la que hacía que precisamente no fueran dehesas, pues ante la posibilidad de obtener cosechas continuadas se deforestaban y conformaban parcelas de labor intensiva de secano, sobre todo en torno a los pueblos. Lo mismo sucedía con las huertas. Por tanto, la dehesa nos está dando cuenta de terrenos de poca capacidad de producción granera. Ahora bien, si no grandes y continuos rendimientos, las dehesas podían ofrecer discretas cantidades cada cierto tiempo, prestando además el laboreo los otros beneficios antedichos y sirviéndose sobre todo del aporte de estiércol de la oveja. La siembra había de adaptarse a la capacidad del terreno y al clima para producir cosechas, de ahí los ciclos largos de siembra, extensivos y de secano. El tipo de especies cultivadas también era una señal clara de la aptitud del terreno, con poca presencia del trigo, el más exigente en condiciones de cultivo, y gran cantidad de cebada, que además era más adecuada para el ganado. Lo mismo podemos decir de la importancia de la avena y el *grano gordo*, es decir, los *algarrobos*, *altramuces* y *chicharos*, los más adaptados a las peores tierras y todos ellos muy convenientes y bien aprovechados por el ganado de las fincas, pues éste era su principal destino.

A la hora de determinar qué se iba a cultivar y dónde, los criterios fundamentales eran las necesidades de determinado grano, para las fincas o para la venta, y la vocación y aptitudes de los distintos terrenos, en lo cual pesaba el pormenorizado conocimiento de las características de las distintas partes de la finca. Aunque había ciertas especies de las que era indispensable disponer para consumo humano y del ganado, no necesariamente se sembraban en todas las fincas, pues quienes tenían tierras en distintos lugares, del área de estudio o de la comarca, podían sembrar cierto tipo de grano en aquella parcela que mejor se aviniese a ello, por ejemplo, sembrando el trigo en la campiña o en la Solana de la Puebla y dejando terrenos peores para otras especies.

Como se ha referido, el grano máspreciado era el trigo, por el buen precio que tenía en el mercado y porque era la base fundamental de la alimentación humana. De ahí que, donde las condiciones del terreno lo permitieran mínimamente, se cultivase trigo. Ahora bien, este cereal era el más exigente en suelos y temperatura, por lo que para él se reservaban las tierras mejores y más soleadas, y siempre era un cultivo de primer año, no sembrándose nunca *rastrojeao*, en el rastrojo del año anterior, que había perdido nutrientes con el cultivo. Donde sí se podía sembrar bien era en el medio barbecho de los garbanzos o los melones, que había sido terreno bien labrado y en el que esas plantas se habían desarrollado en un periodo corto. En mucha menor medida se sembraba tras las habas.

Un hecho que conviene resaltar es la enorme cantidad de variedades de trigo de la que nos dan cuenta las gentes del lugar, a diferencia de lo que sucede con las otras especies de cereal y leguminosas, de las que sólo había un par de variedades, o a veces un único tipo. Ello creemos que se debe al interés por conseguir el mayor y mejor rendimiento en trigo, fomentado por la política gubernamental, los altos precios y la existencia del estraperlo. Los silos del Servicio Nacional del Trigo, al igual que los antiguos pósitos, fueron un factor de difusión de una gran variedad de semillas. Los labradores probaban y cambiaban de trigo buscando el que mejor se adaptase a cada situación y terreno e intentando aumentar sus rendimientos con el trigo que mejor *pagara* o *acudiera*, es decir, que más cantidad diera por unidad sembrada. Otro criterio podía ser lo temprano que se diera. Es por ello que nos aparece toda una pléyade de nombres de trigo: *candeal*, *blanco*, *rubio*, *raspinegro*, *pelón cabezorro*, *medina*, *tresmesino*, *cespero*, *curichi*, *pané*, *mesmejuelo*, *sanató*, *andica*, *antana*, *jerez*, *aurora*, *maleta*, *florencia*, *herrera*, *aragonés* y *california*.

Los trigos más blandos y ligeros eran para las tierras inferiores. Los trigos duros, como el *cespero*, precisaban tierras *de cuerpo*, tierras fuertes, era un trigo recio que daba una paja muy buena y fina; el *herrera* también era un trigo duro, al igual que el *raspinegro*; el blanco requería igualmente tierras muy buenas, vegas y cercados, y su siem-

bra era temprana; el candeal era el mejor para pan y también era muy exigente en suelos; el *antana* pegaba bien tierras de cebada y era temprano, se segaba antes que la cebada; el *cabezorro* o *cabezón* era muy recurrente en la zona (en variedades blanca y colorada), pegaba bien en estas tierras cortas y sólo servía para ganado; el *pané* era grano malo, de poco corazón, sólo para ganado, y criaba en malas tierras y *acudía* mucho, daba gran cantidad por superficie; el trigo *medina*, de grano picudo, era el que mejor pagaban en el silo; el *tresmesino*, corto, lo repartió el gobierno en los tiempos del hambre y se cultivaba en terrenos labrados, *jecheaos*¹⁴; los trigos *pelones* proliferaron tras la guerra y también se pagaban más en los silos, se podían sembrar en umbría, en tierras frescas; el *maleta* era un trigo nuevo en la zona, sólo para ganado; el *california* también se introdujo en la posguerra, rendía mucho pero por tener tallo y espiga largos que se enredaban mucho y por ser también el tallo gordo y difícil de segar se dejó de sembrar.

La cebada era el grano que más se sembraba, por adaptarse más al terreno y por ser buen pienso para toda clase de animales y, además, se llevaba al silo. Era, junto al trigo, cultivo de primer año, reservándosele dentro de las mejores tierras aquellas que no lo eran tanto como las que habían de acoger al trigo, de menos suelo o más frías. Las variedades eran muy pocas, incluso buena parte de los labradores sólo hablan de un tipo, al que a veces llaman caballar, blanca o del país. Algunos distinguen entre cebada blanca y moruna, pero ésta última parece ser que vino después. La cervecera sería bastante posterior.

El centeno, bien conocido en la comarca en tierras más frías de sierra como Cabeza la Vaca o Calera, aquí sólo se sembrada en el borde de los cultivos, unas tiras de un par de metros, para evitar que los animales comieran los otros cultivos a la siembra, al ser ácido y de menos valor que, por ejemplo, el trigo o la cebada. Al ser más amargo el cen-

¹⁴ *Jecheao* se dice del terreno cultivado intensiva, continuamente, como los cercados de los alrededores del pueblo, que precisaban estercado frecuente.

teno, sería menos atractivos para los bichos. Además, de él se habría de obtener el bálago para vestir los chozos y para rellenar los aparejos y almohadillas de las bestias, así como los jergones de las camas.

La avena era el cereal más flojo, de menor alimento para el ganado, tanto el grano (se decía que apenas tenía corazón, siendo casi todo *olleo*, cáscara), como la paja, de ahí que rece el dicho "*eres más flojo que la paja de avena*", refiriéndose tanto a la escasa resistencia de la caña como al poco alimento. Era propia de suelos cortos y tierras muy frescas, de umbrías. Si era cultivo de primer año se sembraba en las tierras peores o más frías. Se decía de ella que era muy *valiente*, pues prevalecía en terrenos poco agradecidos y se *apoderaba* del terreno (con poco cantidad de grano se cubría mucho espacio de siembra), por lo que había que sembrarla *al clarejón*, poco densa. Como cultivo de segundo año ocupaba las tierras mejores y dejaba la peor a las leguminosas. Sólo se habla de una variedad de avena. Había que sembrarla pronto porque tarda en granar, *se viene* después.

Las leguminosas (habas, altramuces, *algarobos*, *chicharos*, *atilos* (latinos) o *verza* (veza) eran cultivos de segundo año, por ser menos exigentes y, en palabras de los lugareños, castigar menos la tierra. Con su capacidad de fijación de nitrógeno, las leguminosas ayudaban a mejorar el suelo. No obstante, de los *algarobos* se dice que esquilaban mucho. De *algarobos*, *chicharos* y altramuces sólo se conocía una variedad.

En el peor terreno lo que se podían sembrar eran *algarobos* y *chochos*, muy valientes también, poco exigentes y que también se *apoderaban* mucho de la tierra. Como vimos, también se sembraban el primer año si el terreno era de ínfima calidad. No requerían mucha labor, no le tenían miedo a la hierba, ni precisaban humedad para la siembra, ni enterrarlos mucho. Los *habichuelos*, como también se llama a los altramuces, eran de una única variedad, amargos, y se destinaban sólo a los cochinos una vez endulzados, como ya vimos.

Aunque en años de hambre se cogieron en verde para consumo humano, los *chicharos* eran una variedad de guisantes algo más fuertes que los comestibles, que se cosechaban en seco para el consumo

del ganado, de los cochinos. Querían tierras algo mejores que *algarobos* y *chochos* y, al decir de algunos, buen barbecho. Se podían sembrar donde hubiera estado el trigo, por ejemplo. No se podían sembrar dos veces en el mismo sitio porque criaban *pinos*, los hopos, una planta que también crían las habas. De ellos decían algunos que eran muy aventureros, es decir, arriesgados, y les podía caer también cenizo. En los *chicharos* hemos constatado el hecho de que lo sembraban poco los pequeños propietarios. El latino, la *verza* y la muela se sembraban más bien poco, sobre todo ésta última.

De habas existían tres variedades, las cochineras, que eran pequeñas, las medianas, de mucho rendimiento, y las llamadas *tarragona*, más grandes y más aptas para el consumo humano. Las habas se sembraban en rastrojo, pero también a veces en algún barbecho. Requerían tierra de mejor calidad que el resto de leguminosas, tierras buenas y en solana, y compartían con los *chicharos* los problemas de *pino* y cenizo. Su cultivo era más propio de otros agroecosistemas, como olivares, huertas o cercados, porque en la dehesa la sombra de la arboleda no les favorecía. Además, en fincas grandes no se solían sembrar mucho porque había que guardarlas, ya que podían robarlas las gentes para comerlas, aunque su destino había de ser que la consumiera el ganado en seco. Para guardarlas estaban los guardas de habas.

La siembra de heno de veza-avena era menos frecuente y se daba sobre todo entre pequeños propietarios y alguna gran explotación, sobre todo de la zona de Santa María.

De garbanzos sólo se conocían dos variedades, el blanco, que era una de las bases de la alimentación de las gentes de la zona y el negro, para consumo de los cochinos, pero apenas cultivado. El garbanzo demandaba buen terreno y huía de la sombra, de ahí que en la dehesa se cultivase en zonas clareadas, por ejemplo en algunas vaguadas. El garbanzo era un medio barbecho o barbecho semillado, pues se alzaba la tierra sobre diciembre y se sembraba en marzo, por San José, arrancándose en julio. En ese tiempo se le había dado varias labores, por lo que era buen barbecho para luego sembrar el trigo. Las

fincas procuraban sembrarlo para su gasto y los colonos lo cultivaban sólo si les caía un terreno apropiado.

Algo parecido sucedía con los melones y sandías, otro medio barbecho, pero éstos además de buena tierra precisaban de algo de humedad, en vegas, junto a barrancos. Los dueños de fincas los sembraban poco, los colonos sólo alguna vez si les venía en buen sitio. Su cultivo era tarea de los meloneros, jornaleros o trabajadores de fincas a los que se cedía tierra a cambio del pago en especie. En cualquier caso, salvo puntos muy concretos, estas no eran tierras de melones, como la campiña, y los melonares, además de pocos, eran muy pequeños.

En algún toril, abrigado de vientos y cerrado al ganado, tras estercar podían sembrar los pequeños y medianos propietarios algunas especies de las mentadas, como habas, garbanzos, trigo u otras como patatas o ajos.

Habida cuenta de la composición de la producción granera de la zona que acabamos de ver, su destino fundamental era el ganado. Salvo el trigo, el grano producido se destinaba casi exclusivamente al ganado de las propias fincas. No obstante, hay que tener en cuenta el factor de distorsión que introdujo la política triguera del primer franquismo que, como vimos, era fuertemente intervencionista y obligaba a los cultivadores a entregar una parte de la cosecha de trigo y cebada al S.N.T. a un precio tasado, garantizado. No obstante, a mediados de los cincuenta los controles se relajaron. Además, la burla de esas limitaciones, sobre todo en cuanto a declaración de superficie sembrada y venta al S.N.T., era de unas dimensiones considerables.

El objetivo primero del cultivo era subvenir las necesidades de las fincas y las familias. En cuanto al consumo humano, se procuraba tener trigo con el que conseguir harina para el pan, el alimento básico. Con el resto había que mantener al ganado. Caso bien distinto era el de los colonos, los aparceros o labradores sin tierra que, al no tener ganado en su mayoría, destinaban una parte considerable de su cosecha a la venta.

Pero no todo era complementariedad de usos agrícolas y ganaderos, pues el cultivo suponía competencia para el ganado, que se veía privado del pastizal mientras éste permaneciera laboreado y sembrado. Por ello había que ponderar las necesidades de tierras para pastos y de tierras para cultivo pues, aunque la complementariedad de ambos era necesaria, debían calcularse la magnitud y requerimientos de cada dedicación y su articulación concreta cada año.

Todo ello variaba mucho según la finca de la que hablemos. Cuando una explotación se componía de fincas en distintos espacios con diversa aptitud podía haber mayor intensidad de un uso u otro en cada finca. Así, las fincas de campiña suministraban gran cantidad del grano que los ganados requerían en las dehesas, pudiéndose reducir de esta manera el terreno cultivado en la dehesa, alargando los ciclos de labor y acercándose al mínimo necesario para cumplir con los otros fines distintos a la producción de grano (control del matorral, mejora de pastos y beneficio de la arboleda). Aunque con bastante menor intensidad, algo parecido podía suceder dentro de cada dehesa, con mayor dedicación al cultivo en las zonas más afables y generosas.

Como ya hemos apuntado, un elemento de sumo interés en todo el mundo de la labor era el régimen de aparcería, la existencia de colonos. Era una singularidad tanto económica como social, según se verá más adelante. La posibilidad de conseguir tierras en aparecería, además de dar lugar a un estrato social de yunteros de tremenda importancia, permitía que las explotaciones más menguadas pudieran detraer del cultivo partes considerables de la finca para poder destinarlas al ganado propio, que presionaba por los recursos pastables frente a los cultivos. De esa forma, algunas fincas pequeñas no se cultivaban apenas, pues sus dueños sembraban a renta en latifundios cercanos. El factor escaso, la tierra, hacía que el factor abundante del grupo doméstico, la mano de obra, se empleara fuera de la finca, contribuyendo así a reducir el gasto en mano de obra en las grandes explotaciones, donde sobraba tierra y el salario era uno de los principales costes de explotación.

Otro factor de producción necesario era la simiente. Las grandes fincas no tenían problema alguno con ella por la magnitud de su producción de grano, en la dehesa o en la campiña. Cosa distinta era en las fincas pequeñas o entre los colonos, que acuciados por las necesidades de consumo humano o del ganado podían vender a veces hasta ese fondo de reemplazo. Ello daba lugar a fórmulas diversas de aprovisionamiento de la simiente. En unos casos se compraba al llegar la sementera. En otros eran los dueños de las fincas los que adelantaban la simiente al colono, que habría de devolvérsela cuando la limpiara en la era o le ponía una renta superior por sembrar la tierra. En el caso de la Puebla se constata la existencia de prestamistas de grano, que cobraban en muchos casos intereses abusivos.

Un capital importante para poner en explotación la tierra eran los aperos de labranza y las bestias, de las cuales ya hemos hablado. Aunque podía haber labradores sin tierra, o sin grano en un principio, era cosa extrañísima la existencia de cultivadores sin bestias o aperos. Vez hubo que algún menesteroso cultivó una mínima extensión con azadón. Veces había también que quien no tenía animales de labor y aperos buscara a algún colono o campesino que echara unas huebras, peonadas de trabajo con bestias y el apero de labranza adecuado a cada tarea. Pero, como decimos, esto era bastante infrecuente.

El apero fundamental en aquel entonces era el arado de vertedera, pues el de palo casi se había dejado de utilizar en los años cincuenta. Además, se había impuesto también el arado giratorio, más versátil que el de vertedera fija. Uno y otro no se podían fabricar en las fincas. Aunque alguno se hiciera en las herrerías de los pueblos, o al menos algunas de sus partes, la inmensa mayoría se compraba en los pueblos grandes, sobre todo en Fuente de Cantos, Llerena y Zafra, y suponía una importante inversión para las economías modestas. Menor gasto era el resto del utillaje, como rejillas, *máquinas*, etc. Algo que diferenciaba a los distintos estratos de cultivadores era la posesión de carros, siendo los más usados los de llanta metálica y varas, que sólo tenían las grandes casas y labradores medianos. El alto coste y el relativa-

mente corto espacio de tiempo en que se usaba (en la recogida de las mieses) hacía que sólo ellos pudieran permitírselo. El ser la sierra terreno abrupto y de relativamente poco cultivo hacía que su presencia fuese pequeña comparada con lo que sucedía en la campiña, donde incluso había carreros. En la zona había un carrero a lo sumo en cada pueblo, que se empleaba en distintos menesteres. Por tanto, quienes no tenían carro recurrían a ellos o se apañaban con las bestias. En ocasiones, no muchas, la casa cedía el carro a los colonos. Los trillos tampoco los tenían muchos colonos, que habían de trillar con bestias. La presencia de trilladoras mecánicas en aquellos años podríamos decir que era anecdótica.

Por tanto, las bestias y los aperos eran los únicos medios de producción de los cultivadores tierras, de los colonos, y ello no era poco, habida cuenta de lo que se precisaba para conseguirlos, como bien sabían los jornaleros. De esta forma había fincas que, al dar toda o casi toda la extensión de cultivos a estos aparceros, obtenían el grano sin haber hecho ninguna o casi ninguna inversión en este proceso de producción, eran rendimientos limpios. Muy pocas grandes fincas cultivaban directamente toda la superficie de labor de cada año. Las más se reservaban las partes mejores y *majadaleadas*, con lo cual el rendimiento de su inversión era el más alto.

En cuanto a las infraestructuras necesarias, se trataba de las eras, que las más de las veces eran una simple superficie llana y bien expuesta a los vientos, y los graneros y pajares. En las grandes fincas los graneros no solían ser construcciones específicas, sino que eran los *doblaos*, los pisos altos de los cortijos, los que servían de granero. Lo mismo sucedía con las casas de los pueblos de los dueños y los colonos. Los pajares estaban por lo general junto a las cuadras y eran una nave, prolongación de lo anterior, o en algunos casos situada en un piso alto.

El elemento crucial en el proceso de cultivo eran los bajos salarios de la mano de obra que se requería. Ya hemos visto cómo en muchas fincas se eludía el trabajo asalariado recurriendo a los colonos que trabajaban por una parte de la cosecha, con lo cual, además de eli-

minar inversiones y gastos monetarios no se corría riesgo en caso de mala cosecha, pues nada se había invertido.

Cuando se realizaba la labor directamente, en cuanto a la retribución de los empleados fijos sucedía lo mismo que con los otros trabajadores acomodados, que una parte del pago era en especie, a veces un porcentaje de la cosecha, en el caso del *aperaor*, o encargado de los cultivos. El principal coste era el de la recolección, pues si bien los salarios de los jornaleros eran bajos, en tiempo se siega y arranca era cuando más se les pagaba, por la gran demanda de mano de obra en una tarea que precisaba hacerse en un determinado periodo de tiempo para que no se echase a perder la cosecha.

Una vez insertos los cultivos en su marco ecológico y económico más general, pasemos a ver los ciclos de labor. Para empezar, digamos que el ciclo ideal de rotación de los cultivos era de cinco años. La finca se dividía en cinco hojas y en una de ellas se sembraba el primer año trigo o cebada, tras haber estado de barbecho antes de sembrar. El año siguiente esa hoja era sembrada de *grano gordo*, es decir, de leguminosas como *chicharos*, *algarobos*, altramuces o habas, pero también avena en las partes mejores. Los tres años siguientes la hoja quedaba en descanso, de *eriaz* o posío. Al cabo de ese tiempo se volvía a barbechar y sembrar de cereal. Las hojas de siembra, la de cereal y la de leguminosa, eran siempre contiguas, entre otras cosas para mejor guardarlas del ganado, ya que prácticamente no existían cercas.

Ahora bien, este ciclo ideal a veces no se cumplía por diversas razones, como por ejemplo que las tierras fueran muy malas y se dilatare la rotación, que hubiese una zona de la finca especialmente buena que se cultivase más que otra, etc. Hemos constatado que algunas fincas pequeñas no solían seguir estrictamente este ciclo y sembraban menos de lo que teóricamente correspondería a una hoja de cultivo, pues las necesidades de terreno para el ganado no lo permitían. Era el caso de algunas pequeñas explotaciones de la Puebla que, al tener parcelas en distintos sitios, destinaban a cultivo preferentemente aquélla de mejores suelos y sin árboles, por ejemplo, la zona de La Solana. Como queda dicho, los campesinos que eran a la vez

colonos y sembraban en fincas grandes solían reservar sus pastos para el ganado. Ello no quiere decir que no se sembrasen sus fincas, sino simplemente que se espaciaba más la rotación y, en algunos casos, que sólo se sembraba un año y se dejaba descansar varios. Pero, aunque en menor escala, también había algunas grandes explotaciones que reservaban algo más las dehesas de esta zona para el ganado y sembraban mucho en fincas de la campiña o en las que tuvieran mejor tierra o menos árboles.

Uno de los aspectos más interesantes de los cultivos quizá sea el del tipo de mano de obra que empleaban, debido a que a diferencia de la ganadería requería bastante fuerza de trabajo en momentos muy concretos. Ello hacía que la gran masa de jornaleros de estos pueblos estuviese muy relacionada con la agricultura y muy pendiente de ella, pues de la suerte de los cultivos dependía su propia suerte. Además, parte del cultivo lo realizaban aparceros, los colonos, con unas características bien específicas en el contexto de las grandes fincas. No obstante, el laboreo empleaba también a una significativa cantidad de mano de obra fija, como pasamos a ver a continuación.

Para llevar a cabo los procesos de trabajo que los cultivos precisaban había varios tipos fundamentales de mano de mano. En las grandes fincas, la superficie cultivada y las distintas tareas que los cultivos requerían hacían que en torno a ellos hubiera un gran número de personas con funciones muy diversas insertas en un organigrama jerárquico. En las de mayores dimensiones había un *aperaor* (literalmente encargado de los aperos de labranza). Sin embargo no lo había en todas, entre otras cosas porque, aunque la superficie fuese grande, existían también colonos. Por eso, los *aperaores* estaban en las fincas en que no había colonos, o eran muy pocos y hacían falta muchos mozos de mulas. Un informante apunta que en aquella época ya no había muchos *aperaores* y que su presencia era mayor cuando no había arados de vertedera, en que el laboreo era más complicado y la reparación del arado requería mayor atención. El *aperaor* tenía por misión supervisar todas las labores de cultivo que se hacían con las bestias, principalmente la labranza con arados, y tenía competencias

a la hora de determinar en qué lugares cultivar un tipo de grano u otro, cómo organizar el trabajo y qué debían hacer los mozos de mulas cada día. Aunque en estas cuestiones también los dueños decidían, se dejaban aconsejar bastante por estos hombres, con los cuales solía existir una relación de confianza porque, entre otras cosas, era frecuente que llevaran muchos años en la casa. Por ejemplo, el dueño determinaba las necesidades de grano de la finca, la cantidad de cada tipo de grano que deseaba, y el *aperaor* fijaba dónde sembrar, por ejemplo. Era asimismo el encargado de tener a punto los aperos, de supervisarlos y repararlos si esto era posible en la finca, y de cuidar las bestias cuando estaban en las cuadras. Era el que se ocupaba de tirar el grano y, a veces, de *hacer almergas*, aunque también cogía una yunta cuando era necesario, por ejemplo a la hora de cortar la besana, es decir, ir marcando con el arado la extensión que se iba a arar en cada vez. De igual forma situaba a cada mozo en el lugar conveniente para arar, ya que solían ir juntos. Aunque cada mozo hacía su trabajo según su capacidad y entendimiento, el *aperaor* le daba indicaciones sobre algunos aspectos, por ejemplo si veía que la tierra que le iba dando al arado (la profundidad del surco) no era la conveniente. También dirigía las faenas de saca y de la era. Se ocupaba igualmente de hacer la candela y estar al tanto de ella, de hacer las migas para los mozos de mulas cuando estaban en los cortijos o las tribunas y de poner la olla o hacer el gazpacho si no había en el lugar en que estuvieran una casera que se ocupase de ello.

Al igual que los mozos de mulas, vivía en el pueblo o en el cortijo dependiendo de si el dueño tenía varias fincas o una sola y relativamente alejada de la población. Cuando eran varias las fincas de un dueño, solían ir los mozos de unas a otras a trabajar, salvo que estuviesen en pueblos muy distantes. En algunas tribunas solía haber una pequeña habitación para el *aperaor*. Al igual que otros empleados, podía tener a familiares trabajando en la explotación, aunque no se constata herencia del oficio, o mejor dicho, de la función, de padres a hijos. Además de su sueldo, los *aperaores* recibían una cantidad de grano, ya fuera fija o un porcentaje de la cosecha, cosa que era lo más

frecuente. Además, su comida corría por cuenta de la casa, como veremos enseguida al hablar de los mozos. Como los otros trabajadores fijos, se acomodaban de San Miguel a San Miguel.

Los mozos de mulas, como su propio nombre indica, eran los encargados de trabajar con las bestias, en el laboreo, la saca, la era o el estercado. Las únicas labores del cultivo que no eran competencia suya eran la *sacha* (escarda) y la siega, aunque a veces podían echar algunos días de trabajo en la primera si no tenían trabajo por alguna razón. El trabajo en la siega era bastante inusual, ya que se ocupaban de la saca o acarreo. Como llevaban las bestias y el carro, se ocupaban también del transporte de granos, paja, leña o aceituna en las explotaciones que tenían olivar, o cualquiera otra cosa que fuera menester transportar. Cuando venía mal tiempo y no se podía trabajar con las bestias por el estado del suelo, se ocupaban en otros atenderes, como por ejemplo sacar las cuadras o acarrear piedras y hacer *calzás*, calzados de piedra para frenar la erosión como se verá más adelante. En ciertas explotaciones con tierras en campiña y dehesa, cuando llovía y no podían trabajar en la campiña porque los suelos eran impracticables, tenían la opción de ir a la dehesa, donde los suelos no ofrecían tanto el problema de embarrarse, al ser más cortos y pedregosos y absorber menos agua. En algunos casos, eran los encargados de cocer los *chochos* para los guarros. Cuando no había *aperaor*, cosa que como hemos señalado era muy frecuente, alguno de los mozos podía suplirle en algunas de sus funciones y recibía el nombre de *mozo gordo*, aunque siguiera haciendo las mismas funciones que los demás mozos.

El número de mozos era evidentemente variable, según la extensión de los cultivos, por lo que había fincas que tenían uno sólo y otras que contaban con hasta quince, y eso sin contar aquellas explotaciones que tenían fincas de dehesa y grandes extensiones de campiña, en las que los mozos se contaban por decenas.

Los mozos se ajustaban por año, de San Miguel a San Miguel, y solían tener cierta continuidad en las fincas. Su retribución era el sueldo, una cantidad fija de grano y la comida. En efecto, su alimentación

en las fincas corría a cargo de los dueños, que daban a los caseros las viandas necesarias para que les hicieran de comer. Es más, cuando estaban en el pueblo donde vivía el dueño, comían en casa de éste. En las fincas, se quedaban en las tribunas de los cortijos y, de no haberlas, en alguna otra habitación. Casos nos cuentan en se quedaban en las cocinas o los pasillos de los cortijos. Al pueblo iban cada quince días, a vestirse, como ellos decían.

Pero, además de estos trabajadores fijos, ocasionalmente se contrataba a otros eventuales para las labores de reja, cuando interesaba adelantar la labor. En algunas fincas se buscaban estos yunteros todos los años y en una de ellas trabajaban hasta mayo, cuando acababa la bina, pudiendo alguno de ellos ajustarse con el dueño para la era. En Puebla del Maestre hemos constatado la contratación de alguna mujer para sembrar habas y garbanzos, para ir echando la simiente en el surco a dedo, porque resultaba más barato. No obstante, esto era poco usual.

En las fincas pequeñas o medianas pero con mano de obra familiar suficiente, los encargados de las labores de cultivo eran los propios miembros del grupo doméstico. Aunque normalmente todos ellos sabían hacer todas las labores, en algunos casos en que había varios hombres en la finca algunos estaban más dedicados a los cultivos y otros se ocupaban más bien del ganado. En cualquier caso, cuando era necesario todos colaboraban. Ya vimos cómo en fincas pequeñas se podía buscar eventualmente a algún muchacho para cuidar el ganado y, así, el miembro del grupo que estaba con los bichos se iba a la labor. Pero además, si seguía haciendo falta fuerza de trabajo, se buscaba también a algún hombre para el laboreo, que a veces podía ser algún familiar de los propietarios. En fincas medianas ya podía haber algún trabajador fijo en el cultivo, un mozo. Más usual es que se buscara algún eventual como yuntero, para trabajar con las bestias de la casa en la labor. Como quedó dicho páginas atrás, una forma de trabajo en la labor era la contratación *a huebra*.

Un colectivo con características bien específicas era el de los colonos, que en otras zonas de España recibían el nombre de yunteros y

en pueblos vecinos *pejualeros*. No obstante su singularidad, era un grupo bastante heterogéneo porque entre los hombres que sembraban a renta en tierras que no eran suyas había desde quienes no tenían ninguna tierra hasta dueños de fincas de cuarenta o cincuenta hectáreas; desde jornaleros hasta empleados de las fincas, desde quienes iban a trabajar a lo que saliera hasta los que tenían trabajadores. Pero vayamos por partes. Hemos dejado dicho que la gran mayoría de las grandes fincas sembraban directamente una parte de la hoja de cultivo que correspondiese cada año y la otra la daban a sembrar a colonos. Nunca se solía dar toda la tierra a un solo colono, sino que se repartía entre varios. Así, a medida que descendía el tamaño de las fincas, era menor el número de colonos en cada una, hasta llegar a algunas en que sólo había dos o tres. Además, estaban las que no tenían colonos y aquellas en que los propios dueños eran colonos en otras fincas. Eran muy pocas las fincas grandes que no tenían colonos, así como las que no sembraban directamente. En el caso de estas últimas se trataba de fincas cuya gestión dejaba bastante que desear para los parámetros de la época, pues primaba la dejadez y en algunas de ellas lo que se hacía no era explotarlas directamente sino arrendar el aprovechamiento de las hierbas, cual era el caso de algún latifundio cerca de Santa María.

Como ha quedado dicho en apartados anteriores, los dueños sembraban directamente lo mejor de la hoja que correspondía cada año, aquella parte de mejor tierra, que había sido más majadeada y que no tenía monte, mientras que a los colonos le correspondía generalmente lo peor, *el hueso*. La parte del dueño solía ser inferior a la mitad de la superficie cultivada. El resto se repartía entre varios colonos, en partes que solían oscilar entre las diez y las veinte fanegas, y era bastante frecuente que un colono cultivase a la vez en más de una finca. En todas las fincas había una serie de colonos que eran fijos cada año y en algunas había tal continuidad que sólo podía entrar un nuevo colono si alguno de los habituales dejaba de sembrar allí. No obstante, había también muchas fincas en que no eran exactamente los mismos de un año a otro.

Además de los colonos en sentido estricto, podía haber una serie de personas relacionadas con la finca que sembrasen, por ejemplo el guarda o el casero, un carbonero, un manijero habitual, o hasta algún ganadero¹⁵. Estos solían tener cierta preferencia a la hora de adjudicarle una parte de mejor calidad que a los otros colonos. En cualquier caso, ser colono conllevaba muchas veces una especial relación con la casa ya que, entre otras cosas, no siempre era fácil acceder a tierras y había veces en que algunos colonos que pretendían sembrar en alguna finca no lo conseguían. Por eso era importante tener buenas relaciones con los dueños, los guardas, etc., y, así, había bastantes colonos que estaban emparentados con empleados de las fincas en las que sembraban.

LOS PROCESOS DE TRABAJO Y EL DESTINO DE LOS PRODUCTOS

Para cultivar, lo primero que había que establecer eran las hojas y parcelas que se habían de sembrar, la parte destinada a cultivo directo y la que se daría a los colonos y, además, los espacios asignados a cada especie. En las grandes fincas era el *aperaor* el encargado de dicha asignación. En el caso de los colonos, se les indicaba qué parte era la que sembrarían, pero entre ellos habían de determinar el trozo que correspondería a cada uno. Es por eso que se fijaba un día para hacer dicho reparto. Había de medirse la superficie asignada a cada uno, el número de fanegas, cosa que se hacía por acuerdo entre ellos, a veces dejando la tarea de medir, con sogas por ejemplo, a aquel de ellos más perito en esos menesteres, al que *se diera mejor traza*. No se trataba sólo de establecer las dimensiones de la parcela, sino también de ponderar la calidad de las tierras que corresponderían a cada cual. Por ello se hacían lotes de tal manera que cada uno tuviera un trozo

¹⁵ Se constatan casos en que, como parte del pago, la propiedad sembrada a algunos empleados fijos una determinada parcela y estos últimos se ocupaban del resto de labores.

de tierra en el terreno mejor y otro trozo en el de menor calidad, para compensar. La diversidad de hojas de cultivo en las fincas, las del dueño y los colonos, y dentro de esta las de cada uno de ellos, a su vez con diferentes especies, producía un paisaje de gran mosaicidad.

El cultivo estaba precedido de todo un conjunto de operaciones. Así, la hoja que se iba a sembrar era aquélla en la que el año anterior se había ido asentado la red de las ovejas para fertilizar el suelo, como ya hemos visto. Como también se indicó anteriormente, la hoja de siembra era la que se talaba el invierno anterior, para darle más luz a los cultivos. Ya contamos cómo en algunos casos era necesario desbrozar las zonas de mucho monte, con *calabozos* o azadones, y que por eso se cedía ese terreno sin renta, sólo a cambio de desmontarlo. Como quedó dicho, de la tarea del desbroce por los colonos habían de estar muy pendientes los guardas de las fincas, para evitar que se dañasen los renuevos. En la mayoría de las zonas llanas eran pocas las matas de monte que precisaban ser arrancadas, por lo que no existía un desbroce como tal sino que era el propio arado el que se las llevaba por delante y, si no, después de arar se daba un repaso y se iban arrancando con un azadón. A veces, cuando el terreno estaba flojo y húmedo, salían con sólo tirar de ellas con la mano.

El laboreo propiamente dicho empezaba con el alzado o barbecho, mediante el que se roturaba la tierra con varios fines, como eran el que el suelo cogiera agua y, al romper la estructura, conservara la húmeda. También servía para airear u oxigenar la tierra. Para que el barbecho cumpliera su finalidad era necesario que lloviese y que la tierra *curtiese*, como nos señala un labrador: *"Si haces un barbecho y no llueve antes de la bina, no curte, o sea, que el pasto ese y los yerbajos que has enterrado con el arado no se han podrido. Había veces que binabas y todo lo que había enterrado el arado de pasto y eso te volvía a salir"* porque según otro campesino, *"el agua en la mies es la que lo hace todo, el año es el que lo hace"*. Para explicar el significado de *curtir* otros labradores utilizan la palabra cocer referida a la hierba, al igual que cuece el estiércol. Al barbecho también se asocia la idea de sanear la tierra, por ejemplo, de hormigas y bichos.

La roturación se hacía en el invierno, entre enero y marzo por regla general, y se comenzaba cuando ya no hubiese mucha bello-ta. En unos cuantos casos constatamos que se podía hacer incluso en abril si la tierra estaba buena y húmeda. En una finca en que la dueña no sembraba directamente, según nos dice un colono, "*no nos dejaban dar un surco hasta abril, por medio de las yerbas, para que las aprovechase el ganado*". En otros casos en que aparece ese mismo condicionante para los colonos se dejaba arar a partir de marzo, pero en la mayoría de los casos se podía hacer antes. En cualquier caso, se consideraba que el mejor barbecho era el que se hacía en diciembre-enero, para que *curtiese*. En diciembre solía hacerse el barbecho de los garbanzos pues, como dijimos, se sembrarían hacia marzo.

Al arar, tanto en el alza como en la bina, el arado iba removiendo piedras que salían a la superficie. Estas piedras se procuraba ir las amontonando para mejor laborear. Con ellas se podían hacer diversas cosas. Podían servir como material de construcción, sobre todo de paredes, aunque estas eran escasas. También se podían recoger, amontonándolas, haciendo majanos o *almajanos*, que no eran otra cosa que distintos pisos de piedras colocadas unas encima de otras, en forma normalmente rectangular. Además de quitar la piedra para que no estorbase a la labor y los cultivos y también al crecimiento de la hierba, trayendo espacio al pastizal y la senara, servían como refugio a los conejos. Finalmente, con las piedras se podían hacer *calzás* o *calzales*.¹⁶ Estas eran líneas de piedra que se ponían en perpendicular a la pendiente para frenar la energía cinética del agua al correr y así reducir la erosión (Foto 16). La tierra que se depositaba en estas calzadas daba suelos de mayor desarrollo. Una vez colmatada esa

¹⁶ *Calzales* (calzadas) sería el plural de *calzá* (calzada). Es frecuente en estos pueblos construir así algunos plurales cuando el singular es una palabra aguda terminada en a por suprimirse la d intervocálica. Así como calzada deviene en *calzá* y de ahí en *calzales*, rodada se convierte en *roá* y su plural es *roales* o cagada en *cagá* y *cagales*.

superficie, la calzada podía mudarse un trecho hacia delante para ir ganando terreno. Se solían hacer en los regatos, donde mayor arrastre había. Para hacer estas calzadas se podía buscar gente a jornal pero lo más corriente es que fuera la manera de emplear la fuerza de trabajo familiar o la de los trabajadores fijos cuando no había otro trabajo o la climatología impedía ciertas labores.

En aquella época ya no se usaba el arado de palo, sino el de vertedera giratoria y, salvo las excepciones apuntadas, no había vacuno de labor. Lo ideal era una collera de mulas, pero en su defecto se hacía con burros. Con los antiguos arados de palo, al tener la cuchilla en la el frontal del palo, la tierra se iba vertiendo a ambos lados por igual. La vertedera fija era más problemática pues iba echando la tierra sólo a un lado y, si se volviera haciendo el surco contiguo en la misma dirección pero en sentido contrario, se echaría la tierra encima del surco que se acababa de hacer antes, tapándolo. Por eso se precisaba hacer la besana, una superficie que se tomaba para arar, en forma más o menos ovalada de tal manera que se fuese dando vueltas desde fuera adentro, buscando el centro donde se cerraría el surco, para no ir echando tierra encima de lo ya alzado. Era una tarea complicada sin duda y requería saber *cortar las besanas*.

Con el arado giratorio ya no había este problema, pues al llegar al final del surco se daba la vuelta a las bestias y el arado, se giraba la vertedera y se seguía arando sin enterrar surcos abiertos. Era importante saber cortar los surcos derechos y nunca *de alto en bajo* de la pendiente, para evitar la erosión lo más posible. Según el tipo de suelo, su desarrollo, su dureza y las condiciones de humedad, había que darle mayor o menor profundidad al surco, *darle más o menos tierra*, cosa que se conseguía haciendo entrar la reja en la tierra a más o menos profundidad, regulándolo con una pieza, el farolillo. Si el terreno era duro y seco, al darle mucha tierra, costaría más trabajo arar y las bestias sufrirían. Por lo general, en estos suelos cortos no se necesitaba *"dar mucha tierra porque lo de abajo no cría, cría lo de arriba, lo que está caliente. Si estuvieses en una campiña tendrías que ir hondo porque hay grama y eso, y hay que descuajarla, pero aquí en los terre-*

nos estos no". El barbecho requería que los surcos se hiciesen prietos, se abriese bien la tierra, se voltease bien y se enterrase la hierba.

Los garbanzos se sembraban hacia marzo y aunque se decía que esquilaban algo la tierra las operaciones que se les realizaban, cavarlos sobre todo, eran una labor que se daba a la tierra. De los garbanzos se decía que sólo querían agua al nacer y al cocer, es decir, sólo precisaban algo de agua en primavera. Si les llovía más tarde podían perder la sal de las hojas y estar duros. Los melones esquilaban menos y eran más los cuidados que requerían. Por ejemplo, había que rastrillarlos continuamente para romper la estructura y que mantuviesen la humedad del suelo. Existía toda una cultura de la humedad para conseguir que melones a los que sólo se regaba, si acaso, al plantarlos salieran adelante en un entorno de sequedad. Para ello también se les pasaba, tirado por una bestia, el *róo* (rodo), una especie de cuchilla de alrededor de un metro de ancho. Este rodo iba cortando la capa superficial de tierra para hacer subir la humedad hasta casi la superficie, pero sin llegar a ella para que no se secase. El rastrillar mucho servía también para levantar polvo que protegiese de enfermedades.

La siguiente labor de reja en los cultivos era la bina, que se realizaba hacia abril o, sobre todo, mayo y consistía en volver a abrir de nuevo con el arado el terreno que ya se había barbechado. Su objetivo era voltear el barbecho para que la tierra se solease, se orease en el verano. Además, al binarlo, el terreno echaba menos hierbas y se eliminaba la que hubiera salido. Al buscar abrir y extender la tierra, los surcos se hacían menos apretados que en la barbechera, más anchos y alomados, y se hacían cruzando a los surcos del barbecho, para romper la tierra que no se hubiese roto con el primer hierro. Al arado se le *daba* también menos tierra que en el alzado, pero si cuando se roturó por vez primera la tierra estaba dura y no se pudo hacer el surco tan profundo como hubiera sido deseable, podía *darse más tierra* en la bina. Al ser menos exhaustivo el proceso y estar la tierra más blanda, la bina requería menos tiempo. A las montaneras les favorecía la bina, pues el polvo que se levantaba con esta labor perjudicaba

el desarrollo de insectos que iniciaban su ciclo en primavera, evitando los daños de los mismos al encinado.

En algunos casos, antes de sembrar y abonar se pasaba una grada o, si no se tenía, una *máquina* o apero compuesto de un travesaño de hierro o madera con diversas púas de hierro (Foto 17). Su finalidad era allanar un poco el terreno, evitar que estuviese alomado y el grano se concentrara en la hendidura del surco y no se repartiese por igual. Esta práctica se realizaba en el veranillo, a finales de agosto o principios de septiembre, y tenía desigual implantación según los sitios, pues era poco usual en Pallares mientras que en Puebla del Maestre se hacía con cierta regularidad. En algunos años en que no llovía y no se podía arar, o en trozos muy malos, no se hacía barbecho, sino que se sembraba *a los pelos*, es decir, tirando el grano directamente sobre el *erizo*. Evidentemente la cosecha no sería buena, porque *"la tierra no estaba sazónada y, además, los hormigos quitaban mucha simiente"*.

Cuando se sembraba *rastrojeao*, es decir, en el rastrojo del cultivo del año anterior, la única labor de reja previa a la siembra era la de cohechar, o dar un hierro al terreno en el verano, una vez que el ganado hubiese aprovechado el rastrojo. Se le daba un pase cruzado y no hacía falta que el surco fuera profundo, *"con que fuese arañado era suficiente"*. Pero no siempre se cohechaba y eran muchos los que sembraban directamente, sobre todo los altramuces.

El principal fertilizador de la dehesa era el ganado, sobre todo a través del *majadaleo* con las ovejas, pero sin olvidar que el pastoreo diario también era un aporte de materia orgánica al suelo. Ahora bien, lo que se estercaba con la red era fundamentalmente la hoja del amo, la que éste sembraba directamente, mientras que los colonos no siempre podían contar con esta fertilización.

Como también se dijo más arriba, el estiércol de los animales de labor y de las cabras y ovejas que se recogía en corrales se usaba fundamentalmente en las parcelas que se sembraban con mayor frecuencia, huertas, cercados próximos a los pueblos, en los trozos que se sembraban de forraje, en algunos toriles que se sembrasen, algunos olivares, etc. Había quienes no aprovechaban el estiércol de sus bes-

tias y lo vendían, pero muchos otros, si el cultivo no caía demasiado lejos, lo esparcían en los barbechos con carros o con serones. Esto se hacía en veranillo, a finales de agosto o en septiembre, antes de la siembra, haciendo montones a cada trecho para luego esparcirlo con una pala. En ningún caso se constata el abonado de rastrojos que, además, era poco frecuente que se quemasen. En efecto, la rastrojera la solía apurar el ganado y además el fuego era problemático por la presencia del arbolado y los renuevos. No obstante, había algunas veces que se quemaba, cuando había quedado mucho pasto en alguna zona, entre otras cosas porque, tras la siembra, podían quedar algunos pajotes y al *maquinar* los arrollarían los peines, causando cierto daño a la sementera. Las cenizas del matorral rozado tenían una importancia puntual sólo en los lugares montuosos de los que dimos cuenta en el apartado correspondiente. Donde se quemaban las rozas no se precisaba estiércol, pues la ceniza era el fertilizante. Es más, ni siquiera se barbechaba, pues sólo se araban las *colás*, los trozos que quedaban fuera de las *rodeás*, sin quemar, y que se habían de arar.

Aunque no estaba muy generalizado su uso en aquellos años, sí que eran de sobra conocidos los fertilizantes químicos. No eran muchas las grandes fincas que los empleaban, entre otras cosas porque la parte que sembraban disponía del abono de los animales, de las ovejas sobre todo. Sin embargo, en varias de ellas se usaba con relativa frecuencia e incluso se distribuía a los colonos, cobrando en metálico o poniendo una renta superior a la que se establecía si no se usaba este fertilizante. En cualquier caso no era frecuente abonar con fertilizantes químicos toda la superficie de cultivo, ya vimos cómo el rastrojo no se abonaba, y del barbecho generalmente sólo las partes peores. Entre los colonos, su uso era más frecuente en la zona de la Puebla y Santa María, quizás por la menor calidad de las tierras de dehesa. Entre los campesinos no era muy frecuente, aunque también algunos lo usaban, sobre todo hacia el final de la década. La gente de estos pueblos distingue, para aquella época, el nitrato, al que llaman por su nombre, del resto de fertilizantes, designados bajo la denominación genérica de abono. Éste se echaba, al igual que el estiércol, en

el veranillo y para esparcirlo con la mano se hacían *almergas*. Esas mismas *almergas* servirían para esparcir el grano, puesto que de las *almergas* de siembra habían sido copiadas. El abono se usaba sobre todo en las tierras frías, donde a la planta le costaba trabajo crecer. El nitrato, por contra, se utilizaba en tierras en que el cereal no tenían problemas para nacer pero necesitaba fuerza una vez nacido, por eso se esparcía una vez que se hubiese *maquinado*, en el invierno y a veces casi a las puertas de la primavera.

Para la siembra, la simiente solía ser propia, por lo que en la era se apartaba aquel grano que se considerase mejor, que se hubiese *colocado* mejor, que estuviese más granado, o estuviese más limpio. Como se solían hacer varias parvas y siempre había trozos en que se daba mejor el cultivo que en otros, se podía ir eligiendo. En el caso de los colonos sucedía algo parecido, pues muchos de ellos sembraban en distintas fincas y con distinto resultado. Además, como según los lugares podía interesar sembrar un tipo de grano u otro, sobre todo en el trigo, si a un colono le tocaba una parte en la que convenía sembrar un grano del que no disponía, lo compraba o lo cambiaba. Lo normal era coger el grano del montón, pero sin andar espurgando. Se nos cuenta que en algún caso se podían apartar espigas de trigo de los haces segados, pero era algo harto infrecuente: "... *para eso tenía que ser ya uno que fuera muy curioso*". Cuando más había que ir seleccionando era en los años malos en que las cosechas no hubiesen granado. Por otra parte, los cultivadores podían sembrar muchos años seguidos de la misma simiente, entre otras cosas porque cada año se sembraba en un lugar distinto; pero cuando veían que era conveniente variar, se la cambiaban a otro labrador o compraban a alguno que la tuviese. Pero en aquella época era frecuente ya, debido sobre todo a la exigencia de llevar parte de la cosecha de trigo y cebada al SNT, adquirir la simiente bien a este organismo, bien a almacenistas o a particulares.

Excepto en el caso del trigo, y en bastante menor medida, de la cebada, la semilla no tenía ningún tratamiento antes de sembrarse. Para evitar enfermedades como el tizón y la *jeña*, de las que hablare-

mos más adelante, se desleía sulfato de cobre en el agua de una cuba y con un brochón o una escoba se iba mojando la simiente la noche antes de sembrarla.

Se consideraba que la época ideal para siembra era octubre y noviembre, aunque si había mucho que sembrar u otras tareas en la finca lo requerían se podía empezar a finales de septiembre. En efecto, era frecuente en los tres pueblos que se empezase a sembrar por esta última fecha, una vez pasadas las fiestas en Pallares y Puebla del Maestre. En algunos casos, en fincas muy grandes o cuando se había acumulado trabajo en otras fincas, se podía estar sembrando hasta cerca de Navidad a veces, aunque en diciembre era poco lo que se sembraba ya. La suerte de la siembra dependía en gran parte de que vinieran lluvias que ayudaran a la sementera a nacer. Había casos en que se consideraba conveniente sembrar en seco. En este sentido, un informante nos dice: *"En algunos sitios convenía sembrar antes de que lloviera, por ejemplo sitios muy secos. Pero, por ejemplo, si siembras porque ha llovido y luego tarda en llover, se almidonaba y mucha simiente se podría. Convenía que se sembrara o seco del todo o bien mojado, con fuerza para nacer"*. Otro colono nos apunta: *"Los rastrojos se siembran después que los barbechos. Los barbechos, por razón natural, siempre se siembran en seco y el rastrojo es el último, para que afroche un poco más, es decir, para que salga la yerba y se despoje"*. Un campesino insiste en lo mismo: *"Si no llovía, había que sembrar en seco. Había sitios en que era preferible sembrar en seco y otros que no. Hay sitios que echan mucha yerba sembrando en seco, porque no afrochando el terreno, no mata yerba ninguna y esa sale luego con el sembrado"*. Por eso sería peor sembrar en seco en el rastrojo, que al no haber estado laboreado por el arado echa más hierba. De la avena y las habas se decía que convenía sembrarlas en seco también. Los barbechos también se solían sembrar antes que los rastrojos porque en ellos es más temprano el grano.

Lo primero que se sembraba era la cebada y la avena. De la cebada, que grana relativamente pronto y era la que primero se segaba, algunos decían que convenía sembrarla pronto porque de esa manera

se podría hacer la siega a jornal por poco dinero, al no haber mucha necesidad de mano de obra al principio de la cosecha porque sólo la cebada se habría puesto de siega. Para explicar la conveniencia de sembrar primero la avena unos dicen que *"se hacía para que pasase un buen verano"*, es decir, que gustaba del calor del veranillo; otros sostienen que más bien se debía a que tarda en granar. Lo último que se sembraba era el *grano gordo*, soliendo acabar la siembra con los *chícharros*.

Para sembrar, la primera operación era hacer la *almerga*, que como dijimos consistía en señalar el terreno para tener una referencia de dónde había que echar el grano en cada pasada, de tal forma que no quedasen unas partes sin sembrar mientras que en otras se echase dos veces. Las *almergas* eran simples rayas, de poca profundidad, hechas con el arado, con una o dos bestias. Sin embargo, un *aperaor* nos señala otra posibilidad: *"Cuando el barbecho era bueno, a una mula le echabas los tiros del carro y le enganchabas un leño y un lancho, te montabas, lo ibas arrastrando y se señalaba bien"*. Esto no era, sin embargo, muy frecuente. Así pues, *"se cortaba una almerga, por ejemplo de ocho pasos, para que la bañes bien, y le das dos manos tirando el grano, una yendo y otra viniendo"*. Las *almergas* podían hacerse mayores o menores según se fuese a tirar el grano a una o dos manos. Se solía cortar una *almerga* o dos, sembrarlas y volver a cortar otras. Cuando había varias personas para sembrar, una de ellas iba haciendo la *almerga* y sembrando y las otras enterrando con el arado el grano esparcido por el sembrador. La palabra sembrar se empleaba en un sentido más acotado para la operación de tirar el grano y era la más difícil. Uno de los *aperaores* antiguos, que eran los encargados de sembrar, nos habla de esta operación:

"Arar lo hace cualquiera, pero para sembrar hay que ser inteligente, saber soltar el puño de una vez o no soltarlo. Si siembras a una mano, vas por la mitad de la almerga y vas echando el paso más corto. A cada paso, un puñado. Tienes los costales puestos a trechos y vas cargando la sembraera o un costal que te echas auestas. En el brazo te entraba un dolor que para qué te voy a contar, y además tenías que ir todo el día cargado".

Al tirar el grano había que procurar que toda la almerga quedara bañada por igual porque, si no, quedaban rodales en unos lados mientras que en otros salían *machuquerones*, grupos de matas amontonadas, juntas y apretadas. El arado iba detrás, cruzando los surcos del barbecho y, al ser su función la de enterrar el grano, se le daba poca profundidad, para que no cayese mucha tierra encima de la simiente. La *sembradera* no era más que un costal al que se le ataba la boca a la base para colgarlo del hombro del sembrador pero dejándole una abertura para ir cogiendo el grano.

Esta siembra a *manta* que acabamos de describir era la que se hacía para la inmensa mayoría del grano, pero había otro tipo de siembra, a *surco perdío*, para las habas y los garbanzos, aunque a veces, pocas, se podía sembrar así otro tipo de grano gordo como la veza. Consistía en ir abriendo con el arado un surco y tras el que araba iba otro hombre echando en él el grano; luego, en paralelo se iba abriendo otro surco para con la tierra que volteaba el arado ir enterrando el grano. En ese surco no se echaba grano, de ahí que esta siembra recibiera el nombre de a surco perdío. Las habas se sembraban *en cocera*, es decir, se ponía varias semillas juntas. La siembra de los *chochos* era diferente de otras porque no se usaba el arado sino que se tiraba el grano a manta y se le pasaba una rejilla para irlo enterrando, porque "*el chocho no le tiene miedo a las yerbas y, además, con que lo enterruzques un poco, nace*". La rejilla era apero de hierro con cinco rejas relativamente cortas en dos filas normalmente (Foto 18). Una variedad de la siembra a *surco perdío* era la siembra a *cartabón*, en la que había que delinear los surcos y las filas sembradas de tal manera que, a la hora de pasarle al cultivo cualquier tipo de reja, se pudiera hacer en cualquier dirección. Esto era frecuente hacerlo en los melonares.

Después de la siembra, la labor que se le daba a la senara era la de *maquinar*, y se hacía dándole al cultivo un pase con una *máquina*, ya descrita anteriormente, tirada por una sola bestia normalmente. Los objetivos que se perseguían eran varios, por una parte se le daba labor a la tierra y se la aflojaba para permitir el crecimiento de la planta:

"La máquina se usaba para romper la peza que cría la tierra con la lluvia y para darle fuerza a la raíz del sembrado. La lluvia endurece la tierra, hace una capita dura y los dientes de la máquina no van más que hiriendo la tierra y rompiendo esa capita". Tan era así que había veces en que era necesario maquinar para que naciera la planta y "salían las pajas amarillas que no habían sido capaces de romper".

Otro fin era eliminar malas hierbas cuando éstas iban *frochando*, es decir, empezaban a despuntar: "*Cuando llueve ya empieza a frochar el otoño, entonces es cuando hay que caerle con la máquina para matar ese otoño que viene*". Aquí la palabra otoño, al igual que otoñada, refiere a la hierba que nace con las lluvias de esa estación. De todas formas siempre había algo de las matas de siembra que se llevaba la máquina y había que cerrar los ojos. Por eso mismo, "*Había que maquinar cuando el sembrado estuviese ya algo grande y no le hacía daño pero mataba la yerba que iba naciendo*", pudiendo tener el cultivo entre cinco y diez centímetros a la hora de maquinar. Finalmente, al maquinar se rompían los terrones que hubiera y se allanaba algo el sembrado, lo que era especialmente interesante cuando se trataba de un cultivo que se fuese a segar con guadaña, como por ejemplo los *algarrobos*.

Hacia el mes de marzo era cuando se solía llevar a cabo la *sacha*, aunque también se podía hacer desde febrero y hasta en abril. En cualquier caso, había de hacerse antes de que se cerrase la sementera. Su finalidad era quitar las malas hierbas, bien a mano o bien con un *sacho*¹⁷, de ahí su nombre, pero colateralmente también se le hacía cierto beneficio al cultivo, al darle algo de labor. Las hierbas peores para el cultivo eran los arvejones, que se enredaban en las plantas de cultivo, los jaramagos y las *margazas*, pero también había que quitar *vallisco*, avena loca, amapola, cardos, *chochos bravíos* o carretón. La

¹⁷ En estos pueblos se dice tanto *sacho* como *zacho*, pero nunca *zachar* sino *sachar*.

hierba fina, si no era porque saliese mucha en algún sitio, estorbaba menos y se quitaba fácilmente a mano. En cualquier caso, el que echase más o menos hierba el cultivo dependía mucho de los sitios y, así, en suelos cortos solía echar poca, al igual que donde había habido monte y se había rozado.

Al ser preguntado, todo el mundo habla de los beneficios de la *sacha*, como nos ilustra el comentario de un campesino:

"La *sacha* es una de las cosas mejores que hay, como dice el refrán, a donde llegas sachando llegas segando. Se conocía enseguida lo que sachabas y lo que no, daba mucha más producción, se sazónaba el grano mejor, granaba mejor".

Ahora bien, no todo se sachaba. En efecto, el grano gordo no se solía sachar y para ello hay que tener en cuenta que el valor de su producción era menor que el del cereal. La única escarda de la siembra *rastrojeada* era la que se le hubiese dado *maquinando*. Las habas sí solían sacharse, o ararse, ya que se sembraban *a surco perdido* y lo mismo podía hacerse con otros cultivos sembrados así. Sembrando de esta forma se tenía la ventaja de que era muy fácil *rejillar*, pasarle una rejilla por el surco que no llevaba simiente, de tal manera que sólo quedaban hierbas entre las matas de cultivo del surco de siembra, que se podían quitar con facilidad.

En las fincas grandes y medianas se buscaban jornaleros para la *sacha*. En las pequeñas se valían de su propia mano de obra y, en algunas de ellas, cuando no había tiempo, se podía quedar algo sin sachar. Caso aparte eran los colonos que a su vez eran jornaleros pues, cuando no les salía trabajo en la época de *sacha*, se dedicaban a arrancar la hierba de su *senara*, de tal forma que era mucho lo que sachaban.

En todo tipo de fincas, aparte de para la siega, el mayor número de eventuales se contrataba para la *sacha*. En efecto, en tiempo de escarda se buscaban hombres en los pueblos, pero también se empleaban en ella gentes de las fincas, hijos de los empleados o familiares que

vivían en los pueblos. Era muy frecuente que hubiese una serie de trabajadores que, aún siendo eventuales, trabajasen con frecuencia en la finca en distintas tareas, como éstos que iban a la escarda. El manijero, por ejemplo, solía serlo para distintas tareas, por ejemplo la *sacha*, la tala y la siega y, además, ser uno de los primeros eventuales en ser llamado ante cualquier necesidad de mano de obra. Su función era buscar la cuadrilla (aunque a veces lo podía hacer también el guarda), estar al cargo de los *sachaos*, vigilar su trabajo, indicar cuándo se iniciaba y paraba el trabajo, etc. Al ser la *sacha* a finales de invierno y principio de primavera, en que no había apenas trabajo para los jornaleros, salvo quizás algún peón de tala que quedase, el precio de los jornales de *sacha* era bastante más bajo que el de otras tareas, que los de siega sobre todo. En la *sacha* la única retribución era el jornal.

En las fincas pequeñas se valían de la mano de obra familiar para estos menesteres e incluso era frecuente que las mujeres trabajasen en la *sacha*, sobre todo en ausencia de hijos varones, por lo que no había que meter peones de fuera. Sin embargo, no eran pocos los campesinos y colonos que llevaban gente a jornal si la superficie de cultivo lo requería. El trabajo de la mujer en esta labor se circunscribía a las explotaciones familiares, aunque en la Puebla y Santa María se constatan algunos casos, muy pocos, de mujeres que iban a *sachar* a jornal.

Además de las malas hierbas, los cultivos podían tener otros problemas. En este sentido, una de las enfermedades más habituales era la *jeña*, con la que el cultivo criaba una especie de polvo rojo:

"Parecía que le echaran pimienta colorada y no lo dejaba granar. Lo que hacía era que lo remataba antes. Por ejemplo, el trigo se ponía de siega diez o quince días antes. Al ponerse antes, no se colocaba bien y daba menos producción. No es que fuese mucho, pero algo sí que la menguaba".

La avena criaba también una especie de *jeña*, pero de color blanco. La *jeña* provenía de la humedad y aparecía con los aguajes, cuando llovía mucho, sobre todo cuando la planta estaba ya espigada.

Algunos sostienen que al sulfatar la simiente para evitar el tizón también se prevenía la *jeña*, pero sólo se sulfataba el trigo. En cualquier caso, una vez que aparecía esta patología no había remedio alguno.

El tizón lo criaban los cereales, sus espigas "*echaban unos vagos negros que no valían*". Algunos lo atribuyen a las heladas y, como en el caso anterior, una vez aparecido no tenía solución. Otra enfermedad, menos frecuente que las anteriores, era la *mangría*, que solía afectar al grano gordo, mayormente a las vezas, pudiendo en ocasiones acabar con esa cosecha. El saber popular la atribuía a los *sanantonitos*, una especie de mariquitas.

De entre los insectos dañinos se puede destacar a una especie de escarabajos, conocido en la Puebla y Santa María como *torpes*, que se comían las espigas, del trigo mayormente, cortando la caña cuando iban a salir. Solían atacar en años de sequía y casi nunca dañaban una cosecha entera. Algunos labradores colocaban cubas de agua para que cayeran en ellas "*porque esos bichos están muy atontados. Parecían una colmena cuando se paraban y se ahogaban*", nos cuenta un colono. Algún año apareció alguna plaga de orugas, como por ejemplo una que, según nos cuenta un colono de Santa María, se comió todos sus *algarobos* y *chícharros*.

Los hielos podían quemar las cosechas y atacaban sobre todo a la cebada. Este cultivo, cuando helaba mucho, podía también *afarolarse*, de tal manera que la espiga "*la ves espigada completamente, que parece granada, pero es aire, el vago está vacío*". Esto ocurría algunas veces cuando helaba mucho en el tiempo en que la espiga se estaba desarrollando o también si en ese tiempo le caía agua. Parece ser que este mal no afectaba a todo el cultivo, sino a algunas partes del mismo. A las habas llamadas cochineras también les podía caer cenizo.

Al *grano gordo*, aparte de la *mangría* referida, lo que más le perjudicaba era que cuando estuviese en flor le helase, de tal forma que no criara la vaina. Como ya se dijo, las habas, sobre todo si se cultivaban varios años seguidos en el mismo sitio, criaban entre el cultivo el hopo, aquí llamado *pino* o *pinito*. El *algarobo*, en algunos sitios también lo criaba a veces, pero no tanto como las habas.

A la cebada podía pasarle a veces, *"sobre todo en los plaos, en sitios pantanosos, que se agolondrinase. Se quedaba blanca y no salía del cornejo de la espiga"*. Los temporales, de lluvia y aire, hacían que los trigos se encamasen, sobre todo cuando ya estaban espigados y las espigas se cargaran de agua. Esto pasaba especialmente en los cultivos que salían muy buenos y crecían mucho. También cuando tenían mucha cabeza y estaban muy espesos. Aparte de los problemas que la humedad y la falta de aireación pudiesen causar a estos cultivos tumbados, impidiéndoles granar y rematarse bien, para los *segaores* resultaban luego muy trabajosos de segar.

Quizás la labor más importante en los cultivos era la siega, por lo menos desde el punto de vista social, por la cantidad de trabajo que necesitaba. La siega empezaba en mayo y solía estar terminada en esta zona para Santiago, el 25 de julio. Lo primero en segarse era la cebada, que además de ser temprana se sembraba antes, como vimos, para que los jornales de siega fueran más baratos. Para marcar el diferente tiempo, y la climatología incluso, en que se cosechaban el trigo y la cebada el refrán nos dice: *"La cebada con capote y el trigo en pelote"*. En los suelos cortos, en los cerros, en las solanas sobre todo, era donde primero se segaba la cebada y, así, hacia el día de la Cruz, el 3 de mayo, ya se empezaba a segar en algunos sitios. Pero el grueso de la siega empezaba a mediados de mayo. En algunas fincas, pequeñas sobre todo, se paraba tras la cebada si el otro grano aún no se había puesto de siega. De ahí el refrán que amargamente referían los jornaleros en paro: *"Entre gavilla y gavilla, hambre amarilla"*.

Tras la cebada solían segarse las habas y los *algarrobos*, el trigo era más bien hacia finales de mayo y la primera quincena de junio, para San Antonio, el 13 de junio. La avena era más tardía. La recolección podía terminar con la recogida de los *chícharros* y altramuces. Lo último en arrancarse eran los garbanzos, antes de Santiago.

Mientras que el cereal se segaba con la hoz, las leguminosas se arrancaban, a mano o ayudándose de un hocino en algunos casos para tirar de la mata y engavillar. En el cereal, había que ir cogiendo en un brazo los puñados que se iban segando y después formar con

ellos haces que se ataban con vencejos, es decir con otros manojos, a veces humedecidos para que no se partieran. En la *arranca* lo que se hacían eran gavillas o *gavejones*, pues no se ataba, ya que se podían echar al carro o la bestia para cargarlas sin que se deshiciera la gavilla. Eso no se podía hacer con los altramuces, por lo que era necesario atar los haces.

La *arranca* era un trabajo que hacían las mujeres preferentemente y, al ser preguntadas sobre la dificultad del trabajo, todas ellas insisten en lo penoso de la *arranca* de los altramuces, por lo que pinchaban. Lo más sencillo de arrancar eran los *algarrobos* y es muy llamativo que las *arrancaoras* lo recuerden como algo placentero por la facilidad con que arrancaban, pues se venían todos nada más tirar si estaban blandos, sobre todo frente a lo penoso de otras labores en días duros de calor. Como ejemplo, valga este relato de una jornalera:

"El trabajo más duro era la verza, pero los más trabajosos los habichuelos, por lo que pinchaban. Los algarrobos me encantaban !esas camas grandes que te ponías en un sitio, empezabas todo para abajo, toda la cuadrilla, y se iba haciendo como una madeja y cuando llegabas al sitio se apartaba y se hacían las gavillas...".

Los *algarrobos*, si estaban verdes se venían bien arrancándolos con la mano, si no, había que ayudarse con un hocino. En cualquier caso, convenía arrancarlos verdes para que no se cayese el grano, por o cual había que darse prisa a veces porque *en cuanto venía un día de sol se secaban*. Lo mismo sucedía con la veza, que se abría con el sol y convenía segarla cuando amarilleaba.

En general, con todo el grano había que tener cuidado de recogerlo a tiempo para que no se desvagase y por eso había que contratar a muchos hombres a la vez antes de que se descabezase el cereal, pero con las leguminosas había que extremar la precaución porque podían perder las *garvas* o gárgolas con más facilidad, por eso se procuraba recogerlo muy temprano, con las *blandas*, con el fresco o el rocío de la mañana. A veces se segaba también con la *blanda*, sobre todo el grano que se dejaba para el final, como los altramuces. En

algún caso, más excepcional, se llegó incluso a segar de noche trigo o cebada para que no se desvagase, aunque también se debía a que, si había buena luna, era más llevadera la siega que de día, con el calor. Esto lo hacían los que trabajaban en su senara, como campesinos o colonos, y algunos jornaleros que cogían destajos, pero no era muy frecuente.

Con la guadaña era muy poco lo que se segaba, y sólo en el caso de algunas leguminosas como la veza, el *algarrobo* y en menor medida los *chicharos*. Pero, como vimos, eran pocos los que segaban con guadaña; sólo algunos campesinos y, en menor medida, colonos. En las grandes fincas era inusual contratar guadañeros para estos menesteres, pues se recurría a mujeres y niños para arrancar. La guadaña se fue extendiendo en la siega más bien a finales de la década. Junto al que guadañaba solía ir alguien, normalmente mujeres de la familia, engavillando lo segado. Que la mujer guadañara era algo excepcional pero en la Puebla es muy conocida la anécdota de una campesina, cuyo marido llevaba muchos años enfermo, que buscó a dos hombres para que la ayudasen a guadañar y a la que, por su condición de mujer, quisieron ridiculizar. La historia nos la termina de contar de esta manera un vecino del pueblo:

"Como el que va en el medio trabaja más porque tiene que atender a un lado y a otro, los dos la pusieron en medio para darle el caldeo, pero fue ella la que los dejó tirados guadañando, y no volvieron más".

La tarea que mayor cantidad de mano de obra eventual requería era ésta de la recolección del grano. Debido a la gran demanda de brazos y a que muchas veces resultaba perentoria esa recogida, los jornales eran los más altos del año, se empleaba toda la mano de obra eventual de los pueblos y también había que recurrir, para la arranca del *grano gordo*, a la fuerza de trabajo de las mujeres y los muchachos, que además resultaba más barata. Debido a lo interesante que resultaban los jornales, muchos colonos que no tuvieran grandes

extensiones se empleaban a jornal y segaban lo suyo cuando iban pudiendo, a ratos perdidos o cuando aflojaban los jornales. Pero esto era en los momentos punta, pues cuando había menos demanda los jornaleros podían toparse con que tras madrugar para hacer plaza hubieran de volverse a casa porque no los hubiesen cogido para trabajar.

En efecto, los *segaores* solían *hacer plaza*, se iban de madrugada a la plaza o a algún lugar señalado en el pueblo y allí esperaban a que el encargado, el manijero o algún dueño, si eran fincas medianas, los buscara para segar. El que los buscaba podía hacerlo señalándolos o diciéndoles "*vamos a la copa*", pues a los que se contrataba se les invitaba a una copa de aguardiente en el bar y, en algún caso, en la casa del propietario. Evidentemente, el empleador procuraba llevarse a los mejores *segaores* y por ello podía pagar más, para evitar que se fueran con otros, pues era frecuente que *segaores* que estaban ya trabajando en una finca se fueran a otra si les ofrecían más dinero. La necesidad de recoger un cultivo antes de que se pasase o se desgranase era un factor que podía impulsar a un propietario a ofrecer a los trabajadores un jornal más alto que el que se estaba pagando en ese momento. Ahora bien, a la hora de la contratación también mediaban otros mecanismos y así, en las fincas grandes, se llamaba para la siega a hijos o familiares de los empleados y eran muchos los *segaores* que repetían todos los años, en parte también porque eran llamados a lo largo del año para otras faenas.

Este también era el caso de los manijeros, como hemos contado al hablar de la *sacha*. El manijero estaba al cargo de cuadrillas de número variable, dependiendo de la extensión del cultivo y de la perentoriedad de su recolección, pues podía haberlas hasta de cuarenta hombres en algunos momentos. Además de vigilar a los trabajadores, pudiendo echar a alguno que no rindiera lo que él creía que debía rendir, era el encargado de mandar a comenzar y terminar el trabajo.

La jornada se dividía en distintos revezos, o períodos de trabajo efectivo, con paradas entre ellos. Un descanso era para el almuerzo, hacia las nueve o las diez de la mañana; otro para la merienda, que es

como se llama por aquí a la comida de mediodía; para *echar el cigarro*, unas cuantas veces durante el día, había otros. Salvo casos excepcionales, de cuadrillas muy grandes, el manijero segaba como los otros trabajadores y cobraba más o menos lo mismo, si acaso un poco más. En cada tajo, al menos en los de cierto número de *segaores*, había uno o varios hombres que iban atando los haces y un *aguaor*, que solía ser un muchacho que iba para aprender a segar.

No sólo las fincas grandes y medianas buscaban gente a jornal. Bastantes colonos y pequeños propietarios también recurrían a la mano de obra eventual para recoger sus cosechas, a no ser que se tratara de pequeñas extensiones o explotaciones con mucha mano de obra familiar. En los estratos medios y pequeños era frecuente que fueran a segar gentes emparentadas con los dueños o que tenían relaciones de amistad con la familia. Lo mismo sucedía entre los colonos.

El trabajo de la mujer en la siega del cereal era cosa extraña. Sin embargo, en algunas explotaciones campesinas, en las que por distintas razones había muy pocos hombres, ciertas mujeres del grupo doméstico segaban a veces. Una mujer de Santa María nos cuenta que ella y sus hermanas segaban en la finca con su padre, mientras que sus hermanos estaban segando a jornal, que se pagaba caro. Esa misma mujer nos cuenta un caso inusual: *"En La Usera no buscaban más que a mujeres, y hacíamos toda la siega y la arranca. Íbamos con calzones, como los hombres"*. En Pallares, también hemos constatado casos: *"Varias veces fuimos a segar cebada verde al Horno de la Teja."*

La mayor parte de la siega se hacía a jornal. Desde el punto de vista de la calidad de la siega, del aprovechamiento del grano, era mejor el jornal que el destajo, porque en esta segunda modalidad, al intentar el jornalero segar el mayor número de fanegas en el menor tiempo posible, siempre quedaba grano atrás, por segar o en el suelo. Este grano lo podían aprovechar en parte los animales, pero nunca lo aprovechaban tanto como si se recogía. Un campesino nos lo explica así: *"Aunque tuvieses ganado que lo aprovechase en un día, lo destruía en un día. Nosotros se lo echábamos del doblao y sabíamos lo que se comían"*. A los colonos, que no podían aprovechar el grano que

quedase en la hoja, no les interesaba en modo alguno segar a destajo. Sólo los dueños, normalmente los grandes propietarios, tenían interés en el destajo, y por varias razones. En primer lugar, porque podían aligerar la recolección, al trabajar más duro y más rápido los *segaos*. En segundo, porque, al decir de los trabajadores, siempre les metían gato por liebre: "*Solían engañarnos más bien que otra cosa*". Esto era así porque lo que se hacía era poner un precio por segar una extensión determinada pero "*se pagaba por fanega sembrada y había muchas riñas porque eran más fanegas de las que nos decían que había*". De esa forma, los dueños se ahorran dinero al segar, por ejemplo, cinco fanegas por el precio de cuatro. Otra motivación de los amos era no tener que estar pendiente de los trabajadores y así, en algunos casos, pocos desde luego, en que había fincas que quedaban lejos del control de los amos, se segaba a destajo mayormente por no tener que molestarse en ir o mandar a alguien a cada momento a supervisar la siega.

Los trabajadores cogían los destajos para sacar más dinero, aunque para ello tuvieran que trabajar muchísimo más. Lo que normalmente se tardaba en segar con cuatro peones, procuraban hacerlo en tres, trabajando duro y, a veces, hasta de noche. Algunos jornaleros argumentan que cogían destajos, lo más grandes posibles, para asegurar días de trabajo, cosa fácilmente entendible en un colectivo continuamente amenazado por las épocas de paro. El destajo también era interesante para algunos empleados o colonos que no podían ir a jornal porque tenían otros quehaceres pero que a ratos sueltos podían ir a segar. A veces los cogían más bien para hacerlos con otros miembros de su familia.

Las relaciones familiares o de amistad tenían su importancia en el destajo debido a que la retribución había de repartirse entre el grupo en conjunto, al que cada uno había de aportar su esfuerzo. Además, era una tarea que necesitaba cierta cohesión de la cuadrilla, pues habían de trabajar codo con codo, a veces sin horario, por lo que se requería el consenso de todos. Si había fricciones, alguno intentaba trabajar menos, o las diferencias en la resistencia o habilidad de los

miembros de la cuadrilla eran muy acentuadas, la continuidad del grupo de trabajo estaba en peligro. Ello hacía que las relaciones que fuesen más allá de lo puramente laboral constituyeran un factor de cohesión y, así, muchas cuadrillas que trabajaban a destajo estaban compuestas por padres, hijos, hermanos o amigos, o al menos había bastantes miembros en ellas que lo eran. Un colono que no tenía hijos e iba a segar a jornal nos ilustra acerca de esta cuestión: *"Yo no iba a segar a destajo. Primero, porque había más fanegas de las que decían y, luego, porque van unos pocos y cuando uno tira, el otro afloja y para encontrar gente que convenga es difícil"*. En algunos sitios, además de la cantidad estipulada, a los destajeros les daban la olla, la comida de mediodía. Entre los que iban a jornal esto era rarísimo, y sólo era costumbre de alguna casa, que incluso daba más de una comida al día. Los hijos de un propietario que solía hacer eso nos lo explican diciendo que *"estando alimentados, trabajaban"*.

Una vez terminada la siega en la dehesa, que por la maduración de las cosechas y la menor importancia del cultivo duraba menos que en la penillanura, algunos jornaleros de estos pueblos iban a la siega a las campiñas porque aquéllas eran tierras de más cultivo, donde la recolección duraba más tiempo y se precisaba mano de obra. Así, las gentes de Pallares solían ir hacia el este de los Llanos de Llerena, incluso hasta a Peraleda del Zaucejo, a más de 80 Km. Ahora bien, no eran muchos los que emigraban estacionalmente a la siega.

Como quedó dicho, para la arranca de las leguminosas, del *grano gordo*, se buscaban mujeres y zagalones, como nos cuenta un hombre: *"Yo a arrancar sólo fui cuando muchacho. Todo hombre que fuese a arrancar di tú: malo, mal segaor es. Eso era cosa de las mujeres, de las muchachas mayormente y de los zagalones. Se les pagaba menos que a los hombres"*. En efecto, se recurría a las mujeres porque en ese momento había gran demanda de mano de obra masculina para la siega por lo que, como hemos visto, su precio era alto. La arranca requería menor cualificación que la siega. Lo mismo ocurría con los zagalones, muchachos de doce o catorce años. Para la arranca de los garbanzos, que se hacía ya hacia mediados de julio, cuando apenas

había jornales de siega, se buscaban ya hombres para arrancar, aunque también iban mujeres.

En las grandes fincas, estas mujeres solían estar al cargo de un manijero, que era el encargado de buscarlas, avisándolas en sus casas. Además de controlar el trabajo solía ir engavillando, haciendo las gavillas, lo que se consideraba un trabajo masculino. Una jornalera de la Puebla tiene este recuerdo del manijero:

"Él estaba de pie derecho, mandándonos a nosotras y a la que veía de pie, al otro día la despachaba, que despachaba a muchas porque, claro, hacía mucha calor y con el algarrobal tan grande que había pues, claro, había veces que había que ponerse de pie".

Cuando eran cuadrillas pequeñas, en las explotaciones de los campesinos o las senaras de los colonos, eran éstos los que estaban a su cargo y ataban y, en algunos casos, iban segando con la guadaña. Pero en algunas ocasiones había mujeres solas, y ellas mismas engavillaban, siendo una la manijera. En cuadrillas grandes había una *aguaera*, que era una mujer de edad. Aunque las mujeres no fumaban, sus descansos también recibían el nombre de *el cigarro*.

Las *arrancaoras* solían ser las hijas y esposas de los jornaleros o de empleados de las fincas y su dedicación o no a esta actividad venía determinada en gran medida por su trabajo en la casa, por el momento de ciclo reproductivo del grupo doméstico, de tal manera que las muchachas jóvenes, cuyas madres podían ocuparse de la casa, eran las que conformaban el grueso de las *arrancaoras*. Algunas de ellas iban a jornal para poder ir completando su ajuar. Una vez casadas y con hijos, su presencia en el campo disminuía, aunque seguía habiendo mujeres casadas y con hijos que iban a arrancar si las circunstancias se lo permitían y si las necesidades familiares lo demandaban. Cuando ya eran mayores, podían ser sus hijas las que fuesen al campo y ellas se ocupaban de la casa. En el caso de las mujeres de los grupos domésticos campesinos y de colonos, su presencia era más continuada pero trabajando únicamente en la explotación familiar, aun-

que había casos en que también trabajaban fuera. Debido al inferior precio de la mano de obra, muchos colonos que no llevaban hombres a segar sí se permitían llevar mujeres a la arranca.

En cuanto a la retribución, ya hemos dicho que era menor que la de los hombres, con diferencias que a veces podían llegar a ser hasta del doble. No obstante, era cuando más altos estaban los jornales de las mujeres, más que en la aceituna, a la que solían ir las mismas jornaleras más o menos. Era ocasión de ganar algo de dinero, pero la temporada duraba menos que la de aceituna pues una mujer podía estar trabajando en la arranca alrededor de un mes a lo sumo. En algunos casos les daban algo de comer, por ejemplo el *sopeao*, una sopa fría muy habitual en la dieta de las gentes de la zona, que se tomaba en el almuerzo, y el gazpacho o, menos frecuentemente, una sopa a mediodía. En cualquier caso no era muy usual que diesen la comida. Aunque lo más generalizado era que la arranca se hiciese a jornal, también se constatan algunos casos en que era a destajo, pero muy pocos. En ocasiones, algunos dueños o manijeros podía dar algún trozo a *tarea*, decir "*cuando arranquéis este cacho podéis iros*". Los guadañeros que se contrataban para segar *grano gordo* eran muy pocos, pero su salario era bastante alto.

Las condiciones de trabajo en la siega y la arranca, como podemos comprender, eran muy duras, con jornadas de trabajo larguísimas, bajo un sol lacerante pues, por ejemplo, soltaban a mediodía a la una y volvían a echar mano a las cuatro de la tarde. Ya vimos lo penosa que resultaba la arranca de los altramuces. Si a eso añadimos la fatiga del trabajo a destajo, a veces de día y de noche, podemos hacernos una idea de la vida de estas gentes. En la Puebla, al preguntar por estas cuestiones, siempre termina saliendo a relucir la muerte en el tajo de una muchacha debido, entre otras cosas, al sofocón de la tarea y a beber agua estando caldeada.

Tras la siega venía la recogida de los haces y gavillas, la saca, que en las fincas donde había mozos de mulas la hacían éstos y en los otros sitios los propios colonos o campesinos. Si llovía antes de recoger, era preciso darle la vuelta a los haces y gavillas para que no se

podrían. Las gavillas de *grano gordo* se pinchaban con una horquilla y se cargaban en los carros o las bestias, a las que se les ponían unos *angarillones*, estructuras de madera que se adaptaban a la forma del lomo de las bestias y de cuyos extremos salían unos palos hacia arriba en los cuales se pinchaban los haces, así como en el espacio interior que estos dejaban. En ellos se llevaban a la era. Como hemos dicho, era frecuente sacar las leguminosas de madrugada para que no se desvagaran al apretarlas y, en algún caso, ciertos campesinos o colonos lo hacían de noche incluso.

Una vez recogida la siega, comenzaba el trabajo en la era, que solía durar hasta mediados de agosto, para la Virgen (15 de agosto), aunque en años en que hubiese mucha cosecha e hiciese poco aire había quienes estaban limpiando incluso hasta finales de agosto e incluso septiembre, y así a algunos labradores de Santa María de Navas les cogían las fiestas patronales (30 de agosto) en la era.

En todas las fincas había eras, en algunas de ellas más de una y, en ese caso, se sacaba en la que más cerca quedara de la hoja de cultivo. Los colonos solían sacar en la era de la finca en que sembraran, y no sólo por proximidad, sino porque debían entregar una parte del grano que recogiesen, que debía medir el guarda. Además, solía haber alguna era cerca de los pueblos, adonde los colonos e incluso algún pequeño propietario podía llevar sus mieses. Este era el caso de la Era de la Cruz en Pallares, emplazada en un alto a la salida del pueblo. En general, las eras se ubicaban en sitios llanos y, a ser posible, en alto, donde hiciera más aire para limpiar el grano. Antes de llevar a ellas las mieses había que segarlas o guadañarlas. Los haces o las gavillas se extendían para formar una parva sobre la que se iba pasando con un trillo o, en parvas pequeñas, sólo con las bestias. En aquella época apenas si se usaba ya el trillo de pedernal, pues estaba generalizado el de ruedas metálicas. Consistía en una estructura que llevaba una serie de cilindros con ruedas dentadas y sobre una tabla llevaba un asiento en que se sentaba quien lo conducía.

En la trilla, cuando había varias personas, se iban revezando, es decir, relevándose a cada revezo. Una vez trillada la parva, se hacía un

montón y con un bielgo, especie de horquilla de palo, se iba venteando, tirando hacia arriba la paja y el grano, de tal manera que el aire se llevaba la paja hasta caer unos metros más allá, formando un montón o balaguero, y el grano caía hacia abajo. Cuando ya iba quedando sólo grano en el montón, en lugar de con bielgo se venteaba con una pala de madera y si hacía falta limpiar más se podía cribar el grano con una zaranda o *jarnero* (harnero). Para limpiar era necesario que se levantara marea, que corriese aire, y por eso era frecuente que cuando venían días buenos de aire en muchas fincas se contratase personal adicional o se llamase a otros empleados para poder aprovecharlo y adelantar la faena. Cuando hacía más aire se aprovechaba para limpiar el *grano gordo*, y cuando menos el *menúo*. El trabajo en la era no terminaba por la noche, pues había que quedarse a guardarla de los animales del campo y de posibles robos.

Aunque en la inmensa mayoría de las fincas la limpia del grano se hacía en la forma descrita, ya existían en aquella época algunas máquinas trilladoras y limpiadoras. Eran muy pocas, y sobraban los dedos de las dos manos para contarlas. Pertenecían a algunas fincas grandes, pero también había alguna que venía de fuera y se alquilaba a distintos labradores. Unas sólo trillaban, de tal manera que había que limpiar con el bielgo, otras eran trilladoras y limpiadoras. En principio sólo había máquinas manuales a las que había que ir echándole a mano la paja y dándole a una manivela, siendo necesario dar dos pases, hacer pasar dos veces el grano y la paja. Luego hubo otras máquinas, a motor, a las que no había que ir echando la paja encima, sino que se le iba arrimando a una cinta transportadora. Con estas máquinas sólo había que dar un pase.

En el caso de los colonos, una vez limpio el grano, había que medirlo con una cuartilla y darle su parte al amo, que a veces también se llevaba parte de la paja. La tarea de medir correspondía normalmente al guarda, aunque alguna finca tuvo en tiempos anteriores un *medior*. Finalmente, el grano se llevaba a los graneros de las fincas o a los de los colonos, que solían ser los *doblaos* de los cortijos y las casas, aunque en algunas fincas hubiese algún granero. La paja se

encerraba en los pajares o, en algunos casos, se hacían *niales* al aire libre cerca de los chozos de los pastores. En algunos pueblos era reconocida la habilidad de algunos hombres a los que se buscaba para hacer estos *niales*. De todas formas, los *niales* no eran muy abundantes en estos campos.

En las fincas grandes, como vimos, la era la hacían los mozos, aunque siempre se acostumbraba buscar a algunos eventuales, que solían repetir cada año, por ejemplo alguno de los que hacían de manijeros en las diversas faenas o que se hubieran contratado como yunteros o para la siega. Además, para aprovechar la marea, se podía recurrir a empleados de la finca o a jornaleros durante unos días. En las fincas pequeñas se valían de la mano de obra propia y algún eventual.

Cuando se acababa la era, venía un tiempo de poco trabajo en el campo. En los cultivos se aprovechaban esos días sueltos para estercar o gradear algo. El ganado requería pocos cuidados, ya que se había vendido la mayor parte de las crías hacía tiempo, no había que estar pendiente de guardar los cultivos y la paridera no empezaría hasta octubre. La arboleda tampoco requería trabajo en ese tiempo. Sólo el cochino escapaba en menor medida a ese ciclo de relajo. Por eso se aprovechaba este tiempo para sacar la cuadra, ir por leña para el invierno, hacer alguna reparación, como *recorrer* (reparar) algún tejado, ir por bardas para las paredes, etc. Por eso mismo, este tiempo liviano era el más apropiado para la fiesta, tan necesaria para disfrutar, distenderse y reforzar lazos comunales en unas sociedades locales con muchas desigualdades y tensiones sociales y, así, las fiestas patronales de los tres pueblos tenían lugar entre el 30 de agosto y el 14 de septiembre.

El grano recogido tenía un doble destino. Por una parte, el trigo, y en parte la cebada, se destinaban fundamentalmente a la venta. La política agraria de aquella época protegía enormemente la producción triguera y garantizaba unos precios relativamente altos a unos productos que no encontraban dificultad para su venta. Una parte de la cosecha había de ser entregada obligatoriamente al S.N.T., con un precio garantizado, y de la otra se podía disponer libremente para ven-

derla o para autoconsumo. Como vimos, en la década anterior había tenido gran importancia el estraperlo, surgido de la gran diferencia entre los precios que el gobierno pagaba por el trigo que obligaba a que se le vendiese y el que el grano alcanzaba en el mercado negro. Fue mucho el capital que los grandes propietarios lograron acumular durante aquellos años. De la misma manera, los pequeños propietarios también se beneficiaron de la política de granos. Aunque en los años cincuenta el mercado se liberalizó bastante y descendió el estraperlo, en los primeros años aún tuvo sus efectos en la zona. Muchos colonos o jornaleros que tenían alguna bestia recorrían los caminos de las sierras por la noche para portear el grano a puntos tan distantes a veces como Aracena. Normalmente, los hombres de la Puebla iban a Cazalla o Guadalcanal, los de Santa María a Cazalla y Santa Olalla y los de Pallares a la Sierra de Huelva.

En cuanto al destino del grano, había gran diferencia entre los colonos sin tierras y los propietarios de fincas ya que los primeros vendían casi toda su producción, una vez detraída la simiente para el año venidero, la cebada y algo de avena para las bestias y alguna que otra pequeña partida para un cochino, gallinas o algún otro animal que tuvieran. Al estar muy orientados al mercado, sembraban preferentemente trigo "*porque era más vendible*". Por el contrario, los dueños de fincas reempleaban gran parte de su cosecha en la alimentación del ganado y, en el caso de los que tenían empleados, también destinaban una cantidad al pago en especie, como es el caso del trigo, los garbanzos y, a veces, la cebada. Tanto unos como otros entregaban una parte del trigo a las panaderías, a cambio de vales para el pan que se consumiría a lo largo del año.

El trigo se podía vender a tratantes de grano, a fábricas de harina o a las panaderías de los pueblos. Al S.N.T acostumbraban a vender sólo el cupo a que estaba obligado cada uno, puesto que en el mercado se pagaba siempre algo más. El resto del grano también se vendía a tratantes pero, además, siempre había fincas que tuvieran necesidad de comprar pienso para el ganado. Los corredores de ganado también podían hacer de intermediarios en las ventas a gentes de

fuera. En los pueblos también había personas que tenían un puesto, un lugar al que los labradores, sobre todo pequeños, llevaban el grano que estos hombres compraban para un negociante de fuera. Un colono que vendió bastantes veces cebada para la zona de Zafra, buena tierra de campiña y de mucha producción de grano, nos comentó lo siguiente:

"Hay que tener en cuenta que el grano de aquí era más puro que el de la campiña. Era menos productivo pero de más calidad, porque granaba siempre mejor que aquél. Eso se debe a que en estos terrenos se siembra mucho más claro que en la campiña y por eso ahí la espiga no es nunca lo llena que es aquí".

El cereal tenía un mercado bastante importante en Llerena, Fuente de Cantos o Zafra, pueblos grandes de la penillanura, donde había gran producción de grano y también bastante comercio en torno a él. El *grano gordo*, las leguminosas, también lo compraban allí pero tenía, además, cierta demanda en los pueblos de la Sierra Norte de Sevilla próximos a nuestra zona de estudio y así, las gentes de Santa María de Navas lo vendían a El Real de la Jara y los de la Puebla del Maestre a Cazalla de la Sierra e incluso El Pedroso, todos ellos en la Sierra Norte de Sevilla. Los garbanzos, que eran una de las bases principales de la dieta, se vendían mayormente en los pueblos, sobre todo porque no era mucha la producción. De todas las clases de grano siempre se podía vender alguna para simiente a los labradores de la propia zona.

La paja se empleaba en la alimentación del ganado de las fincas, la blanca, del cereal, para las bestias y la de *grano gordo* para otros animales. A los colonos había veces que les ponían una renta sobre la paja, pero no siempre. Ellos se llevaban la paja blanca para sus bestias, mientras que la otra más difícilmente se la llevaban porque apenas la querían los animales, a no ser que se la ligaran, pues con alguna de ella se *zuraban*. A veces se quedaba en las fincas. Sólo en un caso hemos constatado que paja sobrante en una finca se quemara para abono.

La paja se transportaba a cortijos y casas en carros, con unas barcinas o sacas grandes, o en las bestias. Para entrarlas en las casas de los pueblos desde la puerta de la calle, en la que se dejaban si no había puerta falsa, a veces se llevaban a los pajares del interior de las casas ayudándose de sábanas.

LAS HUERTAS

Al quedar un poco al margen del ciclo de manejo de la dehesa, siendo más bien una especie de agroecosistema-isla dentro de la misma, me referiré a las huertas brevemente, sólo para dejar constancia de ellas y de su incardinación en las explotaciones. En la mayoría de las fincas solía haber algún pequeño huerto en una zona más o menos llana y con agua, destinado al autoconsumo de los propietarios, si eran fincas pequeñas, o de algunos de los empleados, el casero, el guarda o incluso algún ganadero, en el caso de las fincas grandes. No en todas las fincas había huertas, ya que se requería cierta extensión de tierra de buena calidad y agua abundante. Las huertas solían tener una noria y/o una alberca, una cerca de piedra o tapia y árboles frutales. Además de las frutas y hortalizas, en algunas de ellas se cultivaba trigo, cebada o forraje. El hortelano solía ser una persona que o bien arrendaba la huerta o bien iba a medias con la propiedad, pudiendo sembrar lo que él considerase oportuno. La parte del producto que correspondía al hortelano la vendía en los pueblos y la del amo era para el consumo suyo y de la finca, pudiendo venderse el resto, si sobraba, a la gente de los pueblos o a hombres que tenían bestias y las transportaban y vendían por los pueblos. De las producciones para alimentación del ganado de las fincas destacan las coles forrajeras, que podían servir para las vacas en invierno.

V
SABERES Y RITUALES

14. EL CONOCIMIENTO LOCAL

ASPECTOS GENERALES DEL CONOCIMIENTO

Uno de los elementos imprescindibles para el manejo de la dehesa, uno de los factores básicos de producción podríamos decir, un capital según algunos, era el conocimiento que la gente tenía de los recursos, de las condiciones de la producción y de los procesos de trabajo. La comprensión y recuperación de este conocimiento es de gran importancia hoy en día a la hora de diseñar modelos de manejo del agroecosistema adecuadas a las condiciones locales, pues a partir de éstas surgió el conocimiento local y a ellas se adapta. Por todo ello encierra un potencial de desarrollo agroecológico importante. Este conocimiento tiene unas características específicas, diferentes en buena parte del conocimiento de los científicos, del *modelo percibido* por éstos. Es por ello que consideramos necesario abordar la naturaleza y características del conocimiento local en general y su concreción en el de nuestra zona de estudio, considerando su relación con el contexto en que se inserta y por el cual se explica.

El conocimiento que los grupos tienen de su medio y de las técnicas de manejo para la apropiación del mismo es llamado de distintas formas según los autores que se han ocupado especialmente de ello: conocimiento local, conocimiento campesino, "*art de la localit *" o conocimiento técnico indígena (G mez, 1995). En nuestro caso, yo prefiero hablar de conocimiento local. Uno de los autores que mejor

ha estudiado este conocimiento, que él denomina campesino, es Víctor Toledo, quien puede introducirnos en su caracterización:

"Como cualquier otro productor rural, los campesinos requieren de 'medios intelectuales' para realizar la apropiación de la naturaleza durante el proceso de producción. En este contexto, el conjunto de conocimientos (corpus) que los productores campesinos ponen en juego para apropiarse de los recursos naturales (praxis) se convierte en un factor decisivo"(Toledo, s.p.).

Ese corpus tendría dos facetas o dimensiones, como un sistema de conocimientos objetivos (corpus cognitivo) y como un sistema de creencias (corpus mitológico). Ello no quiere decir que en lo que denominamos ciencia occidental sólo existan conocimientos objetivos y no haya nada de mitología o, en su caso, ideología. Para Toledo, que sigue en ello los trabajos de Villoro: *"Los saberes campesinos son un conjunto amalgamado de conocimientos, objetos y creencias subjetivas que resultan operativamente útiles para realizar un manejo adecuado de los ecosistemas"* (Toledo, s.p.) que evidenciarían la racionalidad ecológica del campesinado.

Lo más frecuente en antropología ha sido estudiar los sistemas cognitivos de los campesinos separando el corpus de la praxis e investigar sólo una parte del corpus cognitivo, desligado de la praxis y considerándolo como algo autónomo (Toledo, 1992). Lo que en nuestro caso se intenta es estudiar el conocimiento local buscando su relación con el proceso de apropiación de la naturaleza.

Miguel A. Altieri (Altieri, 1991) distingue cuatro dimensiones en el conocimiento de los campesinos: conocimiento sobre taxonomías biológicas locales; conocimiento sobre el medio ambiente; conocimiento sobre las prácticas agrícolas de producción; y conocimiento campesino experimental. Dentro del conocimiento que los campesinos tienen sobre el medio ambiente, para Víctor Toledo:

"Todo corpus campesino debería contener conocimientos sobre los recursos naturales de al menos cuatro tipos: astronómicos

(relativos a la observación de los astros o cuerpos y fenómenos celestes); físicos (incluyendo rocas, minerales, suelos, recursos hidráulicos, accidentes del espacio terrestre y acuático, así como fenómenos meteorológicos y climáticos); biológicos (plantas, animales, hongos, microorganismos) y eco-geográficos (que incluye conjuntos de unidades ambientales distinguidos en el paisaje con base en las masas de vegetación, el relieve, la topografía y los suelos). En otra dimensión, aquella en que calificamos al propio sistema cognitivo, es posible distinguir también modalidades de conocimiento: el estructural (relativo a los componentes o elementos naturales distinguidos como discontinuidades dentro de la naturaleza; el dinámico (que hace referencia a fenómenos o procesos de la naturaleza); el relacional (enfocado a las relaciones entre los elementos, los procesos o entre ambos); y el utilitario (referente a la utilidad de los elementos o fenómenos naturales) (Toledo, s.p.).

Los distintos autores que abordan el conocimiento local, campesino o indígena hacen hincapié en sus diferencias respecto al conocimiento científico convencional. Así, desde una perspectiva epistemológica y siguiendo a Villoro, Víctor Toledo distingue dos modelos ideales de conocimiento, la ciencia y la sabiduría, con características contrastivas: *"En la primera predomina el saber, en la segunda el conocer. La garantía de acierto en el saber es la justificación objetiva, en cambio en el conocer lo es la experiencia personal"* (Toledo, s.p.). Cada uno de estos modelos tiene, además, otros rasgos contrapuestos y, así, mientras que la ciencia sería societal, universal, general, impersonal, abstracta, teórica y especializada, la sabiduría sería individual, local, particular o singular, personal, concreta, práctica y globalizadora. El conocimiento campesino estaría más cerca de la sabiduría que de la ciencia. No obstante, como veremos más adelante, hay que matizar que divisiones de este tipo son demasiado dicotómicas, o sectarias me atrevería a decir incluso, y sólo como polaridad orientativa habremos de tomarlas, situando a los distintos tipos de conocimiento más hacia un lado que hacia otro, sin que en muchos casos sean categorías excluyentes.

Raúl Iturra prefiere hablar de conocimiento letrado y conocimiento campesino:

"En occidente, el conocimiento se ha desarrollado mediante la comparación, estableciendo un sistema de fenómenos como una serie de regularidades y buscando todas las diferencias que se puedan encontrar para, experimentalmente, reconstruir la serie que coincidirá con la verdad" (Iturra, 1993).

El método sería comparar y la técnica anotar por escrito los resultados, para recordar y modificar si fuera preciso. Detrás de todo ello, la comparación sería una subsunción a la teoría, desde la que reordena los fenómenos de la realidad que se le presentan. El campesino, por contra, aprende en la práctica del trabajo la manera de entender el mundo en que se mueve. El conocimiento campesino es *ex-post-facto* y no *ante-ex-hoc*, como el letrado. El conocimiento letrado es impersonal, mientras que el campesino está inserto en un marco de relaciones personales y afectivas y en un marco ecológico y de trabajo concreto. Mientras que en la ciencia predominan las regularidades, el conocimiento campesino es el ámbito de la heterogeneidad y la particularidad, de un medio cambiante. El letrado abstrae las condiciones de lo real y elabora un discurso para la mente de otros, con cuanto se puede explicar con palabras, ejemplos, signos y modelos, pero el discurso campesino versa sobre lo sensible que hiere su propia experiencia. Mientras que el letrado penetra en el interior de los fenómenos, el campesino conoce a través de los signos externos, de la epidermis, y teoriza lo que hay por debajo. El campesino clasifica y calcula a través de la experiencia y no del experimento, como hace el letrado. El campesino tiene su principal activo en la oralidad, mientras que el letrado la tiene en el texto escrito. Ahora bien, la oralidad no ha de entenderse en un sentido estrecho, sino que comprende lo que el campesino hace, las estrategias que desarrolla y las herramientas que utiliza para ello. También habla Iturra de una mente cultural, que sabe porque cree, y una mente positivista, que sabe por que comprueba y acumula el

resultado en textos, métodos y escuelas de interpretación de los hechos (Iturra, 1992).

"El saber campesino se aprende en la heterogénea ligazón entre grupo doméstico y grupo de trabajo, sea en una aldea o en heredades mayores. El conocimiento del sistema de trabajo, la epistemología, es resultado de esa interacción donde la lógica inductiva es aprendida en la medida que se ve hacer y se escucha para poder decir, explicar, devolver el conocimiento a través de las relaciones de parentesco y de vecindad. Si la comparamos al saber letrado, la conducta reproductiva rural es resultado de una acumulación que no se hace en los textos, sino que directamente en contacto con las personas y a través de los lazos que se tejen entre ellas" (Iturra, 1993).

Finalmente, Marglin establece su polaridad entre *episteme* y *techne* como sistemas de conocimiento (Marglin, 1991), predominando la primera en el conocimiento científico occidental y la segunda en lo que él llama conocimiento técnico indígena (Indigenous Technical Knowledge, ITK). La *episteme* se basaría en la deducción lógica a partir de primeros principios autoevidentes, combinando inducción y deducción. Se caracterizaría también por ser analítica (al descomponer y articular), universalista, cerebral (separación del cuerpo y la mente, perteneciendo la *episteme* solo a la mente), teórica, e impersonal (postulándose como imparcial y como única forma de conocimiento). La *techne*, por contra, sería intuitiva (la experiencia es su esencia), no analítica (los fenómenos no son descomponibles sino que son un todo, difícil de articular, táctil y emocional (dualidad alma cuerpo, se conoce a través del propio cuerpo y de la cabeza), más orientada hacia el descubrimiento que hacia la verificación, personal (dentro de una red de relaciones intensamente personales), jerárquica (con una jerarquía lineal y expectativas de movimiento), no universalista y pluralista. La *episteme* se transmite a través de la educación formal y la *techne* a través de nexos personales. En cuanto a la innovación, la crítica sería la característica de la *episteme*, mientras

que de la *techne* lo sería el comentario y la enmienda. Finalmente, en lo que refiere a las relaciones de poder, la *episteme* asumiría una comunidad de iguales, cuyo conocimiento superior les hace individual y colectivamente superiores a los que están fuera de esa comunidad. La *techne* presupone una jerarquía de conocimientos y de poder dentro de la comunidad de conocimiento, pero la comunidad como un todo se puede relacionar, en diferentes formas, con otras comunidades y, según el contexto, ser más conocedora, tener más poder o menos.

Aunque no aplicado al caso del conocimiento campesino, sino a las diferencias de clase en el mundo de la educación, nos resulta tremendamente sugerente la diferenciación que establece Basil Bernstein entre el código lingüístico elaborado, que es el que se maneja en la escuela y es el propio de las clases medias y altas, y el código restringido, el propio de las clases trabajadoras (Bernstein, 1989). El primero se acercaría más al conocimiento letrado del que hemos hablado y el segundo se correspondería más con el universo mental campesino. El código elaborado está orientado a significaciones universalistas que trascienden el contexto concreto, los principios y operaciones que rigen las relaciones con el mundo de los objetos y el mundo social se explicitan a través del lenguaje. Estos principios y significados explícitos tienen una menor dependencia del contexto en las relaciones, prácticas y actividades sociales locales, están relacionados sólo indirectamente con una base material específica. Por el contrario, el código restringido está orientado hacia significaciones particularistas estrechamente ligadas a un contexto determinado, el uso del lenguaje tiende a dejar implícitos los principios y las operaciones que controlan las relaciones con el mundo de los objetos y con el mundo social. Los principios y significados se incorporan en los contextos locales, en las relaciones, prácticas y actividades sociales locales. En este sentido, están vinculados fuertemente de un modo relativo con una base material específica. En este código se recurre frecuentemente a la metáfora y la expresión se completa recurrentemente con el gesto (Bernstein, 1989; Jerez, 1990)

Van der Ploeg (Van der Ploeg, 1990) resume algunas otras características del conocimiento campesino: carácter artesanal; continua reinterpretación y valoración en el proceso productivo; no normalizado; no obedece a una planificación exacta, sino que es contextual; dinámico; detallado y multidimensional; se expresa en una sintaxis no nomológica; su ámbito no es un universo previamente supuesto sino un proceso laboral propio; utiliza un lenguaje metafórico; e implica formas específicas para la organización del tiempo, y su vaguedad e imprecisión son los que permiten la interpretación del cambio.

En estos autores encontramos cómo la ciencia convencional ha despreciado la forma de comprender del conocimiento campesino o indígena y se ha postulado como única forma válida de conocimiento, poniendo de manifiesto las relaciones de poder imperantes. Desde ese punto de vista, la reivindicación del conocimiento campesino tiene para Toledo una dimensión crítica y subversiva, tanto por cuestiones metodológicas como por el rechazo al mito de la superioridad del mundo urbano-industrial sobre el mundo rural (Toledo, 1992). Al establecer estos modelos, al indagar en las particularidades de la epistemología indígena o campesina se la reconoce como forma de conocimiento, a la vez que se critican las fallas de la ciencia convencional para entender ciertos fenómenos, que tienen que ver sobre todo con la particularidad y con el resultado final de la aplicación de esa forma de conocimiento, sobre todo en cuanto a las consecuencias sociales y ambientales. A pesar de los distintos métodos empleados, el conocimiento local llega en muchos casos a conclusiones y elabora taxonomías que mantienen estrecha correlación con las de los científicos, y a lo largo de la historia ha dado prueba de su eficiencia en el manejo del medio (Toledo, 1993a; Altieri, 1991; Reichel-Dolmatoff, 1983), independientemente de la adecuación o no del modelo percibido al modelo operativo, como lo llama Rappaport (Rappaport, 1987), o del corpus, objetivo o cognitivo, como lo denomina Toledo. Lo que demuestra su bondad es el resultado que éste tiene sobre el funcionamiento adecuado del ecosistema. Además, el conocimiento campesino y el científico se acercan porque aquél admite, en mayor o

menor medida, las aportaciones de éste, y a veces su superioridad, y las incorpora a su acervo.

Dicho todo esto, conviene hacer algunas puntualizaciones acerca del conocimiento local y sus características contrastivas frente al conocimiento científico; y esto en dos direcciones, una en cuanto al carácter dicotómico de estas características y otro acerca del conocimiento local en nuestra zona de estudio, inmersa en una sociedad occidental contemporánea de fin de siglo. En efecto, esas dicotomías aparecen como tales en cuanto se hace una caracterización contrastiva, en la que predominan más unos elementos que otros en cada tipo de conocimiento. Como reconocen los propios autores, Toledo y Marglin sobre todo, estos tipos de conocimiento son modelos ideales y en todo conocimiento hay algo de ambos de los tipos que se plantean como dicotómicos. Así, Marglin nos dice: *"Conocimiento y acción están basados en una combinación, en una síntesis, de epistemme y techne, por supuesto, y a veces en una tensión entre ellas"*; y también: *"La episteme puede ser la forma en que se escribe la ciencia, pero la techne es esencial para la manera en que se hace la ciencia"* (Marglin, 1991). Para Toledo, ciencia y sabiduría son también modelos ideales pero, aunque considera que ambas son formas de conocimiento para la especie, no plantea claramente su coexistencia en las distintas formas de conocimiento, al menos de forma explícita. Si tomáramos al pié de la letra estas polaridades estaríamos negando al conocimiento campesinos su propia posibilidad de existir, su condición de producto de la mente humana, o el uso de las herramientas de que ésta nos provee para conocer, por ejemplo, la capacidad de teorizar, abstraer, deducir, analizar, establecer regularidades, generalidades. Igual de contraproducente sería negar la capacidad de experimentación campesina y la evidencia de este hecho, en el que insiste, por ejemplo, Altieri (Altieri, 1991). Como resulta evidente, el campesino experimenta pero a partir de un corpus recibido. Bien es verdad que la experimentación campesina no se hace, de manera inmediata al menos, *"para conocer"* sino para obtener unos determinados resultados, mientras que en el conocimiento científico se puede hablar incluso de

metaexperimentación. Respecto a la oralidad, esta no es exclusiva, como no podía ser menos, de los campesinos, como no lo son muchos de los caracteres polares que se adscriben a los campesinos y de los que, en parte al menos, también participa el conocimiento llamado científico.

No hay que dejar de criticar en muchos de los autores que defienden los valores de conocimiento campesino una cierta idealización del mismo y un énfasis en sus especificidades, en sus singularidades, que va más allá de lo razonable. Si bien el desprecio por parte de la ciencia occidental hacia este conocimiento campesino hace que sea preciso un esfuerzo por defender su importancia y virtudes, no conviene tampoco caer en el extremo opuesto, y no reconocer las aportaciones del conocimiento de nuestra sociedad, considerar sólo los aspectos negativos, sublimando las bondades de los saberes campesinos. Además, queramos o no, ese el tipo de conocimiento del que nosotros y esos autores partimos y sobre cuyos principios nos movemos.

En cuanto a la segunda cuestión, al contexto social y cultural del conocimiento local en la zona de estudio, hay que hacer hincapié en que este marco social lo hace esencialmente diferente del conocimiento indígena o el conocimiento campesino de los grupos que estudia, por ejemplo, Víctor Toledo. Si el conocimiento local es contextual, aquí lo vemos de manera clara. En efecto, las comunidades de la zona de estudio estaban insertas en los años cincuenta en la sociedad mayor, aunque evidentemente no en la misma medida que hoy en que, sobre todo tras la crisis de la agricultura tradicional y del mundo rural con la industrialización de España y la venida de la sociedad de masas, han perdido en gran parte el margen de autonomía y la singularidad cultural que antes les eran propias. Sobre todo en lo que refiere al corpus mítico (y también en el cognitivo y en algunos aspectos de la praxis) las comunidades campesinas no tenían un corpus propio, sino que eran en gran medida subsidiarias del corpus de conocimiento de la sociedad mayor, del conocimiento científico. En mayor o menor medida, según el asunto a que nos refiramos, la sociedad local

había comenzado a ser iniciada en el positivismo liberal (Iturra y Reis, 1990) a través de mecanismos formales como la escuela o, mucho más incipientemente, informales como los medios de comunicación. Su conocimiento era en ciertos aspectos el de la sociedad mayor, el de la ciencia. Por supuesto que el conocimiento local contribuía a la especificidad cultural de la zona, pero no tenía el fuerte componente de identidad diferenciada que pueda tener en las comunidades campesinas latinoamericanas ni en los grupos étnicos de tantos y tantos lugares del planeta.

EL CONOCIMIENTO DEL AGROECOSISTEMA EN LA ZONA DE ESTUDIO¹

Como hemos podido comprobar a lo largo de la investigación, el manejo tradicional se basaba en el conocimiento local pero sería incorrecto considerar este conocimiento como algo estático y autárquico, pues la tecnología y los procesos de trabajo también iban cambiando y dando lugar a nuevas técnicas, por ejemplo en la cría del cochino, en la tecnología de labranza, etc. Evidentemente no eran un conocimiento y una tecnología producidos exclusivamente en esta comarca. Por simplificar un poco la cuestión, podríamos decir que ni el arado, el trillo, el hacha o el boliche, se inventaron aquí. En algún momento de la historia fueron introducidos. Ahora bien, el cambio tecnológico

¹ Cuando hablamos de conocimiento en la dehesa tradicional hablamos del conocimiento que se tiene actualmente entre la gente mayor, la que vivió los tiempos de la dehesa tradicional. Puede que éste no sea exactamente el mismo que se tenía en aquellos tiempos, porque se haya perdido una parte de él o porque se haya modificado pero creemos que todo el acervo de saberes al que hemos tenido acceso en líneas generales se aproxima bastante al de aquella época. Si lo comparamos con el conocimiento de la gente joven, la pérdida ha sido dramática. Por todo ello, aún cuando en estas líneas se escriban en tiempo presente se trata del conocimiento que tienen sobre el medio las gentes que vivieron la época a que se refiere nuestro estudio y acerca de la que preguntamos.

(como el social) era lento y permitía una modulación del repertorio tecnológico y de las técnicas de manejo a él asociadas. La experimentación también existía y, de no ser por el impacto de la crisis y la aceleración del proceso de subsunción por la economía plenamente capitalista y la introducción masiva de tecnología, los manejos del agroecosistema a buen seguro que habrían evolucionado. El conocimiento sobre la dehesa en los años cincuenta era *moderno* en su época, en su contemporaneidad. Estas cosas conviene señalarlas para evitar la tendencia existente de considerar al conocimiento tradicional como algo estático y fosilizado, sin posibilidad apenas de supervivencia, y todo ello con la idea de justificar la implantación de lo considerado moderno, sobre todo en sociedades donde aun no se ha dado la sustitución de la agricultura tradicional por la de la revolución verde.

El manejo de la dehesa tradicional era más pautado que el que se da hoy en día, existía una gran variedad de usos pero, hablando de fincas con características similares, la articulación de usos era parecida y el manejo seguía unos cánones más o menos estables en cuanto al tipo de producción, la alternancia de usos, la alimentación, etc. En una situación de relativa estabilidad como aquélla, el peso y la autoridad de la tradición eran importantes, a diferencia de la situación de desplazamiento, incertidumbre y cambios de hoy en día.

Una vez dicho esto, pasemos a ver algunas características específicas del conocimiento local en la zona de estudio. Una de éstas era la tremenda importancia de la praxis, su presencia envolvente. El conocimiento local era fruto de la práctica, de la observación de los fenómenos a través de los procesos de trabajo y también de la experimentación. El conocimiento y el manejo del medio se validaban a través de resultados palpables; estaba en juego en este proceso la propia situación de la explotación y sus propietarios. Era poco especulativo y estaba apegado a la producción. Los procesos de trabajo brindaban la ocasión tanto de transmitir conocimiento como de crearlo y de adquirir destreza en las técnicas. El conocimiento se adquiría dentro del grupo familiar o de grupos de trabajo con relaciones familiares, de amistad o vecindad, a diferencia del conocimiento de los técnicos,

que se adquiría en instituciones formales, era más analítico y teórico, y suponía un aprendizaje previo a una actividad productiva. Es por esta razón que existía rechazo en muchos casos al conocimiento de los técnicos a lo que se suma, además, su pertenencia a otro universo social.

En efecto, los técnicos no son gente de campo o, más concretamente, no son trabajadores, entendiendo el trabajo en su sentido más limitante de esfuerzo físico, que ha sido un valor central en las comunidades rurales. Aunque el saber y la *gente con carrera* fueran valorados, no por eso dejaba de oponerse el trabajo intelectual al otro, llegando en casos extremos a una reafirmación de los saberes prácticos y de la inteligencia de los no letrados, como pone de manifiesto la historia que a menudo se cuenta en la que a un alcalde, hombre honrado, justo y que sabía desempeñar su cometido, le reprochó el gobernador que no supiera firmar, a lo que éste contestó: *"Yo no sabré firmar, pero a usted lo cojo yo segando y lo entierro en pasto"*. En esa misma línea puede ir este comentario de un trabajador *"Tú escribirás un libro o otros habrán escrito un libro de estas cosas, pero nunca podrás saber lo que sabe un hombre viejo del campo sobre este asunto"*.

Muchas son las anécdotas que podría referir y en las que se pone en cuestión el acierto de los técnicos, en que se duda de sus conocimientos reales sobre alguna materia. Por ejemplo, es recurrente el caso de un forestal que le dijo a unos *talaos* cómo habían de hacer la tala y alguno le contestó *"Eso lo dice usted porque lo pone en su libro, pero así no son las cosas"*, y terminó haciendo la tala a su manera y, a veces, dándole la razón el forestal.

Lo mismo sucedía en algunos casos con los veterinarios: se cuentan sucedidos, sobre todo de ganaderos viejos, en los que se discutían sus diagnósticos o tratamientos, y se demostraba que el pastor o cabrero sabía más por su práctica que lo que el veterinario había aprendido en los libros. Ahora bien, en el caso de los veterinarios es donde más se reconocía el saber y el saber hacer de los técnicos porque tenía una dimensión práctica, tenían un conocimiento que, más

allá de lo aprendido en la carrera, iban adquiriendo en el día a día de su trabajo y sus resultados podían verse de forma casi inmediata, no especulativa, sobre todo en algo tan importante para los ganaderos como la vida y la salud de sus animales. De ahí los elogios a los veterinarios que *"entendían mucho"* o *"eran muy buenos"*.

Otra característica del conocimiento local, una preocupación constante, era la comprobación del valor productivo de las distintas técnicas de manejo y de los distintos elementos del medio. Esta ponderación era fruto también de la observación continuada de la producción, de la comparación entre distintos suelos, plantas, árboles o animales entre sí, bajo distintas circunstancias y manejados de distinta forma. Esta comprobación podía ser directa, como por ejemplo la cantidad de bellota, grano o la variedad y calidad de las especies pascícolas, la cantidad de grano que producía una parcela o una suerte, o mediaticada, por ejemplo la calidad de las hierbas y su valor productivo a través de la preferencia que el ganado mostraba por ellas, o el rendimiento en carne o leche de los distintos pastos.

Pasando a otro asunto, el conocimiento local, como hemos visto anteriormente, es básicamente epidérmico, se fija en las manifestaciones externas, en signos visibles, y establece interrelaciones entre éstos y determinados hechos o características, sobre todo desde el punto de vista del interés productivo. Puede no conocer las causas últimas de los fenómenos, pero sí la dinámica de los mismos y sus efectos en aquello que interesa. Por ejemplo, un ganadero sabía que el laboreo hacía que proliferase una serie de hierbas y que éstas fueran de más calidad. No sabía la razón última de la proliferación de esas especies y no de otras en los labrados, ni conocía la composición de las mismas que las hacía más apetecibles para el ganado y de más alimento, pero conocía a través de la observación la relación entre laboreo y hierbas, y entre hierbas y mayor beneficio del ganado, y de ello derivaba una conducta, un manejo.

La interrelación entre fenómenos y las relaciones causales establecidas entre ellos las hemos ejemplificado a lo largo de las páginas relativas al manejo de los recursos, como la asociación de la calidad de

los suelos con la presencia de ciertas especies vegetales o las características fenotípicas de los animales con su valor productivo, y también se comprueba con la predicción de fenómenos meteorológicos a través de signos de diverso tipo. Algunas de ellas eran simples asociaciones de fenómenos a las que se les daba valor causal, y a veces eran fruto de la observación personal o de un grupo sin que necesariamente fueran compartidas por más gente, pero nos dan idea de algunos de los mecanismos que regían este tipo de conocimiento, por ejemplo cuando un cabrero nos decía que según fueran los testículos los machos así serían las tetas de las cabras, o saldrían más machos que hembras o viceversa. Esta asociación de características fenotípicas a hechos productivos, rendimiento o calidad la vemos en los criterios de selección de los animales que se buscaban para dejar de renuevo o al comprar animales con unos determinados rasgos, en la creencia de que serían de mejor producción.

Todo ello llevaba no sólo a establecer unas indicaciones explícitas sobre la bondad de los animales sino que generaba un canon no ya de manejo sino directamente estético, partiendo de la base de que lo que se considera bueno desde el punto de vista productivo se cataloga como hermoso desde el punto de vista estético, lo mismo que en otros campos sucede con la ética y la estética, o con el *kalós kai agazós* griego, lo bueno es bello. Así, el ideal estético de un animal compendiaba una serie de rasgos que lo hacían bueno, interesante desde el punto de vista productivo. Un cochino de engorde sería bonito si estaba gordo, mientras que la cochina de cría bonita había de estar más bien ligera. El que resultase feo cualquier lunar negro en la oveja o una simple lista negra en el cuerno de un carnero tenía que ver con la posibilidad de que salieran de ellos borregos negros, con una lana que no era deseable. En algunos casos, aun perdida la noción de la bondad de ciertos rasgos, el criterio de mantenerlos perduraba porque la comunidad local había fijado en la mente de las gentes una idea estética que hacía que viesan como feo aquello que no respondía a ese interés productivo, como pasaba, por ejemplo, con las ovejas con rabo o con los chivos o los carneros mochos. Cuando cambia el interés productivo de

un determinado rasgo, pasa a ser menos importante el criterio estético. Como ejemplo de esto último tenemos el caso de las cabras, que ahora en algunas fincas se busca que sean mochas para que no se enreden en los comederos o no se peguen cuando están estabuladas. En las fincas de mucho monte, donde la cornamenta es importante para defenderse en el matorral, los empleados se espantan cuando les hablan de que se busque que los animales no tengan cuernos, al igual que hacen los cabreros viejos que consideran esto una fealdad.

Lo que es predicable de los animales lo es también de los árboles, los cultivos o las fincas en general, de ahí por ejemplo la consideración de un jaral, una zona de *orgazos* o tomillos como feo porque el manejo correcto de una finca es aquel que hace que no proliferen el matorral, que esté limpia y haya pastos para los bichos. El matorral es signo de abandono, de mala gestión y, en última instancia, de falta de labor y jornales. En donde encontramos más valoraciones positivas y gusto estético por estas formaciones vegetales es entre los antiguos cabreros o los dueños de cabras, porque el matorral era el alimento preferente de este ganado y daba buena leche. Lo mismo podemos decir en cuanto a las amapolas en los cultivos o del ideal de belleza de las encinas, que no hace más que regular un manejo correcto de la misma y, así, se consideraba fea la encina que no fuera redonda, tuviera portillos o no estuviera abierta por el medio. En definitiva, a través de la estética se fijaban socialmente las instrucciones de manejo de los recursos.

Dentro de los instrumentos de los que el conocimiento local se servía podemos destacar el uso de analogías y metáforas para la comprensión de los fenómenos, valiéndose de las similitudes existentes entre los seres vivos, sean personas, animales o plantas. En este sentido es especialmente relevante la semejanza entre los humanos y los otros animales. Esto es sumamente significativo porque a aquél a quien se le explican puede comprender los hechos de manera directa, por su propia experiencia incluso. En muchos casos, puede que no se llegue a una explicación causal de los hechos, pero sí a la lógica de su dinámica y podemos encontrar analogías entre fenómenos o elemen-

tos de distintos ámbitos. Por ejemplo, muy frecuente es la comparación de los hábitos alimenticios de los animales y los humanos: "*Claro, los bichos son como nosotros, se van al mejor plato*"; "*Eso es como tú:, después de comer, quieres el postre*" (hablando de los cochinos, que tras la bellota comían algo de hierba).

Como decimos, el parecido entre animales y personas lleva a explicar fenómenos que pueden ser similares: "*La basquilla era como una congestión*". Esas analogías también se establecen con los árboles, con las encinas, por ejemplo: "*Un árbol es como una persona, si le cortas una pierna o un brazo, o si no tienes agua*"; "*A la arboleda le pasa como a las personas: si están endeble y maluchas le atacan más las enfermedades*"; "*Eso es una tuberculosis que le entra a la encina*". Encontramos también casos de antropomorfización de elementos, por ejemplo, en referencia a la tierra nos encontramos con frases del tipo: "*La tierra se cansa*", "*La tierra está harta de agua y la escupe*", o "*Los suelos fuertes quieren más agua, es como las personas: una persona más endeble necesita menos agua*". En ocasiones, lo que sucede es que se utilizan adjetivos aplicables a personas para explicar características de los elementos del medio: "*Los chochos no le tienen miedo a la hierba*"; "*La avena se sembraba al clarejon, porque se apoderaba de la tierra, era muy valiente*"; "*La haba es una planta miedosa, se siembra en cocera, quiere compañía. Si salen solas parece que tienen miedo a crecer y no van*", "*El campanillo se le ponía a las ovejas más libertosas*"; "*La cabra es muy envidiosa, malpare una y malparen todas*"; "*Ese terreno era muy vicioso de monte*".

También hay comparaciones entre animales y árboles: "*El guarro tiene que hacerse antes de caparlo, si no, es como si a una encina le cortaras la guía: el guarro nunca sería guarro*"; "*La diferencia entre el corcho y el bomizo es como entre la lana y el pañino de las borregas*". En virtud de la capacidad generativa de la savia, se llamaba a la época de circulación de la misma, el celo, o se decía que la tierra no tenía savia. Las traslaciones de sentido también iban de los cultivos al ganado, por ejemplo, cuando se hablaba de " *echar la simiente a las hembras*". Encontramos también traslación en casos de adjetivos como

agrio, aplicado al terreno escarpado (agril), o a las hierbas, o dulce, también para las hierbas y para explicar la aparición de bicheras en las ovejas, ya que las tendrían aquellas que *"tienen la sangre más dulce"*.

Ahora bien, como no podía ser menos, en una sociedad con una actividad casi exclusivamente agraria, la vida social, la cultura y el habla local se impregnaba de analogías y referencias al mundo agrario y ganadero, a la naturaleza, a veces como forma de enfatizar lo que se dice, de manera hiperbólica; en otras se trataba de hacer comprender mejor los fenómenos, en ocasiones como manera de sancionar comportamientos, otras como máximas para la vida o simplemente como divertimento, gracia, juego intelectual o gusto estético, dando en cualquier caso rasgos distintivos a la cultura local. A través de ellas se pretendía visualizar más claramente los fenómenos, comprenderlos y hacerlos comprensibles, con una finalidad práctica. Según Octavio Paz, la ciencia y la poesía comparten un mismo objetivo: intentar desvelar la unidad de los fenómenos del universo (Paz, 1987: 179), las relaciones ocultas entre las cosas y el funcionamiento de las mismas, añadiríamos aquí. Como ejemplo de la presencia del mundo agrario, de la impregnación por este de la cultura local, baste decir que durante la investigación se han recogido más de doscientas frases, modismos, metáforas o comparaciones recurrentes que tienen como referente la naturaleza, el ganado, los cultivos, los procesos de trabajo en el campo o las relaciones sociales en el mismo, y que se utilizan para hablar de personas, cosas, hechos, situaciones o relaciones de diverso tipo y con distintos objetivos. Sólo como ejemplo haremos referencia a algunas de ellas.

En cuanto a aquellas que son refranes o sentencias podemos citar: *"Oveja que berrea pierde bocado"*; *"Todos los pájaros comen trigo y la culpa a los gorriatos"*; *"Viendo el chozo se ve el jabalero"*; *"¿Qué vas a esperar?, de una mula una patá"*; o *"Después de la liebre ida, palos a la cama"*. Entre las que quieren describir de manera gráfica una situación podemos encontrar: *"Eso está de matas y por rozar"*, para referir a que acerca de algún hecho o proceso todavía no hay nada claro, está aun por ver; *"Ya tiene vista la burranca"*, se usa para aludir a los muchachos

que ya son mayores y deben buscarse la vida por sí mismos; "*La madrugá del melonero*", es una manera irónica de aludir a levantarse tarde; "*Romper la cincha*" quiere decir poner fin a una relación de cualquier tipo, separarse de algo o de alguien; "*De burranco no ha respingado...*" se dice irónicamente y en suspensivo para poner en duda que alguien que no ha hecho determinadas cosas en el pasado, cuando era más esperable que las hiciera, las vaya a hacer. Hay expresiones que aluden a determinadas comportamientos o características de las personas o las situaciones en que se encuentran: "*Ese no entra en piara*", es decir, no es sociable; "*¡¡Cualquiera le pone el aparejo...!!*", también indicando carácter hosco; "*Es como una oveja sin campanillo*", anda sin que nadie lo controle, a su aire; "*Es como una tarama en un portillo*", se puede usar para referirse a alguien, inútil o manejado, a quien se coloca en un puesto o función por determinadas razones y por conveniencia sin que pueda hacer nada por sí mismo. Algunas son hipérbolas para características físicas o de comportamiento: "*Más malo que la cebá de La Sevillana*"; "*Más cabeza que un mulo blanco*"; "*Mira más que un mulo maquinando*"; "*Si fuera melón, no guardaba las pipas*", "*Más modorro que una oveja*"; "*Más inútil que un guarro chico*"; "*Más flojo que la paja de avena*"; o "*Tiene mucha corcha*", referido a una persona muy bruta. Asimismo hay nombres que por sí son un calificativo, como mastín por haragán. Las comparaciones también refieren a características de las cosas o las situaciones: "*Más seco que los trastes de una era*"; "*Más tuerto[torcido] que un arao de palo*"; "*Hace más frío que lavando berros*". A veces se utilizan palabras para enfatizar la cantidad, como "*Una parva de años*"; "*Una piara de veces*"; o "*Un bando de zagales*". Como metáforas de acciones tenemos "*Calentar el jopo*", o "*Asentar la paletilla*", por dar una paliza o un golpe, en sentido físico o figurado; "*Cambiar la pastoría*", por pasear o ir a un lugar distinto de ocasiones anteriores; "*Ir aparejando*", por empezar a moverse para irse o tomar la determinación de hacerlo inmediatamente. Como puro divertimento podemos referir la contestación de un jornalero a otro cuando le preguntó si había visto una determinada persona a la que esperaban: "*No, yo no he visto jechío ninguno*". El

jechío son los indicios que denotan la presencia de algún animal en un lugar, ya sean excrementos, plumas, pelo, huellas, etc. Son muchos los ejemplos que podríamos traer a colación y de muy distintos tipos, pero basten estos para el objetivo de señalar solamente su existencia como testigos aun hoy en día de los tiempos pasados.

Como hemos visto en distintos apartados de esta investigación, el conocimiento es un factor de la producción, es tanto una precondition como una consecuencia de los procesos productivos. Para llevar a cabo un proceso de trabajo es necesario tener una serie de conocimientos acerca de todos los elementos que, directa e indirectamente, inciden o pueden incidir en la producción, conocer las distintas alternativas posibles, y las consecuencias, y tener destreza en una serie de habilidades, dominar técnicas concretas. La importancia material o técnica de la cultura y del conocimiento son de sobra conocidas, como herramientas de las que se han valido los humanos para medrar en la tierra. En ese carácter de herramienta para aprehender la realidad que tiene el conocimiento y el lenguaje incidió singularmente Vigotski.

Para llevar a cabo los procesos de trabajo se han de conocer tanto los procesos de producción concretos como otras condiciones más generales de la producción, otras preconditiones, tanto sociales como materiales; un marco tanto social como ecológico y territorial. El hecho de que el trabajo en el campo sea fundamentalmente el manejo de la materia viva, en ámbitos espaciales diversos, al aire libre y sometido a las veleidades del clima y a las constricciones del suelo, sin que en muchos de los casos esas condiciones de la producción sean modificables, hace que las variables a tener en cuenta sean mayores que en muchos otros procesos productivos y muy diversa la interrelación entre factores. No se trata sólo de conocer una serie de técnicas, de destrezas manuales y aplicarlas a objetos o materiales, sino de considerar aspectos muy diversos e interrelaciones múltiples.

Si tenemos en cuenta la diversidad de usos de la dehesa y la necesaria articulación entre los mismos, tenemos que la cantidad de conocimientos necesarios para manejar una dehesa haya de ser grande.

Pero, además de la dehesa, en la zona de estudios había otros agroecosistemas, como las huertas, los olivares o las tierras calmas, sobre los cuales existía un conocimiento de quienes los trabajaban y de las comunidades en su conjunto. No todos tenían todos los saberes, pues el conocimiento que tienen los miembros de la comunidad es fragmentario. Como señala Iturra, *"La memoria de la comunidad local es diversificada, pues cada miembro del grupo social o cultural detenta una parte o fracción del saber total"* (Iturra, 1992). Cada uno tiene una parte de ese conocimiento, y el agregado de todo ello es el conocimiento local. Es por ello que en este apartado nos detendremos a considerar las variables de grupo social, género y edad, que dan lugar a diferencias significativas en cuanto al conocimiento desigual que los distintos miembros de la comunidad local poseen.

En efecto, en nuestro caso, la estructura de la propiedad, la estructura social de los pueblos, ha incidido especialmente en ese carácter fragmentario del conocimiento, con diferencias significativas según los grupos sociales. Así, los antiguos campesinos, los propietarios que trabajaban sus explotaciones, tenían un mayor conocimiento de los distintos procesos de trabajo, de las técnicas y de los factores que incidían en los distintos aspectos de la producción. Conocían el ciclo completo y, al tener que ponderar las distintas alternativas que se ofrecían, al deber tomar decisiones sobre el manejo, tenían mayor necesidad de conocer todos los elementos del medio, todo aquello que intervenía en los procesos de trabajo, en mayor medida que los trabajadores. Además de los conocimientos sobre la producción, habían de tomar decisiones sobre la venta, la adquisición de bienes y servicios, la gestión de la finca y el capital y la asignación de tareas dentro del grupo doméstico si era el caso. Si era así, los distintos miembros del grupo doméstico podían ocuparse de determinados aspectos de la producción, podía haber cierta especialización, pero casi nunca tan tajante como para no conocer de las otras tareas. Además, en el ideal de reproducción de las explotaciones, independientemente de las funciones que eventualmente desempeñasen, los miembros habían de entrenarse para llevar un día la gestión y el manejo completo de una

finca. En este tipo de explotaciones el aprendizaje tenía lugar dentro del propio grupo, dentro del entramado de relaciones económicas y afectivas que la familia comporta (Iturra, 1993) .

Entre los trabajadores encontramos significativas diferencias acerca del conocimiento. El de los jornaleros era el más fragmentario de todos, pues se ocupaban sólo de partes concretas del proceso de trabajo, en el que no tomaban apenas decisiones. Había una jerarquía en los procesos de trabajo que podía corresponderse con distintos grados de conocimiento del oficio, y ese era el caso de una cuadrilla de trabajadores y un manijero que controlaba y que daba instrucciones y podía ir enseñando a otros, como por ejemplo sucedía con los manijeros de tala. El trabajo en cuadrillas ayudaba a fijar conocimientos sobre el medio y a transmitirlos dentro del grupo. El carácter itinerante de su trabajo, el tener que ir a distintas fincas, ha dado históricamente a los jornaleros ocasión de conocer diversos aspectos del territorio y en algunos casos, por ejemplo en los destajos o en la recogida de bellotas por cuenta, de tener que sopesar acerca de las producciones y su interés. Además, el uso de recursos del monte, la caza, la recolección de plantas, bellotas, etc., les daba motivo y ocasión para indagar en el conocimiento del entorno, de la localización de los recursos y sus características. Los jornaleros, aunque no llevasen a cabo ciclos completos de manejo de los recursos, sí podían saber de ciertos procesos que ellos llevaban independientemente, como la elaboración del cisco o, en ocasiones, del carbón en pequeños boliches.

El conocimiento de los trabajadores fijos era menos fragmentario que el de los jornaleros aunque también era parcial. En efecto, en aquella época, los trabajadores acomodados se ocupaban de una determinada tarea (cultivo, cuidado de las ovejas, cabras, vacas o cochinos) en su ciclo completo. Esa solía ser su dedicación exclusiva, no teniendo que ver con otros procesos de trabajo. Ahora bien, la interacción entre los distintos usos de los recursos, como hemos visto, era grande, al igual que las relaciones entre los distintos empleados de las fincas, ocupados de procesos de trabajo distintos sobre los cuales podían conversar e intercambiar conocimientos. Algunos de los

empleados se asemejaban en parte a los campesinos, pues podían tener animales distintos a los que cuidaban, por ejemplo, un pastor podía tener alguna cabra o, en menor medida, una senara. Algunos hijos podían realizar otras tareas eventuales en la finca, etc. Algunos de los empleados (mayorales, *aperaores*) tenían un mayor conocimiento que otros (zagales, mozos de mulas), a los que iban transmitiendo sus saberes, y habían de tomar determinadas decisiones sobre el manejo. En la ganadería sobre todo, los procesos de trabajo y el aprendizaje presentaban características comunes a los de los grupos domésticos campesinos, por tratarse también de grupos domésticos familiares en bastantes casos, por ejemplo de ganaderos que tenían como zagales a algunos de sus hijos, vivían todos en la finca, podían tener ganado propio y realizar alguna que otra actividad complementaria. Características mucho más próximas a los campesinos presentaban los colonos, que poseían algunos medios de producción propios. Entre éstos tenía importancia la mano de obra familiar y llevaban a cabo un ciclo productivo completo, con el conocimiento necesario para ello. También los carboneros participaban en alguna medida de estos rasgos.

Otros empleados de las fincas podían tener conocimientos menos precisos o minuciosos sobre ciertas cuestiones o procesos de trabajo concretos pero más globales, como los guardas o los encargados. En este último caso se trataba de hombres que *sabían de campo*, que debían haber acreditado un conocimiento del campo, de los distintos usos y, además, tener capacidad de decisión, saber gestionar la finca y relacionarse con el exterior, con el mercado. Habían de tener soltura en las cuentas, relacionarse con el mundo más *letrado*.

En cuanto a los grandes propietarios, habría que hacer distinciones. Podemos encontrar a un grupo de propietarios absentistas o semiabsentistas, rentista o con otras profesiones ajenas al campo, que llevaban la finca a través de administradores o encargados. Estos grandes propietarios tenían escaso conocimiento sobre el medio y los procesos de trabajo y, ocasionalmente, mayor conocimiento de cuestiones económicas y administrativas o de comercialización. Sin embargo,

existían grandes propietarios dedicados exclusivamente a la agricultura que, por tradición familiar, por contacto directo, *entendían de campo* y, participando del conocimiento local, por vivir o estar muy relacionados con los pueblos, por el contacto con los empleados y con el campo y los procesos de trabajo, también poseían un conocimiento llamémosle convencional, por los estudios que hubieran realizado, por el contacto con gente con estudios, con técnicos y con otros ganaderos. Eran gentes que por distintas razones se relacionaban con lugares y personas diversas del mundo de la agricultura y la ganadería. Su conocimiento podía ser en ocasiones menos minucioso, menos ligado a la práctica que el de otros grupos y, así, tenían menor conocimiento en general de plantas, pájaros o suelos pero conocían de los ciclos de producción, del manejo y de la articulación de usos, de las cuestiones técnicas y de la gestión, del mercado y la economía. Accedían a la información por distintas vías. Asimismo habían de conocer distintas variables y opciones porque tenían que decidir, y la experimentación, el ensayo de distintas opciones, devenía en conocimiento.

En cuanto al género, las diferencias eran notables, habida cuenta de la desigual asignación de tareas entre hombres y mujeres. Así el conocimiento que las mujeres tenían del campo, de la toponimia, las plantas, los animales, los suelos y los procesos de trabajo era menor que el de los hombres, y normalmente más fragmentario. Ese conocimiento era mayor mientras menos relación directa tuvieran con la actividad productiva, mientras más genérico fuera, por ejemplo la toponimia, y mientras más tuviera que ver con las faenas que la mujer desempeñaba, por ejemplo la recolección de determinados cultivos o la crianza de aves. Evidentemente, todo ello estaba mediatizado a su vez por la posición social, por el tipo de familia y la edad. Así, hemos visto cómo entre las hijas y esposas de pequeños propietarios que trabajaron en el campo en los años cincuenta la cantidad y diversidad de conocimientos es mayor en muchos casos que la de algunos jornaleros. Esto lo hemos constatado, sobre todo, al conversar con mujeres de familias de pequeños propietarios de la Puebla y con jornaleros de

Pallares, por ejemplo sobre cuestiones de suelos o de cabras. Lo mismo hemos comprobado en Pallares entre mujeres que era hijas y esposas de pequeños propietarios dedicados a la horticultura y que han trabajado en el campo. Aunque no trabajasen en el campo, la convivencia con los hombres que trabajaban en la explotación, el compartir los problemas de éstas, les hacía conocer de los diversos aspectos de la misma.

Como vimos, en la dehesa tradicional el contacto directo con cada porción de territorio era grande e intensa debido a que mucha gente vivía en el campo y a la diversidad de las labores y procesos de trabajo, al realizarse éstos con una tecnología relativamente simple que requería de gran conocimiento del territorio y de una *negociación* con él. Se podía ponderar la producción de grano de una hoja, o suerte en el caso de los colonos, o de bellota en cada encina, por ejemplo. La relación con el entorno no estaba tan mediatizada por la tecnología como hoy. Ello daba lugar a un conocimiento que podemos llamar *reticular*. El gran número de personas que había, vivía y trabajaba en las fincas y el carácter colectivo de muchas tareas daban lugar también a una mayor fijación y transmisión de conocimiento. Las familias eran unidades de producción, el conocimiento se adquiría en el entramado de relaciones y sentimientos familiares. El trabajo en el campo era para las gentes una experiencia básica común.

El trabajo, en concreto el trabajo en el campo, era un valor central de la identidad de las gentes. Trabajar en el campo con las propias manos identificaba a los trabajadores y campesinos, a la *gente del campo*, frente a quienes vivían de ese trabajo o a quienes realizaban otro tipo de actividad. En estos pueblos siempre ha habido cierto recelo por parte de los trabajadores, y en menor medida de los campesinos, hacia los que han hecho un trabajo no manual, como los comerciantes, los taberneros, etc. Siempre ha existido la idea de que el verdadero trabajo era el trabajo manual y que requiere un esfuerzo (Cutileiro, 1976). En la misma línea, y relacionado con lo anterior, el saber de campo ha sido un valor en estas sociedades, de ahí que se considerase con cierto desdén a quien no entendiera de campo. Eso podía

hacer que alguien que no trabajara en el campo pero que sí entendiese, por ejemplo un corredor, un propietario u otra persona, fuese visto de otra manera que alguien que no supiera. Con ello, a donde queremos llegar es al hecho de que el conocimiento, más allá de su interés práctico, de herramienta para aprehender la realidad o precondición y resultado del proceso de producción, puede cargarse de connotaciones y significados diversos. En este sentido, al igual que el trabajo, forma parte de las señas de identidad de un grupo o de una comunidad.

Eso lo vemos claramente en dos casos concretos de conocimiento, el de la toponimia y el de los motes, que son códigos que la gente de los pueblos ha empleado para guiarse en el mapa físico y social de la comunidad, un código propio y específico al margen del que pueda utilizar el catastro, los mapas topográficos o el registro civil para identificar lugares y personas. Además de permitir identificar a sitios y gentes, el conocimiento de la toponimia local y de los motes suponía, y supone aun, el manejo de unas claves específicas de la comunidad y, para quien viene de fuera, un valor iniciático, una aproximación, una forma de empezar a ser aceptado dentro de ella, al igual que sucede con el uso de la lengua o la germanía de un determinado grupo que, más allá de la función de comunicación, tiene un componente de identificación, de complicidad si se quiere.

Con la pérdida de procesos de trabajo y del conocimiento sobre el medio como *experiencia social compartida* vemos también la pérdida de especificidad de las sociedades locales y de intensidad de la relación con su medio que, entre otras cosas, les ha dado singularidad e identidad.

En relación con el valor del trabajo y el conocimiento, quisiera apuntar también que ambos eran elementos importantes en la imagen, en la consideración que dentro de los pueblos tenían y tienen las personas. Entre los trabajadores, que sólo tenían su trabajo, éste era, entre otras, una de las características que los definía: ser muy trabajador o ser buen trabajador, hacer bien aquello que se le encomendaba. Esto era especialmente importante en aquellas tareas que requere-

rían de cierta habilidad y/o tener que tomar decisiones propias como, por ejemplo, la tala. Lo mismo sucedía con los propietarios que, además de ser trabajadores, debían saber llevar la finca, tenerla bien preparada, pues por el estado de la finca se valoraba al dueño. En ambos casos, el conocimiento de los procesos de trabajo y del medio era importante. Como ilustración y continuidad de aquello, no es extraño hoy en día escuchar discusiones entre personas mayores acerca de cuestiones diversas del campo en que, además de si se lleva la razón o no en un asunto concreto, lo que está sobre el tablero es el conocimiento que se tiene del campo, y tampoco es extraño que se escuche a unos descalificar a otros porque *no saben de campo*. Esta misma descalificación la vimos en el caso de los empleados que criticaban a los dueños de las fincas precisamente por no saber de campo.

15. EL CONOCIMIENTO ACERCA DE LOS DISTINTOS ELEMENTOS DEL MEDIO EN LA ZONA

A lo largo de las páginas anteriores acerca del conocimiento hemos visto algunas de sus características y su relación con otros aspectos del entorno y su manejo y del medio social en el que se inserta. A continuación pasaremos a considerar separadamente los saberes locales acerca de cada uno de los elementos del ecosistema.

EL TERRITORIO

En este apartado pretendo acercarme al conocimiento que los habitantes de la zona, principalmente la gente del campo, tiene del territorio: la forma de situarse en él, de identificar los lugares y las características de los mismos. Sobre el espacio, las culturas construyen el territorio, semantizándolo y dotándolo de significado de acuerdo con distintos factores importantes para la vida de la comunidad. El medio físico no impone la semantización sino que ofrece las bases para la misma. Las culturas seleccionan algunos aspectos del conjunto espacial y los expresan a través de conceptos y topónimos (García, J.L., 1976). Nuestro interés aquí es ver cómo la selección que se hace, la organización del espacio, está íntimamente relacionada con el proceso de apropiación de la naturaleza.

En una zona latifundista como ésta, las fincas medianas y grandes son unidades muy apropiadas para organizar mentalmente el territorio; sus nombres sirven para englobar unidades de territorio lo suficientemente amplias para ser relevantes como área geográfica, hasta

tal punto que, allá donde es poco relevante la pequeña propiedad, estos nombres de fincas de cierto tamaño son las principales referencias espaciales genéricas, los segmentos, piezas o teselas principales en la estructura cognitiva. Dependiendo de la precisión que se requiera, se puede emplear el nombre de una de ellas, de varias, o añadir “por” o bien “por allí” por, u otras partículas para referirse a un área, verbigracia, “en la Baña” o “Por allí por la Baña y eso”.

No quiero entrar en la casuística concreta ni la etimología, ya que para estos propósitos no creo que resulte muy relevante, entre otras cosas porque hay nombres cuyo origen se escapa, así que me limitaré a hacer algunos apuntes genéricos. De aquellos cuya etimología es identificable, el grupo más importante refiere al medio físico, a elementos del paisaje, animales o plantas (por ejemplo, Sierra Prieta, Los Endrinales, El Chaparral, La Matilla, El Águila, La Cañada de las Yeguas, Los Álamos o Pelaborregos). Este tipo de topónimos también es aplicable a algunas fincas pequeñas, pero en menor medida que a las grandes y medianas. El otro grupo de topónimos que sigue en importancia al anterior es el de los nombres propios, apellidos o mote, cuyos epónimos, a buen seguro, fueron algunos de los propietarios de otro tiempo (El Conde, Jimeno, La Sevillana, El Cordobés, El Zarazal o Marroquín). Cuando la finca se identifica con un dueño reciente, no más allá de un par de generaciones, se suele anteponer al nombre del dueño “lo de”, por ejemplo, lo de Sarita, lo del Capitán Grillo, a veces relacionado con la partición de fincas mayores. Este tipo de identificación es el más frecuente en el caso de las pequeñas propiedades, que es donde más se utiliza (Lo de El Gato, lo de El Rano, lo de Ernesto), para identificar las fincas que, a veces, se engloban en una zona donde hay muchas otras pequeñas propiedades, como vamos a ver.

Pero de la misma manera que las personas pueden dar nombre a las fincas, éstas pueden dar también nombre a las personas, o ayudar a su singularización, sobre todo para gente que ha vivido en esas fincas y cuando en el pueblo hay más de una persona con el mismo nombre y no se la conoce por un apodo, y así podría existir, aunque no es el caso, un *Fernando el de Cobao*.

Ciertas fincas deben su nombre a una antigua dedicación o al carácter de la finca, en otras épocas históricas, por ejemplo Los Cotos, las Dehesillas, La Dehesa de Arriba, El Baldío (antiguos terrenos comunales así considerados) o La Remonta. Todos estos topónimos y algunos otros, referidos anteriormente o con posterioridad, nos dan pistas para rastrear los cambios en el ecosistema y, así, tenemos el nombre de El Chaparral, la Viña, la Bodega, Los Endrinales o Los Linares, en fincas que ahora no se caracterizan por lo que ese nombre indica. Un grupo importante de topónimos, pero pocos en relación con todos los que hemos descrito, tiene un origen oscuro o de significado dispar, por ejemplo, la Usera, Las Cuchareras, La Baña, la Brava. Como vemos, la adjudicación del nombre a las fincas no es ni mucho menos arbitrario, sino que lo toman de características del lugar, ya sean de tipo físico, con relación a su propietario o a algún hecho que la haya singularizado.

A su vez, determinadas parte de las fincas de cierto tamaño pueden tener también topónimos que las identifiquen. En algunos casos, se debe a que la finca sea fruto de la fusión de varias fincas o parcelas, que siguen conservando su topónimo aun englobadas en otro que la incluye. A veces, si la fusión ha sido reciente o la extensión de la parcela muy grande y con características diferenciadas, se las sigue considerando en muchos aspectos espacios distintos. Por ejemplo, la finca de La Matilla, de unas 2000 hectáreas, engloba a otra, La Condesa, de más de 700, pero esto no es muy frecuente. En otras ocasiones se trata de topónimos para áreas específicas dentro de grandes fincas y, así, en la finca de Los Endrinales, de más de 1.500 hectáreas encontramos espacios llamados El Mono, El Castillo de Monje, El Carrascal, Casacalleja o Las Piletas. Además, como veremos, hay antiguas cercas que tienen su propio nombre: la Cerca de las Vacas, la Cerca de los Jerezanos, la Henera. En fincas más pequeñas, la diversidad de nombres es menor. En todo caso, como veremos, hay hitos concretos que además de para identificar un lugar específico por extensión o aproximación sirven para identificar su área próxima. Cuando una gran propiedad se fragmenta, las partes resultantes pue-

den llamarse por el nombre de la finca matriz más el añadido del nombre del nuevo propietario, por ejemplo La Sevillana de Carlitos, la Sevillana de Navarrete, Las Dehesillas de Benito, Las Dehesillas de Sebastián, o sencillamente identificarse por el nombre del propietario.

En las zonas de pequeñas propiedades, que en muchos casos se sitúa buen número de ellas hacia un mismo lugar, acostumbra a existir una designación genérica para un determinado territorio que llamaré pago, aunque nadie de la zona haya utilizado esa palabra, pues a lo más se habla de *la parte*, por ejemplo "*la parte aquella de La Ganchosa*". Al no predominar la pequeña propiedad en la dehesa, estos pagos dan nombre fundamentalmente a propiedades de olivar, zonas de huertas o tierras de labor y/o pastos, aunque varios de estos aprovechamientos pueden darse en un mismo espacio o espacios contiguos. Algunos de los pagos en que predomina la dehesa llevan precisamente nombres como Los Chaparrales, El Encinar o la Dehesa de Abajo. Acerca de los pagos, de los que hemos registrado alrededor de una veintena, vuelven a predominar los que tienen referencias al medio natural o sus elementos, como por ejemplo El Barrancón, La Solana, Los Garbanzales, El Decepao, Los Labraillos, El Viñazo, El Cerro Tambor o La Hoya del Jabalín (también llamada Hoya Balín). En este caso, al singularizarse luego cada propiedad por el nombre del dueño, no hay apenas topónimos que refieran a nombres o apellido, como sí es el caso de Pacheco o El Valle Roldán. Finalmente hay nombres de etimología poco clara o diversa, como Los Peones, El Cerrojo, La Bucha, Husero o La Ganchosa.

Ya vimos que en las pequeñas propiedades predomina la designación por el nombre del dueño asociado o no al pago, según tenga tierras en otro sitio. De esta forma, la designación de la finca cambia con cada nueva transmisión. En los olivares, que son las pequeñas propiedades más abundantes, es donde más problemática es la identificación, por la homogeneidad que en muchos casos se da, sobre todo en la Puebla, donde hay enormes extensiones de olivar y, en ocasiones, con bastante fragmentación. Es frecuente hablar de "*los olivos de fulano*", o "*los olivos de fulano allá en Los Garbanzales*", por ejemplo. Las

huertas se conocen por el nombre de los dueños o antiguos dueños o arrendatarios (Huerta Mejías, Huerta Pío) que ya han quedado fijadas como topónimos aunque no existan como tales huerta y sus dueños no sean ya aquellos. Cuando eran huertas dentro de dehesas se aludía a ellas a través del nombre de la finca, pero como una especificación, no como un topónimo.

Como hemos dejado apuntado, también es preciso identificar las cercas dentro de las fincas. En la época de estudio era fácil la identificación, pues existían pocas cercas, de piedra o tapia. Al ser pocas, de gran extensión a veces, dentro de fincas muy grandes y ser la cerca un hito, un elemento visible y que resaltaba en el paisaje e individualizaba el espacio, eran una referencia importante, de ahí que muchas tuvieran un nombre por todos conocido, por ejemplo la Cerca de los Culebrones, La Cerca de la Mimbrera o la Cerca de los Jerezanos. En las proximidades de los pueblos también había algunas pequeñas cercas o cercados que recibieran el nombre de sus dueños o de las fincas. Además, en algunos casos también se hacía referencia no ya a la cerca sino a las paredes que la delimitan (Pared de Quijano, de Carabinero, de Manolito). Era una forma de referirse a un lugar más específico, a una linde, por ejemplo.

A lo largo del territorio existen elementos, naturales o producto de la intervención humana, que al introducir variedad en el paisaje son hitos por todos perceptibles, que pueden ser recordados y conforman el conjunto de signos con los que la comunidad da significado al territorio y permiten la comunicación sobre el mismo. Su relevancia es tanto material como social. Empecemos por los hitos geográficos, de entre los cuales algunos de los más relevantes en el paisaje son las montañas, a las que en la zona se llama cerros y, en muy pocos casos, sierras, esto último más bien por la parte más abrupta, de Santa María. Han tenido nombre propio los más significativos desde el punto de vista orográfico, todos los de mayor altura y extensión, los que se singularizan especialmente en el paisaje y los próximos a los pueblos, los que conforman el propio paisaje del pueblo y son visibles por toda la gente de forma continuada. Los cerros suelen

tomar el nombre de algún elemento concreto de la naturaleza (Cerro del Olivo, del Almendro, Abulagoso, de la Piedras, El Búho), de la finca a la que pertenecen (Cerro de las Capellanías, Sierra de El Conde, de las Alberquillas) de algún hito que los caracterice (Sierra de la Calera, Cerro del Castillo, Castillo de Monje), de su forma (Cerro o Risco Gordo, El Pericuto, El Cohete). Alguno de ellos no lleva el nombre de cerro o sierra delante, (El Búho, el Mono, La Traviesa, El Guijo). El nombre de sierra suele reservarse para un accidente que además de tener cierta altura se prolongue a lo largo de cierta extensión (Sierra de las Alberquillas, Sierra de la Calera). Sin embargo hay algunas montañas que llamándose sierras en nada se diferencian de los que se llaman cerros y cerros que son más altos y extensos que algunas sierras.

Aunque en las conversaciones, a la hora de querer especificar una zona concreta, se puede hablar de la umbría o la solana de algún cerro o sierra, los topónimos en los que figuran estos nombres son pocos y reservados a unas cuantas faldas muy pronunciadas o extensas (Umbría de los Gatos, de las Animas, de la Matilla, Solana del Espartal, del Reventón, de la Puebla). En cuanto a los valles, aunque en una zona montañosa hay bastantes, los encontramos en pocos topónimos, algunos de ellos refiriendo a pagos a los que nos hemos referido (Valle del Coto, Valle Roldán). Con las vegas sucede algo parecido a las solanas y umbrías: se usa la palabra para referir a un tipo de terreno llano junto a cauces de agua, pero apenas aparece en topónimos (Vega Redonda, Vega de Vito, la Vega). Lo mismo podemos decir de las hoyas (Hoya de Santa María de Navas, Hoya de las Retamas, Hoya del Monje), de los llanos (Llanos de Málaga, Llanos de Viar, Llano de la Vertedera) y de las cañadas (Caña de la Borrega, Caña de las Yeguas, de la que toma el nombre una finca). Una cuestión singular es la del término nava, al que como nombre común no se atribuye en la zona su significado de tierra llana y sin árboles situada entre montañas, aunque el topónimo aparece referido a dos lugares de esas características y alejados entre sí y que está también presente en el nombre de uno de los pueblos, Santa María de Navas.

Especial importancia en el entramado del territorio han tenido los cauces de agua, ríos, riveras, arroyos y barrancos, muchos de los cuales sirven a su vez de límites entre términos municipales y fincas. Tienen nombres los más importantes, los más grandes, de mayor caudal o que tienen agua durante mayor parte del año, y los más próximos a los pueblos. Hay una gradación decreciente de río, rivera, arroyo y barranco, aunque a veces barranco y arroyo se aplican indistintamente y lo mismo ocurre entre venaje y barranco. El barranco referiría en principio al propio lecho, al accidente por donde discurre el agua. Mientras mayor es la importancia, más general en la zona es el conocimiento del nombre de los cauces más allá del ámbito local y así los más generalmente conocidos son los ríos Viar y Vendoval, las riveras de Santa María y los Molinos y los arroyos Melonero, de la Parrilla, de la Matilla que, como vimos, son a veces límites territoriales. De los ríos, Viar y Vendoval, desconocemos su etimología², aunque el primero es conocido en Pallares también como río de la Sevillana, por pasar junto a esa finca. Las riveras refieren al lugar por donde pasan (de Santa María) o donde nacen (de Los Molinos); muchos de los arroyos y barrancos toman su nombre de alguna referencia natural (del Corcho, del Membrillo, Melonero, Juncal), del lugar por el que pasan (de la Puebla, de La Matilla, de las Navas, de La Veleta) y a algunos se les nombra por un nombre distinto según el tramo por donde pasan, la finca concreta (del Pozuelo, de Pacheco). Como siempre, hay una serie de topónimos de diverso tipo que no se engloban en estas categorías (del Túmbano, de la Escalera, de La Parrilla). Los lugares donde se juntan los ríos o riveras principales también tienen un topónimo (El Zánjel, La Junta).

Hitos significativos en los cursos de agua son también las charcas y charcos, los lugares de aguas más profundas, de cierto tamaño y que, durante el estiaje, mantienen el agua. Tienen nombres los más

² Ortiz de Thovar quiere que el nombre de Viar venga de la antigua *Apiarium*, que designaría a Montemolín, y que referiría a la abundancia de abejas (Ortiz de Tovar, 1988).

importantes, por ejemplo los que tienen el suficiente tamaño y profundidad como para nadar en ellos o pescar, y son unos quince. La mayor parte de éstos, y desde luego los más importantes, están en el río Viar. Sus nombres tienen referencias naturales (del Naranjero, La Golondrina, Buen Agua); de personas (Mingo, Lino, Los Frailes, La Señorita); o del lugar donde se encuentran (del Puente, El Conde). Aparte de las charcas y charcos grandes, también tenía y tiene la gente localizadas *las aguas*. Un *agua* es el nombre que se da en la terminología de la caza a aquellos lugares donde durante el verano hay agua y es un buen lugar para cazar diversas especies apostado en cualquier resguardo. No obstante, aunque algunas eran conocidas por mucha gente no tienen un nombre propio.

A medio camino entre la naturaleza y la creación humana están las fuentes, manantiales naturales debidamente preparados, limpios y que en ocasiones algunas tenían y tienen construcciones alrededor de esas surgencias. En la toponimia, la proporción de referencias naturales (de la Charasca, los Perros, Borbollón) o a nombres de personas (de Vitorino, de La Cana) es bastante menor que en otros casos, pues lo que prima es el nombre del pago (del Sotarraño, de la Alameda, de La Veleta), la finca (de la Matilla) o el paraje de finca donde se encuentran (de Las Piletas, del Cucharrillo). Los pilares eran antiguamente pocos, por lo que su relevancia y singularidad eran grandes y solían tener nombre, aunque asociado igualmente a la finca o el paraje (de La Horca, del Ginestal), aunque también hubiera otros específicos del pilar (de la Vaca, de las Cañas, de la Víbora).

Los pozos, por estar asociados a cortijos u otros lugares bastante humanizados, ya bien identificados toponímicamente, no tenían un nombre específico, de tal manera que sólo aquellos que estaban aislados y/o ofrecían suficiente singularidad lo tenían, pudiendo tomar el nombre del paraje o tener uno propio (Pozo Jariego, Pozo de la Bomba). Algo parecido sucedía con las norias, que se localizaban en las huertas.

Los cortijos han sido siempre elementos centrales en las fincas y esa centralidad se ha plasmado en múltiples aspectos. Además de

lugares de habitación, a su alrededor se encontraba cierto número de infraestructuras, de construcciones y equipamientos. Han sido los centros económicos y administrativos de las fincas, hacia ellos han convergido los caminos y, en muchos casos, las cercas. En su configuración física se plasmaban las funciones económicas y productivas y el sistema de relaciones sociales, con una clara diferenciación de espacios y de condiciones de vida de las personas de la finca. Su arquitectura y aspecto eran también un símbolo del poder de los propietarios. Por su relevancia y singularidad eran referentes espaciales importantes. Sus nombres eran casi siempre los de las fincas, a no ser que hubiera varias fincas de un mismo nombre, con lo cual se les denominan por el de su propietario. Así, en las distintas Dehesillas estarían el Cortijo de Benito, el de Pepe, el de Sebastián, etc.

Cuando era una finca muy grande en la que había varios cortijos, se denominaban por el nombre de la zona en que estuvieran (Cortijo de la Matilla y Cortijo de la Condesa). En las fincas pequeñas las viviendas eran más modestas, recibían la denominación de casa o casilla y tomaban su nombre de las fincas o sus dueños. Algo parecido sucedía con las casillas de los empleados que vivían en distintos puntos de las fincas grandes. A veces tenían un nombre referido al paraje (Casilla de Cuarenta Encinas) o más frecuentemente a alguien que las ocupaba (Casilla de Rosillo, Casilla de Faustino). Muchas de estas viviendas lo eran de los mayores de cochinas y, por tanto, estaban junto a las majadas, de manera que a menudo solían aludir a la majada más que a la casilla. Como solía haber una sola majada de cochinas por finca, se aludía a ellas por el nombre de ésta o del dueño, aunque en algunos casos tuvieran nombres específicos (Majá de los Peregrinos, Majá de la Morilla).

Había construcciones de diversos tipos que por su singularidad eran significativas y dieron lugar a topónimos, como es el caso de los antiguos molinos, aceiteros o de trigo (Molino de Don Paco, Molino de Joroba), palomares (El Palomar del Capitán), Colmenares (El Colmenar), represas o tomas de agua (La Toma, Toma de Caballero) y otros. Lugares relevantes de las fincas fueron también las eras, a las

que se conocía también por el nombre de las fincas o de los dueños. Caso de haber varias, como ocurría en las fincas grandes, se denominaban por el nombre del paraje.

Los caminos, carriles, veredas, sendas, cordeles y cañadas tenían una gran importancia por sus propios fines y usos, y también como referencias espaciales. Su denominación deriva del lugar al que conducen o por el que pasan y en pocos casos su toponimia refiere a otra cosa (Verea de los Vinateros, la Sendilla, la Senda).

En la Puebla nos encontramos con los *padrones* o lindes-sendero³ en donde viene a confluír toda una serie de pequeñas propiedades de una determinada zona y a través de los cuales se accede a ellas. Suelen estar en tierras sin árboles, por ejemplo en La Solana o la Hoya Balín, y no tienen un nombre específico. Allá donde no había paredes las lindes las marcaba algún barranco, árboles o *cimbarrones*, especie de camellones, de prominencias rectilíneas formadas, por ejemplo, por la acumulación de tierra con la acción del arado de vertedera.

Para terminar con los hitos y lugares relevantes y colectivamente identificables hay que referirse a algunos de tipo natural, como son las especies o formaciones vegetales que aparecen como islotes dentro de un determinado paisaje, como cañaverales, alamedas, higuerales, acebuches, pinos, alcornoques, almendros, madroñeras, que daban lugar a un topónimo (El Cañaverál, Las Madroñeras, Los Higuerales de Caco,) o servían de referencia en el campo. Había incluso algunas encinas que tenían su propio nombre (Encina Quintana, Encina de los Civiles, Chaparra de Guerra), tratándose en general de árboles próximos a los pueblos, conocidos por toda la gente y con una característica particular (forma, situación, bellotas). Algunas rocas especialmente llamativas o emplazadas en sitios señalados también podían tener un nombre (Piedra Abujereá, Lancha Refaliza, Las Marrales).

³ En Bodonal, pueblo también de medianas y pequeñas propiedades encontramos esta misma designación.

Una vez expuesto el entramado de referentes, pasemos a hacer algunas consideraciones generales sobre el conocimiento del territorio y del medio. El medio físico, con sus accidentes de diverso tipo, la estructura de la propiedad, con la división social, física y mental del espacio, y la acción humana, con la creación o artificialización de ecosistemas y de tecnoestructuras, creaba un entramado de referentes para la apropiación cognitiva del espacio, para su organización, y lo dotaban de significado, lo transformaban en territorio. Esa creación de significado no era arbitraria, pues denotaba el interés del grupo humano por los elementos de paisaje a los que conceptualizaba con un nombre genérico creando una unidad de paisaje (cerro, llano, umbría, cañada), o daba un nombre particular a alguna de ellas (Cerro Urdiales, Llano de la Borrega, Umbría de las Animas, Caña de la Borrega). Para el conocimiento campesino, las unidades ambientales son generalmente unidades de manejo y tienen gran importancia en las estrategias de apropiación de la naturaleza, por lo cual ese conocimiento tiene una dimensión práctica evidente (Toledo, s.p.) y la propia unidad discriminada, el propio concepto, lleva implícita unas instrucciones operacionales, frente a otras unidades con las que establece relaciones de oposición en lo que José Luis García caracteriza como territorialidad metafórica (García, J.L.1976). La existencia de unidades ambientales y elementos geográficos y sus características diferenciales daban lugar a estrategias de combinación de sus diferentes usos productivos.

Desde el punto de vista físico, los elementos se definían unos por oposición a otros, había elementos diacríticos que los singularizaban, los resaltaban y que los hacían visiblemente distintos y relevantes. Pero, como decimos, la creación de estas unidades de paisaje, de estos conceptos geográficos, no tenían un simple interés taxonómico, no sólo describían, sino que en sí mismas eran portadoras de información, traían asociados conceptos y valoraciones, siempre relacionados con su interés productivo. Así, por ejemplo, una umbría, aunque fuera de manera general, informaba sobre el tipo de suelo (corto por ser empinada) y el clima (húmedo y frío por estar en sombra). El

llano y el valle se valoraban más positivamente que la sierra, como demuestran el campo semántico negativo de las palabras quebrado, fragoso o agril, aplicadas al terreno abrupto. A su vez, la solana era siempre preferida a la umbría, como explicita el refrán: "*A cagar que te pongas, ponte en solana*". No obstante ello, en el juego de la diversidad, la existencia de distintos tipos de relieve también era aprovechada estratégicamente e incardinada en la dinámica de manejo del territorio, pues la existencia de montañas y valles daba lugar a distintos tipos de suelo, con diferente aptitud productiva y a microclimas diversos, por lo que el manejo de los recursos había de adaptarse a esas características concretas, por ejemplo, utilizando para el cultivo ciertas especies preferentemente en umbría, como el alcornoque o la cebada. Lo mismo sucedía con el ganado, en cuyo manejo se tenían en cuenta los microclimas que el relieve ofrecía, las abrigadas en días de mal tiempo en los valles, los pastos soleados en los días de helada en las solanas o la mayor duración de la hierba en las umbrías. Los cerros también ofrecían terrenos más secos y sanos en los altos donde quedarse el ganado de noche. Lo accidentado del terreno era un inconveniente para la productividad pero también dotaba de elementos diferenciales para la identificación del territorio.

La mayor parte de los otros términos utilizados para caracterizar unidades o elementos del paisaje se asociaba a aspectos positivos y era interesante desde el punto de vista del aprovechamiento por parte de la gente. Así, los llanos tenían mejores tierras y eran más afables para el trabajo, como también eran buenos los valles y las hoyas, que además estaban resguardados, y las vegas, de tierras profundas y próximas al agua. De las cañadas se valoraban sus pastos, aunque había que tener prevención con los *plaos*. Los cauces de ríos, riveras, barrancos y fuentes eran los lugares donde se encontraba el agua, recurso tan crítico en la zona y, además, proveían de otros recursos como vegetación y fauna de cierto tipo, tanto acuática como terrestre. Todos estos elementos también entraban en el juego de la diversidad con la distinta importancia estratégica de sus recursos según las épocas del año y los momentos del día, como hemos visto a lo largo del estudio.

De los cursos de agua, había que conocer también las pasadas, los vados.

Como vemos en muchos otros campos relativos a diferentes aspectos del agroecosistema, había una relación evidente entre conocimiento e interés, entre información acerca de un hecho, lugar, elemento o proceso, e interés para las personas o grupos, interés fruto de la relación que con ellos se mantenía y de la utilidad que presentaban. Así, a mayor intensidad de la interrelación y mayor utilidad u obstáculos para la consecución de un determinado fin, mayor conocimiento. Por otra parte, mientras más general o colectiva fuera la interrelación e interés, más general sería el conocimiento, tanto sincrónica como diacrónicamente, y mayor codificación y fijación del mismo. Esto lo podemos ver en dos aspectos del conocimiento del territorio: la densidad toponímica según las áreas y la pérdida de topónimos con las transformaciones habidas en el campo.

En efecto, el número de topónimos es mayor alrededor de los núcleos de población, los pueblos y los cortijos, donde más intensa y continuada es la interrelación de la gente con el medio y de la que participa un mayor número de gente. Este es el medio más próximo al lugar donde la gente vive o trabaja, en el que se reúne, tanto para el trabajo como para otras actividades de la vida cotidiana. Desde los pueblos, sus habitantes, muchas veces en compañía, ven el territorio circundante, sus accidentes geográficos. Así, por ejemplo, un buen número de los cerros que rodean los pueblos tienen un nombre. En cuanto a las fincas, las próximas a los pueblos son conocidas por todos sus distintas partes y en ellas pueden haber jugado de niños. En torno a los pueblos suele haber pequeñas propiedades y bastante parcelación, es decir, mayor individualización de espacios, con una actividad más intensa y un mayor número de hitos, que unido a ese contacto más directo de la gente da un elevado número de topónimos. Lo mismo podemos decir de los arroyos, conocidos tanto desde el punto de vista de su visualización como por proveer recursos de diverso tipo. Recordemos que en la época de estudio las mujeres iban a lavar a los arroyos próximos y, en algunos casos, también se iba por agua a

fuentes próximas a los pueblos situadas en los arroyos. Lo mismo podemos decir, tanto para los pueblos como para los cortijos, de bastantes de los elementos del paisaje que hemos ido enumerando. Algo parecido sucede con los lugares próximos a las vías de comunicación, a las carreteras sobre todo, las más frecuentadas por la gente y que dan lugar a una experiencia común.

En cuanto a la pérdida progresiva de topónimos, esta es algo evidente si tenemos en cuenta que un buen número de los nombres de lugares que hemos recogido ya no se usan o, al menos, son desconocidos por una parte importante de la población, sobre todo la más joven y no hace sino poner en evidencia la relación entre territorio, procesos de trabajo y conocimiento. En efecto, la principal forma de relación de la población con el campo ha sido históricamente los procesos de trabajo; el interés productivo del territorio, como vimos, fuerza a su necesario conocimiento, a la indagación en las características de cada elemento concreto, de cada unidad geográfica. La actividad agropecuaria y sus resultados ofrecen la base desde la que comparar y obtener conocimiento. Esa relación productiva y su dimensión colectiva crean el acervo de saberes locales sobre el medio y el código con que aprehender el territorio del que se obtiene la producción, dando lugar a los conceptos geográficos y a los topónimos.

En la dehesa tradicional existía un conocimiento del territorio, más *reticular*, más pormenorizado, de distintos espacios. La actividad productiva sobre cada segmento del terreno era más intensa y continua. Sobre cada retícula de suelo o en torno a cada árbol tenía lugar una gran cantidad de labores: por ejemplo, bajo una encina se labraba, sembraba, escardaba y segaba, pastaba el ganado que iba custodiado, se podía poner la red de las ovejas, el árbol era talado con regularidad, se vareaba y se cogía la bellota. La información de distinto tipo que sobre ese espacio y ese árbol se tenía era mucha y desde distintos intereses y puntos de vista. Además, esos procesos de trabajo se realizaban con una tecnología más o menos simple que requería el empleo de un cierto tiempo y un esfuerzo, de una adaptación constante a las condiciones particulares del lugar.

Dicho de otro modo, habida cuenta de que la tecnología, a diferencia de la actual, no se imponía tanto al medio, se requería una *negociación* con el mismo y por tanto era preciso un conocimiento de sus características más específicas. Por ejemplo, el tractor se impone con más contundencia a las condiciones del terreno que el arado tirado por bestias, que hacía que fuese necesario tener en cuenta la microtopografía para abordar la besana, no castigar a las bestias ni a uno mismo. Otra cuestión importante era, como hemos dicho en otro lugar, que muchos de estos procesos de trabajo no se realizaban en solitario, sino en cuadrillas, por grupos de mozos, grupos de trabajo familiar o por pastores y zagales. En general, el trabajo en los distintos sitios podía ser una experiencia común para mucha gente.

Los distintos lugares podían pasar a ser relevantes por distintos motivos, por contingencias, sucesos, anécdotas ocurridas en un determinado sitio y por constatación de características concretas de un lugar durante un proceso de trabajo colectivo. Se podían verbalizar ciertas experiencias u observaciones, se comentaban, se contrastaban y se llegaba a conclusiones in situ a partir de los hechos mismos y se transmitían a los compañeros conocimientos previamente adquiridos y contrastables. Las cuadrillas numerosas eran también un factor de ampliación y de difusión del conocimiento, de expansión hacia la comunidad, de socialización del saber. En cuanto a la toponimia, por ejemplo, ayudaban a fijarla, a codificarla a partir de esas experiencias comunes en un punto concreto del territorio, a raíz de los procesos de trabajo sobre el mismo.

El CLIMA

Los fenómenos meteorológicos han sido de gran interés para la gente del campo, pues de la meteorología depende, en última instancia, la producción y su propia economía. Como, además, han sido los que más se escapan a su control, han sido siempre objeto de interés y preocupación. Ya que no son posibles de controlar o modificar de ninguna manera, a diferencia de lo que sucede con los suelos con el

abonado, por ejemplo, o de la materia viva con distinto tipo de manejo, lo que se han intentado es predecirlos. Además, son fenómenos observables para todo el mundo, independientemente de su ocupación, posición o localización de sus fincas, y que a todos afecta, directa o indirectamente, en algún aspecto de su vida. De ahí que, debido a esa generalidad y a su incidencia sobre las gentes de las comunidades, se haya codificado su conocimiento, a través de refranes o dichos, por ejemplo, más que otro tipo de saberes.

Algunos conocimientos son más compartidos por lo generales y por referirse a hechos cíclicos, por ejemplo los que tienen que ver con las características de los meses del año, o a lo que en ellos puede acontecer, pero dándose el hecho de que los más refieren a la primavera o sus aledaños, a los *meses altos*, los más críticos del ciclo vegetativo, por ejemplo: *"En marzo crece la hierba aunque le dés con un mazo"*; *"Marzo lluvioso y abril ventoso hacen un mayo florido y hermoso"*; *"En abril aguas mil"*; *"Abril la llave del campo"*, *"Parece que te ha caído la helada de mayo"*; *"La bellota que no veas en mayo, no la ves en todo el año"*; u otros muchos. Otra época fundamental para el campo, pero en medida algo menor, como es el otoño, es menos referida en la tradición oral: *"La otoñada verdadera, por San Mateo la primera"*, *"En septiembre rebosa el puente"*. Evidentemente, estos refranes o dichos no necesariamente son propios sólo de la zona, pero son los que de forma más recurrente hemos escuchado o los que han salido en las conversaciones que hemos mantenido con la gente del campo, lo que indica su pertinencia al caso. De todas formas, y como no nos cansaremos de repetir, bastantes de ellos sólo los usa gente mayor.

En cuanto a los años, la tradición ha connotado negativamente aquellos que son anormales, por ejemplo, aquellos en que la Semana Santa cae en marzo: *"Semana Santa marzal, hambre o mortandad"*; o los bisiestos: *"Año bisiesto, cabe la paja en un cesto"*, aunque hay una variante de este refrán que habla también de todo contrario, de una cosecha excepcional.

Antiguamente los métodos de predicción eran otros y algunos de ellos siguen recordándolos las personas mayores, aunque muchas

hayan perdido la confianza en ellos o incluso puede que nunca tuvieran mucha, como las cabañuelas. Estas consistían en ir apuntando durante los primeros días del año los fenómenos atmosféricos: lluvia, temperatura, viento reinante, etc., de tal manera que el primer día del año correspondía al tiempo que haría durante todo el año y, los doce siguientes, cada uno al mes correspondiente. Además de las de enero, también podían hacerse las de agosto. En Pallares, al igual que sucedía en muchos otros pueblos de España, el día de la Candelaria, el 2 de febrero, si la vela que llevaba la Virgen en la procesión se apagaba, era signo de que el año sería malo, aunque según otros lo que auguraba era que el invierno duraría más. Otra forma que tenían algunas las gentes de hacer predicciones generales sobre el año agrícola era observar el tallo o la flor de una *gamonita* o de una *ceborrancha*, según los casos: *"La ceborrancha que sale ahora, por septiembre, tiene la hoja más estrecha y larga. Si sale frondosa y grana bien es buen otoño y si se empieza a secar por arriba es mal año"*.

Respecto a distintos fenómenos concretos, quizás el más importante sea la lluvia, sobre todo en una zona tan seca como ésta, con vegetación predominantemente climatófila y en la que gran parte de la producción ha dependido del agua de lluvia, sobre todo los cultivos extensivos. Además, la lluvia era la que más afectaba al normal desarrollo de las actividades de toda la gente, de ahí el interés por saber si iba a llover. Muchos de los métodos antiguos de predicción se consideran propios de los pastores. No en vano eran los que más expuestos estaban a las inclemencias del tiempo, por estar todo el día en el campo con el ganado y vivir con menor amparo y más aislamiento en los chozos. Además, la figura del pastor es la prototípica de la vida en el campo de los tiempos pasados. Los métodos más corrientes para predecir lluvia consistían en la observación, por un lado, de elementos o fenómenos del cielo y, por otro, del comportamiento de los animales, en lo que podríamos incluir por extensión algunos síntomas en las personas. En el primer grupo se consideraba indicio de lluvia el que el sol o la luna tuvieran un cerco: *"El cerco del sol moja al pastor, el de la luna lo enjuga"*, aunque según la mayor parte de la gente, el cerco

de la luna sería el que trae el agua. Otros signos podrían verse en las estrellas, aunque en este caso se trata de referencias que nos han dado de personas que hacían sus vaticinios fijándose en ellas, sin que nos hayan podido decir exactamente qué era lo que observaban. También eran indicios las formas, parecidas a palmas cruzadas, que aparecen a veces en el cielo cuando hay una especie de nubosidad muy difusa. Esto ocurriría sobre todo al atardecer. Además del aspecto que presentase el cielo, había otros posibles indicadores de tormenta, como por ejemplo que picase el sol.

El comportamiento de los animales podía ser también un anuncio de mal tiempo, sobre todo el hecho de que estuvieran inquietos, por ejemplo los caballos o las vacas: *"Los caballos están alborotados porque barruntan agua"*. *"Cuando va a haber temporal se bañan los pájaros, pero yo he visto bañarse los pájaros y no ha llovido, eso sería antes"*. El que cantasen los cárabos en las umbrías también era para algunos augurio de agua. Por contra, cuando la abubilla cantaba desde por la mañana, anunciaba sol. Los efectos del tiempo sobre las personas también eran evidentes, por ejemplo doler la cabeza cuando había nublados o tormentas. El picor en alguna cicatriz, cierto dolor o sensibilidad en algún miembro o la acentuación del reuma u otro padecimiento se consideraban también premoniciones de cambios en la atmósfera, algo por otra parte bastante generalizado y sabido.

Otros indicios de lluvia podían verse en la candela, por ejemplo cuando hacían los leños cierto ruido, como de gas que se escapa o también cuando desprendían una especie de espuma. Lo mismo sucedía cuando, al dar vuelta al brasero, la ceniza se quedaba pegada a la badila o paleta. Los vientos, la parte de la que reinasen, eran un dato importante para saber si iba a llover, debido a que la lluvia la suele traer un tipo de aire, principalmente *el de abajo*, el de la mar, de dirección sur-suroeste, por lo que en Pallares, por ejemplo, dice el refrán: *"Cuando el cerro Morcillo tenga una toca, Pallares hecho una sopa"*, es decir cuando ya esté lloviendo desde esa dirección más o menos. De ahí que, aunque haya nubes, algunos aseguren: *"No, mientras no se cambie el aire no llueve"*; o *"Ya se ha cambiado el aire, ya está aquí agua"*.

En efecto, los aires eran tenidos en cuenta tanto porque trajesen o no la lluvia como porque afectasen con su azote a los campos o los procesos de trabajo. Fundamentalmente se distinguía en la zona los aires que vienen de los cuatro puntos cardinales, y cada uno con características propias. Así, el más temido era sin duda alguna el solano, el de saliente: *"El solano es el peor para todo. Se seca el campo, las cabras se ponen como maluchas, con un aspecto muy feo, con mal pelaje, es malo hasta para las personas, se pone la cabeza mala. Con los pavos, también y los perros salen rabiosos"; "El aire más malo es el solano, abrasa la sementera, los árboles, las bellotas... Es muy seco y muy malo"; "Con el solano el queso se aúpa", "El solano es muy malo, además, no tiene abrigo, registra todos los abrigos"; "En verano quema las plantas, en invierno se hielan las palabras".* Además, se consideraba peligroso capar con solano. La única virtud que uno sólo de los informantes le reconoce al solano es ser beneficioso para los olivos a veces. Es un aire que, según la gente, no trae agua, por eso ha sido casi imposible que casi nadie nos explique a qué se debe el refrán de *"aire solano, agua en la mano"*. Únicamente un viejo campesino de la Puebla nos confirmaba algo de esto: *"Con el solano llueve mucho. Cuando viene el solano frío en invierno, mojado, casi que tienes el agua"*. En cualquier caso, son vientos que castigan poco, de ahí que, según un pastor, él buscase esa orientación para la puerta del chozo. El que cantasen los gansos por la mañana sería una señal de que iba a venir viento solano al día siguiente. Otro fenómeno que, según un antiguo pastor, era un indicio de solano para algunos pastores más viejos que él era la *vaca desollada*, que según un viejo cabrero es: *"Una cosa amarilla en el cielo, al salir el sol o ponerse, que da como un canalizo amarillo"*. Lo mismo indicaría para algunos el ruido de la candela, *"Cuando hace pssss..."*.

En comparación con el solano, el aire de arriba, el nortizo, se consideraba más benigno: *"El nortizo es frío, pero saludable, se sobrelleva mejor que el solano. El nortizo y el gallego ayudan a granar la sementera"*. Sin embargo, también se consideraba malo, en general, por ser el más frío: *"El aire nortizo es muy malo. Cuando vienen, por ejemplo,*

las heladas de mayo, con aire tan frío de arriba, hace polvo las encinas". Los pastores también les temían: *"Este del norte, que viene de arriba, es muy malo, era muy peligroso que te entrara por la puerta del chozo. Es un viento seco"*. Cambiarse el aire a nortizo suponía que no llovería o que dejaría de llover.

El viento de abajo, el del sur y suroeste, era el que más positivamente se connotaba, por ser el más bonancible y el que más traía el agua: *"El que más agua saca es el de la mar. Cuando estaba de allí un par de días, llovía, pero eso ha cambiado, ya no llueve tanto"* El sur, el mediodía, tenía en general una connotación positiva, de orientación cálida, por ejemplo para el crecimiento de las encinas y su protección: *"Hay que dejar las encinas hacia el sur, al mediodía, que son los mejores aires, están más protegidas"*. Hacia el mediodía se orientaban también las viviendas en el campo, buscando el primer sol de la mañana y hacia esos aires.

El viento de poniente raramente recibía ese nombre. En Pallares, por ejemplo, era más corriente oír el nombre de calereño (proveniente de la parte de Calera de León, al oeste). También estaba connotado positivamente y podía traer agua. Se le daba el nombre de gallego al que provenía del noroeste, un aire fresco y del que provenía el término *gallegá*, que refiere a días continuados de agua que a veces trae este viento y que la gente suele usar en pretérito *"Cuando venían aquellas gallegás..."*. Pero esta asociación con el agua no es muy estrecha, por lo menos para algunos: *"Poniéndose el aire gallego no saca agua. Con el gallego corren mucho los nublados y, si hay temporal, casi que lo deshace..."*

El aire tenía distinta importancia según la época del año. En general, se podía temer del aire que fuera excesivo y pudiera causar destrozos, pero eso era algo especialmente temido en primavera, un tiempo muy crítico. Así, el mucho aire, sobre todo después de haber llovido bastante, podía encamar los cultivos, estropear la floración, llevarse las flores, tanto de los árboles como de los cultivos de primavera. De ahí que el dicho más recurrente, referido a la relación entre aires y ciclo agrícola sea el de *"El cabrón de San José y la puta de la Encar-*

nación se llevaron las habas del cura". Este dicho referiría a un cura que maldecía de los aires que, más o menos entre San José (19 de marzo) y el día de la Encarnación (25 de marzo), solían presentarse por estas tierras y que, por lo intensos, continuos y/o fríos, podían causar daños tanto a los cultivos como a las encinas: "*Son aires muy malos que lo secan todo*". Los aires fuertes causaban también destrozos en la arboleda, sobre todo en encinas, de más peso, más porte y menos flexibilidad que otros árboles.

Los aires más temidos eran aquellos que venían asociados al frío, multiplicando los efectos negativos de ambos, quemando los cultivos y los árboles. Especialmente temibles eran las *mangas* de aire, o corrientes de aire, a modo de ríos, que recorren una determinada banda de terreno por la que pueden causar destrozos, sobre todo cuando se trata de aire frío, helándolo todo. En tiempo de frío, cuando por ejemplo aparece quemada por el frío la vegetación de una determinada zona, a veces surge la discusión de si se trata de una helada o de una *manga* de aire frío, por las dimensiones del hecho. El mucho aire también afectaba en la otra época crítica, el otoño, por los efectos que podía tener sobre la bellota y la aceituna antes de la montanera, sobre todo si no había llovido y el fruto no estaba muy desarrollado y bien sujeto al árbol, así en el caso de la bellota: "*Se le afloja el cascabullo*".

Como ya vimos, los aires influían en el pastoreo del ganado, pues había que buscar los terrenos más abrigados, tanto en los careos como para determinar el lugar en que se iba a poner de noche la red, en el caso de las ovejas. Una importancia capital para la limpia del cereal en la era la tenía el que hiciera aire, el que hubiese marea. Tan es así que, como quedó dicho, cuando venían días de mucha marea en algunas fincas se contrataba a personal adicional para aprovecharla. Según los antiguos, el que los abejarucos cantaran desde antes de salir el sol presagiaba marea.

El del conocimiento de los aires era un asunto importante, por ejemplo, a la hora de hacer el picón, por eso se quemaba de madrugada, pues por el día hacía más viento, al calentar el sol las masas de

aire y provocar su movimiento. Esto es sólo un aspecto más de cómo la forma de relacionarse la gente con su medio dotaba de interés determinado tipo de conocimiento o, más bien, creaba conocimiento. En efecto, el conocimiento de la climatología era muy importante pues había muchos procesos de trabajo al aire libre, la gente vivía en chozos, casillas o cortijos en mitad del campo o se quedaba al aire libre, en la era, en algún sombrero en los melonares o en los agostaderos con las ovejas. El tiempo que habían de pasar los empleados al aire libre de manera necesariamente continuada era mucho, por ejemplo arando, segando o pastoreando el ganado. Además, para desplazarse no podían hacerlo al resguardo de las inclemencias, en vehículos. Para un pastor que estaba en la sierra podía ser importante que de pronto se cambiara el aire porque podía traer agua y cogerle lejos del chozo, o hacer más frío. La climatología influía decisivamente en los procesos de trabajo y las condiciones de vida. El conocimiento de los fenómenos meteorológicos y sus matices había de ser por tanto minucioso.

En este sentido, el conocimiento de los aires, de su nomenclatura, por ejemplo, era grande. Una persona mayor distingue distintos tipos de aire y, por el contacto con su cuerpo, aunque sea leve, sabe de qué parte reina, sin necesidad de mirar si se mueve tal rama o cual hierba. Estar en el campo mucho tiempo observando todo ello le ayudaba a conocerlo, y también le ayudaba tener alguien trabajando con él en el campo, en unas circunstancias concretas, que enseñaba.

Otro fenómeno meteorológico de importancia en la zona eran las heladas, presentes gran parte del año, normalmente desde noviembre hasta marzo, pero llegando a menudo hasta abril e incluso mayo. Las heladas eran, además de habituales, previsibles a corto plazo, teniendo en cuenta el frío que hiciera y la ausencia de nubes. Lo que más variaba, por tanto, en esta zona era la duración del periodo de heladas y la dureza de las mismas. Además de afectar a los vegetales, y también a los animales, tanto a su cuerpo como a la comida del campo, las heladas dificultaban procesos de trabajo como la recogida de la aceituna o la bellota. En la zona se distinguían dos tipos de heladas, las habituales y las negras. Las habituales, también llamadas

blancas por dejar una capa blanca, eran una limitación para los vegetales, sobre todo si eran prolongadas e intensas pero, comparadas con las otras, no eran muy malas, "*Se levantan en cuanto que hace sol*". Las malas eran las heladas negras o *terrizas*, denominadas de la primera forma no por el color del paisaje sino más bien por oposición a las blancas, ya que no dejaban capa alguna, a lo más la tierra se tornaba un poco más oscura. Los efectos negativos que comportaban hacían que, además, fuera congruente esa denominación con las connotaciones negativas que el color negro suele tener en esta cultura. En este mismo sentido se puede dar el calificativo a algo que no tiene color, como por ejemplo si se dice "*Hace un frío negro*". El nombre de *terrizas* se debía a que, según la gente, "*se meten debajo de la tierra*", o a que "*levantan la tierra*". El que se dijera que se meten debajo de la tierra tiene que ver, a su vez, con el hecho de que no se perciben en un primer vistazo al paisaje, como las blancas. También se alude a que estas heladas meten la hierba debajo de la tierra, que es una manera de decir que la castigan mucho, que no la dejan salir. Eso mismo se dice de las heladas normales pero continuas. Lo de levantar la tierra está en relación con la idea recién expuesta de que se metan dentro de la tierra, pero de manera más inmediata con que "*hacen cuerpo*" en algunos casos, y según el tipo de suelo, es perceptible ese hecho, de que la tierra aparezca como ligeramente removida. Las heladas negras no eran muy frecuentes y se daban en el más crudo invierno.

Lo malo de las heladas era que se produjeran a destiempo, es decir, fuera del período habitual, afectando al ciclo vegetativo al que estaban adaptadas las plantas y árboles. Así, las más dañinas solían ser las de abril y, sobre todo, las de mayo, poco usuales pero muy temidas, de donde el dicho anteriormente citado de "*Parece que le ha caído la helada de mayo*". Estas heladas tardías dañaban tanto al estrato herbáceo como a la floración y granazón de las quercíneas. Lo mismo podía suceder con la bellota si helaba mucho antes de que estuviera desarrollada y curada, impidiendo su maduración y haciendo que cayera al suelo, donde también podía afectarle una vez sobre él.

Un fenómeno que multiplicaba los efectos negativos de la helada era el aire, el aire frío, en lo que insiste este informante: *"La helada no hace daño. Tú ves una helada que blanquea la tierra y no hace daño. Ahora, tú ves una helada y hace mucho frío y mucho aire y te quema todo lo que va cogiendo. El aire, el aire es el que quema"*. Recordemos aquí lo dicho poco más arriba acerca de las mangas de aire.

Ahora bien, las heladas no afectaban por igual a todos los sitios, pues dependía fundamentalmente de la exposición del lugar, de si era umbría o solana, de si se trataba de sitios bajos y húmedos. De ahí que en lugares próximos el efecto fuera desigual, cosa que puede comprobarse en el desarrollo de las plantas y árboles, por ejemplo, en la floración de la bellota, más tardía en los sitios más fríos. En este sentido, y en otros muchos como por ejemplo la duración de la hierba verde, la vegetación eran un indicador objetivo de los distintos microclimas: *"En esta parte de aquí, las encinas aguantan más, son más viciosas, tienen más fuerza, las cortas y vuelven a echar porque la tierra es más fresca, tiene más humedad y resisten más"*.

Además de la propia observación y constatación de los microclimas, los animales también orientaban sobre éstos, con su comportamiento o sus querencias, por ejemplo cuando buscaban el fresco en el verano, el abrigo en el invierno o la quedada para las noches. Así nos lo razona el empleado de una finca: *"La oveja, igual que la vaca, busca lo más alto de la finca de noche. La dejás frente al cortijo y se va derecha a lo alto del cerro. El aire es distinto, hace menos frío, es más sano. Además, tiene su lógica. Hace menos frío que en el valle"*. De los microclimas habían de saber también los pastores para asentar sus chozos.

El descenso de las temperaturas, que provocan las heladas en invierno, en verano da lugar a las *blandas*, al condensarse con la menor temperatura la humedad que hay en el aire y depositarse sobre la vegetación. Las *blandas* ponían a disposición de las plantas, a través de sus hojas, esa humedad, ese rocío, en una época en que no hay lluvias y es de gran importancia para algunas especies que no son características de la dehesa pero están presentes en la zona como es el

caso, sobre todo, de las higueras. Es con éstas con las que más se asociaban las *blandas*, de ahí que en los días del verano que más refresca no es extraño escuchar a alguien exclamar "*!Blanda para los higos!*". Las *blandas*, como su nombre indica, ablandaban o humedecían la vegetación reseca, por ejemplo, el pasto, los haces de las mieses o la paja de las eras, de ahí que fueran una dificultad para la trilla, pues la paja no se quebraba fácilmente y el grano se desprendía con más dificultad, debiéndose esperar a que bañase el sol las eras y se calentase la parva. Así se recoge en estas letrillas de un antiguo trabajador de Montemolín, con las que contestó cuando cierta vez le preguntaron a dónde iría el día siguiente: "*A trillar con el Viudito,/ a trillar trigo pelón/ con el blandurón de Cristo/ que no lo trilla ni Dios*".

Sobre el granizo no se generó mucha información en la zona. Aunque sus efectos negativos pueden ser grandes, no es muy frecuente el pedrisco y no es tan dañino en la dehesa o el olivar como en otros agroecosistemas, por ejemplo la fruticultura o la horticultura, más vulnerables que las quercíneas o los olivos, en los que tiene que ser una granizada muy fuerte y en épocas muy concretas del ciclo para hacer daño. Mucho menor impacto tienen sobre la hierba y los cultivos, por lo menos sobre el cereal. El único refrán que hemos escuchado durante el trabajo de campo referente a este fenómeno es el que reza: "*Antes le falta la madre al hijo que la niebla al granizo*". Algo parecido podemos decir de la niebla, sobre la que, además, de este refrán, sólo se puede escuchar el de "*Mañanita de niebla, tarde de paseo*". En este caso hay que tener en cuenta que la niebla no tiene apenas efectos sobre los recursos.

Menor conocimiento local específico existe sobre otros fenómenos más inusuales, como las nevadas. Sobre los astros es poco también lo que nos cuentan, salvo alguna relación de los ciclos de la luna con la castración y el celo de los animales o la observación de ciertos rasgos del sol, la luna y el cielo relacionados con la predicción del tiempo, como hemos visto. En este sentido, mientras más generales son los fenómenos, mientras menor variabilidad local experimentan y menor incidencia tienen sobre los procesos de trabajo y el manejo de

los recursos, menor es el corpus de conocimientos. En cuanto a los astros, la sociedad local se remite casi totalmente al conocimiento de la sociedad mayor.

EL SUELO

El suelo era un elemento capital de la producción agraria y sobre el que las gentes tenían cierta capacidad de manipulación. De ahí la necesidad y conveniencia de conocerlo, para adecuar a él los distintos tipos de cultivo y usos ganaderos, aprovechando sus aptitudes. Pero, además, tenía interés por otras razones, cuales eran el uso de la tierra para la alfarería, la construcción, etc. Así, en la zona se conocían suelos arcillosos de donde se surtían los hornos de tejas para hacer ladrillos, tejas, etc. También los niños buscaban el *barro gallego*, arcilloso, con el que hacer figuritas. Para la construcción de tapias la más indicada era la *tierra cruda*. La arena se extraía de los ríos y barrancos y los hornos de cal se situaban en las zonas donde encontrar la materia prima, a lo largo de la banda de tierra de la serie carbonatada que aparece en los mapas (Mapa 2). Para pintar los zócalos o ciertas paredes enteras, por ejemplo de las cocinas, se usaba la *tierra colorá*, que se encontraba en algunos lugares muy concretos y que conocían bien las mujeres.

Al igual que los edafólogos hacen, las culturas campesinas han utilizado el color, la textura, la consistencia, la humedad, la profundidad, el origen, la productividad, la trabajabilidad o la capacidad de drenaje de los suelos para clasificarlos. Así, el color rojo se asociaba generalmente a tierra buena (aunque no hubiera una relación automática), siendo los *blanquiales* una de las tierras peores. Para referirse a la humedad se empleaba el término *fresca*, para la profundidad se hablaba de *suelos cortos*, de *tierra de cuerpo*, o *tierra de corteza*. En cuanto a la consistencia se hablaba de tierras *ligeras*, aunque también los adjetivos *fuerte* o *recia* tenían que ver con ello, pero también con la textura. Para referirse a la composición del suelo y la litología se hablaba de tierra de *lajilla*, de *salón*, *arenosa* y de *raña*. Respecto a la capa

cidad del suelo para hacer nacer la siembra se hablaba de suelos *vivos*, y todos los tipos de tierra se valoraban según la productividad. La poca capacidad de retención de agua también era otra característica, por lo que se decía que un suelo *escupía* el agua enseguida o, en menor medida, que una tierra era *escurria*. Igualmente se decía acerca de la necesidad de estiércol; había suelos que *comían* mucho estiércol, les duraba poco tiempo, y otros que *aguantaban más*. También se valoraba la dificultad para ser trabajados, y los momentos más adecuados o los menos, por ejemplo, tras la lluvia o en seco. Según los suelos también podía aparecer cierto tipo de vegetación, de mejor o peor calidad. Evidentemente, el conocimiento no era algo aislado, sino relacionado con otros elementos, como la vegetación, el relieve, el agua o la topografía.

En relación con el conocimiento de los suelos hay que apuntar en primer lugar la enorme diferencia que existe entre los diferentes pueblos y entre los distintos colectivos. Así, en la Puebla es donde encontramos un conocimiento más preciso y sistemático de suelos, una clasificación de los mismos según distintos criterios y una terminología más rica y variada. En Pallares, por ejemplo, la conversación sobre este tema en las distintas entrevistas no tardaba demasiado en agotarse, debiéndose insistir continuamente en el tema para conseguir obtener información precisa sobre las características de los mismos. Había que preguntar, por ejemplo, sobre los suelos de una zona concreta para hacer que los informantes abundaran en distintas características y, aun así, resultó dificultoso y, en general, poco fructífero, remitiendo muchas veces a clasificaciones muy genéricas, como *suelos cortos* y *tierra de cuerpo*, por ejemplo. En ocasiones, los entrevistados empleaban de forma vaga las clasificaciones que convencionalmente usa la Administración, el catastro concretamente, para clasificar las tierras de las fincas, como tierras de primera categoría, segunda, tercera, etc., aludiendo al potencial productivo más que a sus distintas características específicas. A veces, al preguntar por la tierra de algunos lugares respondían que era una tierra corriente o una tierra cualquiera.

En la Puebla, por contra, al preguntar por tipos de suelo, no tardaba demasiado en salir un repertorio de nombres y adjetivos que aludían a distintos tipos y diferentes atributos. Al igual que sucede con otros aspectos relacionados directa o indirectamente con la estructura de la propiedad, con la presencia de explotaciones de distinto tipo, en Santa María aparecía también menor riqueza de conocimiento, pero algo mayor que en Pallares. Conviene hacer, de todas formas, una aclaración: puede que ello sea fruto de una menor variedad de suelos en Pallares o en Santa María que en la Puebla. Si hacemos caso al mapa de suelos (Mapa 6), vemos cómo aparece mayor diversidad en la Puebla, seguida de Santa María de Navas. Ahora bien, el mapa no refleja la diversidad de suelos dentro de la zona, como veremos más adelante. Esa diversidad entre pueblos no creemos que justifique por sí sola unas diferencias tan grandes en cuanto a las clasificaciones y terminologías, al acervo de nombres y adjetivos relacionados con los suelos, ya que, por ejemplo, suelos que se pueden encontrar tanto en la Puebla como en Pallares no tienen un nombre específico en el segundo caso y sí en el primero. Creemos que entre campesinos, que tienen mayor presencia en la Puebla, con una relación más directa y continuada con la tierra, con un control de todo el proceso de trabajo y con parcelas ubicadas en distintos lugares y con distintos suelos, se tienen mayores posibilidades y necesidades de conocer y comparar los suelos, generando un mayor conocimiento sobre los mismos.

En general, la primera distinción que se establecía era la de *tierras de cuerpo* y *suelos cortos*. Las *tierras de cuerpo* eran las de mucho desarrollo, profundas, de tonos rojizos y que retenían mucha agua; por lo general se las consideraba también tierras fuertes. Como nos dice un antiguo colono: "*Tierras de cuerpo por aquí no hay, tienes que ir a la campiña de Llerena o a esos Barros*". Otros abundan en sus características: "*la tierra de cuerpo es esa a la que se le abren grietas y cuando llueve se hace caldo y no hay quien entre*". Siempre que se pregunta por este tipo de suelos aparece la referencia a las campiñas y los elogios a sus tierras y su potencial productivo, a lo generosas para el cultivo del trigo. No obstante, en comparación con la mayor parte del

territorio, de *suelos cortos*, hay algunos, sólo algunos, que hablan de tierra *de cuerpo* para referirse a la de algunos lugares, como por ejemplo alguna vega o cañada y, sobre todo, a las tierras del ruedo o campana de Pallares, en la que se encuentran algunas fincas de dehesa.

Estos suelos junto a Pallares se consideraban los mejores de toda la zona, recordemos que se pueden encontrarse allí alfisoles y, sobre todo, tierras pardas meridionales sobre materiales graníticos, en vez de sobre pizarras como es el caso de la mayor parte de la zona. Esta caracterización aparece descrita en la hoja correspondiente del Mapa de cultivos y aprovechamientos (Ministerio de Agricultura, 1979), pero para nada se refleja en el mapa de suelos del CESEX (Mapa 6), en que los suelos de los alrededores aparecen como del tipo Trsr (Trasierra). A la mayor calidad del suelo de los alrededores de Pallares se debe sin duda la localización del pueblo, la deforestación de una parte del ruedo y su dedicación a la agricultura. Algo parecido sucede en Santa María, situada en una hoya entre montañas con suelos de cierto desarrollo, pero que ocupan bastante menor radio que en Pallares y se asientan también sobre un sustrato granítico distinto al del entorno, que según el mapa de suelos del CESEX serían del tipo CbVc (Cabeza la Vaca) y Mnst (Monesterio).

En el caso de Pallares, bastantes de las personas entrevistadas percibían como bastante distintos los suelos que se asientan sobre ese sustrato granítico diferente del resto, aunque no tengan idea de la existencia de tal sustrato. Al ser preguntadas por la calidad de los suelos referían primero a los suelos de los alrededores del pueblo, y los límites que establecían para ellos se correspondían bastante con los que aparecen en el mapa geológico (Mapa 2). Ni todas las tierras que aparecen dentro de ese espacio son ni se consideran tierras *de cuerpo*, pero sí mejores suelos que el resto. De todas formas hay que hacer notar que la diferencia no sólo estriba en la profundidad sino también en la composición de los suelos.

Los *suelos cortos*, como su nombre indica, son de escaso desarrollo y enseguida se topa con la roca madre. El ejemplo más claro son los entisoles, los suelos de las zonas de más pendiente, pero suelos

cortos se consideraba a la mayoría de los suelos de la zona que, como vimos, son inceptisoles o tierras pardas meridionales. En efecto, la mayoría de los de la zona son *suelos cortos* que retienen poca agua y al poco de llover ya están chorreando. Son también de escaso potencial productivo, sobre todo cuando se comparan con los de la campiña. *"En las tierras cortas, enseguida das con la tosca y en cuanto le falta el agua, en la primavera, se vienen abajo"*. A veces también se utiliza la palabra ligeras para referirse a estas tierras, aunque esto refiere asimismo a la poca consistencia. Las *hierbas gordas* se asocian más a *las tierras de cuerpo*, mientras que las *saetas* y hierbas inferiores serán más características de los *suelos cortos*.

Ahora bien, no todos los *suelos cortos* son iguales y, así, hay algunos suelos más cortos que otros que sin embargo producían mejor. Como ejemplo de ello se suelen poner en Pallares los suelos de la zona sin árboles de La Romerosa que, aun siendo de escasa profundidad, daban muy buenas cosechas de grano. Si preguntamos en Pallares por la razón de este hecho no encontramos entre la gente explicación satisfactoria del mismo, solo que *"son otra clase de tierra"*. Según el mapa, esos suelos son del tipo CbVc (Cabeza la Vaca), pero también lo son otros de bastante inferior calidad situados en esa misma franja.

Otra distinción que aparece es la de tierras *frías* y *cálidas*, aunque este último adjetivo no aparezca, de tal manera que lo significativo es que sean *frías*, a diferencia del resto, que no lo es. Tierras *frías* se considera a aquellas que se hielan con facilidad. Las tierras *frías* eran las que más necesitaban de abonado, como nos dice este viejo campesino: *"Abonábamos sólo los cachos más endebles, más fríos, lo que tenía poco calor"*. A veces se plantean equívocos entre *frías* y *frescas*, aludiendo en el último caso más bien a las húmedas, a las que aguantan más el agua, y aunque también puedan helarse, se habla de ellas en un contexto positivo: *"Las tierras de San María son mejores que estas, son más frescas y aguantan más"*, nos dice un trabajador de la Puebla.

Otra distinción es entre tierras *flojas* por un lado y *fuertes* o *recias* por otro. Las *fuertes* son mejores, de ahí que se aplicase este apelati-

vo generalmente a las tierras de cuerpo, que necesitaban y retenían mucha agua. Los suelos *vivos* eran aquellos en los que la siembra tardaba poco en salir.

Además de adjetivos para definir los distintos tipos de tierras, nos encontramos una serie palabras que eran ya propiamente nombres de tipos de suelo. Esto sucede especialmente en la Puebla, donde se conoce la inmensa mayoría de este tipo de nombres y suelos, siendo algunos privativos de ese pueblo, como es el caso de *blanquiales*, *tierras calerizas*, *barriales* o *rañas*. En Santa María y la Puebla se encuentran los nombres de tierra de *lajilla* o *lasquilla*, y en Santa María es donde casi exclusivamente se habla de tierra de *salón*.

Las tierras *calerizas* eran, como resulta obvio, las calizas, que en el mapa se denominan tipo FnAr (Fuente del Arco) y en ellas se asientan preferentemente los olivares, al sureste de La Puebla. Aquí la correspondencia con el mapa es bastante alta. Sobre ella nos dicen lo siguiente: "*Todos esos olivares son tierra caleriza, que es donde se cría bien el olivo. Tiene mucha piedra*"; "*La caleriza es dura, es tierra recia*".

Dentro de esa misma zona de tierra caleriza y muy parecida a ésta tenemos la tierra *blanquiar* o *blanquinosa*. En el mapa no se encuentran distinciones zonales entre estos dos tipos, pues aparecen todas como tierras tipo Puebla del Maestre (PbMs). Esta tierra es más fina y de peor calidad que la caleriza y es altamente erosionable. Para caracterizarla pueden servirnos estos comentarios: "*La más blanca es la más mala, aunque tiene menos piedra. Está siempre como un cenicero [limpia], en verano y en invierno, no cría hierba ninguna. Eso no es tierra para criar. No es dura nunca, al revés que la caleriza*"; "*La blanquiar es como una grea blanca. También se le va el agua a escape. Yo no he visto en esos olivos de ahí un charco de agua nunca*". En una ocasión hemos oído la palabra *albero* para referirse a un tipo de tierra *blanquiar*.

No quisiera dejar de apuntar un detalle acerca de la precisión del conocimiento de los suelos en la Puebla y es que al enseñar a algunas personas dos muestras de tierra *blanquiar* no sólo la identificaron inmediatamente como tal sino que, además, dijeron con exactitud el

sitio de donde había cogido cada una de ellas. Algo parecido ocurrió con otro tipo de tierra, en que también se aproximaron bastante al lugar de origen.

Por tierra *barrial* se conocía en la Puebla a un tipo de suelo que se localiza principalmente al sureste, cuyo paradigma son las tierras de La Alameda, zona que en el mapa de suelos aparece incluida en el área de suelos de tipo PbMs (Puebla del Maestro). Sin embargo esto no nos dice mucho a este nivel microedafológico ya que en ella se incluyen tanto tierra *barrial*, como *arenosa* o de *lajilla*. Se consideraban estos suelos los de mejor calidad de la zona de la Puebla, de gran aptitud para el cultivo: *"La mejor tierra es la barrial"; "La barrial es tierra recia, cría buenos trigos. Para labrarla, cuesta mucho trabajo cuando está dura, y si está muy mojada, peor todavía. Cuando hiela es cuando mejor está para ararla. En las primeras aguas o cuando caen heladas, entonces es el momento".* *Barrial* es un nombre que algunos asocian también a las tierras de las campiñas y tiene que ver con su capacidad de retención de agua.

En Santa María y la Puebla encontramos la caracterización de tierras de *lajilla*. En este último pueblo se consideraba que, tras las *barriales*, eran las mejores. Se caracterizan por su litología, por el tipo de piedras pequeñas en lasquillas o *lajillas*. Estos suelos aparecen tanto en el área de suelos tipo CbVc como PbMs. De ella nos dicen lo siguiente: *"Coges una piedra de la de lajilla y se te farata [desbarata] en las manos"; "La tierra tiene poco cuerpo, pero es muy viva, cría muy bien, sobre todo para cebada"; "La de lajilla, por mucho que llueva no se aprieta, se labra en cualquier tiempo"; "En la de lajilla aguanta mucho el estiércol. Cría mucha hierba gorda, mucha semilla. No hay saetas aunque no esté labrado".*

Las tierras de *salón* se conocen fundamentalmente en Santa María, y deben su nombre al tipo de material, el *salón*, especie de gránulo, que se crea a partir de la tosca, un tipo de arenisca compacta sin metamorfozar: *"La de salón es arenosa, de graninos, que si les das con el arado sale tosca enseguida"; "El salón es tierra endeble, floja, como un arenón tirando a colorado"; "Es tierra áspera y basta"; "El salón aguan-*

ta más el agua que la lajila, es más fresco. Donde hay salón, a unos metros es más fresco".

En la Puebla se habla de *rañas*, vetas de tierra donde predominan las piedras, los peores suelos de toda la zona y que para algunos tienen siempre una determinada orientación, de saliente a poniente, por ejemplo, cosa que luego sobre el terreno no se constata. La lama es un tipo de tierra que depositan las corrientes de agua en los márgenes: *"La lama es como el cemento, muy fina. Se cría, sobre todo, a la orilla de los barrancos. Es buenísima"; "La lama es la esencia de la tierra. La arena es tierra, lo que ha dejado al lavarse es la lama. Es muy fina, como el azúcar. La hay en la orilla de los barrancos porque, por ejemplo, el agua se empantana en cualquier sitio, y el polvillo ese se queda abajo".*

Hay alguna denominación que da lugar a cierta indeterminación porque es un adjetivo o rasgo de distintos tipos de suelo que a veces es utilizado para designar una clase genérica de suelos. Esto sucede, sobre todo, con las tierras *crudas* o *crúas*. En la Puebla, que es donde se usa este nombre de tierras *crudas*, no hay un consenso absoluto acerca de ellas, de su calidad, pero por lo general refiere a suelos de poco desarrollo. Algunos atribuyen el nombre al color, tirando a blanquizco, que suele estar connotado negativamente. Los terrenos *crudos* más característicos son de los de peor calidad de la zona, tierras de tomillo y piedras de bastante grosor, donde predominan las encinas: *"En las tierras crudas de estos Encinares, el estiércol no dura. Las encinas es todo tierra cruda, de tomillo, monte y piedra de amolaera. Enseguida escupe el agua"; "Son las que más estiércol comen, no les dura nada y son frías". "Se usaban para echar tapias porque se ponen echas un cuerpo, y también para hacer eras, porque no se levanta".* Este tipo de suelos, que se da por ejemplo en la zona de El Encinar, se encuentra en el área que en el mapa aparece como suelos tipo TrSrr (Trasierra), que según esa clasificación serían suelos pardos no cálcicos. Esta caracterización no es de gran utilidad para el asunto que nos ocupa aquí concretamente pues en ella se incluye también a todos los buenos suelos de los alrededores de Pallares, que nada

tienen que ver con las tierras *crudas*. Estas tierras enseguida escupían el agua y también el estiércol les duraba poco. Además serían tierras *frías*, que se hielan, aunque críen bien. Sin embargo, un viejo colono nos dice lo contrario: *"La tierra cruda es buena y precisa mucha agua"*. Los mismos que nos las connotaban negativamente nos decían que en todas las cañadas que hay en el encinado hay tierras *crudas*.

La palabra arenosa en algún contexto parece referir a un tipo concreto de tierra, pero más bien es una característica que pueden tener suelos distintos, que serán más arenosos o menos. En bastantes ocasiones se trata de suelos de cierta calidad, cual es el caso de algunos sitios de Pallares y la Puebla: *"Todas las Solanas y esas partes de Pallares son tierras arenosas. Las hay muy buenas, según. Si se lava mucho en invierno la siembra, no, porque se lava, se corre mucho la tierra. Si llueve poco sí se coge mucho"*.

Ahora bien, independientemente de la precisión en la clasificación de los suelos, en los distintos pueblos existía un conocimiento aproximado de la calidad de los de todo el término, de cuáles eran más cortos, más profundos, mejores y peores. Ello valía tanto para zonas del territorio como para fincas concretas ya que, como hemos visto, éstas eran unidades muy importantes a la hora de percibir y organizar mentalmente el espacio.

Para valorar la calidad de la tierra ayudaban todos los criterios que hemos visto en las páginas anteriores. No obstante, el principal era la visualización de sus frutos, de la producción vegetal, tanto de los cultivos como de los pastos, matorral y árboles. Los cultivos eran perceptibles a simple vista y, como ya dijimos, dependiendo de la aptitud de los suelos, de su productividad, se fijaba una renta mayor o menor a los aparceros. Dicho de otro modo, los colonos tenían en su cosecha un indicador del tipo de suelo. Pero no sólo eran los colonos los que trabajaban los cultivos; ya vimos la legión de empleados fijos y eventuales que se ocupaban de estos. Acorde con esa calidad de los suelos iba la vocación productiva de los mismos y, así, el trigo era para los suelos mejores, al que seguía la cebada, etc.

La cantidad y calidad de los pastos también eran indicadores por excelencia de la calidad del suelo. Así, las tierras de más cuerpo se asociaban con hierbas *gordas* o *bastas*, de semilla, mientras que en los suelos cortos eran más propias las *saetas* y las hierbas de *pergañas*, *hierbas de golondrina*, etc. Entre las plantas, las que más claramente apuntaban la bondad de los suelos eran las *tagarnillas* y los *alcauciles* o alcachofas silvestres. Según la tierra así sería el yerbuno, las hierbas que se dieran y su cantidad. Bien es verdad que, en ocasiones, más que del tipo de tierra, la calidad de las hierbas dependía de la exposición. Como vimos, la duración de la hierba o lo temprano de la siega era otro indicador: "*Aquello es muy corto, se seca enseguida la hierba*". La presencia de musgo, sobre costras, aunque no era indicativa de la calidad de la tierra sí lo era de su estado, de su falta de labor, al igual que la *saeta*.

En cuanto al matorral, en las buenas tierras nacerían las retamas, como indica el cuento del ciego que mandó atar el caballo en la retama y al saber que no había pasado de largo de una tierra que, por tanto, no sería buena. Las tierras malas serían el dominio de *orgazos*, *jaras*, *tomillos*, etc., las especies más denostadas por las gentes: "*Donde hay tomillo, orgazo, jara y eso, excusas sembrar, no coges nada*"; "*esa es tierra para mirlas, para que escarben las mirlas nada más*", comenta con sarcasmo un par de antiguos colonos. Otras veces, las malas tierras, sobre todo las que tenían muchas piedras, se asociaban a los lagartos, lagartijas o alacranes, especies todas ellas que gustan andar entre piedras.

Los árboles también indicaban el tipo de suelo, por su porte, por su desarrollo y, en ocasiones, por el número de ramas, ya que sólo en tierras muy buenas se podían ver algunas encinas con tres ramas: "*Las encinas y los olivos te van marcando dónde hay suelo. Tú verás que las encinas mejores están siempre en los valles*"; "*Allí los suelos son muy cortos, no tienes más que ver que cuando arrancas una encina se cae de golpe, se arranca bien*". La producción de hierbas también dependía obviamente del suelo.

En cuanto a la conservación del suelo, ha existido siempre una clara conciencia del fenómeno de la erosión y sus procesos, aunque

no se utilice ese nombre, sino que al hablar de ello se emplea la expresión de "correrse la tierra" o "lavarse la tierra", según los casos: "Los anti-guos no eran tontos, hacían las huertas en lo más bueno, lo que se ha lavado, lo que se ha arrastrado de la sierra. Hacían las paredes en los lados y así se retenía la tierra". También eran conocidos los efectos antierosivos de los árboles, como podemos ver las siguientes citas: "Las calzales se hacían más bien donde no hay arboleda, porque las encinas ya sujetan ellas la tierra"; "Los árboles ya de por sí retienen el suelo"; "Esos barrancos los tenía yo de calzales y sembrados de mimbreras para que trabaran y para que no hicieran hondo el barranco. Las higueras también traban porque enraízan, porque la raíz va buscando el agua, hace clavo, hace calzá."

LAS PLANTAS

El universo biológico es uno de los aspectos mejor conocidos por las sociedades campesinas debido a su omnipresencia, su utilidad y su simbolismo (Toledo, s.p.), pues la producción agraria es fundamentalmente el manejo de la materia viva (Palerm, 1980:169).

En cuanto al conocimiento de los árboles y plantas, podemos decir algo parecido a lo que hemos dicho respecto a otros elementos del medio: su conocimiento está relacionado con su interés para la producción o el consumo, todo lo cual se traduce en la existencia de un nombre específico para la especie. Si tenemos en cuenta que estamos ante un sistema de uso múltiple, hay especies que si no tienen un interés especial desde el punto de vista de uno de los aprovechamientos puede tenerlo desde otro o desde varios a la vez. Sirva como ejemplo el de la retama que, en cuanto que matorral, puede ser un inconveniente para el cultivo, pero puede brindar hierbas tempranas y abrigo al ganado, además de material para la construcción de chozas, o sus raíces servir como combustible. Por otra parte, también vemos cómo se conocen por un nombre aquellas plantas de mayor envergadura y singularidad en el paisaje y, así, tienen nombre específico todos los árboles y la mayoría de los arbustos, mientras que del resto de plantas

no todas lo tienen. Hay que tener también en cuenta que mientras más descendemos en la escala, mayor complejidad y variedad existe, mayor es el número de especies de una misma categoría, menores son las magnitudes y menos perceptibles las diferencias. Un árbol es fácilmente visible y distinguible, no hace falta tener un especial interés en su manejo para reparar en él, aparece aislado de otros árboles, cosa que no sucede con las hierbas. En cuanto a la nomenclatura, a medida que vamos pasando de árboles a arbustos y hierbas, va existiendo mayor diversidad de términos entre pueblos para designar a una misma especie.

Se conocen los nombres y las características específicas de todos los árboles que se cultivan, de los frutales y maderables, en los cuales no entraremos. Ya hemos hablado a lo largo de este trabajo de aquellos específicos de la dehesa y de los nombres que recibe la planta a lo largo de su desarrollo, desde *machorrera*, a carrasco, chaparro, chaparra y encina. En los árboles menos frecuentes, la variedad de nombres es menor y así, en Pallares y la Puebla, no se da un nombre específico para los renuevos del alcornoque, que en Santa María de Navas reciben el nombre de pimpollos. En ninguno de los pueblos hemos constatado un nombre específico para los renuevos del quejigo, árbol que para mucha gente de Pallares es desconocido. El mesto, que no es otra cosa que un híbrido entre cualquiera de las quercíneas, no se considera un híbrido sino un tipo de quercínea más, que se distingue fundamentalmente por ser más verde que la encina y de corteza más fina.

Como hemos dicho, existen nombres específicos para la inmensa mayoría de especies de matorral, perdiéndose algo de precisión cuando se trata de algunas muy parecidas entre ellas y cuyas diferencias no sean muy significativas en cuanto al uso y/o manejo, de tal manera que se llame a todas de la misma forma, como sucede con algunas variedades de escoba y *orgazo*. Así, los nombres de matorral que hemos encontrado han sido los siguientes: carrasca, pimpollo, coscoja, jara, *jarilla*, *orgazo*, *aracepa/orgazo perruno*, tomillo, tomillo *salsero*, romero, orégano, matagallo, ardivieja/*marioleta*, retama, escoba, *albu-*

laga, torvisca, lentisca, charneca, cornicabra, murta y brezo. Como arbustos de mayor desarrollo tenemos madroñera, acebuche, *tilero*, *galapero*, mimbre, *azao*, tamujo, adelfa y *revientabueyes*. Hay que señalar que no en todos los pueblos se conocen todas estas especies, por no existir en su entorno, pero sí la inmensa mayoría.

Si en el caso de los árboles no hay discrepancias entre los pueblos a la hora de dar nombre a una especie, aquí ya aparecen algunas denominaciones distintas para un mismo tipo de matorral, pero no son muchos los casos. Al igual que dijimos en el caso de los árboles, el número de especies es relativamente reducido, al menos en comparación con las hierbas. Sobre este asunto, hay que tener en cuenta, además, que en la dehesa ha habido un manejo específico del matorral, ha sido siempre un elemento contra el que se ha estado luchando continuamente, mediante el desmonte o el control por el ganado. Ya hemos visto cómo en la dehesa tradicional se desmontaba con el arado o a mano, lo cual hacía que se conocieran las características de cada especie, incluso del tipo de raíces. El aprovechamiento ganadero, sobre todo con la cabra, también era importante y lo mismo sucede con los otros usos del monte que hemos visto, tanto con leña como en cuanto a materiales de construcción o para artesanía, usos medicinales o de consumo humano. Una distinción que se hace entre los diferentes tipos de monte es la de monte negro o mata prieta y el resto, es decir, entre el de quercíneas (carrascos, pimpollos, coscojas) y lo demás.

Podemos constatar cómo con todas las especies que hemos visto hasta ahora la gente tenía una relación más o menos directa, las manipulaba de una u otra forma, tenía un contacto físico e individualizado con ellas en alguna ocasión. Al pasar a estudiar las hierbas veremos cómo las más conocidas por la mayoría de la gente son también aquellas con las que existe una relación más directa e individualizada y/o aquellas de mayor interés productivo. Este interés puede ser en positivo o en negativo, es decir, puede tratarse de plantas cuya presencia es deseada o de otras que se quiere eliminar por suponer una competencia para otras especies interesantes para los humanos; nos refe-

rimos a los hierbajos o malas hierbas. Así, la mayoría de las plantas que la gente reconoce y a las que da un nombre tienen interés para el consumo humano o animal o suponen una competencia.

Las plantas que la gente consumía directamente eran espárragos, collejas, *tagarnillas*, *romanzas/cocina verde*, *ajoporros*, berros (y *berraza* como precaución para distinguirla de éstos), *acerones*, poleo, manzanilla, té silvestre e hinojo. Antiguamente también se comía la verdolaga. Los muchachos también tenían a veces como golosina las flores de la *algamula* y alguna que otra planta, que llamaban *chupaera*, y las semillas de las malvas, o *quesitos*. Como plantas medicinales, tanto para personas como para animales se usaba, poleo, *hierba del padrejón*, *verdolobo*, *hierba de la gitana*, *flor del bálsamo*, malva, beleño, *zurzón*, *aracepa*, *orzoya*, *algamula*, *ceborrancha* y *gamonita*.

Otras plantas con usos de distinto tipo eran la nea; juncia, como ornamento el Día del Señor (Corpus Christi); *jabón porquero*, para lavarse; *clavellina* o *culivieja* y *doblones*, para hacer escobajos; caña, para techos, como mango de escobas o brochas y para usos muy diversos; *espartina*, para hacer distintas manualidades, como petacas, por ejemplo; pita o *pitaco*, para sogas; o *gamonitas*, como cañas de zambomba. En ciertos cardos se buscaban gusanos para cazar pájaros con costillas y, aunque no tengan un nombre preciso, la gente se refiere a ellos en virtud de eso, por ejemplo diciendo *cardos de los jerretitos* o de los *uribibis*, aludiendo al pájaro que se posa en ellos o al gusano al que aludíamos. La *lanilla* es un tipo de hierba que echa una especie de pelillos, de poco peso y muy apropiada para tapar los cepos, y la *yesca* se ha usado para encender la candela. El cardo que algunos llaman *correó*, pero para el que no hay un nombre comúnmente aceptado, se empleaba con fines curativos, llevándolo en un sombrero hasta que se secase o poniéndolo sobre la huella de una vaca para que entonces se secase también la escocedura o la herida de que se tratase.

Si miramos desde el punto de vista de los cultivos, tenemos que las plantas que competían con ellos son hierbajos, o malas hierbas, de los cuales reciben nombre los más frecuentes, los de mayor tamaño y

que más competencia suponían. Pero puede que, además de competir con los cultivos, tuvieran semillas que eran difíciles de separar del grano que se cosecha y, a su vez, podían contribuir a expandirlas al volver a sembrar. Los hierbajos o malas hierbas que más atacaban a los sembrados y que había que eliminar eran arvejón, avena loca o *avenorro*, amapola, cenizo o *pimpájaro* (que puede ser blanco o negro), jaramago blanco, negro o amarillo, cardos, margarita, *margaza*, *chocho bravío*, *virgo* o *chicoria*, *pinitos* y ortiga. Especialmente temidos por lo que pinchaban al agarrarlos al segar a mano eran las gatunas o *algatunas*, *algamulas*, *garbanzos del cura* y *abrepuños*. Los *pelillos del señor* también suponían un inconveniente al segar pasto natural con guadaña, porque se doblaban y era difícil cortarlos. En las huertas, la juncia también podía ser un problema y plagar la zona de cultivo.

Hemos de tener en cuenta que muchas especies de interés ganadero, y muy apreciadas por ello, cuando aparecían en los cultivos no tenían esa connotación positiva, sino todo lo contrario, como pasaba con el carretón, el *vallisco* y otras muchas que veremos más adelante. Pero volviendo a las malas hierbas, como hemos dicho, con estas plantas había un contacto individualizado, al tener que arrancarlas, y se conocían en las diversas fases de su crecimiento, desde su nacimiento al momento más idóneo para arrancarlas, e incluso se podían distinguir en algunos casos ya como semilla limpia en la era. Finalmente algo parecido a las malas hierbas en los cultivos era el limo en las aguas, de pilares, fuentes o charcos.

Pasando a los pastos y los usos ganaderos, tenemos una distinción entre hierbas *gordas* o *bastas* y hierbas *finas*, teniendo en cuenta que las segundas se clasifican por oposición a las primeras, es decir, son hierbas finas todas las que no pertenecen al primer grupo. Las hierbas *bastas*⁴ o *gordas* son las mejores para el ganado, no son dema-

⁴ En la zona el adjetivo “*basta*” aplicado a las hierbas no tiene una connotación negativa, de hierba de mala calidad, sino todo lo contrario, pues refiere a su tamaño. En agronomía, sin embargo, es sinónimo de hierba poco interesante para el ganado, de ahí que se hable de embastecimiento de los pastos.

siado altas, más bien suelen ser achaparradas o levantar poco del suelo y, al preguntar por lo que las define, se las asocia con la producción de semilla ("*Las hierbas bastas son las que tienen semillas*"). Algunos apuntan también el hecho de que tengan flores, aunque no todas las hierbas que tienen flores son bastas. En cualquier caso, el listado de hierbas *bastas* es más bien reducido y destacan la *lechugueta*, *cerraja*, *lengua de vaca*, *tenedores*, carretón, trébol, *vallisco* y *uña de gato*. Estas hierbas se crían preferentemente en los majadales donde, además de estiércol, las ovejas aportaban con sus excrementos las semillas de las plantas que comían, de las hierbas *gordas*, por eso se dice que los majadales que más hierbas gordas daban eran los de verano, porque era cuando comía semilla las ovejas. En ocasiones estas hierbas eran buscadas por la gente que, por ejemplo, tenía cochinos en sus casas y con un sachó y un saco iba a las cunetas a buscarlas.

Las hierbas *finas*, como dijimos, serían las restantes aunque a veces este término se emplea de manera más restringida para especies que crecen en altura, produciendo pajas muy finas que aprovechan preferentemente las vacas, ya que otros animales no les tienen mucho aprecio y les resultan difíciles de aprovechar. Propias de las hierbas *finas* serían las *pergañas* o *aragüeyes*, los trozos de materia seca que se adhieren a los pantalones y calcetines cuando se anda por el campo. Las *pergañas* o *aragüeyes* se asocian a los terrenos sin laboreo, como vimos en el caso de las *saetas*, mientras que las hierbas *gordas* y de mejor calidad lo son a los terrenos labreados. Hay hierbas que aunque las consume el ganado no tienen ningún nombre específico y se clasifican como *finas*.

Otras especies vegetales con interés ganadero y que escapan a esta clasificación por su especificidad son la *centenilla* y la *porreta*, esta última de gran altura y muy bien aprovechada por las bestias. Muy importantes eran también las hierbas de verano, que así se les conoce, como son la grama, la enredadera, la verdolaga, que crecían en los barbechos y rastrosos y tenían un valor estratégico. Hierbas de verano son también los cenizos, como malas hierbas. Todas ellas tie-

nen la singularidad de estar verdes cuando todo lo demás está seco, con lo cual son más fácilmente visibles e identificables. Nombres específicos tienen también las especies propias de las zonas húmedas y también importantes durante el estío, como el junco, la juncia o la nea, aunque no se clasifiquen como hierbas. Hay plantas peligrosas para el ganado, como la batata, y otras que, sencillamente, no se las comían los bichos, como los distintos tipos de cardo, el *maestranto* o el *zurzón*. Estos dos últimos eran indicadores de humedad.

Finalmente, encontramos un grupo de plantas con nombres que no son encuadrables en las categorías anteriores. Algunas de ellas son muy llamativas por sus colores, olores, formas o por producir picor. Alguna de estas características presentan plantas como la *sangre de Cristo*, *hierba de golondrina*, *guitarra*, *candiles*, margarita, *peonía*, *margaza*, *madreselva*, *junquito*, *rabillo de zorra*, *peolobo* o *conejito*. Otras, finalmente, presentan muchas semejanzas con especies cultivadas, como es el caso del trigo bravío, también llamado trigo *curichi* o *moro*, los *chochos bravíos*, la muela bravía y alcauciles.

El conocimiento de las plantas no se limitaba a su nombre, sino que también refería a características tales como ciclo vegetativo, lugares donde predominaban, tipo de suelos en que proliferaban o valor nutritivo, datos todos ellos útiles para su recolección si se trata de plantas para uso o consumo humano o para su aprovechamiento por el ganado. En el primer caso había que saber dónde encontrarlas y cuál era el momento más oportuno para cogerlas, cuándo estaban en sazón, o cuándo eran aun comestibles, en qué lugares era más tempranas y en cuáles más tardías. En algunos casos, la forma o el color de la planta indicaban sus características de sabor y así, por ejemplo, las *romanzas* se consideraban buenas si eran negras y aparradas, si fueran verdes y altas picarían. Algo parecido sucedía con el uso por el ganado, sobre todo con las especies de mayor importancia estratégica, que podían dar comida cuando las otras estaban secas.

Vimos también cómo las plantas podían ser indicadores de la calidad del suelo: las *tagamillas*, los *alcauciles* o las retamas en buenos suelos; la grama en tierras fuertes; las jaras y *orgazos* en suelos malos;

los *pinitos* abundantes en tierras calerizas. La rapidez con que se secase la hierba tras la primavera era un indicador de suelos cortos, con escasa capacidad de retención de agua.

El tipo de plantas también avisaba del laboreo o la falta del mismo, con especies asociadas a los cultivos, cual la enredadera, y otras a los posíos largos, como las *saetas* o el musgo. La calidad de las hierbas, sea cual sea su especie, está asociada también al tipo de suelos en que se asiente y a las condiciones microclimáticas. Así, se utiliza el adjetivo *flojas* para aludir a aquellas hierbas que, aun pudiendo tener mucho desarrollo, tienen poco valor nutritivo, con lo que fundamentalmente se está queriendo decir que tienen una elevada proporción de agua. Estas serían las que harían, por ejemplo, que los animales tuvieran diarreas. Unas hierbas, aun siendo más cortas, serían mejores que otras precisamente por ser más nutritivas, cosa que se verifica por el hecho de que el ganado busque preferentemente esas zonas y por la comparación de su rendimiento en el desarrollo de los animales, de ahí que se nos diga, por ejemplo, "*Los Llanos de la Borrega tienen muy buenas hierbas, crían muy buenos borregos. Con las hierbas de Clavijo varía un borrego ocho o diez libras*". A través de los animales se valoraban las hierbas, como pudimos ver en el caso del hombre que sabía qué careo habían tenido las cabras por la leche que daban o de la distinta calidad del queso según el tipo de alimentación.

Otro hecho relevante es, como también vimos, la exposición, el que las hierbas estuviesen en umbría o en solana, en terreno con árboles o sin ellos, para que fuesen mejores. Un calificativo que suele aparecer cuando de hierbas se trata es el de dulce, queriendo aludir a lo apetecible que el yerbuno de unas zonas resulta para el ganado, a diferencia de otras zonas de hierbas más agrias. Ahora bien, existen contradicciones acerca de este asunto pues, por ejemplo, para explicar la razón por la cual las ovejas no comen en los majadales y los cochinos sí, se suele argüir que se debe a que son hierbas muy dulces, mientras que otros replican que sería todo lo contrario, que esas hierbas, debido al orín serían más agrias.

LOS ANIMALES

Los conocimientos sobre la fauna de la zona siguen las mismas pautas que los otros conocimientos que hemos visto: tienen mucho que ver con su interés productivo y sus funciones en el ecosistema. Así, los animales pueden ser un alimento o proveer de algún producto o servicio, o bien pueden suponer una competencia con los humanos por ciertos recursos, pueden amenazar a otros recursos, vegetales o animales de interés para la gente. A pesar de ser mucho mayor el número de especies animales que de plantas en el planeta, el conocimiento tradicional sobre aquéllas es menos cuantioso ya que sólo se llega a discriminar los organismos animales más conspicuos, dejando fuera a un buen número de los organismos más pequeños y a los de los hábitats acuáticos. De ahí que sólo comprenda a los vertebrados y a grupos selectos de invertebrados tales como ciertos insectos, moluscos, crustáceos y anélidos (Toledo, s.p.). De esta forma, todas las aves y mamíferos que conocemos por la zona tienen un nombre, aunque a veces sea genérico. Hay que tener en cuenta, entre otras cosas, que su número es relativamente reducido y abarcable, cosa que no sucede con los insectos y seres vivos de muy pequeño tamaño, de los que hay un mayor número, son más difícilmente identificables y su función en el ecosistema a veces no se conoce o comprende bien. No obstante, el reducido número no basta por sí para explicar el que se les dé un nombre y se identifique a las aves, por ejemplo, como lo prueba el hecho de que mucha gente joven no conozca esos nombres o, al menos, no identifique a esos pájaros, toda vez que ha perdido relación con ellos.

En cuanto a los mamíferos no hay muchas dudas sobre el interés de las gentes: o bien eran piezas de caza, por su carne, su piel, cual es el caso del conejo o la liebre, o eran alimañas que atacaban al ganado o a las especies cinegéticas, como la zorra, el lobo, el gato montés, la jineta, o la papardilla. La misma consideración negativa que todos ellos merecen las ratas, ratones, topos o erizos, por el daño a los alimentos, granos, cultivos y suelos o por poder transmitir enfermedades.

En cuanto a las aves, podemos decir algo parecido, pues un buen número tenía interés cinegético, como es el caso la perdiz, tórtola, paloma torcaz y zurita, zorzal, *charla* (o zorzal charlo) y tordo. Pero se cazaba también, vivas o muertas, un gran repertorio de aves, por su belleza o canto, por su exotismo o para alimentación, para comer pajaritos como se llama a todos los pájaros pequeños. Hay que recordar que buscar nidos, cazar pájaros, era una actividad propia de los niños, un juego, y que podían intentar cazar especies de todo tipo. Asimismo, en las costillas, en las trampas que ponían tanto niños como personas mayores, podían caer aves de muy diverso tipo, aunque no fueran las que se buscaran. Lo mismo sucedía cuando se cazaba con red y con lirio o liga, un pegamento que se pone en ramas cercanas a puntos de agua donde se posan los pájaros. Igualmente, aunque no se mataran, cuando se aguardaban las aves junto a un agua podía entrar todo tipo de pájaros. Todo ello hacía que se conociera de cerca pájaros distintos.

La lista de aves que se han cazado sería más o menos la que sigue: mirla, tordo, *acaburdón*, *aguanieve*, carbonero, *tontito*, *mosca*, *gorriato*, *gorriato montesino*, *verderina*, *escribanía*, *jilguero*, *jerrerito*, *triguero*, *coguta*, *gallito grande*, *gallito chico*, *churubita*, *pitorreal*, *gateadora*, *carpintero* y *mojino*. Hay especies que son muy conocidas por ser muy sociables y estar muy cerca de los humanos, como los *gorriatos*, *jilgueros*, *churubitas* o *cogutas*. Los pájaros eran vistos como un peligro potencial para los cultivos y apenas se valoraban sus efectos benéficos al controlar poblaciones de otras especies, de insectos, por ejemplo. Había especies que no tenían apenas interés cinegético pero que podían causar daño a las producciones, sobre todo en los frutales o huertas, como por ejemplo, los *mojinos* y las *repéndolas*.

Algunos pájaros presentan ciertas singularidades, por ejemplo la abubilla por su canto y su mal olor; el cuco por su canto, por no hacer nido y por creer que cuando los berros aparecen manchados por su excremento están demasiado duros. Los abejarucos, como vimos también, podían presagiar marea. Como es sabido, un pájaro sobre el que existe un tabú y se repudia su caza es la golondrina, un ave insectívoro-

ra que quiere la leyenda que quitara las espinas de Cristo, de ahí la prohibición de matarla. Algo parecido sucede con el vencejo, muy similar a la golondrina. La cigüeña es también un ave mimada, cuya venida es celebrada y constituye una especie de símbolo en los tres pueblos, como algo propio, asociado a uno de los edificios emblemáticos de los pueblos, las iglesias y sus torres. Una especie menos conocida por gran parte de la gente, por lo difícil de ver, es la *gallineta*, aunque por su color y por sumergirse en el agua sea más identificable. Igualmente, aunque poco numerosos, son bien conocidos los patos.

De las aves rapaces no se aprovecha la carne y tienen una consideración desigual según la especie de que se trate. Así, las rapaces nocturnas como búho, lechuza, corneja, mochuelo o cárabo eran casi siempre respetadas, quizás por ser predadores de animales que se consideran alimañas, como los roedores, por ejemplo. Algo parecido sucede con las pequeñas rapaces, como el cernícalo o el gavilán, aunque este último ataque a aves como las palomas. Bajo el nombre de águilas se agrupa tanto a los diversos tipos de águila como a otras rapaces parecidas, como el ratonero o el milano, aunque algunas personas, muy pocas, distinguen ciertas especies, como el águila real porque nidifiquen en algún lugar desde las que la vean con frecuencia. La presencia de los buitres era continua por la zona y junto con los cuervos y los grajos era reconocidos carroñeros, aunque los cuervos, a veces, pudieran amenazar a algunos lechones o borregos pequeños.

El conocimiento e identificación de todo este tipo de animales que hemos visto, la relación y el interés por ellos, hacía que se conocieran también, y en diverso grado según la especie de que se tratase, diversos aspectos de su comportamiento, como por ejemplo la forma de sus nidos, los lugares donde los hacen, la forma y el color de los huevos, las madrigueras o quedadas, las zonas que prefieren, los hábitos alimenticios, la forma de su vuelo, sus desplazamientos y pasos, es decir, los lugares por donde han de pasar y donde hay que aguardarlos para cazarlos, los lugares en que suelen beber, sus *jechíos*, sus can-

tos y, en algunos casos, las distintas modalidades de los mismos, como por ejemplo en la perdiz (*curicheo*, *piñoneo*) sobre todo por ser usada para el reclamo. La caza era la práctica que más necesitaba del conocimiento de los animales silvestres y su comportamiento y, por tanto, la que más saberes generaba acerca de los mismos.

Los reptiles han tenido siempre un predicamento negativo, infundiendo en muchos casos miedo o asco, de tal modo que cuando aparecía alguno se procuraba matarlo, sobre todo en el caso de las víboras y las culebras. Hay que tener en cuenta la prevención que debían tener ante ellas gente que vivía en el campo, en casillas, chozos o incluso al aire libre en ciertas épocas del año. El más temido de todos era la víbora, por el daño que podía causar a las personas y los animales. Siempre se tuvo prevención hacia ella y se cuentan historias de víboras o culebras que mamaban a las mujeres durante la lactancia, cuando estaban durmiendo. Salvo el caso de la culebra de agua y del *alicante*, una culebra de gran tamaño y con dibujos en zig-zag, todas las demás se engloban bajo el nombre genérico de culebra. De ellas se temía el daño que pudieran producir a las aves de corral, sobre todo a los polluelos y los huevos. Las culebras, lagartos y lagartijas han sido siempre algunos de los animales en los que se han simbolizado los peligros del campo para los niños pequeños, como una forma de prevenirlos para que no salieran solos, otros han sido los toros bravos, zorras o lobos. No obstante, en algunos casos, las culebras se dice que servían de guardianes frente a otros animales, por ejemplo frente a las ratas en los graneros o en algún colmenar. El lagarto se comía y su caza y la de la lagartija eran también un entretenimiento para los niños. La caza de la salamanquesa, muy frecuente en las casas, en los *doblaos* sobre todo, también lo era, y contra ella había cierta prevención, por pensarse que podía envenenar el agua de las tinajas. Especialmente temidos por su picadura eran los alacranes.

Para terminar con los vertebrados, las ranas eran muy apreciadas, su pesca era una práctica habitual y ocasión privilegiada de sociabilidad entre los hombres, por el carácter colectivo de la técnica y por la comensalidad subsiguiente. Por su parecido con las ranas, entre otras

cosas, había que distinguir también los sapos y los escuerzos. De estos últimos se decía que hacían un buen agua en las fuentes donde estaban. Los galápagos se comían incluso y había quien los tenía en las cuadras o conejeras para que se comieran las pulgas.

En cuanto a los peces, el más abundante y conocido era el barbo, seguido de la boga y la lamprea. Los pescadores conocían sus hábitos, ciclo reproductivo, lugares en que poderlos encontrar en determinadas épocas del año y otros aspectos útiles para la pesca. Como vimos, un nombre que se usa para los peces cuando son pequeños es el de *gazpacheros*, los más preciados para comer fritos.

Las lombrices reciben todas el mismo nombre, tanto las que crían los animales como las que se crían en el suelo. Los únicos gusanos que reciben un nombre específico son los *uribibi*, que se crían en algunos cardos y, por su brillo y la preferencia que por ellos tienen algunos pájaros, eran un buen reclamo en las costillas. El resto, salvo los gusanos de seda, reciben el nombre genérico de gusanos, sea cual sea su forma y tamaño, ya estén en el campo o se encuentren en algún alimento o en las heridas de los animales.

En cuanto a los insectos, son bastantes los que no tienen nombre, sobre todo los más pequeños. De todos aquellos cuyo nombre hemos conocido, la mayoría responde a alguna o algunas de las siguientes característica: ser frecuentes en las casas o sus alrededores, poder molestar o afectar a personas o animales y dañar los cultivos o los alimentos. Los que más podían afectar a las personas eran las moscas, mosquitos, pulgas, chinches, *mordijuyes*, *hormigos* negros o colorados, tabardos, tábanos, garrapatas y piojos. Todas estas especies también podían molestar a los animales y ser transmisoras de enfermedades y epizootias. Las moscas y moscones pueden, con sus larvas, estropear alimentos de ahí que haya que tener especial cuidado, por ejemplo, con la chacina que se ha de ir oreando y curando, y con el queso. Entre las moscas, se singulariza por su color la *mosca verde*, con un predicamento bastante negativo por andar en los excrementos y los animales muertos y transmitir infectos ("*ser más asqueroso que una mosca verde*"). Los moscones y tabardos eran los que más daño podían hacer

a las bestias. A las avispas se les llama *ovispas* y también *sotarrañas*, con lo cual se las puede distinguir de las abejas, que igualmente pueden recibir el nombre de *ovispas*. Especies que se podían encontrar en el ámbito doméstico, además, de algunas de las citadas, eran las *cortas*, cucarachas, grillos, grillos *zorberos*, *zumbones*, escarabajos, polilla, carcoma y *morgaño* (que es como se llama a toda clase de arañas).

Las mariposas se engloban todas bajo este nombre genérico, a no ser que se aluda a la fase de algún insecto conocido, sobre todo de alguna plaga, y se aluda, por ejemplo, a la mariposa de la palomilla o de la lagarta. Un insecto singular, por utilizarse como cebo en las costillas es la *alúa*, hormiga con alas, que se buscaba en sus guaridas bajo tierra y que sale inmediatamente tras las primeras lluvias.

Entre los insectos dañinos para los vegetales tenemos los *lobitos*, orugas peludas que atacan a las habas y otros cultivos de huertas, la *rosquilla*, que siega, por ejemplo, las cebollas y los *torpes*, que atacan el trigo, la cebada y otros cultivos de la dehesa. Las langostas, llamadas aquí *langostos* y, en mucha menor medida, *cañafotes* (deformación del portugués gafañoto), en otros tiempos causaron grandes plagas. A los *sanantonios*, a las mariquitas, además de comer plantas, se les acusaba de causar enfermedades como la *mangría*. El pulgón ataca plantas de muy diverso tipo. Entre los hongos tendríamos la *mangría*, la *jeña* y el tizón. Los insectos que atacaban la encina eran las lagartas. El principal enemigo de los olivos era la *palomilla*, para prevenir la cual convenía quemar los restos de las podas.

De todos los insectos cuyo nombre hemos recogido, escapan a las características antes mencionada la mantis religiosa, conocida como *teresita*, que algunos consideran venenosa pero sin especificar en qué, el *curitabé*, ciempiés, el *aceitero*, el *zapatero*, que pulula por la superficie de las aguas de charcos y fuentes, y los *aviones*. Algunos de ellos tienen formas bastante llamativas. La chicharra, aunque sea muy difícil de ver, sí que es distinguible por su canto, tan característico como el del grillo, que hemos visto cómo se puede ver a veces en las casas y que los niños se entretenían en buscar y en ocasiones guardan en jaulas y alimentar.

16. ECOLOGÍA, SANTORAL Y CICLO FESTIVO

AGROECOSISTEMA Y SANTORAL

Trata este apartado de aquellos aspectos de la vida social, de aquellas elaboraciones o manifestaciones colectivas de la comunidad que directa o indirectamente tenían una relación con el agroecosistema y su manejo, de los hitos con que la comunidad señalaba aspectos importantes del ecosistema. Nos referimos al uso que las comunidades locales hacían del santoral y al trasfondo ecológico de algunas fiestas, religiosas o profanas, o ambas cosas al tiempo, que tenían lugar en estos pueblos. Nos ocuparemos, aunque sea someramente, de las relaciones entre ecología y religión, fundamentalmente de la manera en que las comunidades campesinas usaban el santoral y las fiestas religiosas como un medio de definir sus relaciones con los agroecosistemas y dejar grabado en el ámbito de lo religioso el conocimiento colectivo y las instrucciones operacionales de manejo de los recursos.

En efecto, el santoral se carga de contenidos no sacros de la misma manera que la praxis en momentos y hechos relevantes se ritualiza, siendo una más de las múltiples dimensiones de la íntima conexión, la fusión más bien, de praxis y simbolismo, de pensamiento y acción o de discurso y acción social (Canales y Peinado, 1995), como quiera decirse, sólo separable heurísticamente, aunque dicha separación de conveniencia se reifique con harta frecuencia. Empecemos hablando de este último aspecto, el de la ritualización, aunque

sólo para dejar constancia de esta dimensión. Como hemos visto, hitos muy relevantes del ciclo agrícola, prácticas señeras del campo, se convertían en ocasiones de celebración, de expansión de la sociabilidad, de fiesta dentro de las fincas o las casas campesinas en que participaban los miembros de la familia, amigos, vecinos o, si era el caso, empleados de las explotaciones. En ellas, además de la expresión de determinados valores o hechos relativos a la finca, de mostrarse información a través del ritual sobre el estado económico y social de las fincas o los grupos, se ponía de manifiesto la importancia de la propia práctica, se rubricaba la consecución de un determinado fin productivo, se agradecía o devolvía la ayuda prestada y se reforzaban las relaciones sociales, horizontales y/o verticales, entre los participantes, la solidaridad entre los iguales o la confraternización, siquiera efímera, entre los dominantes y los dominados. En nuestro caso, al tratarse de una sociedad eminentemente ganadera, los más de estos eventos tenían que ver con el manejo del ganado y, sobre todo, con ocasiones en que se necesitaba la colaboración de gentes que no eran las que habitualmente bregaban con esos animales. En este sentido encontramos hechos como el pesaje y la castración de los cochinos, el desrabe de las borregas o el herraje de los becerros que, como ya quedó consignado, se convertían en una celebración en muchas fincas y que tenían una evidente dimensión sacrificial en los tres últimos casos⁵.

En el otro polo de la relación entre mundo simbólico y praxis tenemos la utilización de la religión por las comunidades locales para sus propósitos de interacción con el medio. Como en otros sistemas proyectivos, en la religión y en los mitos podemos rastrear importantes aspectos de la ecología y de los cambios en el medio. Por ser de sobra conocidos no voy a referirme a hechos como la sobresaliente presen-

⁵ Estos hechos analizados en mi investigación en los tres pueblos se confirman en el resto de pueblos de la comarca de Tentudía, y en su interpretación coincido con Antonio Luis Díaz, que ha ahondado en el trabajo sobre la memoria colectiva de Tentudía, cuyos resultados se publicarán próximamente.

cia de la trilogía mediterránea, trigo, vid y olivo, en la religión cristiana o los tabúes sobre el cerdo entre judíos y musulmanes y sobre la carne de vaca en el hinduismo. Por ir aproximándonos más a nuestro caso concreto, en las sociedades campesinas encontramos continuas relaciones entre lo sagrado y el medio natural, entre la religión y la producción. La religión, o la religiosidad, ha sido un medio del que se han servido las culturas no letradas para codificar sus conocimientos acerca de múltiples aspectos de la vida, de la producción y la reproducción, tanto de la sociedad como de los individuos (Iturra, 1993). Podemos ver una superposición de calendarios agrícolas, rituales y astronómicos en muchas culturas (Toledo, s.p.). La religión, como explicación de la naturaleza y la sociedad cubrió la función que hoy cumple la ciencia a este respecto, y a través de ella se ha querido mantener regulado el ecosistema (Rappaport, 1987).

En nuestro caso, no podemos pretender encontrar cosmogonías ni formas religiosas específicas de los campesinos de la zona de estudio que expliquen el funcionamiento de la naturaleza y sus ciclos, como sucede por ejemplo entre los campesinos de grupos étnicos de América Latina que tan interesantes son para la agroecología. Estamos ante comunidades rurales que forman parte de una sociedad mayor y que participan, aunque con algunas matizaciones, del conocimiento sobre el mundo de esa sociedad, de las interpretaciones, siquiera en su versión más vulgarizada, de la ciencia occidental. Ahora bien, existe, o ha existido, una evidente utilización de la religión para los intereses antes mentados de apropiación de la naturaleza, de manejo de los recursos. Los santos han sido tradicionalmente mediadores entre las gentes y la divinidad en la consecución de objetivos tanto personales como colectivos, sobre todo en las culturas cristianas mediterráneas. Entre estos objetivos, los relacionados con el campo han sido evidentemente de los más importantes en sociedades agrarias como la que nos ocupa. De ahí las rogativas impetrando la lluvia a los santos y vírgenes, de las cuales se constatan algunas en la época que hemos estudiado. Peticiones de este tipo, pidiendo un buen año, tenían lugar de manera genérica en algunas celebraciones, como las misas de San Isidro o

el día de la Cruz. En los archivos encontramos referencias a votos que hicieron los pueblos de Montemolín y la Puebla ante determinadas plagas de langosta y en éste último cuenta la tradición cómo una plaga de éstas se detuvo antes de entrar en los campos de la Puebla tras rezar para ello a las Sagradas Reliquias, la devoción emblemática de la comunidad.

La vinculación entre esta advocación de la Puebla y el campo también se plasma en la leyenda de que cuando llevaran al pueblo dichas reliquias, la mula que las portaba cayó muerta en el puerto que daba vista al pueblo y que en las bellotas de la encina donde murió el animal se podía ver cada año la imagen de las Reliquias. Lo mismo sucede con la historia que narra la aparición de Santa María de Navas o Santa María la Zapatera, que habría sido a un pastor. Estas apariciones son muy características de zonas baldías, con competencias por los pastos (Christian, 1978) como lo fue la de Santa María en otros tiempos, en lo más remoto de la inmensa dehesa de Calilla, terreno común de las Cinco Villas de la Orden de Santiago. De tales contenidos nos dan prueba cierta algunos datos, como las referencias que hallamos en los archivos parroquiales de Montemolín al enfrentamiento entre los alcaldes de la Puebla y Montemolín, y entre este municipio y los vecinos de la Puebla que, desoyendo una prohibición expresa, ponían las imágenes de sus santos en la ermita de Santa María de Navas⁶.

Estas pugnas plasmadas en cuestiones religiosas suelen tener como trasunto luchas por la preeminencia sobre el territorio, dándose casos, históricos y actuales, de afirmaciones de dominio sobre un lugar a través de la colocación de imágenes religiosas asociadas a la

⁶ La localización exacta hoy en día del manuscrito que contiene esa información no la puedo determinar pues casualmente di con ella en el curso de otra investigación en los archivos parroquiales de Montemolín, entonces desordenados. Lo mismo puede decirse de los documentos relativos a la pugna entre vecinos de Llerena y Montemolín acerca de la ermita en Pallares y de la fiesta de Pentecostés en Santa María de Navas, a los que se aludirá más tarde.

comunidad que lo reivindica. No olvidemos, en este caso, que Santa María está considerablemente más cerca de la Puebla que de Montemolín y que es una isla de este municipio en el término municipal de Monesterio, status quo al que se llegaría después de no pocos forcejeos.

En el caso de Pallares, que no tuvo iglesia hasta finales del siglo XVIII, nos encontramos con la prohibición de las autoridades de Montemolín a vecinos de Llerena de consagrar allí una ermita. Recordemos que la localidad de Llerena no tenía entidad alguna cuando la conquista santiaguista y, al son de la relevancia que llegó a tener en la Baja Extremadura, fue expandiéndose territorialmente a costa, entre otros, del territorio de Montemolín. Las tierras y paisajes de Pallares, sobre todo de los alrededores del pueblo, eran bienpreciados para la aristocracia llerenense como lugar de recreo, y tenía en ellas casas de campo (López, 1992). Tan es así que aun queda el dicho de que para ser alguien en Llerena había que tener un balcón en la Semana Santa, un palco en los toros y una casa en Pallares⁷. La prohibición de consagrar ermita por parte de gentes de Llerena, y quién sabe con qué advocación, sería así una manera de impedir que simbólicamente se refrendara el dominio de Llerena sobre los campos y viñas de Pallares.

En otro orden de cosas, de sobra son conocidas las relaciones entre el calendario religioso y el agrario, la utilización que en las sociedades rurales se hace del santoral como guía para los distintos momentos del ciclo productivo y de la naturaleza. Para empezar, de forma más general, tenemos una primera correlación entre fiestas patronales y ciclo agrícola y ganadero, pues las fiestas de los tres pueblos, por una u otra razón, temían y tienen lugar en el periodo de menor trabajo en el campo, en el veranillo: el 30 de agosto en Santa María, el 10 de septiembre en Pallares y el 14 del mismo mes en la Puebla⁸. En alguna medida podría hablarse de simple coincidencia,

⁷ Agradezco a Luis Garraín la información que me ha ofrecido sobre este particular y en general sobre todo cuanto se refiere a la Llerena.

pero no creemos que, en general, se trate de eso pues podemos ver cómo algunos cambios en las fechas de fiestas tienen como trasunto cambios ecológicos.

El caso más significativo es el de Pallares, que tiene por patrona a Santa María Magdalena, cuya festividad señala el santoral el 22 de julio. Según la tradición oral, en ese día se celebraban antiguamente las fiestas, sin que ninguno de los habitantes del pueblo, sus padres, abuelos o bisabuelos, llegara a conocerlo. Ello no obstante, es muy significativo el motivo de dicho cambio de fechas, que la memoria colectiva quiere que fueran los incendios que los cohetes de las celebraciones provocaban en las eras. Llamaría la atención que un hecho de este tipo provocase tal cambio pues cabría preguntarse si estos fuegos habían tenido lugar siempre, si no podían evitarse de alguna manera. Sin entrar en esos detalles, lo que sí resulta congruente es que tal cambio se produjese habida cuenta de las transformaciones en el agroecosistema de Pallares. En efecto, como atestiguan los datos históricos⁸, Pallares fue, desde que se tienen noticias de su existencia, allá por el siglo XIV cuando menos, tierra de viñas. Su decadencia empezó en el siglo XIX, bien por agotamiento o bien por la crisis general de los viñedos españoles en esa centuria, con las epidemias de filoxera sobre todo. Las viñas fueron sustituidas por los olivares y por las dehesas, que experimentarían una gran expansión o, cuando menos, una inten-

⁸ Esta misma relación entre fiestas patronales y agrosistemas la constatamos en otros lugares de la comarca de Tentudía y así, en los pueblos de la dehesa existe una tendencia a celebrar a las patronas o patronos hacia los veranillo: Calera de León, Monesterio y Bodonal de la Sierra el 8 de septiembre y Segura de León el 14 de septiembre, si bien es cierto que Fuentes de León tiene su principal fiesta en el Corpus y Cabeza la Vaca en las Cruces de Mayo. Las fiestas de Montemolín, Fuente-decantos y Bienvenida, que no son tierras de dehesa, sino tierras calmas o de viñedos, festejan a finales de junio, julio y agosto.

⁹ Acerca de la importancia de las viñas en la zona de Pallares son abundosos los datos de los archivos municipales de Montemolín. También podemos encontrar información en Madoz, López y el Interrogatorio de la Real Audiencia de Extremadura.

sificación en su explotación, a raíz de la Desamortización, sobre todo con la enajenación al pueblo de Los Cotos y de las tierras de pastos de la Mancomunidad de las Cinco Villas, una parte de las cuales rodeaban el pueblo. La fiesta de Santa María Magdalena, el 22 de julio, tras el cambio de cultivo, tendría lugar justo en el tiempo de trabajo en las eras (a cuyo incendio alude la tradición oral como motivo del cambio), en torno a las que habría mayor actividad debido a la expansión de los cultivos. El traslado se haría al 10 de septiembre, tiempo de menor trabajo, tanto en la dehesa como en el olivar.

En Santa María también constatamos un cambio, sin que podamos saber tampoco a cuándo se remonta. La única información con que contamos acerca de la antigua fecha es la que nos ofrecen los archivos parroquiales de Montemolín, cuando hacen referencia al traslado de los curas de este pueblo hasta Santa María para celebrar las fiestas en honor de la Virgen que da nombre al pueblo y que tenían lugar el día de Pentecostés. En Santa María no hubo la importante economía de las viñas que se dio en Pallares y la mayor parte de su entorno hasta el siglo pasado fueron terrenos baldíos, de mucho monte, de pastos y caza (Madoz, 1845; López, 1992), en los que luego se fue intensificando la explotación agrícola con la dehesa. En cualquier caso, el cambio de fiesta se hace al 30 de agosto, al veranillo, con lo que también se compadece con la idea expuesta para el caso de Pallares, pues la intensificación del uso agrícola, de los cultivos extensivos de secano, conlleva un período punta de trabajo en la recolección del grano a finales de primavera en que, en fecha variable, se celebra Pentecostés, mientras que el veranillo es el tiempo de menor intensidad de faenas. La primavera, como veremos, es tiempo de fiestas, pero más bien puntuales, de un día por ejemplo, que de varios días en que haya que interrumpir el trabajo para celebraciones de varias jornadas y sus preparativos.

En la Puebla, la fiesta de las Sagradas Reliquias se celebra desde finales del siglo XVIII, en que el Conde de la Puebla, antiguo señor del pueblo y dueño de grandes dominios en la zona, hizo traer las reliquias de un Lignum Crucis para ser veneradas en la parroquia. No

sabemos en qué fechas se celebrarían anteriormente las fiestas mayores pero, en cualquier caso, la conmemoración de las fiestas en el día marcado por la Iglesia para la Exaltación de la Cruz, el 14 de septiembre, vino a cuadrar con este tiempo propicio a que nos referimos. Ya vimos cómo esos días de relativa ociosidad para los campesinos, el veranillo, lo ocupaban en hacer arreglos pendientes o, por ejemplo, estercar y los jornaleros se afanaban en el tiempo anterior a la fiesta para hacer algún boliche y poder disponer con la venta del carbón de algunas perrillas para estas celebraciones.

Arrancando con las fiestas patronales como hitos señeros, vamos a empezar así el recorrido por el santoral y el ciclo agrícola. En efecto, el final de estas fiestas marcaba tradicionalmente el inicio del año agrícola y el comienzo de algunas labores para la siembra, por lo menos de las especies más tempranas. También, en algunos casos, empezaba a caerse ya alguna bellota, de quejigos y alcornoques sobre todo pero también la bellota *melosa* de algunas encinas, como se recuerda en Pallares. San Mateo, el 21 de septiembre, comienzo del otoño astronómico, era también fecha de referencia para la gente del campo, en torno a la cual se esperan las primeras aguas: "*La otoñá verdadera, por San Mateo la primera*". En cualquier caso sólo tenía el día de este santo un valor de fijación de referencia temporal, de fecha, pues no se celebraba nunca de ningún otro modo. El lugar más próximo donde se celebra una fiesta por San Mateo, con feria de ganado antaño, es Fregenal de la Sierra, pueblo distante unos 50 kilómetros y con el que apenas ha habido relación históricamente en la zona. En cualquier caso, en torno a los solsticios y equinoccios hay siempre algún día recordado o señalado del santoral, como es este caso de San Mateo para el otoño, la Nochebuena para el invierno, San José en primavera o San Juan en verano, recordándonos el cambio de estación y lo que con ello se espera para el campo y la vida de las gentes en general.

En San Miguel, el 29 de septiembre, si no en estos pueblos sí había fiestas en Zafra y Llerena, a cuyas ferias de ganado acudían gentes de la zona. Hemos visto cómo San Miguel era la fecha de inicio y fin del

año agrícola y ganadero, en que vencían los contratos y acuerdos de diverso tipo. En San Miguel se hacían tratos no sólo para la compra de ganado en los rodeos sino también de otro tipo, por ejemplo de cochinos gordos para vender a final de montanera o arrendamientos de la bellota. Después de San Miguel, en fin, comenzaba la paridera de cabras y ovejas y se retiraban los sementales.

La fiesta del Pilar o de la Hispanidad no se relacionaba en modo alguno con la agricultura ni la vida del pueblo, más que por ser festividad oficial en España. Cosa distinta era la entrada de noviembre. En efecto, al ser la de la encina la producción preponderante con diferencia y estar su bellota bien madura o *curada* en noviembre, se fijaba el inicio de la montanera, la entrada de los cochinos en la bellota, en la festividad de Todos los Santos, aquí llamada *Los Tosantos*. Como ya hemos dicho, esta fiesta tenía un innegable significado ecológico pues se relacionaba con la maduración y recogida de los frutos (y de su acopio para el invierno) y, así, las gentes regalaban, sobre todo con membrillos, higos pasados, castañas, granadas, uvas, etc., a los niños que ese día, tras la misa, iban llamando de casa en casa a la voz de "*Los Tosantos*". Aparte de esto encontramos un refrán que reza: "*Dichoso el mes que entra con Tosantos y sale con San Andrés*".

El día de los difuntos, que se conmemora al día siguiente de los Tosantos, y que puede guardar relación con la muerte o más bien el letargo o parón vegetativo de las plantas durante el invierno, quedaba en parte contrarrestado con estos otros contenidos productivos de los Tosantos. Hay que tener en cuenta que en un sistema de uso múltiple, en una cultura ganadera y forestal como ésta, el otoño y el invierno, con la recolección de la bellota (y la aceituna por otra parte) y con las paridera, no supone un parón tan grande en el ciclo anual como en otras culturas más sujetas a la estacionalidad, sobre todo en climas más fríos. Recordemos también que a diferencia de las áreas de vegetación aestilignosa, de los bosques de hoja caduca y nieves, de climas húmedos y más fríos, el otoño e invierno no tienen una tan fuerte carga de parón o letargo. Ya vimos que la palabra otoñada refería a llegada de las aguas, de la lluvia, principio de vida frente al agotador

estío, de renacer de la vegetación, de la hierba, puesto que los árboles en general no pierden la hoja. También dejamos dicho que el verbo otoñar quiere decir nacer la hierba y el sustantivo otoño no da nombre sólo a una estación sino que refiere a la hierba que nace, ya sea alimento del ganado o retoño de los cultivos.

La celebración de los *Tosantos* estaba ligada con la del día siguiente, los Difuntos. Así, en Pallares, los monaguillos se comían los *Tosantos* en el campanario de la iglesia durante el día y por la noche continuaban la celebración y tocaban las campanas a difunto para el día siguiente. No constatamos aquí la costumbre que refiere Mauricio Catani en la inminente publicación sobre la Memoria colectiva de Tentudía de comer los Tosantos o Chaquetía cerca del cementerio, como una especie de comunión, una manera de compartir la comida con los muertos, de dar continuidad a la comunidad a lo largo de las generaciones.

La siguiente fecha señera en el santoral era la de la Inmaculada Concepción, llamada aquí la Pura y a la que también llamaban, al menos en la Puebla, la Virgen de la Montanera, por celebrarse en plena época de la bellota. En esa fecha solía vedarse a los cochinos la entrada en los sembrados y empezaba la recolección de la aceituna. Según un refrán: "*Por Santa Lucía no hay melón malo ni uva podría*", aludiendo a que hasta esa fecha más o menos, el 13 de diciembre, se podían conservar bien los frutos que se colgaban en el techo para irlos consumiendo. Hay que tener en cuenta que antaño la única fruta de que se podía disponer era aquella que se daba en el verano y, por tanto, había que mirar por conservarla lo más posible si se quería consumir más adelante.

Las fiestas de la Navidad no tenían en la zona unas marcadas peculiaridades, sino que se inscribían en la tradición cultural española de celebración del nacimiento del Hijo de Dios, relacionado también con el solsticio de invierno y ese parón vegetativo. Es una fiesta de referencias solares, reflejadas en las hogueras que en otros lugares se hacen o en letras de villancicos que han sido abordadas desde antaño por la antropología y por lo cual no vamos a insistir en ello. Por su

relación con el campo habría que apuntar que las fiestas eran ocasión propicia para la venta de pavos y pollos de las fincas y, en cualquier caso, para el sacrificio de los mismos. El refrán que reza *"Por la vendimia vende tu gallina y por Navidad vuelve la a comprar"*, refiere al hecho de que por entonces las gallinas volvían a poner huevos y, en algunos casos, se empezaban a echar huevos a las gallinas o pavas cluecas para sacar crías. Tras el Año Nuevo o el día de Reyes podía comenzar la tala de la encina.

"Por San Sebastián, una hora más", nos indica evidentemente que los días se van haciendo más largos, ya camino de febrero, de cuyo comienzo nos avisa bien el santoral: *"Santa Brígida el primero, el segundo candelero y el tercero garganero"*. De la santa sólo tenemos noticias en la zona por este refrán. El garganero es San Blas, abogado de las enfermedades de garganta, que en tiempos lejanos tuvo predicamento en la zona y posteriormente sólo se siguió celebrando en la vecina Montemolín, donde tiene ermita y su día es fiesta local. En Pallares al menos, era día en que se vendían las roscas de San Blas, hechas de pan y que podían llevar dentro un huevo. Además, tenemos el refrán más extendido de *"Por San Blas la cigüeña verás"*.

Pero la principal celebración de las tres, sobre todo en Pallares, era el segundo día, el candelero, en referencia al día de las candelas. Con las ramas de las encinas y olivos que se estaban podando se hacía las hogueras del día de la Candelaria, el 2 de febrero. Concretamente en Pallares, existía una fuerte rivalidad entre las dos candelas que se hacían, una en la Plaza y otra en el Altozano. Aunque esta división no era una división exacta en ricos y pobres, pues al hacerse la adscripción de los dos bandos por zonas del pueblo, por calles, en ellas podía vivir gente de diversa condición, sí se reflejaba como polaridad la diferenciación entre los acomodados y los menos pudientes, entre los propietarios y los jornaleros, teniendo como núcleos de referencia de la polaridad la Plaza, donde se ubicaban propietarios, y la calle de la Puebla, de población totalmente jornalera y que era la de más peso en el bando del Altozano. Los niños de uno y otro lado iban al campo, a las talas, a buscar leña menuda por ver quién hacía la candela más

grande. Salvo raras excepciones, ganaba la candela del Altozano, que contaba con mayor número de muchachos, más acostumbrados a andar por los campos y a las tareas de diverso tipo en él. Era este triunfo una suerte de negación simbólica de la realidad del pueblo, de la situación de unos y otros.

En esta fiesta, relacionada según la religión católica con la purificación, y con el fuego como su exponente, encontramos un trasfondo ecológico evidente en la preparación para el renacer y la revitalización de los árboles, la poda de encinas y olivos por esa época, así como de las viñas antaño, que se recomendaba podar por las candelas, al menos en Pallares. A veces se llegaban a quemar los capachos o esteras de la molturación de la aceituna, que ya debía ir tocando a su fin. Como hemos dicho, en la procesión de la Virgen de la Candelaria se podía pronosticar el cariz del año agrícola, dependiendo de si la Virgen entraba en la iglesia con la vela encendida o apagada, lo que nos refuerza la idea de preparación para el nuevo ciclo.

Un hito importante en el calendario agrícola y ganadero era el día de San José, que marcaba el inicio de la primavera. En esa fecha terminaban las talas, pues empezaba a correr la savia, y también se desrababan las borregas. Asimismo era la fecha en torno a la cual se prescribía la siembra de los cultivos de primavera, como los garbanzos o las patatas. Se consideraba que por San José ya estaban los berros demasiado duros y picantes para comerlos, que *"ya los ha cagado el cuco"*. También reza el refrán *"San José le da la voz al cuco y San Juan se la vuelve a quitar"*.

Estos momentos críticos del año, del inicio de la primavera, eran señalados en el refranero popular con reiteración, como ya quedó dicho. Como también hemos visto antes, al igual que las heladas, los aires de esas fechas eran temidos y así nos los hace ver el refrán de *"El cabrón de San José y la puta de la Encarnación se llevaron las habas del cura"*, en referencia a lo ventoso de esas fechas y los daños que ello puede traer a las cosechas. El día de la Encarnación, el 25 de abril, se tomaba históricamente como referencia en la Puebla para poder hacer las labores de barbecho en la finca La Matilla, en la que los veci-

nos tenían el derecho exclusivo de sembrar cada ocho años, sin que los propietarios pudieran hacerlo en ningún año (Acosta, 1992).

La primavera, con la llegada del buen tiempo, el esplendor de los campos y los días más largos, era tiempo de fiestas y de días señeros, muy relacionados con el campo. Ya sabemos de la Semana Santa, de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, por la primera luna de la primavera, como fiesta cargada de significados vitales, de renacer de la vida y la vegetación, en una cultura católica, mediterránea. Es una fiesta donde están presentes la luz, las flores y ramos como exponente de todo ello. La naturaleza irrumpe en los pueblos, simbolizada en los ramos de olivo y palmas el Domingo de Ramos, que por contacto con los símbolos religiosos, en un contexto cultural, fuertemente simbólico y sacralizado, se convierten también en símbolo. Pierden su referente únicamente ecológico o biológico y pasan a ser un elemento marcadamente cultural y simbólico. No se podrán tirar los ramos y palmas bendecidos, transformados por la cultura, por el pueblo y el especialista religioso, sino que habrán de ser quemados para detraerlos de cualquier posible uso no simbólico y religioso. Nuestra interpretación de este ritual es que se representará así el proceso de apropiación de la naturaleza por parte de la sociedad, de artificialización del medio a través de la cultura para conformar los agroecosistemas y construir sobre ellos el universo social de la comunidad, el orden de las cosas¹⁰.

La vinculación con el campo era muy evidente en las jiras, en las celebraciones en el campo el Domingo de Resurrección o el Lunes de Pascua, según el pueblo de que se trate. Las gentes se iban a las orillas de algún río a comer y divertirse, como hemos de ver con más detalle en páginas siguientes.

¹⁰ En el caso del área de dehesa de la Sierra Morena occidental, la más clara y rica manifestación de procesos de este tipo es la fiesta de las Cruces de Berrocal (Huelva), desarrollada en torno a elementos más específicos de las dehesas. En ella el elemento natural que se toma como referente y materia para todo el proceso de culturización y simbolización es el romero, que se hace entrar en el pueblo tras distintas fases de acercamiento o domesticación, para clavar sobre él el estandarte de

Quiere ir terminando abril, que se espera de lluvias redentoras, con el dicho de "*San Marcos riega el charco*". Es la única referencia a este santo en la zona que, sin embargo, era bien festejado el 25 de abril en la próxima Calera de León, que lo tiene por patrono, y era celebrado también, aunque en menor medida en Monesterio. Hay que recordar que el de San Marcos era el Priorato de la provincia de León de la Orden de Santiago que englobaba a todos estos pueblos.

No era casual la gran cantidad de fiestas en mayo. Como Caro Baroja nos dejó dicho, si algo tendrá el agua cuando se bendice, algo tendrá mayo cuando tanta fiesta lo engalana (Caro, 1979:81). La plenitud de la primavera, el apogeo de la regeneración de la vida, es tiempo de exaltación de la naturaleza, de las flores, época propicia para la fiesta. También es el mes de María para la Iglesia en el que, por ejemplo, se llevaban flores a las iglesias y a las escuelas y en ellas tenían lugar rezos y cantos. En este mes se constata un gran número de celebraciones: principiando por el día de la Cruz, siguiendo con la Virgen de Fátima, la romería de San Isidro y, dependiendo del calendario, el día de la Ascensión o el Corpus Christi, además de las mentadas celebraciones del mes de María.

El día de la Cruz, el 3 de Mayo, era hasta los años cincuenta la segunda fiesta más importante de las locales, y en la que había baile y, en el caso de Pallares, fiesta en el campo, en la Era de la Cruz. Esta fiesta tenía hondas resonancias agrarias, con asociación del Lignum Crucis a los árboles y con profusión de flores y elementos vegetales. En las misas había referencias al campo, a las flores y se rogaba, entre otras cosas, para que se fuera bueno el año agrícola. El día de la Cruz señalaba el momento de echar los sementales a ovejas y cabras y el

la Hermandad. Las mulas, tan importantes en el agrosistema de dehesa como instrumento fundamental de la transformación del medio y la apropiación de los recursos, es un elemento central de la fiesta. A los lomos de las bestias el romero entra en el pueblo para, también sobre las mulas, clavar en él el estandarte. La fertilidad, y con una dimensión androcéntrica, se impone sobre la esterilidad, y la cultura sobre la naturaleza.

inicio de la siega de las cosechas más tempranas. Cuando esta fiesta desapareció, con el Concilio Vaticano Segundo y en parte también con el decaimiento de estos pueblos por la emigración, ya había empezado a ser sustituida en el ciclo festivo por la romería de San Isidro, el 15 de mayo, que comenzó a celebrarse en Pallares en la primera mitad de los años cincuenta, celebrándola conjuntamente con la Puebla en una dehesa entre ambos pueblos y de la que nos ocuparemos más adelante de manera específica por las especiales implicaciones que tiene en ella el campo y por su importancia en el ciclo festivo de los pueblos.

El régimen franquista y la Iglesia dieron gran relevancia, por razones políticas de sobra conocidas, a la Virgen de Fátima, pero con una celebración, el 13 de mayo, restringida al ámbito de los templos. El día de la Ascensión, tras la misa, los jóvenes salían al campo, por grupos y a diferentes lugares y en ellos y durante el camino rezaban los credos. En el caso de Pallares solían volver al pueblo hacia la hora de la comida, aunque por la tarde volvieran a salir y llevaran algo de merienda, por ejemplo peros sanjuaneros, si ya estaban en sazón por ese tiempo. Como entre la Ascensión y el día del Corpus, o Día del Señor, median 21 días, nos señala así el refrán "*Si quieres pollos para el Señor, echa los huevos el día de la Ascensión*".

Era la del Corpus una fiesta con fuertes connotaciones ecológicas, en fecha variable pero siempre en tiempo de cosecha, momento tan importante y que, como bien dice el refrán, era uno de los tres jueves del año que relucen más que el sol. También aquí había importante presencia de la naturaleza, por ejemplo de las espigas y sobre todo de la juncia (algunos hablan del *día de la juncia*) que se cortaba en las orillas de los ríos para alfombrar las puertas y los altares que se colocaban en las calles al paso de la procesión con la custodia. Se celebraba la exaltación de Cristo en un contexto de esplendor solar y del poder generador de los campos, de granazón y recogida de las cosechas.

En ese contexto se situaba también, aunque sin fiesta, San Antonio, el día 13 de junio, fecha hacia la que se segaba en algunos pueblos el

trigo y las habas. También por San Juan se esperaba que estuviesen maduras las peras sanjuaneras, como por Santiago, el 25 de julio, la uva: "*Santiago pinta el vago, pinta la uva que está madura*". Por Santiago venía uno de los celos de las ovejas y cabras y por esa fecha se terminaba la siega. También podía ser momento de arrancar los garbanzos, si no se había hecho ya. Aunque no era fiesta en ninguno de los pueblos, lo era en la vecina Montemolín.

Por la Virgen de agosto se terminaba la era, aunque a veces duraba más, incluso hasta la fiesta patronal de Santa María, pero no era lo frecuente. El de la Virgen de agosto era también tiempo de higos. Luego venía de nuevo septiembre y las fiestas patronales.

En este repaso al calendario hemos visto cómo se halla jalonado de hitos, de fechas que se resaltan a través de la fiesta o el santoral por su pertinencia para el conocimiento y manejo del medio. Evidentemente, estos no eran días del santoral específicos de la zona, ni mucho menos, sino que en la mayoría de los casos eran comunes a bastantes zonas del mediterráneo europeo, a todo el país o a gran parte de él. Lo que sucedía era que había fiestas específicas de estas zonas y otras fiestas o días del santoral que se cargaban con contenidos específicos. En ocasiones eran tiempo de fiesta y celebración, de esparcimiento; en otras eran exclusivamente celebraciones religiosas y, en algunos casos, ni siquiera eso, pues no se dedicaba, por ejemplo, una misa especial, sino que marcaban fechas que se recordaban asociadas a un santo o un nombre. Lo que buscaban las gentes con el subrayado de ciertos días del santoral era connotar el simple registro numérico, y diríamos aséptico e impersonal, de días y meses del año, y cargarlos emotiva, subjetivamente, (subjetividad propia del conocimiento local), hacerlos diferentes como mecanismo cognitivo para recordar y codificar aquellos momentos significativos para el ciclo natural y para la vida de la comunidad (Iturra, 1993).

En ocasiones se trataba de llevar ese registro y asociar a él el conocimiento del medio, los avisos y las instrucciones operacionales para el manejo, la indicación de los momentos oportunos para realizar las labores. En otros casos simplemente eran parámetros significativos en

los que situar acontecimientos de diverso tipo. Cuando además había un ritual en torno a ello, podía ser la ocasión para hacer entrar en él los elementos de la naturaleza, del agroecosistema, dando importancia simbólica a lo que tenía importancia ecológica y económica para las comunidades, como las encinas, la hierba, el agua, los frutos u otros elementos vegetales y animales del entorno, entre los que se incluían también, por ejemplo, los cochinos o borregos que se sacrificaban en las matanzas o calderetas que se hacían.

LA FIESTA EN EL CAMPO

Visto todo lo anterior, vamos a abordar aquí las dos fiestas que se celebraban propiamente en el campo, la jira y la romería de San Isidro. La jira, como dijimos, se celebraba el Domingo de Resurrección o el Lunes de Pascua, según los pueblos. Comparada con la romería, en la jira tenía mayor importancia el campo, los elementos naturales, el agua, por ejemplo, ya que se celebraba junto a los ríos más caudalosos y no había orquesta o bares. Ahora bien, la participación de las gentes era menor, pues era un asunto más bien de jóvenes. Había, por así decirlo, una menor mediatización o artificialización, tenían bastante menos importancia las cuestiones relativas a relaciones entre familias o grupos sociales. Se centraba más en el disfrute del campo y en el juego, era más parecida a un día de campo que a una fiesta en el campo, cual es el caso de la romería.

Su relación con la primavera, el buen tiempo, el renacer de las plantas y el esperable esplendor de naturaleza es evidente. Muy significativa de la relación entre las fiesta de Pascua de Resurrección y de Pascua de Pentecostés con la ecología es el poético nombre que antaño recibían, Pascua Florida la primera y Pascua Granada la segunda. En nuestro caso, la celebración tenía lugar en dehesas. En la Puebla y Santa María se salía al campo por grupos, pero no todo el mundo iba al mismo lugar, aunque había una preferencia por algunos lugares, junto a ríos. En la Puebla se llamaba a este momento de ir al campo, que era sobre todo el domingo pero también algunos iban el lunes, *ir*

a roar el huevo, y que se explica por el hecho de pintar los huevos cocidos de las meriendas de diversos colores y motivos, para que los niños los rodasen por el campo .

Pasando a la romería, hay que reiterar que no se trataba de una fiesta muy antigua, pues como acabamos de ver se inicia en los años cincuenta promovida por el cura de Pallares¹¹. Las fiestas de San Isidro fueron promovidas durante el franquismo por las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos y proliferaron por todo el país (Velasco, 1982). San Isidro, patrón del campo, era la advocación oficial de esta fiesta y a él se le pedía un buen año agrícola en las misas de su día, pero su devoción era poca y se podría decir que incluso era el pretexto, la razón meramente formal para la fiesta. La romería se convirtió en una fecha significativa en la mente de las gentes y que terminó sirviendo también de referencia para las labores de siega o esquila de las ovejas. Lo mismo se puede decir con la siembra de los cultivos de verano, tales como tomates, melones, etc. En cualquier caso, como la jira, era una fiesta de exaltación de la primavera, de desarrollo de la sociabilidad y de reafirmación de las comunidades locales.

Las romerías han tenido un fuerte componente de territorialidad, como podemos ver en el hecho de que tener lugar en zonas liminares entre pueblos. Aunque en los años cincuenta sólo existiese la de Pallares creemos que es interesante aludir al desarrollo posterior de estas fiestas para comprender el componente de territorialidad referido. Así, la romería de Pallares se celebra junto al arroyo que separa los términos municipales de Montemolín, al que pertenecen las tierras de Pallares, y la Puebla. La de la Puebla, tras dejar de hacerse en común con Pallares, tiene lugar hoy en día junto al río que delimita su término frente a los de Fuente del Arco y Casas de Reina. Santa María de Navas, que como vimos es una pequeña isla del tér-

¹¹ La fiesta de San Isidro más antigua de los alrededores es la de Montemolín, de la que tenemos datos desde al menos el siglo XVIII.

mino de Montemolín dentro del de Monesterio, empezó a celebrarla más tarde que Pallares y la celebra muy cerca del pueblo, pero antaño la celebraba en una finca en el límite de ambos términos municipales. Finalmente, Montemolín la hace desde los años setenta junto al arroyo que se considera el límite simbólico del territorio de Pallares y Montemolín, aunque Pallares se englobe en el término municipal de Montemolín. Este es además límite ecológico, donde termina la dehesa y empieza la tierra sin árboles de Montemolín, la pseudoestepa.

La fiesta, expresión de la comunidad por excelencia, tenía lugar en el agroecosistema más característico de la zona, la dehesa. En los pueblos de la zona de estudio tiene una gran importancia la encina como un elemento central en la fiesta, aquel que da sombra y resguardo. Por ejemplo, en Pallares siempre se hizo gala, al menos hasta hace poco, de tener buenas encinas, buena sombra y buen agua en la pradera.

Junto a la jira, la romería fue, desde la desaparición de la fiesta de la Cruz, la fiesta más directamente relacionada con la agricultura y la naturaleza, en la que el paisaje, las encinas, la sombra, las flores, la hierba y el agua tenían un papel primordial y en la que la gente se entregaba a la diversión y la sociabilidad (con diferencias de clase, desde luego) al simple arrimo de todos estos elementos naturales, que eran vividos como un patrimonio común. La jira y la romería eran ocasiones de interrelación colectiva del pueblo con su entorno, con la dehesa. Además de portar información sobre el estado de la comunidad, sobre todo desde el punto de vista económico y demográfico, como sucede en muchos rituales (Rappaport, 1987; Martínez Veiga, 1985), y servir para la comunicación entre sus miembros y el refuerzo de sus relaciones, en ella se contrastaba información sobre el ecosistema. Todo ello en la época en que mejor se puede disfrutar del campo por el tiempo bonancible y en un momento crítico del ciclo anual, tanto por la producción de los campos en la primavera como por la importancia en el ciclo de la arboleda (*"La bellota que no veas en mayo, no la ves en todo el año"*).

De una forma colectiva y compartida se pulsaba el estado del

campo, sobre todo del ciclo vegetativo y la meteorología, el caudal de los cursos de agua, el estado de la arboleda y las praderas, la posible producción, etc. Aunque primaran más las cuestiones sociales, la interrelación entre los actores, tanto del mismo pueblo como de pueblos vecinos, a los que se invitaba y con los que se convivía si eran amigos, no es en absoluto desdeñable el hecho de que fuera en el campo, en un entorno y un paisaje que se consideraba propio y con el que se identificaban y junto a los árboles emblemáticos de la zona, las encinas. Se trataba de un momento de identificación de los pueblos con sus campos y de interrelación de las gentes en ellos, una interrelación, poco mediatizada por estructuras preestablecidas, como las casas, las calles o los cortijos¹², que comportan en sí relaciones de poder, posiciones sociales diferenciadas.

En cuanto al territorio, había incluso una sobreposición de lo comunitario sobre lo particular pues, aunque se celebrase en una propiedad privada cedida para ese día por el dueño, se daba un sentido de pertenencia de ese territorio al pueblo, con independencia de su amo, especialmente en el caso de la Puebla. La finca La Matilla tiene una considerable carga simbólica para la Puebla y sobre el derecho de siembra de los vecinos se levanta uno de los elementos identitarios del pueblo. Pero a todo ello se añade otro segundo referente de territorialidad, ya que Pallares ha llevado a cabo, de diversas formas, acciones que quieren evidenciar su *dominio* sobre La Matilla. La más clara es la propia celebración de la romería. En efecto, aunque la finca sea término de la Puebla, las gentes de Pallares sienten que es parte del territorio de su pueblo pues, entre otras cosas, la linde de la finca dista alrededor de un kilómetro y medio de Pallares y la relación con esas tierras a través del trabajo y de diferentes formas de uso de los recur-

¹² No obstante, hay que hacer notar que en aquellos años la misa de la romería tenía lugar en el patio del cortijo de la finca, desde cuya arcada del primer piso decía el cura la misa. Al correr de los años esto dejó de ser así y la misa se hizo en la pradera. El resto de la fiesta, lo menos ligado a lo institucional y al control de la fiesta por la jerarquía, en este caso social y religiosa, tenía lugar en la pradera.

sos naturales ha sido históricamente bastante estrecha¹³. La romería la celebraron hasta los años setenta la Puebla y Pallares conjuntamente, aunque el protagonismo y la preeminencia correspondía a Pallares. Hoy en día la celebra Pallares en solitario y la pradera está atravesada por el Arroyo de la Matilla, que es el límite de los términos de Montemolín y la Puebla. Aunque estos hechos que referimos pertenezca a la actualidad, consideramos necesarios relatarlos para comprender ajustadamente lo que alrededor de la fiesta late y latía.

Tras la misa, cada grupo de personas, que tenía como base fundamental el parentesco, se asentaba con su manta bajo una de las encinas, sobre la que cada grupo no tenía más derecho que el que le daba el haberla reservado u ocupado antes, sin que mediaran jerarquías o preeminencias de signo alguno, sino la habilidad, la presteza o el saber, para elegir y hacerlo antes. Valores de uso y personales en definitiva.

En un lugar de la pradera se situaba la orquesta pues los elementos centrales de la fiesta eran la comensalidad, la bebida, la música y el baile. Cada uno de los grupos llevaba su comida y bebida, vino fundamentalmente, e invitaba a los amigos y conocidos a tomar alguna tapa. Además, junto al baile había algunos bares y puestos de diverso tipo. Era por tanto ocasión de reforzar la sociabilidad.

No dejaba de haber en este intercambio de dones, en esta hospitalidad, cierto componente también de ostentación, pero evidentemente no en la forma que ahora se acostumbra. La competencia, la ostentación que antes se daba en las meriendas, tenía sus límites, pre-

¹³ Los contenciosos territoriales sobre esta zona no son sólo estos ni son nuevos, desde luego, como podemos ir rastreando en el hecho de que la Puebla fue un territorio que se desgajó del resto de las tierras de la Orden de Santiago y pasó a ser tierra de señorío al ser entregada por la Corona a Alonso de Cárdenas, a la sazón último maestre de la Orden de Santiago y abuelo del primer Conde de la Puebla del Maestre, en manos de cuya casa siguió la finca hasta 1973. La zona de La Matilla y alrededores fue motivo de un larguísimo pleito entre Montemolín y los señores de la Puebla al menos en los siglos XV y XVI, y que se conoce como el contencioso del deslinde de Villacelumbre.

cisamente en la comida y la bebida, que no sobrepasaba ciertos topes en cantidad y tipo de productos, se hacía sobre la base de recursos tales como el trabajo familiar, el saber hacer en la cocina o en la preparación de los embutidos. Valores de uso, más aptos para la moralización de las relaciones sociales.

La romería tenía también un componente importante en lo que refiere a la relación entre sexos. La fiesta, el baile, el ser en el campo, permitía la relación entre los jóvenes, sobre todo teniendo en cuenta que a ella acudían gentes de los dos pueblos y era ocasión para conocer a muchachos y muchachas. En algunos casos se iniciaban relaciones entre ellos y los muchachos de un pueblo comenzaban a ir al otro para cortejar a las muchachas que habían conocido en la fiesta.

ANÁLISIS Y EVALUACIÓN
DEL ESTADO DE LOS RECURSOS
Y SUS FORMAS DE APROPIACIÓN
EN LA DEHESA TRADICIONAL

LOS VALORES ECOLÓGICOS DE LA DEHESA

Una vez visto el manejo de los distintos recursos, los diferentes procesos de trabajo que tenían lugar en la dehesa tradicional y el conocimiento generado para todo ello, es momento de pasar a realizar una evaluación del agroecosistema en sus vertientes ambiental, económica y social.

Toda actividad agraria es un proceso de apropiación de la naturaleza mediante su artificialización. Supone una ruptura de la madurez de los ecosistemas buscando extraer una energía que no se reinvierte en el propio ecosistema y en su estabilidad. A su vez, para obtener esa energía y para evitar el proceso de retorno a la madurez del ecosistema se precisa invertir energía a través de los procesos de trabajo. Todo este proceso de artificialización y rejuvenecimiento periódico supone siempre una simplificación, una supresión o reducción de la presencia de ciertas especies a favor de la propagación de otras de mayor interés productivo para los humanos. Toda actividad agraria es necesariamente entrópica. Los ecosistemas naturales se convierten en agroecosistemas. Siempre se da una contradicción entre producción y conservación. Los ecosistemas naturales y las situaciones clímax no existen prácticamente en nuestro país, y en lo que refiere al bosque mediterráneo, siempre estaremos hablando de sus series de degradación. Es por ello que sólo podamos hablar de grados de conservación, de madurez, o de estabilidad de los ecosistemas desde un punto de vista

relativo. Esta relatividad refiere a la mayor o menor probidad ecológica de unos agroecosistemas respecto a otros y de esos agroecosistemas respecto a ellos mismos en tiempos anteriores o posteriores. En este sentido, si comparamos a la dehesa con ecosistemas de lugares remotos, no alterados, la valoración de su estado sería inferior a la de aquellos. Si la comparamos con agroecosistemas fuertemente modernizados y tecnificados, saldrá bastante airosa de la comparación. Las mismas consideraciones podemos hacer si comparamos a nuestro agroecosistema con los bosques de la misma zona en siglos pasados y si el referente es la dehesa actual.

Ante la aparición de problemas ambientales de gran envergadura los valores de la dehesa, actual y tradicional, se revelan especialmente importantes. Si en los años cincuenta, a la hora de valorar la dehesa de nuestra zona no se tendría muy en cuenta, por ejemplo, la producción de oxígeno, agua o biodiversidad, una visión actual de aquel agroecosistema, y de su sucesor, no puede por menos que destacarlos ya que esa función ha devenido mucho más importante pues han dejado de desempeñarla otros agroecosistemas y es más crucial para el conjunto del planeta. Algo parecido podría suceder con los problemas ecológicos que presentaba la dehesa tradicional, que a la vista de los actuales podrían resultar de menor cuantía.

Con todo este preámbulo lo que se quiere significar es lo cambiante, y a veces subjetivo, de una valoración que debería ser, idealmente, objetiva. Por ello, lo que pretendemos es poner de manifiesto una serie de fenómenos y hechos constatables pero teniendo en cuenta que la consideración de la magnitud de su importancia va en pareceres sujetos a la valorización o desvalorización que el tiempo hace de las cosas.

Dicho todo eso debemos comenzar destacando que desde el punto de vista ambiental la dehesa tradicional era un agroecosistema de altísimo valor, pues promovía y garantizaba la diversidad y renovabilidad de los recursos con un alto grado de eficiencia energética y era una solución de compromiso entre producción y conservación de un medio frágil. Suponía una inteligente y bien trabada utilización pro-

ductiva de un medio relativamente pobre, sometido a serias limitaciones edafoclimáticas. Los distintos usos y aprovechamientos, y sus diferenciaciones internas, conformaban diversos subsistemas cuya interacción tenía como uno de sus objetivos básicos absorber los efectos de las enormes fluctuaciones climáticas y productivas propias de ambientes mediterráneos (Ruiz, 1986).

Los elementos básicos de la arquitectura de la dehesa tradicional eran la diversidad, la complementariedad con la que a esa diversidad se sacaba partido y finalmente el uso de los recursos del agroecosistema y el empleo de la fuerza de trabajo humana y animal que garantizaban altos niveles de autonomía y eficiencia energética.

Empezando por el primer aspecto, la diversidad aparecía a distintos niveles: diversidad temporal, tanto intraanual como interanual, debido a la estacionalidad y a la rotación de usos de un año a otro; y diversidad espacial, tanto horizontal como vertical. Desde el punto de vista climático y de la producción de recursos, la zona está sometida a una muy fuerte estacionalidad, a situaciones climáticas muy diversas, con un muy pronunciado estiaje y unas temperaturas invernales bajas y largo periodo de heladas que suponen frenos al ciclo vegetativo de las plantas. Tenemos, por tanto, una situación muy cambiante según la época del año, por lo menos en lo que refiere al estrato herbáceo. Otro factor de diversidad lo constituían los distintos estratos de vegetación, herbáceo, arbustivo y arbóreo, introduciendo diversidad tanto horizontal como vertical, ocupando diferentes espacios, trabajando de distinta manera el suelo y tomando la luz del sol, el agua y los nutrientes del suelo a distintos niveles. Pero también era distinta la combinación y la densidad de los tres elementos según el lugar, dependiendo de factores como el suelo o la pendiente. Así, la composición del pastizal variaba según la densidad de la arboleda, la distancia al tronco o al área de influencia de los árboles, etc. Respecto a los distintos usos, tanto desde el punto de vista sincrónico como diacrónico, éstos contribuían sobremanera a la mosaicidad de la dehesa (Parra, F. 1988:48) y su variabilidad temporal. La presencia de especies vegetales pertenecientes a distintos estratos y

con diferencias en cada uno de ellos suponía también diversidad en cuanto a la producción de biomasa de cada una de ellas, de tal manera que la producción de las herbáceas de los pastizales en primavera y otoño se complementaba con la de los cultivos en verano y la de las leñosas en otoño e invierno, amortiguando la estacionalidad antes mencionada y las posibles fluctuaciones. La diversidad de estratos no era más que diversidad en los grados de madurez de los elementos, con un estrato más joven compuesto por las herbáceas y uno más viejo que eran los árboles. Mientras que las labores y el aprovechamiento a diente del ganado acortaban los ciclos de este estrato, lo rejuvenecían continuamente y hacían aparecer con ello excedentes de energía, los estratos más maduros suponían menor producción de biomasa pero eran los que daban estabilidad al sistema. La estrategia de la vegetación de hoja perenne es desarrollar un poderoso sistema de raíces, una resistente fisiología que permite a la planta soportar condiciones climáticas severas en las estaciones favorables de larga duración. Las plantas anuales, por su lado, se caracterizan por ciclos de vida cortos y producción masiva de semillas que permanecen en estado latente hasta la primavera. La combinación de ambas estrategias daba lugar a una gran diversidad florística (Ruiz, 1986). La alta diversidad de especies favorecía la reducción de momentos punta en la producción y prolongaba la estación de máxima productividad.

Un elemento clave de la diversificación ecológica era la propia existencia del arbolado, al modificar el pastizal en cuanto a su composición y también en cuanto a su fenología, absorbiendo en parte de ambas maneras las grandes fluctuaciones del medio, dando mayor estabilidad tanto intra como interanual.

Otra dimensión de la diversidad espacial era la que provenía de la orografía del terreno, con zonas altas y bajas y con distinta exposición al sol. Todo ello comportaba diversidad edáfica, hídrica, de nutrientes y microclimática y diferencias en la producción de biomasa, tanto en cuanto a la cantidad y calidad como a la época de máxima producción y a la disponibilidad de hierbas, más temprana o tar-

día. Igualmente, los usos agroganaderos eran factor de esa diversidad, no sólo por la rotación de hojas sino también por la creación de pastizales tales como el majadal, con una composición bien diferenciada tanto en especies como en fenología.

Finalmente, y sin contar la interacción entre distintas parcelas de dehesa que una misma explotación podía tener en distintos sitios, hay que tener en cuenta la diversidad de unidades de paisaje y ecosistemas de la zona, con la presencia de los olivares, las huertas, las alamedas, las tierras de pasto y labor o las campiñas adyacentes, con las que existía una evidente interacción. El olivar y la campiña eran ecosistemas más jóvenes, que producían excedentes de energía de los que se beneficiaba en parte la dehesa, a través de los animales. En nuestro caso se puede aplicar, parcialmente desde luego, la idea que expone Ojeda en su obra sobre Doñana y su entorno:

"En la agricultura precapitalista los límites entre las distintas unidades paisajísticas no aparecen definidos con claridad, porque estos paisajes no funcionan de forma autónoma e independiente, sino que, a pesar de sus diferencias fisionómicas -geofacies- constituyen un solo conjunto funcional -geosistema-, cuya articulación se basa en los flujos de interrelaciones que se establecen entre ellos." (Ojeda, 1987:291)

Otro pilar básico del agroecosistema era la complementariedad entre esos espacios y recursos diversos. En unos casos se aprovechaba la diversidad y en otros se creaba como manera de conseguir una producción discreta pero sostenida, en una zona con serias limitaciones edafoclimáticas, en la línea de la relación entre marginalidad y diversidad que el mismo Ojeda apunta en su obra y que sería muy característica de las áreas de montaña mediterráneas. Lo que se buscaba no era maximizar la producción de un solo recurso sino optimizar el uso de todos los existentes, para lo que era sumamente interesante a veces más su valor estratégico que productivo. La base del funcionamiento de la dehesa tradicional era la articulación de esta diversidad de elementos y usos, la complementariedad entre ellos y

no la competencia. Es en este sentido que se puede hablar de uso múltiple del territorio, es decir, no era una simple concurrencia fortuita de los distintos aprovechamientos, sino una integración deliberada de los mismos de tal manera que se complementasen entre ellos (McArdle, 1978).

La diversidad y complementariedad era tanto una característica intrínseca de la montaña como una condición indispensable para su funcionamiento. Siguiendo este razonamiento, la tridimensionalidad de la montaña dotaba al paisaje de mayor complejidad que el llano (Parra, J. 1992:100). Esto suponía limitaciones y condiciones más duras a la vez que mayor coste energético del ecosistema en forma de respiración, de energía de mantenimiento. La diversidad es una consecuencia de este hecho, ya que los sistemas ecológicos de montaña han de intentar aumentar su eficiencia ecológica para tratar de disminuir ese coste entrópico. Para ello, y siguiendo a Parra, se interconectan dos niveles de complejidad, uno a nivel de especie y otro a nivel de sistema. Por un lado hay una presión selectiva a nivel de especie que favorece a los individuos energéticamente más eficientes para las condiciones locales por su fisiología. El gradiente entrópico funciona así como motor evolutivo y de biodiversidad. Por otra parte, en cuanto al sistema en su conjunto, la mejora de su eficiencia se conseguirá mediante una distribución de flujos que minimice las pérdidas. Para eso sirve, por ejemplo, el acoplamiento de los ciclos biológicos. Los dos niveles están interconectados pues la selección a nivel de especie depende de la arquitectura del sistema y viceversa. Como consecuencia de ello se da una composición genética específica, articulada en sistemas energéticamente eficientes en las condiciones locales. Ahora bien, el alto coste de mantenimiento supone menores rendimientos, pero sólo si se mira de forma comparativa con el llano y con criterios únicamente economicistas. Ese entramado de la diversidad y esas estrategias antientrópicas dan lugar a un sistema eficiente pero frágil, y regulado por mecanismos de retroalimentación negativa que funcionan en la escala del sistema y cuya eliminación provocaría un colapso (Parra, J. 1992, 103).

Desde el punto de vista energético, la dehesa tradicional mostraba altos niveles de autonomía. Los ecosistemas maduros se caracterizan porque reinvierten todos sus excedentes en sí mismos, su diversidad les da estabilidad y sus bajos excedentes hacen que tengan poca productividad. Por contra, los ecosistemas transformados son los que pueden producir excedentes porque acortan las cadenas tróficas y los flujos de energía, pero a costa de perder diversidad y estabilidad (Parra, F. 1988:15). La dehesa tradicional era una solución de compromiso entre ambos tipos, al mantener elementos maduros y al reemplazar materiales en los usos productivos. Los materiales empleados en los procesos productivos eran renovables en su inmensa mayoría y la energía necesaria lo era también, pues procedía de la fuerza de trabajo humana y animal, o de la naturaleza en el caso del viento en la limpia de las cosechas. Era poca la energía que salía del sistema sin uso alguno, por ejemplo en forma de quema de restos de cosechas o labores.

Podemos suponer un cierto desequilibrio en cuanto al balance de nutrientes y energía entre diferentes áreas. Así, las zonas altas iban cediendo suelo, agua y nutrientes a las partes bajas, por la gravedad y la erosión, y por el tipo de manejo, que hacía que por ejemplo, el ganado pastase las sierras pero no se majadeasen apenas, ni se repusieran nutrientes con estercolado, como sí sucedía en las zonas bajas. En general, hay que tener en cuenta que la reposición de nutrientes por el majadeo o por el estercolado no tenían lugar en todos los puntos de las fincas, cuestión que conviene no olvidar a la hora de hablar de sostenibilidad a largo plazo.

Era también poca la energía que venía de fuera de las fincas y de la zona, que sin embargo exportaba energía en forma de animales, grano, carbón o picón, corcho, pieles, madera, etc., además de mano de obra estacional, aunque fuera poca. En este sentido, aquí se comprueba también la desigual interrelación entre la sierra y el llano, siempre a favor del llano.

Ahora bien, todo este entramado que suponía una alta eficiencia energética en términos generales no sería posible sin un aspecto fun-

damental, el bajo consumo, endosomático y exosomático (Martínez Alier, 1987) de los campesinos y, sobre todo, de los obreros agrícolas.

Acerca de la equidad considerada como un requisito que la agroecología establece para valorar la estabilidad de un agroecosistema, hay que decir que esta brillaba por su ausencia, como podremos ver en el apartado correspondiente a los grupos sociales. En cuanto a la sostenibilidad, no podemos hacer afirmaciones concluyentes, pues es algo para lo que se necesitarían estudios y mediciones muy pormenorizadas acerca de los ciclos energéticos y de nutrientes. Todos los aspectos que hasta ahora hemos repasado son indicios vehementes que apuntan hacia el carácter sostenible del agroecosistema como tal pero hay aspectos, tales como el laboreo de pendientes, el castigo de la arboleda en algunos lugares para el carboneo, los problemas de lagarta y su tratamiento con insecticidas químicos o el incipiente uso de abonos, que plantean algunos interrogantes. De todas formas creemos que, en líneas generales, un agroecosistema como aquel garantizaba una producción discreta y sostenida a lo largo del tiempo.

Como hemos dicho, los procesos de trabajo se llevaban a cabo con una tecnología relativamente simple, poco agresiva con el medio y que era utilizada con la fuerza de trabajo de los hombres y los animales de labor. Los sistemas de manejo suponían un uso racional del suelo, el agua y la materia viva. Empezando por el suelo, su estructura química era conservada gracias a los aportes del estiércol del ganado, la alternancia de cultivos y, en mucha menor medida, las cenizas de las rozas o desbroces, aunque ya estaba extendiéndose el uso de abonos químicos. Como vimos, entre los labradores de entonces se puede encontrar aun un importante acervo de conocimientos y clasificaciones de tipos de suelos de los que se derivaba una serie de normas prácticas para su correcto uso y explotación. Con respecto a la estructura física, aparecían bastantes más problemas. Las roturaciones tenían aspectos positivos, como hemos visto, pero también desencadenaban procesos erosivos. Los cultivos mediterráneos extensivos, con barbechos y largos periodos en que el suelo se halla desprovisto de cubierta vegetal, entrañan de suyo problemas, que aquí se acentuaban por el hecho de que

se roturaban casi todas las pendientes. Como puede comprobarse en el mapa de pendientes (Mapa 4) son pocas las áreas que superan el 20-30% de pendiente media, que es lo que establece Montoya (Montoya, 1989:75) como límite para establecer bosques tipo parque, en nuestro caso dehesas, debiendo dejarse al matorral los espacios por encima de esos límites. Ahora bien, que se controle el matorral no quiere decir que ese control sea mediante laboreo. La mayoría del territorio de nuestra área se sitúa en ese tramo entre el 20 y el 30% y muchas zonas están en su límite superior. Incluso para el resto, el laboreo en esas pendientes no es aconsejable, sobre todo con cierta intensidad y frecuencia. La presencia en ciertas zonas de cistáceas, labiadas y brezos de la que nos hablan los informantes, aunque pudiera deberse a una adaptación natural a suelos de suyo pobres, nos maliciamos que nos esté hablando a favor de un problema de suelos causado por la roza y el laboreo, por esporádicos que éstos fueran.

En general, el efecto del laboreo lo amortiguaba en parte el que el ciclo de roturación era largo y que el arado de vertedera permitía mucha maniobrabilidad y se adaptaba a los distintos tipos de suelo y a las condiciones microtopográficas. En cualquier caso había supuesto un avance erosivo respecto al arado de palo, que no volteaba la tierra. Por otra parte, la erosión laminar y en surco eran en parte corregidas por las calzadas. Si éstas eran menos frecuentes en la dehesa que en las zonas de cultivo sin árboles se debía a que su función la cumplía, en alguna medida, el arbolado. A la orilla de bastantes ríos y barrancos existían alamedas que, además de suministrar madera y suponer otros beneficios, protegían las riberas, al igual que los tamujares y el resto de vegetación de ribera. El pastoreo de los ganaderos con las distintas especies, los desplazamientos diarios y estacionales, impedían que una determinada superficie de terreno tuviera que soportar grandes cargas de ganado durante mucho tiempo. Recoger el ganado de noche evitaba que castigara sus querencias nocturnas, bien nitrogenando en exceso o bien erosionando el terreno, ya que además de buscar siempre las mismas camas, el ganado (salvo el cochino) busca sitios altos y, por tanto, más erosionables. Además, el hecho de que el rebaño fuese

guiado, y marchase abierto, evitaba que los animales hiciesen veredas y erosionaran las laderas. En cualquier caso, y dado que el ganado dependía fundamentalmente de los recursos propios de las fincas, las cargas ganaderas eran relativamente pequeñas. Los daños del ganado sobre el suelo debían limitarse a muy pequeñas áreas en torno alguna majada o aprisco, pero habían de ser de bastante poca cuantía, sobre todo comparado con lo que hoy sucede con naves y cercas pequeñas en torno a cortijos, por ejemplo. Hay que tener en cuenta además que en las fincas en que el ganado salía a la campiña había un descanso para las dehesas, que también veían rebajada la presión tras la primavera, con la venta de las crías de los herbívoros.

Respecto al agua, la mayoría de los usos productivos en la dehesa dependía de las lluvias y de los ciclos hidrológicos naturales y estaban adaptados a las fuertes limitaciones hídricas de la zona. Por ejemplo, en el verano era cuando menor carga de ovino y caprino tenían las fincas, pues se habían vendido las crías. El ganado bebía preferentemente en los ríos y barrancos, en las inmediaciones de fuentes y surgencias y, en menor medida, en pilares a los que llegaba el agua por gravedad. Sólo en momentos muy concretos se le sacaba agua de pozos. No existían motores ni se usaban apenas otros ingenios para extraer agua al ganado de forma masiva y el pastoreo permitía que se pudiese desplazar a los rebaños hasta los puntos de agua según las estaciones. Los cultivos eran de secano y la única agricultura de regadío se practicaba en las huertas y huertos. Estos no eran de gran extensión, se servían de regatos, fuentes o norias, y no suponían ni mucho menos un forzamiento de los acuíferos, ya que ni la cantidad de agua empleada ni la tecnología llevaban a ello.

En aquellos años no se valoraba la importancia de la dehesa y la sierra como torre de aguas respecto a la llanura y el valle, aunque evidentemente era un hecho cierto y para evidenciarlo tenemos la construcción del embalse de El Pintado, que surtía de agua a los regadíos del valle del Guadalquivir.

Pasando a la materia viva, se garantizaba también la conservación y renovación de los recursos bióticos y lo que se buscaba, como

hemos dicho, no era alcanzar una gran cantidad de producción de alguno de ellos sino garantizar una producción discreta pero sostenida de todos a lo largo del tiempo a través de la complementariedad de usos. Así, el laboreo y cultivo controlaban el matorral, beneficiaban a la arboleda, mejoraban los pastos, y proporcionaban alimento al ganado y a la fauna. A su vez, el ganado fertilizaba el suelo, para cultivos y pastos, y contribuía también a controlar el matorral.

Si empezamos por los árboles, es de suyo evidente que estamos ante una arboleda creada por los humanos, mediante un largo proceso de selección de pies y renuevos, que había sido aclarada y, por tanto, no podría tener la estabilidad y diversidad genética de las masas autóctonas. En cuanto a la selección de los renuevos no nos es dado saber si se preferían los brotes de raíz o los nacidos de bellota, con más interés desde el punto de vista de la diversidad genética y longevidad. Ahora bien, estos bosques eran el resultado de la modulación, del manejo de la vegetación espontánea, y aportaban el enorme valor de ésta y sus funciones. Un aspecto interesante por su singularidad y valor es la conformación de esas dehesas mixtas de encinas, quejigos y alcornoques de la zona de Santa María.

Las talas cada cinco años y la técnica del resalveo garantizaban la renovación de la arboleda y el mantenimiento de la producción de bellotas, leña y ramón. Toda poda supone un daño al árbol y cada corte una posible puerta de entrada para insectos y enfermedades. La vida del árbol se acorta necesariamente. Ahora bien, la poda que se hacía parece ser bastante correcta, sobre todo comparada con la actual, en ramas de pequeño grosor. Además, la renovación de los árboles se garantizaba con el resalveo. El aspecto más negativo eran las podas abusivas debido al interés por el carbón pues, aunque esto se consideraba una práctica incorrecta en el modelo de manejo de la dehesa, no por ello dejaba de existir como problema en algunos casos, sobre todo a principios de la década.

La arboleda daba al ganado y la fauna protección y alimento y, aunque las hierbas que crecen bajo los árboles son de peor calidad debido al sombreado, ese suelo recibía materia orgánica de la encina

y las hierbas tenían sin embargo un alto valor estratégico en estas zonas áridas, ya que mantenían su verdor más tiempo que las soleadas. Al podar los árboles inmediatamente antes de cultivar bajo ellos, también se reducían en parte esos efectos negativos de la sombra. En suelos tan pobres y carentes de agua, los árboles, con su sistema de raíces, llevaban a la superficie agua, nutrientes y bases del subsuelo, ofreciéndolas a las cortas raíces de las plantas del pastizal. Además, con su aporte de hojas y cascabullos corregían algo las deficiencias del suelo (Parra, F., 1988: 33) El mantillo que se creaba en torno a la encina, rico en microorganismos, aumentaba la productividad del suelo y facilitaba la filtración del agua, cediéndola en los periodos secos. Los árboles defendían de los hielos y la insolación excesiva, amortiguaban la temperatura, aumentaban la humedad relativa del aire, mantenían una humedad relativa que al condensarse refrescaba el terreno y lo abonaba con sales disueltas. Los árboles hacían también de cortavientos y mejoraban la calidad del aire con su gran producción de oxígeno. Finalmente, la arboleda protegía la superficie de la erosión, frenaba la energía cinética de las gotas, las pulverizaba y dosificaba, favoreciendo su absorción (VV.AA, 1995:231). Además de la influencia de la encina sobre la composición del pasto, la diversidad a la que daba lugar, el ser una barrera contra la roturación cerca del tronco hacía que quedasen teselas sin roturar, con interés botánico (Parra, F. 1988: 48).

El gran sacrificio en el proceso de conformación de las dehesas era el estrato arbustivo, el matorral. Respecto al bosque climácico, su supresión conllevaba una pérdida de diversidad específica. Ahora bien, hay que tener en cuenta que el pastizal terminaba siendo más diverso en especies que el matorral. Especial mención merece el retroceso de las especies nobles de matorral, de las más palatables, ante el avance del pastoreo y el laboreo. Sin embargo, como decimos, en la mayoría de los casos no desaparecían sino que prosperaban al amparo de ámbitos específicos, zonas más difíciles, lindes, rocas, etc., y en algunos casos y zonas seguían mezcladas con las especies de la arboleda, cual es el caso, por ejemplo, de los acebuches. Por el manejo

que se hacía, sobre todo por el laboreo, las especies más abundantes, al menos las que conformaban extensiones continuas, eran las del matorral menos noble, las cistáceas y brezos, sobre todo, aunque podían cumplir la función de ser pioneras y proteger en cierta medida el suelo en las zonas de más pendiente. Como queda dicho, la desaparición del matorral por el laboreo y la roza suponía un problema ecológico en lugares determinados.

Ahora bien, el que las dehesas estuvieran limpias de matorral y el hecho de que hubiese guardas y mucha población diseminada por las fincas, que pudieran sofocar enseguida cualquier foco de llamas, hacía que raramente hubiera incendios forestales. El principal problema a este respecto podía estar relacionado con las rozas, pero más bien por la quema de algunos árboles concretos o renuevos. En cualquier caso, el tratarse de especies vegetales autóctonas, y por ello adaptadas a la sequedad y a la reacción ante el fuego, disminuía los posibles problemas provocados por los incendios.

La ganadería suponía también selección genética, y efecto de *pool de genes*, sobre todo si se tiene en cuenta que parecía no haber demasiado cambio de ganado reproductor en las fincas para evitar la consanguinidad. Incluso buscar en las ganaderías el mismo pelo o el que no hubiera ni una raya en el cuerno de un animal suponía restar variedad, pero el mantenimiento de las razas autóctonas en cada lugar suponía una aportación de diversidad al conjunto del país

Una cuestión tremendamente importante en la dehesa tradicional era que, a diferencia de lo que sucede hoy, lo que se daba era una adaptación del manejo al medio, y no al revés, la transformación del medio para adaptarlo a las formas de producción que la agricultura industrial e inespecífica requiere. Esto lo podemos ver en el asunto de los cultivos y los usos específicos de cada espacio, para los que se empleaban además las especies y variedades de semillas precisas. Pero también lo vemos con el ganado, pues la presencia de cada especie animal venía dada por las aptitudes que cada zona o finca ofrecía para ellas. Así, la cabra se daba en las sierras más fragosas, la vaca en las zonas con mucha vegetación de ribera, el omnipresente cochino

se ajustaba al potencial productivo de los encinares y la oveja prefería zonas llanas, aunque por la necesidad ecológica de renuevo de nutrientes podía estar por doquier¹⁴. En las fincas convivían diversas especies aprovechando cada una de ellas una clase de recurso, por ejemplo un tipo de hierba diferente, basta y dura los équidos, corta y leguminosa la oveja, alta la vaca o hierba de majadal el cochino.

Partiendo de esa lógica, el ganado era uno de los principales elementos de articulación de usos y de espacios. Gracias a su movilidad, a los desplazamientos que con él hacían los ganaderos, podía aprovechar recursos en distintos lugares y distintas épocas del año, en los momentos de máxima producción o cuando tuvieran una importancia estratégica. Se alimentaba no sólo de la hierba sino de los productos y subproductos de los cultivos y de los árboles y arbustos, e incluso de los resultantes de ciertos procesos de transformación, cual era el caso del suero del queso, el afrecho de la molienda o el orujo de la aceituna. Los animales transformaban en una proteína de alta calidad y en productos diversos aquellos recursos que los humanos no podían aprovechar directamente. Eran sumideros, acumuladores, máquinas transformadoras y, en el caso de las bestias de labor, generadoras de energía.

Los ciclos ganaderos se acompañaban con los ciclos naturales y las máximas cargas ganadera coincidían con las puntas de producción de biomasa. Así, a través del control de parideras, se conseguía que las crías aprovecharan las épocas de máxima producción de hierbas, se engordaban sin alimentación adicional y se podían echar fuera antes de que viniera la escasez, a finales de primavera que, además, era cuando menos agua había.

El ritmo de crecimiento de las razas autóctonas se acompañaba también con el ritmo de producción de la dehesa: cantidades discre-

¹⁴ Recordemos que hablamos de una localización geográfica, de grandes zonas de presencia de cada animal, que luego había de ser matizada por consideraciones tales como la estructura de la propiedad, el tamaño de la finca y la mano de obra disponible.

tas de producción de alimento en largos periodos. Las mismas o distintas especies aprovechaban los recursos que se iban sucediendo a lo largo del año: hierbas, forraje y floración del matorral en primavera; grano, paja y pasto en verano; bellotas en la montanera (otoño-invierno); y hierbas y ramón en invierno. La custodia y conducción de los animales por los ganaderos permitía un aprovechamiento más integral de los recursos y cambios constantes en el pastoreo, teniendo en cuenta la concurrencia coyuntural de factores de todo tipo, condiciones climáticas y microclimáticas, topografía y exposición del terreno, labores agrícolas y forestales y un minucioso etcétera.

Los ciclos agrarios también se adaptaban a las difíciles condiciones edafoclimáticas de la zona y por ello los cultivos eran extensivos de secano con periodos de descanso largos para no esquilmar el suelo y, a su vez, permitir la existencia de pastos para el ganado. Los cultivos de leguminosas el segundo año servían para aportar nitrógeno al suelo. El cultivo se pensaba de tal forma que en cada espacio concreto de terreno se sembrara la especie o variedad que mejor se adaptara a él: trigo en las tierras mejores, pero una variedad u otra dependiendo a su vez de las características de ese terreno; cebada en las de calidad algo inferior; avena en peores o más frías; o *algarrobos* y *chícharros* en los suelos más pobres. Además, las especies tenían un ciclo diferente, unas más tempranas, más tardías las otras, para alargar estratégicamente el ciclo de cultivo y los momentos de producción.

Existía una gran biodiversidad como consecuencia de la multiplicidad de usos productivos. Esta diversidad dentro de cada aprovechamiento se refiere fundamentalmente al amplio repertorio de especies y variedades de plantas cultivadas y a las asociadas a las roturaciones. Fernando Parra nos ilustra este aspecto:

"Muchas especies propias del bosque esclerófilo y el monte mediterráneo se mantienen debido a que las propias encinas y demás árboles actúan como nudos estables, a cuyo amparo persiste la mayoría de especies leñosas, como madroños, lentiscos, olivillos, torviscos, esparragueras, espinos, etc. Por otra parte, la existencia

de grandes zonas aclaradas de vegetación leñosa, pero beneficiadas por la actividad de bombeo de los grandes árboles y de abonado del ganado pastante, permiten la proliferación de las herbáceas que conforman los pastizales y majadales. Toda una pléyade de geófitos, terófitos y herbáceas vivaces surge en la dehesa. La vegetación leñosa se mantiene en el ámbito próximo de los árboles, en los crestones, en las zonas de pendiente, en los cabezos. La dehesa propicia una multiplicidad de hábitats más variada que en el bosque original" (Parra, F. 1988:50).

El pastizal, sobre todo con la variedad que introducía la presencia y acción del arbolado y otros elementos, como accidentes del terreno, rocas, boñigas, fuentes y pilares, era uno de los principales factores de diversidad biológica, de tal manera que las praderas pastoreadas y sobre todo las dehesas son consideradas, también hoy en día, como los espacios de mayor biodiversidad, incluso mayor que algunos ecosistemas tan reputados como ciertos bosques tropicales, siendo enorme la cantidad de especies por metro cuadrado que pueden encontrarse en las dehesas.

Respecto a la fauna, junto con la cantidad de animales, hay que resaltar la heterogeneidad de especies que abundaban por entonces, ya que la presión que se ejercía sobre ellas a través de la caza y las actividades agropecuarias era poca y no atentaba contra su normal reproducción, ni siquiera en el caso de las consideradas alimañas¹⁵. La existencia de gran cantidad de ganado equino, por ejemplo, favorecía la existencia de carroñeros, para los que las bestias muertas era una fuente de alimento. Respecto a la fauna, Parra nos señala también lo siguiente:

¹⁵ La especie más atacada fue sin duda el lobo, habiendo desaparecido el último ejemplar de los contornos en la década de los cincuenta, según reza la inscripción del monumento a Félix Rodríguez de la Fuente que se alzó en una dehesa de la vecina Fuente del Arco y que simboliza a una hembra de lobo que localizó el famoso naturalista por aquellos años.

"La dehesa es un paraíso faunístico por varias razones. Por su origen a partir del ecosistema esclerófilo original, el encinar es especialmente rico en especies animales. Las encinas actúan como oasis en un mar de hierba, como factores de atracción de la fauna y flora original, con sus huecos y denso follaje, ofreciendo cobertura y alimento. El estrato herbáceo actúa como un campo cultivado, a cuyas expensas se alimenta una fauna especialista de herbívoros a la que se añaden los hoscros habitantes del matorral. Toda esta pléyade y la entomofauna atraen a una gran cantidad de predadores y, en especial a cazadores en cielo abierto y carroñeros" (Parra, F. 1988:61)

En efecto, las copas de los árboles de hoja perenne, los huecos de los troncos y su entramado de ramas, así como el sotobosque allí donde este existía, brindaban cobijo para la nidificación, la cría y el encame de muchas aves, mamíferos, reptiles y anfibios. Igualmente los arácnidos y otras especies de invertebrados tenían su hábitat entre el pasto, el matorral y los árboles (VV.AA. 1995:235).

A la variedad de especies animales y vegetales propias del bosque mediterráneo primigenio, que se conservaban junto a los elementos más maduros, se unían las propias de los pastizales y las zonas de cultivos y, además, las características de sistemas adyacentes o intercalados como las huertas u olivares. Las que escaseaban en aquellos tiempos eran especies como el ciervo y el jabalí, debido a la eliminación del matorral. A la pléyade de especies animales que poblaban la zona de manera estacional o permanente ya hemos hecho referencia en los distintos capítulos, especialmente en el dedicado al conocimiento local sobre los animales.

Hay que tener en cuenta que la dehesa es un ecotono, una zona de contacto entre ecosistemas diversos, en nuestro caso el bosque mediterráneo y la pradera, con lo cual confluyen especies tanto animales como vegetales de ambos, dando lugar a una gran densidad de especies. Además, los ecotonos resultan interesantes desde el punto de vista evolutivo porque en ellos es especialmente posible la aparición de especies nuevas.

La diversidad, y también algunas prácticas como la bina que levantaba polvo y el carboneo que con el humo de los hornos podía ayudar a controlar plagas, creaba mecanismos de control ecológico, pero existían enfermedades y algunas plagas importantes, como la referida lagarta, que algunos años causaba verdaderos estragos en la cosecha de bellotas, y diversas patologías en los cultivos, como las plagas de *lobitos*, la *jeña*, el tizón o la mangría. En el ganado se registraban bastantes enfermedades que debido a los escasos medios sanitarios con que se contaba provocaban un nivel más bien elevado de bajas aunque, desde luego, no ponían en peligro la continuidad de la cabaña. Los productos químicos apenas se utilizaban, hasta que comenzaron las fumigaciones masivas contra la lagarta, que causaron muertes masivas de ciertas especies de pájaros, algunas de las cuales llegaron casi a desaparecer.

Este sistema productivo no generaba apenas residuos ya que sus materiales se integraban en otros procesos. Además de las producciones destinadas al mercado había otras de autoconsumo y una gran cantidad de subproductos o materias primas que utilizaban las comunidades locales y para las que, o bien no existían sustitutos comerciales o se optaba por estos productos del campo para consumirlos directamente o para elaborar manufacturas, por ejemplo hierbas medicinales, escobas, asientos, utensilios y recipientes de madera o corcho, prendas de cuero, cucharas de cuerno, dedales de bellota y una larga lista de elementos de la cultura material de la comarca. A ello habría que añadir una importante cantidad de materiales que se volvían a integrar en el ciclo productivo de la dehesa, ya que una de las características más definitorias de los procesos económicos en este agroecosistema era el alto nivel de reemplazo. Este aspecto nos sirve para cerrar el apartado ecológico con una conclusión fundamental: la dehesa era una solución de compromiso entre conservación y explotación. La dehesa tradicional, aun siendo un sistema productivo y generando excedente y flujos económicos, se aproximaba mucho a un ecosistema maduro debido precisamente al reemplazo de muchos de sus materiales y a su diversidad y estabilidad. Desde este punto de vista era un sistema de alto interés agroecológico.

ECONOMÍA DE LA RENOVABILIDAD, ECONOMÍA DE LA DESIGUALDAD

Pablo Campos, en su libro *Economía y energía en la dehesa extremeña* (Campos, 1984), lleva a cabo un muy detallado estudio del funcionamiento económico de la dehesa en sus modelos tradicional y actual. En un análisis económico pormenorizado de las fincas en los años cincuenta, nos muestra cómo éstas gozaban de un alto grado de autonomía productiva, definida por el grado de necesidad de recursos de fuera de la explotación. En efecto, la complementariedad entre aprovechamientos hacía que el reemplazo supusiera el 54% de la estructura de los costes totales de la explotación. Los niveles de ventas sobre el producto bruto eran bajos, pero aun más bajos eran los niveles de compras de fuera. Sin embargo, se estaba lejos de la autosuficiencia, debido principalmente a la dependencia de mano de obra y de alimentos para el ganado de fuera de la explotación. Esta escasez de grano para el ganado se debía a la poca superficie cultivada y a la dedicación de una parte de la misma a trigo. Los niveles de rentabilidad del propietario eran también altos y se veían favorecidos por el bajo coste de la mano de obra y la poca inversión en maquinaria. Por último, se trataba de un sistema energéticamente eficiente y en el que los recursos renovables suponían el 98,2 % del insumo energético total (Campos, 1984:211). Ahora bien, conviene apuntar que todo esto se basaba en la existencia de una mano de obra con unos bajos niveles de consumo de energía tanto endosomática como exosomática y con un bajísimo nivel de ingresos.

Esta caracterización es aplicable, con algún matiz, a nuestro caso. Una primera diferencia es que las fincas que estudió Pablo Campos estaban más modernizadas que las de nuestra área de estudio en aquella época, contaban con alguna maquinaria y empleaban sistemáticamente abonos químicos. La menor mecanización y la no utilización de energía fósil daban a las fincas de nuestro caso de estudio mayor autonomía productiva y eficiencia energética y mayor peso al reemplazo, a la vez que implicaban una menor inversión en tecnología. Una segunda diferencia es que Campos no estudió ninguna explota-

ción campesina, con lo cual cambian bastantes parámetros, la mayoría de los cuales irían también en el sentido de mayor autonomía y eficiencia energética, menor dependencia de mano de obra de fuera de la explotación y en general de compras del exterior. Los campesinos se basaban más en los recursos propios, en el empleo de su propia fuerza de trabajo, en estrategias de diverso tipo encaminadas a producir ellos mismos, o conseguir al margen del mercado los materiales y bienes necesarios para llevar a cabo sus procesos de producción y para garantizar la reproducción de sus explotaciones y sus unidades domésticas. Había así una mayor orientación hacia la producción de valores de uso, de ahí que entre ellos predominasen las opciones por especies que suministran productos diversos, algunos de ellos ligados al autoconsumo, como la cabra o el cerdo. Lo mismo puede decirse del cultivo en algunos lugares de vegetales para autoconsumo. Otras estrategias iban desde la colaboración entre campesinos, los favores que pudieran conseguir de otras explotaciones o incluso el pastoreo clandestino en grandes fincas adyacentes. Las explotaciones campesinas de esta zona tenían mayor presencia en el olivar que en la dehesa, e incluso muchas de sus explotaciones se componían, sobre todo en la Puebla, de parcelas de dehesa, olivar e incluso tierra calma, en una complementariedad que se veía favorecida por la movilidad de uno de los recursos, el ganado. Un último detalle de diferenciación es que Campos no alude a las aparcerías en el carbón y a la venta del corcho en el árbol, que suponían menores costes monetarios para los propietarios.

Los niveles de reemplazo y/o autoconsumo hacían que esta economía fuera poco monetaria y comercial en cuanto a los insumos, pero su carácter mercantil era evidente en cuanto al resultado de la producción, a la venta de animales, grano, corcho, lana, etc. Como vimos, Naredo llama economía natural a la que era propia de la agricultura tradicional, que reponía la materia y la energía necesarias para la producción sin recurrir a insumos externos y gracias a lo cual, además de suministrar alimentos y materias primas, facilitaba capitales a otros sectores y servía de base al desarrollo de la industria, siendo una

exportadora neta de capitales. En nuestro caso la dependencia de insumos era menor que en otros sistemas agrarios y la transferencia era más factible que en otros lugares debido al predominio de la gran propiedad que, como también vimos, facilitaba ese proceso. Entre los campesinos la transferencia debería ser menor, además de por no darse tanto la relación con los bancos que era habitual entre los latifundistas, por estar más orientados hacia el autoconsumo y no darse entre ellos economías tan monetarizadas como la de la vaca de carne que sólo proporcionaba productos para la venta (los becerros), la del corcho o la del carbón, todas las cuales proporcionaban sustanciosos ingresos en metálico.

Ahora bien, en los años cincuenta, a la vez que se acumulaban capitales, proceso que fue evidente desde la década anterior, se empezaba a alejar la dehesa del modelo de economía natural. En efecto, se comenzaba a generalizar el uso de los fertilizantes químicos y de insecticidas en el caso de la lagarta. La política de protección del trigo, sobre todo, y los beneficios obtenidos de su comercialización, a través del S.N.T. o del estraperlo, primaron la orientación de muchos productores hacia este cereal comercial. Fruto de la situación de bonanza económica de las fincas en los años cincuenta fueron las inversiones en infraestructuras, como podemos ver en el caso de bastantes majadas, casillas y algunas cercas que por aquel entonces se construyeron.

Todo el andamiaje de la dehesa tradicional se basaba en la existencia de una mano de obra abundante, en los bajos sueldos de los asalariados y en su bajísimo consumo. El retribuir en parte a los asalariados fijos con *cundíos* y escusas, el darles de comer en algunos casos o el permitirles el acceso a ciertos recursos abundaba más aun en los bajos costes monetarios de la explotación de las fincas y en el reemplazo de los productos de las mismas, a la vez que hacía menos monetaria la economía de los empleados. La economía de los jornaleros estaba más monetarizada que la de los trabajadores fijos pues su única retribución era el salario en metálico y alguna carga de leña en el caso de los taladores. Pero el componente marginal de su renta era

mayor que el de los asalariados de otras zonas debido a que el agroecosistema de dehesa ofrecía la posibilidad de acceder, legal o ilegalmente, a diferentes recursos, para autoconsumo o para venta, como es el caso de la recolección de plantas, la leña, las bellotas, la caza o materiales diversos que el monte proveía. La madurez y diversidad del agroecosistema, el que no fuese un agroecosistema tan simplificado como, por ejemplo, la campiña, donde se eliminaban muchas especies vegetales para concentrarse en la intensificación de la producción de ciertas otras, hacía que hubiera una serie de recursos no directamente aprovechables por el hombre y/o en los que los dueños tenían un interés relativamente menor que en otros más directamente ligados a la economía comercial, dando así un cierto margen de maniobra a los trabajadores para acceder a ellos. El aprovechamiento de algunos de estos recursos no era demasiado interesante desde el punto de vista de la economía capitalista de las fincas pero sí desde el de la del jornalero, ya sea por disponer de tiempo libre o por autoexplotarse y no valorar su trabajo en términos monetarios sino de satisfacción de necesidades, como sucede con la recolección de plantas, la caza o la búsqueda de recursos marginales, como algún tipo de leña, raíces de árboles, etc. En ciertos casos, como la bellota, ya vimos la importancia que el corriqueo tenía para los trabajadores. Otro componente muy importante de la renta de algunos colonos y jornaleros era el estraperlo.

Aparte de la existencia de campesinos que empleaban básicamente su fuerza de trabajo y buscaban la reproducción simple de sus unidades de producción, había una serie de elementos que podrían dar la impresión de que no estamos ante una economía capitalista. Durante algún tiempo imperó la idea, más bien el mito, de que el latifundio era una reminiscencia de tipo feudal, un sistema económico precapitalista, responsable del atraso del campo (González de Molina y Sevilla, 1993:11). Las investigaciones de Martínez Alier, Bernal y Naredo, entre otros, han dejado claro su carácter capitalista. Según Bernal, el latifundio, lejos de constituir una rémora, ha sido históricamente, junto a la expansión del comercio internacional, el instru-

mento de la mercantilización y la implantación temprana del capitalismo. El latifundismo hizo posible la intensificación del capitalismo en la agricultura y, a pesar de la fachada feudal, las estrategias de los grandes propietarios fueron básicamente rentabilistas. En ello insiste Martínez Alier al hablar de los latifundistas de la campiña de Córdoba que tomaban sus decisiones sobre manejo, mecanización o empleo de mano de obra buscando siempre la rentabilidad y no atendiendo a otros criterios de tipo absentista o paternalista¹⁶. La no-mecanización era también el resultado de una decisión rentabilista en busca del máximo beneficio (Martínez Alier, 1968). Naredo ya hizo ver cómo incluso tras el abandono de ciertas labores, lo que podría considerarse infrautilización, había una lógica racionalista, de búsqueda de un beneficio pero sin arriesgar capital (Naredo, 1980). En el latifundio de dehesa de los años cincuenta se daba una separación entre los medios de producción, la tierra fundamentalmente, y las fuerzas productivas, una gran mayoría de jornaleros y obreros agrícolas. El trabajo era, por tanto, una mercancía más que se compraba y se vendía. Había bienes que se vendían en el mercado, eran mercancías. Existía un excedente que era apropiado por una de las partes que intervenían en el proceso de producción. Todo ello apunta hacia rasgos capitalistas claramente.

La existencia de aparcerías y arrendamientos también respondía a un criterio rentabilista. Naredo considera a las aparcerías el resultado de la aplicación de unas relaciones capitalistas a una tecnología poco capitalizada (Naredo, 1980). La rentabilidad, bien sea por reducción del coste unitario del trabajo y/o por aumento de la producción era el criterio que guiaba a los propietarios a dar la tierra en aparcería, según Martínez Alier, de tal manera que el no hacer esto ante el temor a que se les considerase superfluos era el único rasgo no rentabilista que

¹⁶ Forewaker también hace ver cómo el ambiente sub-capitalista del latifundio en Brasil responde a determinado tipo de intereses políticos de los propietarios pero relacionado con la forma específica de subordinación de esa forma de explotación al modo de producción capitalista. (Forewaker, 1981).

mostraban los latifundistas de la campiña de Córdoba, como veremos más adelante. Según este autor, que analiza las aparcerías en distintos lugares del mundo *"en todos sitios su sustancia económica es parecida. Son maneras de ligar retribución con producción y surgen siempre en un intento de reducir los costes unitarios de trabajo en economías agrarias altamente racionalizadas"* (Martínez Alier, 1968:310). La cesión de tierras en aparecería o arrendamiento fue también un medio de intensificación y modernización de la agricultura que tuvo gran desarrollo antes de la Guerra Civil, en un contexto de subida de los salarios (Naredo, Ruiz y Sumpsi, 1977).

Lo dicho para las aparcerías en el cultivo es predicable también en el caso de las del carbón, en las que igualmente se buscaba mayor rentabilidad para el dueño e intensificación en la producción. El caso de las retribuciones en escusas era únicamente una modalidad en el pago del salario y que tendía asimismo a garantizar un mayor cuidado del ganado y una vinculación del trabajador con los intereses de la finca, tan necesaria en un contexto de deslegitimación de la propiedad. Estos pagos y los hechos en especie venían a reducir el capital de explotación de las fincas y suponían un ahorro de dinero para el propietario, por lo que tampoco han de verse reminiscencias patriarcales o feudales de ningún tipo y estaban en la línea de rentabilidad de la economía natural de la que se ha hablado más arriba.

En la dehesa existía, en general, una baja composición orgánica del capital. El alto grado de reemplazo nos indica que hay productos que no eran mercancías que se compraban y se vendían, sino productos que, sin pasar por el mercado, volvían a entrar en el proceso productivo. Las ventas en el mercado, como vimos, eran pocas respecto al producto bruto, y menos aún las compras. La dehesa era una fuente de productos y materias primas animales y vegetales para la industria y una exportadora de capitales, pero apenas era un mercado para los productos de ésta ni una importadora de capitales, como sucede con los distintos sectores económicos en el capitalismo avanzado. Como corresponde a las primeras fases del desarrollo económico capitalista la subsunción era formal, la dehesa producía mer-

cancias y las relaciones de producción eran capitalistas, pero la mayoría de los elementos necesarios para esos procesos no se obtenían en el mercado. Era una economía muy intensiva en mano de obra y poco en tecnología. Primaba la plusvalía absoluta sobre la relativa. Era escasamente monetarizada, si tenemos en cuenta las bajas inversiones en tecnología y el bajo coste de la mano de obra, además de la retribución en especie. Gran parte del capital era el capital natural, los recursos de la finca, que se aprovechaban al máximo debido al uso intensivo de la mano de obra. La subsunción de los procesos de trabajo al capital en el latifundio era formal, basada en la obtención de plusvalía absoluta. Si, siguiendo a Marx, un modo de producción capitalista sólo existiría sobre la base de la plusvalía relativa, se puede hablar, por tanto, de un capitalismo constituyente (González de Molina y Sevilla, 1993). A pesar de la extensión del texto, expongo a continuación la interpretación que González de Molina y Sevilla ofrecen de este fenómeno, por considerarla suficientemente esclarecedora y sistemática:

"El capital se apodera, en estos casos, sólo de determinados aspectos del proceso de trabajo, obteniendo el excedente únicamente bajo la forma de plustrabajo absoluto y la neta orientación productiva de la explotación hacia el mercado. Pero no se apodera o no logra apoderarse de todo el proceso de trabajo ni logra subordinar totalmente los mecanismos de reproducción y subsistencia del trabajador directo. Efectivamente, el excedente depende esencialmente de dos variables: la prolongación de la jornada de trabajo -es sabido en este sentido las prolongadas jornadas de trabajo de los jornaleros y la práctica del destajo- o la baja remuneración de la fuerza de trabajo, de los salarios. Este fenómeno es producto de la escasa penetración de capital fijo en las explotaciones, determinando una composición orgánica del capital bastante poco significativa; incluso los saberes necesarios y determinados aperos de labranza permanecen en manos de los trabajadores directos. De esta manera, el núcleo económico de esta forma de explotación estaría en la preponderancia casi absoluta de la propiedad como relación que ordena su funcionamiento según criterios de

maximización del excedent, bien es verdad pero dada la baja composición orgánica del capital, la relación jurídica de apropiación de la tierra se convierte en la condición fundamental de esa forma de explotación. En cierta medida, es aún una relación extraeconómica de monopolización de la principal condición de producción, la tierra, la que permite la extracción del plus trabajo, donde los condicionantes políticos a nivel de Estado-Nación juegan un papel significativo en la posibilidad de supervivencia" (González de Molina y Sevilla, 1993).

En este contexto, los procesos de trabajo no se modifican y se siguen basando en la cooperación simple, apenas existe división técnica del trabajo, la escasa penetración del capital, el no haber sustitución de trabajo por capital, no despoja a los trabajadores del conocimiento y el control sobre las operaciones de los procesos de trabajo. Todo ello tiende a un uso más extensivo de la explotación y la hace más dependiente del medio obligando a la conservación o reproducción de los recursos. Esto es aplicable tanto al latifundio como a las explotaciones campesinas, donde la subordinación al modo de producción capitalista se hace fundamentalmente de forma externa, a través de la comercialización de sus productos, pero manteniendo su autosuficiencia, orientándose hacia el autoconsumo, sin modificar tampoco los procesos de trabajo. Debido a esta semejanza, y en un contexto de técnicas atrasadas que emplean gran cantidad de mano de obra, no existe competencia entre la gran y la pequeña explotación, pues los costes por hectárea apenas disminuyen al aumentar la superficie de explotación. González de Molina y Sevilla Guzmán consideran por tanto al latifundio también como una forma de explotación campesina. El latifundio tampoco elimina el carácter campesino de los jornaleros pues el salario no es la única condición reproductiva de los trabajadores. La descampesinización no se produce por la desaparición de las pequeñas explotaciones en beneficio de las grandes sino por la intensidad de la mercantilización del proceso de trabajo (sustitución de trabajo por capital) y de las economías domésticas campesinas:

"El latifundismo, como forma de explotación en la que se utiliza una dotación mínima de capital y requiere fuentes alternativas de renta para completar los ingresos de una abundante cantidad de jornaleros, produce una mera subordinación formal de los grupos domésticos campesinos sin transformar necesariamente sus específicas relaciones sociales, por más que desde el punto de vista de los latifundistas su forma de gestión sea claramente capitalista" (González de Molina y Sevilla, 1993).

La etnografía presentada, tanto desde el punto de vista de los procesos de trabajo como de las formas de aprovisionamiento de recursos de los grupos domésticos campesinos y de los asalariados creo que avalan suficientemente estas ideas y que el carácter de subordinación formal y escasa intensidad de la mercantilización es especialmente visible en la dehesa de los años cincuenta debido al uso múltiple del territorio a la diversificación de procesos de trabajo y de recursos y al reemplazo.

GRUPOS SOCIALES Y RELACIONES SOCIALES.

No es demasiado extraño que cuando se abordan ciertos fenómenos de complementariedad ecológica dentro de un espacio o entre áreas distintas se resalte la complementariedad misma dejando al margen cuestiones como quién sale beneficiado de dicha relación. No conviene llevar las analogías ecológicas o, más bien naturalistas, más allá de lo que la prudencia aconseja, ni valorar con los mismos criterios los ecosistemas maduros y los agroecosistemas, porque son distintos. Los ecosistemas transformados necesitan energía externa para seguir funcionando y de ellos se extrae a su vez energía. Esos flujos están mediatizados por los sistemas sociales y pueden suponer apropiación desigual de los outputs por determinados grupos. Las interrelaciones dentro de y entre ecosistemas naturales no plantean problemas desde el punto de vista social y a nadie se le ocurriría discutir si es equitativa o no la depredación de una perdiz por un águila o el intercambio de materiales entre un bosque y una pradera. Pero interrelaciones que tienen lugar entre personas, grupos o territorios sí plantean discusión.

Así, por ejemplo, en el tema de la dehesa, Fernando Parra (Parra, F. 1988:19) insiste en la importancia de la Mesta en la conformación y mantenimiento de la dehesa y del alto valor de la trashumancia, tanto en España como en otros lugares del mundo, como forma de articular el aprovechamiento de los recursos de zonas situadas en distintas áreas geográficas y climáticas, tierras frías/cálidas, llanura/montañas. Garzón busca precedentes a la trashumancia en desplazamientos análogos de los animales salvajes en épocas prehistóricas (Garzón, 1994). Parece que después de una época en que primaron las visiones negativas sobre la trashumancia y la Mesta como causantes del atraso de la agricultura y de la economía de la región, fomentadas sobre todo por la historiografía extranjera según apunta Rodríguez Blanco (Rodríguez, 1994), estamos pasando a otra en que se pone en duda todo esto y se termina resaltando el interés de los propietarios de dehesas en dicho sistema y su conformidad con él o la aportación de la trashumancia a la cultura extremeña (García. P., 1994; Flores del Manzano, 1994). Por otra parte, en algunos estudios, sobre todo de tipo geográfico, pero también en otros relacionados con el desarrollo de zonas de montaña, se tiende a resaltar también la complementariedad entre montaña y llanura, enumerando toda una serie de recursos y servicios que las montañas suministran al valle o la llanura.

Hay, sin embargo, otras aproximaciones que nos hacen ver el entramado de dependencia subyacente en estos fenómenos y que son claramente aplicables a nuestro objeto de estudio. La visión crítica de las relaciones entre un área de montaña, Sierra Morena, y el resto del territorio puede encontrarse en los estudios de los autores del libro *Supervivencia de la Sierra Norte* (Roux, 1975; Equipo pluridisciplinar, 1986). En cuanto a la trashumancia, y sin entrar a valorar su relación con la agricultura o la conformidad o disconformidad de los propietarios de Extremadura con la Mesta, podemos utilizar para su estudio análisis parecidos a los que los autores del libro *Extremadura Saqueada* (VV.AA., 1978) hacen acerca de la agricultura y la industria extremeña y de la situación de dependencia de la región en términos energéticos, de trasvase de energía hacia áreas desarrolladas. Mediante la trashumancia, las

ovejas castellanas aprovechaban los pastos de invierno de las dehesas extremeñas y regresaban a las tierras del norte, que sería donde se obtendrían los beneficios de la venta de sus productos y el valor añadido de su transformación. Parte de los pastos que aprovechaban eran de los cordeles, cañadas y sendas, por lo que eran de libre disposición, y la mano de obra era fundamentalmente la de los castellanos trashumantes. En Extremadura quedaría sólo el dinero que percibían los dueños de las fincas cuyos pastos se arrendaban y poco más. Pero incluso la retribución por la venta de este recurso era discutible, y así lo prueban los conflictos planteados entre la Provincia de Extremadura y la Mesta (García, P., 1994). La relación de intercambio de los recursos era claramente desfavorable a Extremadura. Si a ello unimos que bastantes de los dueños de fincas arrendadas no vivían en Extremadura, o que incluso el capital de los propietarios residentes terminaba yendo a otras zonas, nos podemos hacer una idea de lo que la trashumancia suponía para la región desde el punto de vista económico.

Estos serían ejemplos de cómo acercarse de manera crítica al análisis de los agroecosistemas y por esa línea vamos a hacer la siguiente reflexión acerca de la dehesa desde el punto de vista social. En efecto, proliferan últimamente las investigaciones científicas que tienen a la dehesa por objeto de estudio, y no son menos las instituciones, grupos sociales y ciudadanos particulares que descubren de pronto la importancia de este agroecosistema. Hasta tal punto es así que el fenómeno empieza a resultar sospechoso ya que toma tintes de moda. En general, todos tendemos a reclamar medidas de protección, lamentarnos de su situación actual y expresar nuestra admiración y cierta nostalgia por la dehesa tradicional y su uso racional de los recursos. Pero en lo que no se suele poner el acento es en los tremendos costes sociales de aquella dehesa, en la situación de injusticia social que era uno de los pilares fundamentales de un sistema marcadamente latifundista. En este sentido las dehesas de la Sierra Morena extremeña en los años cincuenta son un buen pretexto para dar cuenta de ello y para ejemplificar la importancia que tiene la forma de apropiación social de la energía y el control sociopolítico de los recursos naturales.

En el proceso de acumulación teórica sobre agroecología y desarrollo en que está inmerso el Instituto de Sociología y Estudios Campesinos se va perfilando la equidad como uno de las premisas necesarias para un modelo de desarrollo rural endógeno basado en los principios de la agroecología. Por ello es necesario tomar precauciones a la hora de proponer a la dehesa tradicional como modelo de sistema agroecológico ya que la equidad no se encontraba precisamente entre las virtudes que más la adornaban

En efecto, en la dehesa de los años cincuenta el acceso a los recursos, y la consiguiente apropiación del producto de los procesos de trabajo, era eminentemente desigual si tenemos en cuenta el predominio del latifundismo. La situación era más equitativa en el estrato de pequeños propietarios que empleaban mano de obra familiar, aunque también se aprovechaban en parte de la existencia de una gran cantidad de obreros eventuales y de salarios bajos y dentro de los grupos domésticos existía una evidente situación de sometimiento de las mujeres. El modelo de dehesa que he descrito era socialmente desequilibrado e injusto y resultó posible gracias a la existencia de un sistema de poder local, el latifundismo, sustentado por un marco político global, el franquismo, que le permitía extraer importantes beneficios de la apropiación de la naturaleza (Sevilla, 1979a:125).

Dicha apropiación se llevaba a cabo garantizando la renovabilidad de los recursos debido, por un lado, a la existencia de un campesinado que empleaba intensivamente su propia mano de obra en el manejo del medio y, por otra, a la disponibilidad de una gran cantidad de fuerza de trabajo humana, los trabajadores agrícolas, cuya baja retribución permitía llevar a cabo en las grandes fincas todo un repertorio de labores con una tecnología relativamente simple y respetuosa con el medio. Todo esto viene a refutar en la práctica la idea de Godelier de que un sistema que es depredador en lo social lo tiene que ser también respecto a la naturaleza (Godelier, 1980:155). Aquí era más bien a costa de la depredación social como se hacía posible el respeto por la naturaleza. La presión sobre uno de los recursos, el humano, evitaba la presión excesiva sobre los otros.

Frente a los criterios de dimensión o del desaprovechamiento de la tierra según el desarrollo tecnológico del momento, creo que la caracterización más acertada del latifundismo es aquella que lo contempla desde el punto de vista de la acción estructurante de las grandes propiedades sobre el sistema social de las comunidades rurales, que es la conceptualización de Sevilla, Giner y Pérez Yruela (Sevilla y Giner, 1976; Pérez Yruela y Sevilla, 1979; Sevilla, 1980).

Estos autores parten de un paradigma conflictivista de análisis de la realidad social según el cual los sistemas sociales no se basan en el consenso sobre valores fundamentales sino que en todo sistema social existen relaciones conflictivas sobre aspectos básicos. En las sociedades existen dos o más clases que proponen sistemas sociales autocontenidos y opuestos entre sí más o menos radicalmente (Pérez Yruela, 1979:13). En este contexto, la conceptualización sería la siguiente:

"Entendemos por latifundismo la estructura socio-económica generada por la acción estructurante de la propiedad de la tierra sobre aquellas comunidades rurales en las que se da un predominio de explotaciones agrarias de gran extensión, que formando ecológicamente parte de dicha comunidad crean sobre la misma un sistema local de dominación de clase ejercido por el grupo terrateniente que monopoliza los medios de producción agraria con la fiel asistencia, a través de unas específicas relaciones sociales de dependencia, de un sector de la comunidad compuesto por unas clases locales de servicio en cuyas manos se encuentran las instituciones económicas, culturales y políticas que controlan a nivel local la vida de la comunidad, creando en las mismas un específico orden social cuya organización determina la explotación del campesinado" (Sevilla, 1980).

Un sistema social de este tipo, que en el mejor de los casos podría calificarse como imperativamente coordinado (Pérez Yruela, 1979:38), era el que existía en la zona de estudio en los años cincuenta, con matizaciones según los pueblos. En estas sociedades locales existía cierta diferenciación interna, tanto entre grupos como dentro del campesinado (Sevilla y Pérez Yruela, 1978). El gran número de

empleados y la diversidad de usos productivos y procesos de trabajo hacían de los latifundios verdaderos sistemas socioeconómicos en sí, con una fuerte jerarquización social y división del trabajo. En cortijos, casillas y chozos repartidos por todas las grandes fincas vivía una gran cantidad de gente con funciones muy especializadas y diversas, a las que se unían los colonos y los trabajadores eventuales que, a diario o por temporadas, se desplazaban desde los pueblos. A medida que descendía el tamaño de las fincas desaparecían funciones, o varias de ellas eran asumidas por una misma persona. Naredo se refiere a la organización de cada finca como "*casi un modelo reducido o caricatura de la propia organización estatal*" (Naredo, 1978) de gran parecido con un ejército.

Para empezar con la pirámide social, en lo más bajo del escalafón estaban los jornaleros, una gran masa de trabajadores de la que se echaba mano estacionalmente y que atravesaba grandes periodos de paro. De la iniquidad de su situación nos dan cuenta no sólo los relatos de los obreros sino incluso los propios documentos oficiales. Son bastantes las referencias que aparecen en las actas de sesiones municipales al paro estacional, a las necesidades que pasaban los jornaleros y a la nimiedad de los fondos que el Gobierno Civil hacía llegar para obras públicas con que paliar el desempleo. En una de las sesiones se acordó solicitar a los dueños de fincas que acogieran a un determinado número de trabajadores, según la extensión de la finca, para mitigar la calamitosa situación, pero la iniciativa apenas prosperó (A.M.M, Actas de Sesiones). La práctica de asignar a las fincas trabajadores eventuales tenía precedentes en la República y en épocas anteriores y las autoridades franquistas recurrieron a ella en alguna ocasión en los primeros años de la dictadura¹⁷. La estacionalidad de la

¹⁷ Estos trabajadores recibían en la zona de estudio el nombre de *hallaos*. Las prácticas de alojamiento de trabajadores en épocas críticas fueron usuales en lugares muy diversos y en caso de Andalucía y Extremadura tuvieron casi siempre la misma escasa virtualidad por el rechazo de los patronos (Martinez Alier, 1968: 253; Díaz del Moral, 1929:214).

agricultura hacía que a épocas de paro siguieran algunas de necesidad de mucha mano de obra.

Los trabajadores sufrían una situación de marginación política, económica y cultural, alejados de los centros de decisión y poder local (Pérez Yruela, 1979:22) y la situación de dominación social y privación de los recursos no era aceptada por las clases populares, siendo estas características comunes a los trabajadores de distintas zonas latifundista como Andalucía, Extremadura o el Alentejo (Martínez Alier, 1968; Pérez Yruela, 1979; Pérez Rubio, 1995; Cutileiro, 1976). Para la mayor parte de éstos, dicha situación no era siquiera una solución de compromiso o un mal menor, sino un sistema despiadado e ilegítimo al no estar basado en la razón o en valores humanos sino en el puro dominio de una fuerza basada en sí misma. En palabras de un jornalero de Santa María de Navas, *"los ricos eran como los bichos, toda la fuerza la tenían en la trompa"*, queriendo aludir al carácter irracional y violento de su dominio y a la falta de consenso para el mismo. Martínez Alier hizo una excelente caracterización de un sistema social latifundista en la campiña cordobesa en los años sesenta y de las condiciones de su existencia, estudiando de manera exhaustiva las posiciones de los patrones y los obreros y de sus discursos y valores, y en nuestro caso podemos refrendar gran parte de las conclusiones de su obra (Martínez Alier, 1968). En ambos casos, el de la campiña de Córdoba y el de nuestra zona de estudio, la estabilidad del sistema, la aceptación resignada de la situación y la colaboración de los obreros se conseguían básicamente a través de la coerción económica, de la dependencia de los grandes propietarios para acceder a los medios de vida a través del salario y de la represión, directa o indirecta, por parte del aparato político del Estado, de la violencia en definitiva. El sistema político no permitía la expresión de esta conflictividad latente, que sólo se podía manifestar de forma pasiva, por ejemplo no participando de aquello que la ideología dominante considerable deseable, como las prácticas religiosas, las organizaciones políticas del régimen etc. La no-aceptación de los valores hegemónicos se expresaba, por ejemplo, en la práctica generalizada del robo de bellotas en los lati-

fundios, el pastoreo furtivo o la extracción de leña y monte a escondidas. Hechos tales como el furtivismo, sabotaje, incendio, ratería, ignorancia fingida, desertión o roturaciones ilegales han sido práctica habitual del campesinado, como nos demuestra James Scott, para quien no sólo son una forma de respuesta específica a la pobreza, sobre todo tras la desaparición de las propiedades comunales, sino también una manera de intentar poner fin a una situación injusta y una forma de resistencia simbólica o ideológica (Scott, 1985; Cobo, Cruz y González de Molina, 1992; Cobo, 1992). Puede establecerse también una relación entre estas actividades y lo que Thompson denomina la *economía moral de los pobres*, que da lugar a acciones en defensa de costumbres y derechos tradicionales (Thompson, 1971; Cobo, 1992). Cutileiro considera el robo como salida a una situación extrema y una alternativa a la caridad, que siempre es algo odioso pero, en cualquier caso, este autor lo considera como un fracaso moral para el que lo realiza y las justificaciones de la necesidad no evitarían la degradación moral (Cutileiro, 1976:95). No obstante, en el caso de los robos de bellotas y leña a que nos hemos referido a lo largo de este trabajo no se constata ese tipo de sentimientos de que habla el autor portugués.

En un sistema social polarizado como es el del latifundismo, los trabajadores desarrollan una visión del mundo propia y opuesta a la de la clase dominante (Pérez Yruela, 1979:40). Ahora bien, debido a su situación de dependencia y a la dominación social han de aceptar, aunque sea de forma aparente, una serie de valores comunes con la clase dominante. Según Martínez Alier, los rasgos culturales de los obreros se sintetizarían en la idea de la unión, la valoración del saber, la consideración del hombre consciente, la ilegitimidad de la gran propiedad, y una visión dicotómica de la sociedad; la existencia del *nosotros*, los pobres, y el *ellos*, los *señoritos*, como grupos antagónicos. Los *señoritos* son considerados una clase ociosa y, de manera más explícita o menos, la aspiración de los trabajadores sería el reparto de la tierra. Todos esos valores de los trabajadores no pueden ser expresados, ni es posible llevar a la práctica las acciones que se deri-

varían de los mismos, por el control que ejerce la clase dominante, que sólo admite algunos elementos derivados de la unión, referidos sobre todo a los salarios y a condiciones concretas para el trabajo. Los trabajadores han de aceptar a la fuerza el orden social imperante e incluso existen en su ideología elementos que ayudan a esa cooperación, cual es el cumplir, la obligación moral de hacer bien el trabajo y con un determinado nivel de rendimiento (Martínez Alier, 1968). Algunos rasgos parecidos, sobre todo en lo relacionado con la visión dicotómica de la sociedad, la ilegitimidad de la propiedad latifundista, el valor del trabajo y el nivel de esfuerzo en el mismo, pueden encontrarse en el caso portugués estudiado por Cutileiro (Cutileiro, 1976)

Ahora bien, aun no habiendo conocido directamente la realidad social de la época que tratamos, a diferencia de lo que sucede en los años sesenta en el caso de Martínez Alier, la información obtenida nos lleva a establecer algunos rasgos diferenciales con los obreros de la zona de estudio y que tienen que ver, sobre todo, con los aspectos ideológicos y políticos. Existía en nuestros pueblos una clara idea del *nosotros* y el *ellos*, una negación de la legitimidad de la propiedad latifundista, una consideración de los *señoritos* como superfluos y ociosos, sin que contribuyeran a la mejora de la situación de la gente, y una valoración del trabajo bien hecho y el cumplir. Sin embargo, creo que la idea del reparto era bastante más vaga que la en campaña cordobesa, sin que aparezcan referencias a ella, ni siquiera de manera muy indirecta. La idea de la unión, aunque no aparezca expresada como tal sí debió tener importancia en la época, pero también de manera mucho más débil que en Córdoba, y no parece que se plasmará en prácticas concretas, o por lo menos no hemos encontrado censuras hacia el destajo, por ejemplo. Existía un sentimiento de solidaridad de grupo, compañerismo y valores como, por ejemplo, no dejar atrás a un compañero en las tareas en cuadrilla, pero históricamente apenas existieron formas de acción social colectiva en estos campos. Aunque ideológicamente los trabajadores se situaran a la izquierda, no cuajaron nunca en la zona las organizaciones políticas o sindicales. La Reforma Agraria de la República fue algo que vino más

bien desde arriba o desde fuera y se realizó siguiendo esos impulsos, aunque evidentemente encontró en estos pueblos una acogida muy favorable. Tras esta falta de movilización y arraigo de ideologías impugnadoras podemos ver algunas condiciones estructurales, que pasamos a considerar.

Las grandes movilizaciones campesinas andaluzas han tenido lugar históricamente en la zona de las campiñas del Guadalquivir, y sólo se han localizado muy puntualmente en algunas localidades de la sierra. En la clásica obra sobre el tema, Díaz del Moral señala las razones que explicarían este hecho y, de paso, nos hace un retrato antropológico del hombre combativo de la campiña frente al de la sierra andaluza, con un claro prejuicio en favor del primero y no exento de tintes racistas:

"El ganadero o el guarda, en quien culminan las características de la Sierra, es moreno, enjuto de cuerpo, ágil y fuerte, valiente y astuto, no siente la pereza, concentrado, silencioso, poco imaginativo, rudo e inculto. Presta instintiva adhesión a lo tradicional; la Religión echó en su vida sentimental raíces más hondas que en el campiñés, pronuncia el castellano como los extremeños o los manchegos; los embutidos y tasajos de cerdo constituyen parte principal de su alimentación.

El hombre de la campiña se parece mucho al de la llanura andaluza. El tipo en quien se destacan las notas específicas de la región, es moreno, sin ser raro el de pelo rubio o castaño, de cuerpo mediano, no siempre delgado, ligero y fuerte; es desprendido, generoso, expansivo, efusivamente hospitalario; imaginativo, entusiasta, amigo de novedades; siente vivamente la igualdad; es inculto pero inteligente; percibe con prontitud y expresa con soltura y facilidad su pensamiento" (Díaz del Moral, 1929:5).

No faltan por supuesto alusiones a la prosapia árabe y a la continuidad esencial del tipo humano a lo largo las distintas etapas históricas. Uniendo estas características, y algunas otras, y en el contexto de las luchas campesinas, tenemos ya sentadas las bases del mito del jor-

nalero de oro, obrero combativo e idealizado, crisol de todas las virtudes. Además, este tipo humano es el que se expone como representativo de todos los jornaleros andaluces. Al igual que con otras muchas cosas, se identifica Andalucía con el Valle del Guadalquivir. El problema de este mito es que se nos presenta a un individuo poco humano, hecho de una sola pieza, y al que algunos exigirán que se comporte siguiendo ese estereotipo de fiereza y dignidad absolutas, sin concesiones a los avatares y las circunstancias de la vida, con mayores exigencias morales que al resto de las gentes, de la misma forma que se es más exigente con los campesinos en cuanto al ecologismo o a los pobres con la generosidad hacia los demás.

Pero volviendo al asunto que nos ocupa, Díaz del Moral, literaturas aparte, nos señala claramente en otros pasajes de su obra algunos de los motivos del comportamiento diferencial del hombre de la sierra y el de la campiña a este respecto, cuales son la dispersión de los trabajadores en ranchos y caseríos, el alejamiento, la falta de comunicación entre sí y con el poblado, a consecuencia de la gran extensión de las fincas, los contratos anuales, el que muchos sirvan toda su vida al mismo amo, el vivir lejos de las corrientes del mundo o la escasa densidad de población (Díaz del Moral, 1929:17). En efecto, esta ha sido siempre una zona marginal, a trasmano de importantes vías de comunicación, lejana a centros urbanos donde se desarrollara cualquier tipo de movimiento de clase. Por otra parte existen condicionantes de tipo ecológico en esta falta de combatividad. De un lado estas tierras distan mucho de ser las feraces campiñas, las tierras ricas, de mucha producción y en las que la dedicación al cultivo con no demasiada extensión puede dar sustento a una familia y los resultados de las labores son inmediatos y palpables. Aquí lo desfavorable del terreno ha hecho que se precisen extensiones mayores que en la campiña para que una explotación sea viable. Por otra parte, la inmediatez de la respuesta de la tierra al trabajo del hombre tampoco es la de la campiña, donde los trabajadores de una tierra fértil ven tras la siega la gran producción, el fruto del trabajo humano poco tiempo después de iniciado el proceso de laboreo y cultivo. La dehesa no da grandes

producciones en momentos concretos, sino cantidades discretas en periodos más largos y en las que tienen que ver procesos de trabajo que se realizan con intervalos de tiempo y cuyo resultado influye en la producción durante cierto tiempo de forma más o menos sostenida, por ejemplo la tala, el majadeo, el propio renuevo del ganado y otros tantos. El que una encina produzca bellota en un año concreto es el resultado de muchos años de formación y de que haya sido tala-da años atrás. El trabajo se diluye en el tiempo, sus resultados no son inmediatos

En los agroecosistemas de campiñas, el trabajo, (el activo de los trabajadores, su recurso estratégico), era más determinante respecto al capital (el activo de los propietarios) de lo que lo era en la dehesa. La relación entre el trabajo y sus frutos es más inmediata en el tiempo en los agroecosistemas jóvenes. Pero no sólo en el tiempo, sino también con relación a los medios de producción. Así, en la dehesa esta relación es más mediata por las características de la dehesa misma. Es decir, además de la tierra en sí, está la arboleda que, aunque se considerara naturaleza al igual que la tierra, necesita también un cuidado y un manejo para llegar a ser lo que es, es decir, precisa un cuidado de los dueños, de tal manera que la arboleda es una forma de capitalización, como se está viendo últimamente con las repoblaciones. Esto es aun más claro en el caso del ganado pues para obtener la producción ganadera es preciso tener un capital, que es el ganado reproductor, y eso no lo da la tierra sino que es preciso hacerse de él. El ganado es el mediador entre el trabajo humano y los recursos de la finca y, más que naturaleza, en este sentido concreto, es capital.

La inyección periódica de trabajo en los ecosistemas transformados es distinta también dependiendo de la madurez. En nuestro caso, en las campiñas, donde predominan además los monocultivos, esa inyección es más puntual y masiva, mientras que en la dehesa es más constante y de menor cantidad de mano de obra en momentos punta. Es decir, mientras que la ganadería en la dehesa necesita pocos jornales cada día pero de manera continuada en el tiempo, en los cultivos de la campiña se precisan muchos jornales pero sólo en momen-

tos concretos. Eso da lugar a procesos de trabajo donde hay gran concentración de trabajadores, cuya mano de obra es determinante para la producción en momentos puntuales. A su vez, en la dehesa eso ocurre en menor medida, siendo los cultivos el único caso quizás, y estos son alternantes. En el caso de la tala, que era donde se acumulaba también una cierta cantidad de hombres, siempre había trabajadores disponibles en esas fechas y era un proceso de trabajo que aun siendo necesario podía ser pospuesto si fuera preciso sin que los efectos fueran nefastos para la producción de ese año. Por contra, no recoger la cosecha en su momento podía suponer un enorme estrago. De ahí que los trabajadores tuvieran en las campiñas la fuerza que da el hecho de predominar un trabajo de cuadrillas y perentorio. Esto lo refuerza el hecho de estar conformada la campiña por agroecosistemas más simples, en los que gran parte del territorio está dedicada a procesos de trabajo muy similares y que requieren toda la mano de obra de la zona en cortos periodos de tiempo. Los grandes pueblos, hervideros de la protesta, donde se concentra una gran masa de jornaleros que se desplaza a las fincas en periodos concretos no se dan en la sierra, donde la densidad de población es más baja debido a la menor riqueza del suelo y donde una parte de los trabajadores son fijos y vive en los campos, relacionados sobre todo con la ganadería. No obstante, todas las formas de acción social, activas o pasivas, que hemos descrito en estos pueblos evidenciaban el rechazo del orden social vigente y las desigualdades de clase.

Los obreros fijos tenían el inconveniente de tener que vivir la mayoría de ellos en el campo, pero asimismo contaban con las ventajas de tener un sueldo seguro, un mínimo de productos alimenticios como retribución en especie y la posibilidad de emplear de manera fija o eventual a parte de los miembros de su familia en la finca. Los salarios eran más bajos que los de los eventuales, pero los tenían todo el año, de tal manera que el conjunto de los ingresos del grupo doméstico era bastante mayor. Los fijos estaban relativamente aislados unos de otros y de la vida de los pueblos, no había contigüidad espacial en el trabajo y, en muchos casos, en la residencia.

En la ganadería se daba una serie de elementos que no potenciaban una toma de conciencia y una acción social colectiva de los trabajadores. No se trabajaba en cuadrillas, sino que una o dos personas cuidaban del ganado a lo largo de toda la finca. No había momentos punta de trabajo donde fuera perentorio el empleo de mucha mano de obra sobre la que en esa fecha existiese una gran demanda. Además, en los procesos de trabajo se daba muchas veces una estructura de relaciones familiares que mediatizaba las simples relaciones de producción (mayorales que tenían como zagales a sus hijos, por ejemplo). En definitiva no se creaban los suficientes escenarios de conflicto ni condiciones para la constitución de grupos conflictivos (Pérez Yruela, 1979:15). Los trabajadores fijos tenían una vinculación con la finca y los dueños, por vivir continuamente en ella durante cierto tiempo, incluso en algunos casos el empleo se heredaba de padres a hijos. Algunos empleados llevaban, como hemos dicho, una parte en la producción y, por último, podían existir favores, concesiones o ayudas de diverso tipo por parte de los dueños o encargados, por ejemplo mediar con ocasión de algún problema, dar empleo a familiares o permitir el acceso a recursos de la finca aunque no hubiera sido lo acordado en el contrato de trabajo. En relación con algunos de estos aspectos, Alavi explica de manera bastante solvente los lazos que mediatizan las relaciones de conflicto de clase en el campesinado, fundamentalmente los de parentesco (Alavi, 1975).

Según Pérez Yruela, en el contexto latifundista, las relaciones verticales se producen como una forma en que los trabajadores pueden obtener algún beneficio de la clase dominante, cosa que aprovecha ésta para aumentar su control. Los trabajadores son conscientes del carácter utilitario de este tipo de relaciones y éstas no impiden que los trabajadores tomen conciencia de su situación de explotación. En este tipo de relaciones estaría bastante ausente el componente moral (Pérez Yruela, 1979:41). Martínez Alier se muestra beligerante contra las afirmaciones de Pitt-Rivers acerca de la existencia de una estructura de relaciones de patronazgo en los pueblos andaluces e insiste en que la actitud paternalista es infrecuente entre los latifundistas y que

la lealtad hacia los propietarios se limita bastante a un pequeño número de adictos, entre otras cosas porque irían en contra de la unión (Martínez Alier, 1968:207). Aunque en nuestro caso se pueda decir, en líneas generales, algo parecido, creo que el clientelismo y la idea de lealtad hacia el dueño no era algo tan minoritario como en la campiña, entre otras cosas debido al tipo de relación permanente con las fincas de la que acabamos de hablar en el caso de los fijos, pero también entre algunos eventuales, habida cuenta de la necesidad más frecuente, aunque en menor cantidad, de jornales en las fincas a lo largo del año. Ahora bien, todo ello no alejaba a los obreros fijos de su condición social básica, la de trabajadores, y de la solidaridad de grupo, participando en gran parte de la no-aceptación de los valores dominantes y negando activa o pasivamente la legitimidad del acceso exclusivo a los recursos por parte de los terratenientes. En muchos casos nos hemos encontrado con una actitud de rechazo hacia los terratenientes pero de respeto y lealtad hacia el dueño de la finca con el que el trabajador que hablaba tenía relación, lo que nos habla en favor de un intento de moralización de las relaciones sociales, con personas concretas, como defensa de la propia situación personal del trabajador, manteniendo sin embargo su concepción del universo social en que se desenvuelve, cuya dureza justificaría precisamente ese intento de moralización.

Junto a la baja densidad de población y la distribución de la población, en la zona de dehesa existía una estacionalidad muy marcada en las producciones, en el empleo y en el acceso a los recursos, por lo cual la diversidad de usos amortiguaba los altibajos. Es decir, las oscilaciones de los salarios eran menores debido a la estacionalidad, por lo que no había salarios tan altos como los de la siega en las campiñas, por ejemplo, pero los periodos de paro no eran tan largos, pues se entreveraban con jornales que se requerían en la ganadería y el manejo de la arboleda. Además, la explotación intensiva de las campiñas y su mayor riqueza productiva llevaban aparejada una mayor privación del uso del espacio productivo que en la dehesa. En ésta existían recursos a los que, de una u otra forma, los trabajadores podían

acceder y que amortiguaban en parte la necesidad. Por tanto, los momentos extremadamente críticos eran algo menos frecuentes. Además, había algunas emigraciones estacionales a la siega en las campiñas o al verdeo de la aceituna.

Una cuestión de bastante importancia en la lucha por la tierra es la del capital y el conocimiento necesarios para ponerla en producción, que hace que la demanda de un reparto pueda ser más o menos intensa. En efecto, en la agricultura tradicional, en que primaba el trabajo sobre el capital, el capital necesario para poner en producción una tierra de cultivo era menor que para hacerlo con una dehesa. En la dehesa, además, de todo lo necesario para el cultivo, con menor amortización quizás, era preciso *vestir la finca*, es decir, contar con ganado, infraestructuras y, en ocasiones, alimento para él. Además, el conocimiento que los jornaleros tenían de los procesos de producción era segmentario, no desarrollaban un proceso completo. Sí en el caso de los cultivos, donde el manejo era más simple, esto era un problema para plantearse el acceso a la tierra, mayores resultaban los inconvenientes en el caso de la dehesa, como sistema de uso múltiple y manejo más complejo. Todos estos elementos que acabamos de ver actuaban contra la movilización o la reclamación de la tierra.

En cuanto a los colonos, la importancia de los yunteros o colonos, así como de los arrendatarios, era mayor en Extremadura que en otras regiones latifundistas como Andalucía o Castilla la Mancha, y dentro de la propia Extremadura, la comarca a que pertenece nuestra área de estudio era a su vez una de las que presentaba mayor número de colonos (Pérez Rubio, 1995:220). La existencia de este significativo estrato hacía más complejo el sistema social latifundista y atenuaba en algo la polarización social del latifundismo. Los colonos, por una parte, eran campesinos o labradores con medios de producción propios, aperos y bestias, y los miembros del grupo doméstico se empleaban en sus senaras y a veces contrataban asalariados. Desde otro punto de vista, eran trabajadores en las tierras de un latifundista. A todo ello hay que añadir la gran diferenciación interna que iba desde los cultivadores de pocas fanegas que se empleaban como jornaleros, ellos o sus

hijos, hasta los campesinos que empleaban mano de obra asalariada en sus fincas y además cultivan ellos fuera. Para aquellas fechas, Pérez Rubio ofrece datos que muestran que en la comarca de Jerez, a la que pertenecería el municipio de Montemolín, el número de yunteros sin ninguna tierra era de los mayores de Extremadura (Pérez Rubio, 1995:227). En la Puebla, la situación era algo diferente, pues muchos colonos eran pequeños propietarios.

Los conocimientos y los medios de producción de estos aparceros les dotaban de gran elasticidad y les permitían salir y entrar del mercado de trabajo eventual o acceder a ciertos recursos, por ejemplo el rebusco del corcho, el carboneo a pequeña escala, el arriendo de sus bestias para ciertas tareas o el estraperlo. Un régimen de aparcería era también el del carbón y, por tanto, los carboneros participaban en mucho de las características de los colonos.

Como hemos visto, la existencia de colonos no equivale a relaciones de tipo feudal o arcaico, sino que puede encontrarse en economías capitalistas bastante *racionalizadas*. En nuestro contexto concreto podría decirse que, desde el punto de vista de los ingresos, tanto los propietarios de las tierras como los colonos salían beneficiados de las aparcerías pues los propietarios ganaban ya que aumenta la producción y/o disminuía la remuneración del trabajo y los colonos aumentaban también sus ingresos, en este caso por aumentar su esfuerzo y por asegurar empleo para ellos y/o sus familiares (Martínez Alier, 1968:225). Ahora bien, el interés de la aparcería era distinto para los propietarios y para los colonos. Así, en tiempos de abundancia de mano de obra y salarios bajos, el dueño tendría más interés en el cultivo directo y podría prescindir de los colonos, como sucedió en muchos casos en España tras la Guerra Civil, debido a los bajos salarios y el aumento del rendimiento del trabajo. Anteriormente, el proceso fue inverso y en un contexto de subida de salarios y algunos casos de sabotaje contra la maquinaria, fueron bastantes las fincas del sur que dieron tierras en aparcería o dividieron la explotación en parcelas para arriendo (Martínez Alier, 1968:291; Naredo, Ruiz y Sump-si, 1977).

Para el caso de Extremadura, Pérez Rubio sostiene que, siguiendo una dinámica de intensificación del capitalismo en la agricultura, hubo un proceso de sustitución de las aparecerías por la explotación directa desde el fin de la Guerra Civil hasta que la emigración y la crisis del campo acabaron con los yunteros. Ahora bien, en los años cuarenta y cincuenta, este proceso topó con dificultades, al chocar los intereses de los grandes propietarios con la política franquista que, con grandes contradicciones, tenía cierto interés en la cooptación de este estrato social y en el asentamiento de yunteros en fincas para paliar los problemas relacionados con la gran propiedad, que tanta inestabilidad había acarreado a lo largo de la historia inmediata. En cualquier caso, la fuerza de los grandes propietarios era enorme y, en cierta medida, se fueron imponiendo sus deseos. La expulsión de los colonos resultó relativamente fácil debido a la desprotección de este tipo de arrendamientos y, así, se procedió a bastantes lanzamientos de yunteros en Extremadura, algunos de ellos constatados en la Puebla (Pérez Rubio, 1995:212). Pero por la información obtenida en las muchas entrevistas realizadas, no hay evidencia de que fuera un fenómeno de importancia en la zona. La pervivencia de las aparcerías en nuestros pueblos puede explicarse por dos motivos. Primero, por la mala calidad de las tierras pues, como vimos, se solía dar en aparcería lo peor, los suelos de inferior calidad, no majadeados o con matorral, mientras que lo más rentable lo explotaba el dueño con asalariados. Por otra parte, el aumento demográfico, como apunta Martínez Alier, podía hacer interesante para el dueño la aparcería pues, a pesar de los bajos salarios, la existencia de paro podía hacer que los trabajadores entrasen en competencia por el escaso trabajo y lo quisieran asegurar mediante la aparcería, aumentando así la remuneración que se pagaba por la tierra y rebajando, por tanto, el precio de su trabajo, al igual que sucedía con los destajos (Martínez Alier, 1968:306). En este contexto lo que se buscaba no era tanto el aumento del volumen de ingresos por unidad de trabajo sino el empleo de la mano de obra del grupo doméstico. Los ingresos serían menores que los de los trabajadores fijos, pero mayores que los de los eventuales (Naredo, Ruiz y Sumpsi,

1977). Con la emigración, la disminución del paro y la subida de los salarios, vuelve a ser interesante para los trabajadores el trabajo asalariado, más remunerado y estable, mientras que para los propietarios sucede al contrario. Ahora bien, en los años cincuenta ya la alternativa es la mecanización, o el abandono de los cultivos.

Martínez Alier insiste en que según el criterio rentabilista imperante en el latifundismo, lo esperable en un principio hubiera sido la cesión de tierras en arriendo o aparcería, cosa que no sucedió en la campiña de Córdoba debido a que esto vendría a dar argumentos en favor de la posición de los trabajadores que consideraban a los latifundistas como superfluos (Martínez Alier, 1968:309). Algo parecido podría decirse para esta zona, aunque debido a la menor conflictividad que históricamente se dio en ella este temor debió ser menor, la prueba es que la existencia de aparcerías fue lo habitual en la mayoría de las fincas. Pérez Rubio insiste sin embargo en que ni las razones ecológicas (peores tierras) ni los criterios rentabilistas explicarían la persistencia de las aparcerías sino que ello sería el resultado de una estructura social heredada (Pérez Rubio, 1995:241).

La posición de los colonos era bastante más desahogada que la de los jornaleros y, en el caso de los que vivían sólo de su trabajo, los trabajadores los consideraban como parte del *nosotros*. A diferencia de lo que ocurría en la sociedad portuguesa que estudió Cutileiro (Cutileiro, 1976:72), no existía una tendencia endogámica marcada, salvo cuando los colonos eran además dueños de tierras, como parece ser también el caso de los *pelayos* que caracteriza Eduardo Sevilla en la zona de Jaén (Sevilla, 1979b). Entre los colonos, sobre todo aquellos que contaban con más medios, empleaban a más asalariados y disfrutaban de mejor posición social, encontramos una mayor presencia de relaciones de tipo vertical, un cierto alejamiento de la ideología de los jornaleros y mayor cooptación por el sistema de dominación social imperante. Por una parte, los colonos habían tenido protagonismo en la Reforma Agraria en la Extremadura republicana, tomando caracteres revolucionarios (Malefakis, 1970:375; Rosique, 1988:127). Al disponer de medios de producción propios y al desarrollar ellos total-

mente sus procesos de producción sin necesidad de contar con los dueños, tenían más clara conciencia del valor de su trabajo y del carácter superfluo del dueño que, como algunos dicen, “*no ponía nada*”. Pérez Rubio habla de conflictividad soterrada entre yunteros y grandes propietarios en Extremadura y aporta datos concretos sobre denuncias contra propietarios y represalias de éstos (Pérez Rubio, 1995:135). En nuestro caso, no eran demasiado raros los casos de ocultación por colonos del grano en la era antes de medirlo el guarda, para no tener que dar la parte correspondiente al dueño, bajo lo cual subyace una consideración de lo injusto del reparto. Lo mismo podemos decir de los comentarios desdeñosos hacia el hecho de que los dueños les dejaran para sembrar lo peor, *el hueso*.

Pero, por otro lado, los colonos tenían una serie de obligaciones para con los grandes propietarios y/o sus representantes por permitirles acceder a tierras para siembra, lo que no siempre era fácil, sobre todo en un contexto de presión demográfica. Era preciso, por tanto, tener padrinos, llevarse bien con los amos, los guardas, o servirse de los familiares o amigos que los yunteros pudieran tener en las fincas. Era necesario cumplir con el modelo de *buen labrador* para seguir en las fincas. Esto suponía no sólo realizar bien y a tiempo todas aquellas labores que un cultivo perfecto requería (cosa que al final redundaría en mayores rendimientos también para el dueño), sino también guardar las formas y, a la postre, ser sumiso. Además, como vimos, muchos de ellos empleaban a trabajadores asalariados, eran, en cierto modo, patronos también. En el caso del Alentejo, Cutileiro señala que los *seareiros* no hacían énfasis en el reparto (Cutileiro, 1995:69).

Frente al yuntero revolucionario, el régimen franquista exaltaba esa ideología de la profesionalidad del yuntero que prospera con la aparcería. Así, Pérez Rubio nos lo ilustra con un fragmento de Manuel Pidal, marqués de Valderrey, donde ensalza a ese prototipo de colono:

"Me llamo Luján, soy casado y tengo un hijo. El jornal escasea y la escopeta no da para mantener a la familia. Deseo tierras que labrar. ¿Me las da usted? (...)Al día siguiente vino a decirme que

había cogido diez fanegas. (...)¿Diez fanegas nada más? (Le respondió Pidal) (...)Llevo casado un año, tengo un hijo y una sola burra para labrar (...) el año no fue malo, y Luján, mitad fiado, mitad sabe Dios cómo, mercó otra burra y necesitó más tierra (...)pasaron los años y Luján hoy labra sesenta fanegas en cada hoja; tiene tres buenas mulas, casa propia, mujer aseada, come presa todo el año y tiene, sobre todo, dos hijos que da gloria verlos trabajar (...)" (Pérez Rubio, 1995:137).

Pérez Rubio insiste en que este discurso no hacía más que enmascarar conflictos latentes y la estampa del buen labrador disfrazaba la sumisión de modestia, sustituía la imposibilidad de iniciativa por labrabilidad y el fatalismo por la idea de la promoción social (Pérez Rubio, 1995:137). Esta era una elaboración de la clase dominante que, no obstante, era compartida por algunos de los colonos, sobre todo por aquellos que disponían de más medios.

En cuanto a los campesinos. Comparativamente con la amplia literatura existente sobre las regiones latifundistas, ha sido escasa la atención que se les ha prestado en estos contextos. Y no hay que extrañarse por ello pues resulta comprensible que lo llamativo del abismo social existente entre los mundos de los obreros del campo y los terratenientes atrajese sobre sí la atención y los esfuerzos explicativos de los investigadores, de tal manera que el deslumbramiento de las grandes propiedades hiciese pasar desapercibidos los matices que las explotaciones campesinas introducían en el paisaje. A veces se alude a las comunidades campesinas sólo para contraponerlas a las jornaleras, como universos separados en el espacio, pero la realidad del sur, avezado en la luz y sus matices, es más compleja que la simple contraposición entre jornaleros y terratenientes. Acabamos de verlo al hacer referencia a los colonos pero se hace aún más evidente si nos centramos en la personalidad social, compleja y poliédrica, de los campesinos que con su presencia en las comunidades y el entramado de relaciones que desarrollaban en torno a sí contribuían a dar cierto grado de integración a una sociedad manifiestamente no integrada, en el sentido que dan al término Sevilla y Giner (Sevilla, 1987 y 1979a; Giner, 1971).

Si la forma de explotación campesina tenía características peculiares en su relación con el medio y en su lógica económica, lo mismo sucedía en cuanto a su posición social, que hacía que no se la pudiese encasillar ramplonamente ni en la órbita de los trabajadores del campo ni junto a otros propietarios de tierras, los latifundistas. Tampoco era una mezcla de las dos cosas. Era algo diferente, eran campesinos. Habría que insistir una vez más en la gran diferenciación interna y la distinta posición en la comunidad de los campesinos, determinadas sobre todo por la cantidad de tierra que explotaban y la disponibilidad de fuerza de trabajo familiar pero, dicho esto, podemos ver cómo se relacionaban con los distintos grupos sociales. Así, con respecto a los jornaleros y obreros agrícolas, pertenecían a la misma comunidad, no eran extraños a ella, ni por residencia ni por sus relaciones de sociabilidad, ni por su participación de la mayoría de los hábitos culturales del pueblo. Además, trabajaban con sus propias manos. En este sentido y en el de su relación con el poder se definían junto a las clases populares como *pueblo*, por oposición a los *ricos*. Hemos visto cómo algunos de ellos podían comprender fenómenos tales como el robo de bellotas, criticar los abusos de los ricos y sus componendas con las autoridades o el hecho de que unos cuantos pudiesen ser dueños de gran parte del territorio. Pero, por otra parte, eran en muchos casos empleadores y ello daba ocasión a roces con los trabajadores y críticas por parte de estos últimos. Para los trabajadores, la posición de grupo de los campesinos era cuando menos ambigua y a veces se referían a ellos con denominaciones peyorativas como labradores de *media capa*, *cavalindes* y otras. Además, la posición política de bastantes de ellos era conservadora y de adhesión al régimen franquista, participando en sus instituciones incluso.

Concretando el problema en las relaciones con las grandes fincas, vemos cómo éstas podían ser tanto de cooptación como de conflicto y las combinaciones eran múltiples. Podían existir relaciones de clientelismo con unas fincas a la vez que se estaba en conflicto casi permanente con otras. Por ejemplo, los dueños de una de las fincas estudiadas mantenían relaciones de cooperación con una finca de olivar

de tamaño mediano y con otra dehesa de mayor tamaño de la que eran también colonos. Simultáneamente, tenían continuas disputas con un lindero, gran propietario, al que le buscaban continuamente las vueltas para meter en su finca el ganado a aprovechar hierbas y montanera. Los conflictos por el ganado entre fincas grandes y pequeñas eran una constante y había explotaciones campesinas que tenían como una estrategia económica más las incursiones en los latifundios vecinos. Esto lo hacían unas veces con la connivencia o la comprensión al menos de los empleados de los latifundios y otras en conflicto con ellos, por ejemplo con los guardas y los pastores que llevasen parte en los beneficios del ganado.

Finalmente los *señoritos*, los grandes propietarios, eran la cúspide de la pirámide social. Muchos de ellos no vivían en la zona, sino en ciudades o en pueblos más grandes, algunos otros vivían en el campo o pasaban en él temporadas y muy pocos residían en los pueblos. En cualquier caso, no pertenecían a la comunidad y exhibían lo que algunos denominan como una *cultura de acrópolis* (Álvarez Santaló, 1986), elitista y en la que existía un claro interés por diferenciarse de la cultura de la gente del pueblo. No trabajaban la tierra, tenían estudios que la gente del pueblo no tenía y entre los niveles de vida de estos grupos existía un gran abismo. Como bien señala Pérez Yruela, los trabajadores y los terratenientes *"disfrutaban y sufrían sus respectivas posiciones sociales sin poder ocultarse mutuamente y sin ninguna barrera que escondiese, aunque fuera artificialmente, a unos de otros. El elemento de comparación, la privación que visualizaba, introdujo entre las clases más humildes un elemento de comparación que hacía aun más aguda su pobreza."* (Pérez Yruela, 1979:22).

Al igual que hace Sevilla (Sevilla, 1979b), dentro de los *señoritos* podríamos distinguir entre las casas grandes, las familias propietarias de vastísimas extensiones de terreno en distintos lugares del país o de la región, con formas de vida aristocráticas, y emparentadas con poderosas familias en el ámbito nacional, con influencia en el ámbito político estatal a veces, y los *señoritos* de ámbito más local. Era un grupo fuertemente endógamo y el radio de acción de sus estrategias matri-

moniales era directamente proporcional a sus riquezas. Se dan bastantes casos de profesionales liberales. Su universo de relaciones personales estaba orientado hacia el exterior. Cuando no llevaban ellos directamente la gestión de las fincas se valían de administradores, encargados, etc., que controlaban a los guardas, caseros, sirvientes, *aperaores*, *manijeros*, etc., y de los que a su vez partía un complejo mundo de relaciones. Además de la burocracia local y comarcal, en los pueblos y fincas tenían a su lado a servidores de diverso tipo, entre ellos a los miembros de la Iglesia y a la Guardia Civil, a la que incluso vimos que alojaban en sus cortijos durante la época de bellota. Aparte del control del mercado de trabajo y del aparato político, les venía un cierto poder de su papel de mediadores con el exterior en un gran número de circunstancias. Su vinculación con el régimen político era absoluta, sobre todo teniendo en cuenta que el problema de la tierra y la Reforma Agraria había sido una de las causas principales de la sublevación que dio lugar a la Guerra Civil. Uno de los rasgos característicos de su ideología era un catolicismo militante, en el cual intentaban adoctrinar a los trabajadores de sus fincas algunos de los más grandes propietarios, que contaban incluso con capillas en sus latifundios. En otros casos, la asistencia a misa era una de las pocas ocasiones en que se dejaban ver por los pueblos.

La memoria sangrante de la reciente de la Guerra Civil, el sistema político y sus mecanismos ideológicos y represivos, el monopolio del empleo de la mano de obra, la maquinaria humana de control dentro de las fincas y las redes de clientelismo extendidas por los distintos ámbitos del sistema social garantizaban a este grupo el dominio sobre los recursos y la extracción del excedente generado por una mano de obra que incluso llegó a tener problemas para garantizar hasta su propia reproducción física.

EPÍLOGO

Con este trabajo sobre la dehesa tradicional hemos querido mostrar el desenvolvimiento de un agroecosistema complejo en una época histórica muy concreta, los años cincuenta en Pallares, Santa María y la Puebla. Nuestro propósito ha sido estudiar los distintos aspectos de tal complejidad, acrecentada por las peculiaridades del entorno de cada uno de los pueblos así como por la diversidad de usos, de estructuras de la propiedad y estructuras sociales locales. Hemos querido abordar cuestiones referidas tanto al medio natural como a los grupos sociales, la economía, los saberes y el ritual, pues todos ellos están íntimamente comprometidos en la arquitectura del agroecosistema y su funcionamiento. Cada uno de estos aspectos daría por sí para una monografía a fondo, pero los hemos abordado aquí en conjunto buscando dar una idea de su funcionamiento global, de la creación de unas formas de vida a partir de unas condiciones dadas en un lugar concreto, para no caer ni en lo fragmentario ni, por el contrario, en la vaguedad de una abstracción inerte. Todo lo aquí apuntado no es más que una parte de una necesaria pesquisa acerca de los distintos agroecosistemas de nuestras tierras y sólo espero que este estudio sea una aportación que contribuya al conocimiento de nuestro agroecosistema. Tomando como punto de partida lo que fue la dehesa tradicional en la zona podremos estudiar su tránsito a la dehesa actual y el funcionamiento de la misma, la lógica de los procesos de transición de unas formas sociales a otras y sus consecuen-

cias sobre el medio ambiente y sobre los hombres y mujeres de estas tierras, trabajo ya en parte realizado en la tesis de la que surgió este libro. Pero además existe un buen número de agroecosistemas cuyo estudio desde la agroecología no se ha acometido y que en su modelo tradicional es de tremenda urgencia conocer, pues de no hacerse pronto sus protagonistas y hacedores no podrán transmitirnos el importante acervo de conocimientos que los hicieron posibles. Es mucho lo que podremos aprender de todo ello, tanto por el deseo de saber de los pueblos y sus culturas como por la esperanza de que cuanto sepamos nos ayude a corregir el desquiciado rumbo por el que vamos conduciendo a un planeta que quizás un día no sea habitable para nuestra propia especie.

FOTOGRAFÍAS



Foto 1. Saca del corcho.



Foto 2. Rajador del corcho



Foto 3. Cargando el corcho.



Foto 4. Casilla de mayoral de cochinas.



Foto 5. Cochinera.



Foto 6. Majada de cochinas.



Foto 7. Majada de cochinas.

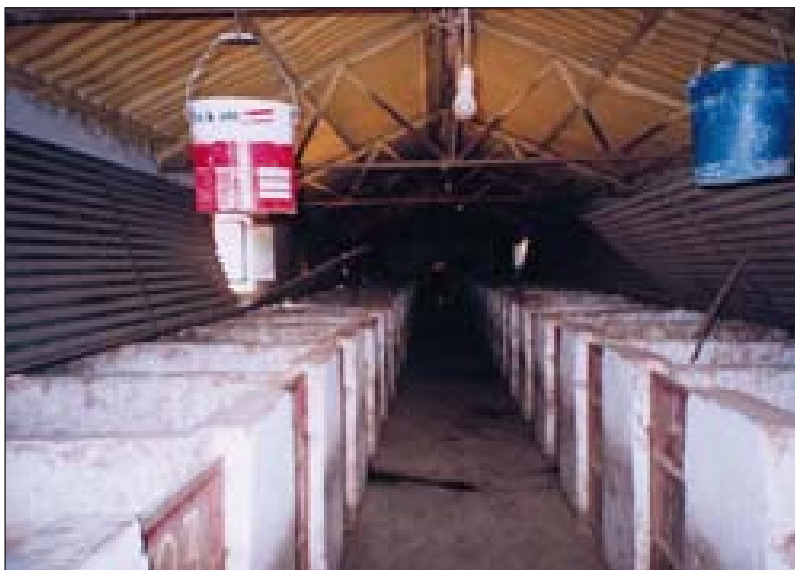


Foto 8. Interior de majada de cochinas.



Foto 9. Hilera de corralillos.



Foto 10. Lechones en corralillo.



Foto 11. Tinaón.



Foto 12. Chivo enmandilado.



Foto 13. Pared de toril.



Foto 14. Pilar de vacas.

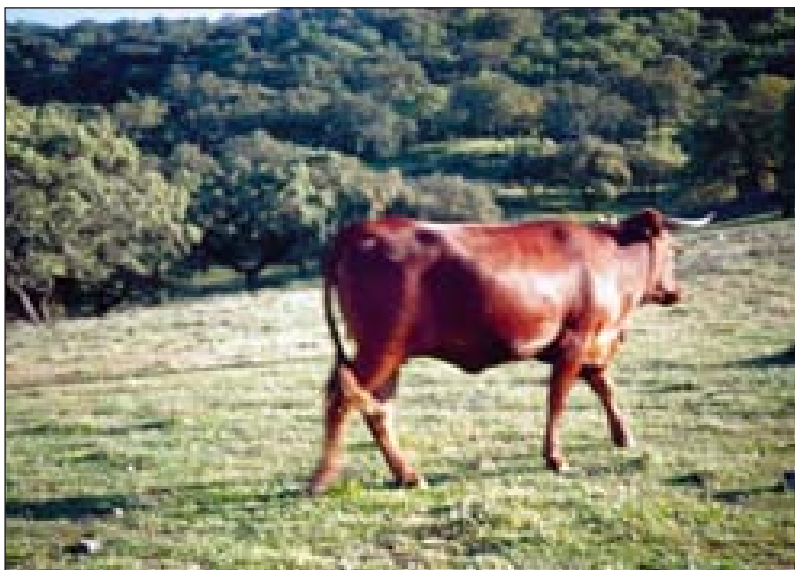


Foto 15. Vaca retinta.



Foto 16. Calzada.



Foto 17. Máquina.



Foto 18. Rejilla.



Foto 19. Palomar.



Foto 20. Cultivos



Foto 21. Cañada.



Foto 22. Arroyo.



Foto 23. Cochinos.



Foto 24. Cortijo.



Foto 25. Cortijo.



Foto 26. Casa de campesino.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, R 1990. Hermandad y fiesta de San Isidro en Montemolín. En *Alcántara*, nº 20. Tercera época. pp.119-144.
- ACOSTA, R. 1992. La siembra de la Matilla. Un derecho histórico de la Puebla del Maestre. En *Saber Popular*, nº 6. Badajoz. pp. 27-30.
- ACOSTA, R. 1997. *Agroecosistema de dehesa y desarrollo rural endógeno. Tesis doctoral*. Departamento de Antropología Social. Universidad de Sevilla.
- ACOSTA, R., AMAYA, S. y DÍAZ, A.L.(e.p.) *Agroecosistemas tradicionales de la comarca de Tentudía*. Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía.
- ALAVI, H. 1975. *Las clases campesinas y las lealtades primordiales*. Cuadernos Anagrama. Barcelona.
- ALONSO, L.E y CONDE, F. 1994. *Historia del consumo en España*. Debate. Madrid.
- ALTIERI, M.A. 1987. Desarrollo de la agroecología. En M.A. Altieri et al. *Agroecología*. Cetal. Mexico. pp. 21-24.
- ALTIERI, M. A. 1991. ¿Por qué estudiar la agricultura tradicional. En *Agroecología y Desarrollo*, Año I, nº 1. pp. 16-24.
- ALTIERI, M.A. 1995 El "estado del arte" de la agroecología y su contribución al desarrollo rural en América Latina. En *Materiales de trabajo del curso Agroecología y conocimiento local*. Universidad Internacional de Andalucía. La Rábida.

- ÁLVAREZ, C. 1986. Historia. En *Andalucía*. Editoriales Andaluzas Unidas. Granada.
- ÁLVAREZ, J. M. et al. 1985. El tiempo antiguo. En G. Barrientos, E. Cerrillo y J.M. Álvarez (eds.). *Historia de Extremadura*. Univérsitas Editorial. Badajoz. Vol I. pp. 101-180.
- Archivos municipales de Montemolín (A.M.M.) y Puebla del Paestre (A.M.P.M.).
- BAPTISTA, F. 1991. Los asalariados agrícolas en el trabajo y los territorios. El caso portugués. En *Revista de Estudios Regionales*, nº 31. pp. 31-44
- BARCIELA, C. 1987. Crecimiento y cambio en la agricultura española desde la Guerra Civil. En J. Nadal, A. Carreras y J. Suariá (eds.) *La agricultura española en el siglo XX*. Ariel. Barcelona. pp. 188-279.
- BARCIELA, C. 1989. La España del estraperlo, En J.L. García (ed.). *El primer franquismo. España durante la I Guerra Mundial*. Siglo XXI. Madrid. pp.105-122.
- BARRIENTOS, G. (ed.). 1994. *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura*. Asamblea de Extremadura. Mérida.
- BARRIENTOS, G. (ed.). 1995. *Interrogatorio de la Real Audiencia de Extremadura de 1785. Partido de Llerena*. Asamblea de Extremadura. Mérida.
- BERNSTEIN, B. 1989. *Clases, codigos y control*. Akal. Madrid.
- BERROCAL, L. 1992. *Los pueblos celtas del Suroeste de la Península Ibérica*. Editorial Complutense. Madrid.
- BRAUDEL, F. 1986. *El Mediterráneo*. Espasa. Madrid.
- CADENAS, A. (ed.). 1995. *Agricultura sostenible*. MAPA. Madrid.
- CAMPOS, P. 1984. *Economía y energía en la dehesa extremeña*. Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios. Madrid.
- CANALES, M. y PEINADO, A. 1995. Grupos de discusión. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Síntesis. Madrid. pp. 287-316.
- CANTO, A. M. 1995. La Beturia Céltica. Introducción a su epigrafía. *Cuadernos Emeritenses, 9. Celtas y Túrdulos: La Beturia*. Museo Nacional de Arte Romano. Mérida. pp.295-329.

- CARO, J. 1979. *La estación de amor*. Taurus. Madrid.
- CATANI, M., AMAYA, S. y DÍAZ, A.L. (e.p.) *Comer y vivir en Tentudía*. Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía.
- CESEX-JUNTA DE EXTREMADURA. 1990. *Estudios de Análisis Territorial. Comarca Sierra Sur de Badajoz*. Mérida.
- COBO, F. 1992. *Labradores, campesinos y jornaleros*. Ediciones de la Posada. Córdoba.
- COBO, F.; CRUZ, S. y GONZÁLEZ DE MOLINA, M. 1992. Privatización del monte y protesta campesina en Andalucía Oriental (1836 - 1920). En *Agricultura y Sociedad*, nº 65. pp.253-302.
- CUTILEIRO, J. 1976. *Ricos e pobres no Alemtejo*. Sa da Costa Editora. Lisboa.
- CHRISTIAN, W. 1978. *Religiosidad popular*. Tecnos. Madrid.
- DAVIS, J. 1983. *Antropología de las sociedades mediterráneas*. Anagrama. Barcelona.
- DELGADO, M. 1984. *De la muerte de un Dios*. Península. Barcelona.
- DÍAZ DEL MORAL, J. 1929. *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Revista de Derecho Privado. Madrid.
- EQUIPO PLURIDISCIPLINAR DE LA CASA DE VELAZQUEZ, 1986 *Supervivencia de la Sierra Norte de Sevilla*. MAPA, Junta de Andalucía y Casa de Velázquez. Madrid.
- FERNÁNDEZ, J. W. y R. L. 1970. El escenario de la romería asturiana. En C. Lison et al. *Expresiones actuales de la cultura de un pueblo*. Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos. Madrid. pp. 231-261.
- FLORES DEL MANZANO, F. 1994. Trashumancia y pastoreo en Extremadura: su influencia en la sociedad y cultura tradicional. En G. Barrientos (ed.). *Trashumancia y cultural pastoril en Extremadura*. Asamblea de Extremadura. Mérida. pp. 309- 339.
- FOREWAKER, J. 1981. *The Struggle for Land*. Cambridge University Press. Cambridge. pp.205-206
- GARCÍA, B. 1991. *Proyecto de escudo de armas para la entidad menor de Pallares*. (Mimeografiado)
- GARCIA, J. L. 1976. *Antropología del territorio*. Taller Ediciones Josefi- na Betancor. Madrid.
- GARCÍA, J. y ROLDÁN, S. 1973. Contribución al análisis de la agri-

cultura tradicional en España: los cambios decisivos de la última década. En M. Fraga et al. *La España de los años setenta*. Moneda y Crédito. Madrid. pp.253-322.

GARCÍA, P. 1994. Del Memorial Desajustado a la simbiosis cultural. En G. Barrientos (ed.). *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura*. Asamblea de Extremadura. Mérida. pp. 169-182.

GARZÓN, J. 1994. La trashumancia como reliquia del paleolítico. En G. Barrientos (ed.). *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura*. Asamblea de Extremadura. Mérida. pp. 21-36.

GINER, S. 1971. Continuity and Change. The Social Structure of Spain. En M.S. Archer y S. Giner (eds.). *Contemporary Europe. Class, Status and Power*. Weidenfeld and Nicolson. Londres.

GINER, S. 1977. La estructura social de España. En A. López (ed.). *Poder y Clases sociales*. Tecnos. Madrid. pp. 73-133.

GINER, S., SEVILLA, E. Y PÉREZ YRUELA, M. 1978. Despotismo moderno y dominación de clase: elementos para una sociología del régimen franquista. En *Papers*, nº 8. pp. 103-141.

GOBIERNO CIVIL DE BADAJOZ. 1948. *Plan General de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Badajoz*. Badajoz.

GODELIER, M. 1980. *L'ideel et le materiel. Pensée, economies, societies*. Fayard. Paris.

GÓMEZ, C. 1995. Diversidad biológica, conocimiento local y desarrollo. Comunicación presentada al *V Congreso Español de Sociología*. Granada.

GONZÁLEZ DE MOLINA, M., y SEVILLA, E. 1993. Ecología, Campesinado e Historia. Para una reinterpretación del desarrollo del capitalismo en la agricultura. En E. Sevilla y M. González de Molina (eds.). *Ecología, campesinado e historia*. La Piqueta. Madrid. pp. 23-129.

GURRÍA, J.L. 1985. *El paisaje de Montaña en Extremadura*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura. Cáceres.

GUZMÁN, G., GONZÁLEZ DE MOLINA, M. Y SEVILLA, E. (eds.). 2000. *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. Mundiprensa. Madrid.

- HARRIS, M. 1982. *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*. Alianza. Madrid.
- INE. 1953. *Nomenclátor de 1950*. Madrid.
- INE. 1964. *Primer Censo Agrario de España*. Resultados provinciales. Madrid.
- ITURRA, R. 1992. La representación ritual de la memoria oral en el trabajo de la tierra. En J.A. González y M. González de Molina (eds.). *La tierra: mitos, ritos y realidades*. Anthropos. Barcelona. pp. 234-250.
- ITURRA, R. 1993. Letrados y campesinos: El método experimental en la antropología económica. En E. Sevilla y M. González de Molina (eds.). *Ecología, campesinado e historia*. Madrid. La Piqueta. pp.131-152.
- ITURRA, R. y REIS, F. 1990. *A aprendizagem para além da escola: o jogo infantil numa aldeia portuguesa*. Associação de Jogos Tradicionais. 1990.
- JEREZ, R. 1990. *Sociología de la Educación. Guía Didáctica y textos fundamentales*. Consejo de Universidades. Madrid.
- JOFFRE, R. 1986. Estudio agroecológico del sistema de dehesas. En *Informe final del equipo pluridisciplinar hispano-francés de la Casa de Velázquez*. Madrid.
- JUNTA DE EXTREMADURA. 1993. *La minería en Extremadura*. Junta de Extremadura. Mérida.
- LADERO, M. 1993. Flora y vegetación de Extremadura. En F. Blanco (ed.). *Extremadura. El último paraíso*. C.M.S.A-Hoy. Badajoz. pp. 97-120
- LÓPEZ. A. 1992. *Extremadura*. Asamblea de Extremadura. Mérida.
- LLOPIS, E. 1996. La industria en la España atrasada durante el "Primer franquismo". El caso extremeño. En S. Zapata (ed.). *La industria de una región no industrializada: Extremadura, 1750-1990*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura. Cáceres. pp. 323-397
- LLORENTE, J.M. 1985 *Los paisajes adehesados salmantinos*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca. 1985.

- MADOZ, P. 1845. *Diccionario histórico, geográfico y estadístico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid.
- MALEFAKIS, E. 1970. *Reforma Agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Ariel. Barcelona.
- MARCOS, J. 1989. La cerdofilia extremeña. Una visión desde la antropología.. En *El folkore andaluz*, nº 4. pp. 129-137.
- MARGLIN, S,F. 1991. Two essays on agriculture and knowledge. En *Proceedings of the International Workshop 'Agricultural Knowledge Systems and the role of Extension'*. University of Hohenheim. Bad. Boll. pp. 105-126.
- MARTÍNEZ ALIER, J. 1967. ¿Un edificio capitalista con fachada feudal?. *El latifundismo en Andalucía y América Latina. Cuadernos de Ruedo Ibérico*, nº 15. pp. 3-53.
- MARTÍNEZ ALIER, J. 1968. *La estabilidad del latifundismo*. Ruedo Ibérico. París.
- MARTÍNEZ ALIER, J. 1987. Ecología y economía, cuestiones fundamentales. En *Pensamiento Iberoamericano*, nº12. pp 41-60.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. 1985. *Ecología cultural de una población de agricultores*, Mitre. Madrid.
- McARDLE, R.D. 1978. Concepto de uso múltiple de bosques y tierras forestales. Su valor y limitaciones. *V Congreso Mundial de Silvicultura*.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA, 1979. *Mapa de cultivos y aprovechamientos 1: 50.000*. Hoja 898, Puebla del Maestre.
- MONTOYA, J.M. 1980. *Los alcomolcales*. Ministerio de Agricultura. Madrid.
- MONTOYA, J.M. 1983. *Pastoralismo mediterráneo*. Ministerio de Agricultura. Madrid.
- MONTOYA, J.M. 1989. *Encinas y encinares*. Mundiprensa. Madrid.
- MOTA, H. 1969. Las órdenes militares en Extremadura. En *Revista de Estudios Extremeños*, tomo XXV, nº III. pp. 423-447.
- NAREDO, J.M. 1971. *La evolución de la agricultura en España*. Laia. Barcelona.

- NAREDO, J.M. 1978. Antecedentes y características de la sociedad jerárquica que sostiene en Extremadura el expolio, con especial referencia al Plan Badajoz. En VV.AA. *Extremadura saqueada*. Ruedo ibérico. Barcelona. pp. 11-25.
- NAREDO, J.M. 1980. Algunas precisiones sobre la noción de latifundio y el devenir de la agricultura latifundiaria. En A. de Barros (ed.). *Agricultura latifundiaria na Península Iberica*. Instituto Gulbenkian de Ciencia. Oeiras. pp. 427-438
- NAREDO, J. M. 1981. La incidencia del estraperlo en la economía de las grandes fincas del Sur. En *Agricultura y Sociedad*, nº 19. pp. 81-115.
- NAREDO, J.M. 1986. La agricultura española en el desarrollo económico. En R. Garrabou et al. *Historia Agraria de la España contemporánea*. 3 *El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*. Crítica. Barcelona. pp. 455-498.
- NAREDO, J.M., RUIZ, L. y SUMPSI, J.M. 1977. La crisis de las aparcerías de secano en la posguerra. En *Agricultura y Sociedad*, nº 3. pp. 9-67.
- NATIONAL RESEARCH COUNCIL. 1992. *Alternative Agriculture*. National Academy Press. Washintong.
- OJEDA, J.F. 1987. *Organización del territorio en Doñana y su entorno próximo (Almonte) Siglos XVII-XX*. Ministerio de Agricultura-ICONA. Madrid.
- ORTEGA, N. 1978. Intereses sociales y estrategias espaciales en la política de colonización posterior a la Guerra Civil. En VV.AA. *Extremadura Saqueada*. Ruedo Ibérico. Barcelona. pp. 159-182.
- ORTEGA, N. 1979. *Política agraria y dominación del espacio*. Ayuso. Madrid
- ORTIZ DE THOVAR, J M. 1988. *Partidos triunfantes de la Beturia Túrduła*. Guadalupe nº 695. p.p. 225-236
- OYOLA, A. 1997. Una leyenda negra: Las setas en el saber popular. *Saber Popular*, nº 10, Badajoz, 1997. pp.11-23.Badajoz
- PALERM, A. 1980. *Antropología y Marxismo*. Nueva Imagen. México.
- PARRA, F. 1988. *La dehesa y el olivar*. Debate/Círculo. Madrid.

- PARRA, F. 1989. *El monte mediterráneo*. Debate/Círculo. Madrid.
- PARRA, J. 1992. *Estudio agroecológico de El Real de la Jara*. Proyecto Fin de Carrera. ISEC-ETSIAM. Universidad de Córdoba.
- PAZ, O. 1989. *Árbol adentro*. Seix Barral. Barcelona.
- PÉREZ, RUBIO, J.A. 1995. *Yunteros, braceros y colonos. La política agraria en Extremadura*. MAPA. Madrid.
- PÉREZ RUBIO, J.A. 1996. Especialización industrial e intervención del Estado. Elementos ideológicos en los análisis sobre el atraso de Extremadura. (1940-1980). En S. Zapata (ed.). *La industria de una región no industrializada: Extremadura, 1750-1990*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura. Cáceres. pp. 571-602.
- PÉREZ YRURELA, M. 1979. *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba, 1931-1936*. Ministerio de Agricultura. Madrid.
- PÉREZ YRUELA, M. y SEVILLA, E. 1979. Las dimensiones teóricas del latifundismo. En *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. pp. 277-283.
- PÉREZ, DÍAZ, V. 1996. *Estructura social del campo y éxodo rural*. Tecnos. Madrid.
- PÉREZ, J.L. 1993. La vegetación natural de Extremadura. En F. Blanco (ed.). *Extremadura. El último paraíso*. C.M.S.A-Hoy. Badajoz. pp. 77-96
- RAPPAPORT, R. 1975. Naturaleza, cultura y antropología ecológica. En H. L. Shapiro (ed.). *Hombre, cultura y sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México. pp. 261-292.
- RAPPAPORT, R. 1987. *Cerdos para los antepasados Siglo XXI*. Madrid.
- REICHEL-DOLMATOFF, G. 1983. La cosmología como análisis ecológico: perspectiva desde la selva lluviosa. En M.J. Buxó (ed.). *Ecología y cultura en las sociedades primitivas*. Mitre. Barcelona. pp. 289-308.
- RODRÍGUEZ, D. 1984. *La Orden de Santiago en Extremadura*. Diputación Provincial. Badajoz.
- RODRÍGUEZ, D. 1994. Cañadas y señores en la Extremadura medieval. En G. Barrientos (ed.). *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura*. Asamblea de Extremadura. Mérida. pp. 69-88.
- ROSIQUE, F. 1988. *La Reforma Agraria en Badajoz durante la Segunda República*. Diputación provincial. Badajoz.

- ROUX, B. 1975. Sierra Morena, víctima del desarrollo capitalista. *Información Comercial Española*, nº 503. pp. 34-47.
- RUBIO, J.M. 1989. *Biogeografía*. Síntesis. Madrid.
- RUIZ, M. 1986. *Sustainable food and energy production in the dehesa*. Food and Energy Nexus Programme. United Nations University.
- SÁNCHEZ, A.L. 1994. Antropología y economía de la dehesa. En G. Barrientos (ed.). *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura*. Asamblea de Extremadura. Mérida. pp. 261-290
- SCOTT, J. 1985. *Weaponts of the weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press. Massachusett.
- SEVILLA, E. 1979a. *La evolución del campesinado en España*. Península. Barcelona.
- SEVILLA, E. 1979b. Estructura de clases en una comunidad campesina latifundista. Andalucía 1930. En *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía contemporánea. Siglos XIX y XX*. Tomo 2. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba . pp 467-481
- SEVILLA, E. 1980. Reflexiones teóricas sobre el concepto sociológico de latifundio. En A. de Barros (ed.). *A agricultura latifundiaria na Península Ibérica*. Fundación Gulbenkian. Evora. pp. 29-46.
- SEVILLA, E. 1987. El campesinado. En S. del Campo (ed.). *Tratado de sociología*. Taurus. pp. 14-347.
- SEVILLA, E. 1995. El marco teórico de la agroecología. En *Materiales de trabajo del curso Agroecología y conocimiento local*. Universidad Internacional de Andalucía. La Rábida.
- SEVILLA, E. y GÁMIZ, A. 1971. Estructura espacial de las formas de tenencia de la tierra. *Revista de Estudios Agrosociales*, nº 74. pp.7-75.
- SEVILLA, E. y GINER, S. 1976. The latifundio as a local mode of class domination: The Spanish Case. En *IV Congreso Mundial de Sociología*. Torun. Polard.
- SEVILLA, E. y PÉREZ YRUELA, M. 1978. Para una definición sociológica del campesinado. *Agricultura y Sociedad*, nº 1, octubre-diciembre de 1978.

- SEVILLA, E. y PÉREZ YRUELA, M. 1981. Análisis sociológico del campo español. En A. Camilleri, A. *La doble crisis de la agricultura española*. Asociación Cultural Hispanonorteamericana. Madrid. pp. 118-135.
- SHANIN, T. 1976. *Naturaleza y lógica de la economía campesina*. Anagrama. Barcelona.
- THOMPSON, E.P. 1971. The Moral Economy of the English Crow in the Eighteenth Century. En *Past and Present*, nº 50. pp.76-136.
- TOLEDO, V. M. 1992. What is ethnoecology?. En *Ethnoecológica*, Volumen I, nº 1. 1992. pp. 5-21.
- TOLEDO, V. M. *La apropiación campesina de la naturaleza*. Inédito.
- TOLEDO, V.M. 1993a. La racionalidad de la producción campesina. En E. Sevilla y M. González de Molina, M.(eds.). *Ecología, campesinado e Historia*. La Piqueta. Madrid. pp. 197-218.
- TOLEDO, V.M. 1993b. Modernidad y Ecología: la nueva crisis planetaria. En *Ecología Política*, nº 3. pp. 9-22.
- VELASCO, H. 1982. Fiesta de mayo en la tierra de Alcalá. *Tiempo de fiesta*. Tres Catorce Dieciseis. Madrid. pp.169-263.
- VV.AA. 1978. *Extremadura Saqueada*. Ruedo Ibérico. Barcelona.
- VV.AA. 1995. *Extremadura, el último paraíso*. C.M.SA.-Hoy. Badajoz.
- ZAPATA, S. 1983. *La producción agraria de Extremadura y Andalucía Occidental, 1875-1935*. Universidad Complutense. Madrid.
- ZAPATA, S. 1996. Especialización agraria sin industria: éxito y fracaso de la economía extremeña en los siglos XIX y XX. En S. Zapata (ed.). *La industria de una región no industrializada: Extremadura, 1750-1990*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura. Cáceres. pp. 653-694.